Arístides Rojas

ORÍGENES VENEZOLANOS (HISTORIA, TRADICIONES, CRÓNICAS Y LEYENDAS)



República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho

ORÍGENES VENEZOLANOS
(HISTORIA, TRADICIONES, CRÓNICAS Y LEYENDAS)

Arístides Rojas

ORÍGENES VENEZOLANOS
(HISTORIA, TRADICIONES, CRÓNICAS Y LEYENDAS)

244

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y CRONOLOGÍA
Gregory Zambrano

BIBLIOGRAFÍA
Gregory Zambrano y Yely Soler

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

Colección Clásica, Nº 244
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf50120083001403 (rústica)
Depósito legal lf50120083001402 (empastada)
ISBN 978-980-276-452-5 (rústica)
ISBN 978-980-276-453-2 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Cordinadora de Editores: Livia Vargas González
Editor: Gladys García Berríos
Asistentes Editoriales: Shirley Fernández y Yely Soler
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistente de Producción: Jesús David León
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Correctores: María Isabel Álvarez,
Thamara Gutiérrez y Nora López

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Ricardo Waale
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRÓLOGO
ARÍSTIDES ROJAS Y LA MEMORIA COLECTIVA VENEZOLANA

UN PAÍS QUE SE REHACÍA

LA CURIOSIDAD y un infatigable afán por explicar los hechos de la historia venezolana, llevaron a Arístides Rojas (1826-1894) a ser un atento observador de su pasado y su presente, intérprete y custodio de la memoria colectiva. Su pasión por conocer, clasificar, explicar e interpretar la historia, lo llevó a convertirse en un pionero de la disciplina historiográfica. Gracias a su acuciosidad se salvaron, no solamente invalorables testimonios sino los documentos y más aún los vestigios de un patrimonio colectivo que se conservó gracias a su esfuerzo.

Sus primeros artículos de prensa estuvieron signados por el interés que en él despertaron los misterios de la naturaleza. Los mismos expresan el placer que experimenta frente al lenguaje y sus posibilidades explicativas, lo cual se traduce en una conciencia creativa que se mueve en el umbral de la revelación y la reserva intuitiva. Rojas fue un atento y lúcido difusor de la ciencia moderna de su época. Por ello reunió sus primero artículos periodísticos bajo el binomio de "Ciencia y Poesía", entre los cuales se destacan: "El rayo de luz en la naturaleza y en la historia", "La gota de agua", "Las arpas eolias", "El esquife de perlas", "El grano de arena", entre otros, que conformaron su primer volumen orgánico publicado y que lleva por título *Ciencia y poesía* (1868). Este volumen fue refundido luego en *Un libro en prosa* (1876), libro estructurado por Rojas ya en su madurez. Es un compendio de búsquedas expresivas que trasciende la *varia lección* de su contenido. En el prólogo

que José Antonio Calcaño firma desde Liverpool, hace una importante acotación sobre el estilo:

> Los lectores patrios, como los extranjeros, verán respectivamente con el interés del que recuerda y el que aprende, consignados aquí en gran copia, noticias, tradiciones y conocimientos relativamente (*sic*) a la historia antigua y la moderna de Venezuela, a sus pobladores, a la fundación de sus ciudades, a las producciones de su suelo y la exuberancia de ellas en todos los reinos; y a sus costumbres, las que han desaparecido y las que subsisten; en la narración de todo lo cual aún será muchas veces una gran novedad para los ultramarinos el lenguaje mismo, que, ora por los giros y construcciones, ora por lo extraño de las locuciones y frases, ya por lo provincial de las voces, deja ver que el autor ha querido expresamente narrar en *venezolano* lo que a *venezolanos* tan sólo se refiere.[1]

También son de este período –y los incluye en el mencionado volumen– algunos de los textos que, haciendo homenaje al barón Alejandro de Humboldt, conforman los textos que Eduardo Röhl compiló bajo el título genérico de *Humboldtianas*, editado en 1924[2]. Rojas se propone "hacer amar a Humboldt, incorporarlo en la débil memoria nacional de los venezolanos"[3]. En esa devoción que manifestó Rojas por la obra de Humboldt está expresada su propia perspectiva científica e intelectual, la cual reside en el hecho de que ambos procuraron en su obra hacer la interpretación estética de la naturaleza[4].

Con estos primeros trabajos, Rojas emprendió la tarea de cuidar de la historia nacional. Nada que tuviera relación con lo incógnito fue ajeno a su curiosidad intelectual, y la indagación era una forma de relacionarse con su presente, pero también con los retos del futuro. Muchos de estos

---

1. José Antonio Calcaño, "Introducción", *Un libro en prosa*, Arístides Rojas, Caracas, Rojas Hermanos Editores, 1876, pp. III-IV.
2. Los textos de Rojas sobre Humboldt se publicaron en *La Opinión Nacional* entre 1879 y 1880. El primero de la serie lleva por título "La casa de Humboldt en Caracas".
3. Mariano Picón Salas, *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1940, p. 133.
4. Véase al respecto el artículo de Eduardo Arcila Farías, "La naturaleza en Arístides Rojas", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) N[os] 11-12 (1939), pp. 163-173.

escritos de su primera etapa como investigador de la geografía, la historia y las ciencias naturales, pasaron a formar sus monografías y estudios, los cuales, también en parte fueron publicados de manera independiente, conformando folletos difíciles de encontrar hoy en día.

Una brevísima nota biográfica, escrita por José E. Machado y reproducida en medios diversos, nos da la señal inicial de su procedencia:

> Arístides Rojas, hijo de don José María de Rojas y de doña Dolores Espaillat, nació en Caracas el 5 de noviembre de 1826; adquirió la primera enseñanza en el célebre Colegio de la Independencia, que dirigía don Feliciano Montenegro y Colón; estudió medicina en nuestra Universidad Central, donde obtuvo el grado de doctor el 31 de octubre de 1852. Durante tres años ejerció su profesión en el interior de la República, y sobre todo en Escuque y Betijoque, poblaciones del estado Trujillo. La muerte de su padre, en 1855, le hizo volver a Caracas. A poco siguió a Europa, donde estuvo algún tiempo; luego pasó a Puerto Rico. De esta isla regresó a la ciudad natal en 1864 y abandonó por completo a Hipócrates y Galeno. En 1873 se unió en matrimonio con la señorita Emilia Ugarte, fallecida un año después. Desde entonces –dice Bolet Peraza– Arístides prometió, como otro Duque de Gandía, no querer nunca más a quien pudiera morir, y amó sólo sus libros ¡los amigos inmortales![5]

Arístides Rojas había nacido en el seno de una familia dominicana, de Santiago de los Caballeros, avecindada en Caracas. La capital política de Venezuela era entonces una ciudad de unos treinta mil habitantes cuando el país daba los primeros pasos en la vida republicana. Sin embargo, prevalecía la anarquía y los caudillos locales tenían el control de la mayor parte del territorio sin que hubiera límites institucionales que vigilaran su poder[6]. El mismo año 1826 se inicia la Cosiata, movimiento propugnado por José Antonio Páez, que era de carácter antibolivaria-

5. José E. Machado, “Preámbulo”, Arístides Rojas, *Estudios históricos*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1926 (Serie primera), pp. VIII-IX.
6. Luis Barrón, “La tradición republicana y el nacimiento del liberalismo en Hispanoamérica después de la independencia: Bolívar, Lucas Alamán y el ‘Poder Conservador’”, José Antonio Aguilar y Rafael Rojas; comp., *El republicanismo en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica-CIDE, 2002, p. 275.

no y separatista, el cual culminó con la disolución de la Gran Colombia en 1830.

Aquella ciudad, fundada en 1567, exploraba nuevos derroteros en medio de un clima político convulso, cuyos caudillos andaban construyendo su lugar en la historia. Los veteranos de la guerra que recién terminaba deambulaban contando sus hazañas. La infancia y adolescencia de Arístides Rojas se cubrieron de ese sabor único que da la experiencia de lo nuevo, y lo nuevo era el camino que ensayaba Venezuela, desapegada ya de las autoridades de la Colonia cuya impronta tenía un peso de más de trescientos años.

Aquel período de aprendizaje lo fue también para la conformación de la vida republicana. El panorama no era halagador pues el caudillismo avizoraba mayor presión y sumisión frente a las masas populares, no había un plan económico ni cultural, menos aún educativo y social; se imponía la dominación y los privilegios, mientras que las labores productivas, como la ganadería o la agricultura, sucumbían ante las constantes revueltas. Sin embargo, son los mismos años en que se fragua un ideario nacional, representado en el magisterio y la palabra de intelectuales como Valentín Espinal (1803-1886), Fermín Toro (1806-1865), Juan Vicente González (1810-1866), o Cecilio Acosta (1818-1881). Era una "época difícil para el desarrollo de una cultura nacional que permitiera incorporar al hombre venezolano al gran proceso de reconstrucción patriótica y utilizara los recursos vitales de la tierra. En esas condiciones la ilustración de los individuos era casi siempre patrimonio de los afortunados a quienes los bienes de riqueza les permitían estudiar y viajar"[7].

MAESTRO DE SÍ Y DE SU GENERACIÓN

Rojas tuvo desde siempre predilección por comunicar sus hallazgos, compartía sus preguntas y daba prolijamente a sus más cercanos condiscípulos el reto de la enseñanza. Ya lo decía muy claramente en un texto de 1891:

---

7. Juan Saturno Canelón, *Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia*, Caracas, Litografía del Comercio, 1944, p. 37.

"La enseñanza es una de las conquistas del progreso. ¿Por qué no aspirar a ella? Contribuyamos por una vez más, con nuevos granos de arena y con buena voluntad, al monumento que levante a la historia patria la juventud del porvenir"[8].

Es una manera de expresar la conciencia de su presente y es también un guiño al futuro. Lo paradójico es que el legado de Rojas pareciera circunscribirse al entorno de su tiempo. Luego de su muerte, ocurrida en 1894, su herencia intelectual pareció oscurecerse con su ausencia. En parte, su presencia tenía que ver con la utilidad de su trabajo en la respetuosa valoración de sus contemporáneos; luego el silencio de la muerte cayó también sobre sus papeles.

Quizás se perdió de vista un proyecto de publicación conjuntiva y sistemática, que propusiera una sintaxis para leer su obra toda en la variedad de temas y formas de expresión. Sin embargo, hay que subrayar el hecho de que aún muy parcialmente, su obra sigue siendo una referencia obligada a la hora de fijar las pautas fundacionales de la cultura, la historia y la ciencia en Venezuela.

Rojas, con humildad no reclama para sí la primacía de todo cuanto pueda significar la recuperación de una memoria histórica, que de no ser por su esfuerzo se hubiese perdido definitivamente; lo que llama leyenda y que más precisamente quiso llamar "literatura de la historia de Venezuela", conforma lo más extenso de su producción y sistemáticamente, el tema de sus mayores recurrencias. Consciente del valor de lo histórico como formador de la herencia de los pueblos, exige para la Historia su condición de ciencia de la verdad:

> Es necesario despojar a nuestra historia de los mitos con que hasta hoy la han hermoseado los pasados cronistas, restablecer la verdad de los sucesos, y fijar el verdadero punto de partida de los futuros historiadores de Venezuela. Reconstruyamos la historia: no, que esto sería excesiva presunción de nuestra parte: tratemos de despejar las incógnitas marcando rumbo seguro a los que nos sucedan. En materias históricas, más que en ninguna otra, todo aquello

---

8. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Imprenta de la Patria, 1890 (Primera serie), pp. III-IV.

> que no esté apoyado en documentos auténticos y narraciones fieles, debe despreciarse como una cantidad negativa, y toda aseveración que no haya sido inspirada por la verdad, basada en el estudio y la crítica, es de ningún valor.[9]

Su perspectiva histórica mucho se había nutrido de la escuela positivista. Su asimilación de los elementos científicos y más aún la filigrana de sus postulados aparece frecuentemente interpolada con sus reflexiones sobre las orientaciones que debían sustentar a la disciplina histórica.

Los años de su formación intelectual coinciden con los de la construcción de la nación venezolana. La continuidad de las guerras, desde la de Independencia (1810-1830) hasta la Federal (1859-1863), y las constantes escaramuzas que propendían al control del poder, dieron durante la mayor parte del siglo XIX una gran inestabilidad política. El caudillismo, con sus diversos tintes y objetivos, fue dando un perfil a la nación que se vería un poco más delineada hacia el último tercio el siglo XIX. Gobiernos como los sucesivos de Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), fueron aportando algunas de las bases de la modernización de las ciudades, sobre todo de la capital y una incipiente transformación urbana que coincide con la institucionalización de la cultura[10]. Caracas, la ciudad capital se rehace; se construyen nuevas redes simbólicas que son captadas por el discurso periodístico y literario de manera inmediata. También la ciudad se consolida en el recuento histórico, que toma distancia y promueve el contraste entre los hechos y sus escenarios dentro de un clima que se muestra a todas luces como "modernizador"[11].

---

9. *Ibid.*, p. VI.

10. Sobre las transformaciones que lleva a cabo el gobierno de Guzmán Blanco, en lo urbanístico y en lo cultural, véase Paulette Silva Beauregard, *Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*, Caracas, La Casa de Bello, 1993. También ofrece importantes datos sobre el particular la investigación de Roldán Esteva Grillet, *Guzmán Blanco y el arte venezolano*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

11. En ese sentido, señala Julio Ramos, la ciudad "no es simplemente el trasfondo, el escenario en que vendría a representarse la fragmentación del discurso distintiva de la modernidad. Habría que pensar el espacio de la ciudad, más bien, como el campo de la significación misma, que en su propia disposición formal –con sus redes y desarticulaciones– está atravesado por la fragmentación de los códigos y de los sistemas tradicionales de representación

Como un testigo excepcional de las propuestas “modernizadoras” que fueron implantadas en Venezuela, Rojas vivió de cerca la creación de las Academias. La de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que había sido fundada en 1869, dio paso a la de la Lengua en 1883. Luego sería la de la Historia (1888), la conversión de la Universidad de Caracas a Universidad Central de Venezuela, la creación de la Biblioteca Nacional, y cuando parecía que el poder político era omnímodo, él logró sellar su compromiso no con las coyunturas políticas que parecían desdibujarse casi siempre, sino con el saber, con la investigación, sus documentos y “cacharros”. Así, en los breves remansos de la pacificación, se hizo propicio el cultivo de las artes y las letras. Su fe cristiana, su liberalismo, el romanticismo que se dilataba en su ocaso, y al mismo tiempo una probada confianza en la ciencia y el progreso, fueron los ingredientes de tan avasalladora personalidad sin cuyo concurso Venezuela no tendría la fisonomía histórica que hoy podemos leer como herencia.

Su perspectiva de historiador lo pone en el camino de comprender los procesos de la manera más exhaustiva posible. La mayor parte de sus monografías son pioneras en ese sentido de organizar por primera vez la información, ofrecer la documentación que sustenta la explicación histórica, lo cual le otorga en el sentido historiográfico su impronta fundacional. De una manera novedosa establece un modelo de propuesta bibliográfica que combina, en un mismo volumen, el conjunto de recreaciones históricas, cargadas de sus elementos creativos, plenas de su propio estilo literario y las hace acompañar con los documentos que le sirvieron de base. Los *Orígenes venezolanos* están asentados sobre esas investigaciones y sobre el acervo documental que le sirvió de hipotexto. En ellas se encuentra el germen de las que habrían de sucederse, tratando de dar explicación científica a los hechos del pasado y sobe todo, aportando sustentación documental para comprender e interpretar su presente. La Venezuela que ausculta, se ha reconstruido ante sus ojos a partir de los vestigios de una espacialidad y una temporalidad que corresponden a una sociedad ya desaparecida.

---

en la sociedad moderna", *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 118.

Muchos de los elementos que sustentan su curiosidad histórica y documental eran parte de una atmósfera de época que cundía en algunos lugares del continente, forjando tradiciones muy fuertes e influyentes como, por ejemplo, la de Ricardo Palma en el Perú. Aunque con otros propósitos, explícitamente irónicos, pintorescos y humorísticos que subyacen en el relato de las tradiciones: "Palma dictaminó que la tradición era un género ancilar de la historia, un sucedáneo para ilustrar a un pueblo poco letrado sobre su propio pasado; una graciosa hermana menor que le agregaba a la otra la dimensión de la fantasía, la superstición y la voluntad mitificadora y legendaria del espíritu popular"[12]. Y con ese criterio se modeló todo un género que tenía como estrategia discursiva incorporar elementos de la historia, la remota y la próxima a la literatura.

VENEZUELA: LA ESCRITURA DE SU HISTORIA

En la revisión de las fuentes primeras sobre la historia de Venezuela, Rojas advierte muy claramente que a José de Oviedo y Baños la historiografía nacional le ha levantado un nicho. Y opta por reconocer que éste "mucho copió del verdadero" cronista, que es fray Pedro Simón. Por ello señala que hay muy poca materia original en Oviedo: "Oviedo y Baños no es el historiador primitivo de Venezuela sino un compilador del verdadero, que es fray Pedro Simón. Oviedo y Baños para la elaboración de su historia no tuvo necesidad de apelar a los archivos, en los cuales nada podía hallar respecto a la conquista de Venezuela, sino a la lectura y estudio de su predecesor, tan rico en pormenores, tan minucioso en la narración de los incidentes"[13].

No sólo estos antecedentes llaman la atención de Rojas, también las aportaciones que alemanes, ingleses, franceses, italianos y holandeses hicieron a nuestra historiografía a través de testimonios, relatos de viajes, crónicas y otros documentos escritos en aquellas lenguas; muchos de ellos

12. José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, v. 2, p. 123.
13. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas*, p. IX.

no traducidos en su momento y donde se dan detalles de todo cuanto significó la conquista, colonización, poblamiento y por supuesto, los detalles bélicos que dieron continuidad a la saga de los filibusteros de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII[14]. Para conformar sus escritos Rojas echa mano de todas las fuentes que tiene a disposición, por ello la riqueza de vertientes informativas descansa en buena medida en testimonios de la oralidad y en documentos inéditos, en las crónicas coloniales, los relatos de viajeros y archivos eclesiásticos, entre otras fuentes.

Por supuesto que toda esta gran amalgama de versiones, aportes y relaciones, tiene un punto de partida que Rojas reconoce en los primeros cronistas, a quienes llama "cronistas de Indias, de nombramiento regio", entre quienes nombra a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista mayor de Carlos V y Antonio de Herrera, cronista de Felipe II, al igual que Bartolomé de las Casas, y la muy particular obra de Juan de Castellanos, *Elegía de varones ilustres de Indias* (1589), la cual, no obstante la belleza y colorido en que abundan las descripciones, "adolece de errores capitales, ya en la narración de los sucesos, ya en las fechas cronológicas. Debe por lo tanto consultarse con cuidado"[15].

Con atención anota Rojas los aportes de la historia escrita por Rafael María Baralt; reconoce en el modo como el zuliano incorporó muchos de los documentos disponibles en su época, pero sin embargo, repara en que dejó de lado otros de suma importancia, entre ellos, los escritos de fray Pedro Simón. Para Rojas, Baralt "tuvo más abundancia de compiladores que de historiadores", no obstante, reconoce los aciertos de su obra y su legado:

> De manera que sin haber conocido Baralt a Oviedo y Valdés, Las Casas, Castellanos, Benzoni, fray Simón, Caulín, etc., etc. ni los cronistas ingleses,

---

14. No es casual que ante esta labor de revisión, acopio y rectificaciones, Enrique Bernardo Núñez sitúe tres momentos en lo que corresponde a la historia de Caracas: "Por sobre todo Rojas ha sido el historiador y el cronista de Caracas. Son tres historiadores en tres épocas distintas de su historia: el primero viste hábito franciscano, el otro se envuelve en capa española y el último usa chaquet y sombrero melón. Entre fray Simón y Oviedo y Baños corre un siglo. Entre Oviedo y Rojas siglo y medio", Enrique Bernardo Núñez, *Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo*, Caracas, Ediciones de El Universal, 1944, p. 22.
15. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas*, p. XVI.

holandeses y franceses de la época de los filibusteros, obras muchas de ellas de muy fácil adquisición en estos días, el trabajo de Baralt, acerca de la historia antigua de Venezuela, a pesar de sus lagunas, puede reputarse como brillante síntesis, tanto por la belleza y claridad del estilo cuanto por lo selecto de cada resumen histórico.[16]

Para Rojas lo más importante es reconstituir lo que él denomina *la historia patria*. Está consciente de los esfuerzos que se han hecho y se hacen para esclarecer los dramas humanos del pasado[17]. En su papel de resguardo, se convierte en una especie de arqueólogo del pasado nacional. Encomienda la responsabilidad a un número importante de intelectuales, historiadores e investigadores que en diversas partes del país sostienen una labor en ese sentido: "como los hermanos Ramos, en Cumaná, López Rivas, de Maracaibo y Febres Cordero, de Mérida, dediquen sus fuerzas y talentos al estudio de la crónica local, obedeciendo a las atracciones de la familia; que otros, como Gil Fortoul y Alvarado, tiendan a la disquisición filosófica y social, y al engrandecimiento del todo contribuyan con fuerzas superiores; que otros, en fin, como Martel Larruscain, Yanes, Aguilera, Zumeta y otros más, se fijen en la biografía, en la leyenda o en rectificaciones históricas, es lo cierto que todos, animados de nobles sentimientos, converjan en un centro: la historia patria"[18]. No pierde de vista que el desarrollo de la nación va en sintonía con los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales; ve con optimismo a su país y reconoce los adelantos logrados por otras naciones cuya influencia se evidencia de diversas maneras.

En ese sentido, Rojas resalta las transformaciones que han propiciado culturas como la estadounidense desde la proclamación de su Independencia, de la cual se había celebrado ya el primer centenario (1776-1876). Destaca de este pueblo

---

16. *Ibid.*, pp. XXVI-XXVII.
17. Con acierto señala Arturo Uslar Pietri que "Rojas se ha percatado muy pronto de que el conocimiento científico de las civilizaciones indígenas es el preámbulo necesario de todo estudio histórico de la nacionalidad. No el relato de la resistencia heroica de los caciques, que está en Oviedo y Baños, sino el conocimiento de sus lenguas, de sus usos, de sus artes, de su evolución y de las diferencias que existían entre sus distintas naciones", *Arístides Rojas (1826-1894)*, Caracas, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953, p. 39.
18. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos. Orígenes venezolanos*, p. 17.

> su portentosa industria, su comercio que cruza todos los océanos y penetra en todos los pueblos de la tierra; su ciencia representada por las conquistas de la mecánica, de la náutica, de la astronomía, de la meteorología, de la medicina, etc., etc.; y esos otros luminosos factores que se llaman imprenta, telégrafo, teléfono, motor. Ha dado también al mundo, grandes escritores, historiadores que no contentos con estudiar la influencia de la raza anglosajona en el continente de Colón, han penetrado en los archivos españoles para regalarnos obras selectas sobre la conquista castellana y las galas de su espléndida literatura.[19]

Igualmente subraya los logros alcanzados por la cultura francesa al punto de haber celebrado también el primer centenario de su revolución (1789-1889). De esta cultura reseña sus adelantos, y añade que la misma "ha revelado a todos los pueblos que la República inspirada por el sentimiento patrio, puede sostenerse en medio de monarquías enemigas; y ha pasmado al mundo con las obras de su industria, con las creaciones del arte moderno y con sabias monografías en todos los ramos del saber humano"[20].

El balance que hace Rojas de estas dos culturas al filo de la celebración del centenario de hitos claves de su historia, lo contrasta con aquellos logros alcanzados por Venezuela, que se apresta a celebrar el primer centenario de su Independencia (1810-1910). Aunque está consciente de que no presenciará este momento, muestra su optimismo en cuanto a que podrán presentarse con orgullo "el desarrollo de nuestras conquistas intelectuales, industriales y sociales"; cree de manera optimista que los venezolanos "habremos biografiado a los principales actores del gran drama; habremos acabado de completar las colecciones históricas hasta hoy conocidas; habremos estudiado con más criterio la época de la Revolución y el carácter de sus hombres"[21].

Su aporte entonces, va guiado no sólo por un optimismo declarativo sino por una contribución germinal que supera no solamente el sentido coyuntural del centenario de la revolución de independencia, sino que ci-

---

19. *Ibid.*, p. 15.
20. *Ibid.*, pp. 15-16.
21. *Ibid.*, p. 16.

mienta la piedra angular para el conocimiento de la historia cultural del país. De tal manera que sus estudios históricos, que él denomina orígenes históricos, son su contribución anticipada para esa necesaria tarea de conocer y comprender el proceso histórico del país:

> Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.[22]

Él mismo se ocupa de ofrecer la nómina de estudios que contribuirían con esa tarea llena de amor patrio y de fe en el porvenir. De este entramado temático se puede deducir la amplitud de sus intereses, comprendidos en la necesidad de esclarecer las incógnitas del pasado y, más aún, de explicar gradualmente los procesos de conformación de la cultura nacional a lo largo de su historia:

> "Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVI"; "Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVII"; "Las escuadras extranjeras en las costas venezolanas, durante el siglo XVIII"; "La obra de los misioneros", "El elemento alemán en la conquista de Venezuela", "El gran Solano y su obra", "Orígenes de la imprenta en Venezuela", "La Revolución de 1810 y sus hombres", "El general Emparan. El canónigo Cortés Madariaga", "El constituyente de 1811 y sus hombres", "Las campañas de Miranda en Venezuela", "Orígenes de los partidos políticos en Venezuela", "La monomanía sobre monarquía es hija de la revolución", "Orígenes sobre la diplomacia en Venezuela", "Campaña de 1813", "Boves", "Las legiones extranjeras auxiliadoras de la revolución", "Miguel José Sanz", "El general Morillo", "La familia caraqueña", etc., etc.[23]

---

22. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas de Venezuela*, p. V.
23. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos*, pp. 16-17.

Muchas de estas monografías se escribieron, otras, como la referida al elemento alemán en la conquista de Venezuela, se quedó en proyecto[24]. Es importante destacar que en su conjunto, la mayor parte de estos estudios corresponde a un sentido fundacional de la nacionalidad. Sus monografías se asumen como elemento constitutivo de una tarea necesaria, que consiste en el develamiento de los hitos fundamentales de la historia patria, tanto la remota como la más próxima. Por esta razón son abundantes sus datos respecto de los elementos constitutivos del orden jurídico, de los deslindes territoriales, la conformación de las instituciones políticas y civiles. Es esa la Venezuela que se está fundando, que está construyendo su propio camino.

REIVINDICACIÓN HISTÓRICA DE ANDRÉS BELLO

Muchos son los prejuicios que se fraguaron en torno a la figura de Andrés Bello (1781-1865). Su participación como integrante de aquella selecta misión diplomática, la primera, enviada a Londres en 1810, con la finalidad de lograr apoyo británico para la causa independentista, estuvo tocada por la sospecha. Esta embajada singular, comprendida por Bello, Simón Bolívar y Luis López Méndez ha deparado en la historia de Venezuela no pocos equívocos e infundadas lucubraciones pero, independientemente de los aspectos políticos y estratégicos que la motivaron, posee como corolario los interrogantes sobre las razones que motivaron la decisión de Bello de permanecer en Londres y, más aún, el hecho de que ya no retornara a Venezuela pese a las gestiones de algunos de sus compatriotas influyentes –entre ellos el mismo Bolívar– de motivarlo a regresar.

Luego del largo periplo londinense que se extendió desde 1810 hasta 1829 y su posterior y definitiva escala en Chile, hasta su muerte en 1865

24. En una nota inserta en las *Humboldtianas*, Eduardo Röhl señala que tuvo la ocasión de ver un archivo con trabajos inéditos de Rojas pero que no logró localizar "la 'Humboldtiana' intitulada: 'El elemento germano en la historia de Venezuela', de que se habla en otro capítulo de esta obra y la que don Arístides Rojas dejó en preparación", Arístides Rojas, *Humboldtianas*, comp. de Eduardo Röhl y prólogo de Ángel M. Álamo, Buenos Aires, Editorial Cecilio Acosta, 1942, v. 2, p. 206.

quedaron en suspenso las razones de una supuesta delación del movimiento de abril de 1810 por parte de Bello. El joven intelectual entonces comenzaba a ejercer funciones como hombre público y ocupaba el puesto de oficial mayor de la Secretaría de la Capitanía General. Arístides Rojas se ocupa de elaborar un menudo seguimiento a la vida y obra de Andrés Bello. Desde sus años juveniles en la Caracas colonial, y su proceso de formación intelectual, hasta su decidida participación en los acontecimientos políticos que se generaron a favor de la Independencia. Rojas ofrece menudos detalles sobre los hermanos José Ignacio, Luis y Javier Ustáriz, en cuya casa departían los políticos y letrados más distinguidos de la Caracas de entonces, entre quienes se encontraban Simón Bolívar, Antonio Muñoz Tébar, Francisco Iznardi y Vicente Salias, entre otros.

En esa casa, especie de ateneo, tuvo Bello contacto con obras clásicas de la lengua francesa e inglesa, que ya desde muy joven había aprendido y dominaba al igual que el latín. Su visita a la casa de los Ustáriz se produce entre 1797 y 1810. Rojas relata minuciosamente el día en que Bello se encuentra con un ilustre recién llegado, el barón Alejandro de Humboldt: "Bello, joven entonces de diez y ocho años, es presentado al viajero, quien puede calarle desde la primera conversación en francés que con aquel entabla. El prusiano, al ver cómo latía aquél corazón animado del sentimiento de lo bello y del amor a la naturaleza, estréchale la mano y le alienta con frases lisonjeras"[25].

De tal suerte, Rojas tiene el firme propósito de aclarar los malentendidos y sobre todo desenmarañar la calumnia que se había forjado contra Bello desde 1810, sobre conjeturas y falsas imputaciones. Ofrece una documentación y un razonamiento que asume con deber de patria. Esto es, no sólo limpiar la memoria de Bello de toda mácula que sus adversarios sembraron, sino exaltar de manera fehaciente su obra y su herencia intelectual. Por ello se propone:

> Vindicar la memoria de un hombre célebre, prez y honra de Venezuela y de América: disipar el dicho vulgar con que, hace más de sesenta años, han querido calumniarle sus enemigos políticos y más después sus émulos: interrogar

---

25. *Ibid.*, p. 21.

> los documentos, penetrar en el laberinto de las conjeturas y opiniones contradictorias, en solicitud de la verdad: estudiar a la luz de la sana lógica las opiniones dadas por los enemigos y los amigos de la Revolución de 1810: apelar, en fin, al criterio histórico y, armado de la crítica severa, juzgar los hechos consumados, tal es el noble fin que hoy nos estimula a escribir, en defensa del hombre ilustre que sirve de tema a este estudio, del tan aplaudido en el mundo de las letras, a quien las generaciones sucedidas desde 1810, han venerado, y cuya fama es ya imperecedera.[26]

La revisión pormenorizada de documentos, de relatos históricos y las diversas versiones de los hechos, que puntualiza año tras año, dejan al descubierto que se trató de un infundio, que se hizo público una vez que Bello ya había abandonado el país, acompañando la misión diplomática. Estos rumores fueron perpetrados por algunos funcionarios españoles y sustentados en los relatos de los historiadores, primero españoles y después venezolanos, que repitieron sin fundamento las acusaciones iniciales[27]. Rojas concluye que "la historia de nuestras guerras civiles descubre que, en la mayoría de los casos, las revoluciones se transparentan, más por la imprudencia y poco sigilo de sus autores, que por la delación de alguno o muchos de sus cómplices"[28]. Rojas deshila la maraña y deja claramente sentado que se trató de una ignominiosa calumnia. Al tiempo de explicar en detalle las razones que motivaron a Bello para trasladarse a Chile y no a Venezuela, donde le ofrecían trabajo, Rojas abre una discusión e invita a sus lectores a hurgar en el episodio; así entra en el debate que había empezado muchos años antes. Sin embargo, estaba consciente de que no trabajaba para la generación de su presente sino para los historiadores del futuro.

---

26. Arístides Rojas, "Andrés Bello y los supuestos delatores de la revolución", *Estudios históricos* (Serie segunda), p. 36.
27. "Como sucede siempre en las revueltas, figuran en ella actores indignos, y uno de estos censuró el nombramiento de Bello para secretario de la comisión que iba a Londres en 1810 [...] Esta pregunta que con insistencia se han hecho todos los venezolanos amantes de su patria y admiradores de este sabio, ha quedado resuelta por los eruditos trabajos de autores contemporáneos", Federico Salas, *Discurso en el centenario de Andrés Bello celebrado en la ciudad de Mérida el día 10 de diciembre de 1881 por la ilustre Universidad*, Mérida, Imprenta de Juan de Dios Picón Grillet, 1882, p. 15.
28. Arístides Rojas, "Andrés Bello...", p. 38.

En enero de 1881 llegó José Martí (1853-1895) a Venezuela. Primero tocó tierra en Puerto Cabello y luego arribó a Caracas desde La Guaira. Son muchos los testimonios escritos acerca del impacto que causó el cubano en la intelectualidad caraqueña de la época y existen importantes valoraciones sobre su obra venezolana, tanto desde el punto de vista periodístico, que culminó en la empresa de fundar *La Revista Venezolana*, como de la literatura misma, de su trabajo periodístico y poético. Pero lo que me interesa destacar aquí es el modo como los trabajos de Rojas, al parecer ya conocidos por Martí en algunas publicaciones periódicas, contribuyeron en buena medida a su familiarización con la realidad histórica y cultural de Venezuela. En los propósitos de su *Revista Venezolana*, Martí convoca a muchos de los intelectuales más destacados de la época: "De venir aquí empeñan promesa, y ya les vemos venir en procesión de vencedores, Arístides Rojas, con la América a cuestas; con sus proféticas visiones (...)"[29].

En diversos trabajos se ha señalado el modo como este descubrimiento de la Venezuela histórica y cultural de Martí mucho debió a Rojas. Principalmente, las recopilaciones de leyendas históricas y sus estudios sobre la reconstrucción del mito de Amalivaca (o Amalivacá), a partir de los apuntes de Humboldt y Filippo Salvatore Gilij, son la base de una de sus más hermosas narraciones, como lo es "La leyenda del moriche". Ésta fue para Martí una poderosa fuente que luego convertiría en el icono latinoamericano de su esperanza continental: el gran Semí, el padre de la semilla nueva, con que cierra su clásico ensayo "Nuestra América": "La imagen del Gran Semí procede, sin duda, por su condición de energía sembradora de una humanidad nueva, de la figura mítica del padre Amalivaca"[30].

El mito de Amalivaca atraviesa la impronta del encuentro de 1492. Éste ha tenido diversas manifestaciones en la oralidad, en la literatura, y en

29. José Martí, "Propósitos", *Revista Venezolana* (Caracas), Nº 1 (1881), Edición Crítica de Ramón Losada Aldana, Caracas, UCV, 1993, p. 33.
30. Cintio Vitier, "Una fuente venezolana de José Martí", *La Nueva Revista Venezolana* (Caracas), Nº 1 (2006), p. 2.

el arte plástico. Sin duda que se trata de un antiguo vestigio del mundo indígena de la antigüedad prehispánica. El mito recrea la figura de un viajero, navegante de ríos y mares:

> era un fundador de pueblos. Un ser superior, lleno de sabiduría, con la misión de enseñar, de proporcionar conocimientos para domeñar a la naturaleza para proteger a los hombres (…) De allí su relieve en la vida cultural de estos hombres, y explicable que el relato haya quedado grabado en algunas piedras, en las figuras de los petroglifos, aun todavía sin descifrar, y en toda la oralidad, es decir, en la memoria colectiva de la mayoría de los indígenas de Guayana.[31]

Por supuesto, se trata de redimensionar un relato de profunda raíz americana, cuyo valor se universalizó en la escritura de diversos viajeros europeos, que ha sido retomado y puesto en diálogo cultural con otros relatos para realzar su valor universal.

Así como la fábula está enraizada con el mito fundacional de América, en toda su geografía, la escritura fue cimentando un relato que por su poder de convicción estableció una verdad histórica y jurídica que trataba de desplazar a la verdad ficcional, esto es, al relato oral cuya transmisión y permanencia se sustenta en su condición verosímil. Desde el siglo XVIII, el relato sobre las andanzas de Amalivaca, un ser dotado de poderes sobrenaturales, impactó la escritura de algunos viajeros y cronistas, como Filippo Salvatore Gilij (1721-1789) quien residió entre los aborígenes del Alto Orinoco por más de dos décadas y dejó una extensa obra titulada *Ensayo de historia americana*[32]. Gilij, al referirse al mito de aquel héroe fundador impone el dogma del origen del hombre contra el relato antropogónico de los tamanacos. Al respecto escribió: "De Amalivaca los Tamanacos hablan como de un hombre que estuvo con ellos en Maita, dicen que andaba vestido, que era blanco, y cosas semejantes no convenientes a quien los creó, sino a quien los llevó el primero a aquellos lugares. Por lo contrario, la

31. Trino Borges, "Amalivaca, una afirmación necesaria en la Venezuela de los 500 años festivos", *Actual* (Mérida), Nº 23 (1992), p. 90.
32. Filippo Salvatore Gilij, *Saggio di Storia Americana*, escrito en italiano y publicado en Roma en 1780.

formación del mundo, la de ellos mismos, y del Orinoco, etc., son proezas de divinidad"[33].

Igualmente, el sabio alemán Alejandro de Humboldt, también dedicó sendas páginas a resaltar la presencia del héroe y lo dejó registrado en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* (1799), donde señaló:

> Los pueblos de raza tamanaca […] tienen una mitología local relacionada con unas piedras pintadas donde Amalivaca, el padre de los tamanacos, es decir, el creador del género humano […] llegó en un barco al momento de la gran inundación que llaman *la edad del agua*, cuando las oleadas del océano se estrellaban, en el interior de las tierras, contra las montañas de La Encaramada.Todos los hombres –continúa Humboldt– o por decir mejor, todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer quienes se salvaron sobre las montañas cerca de las orillas de Asiveru… Amalivaca viajando en un barco, grabó las figuras de la luna y del sol sobre la Roca Pintada (Tepumereme) de La Encaramada.[34]

En el siglo XIX se incorpora el mito a la cultura letrada; su forma escrita mucho debe a la investigación de Rojas, y a un libro pionero sobre las leyendas de Venezuela. "La leyenda del moriche" fue recogida por Arístides Rojas en su libro *Leyendas históricas de Venezuela* (1890)[35]. Ya en el siglo XX se estabilizó el mito vinculado en primera instancia al papel de un héroe salvador. Cuando se produjo el diluvio universal y estaban los tamanacos a punto de morir: "vieron de pronto una extraña canoa que avanzaba por encima del oleaje, manejada por un hombre alto y fuerte, de agudos ojos brillantes como la luz. Era Amalivaca, padre de las gentes que nacerían después, el cual traía con él en la canoa a su hermano Vochy y a sus dos

---

33. F. Salvatore Gilij, *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965.
34. Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, v. 4, pp. 403-404. La primera edición en francés data de 1799, titulada *Voyage aux régions équinoxiales du Noveau Continent*. La primera versión en castellano es de 1826.
35. Arístides Rojas, *Leyendas históricas de Venezuela*, pp. 1-8. También refiere el episodio de Amalivaca cuando interpreta "Los jeroglíficos venezolanos", *Estudios indígenas*, Caracas, 1944.

hijas"[36]. Este hecho se relaciona con el fin de un período y el inicio de otro, y determina el hilo mismo de la relación mítica y el comienzo de un ciclo civilizatorio. Amalivaca expande el fruto de la palma moriche del cual habría de nacer una humanidad nueva[37].

Son muchos los elementos de tipo documental, los datos históricos y sobre todo aspectos simbólicos que le proporcionan los escritos de Rojas a Martí. Para el cubano éstos poseen un valor mítico y más aún, le sirven para refundir en su propia obra elementos cósmicos con los cuales plena las interpretaciones telúricas de lo raigal americano. La estima que tuvo el joven escritor por el ya consagrado don Arístides continuó en la correspondencia que enviaba desde Nueva York a sus amigos venezolanos[38], luego de su precipitada salida de Venezuela, en julio de 1881. A esa amistad, llena de gratitud, le sumó Martí el reconocimiento que le expresó en memorables páginas de su *Revista Venezolana*: "Arístides Rojas agota cuanto toca (…) Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora"[39]. Esa perspectiva se muestra invariable entre quienes se han acercado a la esencia de esa relación intelectual, de afecto e intercambio, esto desde la perspectiva de estudiosos cubanos y venezolanos, como es el caso de Ramón Losada Aldana para quien

> el cubano tenía predilección por Arístides Rojas (…) Martí encomia la cultura enciclopédica de Rojas y expresa admiración por el conocimiento que tiene el venezolano de mayas, quipus quechuas, aztecas, tupíes, muyscas, guaraníes, cumanagotos, siboneyes. La prueba de que estos conocimientos no son

---

36. "Mito tamanaco. Amalivaca", *Literatura indígena de Venezuela*, Caracas, Kapelusz, 1981 (selección, estudio preliminar y notas de Ítalo Tedesco).
37. Este motivo es retomado por José Martí en dos oportunidades. Véase: "Maestros ambulantes", *Obras selectas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, v. 1, p. 80, y "Nuestra América", *Obras selectas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, 1978, v. 1, p. 527.
38. Al respecto comenta Pedro Grases: "Escribía Martí con toda ilusión, encariñado como estaba en el contacto con sus amigos de Venezuela, a quienes quería entrañablemente, tanto por los vivos afectos que había dejado en Caracas, como por el eco que llevaban a su alma enamorada de los valores históricos del país –cuna de Bolívar y de Bello– al que se había ofrecido como hijo dispuesto a servirlo", "Un nuevo libro de José Martí", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 96 (1953), p. 57.
39. José Martí, "Libros nuevos", *Revista Venezolana* (Caracas), Nº 1 (1881), p. 54.

otra cosa que estímulos a la recuperación de la autenticidad latinoamericana consiste en que el cubano incorpora a su propia obra antropogonías, mitos, leyendas y elementos culturales indígenas aprendidos en don Arístides.[40]

La relación intelectual y amistosa de Arístides Rojas y José Martí queda evidenciada en documentos y testimonios. Dos grandes personalidades convergen en un momento histórico en el cual se están definiendo cambios fundamentales en la cultura del continente. Estos pasan por la transformación de modelos estéticos, modificaciones en el sentido de la ciudadanía, y el nuevo rumbo de muchos de los países hispanoamericanos hacia la modernización. En ese sentido, es importante tomar en cuenta el valor de la palabra que sustenta las raíces de la cultura propia, y así cada una de las transformaciones de aquella modernidad que se pretende impulsar en medio de profundas contradicciones.

LAS PRIMERAS PALABRAS SOBRE VENEZUELA

En el estudio que Rojas tituló "La primera colonia en aguas de Venezuela (1498-1550)", se establecen las coordenadas iniciales del arribo de Colón a Venezuela, su estadía en el golfo de Paria, el descubrimiento de la perla y todo cuanto significó el trazado de la primera ciudad del Nuevo Mundo.

Los referentes iniciales de la espacialidad, de la geografía y la naturaleza de lo que hoy en día es Venezuela, se remontan al relato contenido en la *Carta de relación del tercer viaje* (1498) de Cristóbal Colón, escrita a los Reyes Católicos. En ella se da cuenta del impacto que el "ánimo" del almirante sintió frente al paisaje. En ella describía por vez primera, en la lengua que sería dominante, el golfo y la península de Paria; y lo que creyó que era un mar de aguas dulces, ignorando que se encontraba ante el Orinoco, uno de los más grandes ríos de lo que luego se llamó América. Con un relato occidentalizado, escrito en una lengua que no era la ori-

40. Ramón Losada Aldana, "José Martí y su *Revista Venezolana*", Alberto Rodríguez Carucci (comp.); *José Martí en Venezuela y* Nuestra América, Mérida, Universidad de Los Andes / Cátedra Latinoamericana José Martí, 1992, p. 82.

ginaria del cronista comenzó una fábula, una mitología, una leyenda y también una historia.

Este relato significó también en términos de constitución discursiva, la creación del Nuevo Mundo. En la mentalidad de Colón se hace evidente que su situación presente se contrasta con lo aprendido. Él sabe que un río de gran magnitud que impacta fuertemente en su encuentro con el mar no existía en Asia según lo aprendido de la descripción geográfica de Ptolomeo. Entonces

> en su mentalidad de hombre de la Edad Media lo que se le ocurre pensar es que aquél debe ser uno de los cuatro ríos que salen del Paraíso Terrenal, a donde no podía llegar nadie salvo por voluntad divina, pero tenía entendido que el Paraíso estaba en Asia y esto no concuerda con la noción del inmenso territorio que está al sur, según le informaron algunos pobladores a sus marineros. Menos aún se corresponde con la idea de que a esa altura haya río semejante en el continente asiático, según lo que ellos sabían. Por eso, intuitivamente, escribe que seguramente está en presencia de una nueva tierra, de otro mundo.[41]

El auge y ruina de Cubagua que tanta importancia tiene en el proceso del posterior poblamiento de Venezuela, tiene mucho que ver con la investigación histórica que adelantó Rojas y que nutrió "La leyenda del moriche". Sin embargo, en su aproximación al estudio de aquella primera colonia, destaca el carácter cruel que tuvo el proceso. La llamada por Colón "Tierra de Gracia", fue hospitalaria desde la llegada de los navegantes en 1498. Los habitantes de las costas saludaron a los ocupantes de las carabelas, las mujeres de bellos portes y agraciadas formas llevaban en el cuello y brazos sartas de perlas. Esta imagen, recreada de manera detallada por Rojas, le sirve de marco para explicar los pormenores del auge y destrucción de la Nueva Cádiz como se le llamó a la isla, "que ostentó sus riquezas e hizo gala de sus edificios y de su comercio, y que al través de los tiempos debía desaparecer en medio de los cataclismos de la naturaleza, al

---

41. Arturo Uslar Pietri, *La creación del Nuevo Mundo*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1990, p. 11.

agotarse los indios y las perlas, y al alejarse de ella, como de suelo maldito, los seres que la habían explotado durante cincuenta años"[42].

El relato acerca del reconocimiento, colonización y destrucción de Cubagua podría ser un ejemplo de cómo la precisión del dato histórico, sumada a unos recursos retóricos que llenan de colorido al relato, prestan una gracia especial que resalta su valor plástico:

> Cubagua es la primera feria de la riqueza indígena; la primera Colonia desde la cual el conquistador debía despoblar a Venezuela; el gran mercado de esclavos que abre la historia de la conquista española en la porción Sur del Continente. Cubagua es el punto de reunión de los filibusteros salteadores de la familia americana, y de todos los malhechores que, monstruos salidos del abismo, destruyeron en el espacio de cincuenta años, lo que la Providencia había concedido a aquellos sitios; la perla que guardaban las aguas; el indio libre, hospitalario, amante del hogar, destinado a sucumbir por el hambre y el dolor.
> Cubagua es cuna, feria, colonia, campo de muerte, prisión y tumba. Allí fueron conducidas las familias indígenas de todos los puntos de la costa por mercaderes salteadores, para ser esclavizadas. ¿Qué significaba aquella C enrojecida, humeante, que arrancaba ayes lastimeros y dejaba surcos de sangre sobre el rostro de las madres, de los jóvenes, de los niños arrebatados al calor de sus hogares, para ser conducidos a La Española como esclavos? Castilla, Caribe, Cubagua, ¡qué importa lo que significaba esa inicial, si ella dejaba siempre sobre el cuerpo del hombre libre el sello del oprobio y de la muerte![43]

De esta manera Rojas, pionero en los estudios históricos sobre la fundación de Venezuela, se ocupa también de otros elementos que tienen de igual manera un carácter fundacional. Prueba de ello son sus estudios sobre las lenguas indígenas, sobre las narraciones y testimonios de aquellas culturas; pero también de todo el proceso de organización política, económica y social que fue evolucionando con los años de la Colonia. Son reveladores sus ensayos y monografías sobre los orígenes de la imprenta, de los partidos políticos,

42. Arístides Rojas, "La primera colonia en aguas de Venezuela (1498-1550)", *Estudios históricos*, p. 20.
43. *Ibid.*, pp. 22-23.

de la diplomacia, de la Biblioteca Nacional, de la instrucción pública, la fundación de las academias; todo ello vinculado a una tradición que recupera lo propio a la luz de las transformaciones que el pensamiento de la Ilustración insuflaba desde Inglaterra y Francia, y que convenía como empresa vinculada al empeño por hacer florecer el pensamiento y la cultura propios.

Todo demuestra un plan coherente puesto que da cuerpo a un conjunto de aspectos que en suma permiten comprender no sólo sus preocupaciones históricas sino su formación, su método, filosofía, con abundantes ejemplos y sobre todo con una información suficiente de primera mano.

FUNCIÓN Y HONRA DE PRECURSOR

A Rojas le debe la historiografía venezolana su reconocimiento como pionero. Una serie de ciencias nuevas y de orientaciones también novedosas en el tratamiento de las ya existentes, ubican a Rojas como un obsecuente revelador de secretos. Por ello, sus aportes a la sismología, a la arqueología y el folklore, a la heráldica y la numismática, se suman a su interés por la espeleología y de una manera mucho más palpable a la antropología, la historia y a una ciencia que como tal era novedosa, la lingüística[44].

Pero a todas esas disciplinas, que aparentemente distanciarían los focos de interés, Rojas las vinculó principalmente con un método que daba cuenta de los procesos constitutivos de las ciencias, las artes y la historia, tanto en Venezuela como en Hispanoamérica. En aquella Venezuela carente de recursos materiales, plagada de enfermedades y conflictos internos, el ambiente no era muy cónsono con una vocación estimulada por el estudio y la investigación.

Sin embargo, pese a las dificultades, se impuso su voluntad de auscultador de la realidad; su amor por el país, por el pasado que forjó la razón de

44. Como bien lo afirma Francisco Javier Pérez, al valorar los aportes que se dieron en esta disciplina durante el siglo XIX, es necesario: "Salvar los abismos documentales y resucitar las realizaciones perdidas o ignoradas. Son algunas de las tareas más urgentes para hacernos idea clara de lo que fue ese portentoso momento de nuestra lingüística", *Las raíces de la modernidad lingüística en Venezuela. El siglo XIX*, Mérida, Universidad de Los Andes-Consejo de Publicaciones, 2006, p. 8.

ser de sus días, fue el aliciente que le permitió darse la tarea de ayudar a la construcción espiritual de la nueva nación. Y en ello influyó necesariamente la reciprocidad que recibió de muchos de sus contemporáneos, la aceptación de su trabajo intelectual, la estima de sus compañeros de generación, que se convirtió en respeto incondicional con el correr de los años: "Don Arístides pudo ejercer acción benévola y benéfica, porque la sociedad de su época supo oírlo, y de él aprendió a reconocerse mejor, a tener confianza discreta en sí misma, a buscar su mejoramiento"[45]. Quizás el paso de los años y los nuevos derroteros que fueron tomando el país son la clave de su magisterio y la enseña de su vocación profundamente venezolanista.

ENTRE LA TRADICIÓN Y LAS COSTUMBRES

El desarrollo de la cultura nacional luego de culminado, por lo menos militarmente, el proceso de constitución del Estado nacional, estuvo acompañado por una importante reflexión que ayudó a consolidar una forma inclusiva de lo literario, en tanto conciencia de lenguaje y una escritura con pretensiones filosóficas, sociológicas y por supuesto históricas.

Así como se consolidaron los nombres de algunos pensadores, también se superó la anonimia de la escritura poética, presente durante la guerra de Independencia y comenzaron a destacarse los nombres de algunos poetas. En el campo de la narrativa, se produce una alianza entre el periodismo que, también superado el escollo de la Guerra Federal, dio impulso a formas escriturales no necesariamente politizadas a favor o en contra de los bandos opuestos. Un buen número de autores dejaron su impronta en el periodismo, en publicaciones como *La Guirnalda* (1839), *El relámpago* (1843), *El palo encebado* (1846), *El diablo Asmodeo* (1850), *El Mosaico* (1854), *El Jején* (1854), entre otras, que sirvieron de espacio difusor para unos intelectuales que ejercían su oficio, a veces de manera ocasional, y que todavía no constituían el gremio del escritor profesional, que se desarrollaría con el modernismo, pocos años más tarde.

45. Santiago Key-Ayala, "Arístides Rojas, institución", *Obras selectas*, Madrid, Edime, 1955, p. 608.

Aun cuando en la clásica *Antología de costumbristas venezolanos en el siglo XIX* (1940), de Mariano Picón Salas no se incluye el nombre de Arístides Rojas, sí lo hace Pedro Díaz Seijas en el ensayo titulado "Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela", que se insertó como apéndice en la reedición que se hizo de aquel libro en 1964[46]. En todo caso, Rojas también, aunque parcialmente, participaría de una tradición donde los "cuadros" se hallaban afianzados en sus funciones didácticas e históricas, que la historiografía literaria reconoce entre los momentos germinales de la narrativa venezolana como un subgénero relativamente tardío y discontinuo. Javier Lasarte Valcárcel considera al costumbrismo como un género que "a lo largo del siglo XIX, participa en la discusión y produce imágenes sobre las ideas de nación y de pueblo, haciendo la salvedad de que, para la mayoría letrada de ese momento, una y otra se recortaban sobre el paisaje humano de la ciudadanía, es decir, la parte ilustrada de esa comunidad, y como género al que concurren miradas diversas, decidoras de la particular situación y posición desde la cual sus escritores producen los cuadros"[47].

Esa práctica discursiva muestra una incipiente intención estética, que fue base fundamental para el desarrollo posterior de la "literatura nacional"; como lo señala Juan Liscano: "Los costumbristas van a ser los realistas de esa sociedad incipiente que, apenas salida de las guerras, va a parar en las dictaduras. Ellos se sitúan entre los publicistas de la Independencia y los escritores de ficción por venir. Anuncian el fin de la epopeya y el principio de la novelística"[48].

El costumbrismo fija un conjunto de patrones sobre los personajes, el

---

46. Género de costumbres, pero más consecuente con la historia, el tradicionismo se remonta a nuestros primitivos orígenes. Febres Cordero, Arístides Rojas, entre los mejores, han dejado una apreciable obra inspirada en nuestra más genuina tradición y en la cual se hace presente el sentido de nuestras costumbres arcaicas. Pedro Díaz Seijas, "Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela", Mariano Picón Salas, *Antología de costumbristas venezolanos en el siglo XIX*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1980, p. 428.
47. Javier Lasarte Valcárcel, "Nación, ciudadanía y modernización en el costumbrismo venezolano", Luis Barrera, Carlos Pacheco y Beatriz González; coords., *Venezuela: tradición en la modernidad*, Caracas, Fundación Bigott / USB-Equinoccio, 1998, p. 176.
48. Juan Liscano "Ciento cincuenta años de cultura venezolana", Mariano Picón Salas, Augusto Mijares y otros, *Venezuela independiente 1810-1960*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1962, pp. 452-453.

espacio y el tiempo de narración, como un relato en el que se elabora una "estampa" con visos históricos, donde la anécdota es lo más resaltante. Por encima de estos elementos formales, están los temáticos y principalmente el lenguaje. Para Arturo Uslar Pietri, "el género costumbrista se había extendido desde España a toda la literatura hispanoamericana. Es el género por excelencia del periodismo romántico. Rojas estuvo entre los que cultivaron con más asiduidad esas estampas satíricas y graciosas. Sin embargo, en el momento de formar su libro, parece repudiar el género"[49].

Sin embargo, creo que es necesario ir mucho más allá, a lo más definitorio de esa tradición en cuanto a la concreción de un perfil de la nación que se estaba comenzando a pensar y sobre todo a fijar mediante la escritura. En ese contexto se enmarca la impronta fundacional del costumbrismo, que tiene diversas etapas. Alba Lía Barrios establece un primer período que ella llama "Primer Costumbrismo", entre 1830-1859. Acota el hecho de que es a partir de ese último año cuando aparecen cambios literarios y no solamente hechos históricos, discutiendo así el modelo que en 1940 había propuesto Picón Salas[50]. A las "épocas" corresponden los hitos de la historia política: (1830-1848): período en que se ubica la oligarquía conservadora; (1848-1864), correspondiente a la oligarquía liberal y a la Guerra Federal; (1864-1885), correspondiente al Despotismo Ilustrado, presidido por Antonio Guzmán Blanco[51].

En el cambio histórico-político se asume también un cambio en las mentalidades, se impone como necesidad la superación del culto a los héroes y se trueca por una necesidad de conocer las raíces de lo propio, de la herencia colectiva; importa también la filosofía de la historia que no se alcanza sino después de un difícil proceso de síntesis y elaboración intelectual. Interesan los hechos concretos: la pintura de costumbres, los ele-

---

49. Arturo Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 35. Opinión similar expresa Felipe Tejera cuando señala que Rojas "No tan feliz parece en el género de costumbres, sin que por eso le neguemos algunos aciertos y escenas bien copiadas del natural; mas no es allí donde Rojas puede lucir sus mejores prendas". "Arístides Rojas", *Perfiles venezolanos*, Caracas, Presidencia de la República, 1973, p. 210.
50. Mariano Picón Salas, *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX (1830-1900)*, Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1940.
51. Alba Lía Barrios, *Primer costumbrismo venezolano*, Caracas, La Casa de Bello, 1994.

mentos de folklore y de espíritu popular que hay en toda historia, aquellos detalles pintorescos que son los que suscitan la impresionable imaginación del lector[52].

Entre los elementos que funcionan como vínculos de esta forma narrativa tenemos, por un lado, la presencia de la primera persona del narrador. Éste es un rasgo de escritura que se aprecia en los cuadros reunidos desde sus primeras etapas. Por otra parte, cada cuadro, por su naturaleza, es una narración breve, concisa, que trata un solo tema a manera de anécdota, donde los rasgos elocutivos predominantes son la narración y el diálogo.

Es frecuente también la utilización de un recurso enunciativo mediante el cual el narrador presupone a su receptor, para quien se narra en segunda persona; en algunos casos está presente la forma epistolar. En el cuadro de costumbres hay una manifiesta intención de crear "tipos" humanos, singularizados por su actuación con un papel que le otorga comportamientos fijos y por lo tanto predecibles, como el baladrón, el petardista, el romántico, el cura pícaro, el político corrupto, etc. Picón Salas en su ensayo "Venezuela: algunas gentes y libros", señala:

> La terapéutica de la exageración y la sensiblería –enfermedades de todo romanticismo– es en nuestra literatura criolla el "cuadro de costumbres" en que los escritores de 1840 –y uno de ellos con tanta gracia y vigor como Daniel Mendoza– empiezan el inventario de tipos populares que, en crudo lenguaje de la calle caraqueña o de la vaquería llanera, viven su vida especialísima o vuelcan su juicio sobre la injusticia, arbitrariedad y el abuso que soportan los venezolanos. Si el "costumbrismo" es, a veces, humorismo, frecuentemente ejemplariza las "moralidades" de nuestro siglo XIX.[53]

A fines del siglo XIX se imprime en el país el proyecto de construir identidades colectivas que se reconozcan en su propia historia, que recuperen un orden histórico y un orden jurídico. En ese sentido se engrana

52. Véase Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz, *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, Santiago de Chile, Nascimento, 1937, p. 12.
53. Mariano Picón Salas, "Venezuela: algunas gentes y libros", *Venezuela independiente*, pp. 11-12.

con el objetivo de recuperación que tienen las "belleza de la patria", donde el paisaje juega un papel fundamental, puesto que también constituye un principio identitario. Se produce entonces un cambio en el papel protagónico del intelectual a quien se le exige una participación más decisiva, desde el modo como se inserta socialmente –en este caso como historiador y escritor–, y sobre todo, en tanto sujeto consciente de su papel como civilizador: éste se corresponde con un orden ilustrado que presupone a un lector que está en proceso de formación para ejercer la ciudadanía. En esa tradición, el papel que jugó Arístides Rojas es fundamental por cuanto sus aportes, desde la perspectiva histórica y literaria, constituyen un llamado de atención hacia la inflexión detallada, cuidadosa, desmitificadora del pasado venezolano. Su indagación documental y su escritura misma fueron –y siguen siendo– una base para comenzar el proceso de ordenamiento discursivo que posibilite la transición del recuento mítico de la oralidad a la sustentación documental de la historiografía.

EL MÉTODO HISTÓRICO

Arístides Rojas se hizo historiador al calor de los acontecimientos, en contacto con los protagonistas de las gestas independentistas. Vio y comprendió como una urgencia recuperar la memoria de tales hechos pero no como simple anecdotario, sino con la condición grave de servir de pilar a la explicación científica del acontecer de sus días.

La historia se representa en la escritura pulcra de los hechos pero también en el ordenamiento fáctico y sobre todo comprobable de lo acontecido. En ese sentido, ensaya una política de la escritura, que asume como una responsabilidad intelectual dada su condición de letrado[54] y más aún

54. Esta es una categoría compleja, que se corresponde con el papel "civilizador" del intelectual a quien la sociedad le demanda una acción y una participación comprometida con las transformaciones sociales propiciadas por los proyectos educativos: "Los diversos modos de la escritura y su función social están buscando consolidar bases desde lo literario como lo ha hecho la educación, problematizan el papel del intelectual". Véase Julio Ramos, "Literatura y vida pública: sobre la categoría del letrado", *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, pp. 62-81.

el modo como se le representa socialmente en tanto polígrafo, poseedor de un gran prestigio intelectual y responsable de una abundante producción intelectual.

Por ello explicó muy claramente en la introducción de sus *Leyendas históricas* que "Nuestra historia no ha sido todavía escrita, porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos; pero hemos llegado ya a la época en que deben aglomerarse todos los datos, aclararse los puntos dudosos, rechazarse las fábulas, estudiarse los pormenores a la luz de la filosofía, cotejarse, restablecerse las épocas y descubrir el verdadero carácter, tendencias, influjo de cada uno"[55]. Ese reclamo grave era para sí un acto de fe en su propio trabajo de anticuario y recopilador de voces dispersas para devolverlas a la nación. Lo mejor de su obra se produjo bajo el influjo de la tradición romántica; aquella podría enmarcarse en la llamada literatura historicista: "que era una gran veta que esta tendencia exaltaba como un modo de robustecer las raíces nacionales, destacar lo típico y estimular la imaginación popular mediante historias tradicionales que combinaban la fantasía con anécdotas y episodios compartidos por la colectividad"[56].

Simultáneamente, no sólo las tendencias historiográficas sino las literarias mismas se movían a un ritmo vertiginoso. En Venezuela la poesía comenzaba a mostrar la nueva pedrería expresiva. La novela empezaba a asomarse y se consolidaría con la publicación de *Peonía*, de Manuel Vicente Romero García en 1890. El costumbrismo entra en decadencia como género. El modernismo se va apoderando del lenguaje creativo de escritores y periodistas, y las tendencias arraigadas en la temática de lo nacional se afianzan en el criollismo. Para el momento ya Rojas se acerca indeclinablemente a su ocaso vital.

Y después se referirá de manera puntual a la manera de construir ese discurso sobre lo histórico y lo hacía sobre la conciencia de constituir un elemento fundante: "Siguiendo un orden metódico y sintético podremos reunir los materiales del edificio, y fijar la base sólida y levantar las colum-

55. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas de Venezuela*, pp. VI-VII.
56. José Miguel Oviedo, *op. cit.*, v. 2, p. 118.

nas que llevarán por capiteles los trofeos gloriosos de nuestra emancipación política”[57].

La perspectiva histórica de Rojas es sistemática. No sobrevalúa un período con respecto a otro sino que lo comprende como una sucesión de hechos que van sumándose al presente para constituir un todo que es necesario explicar y documentar:

> La historia de Venezuela está conexionada, no sólo con la del pueblo primitivo que habitó nuestra zona, el hombre prehistórico, y después con la del pueblo que supo conquistarlo, sino también con la historia de las naciones europeas, durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de la América. Lo está igualmente con la época sangrienta de los filibusteros en el mar antillano y en todas las costas del continente, y con las guerras sostenidas por España desde el siglo décimo sexto, contra las poderosas naciones del viejo mundo.[58]

De esta manera establece un nexo con su lector. Parte de una consideración general para luego ir precisando los detalles de su método y al mismo tiempo indicar, con absoluta amplitud, sus objetivos. Está consciente de su labor pionera, por ello abunda en los detalles que marcaron el camino de su investigación:

> Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.[59]

Rojas, quien consideraba que la enseñanza era una de las conquistas del progreso, mantuvo a lo largo de su vida una cuidadosa relación con el poder, entiéndase como tal, el apego desmedido a alguno de los depositarios, por

---

57. Arístides Rojas, “Introducción”, *Leyendas históricas*, p. VII.
58. *Ibid.*, pp. VII-VIII.
59. *Ibid.*, p. V.

la vía que fuese, de los altos cargos públicos. Con modestia y tino elegante supo mantener la distancia para así consagrarse al estudio, al cultivo del conocimiento, y a la noble tarea de transmitirlo.

Así como vivió de cerca la intimidad con el pasado nacional, prefirió la soledad productiva que le acompañaba en su estudio y en el tan mencionado "desván" de anticuario donde convivía con toda la imaginería de su tiempo, con objetos y documentos que atesoró de una manera única e irrepetible. Rojas se esmeró no solamente por coadyuvar en la construcción de la idea de nación sino que también aportó al modo como ésta podía ser percibida, es decir, contribuyó a fomentar el sentimiento de nación como forma de identificación y pertenencia.

La obra de Rojas, en sus múltiples formas tuvo como claro horizonte la necesidad de ahondar en la psicología popular. Y para ello consideró necesario superar el sentido de epopeya que guió el discurso sobre los hechos recientes de la emancipación; darle un asidero documental a las fábulas y proporcionarles a los hombres que hicieron las hazañas de independencia un carácter humano, más allá de esa fábula heroica. Consideró necesario afianzar lo histórico y para ello fue necesario domesticar la leyenda.

Si bien es cierto que mucho del prestigio humanístico de Rojas se debe a sus *Leyendas históricas*, no es menos cierto que el inmenso volumen de sus contribuciones en otros órdenes del saber, nos sitúan frente a la necesidad de reconocerlo como un humanista. Sus investigaciones superan en mucho el simple recuento de su historia anecdótica. Su camino consistió en buscar la verdad de lo sucedido en las fuentes directas, recuperar y desempolvar viejos documentos, revelar, en el sentido más amplio del término lo que estaba oculto: "Cada objeto de arte, cada libro es un testigo admirable que nos dice la verdad, sin agregar ni empobrecer la historia de las generaciones que yacen en la tumba. La humanidad no perece en el movimiento del progreso; una porción de ella se ausenta, otra surge: ambas se complementan"[60].

Arístides Rojas emprendió la tarea de historiar desde los detalles más

60. Arístides Rojas, *Historia de una colección de cacharros*, Caracas, Litografía del Comercio, 1940, p. 60.

menudos y aparentemente simples, hasta los más enjundiosos que significaban prácticamente aclarar dramas de vida. Con ello estaba fincando un aporte sustancial a la historia moderna por cuanto así como ayer "en nuestros días, la historia es lo que transforma *documentos* en *monumentos*, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos"[61].

La tarea era de aparente simpleza, aclarar las verdades oscuras y revueltas, enderezar las noticias con rectificaciones y penetrar en un pasado lleno de prejuicios y exageraciones. La deformación de la verdad obedecía en parte a las carencias de método propias de la época que Rojas vivió. Su tarea entonces se engrandece y deja al arbitrio de los lectores de su tiempo y a la conciencia de los lectores que le esperaban en el futuro un cúmulo de datos y documentos que son la base para una historiografía moderna, más esclarecedora y suficiente.

DE LA LEYENDA A LA CRÓNICA

Muchos de los textos de Arístides Rojas han ganado fama por su forma de escritura. La recuperación de versiones de hechos del pasado que, por carecer de un asidero documental, se ubican en el terreno de la leyenda, permitió que su escritura obtuviera no sólo la estabilización en tanto relato, sino que fuera alimentada con el caudal cognoscitivo, que se corresponde con el capital cultural del autor. Las leyendas que nos legó son consideradas como modelos de su especie por poseer precisamente la gracia, la agilidad y al mismo tiempo la profundidad en la investigación de sus posibles fuentes. Igual acontece con la crónica, que obedece a un planteamiento mucho más elaborado, en sintonía con las nuevas formas expresivas que se imponían desde el periodismo en el siglo XIX, sometido a nuevos impulsos y exigencias: el resultado fue el brote de la crónica como género nuevo en las letras hispanoamericanas[62]. Quizás Rojas no

61. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1995, p. 11.
62. José Olivio Jiménez, "El ensayo y la crónica del modernismo", Luis Íñigo Madrigal;

estaba consciente de las transformaciones que en su momento se estaban dando en esta forma discursiva. El molde que utilizó desde el punto de vista formal y el canal que le sirvió de soporte para la difusión: el periódico, lo convierten en un pionero del nuevo género que como una forma de profesionalización de la escritura y del oficio de escritor, se estaba dando en las principales capitales de Hispanoamérica. El hecho es que muchos de sus escritos sobre la capital venezolana, que él pensaba agrupar bajo la denominación de *Caracas*, se corresponden formalmente con la modalidad discursiva de las crónicas. Son textos que combinaban sus fronteras entre el periodismo y la literatura[63], los cuales reclamarían hoy para Rojas un sitial entre aquellos fundadores del género que alcanzaron su plenitud creadora con el modernismo.

ASPECTOS FUNDACIONALES DE LA CRÓNICA

Arístides Rojas, convencido de su labor divulgadora, se dio a la tarea de confeccionar una serie de estampas bajo la formalización de relatos circunscritos por el espacio y destinados para ser difundidos en la prensa. Dio a la imprenta una serie de crónicas, que han sido, en el transcurrir del tiempo, sus textos más difundidos, reimpresos y organizados con criterios diversos en colecciones que toman de los conjuntos originales, aquellos considerados como de mayor aceptación entre sus lectores.

El género de la crónica fue muy popular en el siglo XIX. Los grandes escritores de la época, que empeñaron su pluma en la labor de difusión tuvieron en esa forma escrita uno de los soportes más eficientes para difundir un ideario, conformar un gusto literario o simplemente, aportar a la discusión de los hechos principales de la vida cotidiana. También,

---

comp., *Historia de la Literatura Hispanoamericana II, Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 544.

63. Sobre este sentido fundacional de la crónica en el siglo XIX, "La crítica modernista como práctica cultural reveló un profundo corte epistemológico. No sólo la duda ocupaba el centro del pensamiento, sino que la temporalidad invadía como un marco casi palpable. Todo era perecedero, cambiante, imperfecto y masivo", Susana Rotker, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 154.

dentro del proceso de profesionalización de los escritores, muchos de ellos provenientes en primer lugar del periodismo, encontraron en la crónica un medio de vida. Son célebres en Hispanoamérica, por su abundante producción de crónicas, escritores como José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Díaz Rodríguez, José Enrique Rodó, entre otros; muchos de ellos poetas o narradores, pero sobre todo, fueron cronistas de su época.

Las características de la crónica se definen mejor como género a finales del siglo XIX en toda Hispanoamérica. Quizás su dinamismo, su complejidad argumentativa y su mixtura evidencien de la manera más amplia su sentido y conformación, como bien lo señala Marlene Vázquez:

> ese híbrido, formado por dosis equivalentes de periodismo, literatura (entiéndase narrativización, ficcionalización, lenguaje poético, juicio de corte ensayístico), texto de matiz historiográfico [...] marcado por la impronta cultural de la época, está sometido, por decirlo de algún modo, a una presión dialógica interna que cohesiona los diversos componentes que lo forman de modo que no se vean las suturas pero también está permeada por el susurro o el vocerío, según sea el caso, de las muchedumbre que desfila por sus páginas.[64]

El cronista, por su naturaleza, debe ser en primer lugar un lector atento. Lector en el sentido más amplio del término, debe descifrar todos los sentidos de cuanto percibe para ser transmitidos, por su efecto de mediación, con la precisión y el detalle que ayude a su lector a ver, literalmente, la textura de cuanto describe, la profundidad y viveza de cuanto narra. Y es que en todo cronista hay un narrador implícito que genera y comparte todo su proceso creador. En éste hay una sumatoria de recursos que pasan de la utilización cuidadosa de los artificios retóricos, que rozan a menudo en lo poético, hasta la invectiva que promueve el proceso de ficcionalización, cuyos horizontes los delimita su capacidad de fabulación.

En ese contexto en necesario tener en cuenta la naturaleza diversa de

---

64. Marlene Vázquez, "El dialogismo en las Escenas norteamericanas", *Martí y América. Permanencia del diálogo*, Guatemala, Letra Negra Editores, 2004, p. 9.

la crónica de Rojas, ésta tiene sus raíces en el relato histórico; el molde es nuevo, los contenidos dibujan unas coordenadas ancladas en el pasado remoto. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la mayoría de sus crónicas, publicadas en la prensa caraqueña, tenían como destinatario, en muchos casos, a lectores nuevos, que habían ido incorporándose paulatinamente al proceso educativo formal de los gobiernos finiseculares, principalmente el encabezado por Antonio Guzmán Blanco, desde 1870. La mayoría de la población era analfabeta, sin embargo, por los detalles reportados por muchos de sus contemporáneos, los textos de Rojas calaban sin dificultad en diversos sectores de la población que tenían acceso a la lectura.

En todo caso, se trataba de composiciones llenas de novedad, con lenguaje cuidadoso, no carente de intencionalidad poética, que abordaban viejos temas, sabidos en parte, intuidos otros y que Rojas, gracias a su erudita investigación, ofrecía con lujo de detalles. De allí que se manifieste frecuentemente la alta estima que sus contemporáneos tuvieron para sus textos.

Eso, por otra parte, generaba un alto sentido de identidad, de pertenencia, pues en el discurso subyacía en su casi totalidad una intención profundamente nacionalista. Entiéndase esta expresión como un acendrado interés por dar a conocer elementos constitutivos de la patria, que se iba rehaciendo tanto en el plano de las instituciones como en el de las representaciones. En ese aspecto, el periodismo, el arte pictórico y la literatura ofrecían un espacio privilegiado.

LA NUEVA CIENCIA, EL NUEVO SABER

La educación, las ciencias naturales y las artes venezolanas en la década de los setenta del siglo XIX se vieron transformadas por los nuevos ordenamientos de la filosofía positiva. En 1868 se había organizado la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Como presidente fue nombrado Adolfo Ernst y Arístides Rojas como segundo vicepresidente. Como órgano de la mencionada Sociedad comienza a editarse la revista *Vargasia*. En el seno de esta Sociedad se discuten y difunden las orientaciones del pen-

samiento positivista. Se debaten las teorías de Charles Darwin sobre la transformación y evolución de las especies. Entre los participantes de esta Sociedad figuran hombres prominentes de las ciencias en Venezuela, tales como Adolfo Frydensberg, Francisco de Paula Acosta, Agustín Aveledo, Jerónimo Blanco, Lino Revenga, Elías y Teófilo Rodríguez, Fermín Toro y Manuel V. Díaz, entre otros.

> Todas las ideas universales de su momento histórico tienen su representativo en aquel grupo de hombres de la Sociedad de Ciencias Naturales que se iniciaba. Trabajan y crean como obreros que realizan una tarea urgente y orientan sin afirmaciones hueras.
> Rojas está en la avanzada. Su acucia lo indaga todo. Su optimismo y su generosidad impulsan a otros. Y se piensa no solamente en el terrón venezolano sino en la latitud latinoamericana.
> Ese anhelo de cohesión, de unidad y esfuerzo continental, que hoy es prédica y actitud, estaba en ellos con tanta fuerza como en los antepasados de 1810.[65]

El proyecto educativo que propició el gobierno de Antonio Guzmán Blanco desde 1870, impuso como norma los postulados de Augusto Comte (1798-1857). El *Cours de philosophie positive* (1830-1842) se leía y comentaba en las aulas universitarias. Era necesaria una explicación que diera cuenta de "la ley general sobre la marcha progresiva del espíritu humano", esto es, sobre los hechos científicos y sociales.

Por ello, desde el seno de la universidad se encarga esta labor difusora a dos insignes maestros, quienes llevan a las cátedras la nueva ciencia. Al doctor Adolfo Ernst (1832-1899), alemán, quien había llegado a Venezuela en diciembre de 1861, le fue encomendada la misión de desarrollar los estudios positivos en su cátedra de Historia Natural en 1874, y el doctor Rafael Villavicencio (1838-1920), se ocupó de hacer lo propio –un poco antes– en la cátedra de Historia Universal. Pronto la nueva enseñanza cundió las aulas y se postuló prácticamente una filosofía oficial para los estudios superiores. Ésta se adecuaba al proyecto "modernizador" y más aún

65. José Nucete Sardi, "Arístides Rojas y su época, evocación creadora", *El Universal* (Caracas), (2 de mayo de 1944), p. 4.

"civilizador" que Antonio Guzmán Blanco había querido impulsar desde su primer gobierno (1870-1877).

De manera simultánea con las nuevas empresas científicas se funda la Sociedad de Amigos del Saber, que nació como idea en 1881 y se estableció en 1882, como parte de los homenajes consagrados al Libertador en el primer centenario de su nacimiento[66]. De una manera general se ha afirmado que el positivismo adoptado por los venezolanos en su primera etapa (historiadores, sociólogos, juristas, biólogos, médicos, escritores, etcétera), no fue dogmático ni sistemático sino que más bien obedeció a una especie de eclecticismo. Rojas estuvo en contacto directo con las nuevas orientaciones de la ciencia y la historia, pero también la sociología y la religión. Conocía a los oficiantes del nuevo saber y compartía con muchos de ellos la lectura de las obras que propugnaba la novedad de las ideas positivas.

En los escritos de esta etapa se puede advertir cierto optimismo basado en la confianza que otorga a su método el apoyo de las ciencias a las investigaciones históricas. Sin embargo, no será preciso y ajustado a la realidad, considerar a Arístides Rojas propiamente como un positivista. Como muchos otros científicos e intelectuales de la época, generó ideas nuevas, basadas en esta filosofía, pero –y en ese sentido es prudente la opinión de Ángel J. Cappelletti– la inclusión de Arístides Rojas entre los positivistas resulta problemática[67].

En esta perspectiva descansa en parte el sentido de modernidad que se evidencia en muchos de sus escritos, aunque en algunos, sobre todo los que integran *Crónica de Caracas*, se note más bien nostálgico por el pasado citadino, por el tiempo un tanto estratificado de la colonia, con sus costumbres y su religiosidad.

Santiago Key-Ayala, quien trató personalmente a Rojas y reconoció su magisterio, en diversas oportunidades manifestó su admiración por el modo como Rojas encaró su relación con su ciudad natal, y asumió el compromiso de dibujar su perfil, recuperando para la memoria colectiva tantos

66. Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947, p. 192.
67. Ángel J. Cappelletti, *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, p. 170.

elementos de su historia que, si existen hoy en día, se debe al testimonio de su escritura:

> Caracas, la que fue, la que se está yendo, la que será, le debe todo el amor que él puso en este rincón del mundo, amado de la gloria. Rastreó él como nadie antes, su pasado colonial, y supo del por qué del nombre extraño y pintoresco de muchas esquinas, la historia de sus templos, los sucesos menudos de su vida. Y todo esto en general, de primera mano, cuando los archivos eran aglomeraciones confusas, aptas para suministrar un concepto objetivo del caos.[68]

Ese contexto que sitúa en primer lugar su *locus* de enunciación, va a proyectar todo su interés investigativo y a volcar su vocación nacionalista, la cual se convirtió, muy tempranamente, en el tema de sus recurrencias. Por sus anotaciones sabemos cómo era el clima, la vestimenta, muchas de las costumbres, por su relato nos enteramos de los detalles de la vida cotidiana, de los paisajes, de la vida cultural, "el primer clavecino y las primeras arpas, y (cuando) se bebió la primera taza de café. Sabemos esto por Rojas. Si él no lo hubiera escrito tales recuerdos estarían olvidados"[69].

En 1891 elabora una lista de avances científicos que dan cuenta de cómo percibía al país, y específicamente a Caracas desde su conciencia moderna. Nótese que no se trata solamente de un inventario sino de una secuencia vivencial de aquello que definitivamente iría a transformar la dinámica social de entonces: "La imprenta, como alimento cotidiano, ha penetrado en todos los pueblos; las hojas del periodismo se han hecho necesarias a la familia; el telégrafo, el teléfono, el vapor en los océanos y en los continentes, han traído cierta fraternidad que une y sostiene los pueblos de la tierra. El naturalista ha penetrado en las ignotas selvas y en los abismos, en solicitud de la vida orgánica, mientras que el historiador cava los sepulcros de remotos siglos"[70].

Aunque para la fecha ya había dejado atrás el rigor de sus estudios médicos y el ejercicio mismo de la medicina, Rojas comprende perfecta-

---

68. Santiago Key-Ayala, "Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, (Caracas), Nº 36 (1926), p. 8.
69. Enrique Bernardo Núñez, *op. cit.*, p. 5.
70. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos*, p. 15.

mente que el ritmo de los tiempos, con su carga de novedad, le impone un necesario deslinde de sus pasiones profesionales:

> renuncia a su profesión de médico para mejor cumplir su misión de escritor. Va coleccionando una hermosa biblioteca, objetos de cerámica, cacharros, documentos, pinturas, objetos indígenas, curiosidades modernas, muebles antiguos, tapicerías, autógrafos y otros enseres preciosos que poco a poco serán un número entre su nutrido y variado gabinete de estudio, que él mismo llamó el "Desván de un anticuario" y donde fueron naciendo progresivamente sus trabajos de geología, de botánica, ciencia y poesía, historia, leyendas, folklore, numismática, heráldica, que hicieron de nuestro autor una ilustre personalidad en las letras de la Venezuela del siglo XIX.[71]

Igualmente, exploraba con disciplinas que estaban perfilándose con nuevos métodos y que iban haciendo insospechados hallazgos, como, por ejemplo, los estudios sobre la lengua:

> Arístides Rojas no pierde ocasión para publicar los primeros esbozos y logros de las dos obras más hermosas que dedicara al lenguaje: *Ensayo de un diccionario de voces indígenas de uso frecuente en Venezuela* (1881) y *Cien vocablos indígenas de sitios, ríos, alturas, vecindarios, pueblos, ciudades y nacionales, en los Valles de Caracas, del Tui y de la costa venezolana* (1882). En esta última, da en la diana descriptiva al privilegiar, por encima de otros asuntos, el análisis de los topónimos para la reconstrucción de los orígenes lingüísticos nacionales.[72]

Metafóricamente, Enrique Bernardo Núñez había adelantado una explicación sobre este interés por el conocimiento y lo había relacionado con las primeras descripciones y desciframiento de los jeroglíficos venezolanos: "Las rocas altísimas que se ven junto al Orinoco estaban entonces a flor de agua y el hombre podía detenerse en su canoa y grabar aquellos signos. Estas piedras perdidas en la espesura forman una guía. Son el primer libro venezolano. Rojas ha leído ese libro de piedra y comienza a decirnos parte

71. Juan Saturno Canelón, *op. cit.*, p. 28.
72. Francisco Javier Pérez, *op. cit.*, p. 29.

de ese contenido"[73]. En muchos de sus escritos se percibe el tamiz de su método y se evidencia la influencia de la filosofía positivista. Sin embargo, es importante tener en cuenta que

> su método no consiste en establecer postulados preconcebidos para luego pretender justificarlos (...) Rojas cambia el empirismo de nuestros estudios históricos por el positivismo verdaderamente científico, que no incurre en la grosera exageración a que ha llegado el positivismo comtiano, el mal llamado determinismo científico o el fanatismo sociológico, tan en boga ulteriormente como avanzada novedad, a pesar de que hace mucho tiempo cayeron en descrédito.[74]

Para Rojas la importancia del método radica en el sentido de verdad que debe guiar al historiador. Esa intuición, que se hace certeza en su praxis de historiador, no obedece tempranamente a ninguna forma de apreciación académica. Se sitúa, más bien, en la línea de un aprendizaje autodidacta pero guiado con sentido crítico. Esto es, el modo como ejerce un cuestionamiento velado sobre el relato histórico que no se preocupa por la objetividad.

Ese sentido de objetividad podría ser considerado, en términos del mismo Rojas como "justicia histórica", la cual define como "la luz que sostiene la vida de los mundos, y como ésta penetra en los más apartados mundos, enaltece el mérito digno de premio, fustiga sin piedad al crimen y saca del olvido a las víctimas ilustres, llamadas a figurar, las primeras, en los anales de cada pueblo"[75]. Esto es para él un asunto de criterio. Y el ejercicio del criterio de Rojas parte de servir como mediador de una realidad remota, traerla hacia su presente y tener en cuenta que la misma ayudará a comprender los tiempos venideros.

Muestra de ello es el hecho de preocuparse por ofrecer siempre, junto a sus consideraciones, afirmaciones o discusiones críticas de la herencia re-

---

73. Enrique Bernardo Núñez, *op. cit.*, p. 15.
74. G. Manrique Pacanins, "Palabras del profesor G. Manrique Pacanins, de la Facultad de Ciencias Políticas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), Nº 36 (1926), p. 21.
75. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos*, p. 13.

cibida, una documentación hasta entonces desconocida o difundida muy parcialmente. En su escritura se explicita la firme intención de considerar y asumir un método que le permita ajustarse a lo acontecido con rigor científico, sin dejar espacios al azar. Por ello afirmó que: "Desde los caracteres más conspicuos o ignorados de la sociedad antigua; desde los más inadvertidos acontecimientos en el orden público, hasta los grandes cataclismos humanos, todo obedece a las leyes inmutables del organismo social, como obedece el huracán a leyes misteriosas del organismo terrestre"[76]. Así, al final de su vida, escribió: "Al bajar la pendiente de la vida, la tolerancia nos acompaña en el estudio meditado, y el corazón se inclina al bien, porque ha podido emanciparse de esos fuegos fatuos, hijos del amor propio y de las vanidades sociales. Ni envidiosos ni envidiados"[77].

En una escueta nota, consignada en la edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Arístides Rojas, en 1926 se reseña que el sabio había previsto que a su muerte se quemaran sus manuscritos. Como suele ocurrir el deseo no se cumplió y quedó para sus sucesores el trabajo de organizarlos, ordenarlos y darlos a la publicación. Al parecer, dicha manifestación obedecía a la propia autocensura del escritor en torno a lo enrevesado de su caligrafía. Explica José E. Machado que Rojas había dispuesto que se quemasen todos sus papeles, por el temor muy fundado de que no se entendiese la escritura:

> En una apostilla colocada al pie de la página 737 del volumen *Obras escogidas* de Arístides Rojas, París, 1907, advierten los editores que la postrer (*sic*) disposición del autor fue que se quemaran todos sus escritos, por el temor de que no se entendiese la escritura. Tales disposiciones casi nunca se cumplen, pero la previsión parece justificada, pues tipógrafos que todavía viven, y compusieron originales de Rojas, nos han dicho que su letra era de tal modo ilegible que se dio el caso de no poder descifrar él mismo lo que antes había escrito.[78]

El tiempo vital no le alcanzó a Rojas para ver concluida de manera

76. *Ibid.*
77. Arístides Rojas, "Introducción", *Leyendas históricas de Venezuela*, p. IV.
78. José E. Machado, "Dos palabras", Arístides Rojas, *Estudios históricos*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie segunda), p. II.

sistemática la publicación de sus obras. El entusiasmo que había puesto en clasificar, depurar y preparar para la imprenta sus manuscritos se vio oscurecido cuando en 1892 estalló un nuevo levantamiento bélico. El gobierno del general Raimundo Andueza Palacio había propiciado un contrato para llevar a la imprenta sus obras de una manera sistemática. Ahora, este gobierno había sido depuesto. Por una *praxis* que tenía visos de fatalidad, el pueblo venezolano parecía acostumbrado a los levantamientos armados y a una fugaz sensación de paz. Para el anticuario no había plazos mucho más largos. Por ello, la programación que había pensado para sus obras en dieciséis o diecisiete tomos, ya no fue posible. Muchos de sus contemporáneos no comprendían cómo Rojas, tan profuso en su producción intelectual, no tenía publicados más libros orgánicos[79].

Reseña Enrique Bernardo Núñez que "Rojas cambiaba a menudo los títulos de sus escritos"[80] y que el plan inicial no se cumplió ni aun después de su muerte cuando comenzaron a compilarse sus obras con diversos títulos y con ordenamientos temáticos más o menos afines, por ello repetitivos entre una y otra antología. El mismo Núñez dio forma al conjunto de textos que Rojas había escrito sobre su entrañable ciudad, así que el primer conjunto orgánico de *Crónica de Caracas*, editado en 1946, se debe a su empeño y en parte a su propia perspectiva de ser un constante admirador y defensor de la historia de aquella Caracas de antaño. Esto se prolonga en su labor de cronista y, principalmente, en su libro *La ciudad de los techos rojos* (1948).

En la introducción a sus *Leyendas históricas* (segunda serie, 1891), Arístides Rojas deja constancia de que sus obras se estructurarían de la siguiente manera: *Estudios históricos* (2 volúmenes), *Estudios indígenas* (2 volúmenes), *Leyendas históricas de Venezuela* (5 o 6 volúmenes), *Siluetas de la Guerra a Muerte* (1 volumen), *Literatura de la historia de Venezuela*

79. Apenas había dado a la imprenta: *Ciencia y poesía*, Caracas, Tip. de los Estados Unidos de Venezuela, 1868; *Un libro en prosa*, Caracas, Rojas Hermanos, 1876; *Estudios indígenas*, Caracas, Impr. Nacional, 1878; *Orígenes del teatro en Caracas*, Caracas, Casa Editora de La Opinión Nacional, 1890; *Estudios históricos*, Caracas, Impr. y Lit. del Gobierno Nacional, 1891, y *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Impr. de la Patria, 1890-1891, 2 series.
80. Enrique Bernardo Núñez, "Esta edición", Arístides Rojas, *Crónica de Caracas*, p. 7.

(1 volumen), *La Revolución de 1810* (1 volumen), *Correspondencia inédita de Bolívar* (1 volumen), *Caracas* (1 volumen), *Folklore venezolano* (1 volumen).

El modo como se han ido componiendo las antologías de sus escritos borra prácticamente aquellas fronteras, que es necesario establecer entre la crónica, la tradición y la historia, propiamente. En Rojas el deslinde representa verdaderamente un riesgo historiográfico por cuanto su comprensión del fenómeno humano y sus representaciones crean todo un complejo significativo que exige no sólo una visión amplia sino una perspectiva de vasos comunicantes que permita explicar la producción textual y el amplio interés temático de sus escritos en torno a temas tan vastos como creencias, usos, costumbres, tradiciones, supersticiones, sentencias, adagios, refranes, dichos, canciones populares, etc.

Por ello, cuando el lector se enfrenta a este tipo de universo expresivo, es importante que lo haga con sentidos abiertos, sin prejuicios. Manuel Bermúdez hace una interesante síntesis de esas facetas en comunicación dinámica: "la leyenda está impregnada de dos ingredientes altamente cautivadores: la poesía y la verdad. A todo esto Arístides Rojas le añade su formación científica y humanística con lo que logra un encuadre formal que hace de sus leyendas verdaderas obras de arte"[81].

Para Rojas era importante ofrecer los elementos más precisos y completos sobre la historia nacional, no para analizarla con un afán sociológico sino para explayar sus propias posibilidades cognoscitivas. En ese sentido, más que un divulgador, Rojas es un explorador de las palabras con las cuales entreteje el nuevo entramado simbólico de la patria.

Su exposición es didáctica y, consciente de ello, posee al mismo tiempo el sentido último del orden y riqueza de la escritura[82]. Asume plenamente

81. Manuel Bermúdez, "Prólogo a Arístides Rojas", *Crónicas y leyendas*, Caracas, Monte Ávila, 1979, p. 14.
82. En ese sentido, la labor de Rojas mucho tiene de correlación con la de Bello para quien había una labor civilizatoria en la escritura, especialmente en la gramática, que ayudaría a consolidar el orden de la nación. Véase al respecto Julio Ramos, "El don de la lengua", *Paradojas de la letra*, Caracas, ExCultura-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996, pp. 3-21.

su tarea de clarificar la historia, poner en su lugar los hechos, rectificar los testimonios y documentar las afirmaciones. Para ello se vale de una documentación de primera mano que fue buscando, compilando y organizando con delectación y esmero. Es una lástima que aquél emporio de objetos y papeles, no los hubiese resguardado el país como parte de su herencia, irrecuperable hoy en día. Queda sí, aunque fragmentario todo su legado escrito, resultante de esa pasión tenaz que se convirtió en práctica de vida y razón del intelecto.

LA DINÁMICA DEL ESTILO

El modo como el discurso conforma la realidad se convierte en elemento definidor del estilo. Su riqueza depende de la claridad y abundancia léxica del escritor. Un arte de la expresión está asociado a la finura, al dinamismo, a la prolijidad léxica y al juego sintáctico. Si el estilo es el hombre, como suele afirmarse, en Rojas confluye perfectamente, la conciencia del lenguaje y la mediación que la escritura ejerce en el tema tratado. Su discurrir es ameno y didáctico al mismo tiempo. No el fárrago promovido por el intento de la erudición sino, al contrario, la vocación didáctica se impone en el modo como desea ser entendido, comprendido y acompañado.

Su discurso es accesible y por ello, a pesar de la hondura o la aridez del tema, siempre deja abiertas las ventanas a la imaginación y se ubica amablemente en el papel de mediador. En su escritura hay rigor, pero al mismo tiempo claridad y gracia. Trátese de temas de la historia, del comercio, la industria, la geografía, el lenguaje mismo, siempre está presente la conciencia y la voluntad de estilo. Sin embargo, en tan abundante producción es natural encontrar algún descuido, algún párrafo huyendo de las normas gramaticales o un error de imprenta que no fue posible corregir; esto, en muy contados casos, produce confusión en el asentamiento del algún nombre propio o de lugar.

Sin embargo, y era lógico comprenderlo por la magnitud de la empresa divulgadora que asumió como preocupación intelectual desde muy joven, algunos de sus contemporáneos, de manera testimonial, aportaron elementos sobre el particular. Tal es el caso de Gonzalo Picón Febres (1860-1918)

quien tiene siempre palabras de reconocimiento para su obra y estima hacia su persona. En su polémica obra *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* (1906) explaya el siguiente comentario:

> los estudios históricos de don Arístides Rojas, trabajados con laboriosidad infatigable, llenos por todas partes casi siempre de luminosos comentarios, y riquísimos de crónicas y notas que sirven a robustecer el conocimiento de los hechos que en ellos se describe, por supuesto que sin mayor elegancia ni pureza en el manejo del idioma, ya que Arístides Rojas (y yo puedo decirlo con certeza, porque lo traté muy de cerca y me favoreció con su noble y provechosa intimidad) se preocupaba más del fondo que de la forma de sus obras.[83]

Estos detalles de forma no minan el portento de su pluma, la búsqueda de claridad y el logro de la belleza expositiva. En un texto de 1891 logra hacer confluir el método, la exposición y los objetivos en perfecta síntesis. Señala Rojas:

> La monografía histórica, es decir, el trabajo intelectual que tiene por objeto el esclarecimiento de hechos consumados, ya en el orden político de toda sociedad, ya en el estudio de personajes y de episodios, de épocas, de los orígenes y conquistas de un pueblo, en el desarrollo creciente de la humanidad; tal es el campo donde, de un siglo a hoy, cosecha opimos frutos el estudio ayudado de la observación y de la sagacidad, inspirado por el amor a lo grande y a lo bello, sostenido por la constancia, ayudado del espíritu filosófico y del criterio recto, y siempre tras los más puros ideales de la conciencia para premiar virtudes eximias, rendir culto a la verdad y homenaje a los espíritus elevados que han desaparecido al choque de las convulsiones humanas.[84]

Rojas acomete la no fácil tarea de convertir su canal de expresión, es decir, la escritura expositiva, en un nuevo molde que cobraba prestigio en otras latitudes: el ensayo. Y asumía dicha forma como parte de una tarea igualmente encomiable, que significaba acometer la escritura de una

---

83. Gonzalo Picón Febres, *op. cit.*, pp. 20-21.
84. Arístides Rojas, "Introducción", *Estudios históricos*, p. 13.

manera clara, amena y elegante. Por otra parte, se ocupó de modificar la perspectiva del recuento heroico que privilegiaba en la historia oficial las hazañas militares de los héroes, para darle cabida a un nuevo relato, que daba primacía a la historia civil.

Prueba de ello son sus estudios dedicados a resaltar la obra de personajes tales como Andrés Bello, Martín Tovar y Tovar, los hermanos Salias, Alejandro de Humboldt y José Joaquín Olmedo, entre otros. Y para ello convierte en molde el nuevo espacio-tiempo de la modernización. La convención iba entonces en dirección de considerar los temas de la Colonia en su justa dimensión histórica; aquellos trescientos años de evolución política y maduración social, contra el alarde adánico de algunos que despreciaban lo sucedido en estas tierras antes de 1810.

UNA EDICIÓN CONMEMORATIVA DE SUS OBRAS

Cuando en 1926, se cumplió el primer centenario del nacimiento de Arístides Rojas, se realizaron diversas actividades en Caracas para exaltar su memoria. En esa ocasión la Academia Nacional de la Historia editó un boletín especial con contribuciones diversas de escritores, historiadores y funcionarios que honraron su memoria con sendos ensayos. Entre ellos destaca la carta que envía Francisco González Guinán (1841-1932), de la Academia Nacional de la Historia, en la cual enumera las cualidades de intelectual y ciudadano que prendaron a Rojas. En la retórica de la época podemos entresacar juicios como el siguiente:

> Arístides Rojas como criatura humana era esencialmente cristiano y supo practicar esta gran síntesis: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Como hombre de sociedad fue culto, respetuoso y afable. Como individuo de hogar doméstico, fue austero en sus costumbres. Como amigo fue consecuente y leal. Como comerciante, cumplido en sus tratos. Como historiador, esclavo de la verdad y amante de la justicia. Como literato, idólatra de la naturaleza. Como escritor, fecundo, claro y elegante. Como trabajador, infatigable. En su trato con los demás hombres, la tolerancia fue su constante inspiradora. En su larga vida de escritor, jamás se vio tentado por la vanidad, ni disputó preeminencias. Escribió mucho, y siempre escri-

bió bien, sobre ciencias, sobre filología, sobre historia, sobre artes, sobre literatura.[85]

En su valoración sobre las cualidades ciudadanas de Rojas, el mismo González Guinán apuntó que Rojas, "sin haber hecho profesión de la política, sirvió a la Patria con absoluta abnegación y juzgó a los hombres públicos con imparcial criterio; porque si bien es cierto, que de abolengo le venían los principios de su credo, jamás los coloreó con los subidos tintes de las pasiones personales, y tuvo alteza de miras para observar a los partidos y completa tolerancia para tratar a sus semejantes"[86].

Para aquella ocasión especial, el gobierno de la República, representado por Juan Vicente Gómez, encomendó, según decreto refrendado por el ministro de Educación, Rubén González, la publicación de sus obras dispersas. Partiendo de la consideración de que "gran parte de los trabajos de Arístides Rojas se encuentran dispersos en periódicos, revistas y folletos, que por su extrema rareza ni son conocidos del público, ni se hallan hoy al alcance de los estudiosos", se establece en el articulado de dicho decreto que se publicarían "los trabajos históricos de Arístides Rojas que no estén en las *Leyendas históricas* y *Orígenes venezolanos*". Esto por supuesto no se cumplió al pie de la letra y el resultado se concreta en tres volúmenes que fueron titulados, respectivamente, *Estudios históricos* (1926) (Serie primera); *Estudios históricos* (1927) (Serie segunda) y *Lecturas históricas* (1927) (Serie tercera). Esta edición sería enjuiciada años después por Enrique Bernardo Núñez, cuando prologó *Crónica de Caracas*, para las ediciones del Ministerio de Educación[87]. En todo caso, los actos conmemorativos del centenario de don Arístides Rojas en 1926 fueron iniciados por la Academia Nacional de la Historia y secundados por el impulso oficialista del gobierno de Gómez que propició la conmemoración de la importante fecha. José E. Machado, organizador de aquellos tres volúmenes antológicos escribió:

85. Francisco González Guinán, "Carta dirigida al artista Antonio Herrera Toro", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), Nº 36, (1926), p. 4.
86. *Ibid.*
87. Enrique Bernardo Núñez, "Prólogo a Arístides Rojas", *Crónica de Caracas*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana, 1946, pp. 7-8.

> Arístides Rojas vivió consagrado a sus libros y a sus cacharros, como él llamaba la valiosa colección de objetos históricos y artísticos que logró reunir en su gabinete de estudio, sobre cuya puerta hizo grabar las palabras de Keats: *A thing of beauty is a joy for ever.* Allí lo posó Arturo Michelena para fijarlo en admirable pintura donde aparece el sabio entre cuadros, tapices, platos, fuentes, monedas y medallas, la lupa en la mano, en actitud de examinar detenidamente una pieza con que, sin duda, acababa de enriquecer su valioso museo. Nunca lo vimos en ese su *Sancta Santorum*; pero sí conservamos en la memoria su efigie: el sombrero hacia atrás, los anteojos calados, y, bajo el brazo izquierdo el habitual paraguas, tal como lo dibujó a la pluma J.M. Herrera Irigoyen.[88]

Más allá de la anécdota y de las motivaciones que en aquel entonces propiciaron los actos conmemorativos, se hacía patente el hecho de que era éste el primer esfuerzo oficial que se hacía para sistematizar parte de la obra de Rojas, acercar sus escritos a nuevos lectores y hacerlos más asequibles, pues no se editaba un conjunto significativo de sus trabajos desde 1907 cuando su propio hermano, el marqués de Rojas promoviera la edición de sus *Obras selectas*, en París.

UN ARDUO CAMINO HACIA LA CIVILIZACIÓN

La obra de Arístides Rojas se debe valorar en relación con su tiempo, con las herramientas metodológicas y científicas de las cuales dispuso. Su vocación venezolanista salta para abonar el fértil suelo de su interés por la historia y la ciencia. Su legado continuará por mucho tiempo en la obra de sus epígonos, no obstante, a simple vista, disímiles entre sí, como Lisandro Alvarado (1858-1929), José Gil Fortoul (1861-1943) y Tulio Febres Cordero (1860-1938). Su obra es vasta y descomunal, comparada con el promedio de los escritos legados por muchos de los intelectuales contemporáneos suyos. Como bien lo señala Machado: "Injusto sería mirar con desdén la obra de Arístides Rojas porque en el estudio de los hechos y en el análisis de los personajes no se encuentren aplicados, en toda su extensión,

---

88. José E. Machado, "Arístides Rojas", prólogo, *Contribuciones al folklore venezolano*, Caracas, Fundación Shell-Fondo de Publicaciones, 1967, pp. 16-17.

los métodos modernos. Ciertamente no es un Spencer ni un Taine el autor de los *Orígenes venezolanos*. Tampoco lo fueron Herodoto ni Tácito; que eran muy otras y diferentes las maneras de escribir la historia"[89].

Su obra, considerada como pionera y mejor aún como fundacional, no es exagerado considerarla civilizadora. Es en mucho la escuela que luego perfeccionarían otros científicos sociales de la talla de José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Gonzalo Picón Febres, Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Diego Carbonell (1884-1945), Julio César Salas (1870-1933), Vicente Lecuna (1870-1954), Manuel Landaeta Rosales (1847-1920) y César Zumeta (1863-1955), entre otros contemporáneos y continuadores en la tarea de pensar el país, su historia, sus tradiciones y el valor de sus hombres. Diversos elementos asumidos desde la filosofía positivista, y muchos de los postulados que rodeaban al estudio del evolucionismo, ayudaron en su momento a explicar, aunque fuera en parte, elementos esenciales del drama nacional.

Muchos son los aportes que las bibliografías y las antologías del siglo XIX le deben a su incondicional tarea de ayudar a reconstruir los discursos diversos de la historia nacional, como bien lo reconoce su hermano, José María Rojas cuando, al presentar su monumental *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* (1875), afirmó:

> para llevar a cabo esta obra ha sido grande el auxilio que nos ha dado nuestro querido hermano, el Dr. Arístides Rojas. Ha sido él quien, procurándose las obras ya olvidadas del uno, las de aquél otro que abandonó hace años la patria, las de éste que no llegó a publicar sino una parte de sus importantes trabajos, las del otro que se valió para sus publicaciones literarias de periódicos de rareza extraordinaria en nuestros días, nos ha proporcionado grandes y variadas colecciones, de las cuales hemos tomado los pocos escritos que de cada autor hemos insertado.[90]

Las distintas generaciones de venezolanos han valorado sus aportes en

89. José E. Machado, *op. cit.*, p. XVII.
90. José María Rojas, *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1975, p. XVIII.

el transcurrir del tiempo. Sus trabajos sobre historia, folklore, tradiciones y crónicas, son los que más han sobresalido en las reimpresiones y en las organizaciones temáticas de sus antologías. Mucho más remotas se quedaron sus incursiones en la investigación de las ciencias naturales y de las ciencias médicas.

Su trayectoria intelectual podría dividirse en tres grandes facetas, la primera que se sitúa en la curiosidad intelectual y científica de su formación juvenil, la segunda vinculada a su profesión de médico y una tercera, mucho más amplia en el tiempo y en la producción de conocimientos, que se vincula más a las ciencias sociales, muy específicamente, a aquello que consolidaría la información fundamental para organizar la historia venezolana. Fue éste su más sostenido anhelo llevado a la práctica y consolidado con su rica, abundante e inagotable bibliografía.

La amplitud de temas que se concentran en sus artículos, ensayos y monografías sobresale en su tiempo, en parte, porque no tenía antecedentes. Por ello, también sus estudios superan los enfoques y limitantes de otros, aportados por destacados estudiosos y científicos de su época. Rojas se acerca desde una metódica observación sobre algún fenómeno aparentemente simple, hasta una elaborada síntesis que condensa problemáticas más complejas del mundo científico de su momento. Sin duda alguna, Arístides Rojas, en palabras de Mariano Picón-Salas, fue el más feliz animador de documentos y libros viejos que conoció nuestro siglo XIX[91].

Su agudeza, intuición y esfuerzo de síntesis explicativa, en su momento, sirvieron como un espejo en el cual se vieron reflejados no sólo sus contemporáneos sino los herederos de esa tradición. A todas luces los aportes de Rojas deberán ocupar siempre un sitio destacado como pionero de la historia moderna venezolana. La historia de Venezuela, se precia con sus aportes. Su obra será fundamental para alcanzar una meta que aún sigue pendiente, esa que se corresponde con la ardua tarea de escribir con prolijidad y riqueza la historia de la cultura venezolana.

Gregory Zambrano
Mérida, septiembre de 2006

91. Mariano Picón Salas, *Formación y proceso de la literatura venezolana*, p. 56.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Para la presente edición de *Orígenes venezolanos (historia, tradiciones, crónicas y leyendas)* de Arístides Rojas se han utilizado las principales ediciones antológicas de la obra del autor, desde las primeras agrupaciones organizadas y cuidadas por el mismo Rojas hasta las que, con títulos diversos, han compilado temáticamente muchos de sus estudios y monografías. Para esta selección se ha modernizado la ortografía de los trabajos. Las fuentes utilizadas son las siguientes: *Estudios históricos*, Caracas: Impr. y Lit. del Gobierno Nacional, 1891. *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas: Impr. de la Patria, 1890-1891, 2 v. *Obras escogidas*, París: Garnier Hermanos, 1907.*Capítulos de la historia colonial de Venezuela*, Madrid: América, 1919. *Siete estudios de Arístides Rojas*, Caracas: Lit. del Comercio, 1924. *Crónica de Caracas*, Caracas: Ministerio de Educación, 1946. *Contribución al folklore venezolano*, Caracas: Ediciones de la Fundación Shell, 1967. *Humboldtianas*, Caracas: Tip. Vargas, 1969. *Estudios históricos*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1926 (Serie primera). *Estudios históricos*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie segunda). *Lecturas históricas*, Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1927 (Serie tercera).

La disparidad en el sistema referencial obedece a nuestro interés de respetar la integridad de los documentos presentados en esta edición. Sólo en algunos casos se ha intervenido para completar algunos datos bibliográficos.

B.A.

LEYENDAS HISTÓRICAS

LA LEYENDA DEL MORICHE

LOS POETAS de todos los tiempos, los viajeros que han visitado las fértiles campiñas de nuestro continente, así como los pintores que han contemplado el paisaje tropical, están de acuerdo en conceder a la palmera el primer rango entre los diversos tipos del reino de Flora. El árbol de la palma ha sido llamado por donde quiera, el *príncipe del reino vegetal*, simbolizando el triunfo de la fuerza y de la belleza. Tal es su porte, tales sus atractivos, que, si el mundo antiguo hubiera conocido los más esbeltos tipos de esta familia, cuya aparición data del descubrimiento de América, de África y Oceanía, el arte escultural se hubiera enriquecido con nuevos modelos que aparecerían hoy en las ruinas de pasadas civilizaciones.

El día en que fue descubierto el Nuevo Mundo, la palma apareció en toda su belleza y majestad. Las islas que saludaron a Colón, el continente que surgió más tarde, el África que acabaron de descubrir los portugueses, las costas que escucharon los cantos de Gama, aparecieron a la mirada del hombre europeo, exornadas de palmas. Saludaron éstas a los nuevos conquistadores, como habían saludado a los primeros y los acompañaron hasta las nevadas cimas de los Andes, después de haber descubierto las costas, los oasis, los valles, las altiplanicies y las cimas encendidas del dorso del planeta. Complementando el relieve geográfico de éste apareció la zona de las palmas ciñendo el ecuador terrestre y vistiendo de verde follaje la fecunda zona que al "sol enamorado circunscribe".

Si fuera posible contemplar desde el espacio semejante anfiteatro de verdura, nada habría más sorprendente que esta zona tórrida bañada por

los grandes océanos, y coronada por las inaccesibles nevadas y los volcanes del planeta. En ella figuran todas las alturas, todos los colores, todos los climas, todas las formas, la jerarquía vegetal y geológica, siempre ascendiendo hasta ocultarse bajo las eternas nieves. Ora es el templo, ora es la gruta, ya el pórtico, ya la columna solitaria: acá el bosque, las palmas apiñadas queriendo estrangular la roca secular de los Andes, allá en lontananza, el oasis con sus palmas solitarias a cuyos pies apaga la sed la caravana, y más allá las hoyas de los grandes ríos, las costas y los archipiélagos que hacen horizonte. Seguid y cavad en uno y otro mundo la tierra, penetrad en las cuencas carboníferas, en éstas hallaréis las palmas que acompañaron en su cuna, a los continentes y a los archipiélagos en sus tumbas. En las viejas hulleras reposan ya carbonizadas y fósiles las palmas del mundo primitivo, cuando el hombre estaba muy lejos de aparecer sobre la costra terrestre.

He aquí la palma en el reino vegetal y en las entrañas de los continentes, buscadla ahora en la historia y la hallaréis acompañando al hombre desde sus primeros días. La palma es el primer vegetal que presencia el nacimiento de las primeras familias. Los pueblos bíblicos aparecieron en su cuna coronados de dátiles. Recuerda esta palma a Persia, a Arabia, a Egipto y a las costas del Mediterráneo. Aceptaron los romanos la palma como símbolo y dio ésta su nombre a Palmira. No puede hablarse del lago de Genezaret, de la peregrinación de Jesús y de la entrada de éste a Jerusalem, sin recordar al pueblo que, llevando palmas, saludó al Salvador del mundo. Tamariz llamaron los hebreos a la palma, para recordar así la elegancia, majestad y belleza de aquella mujer del mismo nombre que cautivaba a cuantos la veían; y Jericó fue llamada igualmente la ciudad de las palmas. El dátil de hoy es bella reminiscencia del de los tiempos bíblicos, cuando la sociedad antigua, desde la hoya del Mediterráneo, comenzó a establecerse y a poblar las regiones de Asia, de África, de Europa, y a navegar las costas del mar Índico.

La palma figura en las pagodas del pueblo de Buda, en los archipiélagos asiáticos, cuna de la civilización indostánica. Así, en los más antiguos pueblos de la tierra como en los más modernos, la palma ha presenciado la historia del hombre, desde los pueblos bíblicos hasta la conquista de América, desde los mares de Grecia y de Egipto, de Persia y del Indostán,

hasta las columnas de Hércules, desde las costas del Atlántico y del mar Índico, hasta las del dilatado océano de Balboa.

La palma dátil tiene su patria; a orillas del Mediterráneo; ella es la palma histórica por excelencia. La palma del coco tiene la suya en los archipiélagos asiáticos de donde ha pasado a todas las costas de la zona tórrida. Representa ella los antiguos pueblos del Asia, cuyos descendientes yacen sumidos en la ignorancia. Simboliza la palma moriche la llegada de Colón a las costas de Paria, las bocas del Orinoco, patria de los guaraúnos, el descubrimiento del continente americano. No puede comprenderse el oasis en los desiertos de África, sin la palma dátil; no puede admirarse la pagoda del malayo sin el cocotero: no puede recordarse la pampa venezolana sin el moriche. A la sombra del moriche vive el hombre, porque el moriche es pan de vida como la llamaron los primeros misioneros castellanos, y a sus pies está el agua potable, la cabaña, la familia.

Refiere Schomburgk que los indios macousi, en las regiones del Esequibo, creen que el único ser racional que sobrevivió a una inundación general, volvió a poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los macousi y que recuerda a Deucalión y Pirra, se reproduce todavía bajo diferentes formas entre los tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gillij que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó en cierto día sobre una canoa, en los momentos de la gran inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero a los tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante; que todos los tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que

de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada (*Tepu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

En su viaje al Orinoco, Humboldt vio una gran piedra que le mostraron los indios en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca.*

La leyenda no queda, empero reducida a esto, según refiere Gillij. Amalivaca tuvo un hermano, *Vochi*, quien le ayudó a dar a la superficie de la tierra su forma actual; y cuentan los tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron desde luego, arreglar el Orinoco de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de su corriente al descender o al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar a los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas, y dar al Orinoco un doble declive; idea que no llegaron a realizar, a pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados a renunciar a semejante problema hidráulico.

Amalivaca tenía además dos hijas de decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarlas en sus deseos de viajar, y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos[11].

Después de haber arreglado las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó a la opuesta orilla, al mismo lugar de donde había venido. Los indios no habían visto desde entonces llegar a sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador, sino a los misioneros; e imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los caciques tamanacos preguntó inocentemente, al padre Gillij: "Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los tamanacos, que había cubierto las rocas de figuras simbólicas".

No fue Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico; el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones.

---

1. Gillij, Filippo Salvadore, *Saggio de historia americana*, Roma, Stampator Vaticano nella Sapienza, 1780.

> Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humbolt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas a la tamanaca, lo tienen sin duda de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca es conocido en un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones Caribes, cuyo idioma se parece tanto al tamanaco, como el alemán y el griego, al persa y sánscrito. *Amalivaca* no es primitivamente el *Grande espíritu* y el *Viejo del cielo*, ese ser invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad; sino más bien un personaje de los tiempos heroicos, un hombre extranjero que ha vivido en la tierra de los Tamanacos y Caribes y grabado rasgos simbólicos en las rocas, para en seguida retornar más allá del Océano, a países que había antiguamente habitado.[22]

Ningún pueblo de la tierra presenta a la imaginación del poeta leyenda tan bella: es la expresión sencilla y pintoresca de un pueblo inculto que se encontró poseedor del oasis americano, coronado de palmeras, de majestuosos ríos poblados de selvas seculares, de dilatada, inmensa pampa, imagen del Océano.

La palma moriche no sólo recuerda la existencia de un pueblo que desapareció y nos dejó su nombre y la traza de sus conquistas; sino también a aquellos misioneros que fundaron en la pampa venezolana el cristianismo a fuerza de constancia, de amor y sacrificios. ¡Cómo viven en la memoria de estos pueblos aquellos ministros del Evangelio! En cada uno, palmeras de diferente porte, al mecer sus penachos a los caprichos del viento, parecen túmulos de verde follaje sobre extinguidos osarios. La palma Píritu recuerda a los padres observantes en la tierra cumanagota, en las sabanas que bañan los afluentes del Orinoco. Recuerda la palma Corozo al pue-

2. Alejandro de Humboldt, *Viajes al Orinoco*, citado por A. Rojas, *Estudios indígenas*.

blo Chaima, y a los padres capuchinos, en las fértiles dehesas de Maturín. Chaguarama es el nombre de la palmera que desde las costas cumanesas, cautivó a los misioneros catalanes del Guárico: *Oreodoxa* la llaman los botánicos, nombre griego que significa *alegría del monte*. Temiche llaman los guaraúnos, en el Delta del Orinoco, a una de sus bellas palmas; nombre indígena que equivale a *pluma del sol*. Pero ninguna de ellas, con más historia y atractivos que el moriche, la palma histórica de cuyo, fruto nació el hombre venezolano; la palma que saludó a las naos de Colón, abrigó a los misioneros, dio alimento al conquistador fatigado y agua al herido que, después del sangriento combate, en los días de la guerra a muerte, sucumbía al pie de los palmares.

Tú tienes también tus palmas, tierra de Coquibacoa. Tu pórtico de verdura que saluda al viajero que visita las aguas de tu dilatado lago, está en "Punta de Palmas", y son tus cocales florones de penachos, cima de esmeralda que circunda tus costas.

Cuando Amalivaca, el creador de la civilización venezolana, al verificarse el último cataclismo geológico que levantara el suelo del Orinoco y se paseó sobre las llanuras dilatadas, para que brotaran hombres del fruto del moriche, ya el ramal andino de Itotos guardaba por el Oeste la tierra de Mara, en tanto que la cuenca de Coquibacoa al llenarse con el agua de sus innúmeros tributarios, se abría paso al mar, después de haberse coronado de palmeras que celebran las glorias de Amalivaca y de su esposa, fundadores de la gran nación caribe-tamanaca.

LOS QUIJOTES DE LA LIBERTAD

A Don Manuel Fombona Palacio
(de la Academia Venezolana de la Lengua)

QUIZÁ SEA el vocablo español Quijote, nombre éste del héroe de Cervantes en la inmortal novela que se conoce con el título de *Don Quijote de la Mancha*, el único que, tanto en español como en otras lenguas modernas, haya proporcionado mayor número de derivados; y aunque el vocablo Quijote, corrupción de *Coxa*, era conocido en España antes de Cervantes, fue desde que éste publicó su célebre libro, cuando comenzaron a figurar en español, en francés, en inglés, en italiano, etc., los derivados de aquel nombre, como adquisiciones de los idiomas modernos[3].

Los derivados españoles del vocablo Quijote, a saber: *quijote, quijotería, quijotesco, quijotada, quijotescamente*, sintetizan un grupo de acepciones que resumimos así: el hombre serio y grave, enjuto de carnes, de triste apariencia, a semejanza del héroe de Cervantes: el hombre ridículo en sus aspiraciones personales o sociales: el defensor de causas ajenas, *desfacedor de agravios*, extravagante, quimérico, romántico: el hombre presuntuoso, engreído, exagerado en sus sentimientos caballerescos, el hombre puntilloso.

---

3. Don Roque Barcia, en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, nos dice respecto de este nombre lo siguiente: "El origen de este vocablo, hoy apellido, es en latín *coxa*, y en bajo latín *cossa*, el anca, nalga, cadera o parte saliente superior del muslo. De *cox, cossa*, el italiano *coscio*; el francés *cuise*; el catalán *cuixa* o *cuxa*; y el castellano antiguo *cuya*, por lo cual tenemos hoy muslo. Y de cuja se formó *cujote*: Quijote que significa la armadura que cubre y defiende la *cuja*, el muslo. Lo que el catalán llama *cuxok* de las calzas o de los pantalones, son los quijotes.
"En los animales caballares, mulares y asnales la parte blanda que está encima de las nalgas y descansa sobre la extremidad posterior del hueso isquión".

En el idioma español, por lo tanto, el vocablo *quijote* y sus derivados tienden siempre a la idea de lo ridículo. Así en España "el que no es Quijote es Sancho" dice un adagio vulgar; lo que indica cierta tendencia a las ideas románticas y quiméricas; y en muchos pueblos de la América española se dice que la cabeza de Don Quijote está sepultada en tal o cual localidad, como para significar que en ellas sobresalen los hombres ridículos y presuntuosos. En todos los países hispanoamericanos el vocablo quijote y sus derivados están siempre tomados en mala parte, y de ninguna manera sería aceptado como elogio el que de un espíritu esclarecido y civilizador se dijese que era "un ilustre o noble Don Quijote". Quizá haya influido en esta acepción de Quijote y sus derivados la terminación *ote*, *ota*, como padrote, monigote, zote, hotentote, tales voces carecen de gracia y de belleza.

No así en ciertas lenguas modernas, en las cuales el vocablo quijote y sus derivados, sin perder las acepciones que tienen en la lengua castellana, representan igualmente otras de carácter más elevado, como son: el defensor de un partido político, de una causa: el que a todo trance defiende la virtud y las buenas costumbres: el poseedor de sentimientos y propósitos nobles, el que procura el benéfico desarrollo de la sociedad.

Hechos de quijotesca galantería.
Prescott

Con un buen corazón, espíritu justo y alma ardiente
Se ha hecho el defensor del género humano.
Bescherelle

Todo propósito noble, toda idea que se abre paso y triunfa, a pesar del tiempo y de los hombres, aparece en los primeros días como *quijotismo*; pero cuando el éxito corona la obra y todos los reveses se tornan en victorias, y surgen los grandes hombres, entonces el quijotismo es genio. Bolívar, por ejemplo, aparece en los primeros años de la magna lucha que trajo la emancipación de los pueblas esclavos, como un Don Quijote, como un desatentado que hacía frente a lo imposible; pero en el día del triunfo es cuando sus antagonistas le admiran y la historia le confirma el título que había conquistado: el de Libertador.

Ciertos lexicógrafos de la moderna España conceden hoy al vocablo quijote y sus derivados, acepciones en consonancia con las ideas que acabamos de expresar. Así leemos en Serrano: "La monomanía de Don Quijote es la de todo reformador mal recibido por su siglo: él es el más sabio y virtuoso de los hombres, pasando por loco en medio de una sociedad viciosa y corrompida: un hombre de bien a quien indigna la injusticia, y entusiasmado con la naturaleza impresionable del poeta, sueña, se compadece del débil, es el amparo del oprimido, el terror del opresor y del malvado".

Y hablando de la segunda parte de la obra de Cervantes, el mismo escritor dice: "En ésta es donde se deja ver más al descubierto el verdadero pensamiento del autor. No es una parodia de las novelas caballerescas, sino un libro de filosofía práctica, una colección de máximas presentadas, la más de las veces, en forma de parábolas: una dulce y juiciosa sátira de la humanidad"[4].

Ya veremos más adelante cómo juzgó Bolívar la obra de Cervantes, apellidándose, él mismo, uno de los quijotes de la humanidad.

Un notable talento extranjero de nuestros días ha escrito con mucha propiedad:

> En el *Quijote*, aunque escrito con intención satírica, predomina por completo el verdadero espíritu de la poesía. Con la universalidad que es timbre de los genios superiores, Cervantes supo unir cierto interés humano, universal, a la descripción de caracteres locales y pasajeros. No fue su intención ridiculizar a la antigua caballería errante española, que, como dice M. Ford, había muerto un siglo antes del nacimiento de Cervantes: su objeto fue más bien disipar los absurdos y afectados romances que eran entonces lectura a la moda, juzgados como pinturas verdaderas de la caballería. Otro objeto tuvo evidentemente en mira el autor del *Quijote*: el de mostrar que un carácter, cuanto más profundo, sincero y bondadoso, tanto más expuesto está en la vida práctica a ser víctima de la burla y del ridículo; pero al mismo tiempo nos enseña que un corazón sincero y un alma elevada, alcanzarán un triunfo que ni los reveses ni los errores pueden empañar; porque el buen *caballero*, siempre desinteresado, siempre generoso, siempre levantado y benéfico, "aunque las dulces

4. Serrano, *Diccionario universal de la lengua castellana, ciencias y artes*, Madrid, Biblioteca Universal Ilustrada, Astor Hermanos Editores, (1875-1882), p. 13.

campanas de su inteligencia estén rotas," según la expresión de Shakespeare, mantiene hasta lo último su sólida posesión en nuestro afecto y en nuestra estima. Carlos Samb ha dicho con mucha verdad, que los lectores que no ven en el *Quijote* sino un cuento burlesco, no tienen de esta obra sino una apreciación vana.

En un discurso que acerca del *Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarlo, pronunció en la Real Academia Española don Juan Valera, ahora veinte y más años, este ilustre literato no está muy distante de coincidir en parte con las ideas que dejamos enunciadas. Aunque el orador no considera la novela del *Quijote* sino como una crítica de las obras de caballería, una parodia del espíritu caballeresco de aquella época, concede, sin embargo, a la obra de Cervantes, el triunfo de la poesía española, poesía naciente entonces, caballeresca también; pero que se opuso a la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios e ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Don Quijote es una gran figura, y su locura tiene más de sublime que de ridículo; su monomanía no sólo es discreta, elevada y moralmente hermosa, sino que es elocuente, porque sintetiza un noble espíritu, el ideal del caballero, es decir, las ideas caballerescas, el honor, la lealtad, la fidelidad, la gloria, la patria. Don Quijote es Cervantes, y el alma de éste es el alma de Don Quijote, exclama el ilustre académico[5].

Al traer estas diversas apreciaciones de los críticos del *Quijote*, es nuestro ánimo probar que en puridad de verdad, no es un reproche y sí elocuente elogio apellidar a ciertos tipos de la historia con el título de Quijotes, queriendo sintetizar con este nombre los esfuerzos, las conquistas que alcanzaron, los desengaños y desgracias que los llevaron a la tumba. El recuerdo de un grande hombre, San Ignacio de Loyola, dos veces noble Quijote, en la historia de su agitada vida, confirma nuestro parecer. Escuchemos lo que respecto de esta grandeza nos dice el insigne historiador Macauley:

5. Véase el discurso de Valera, *Memorias de la Real Academia Española*, v. 5.

En su juventud, San Ignacio de Loyola llegó a ser el prototipo del héroe de Cervantes, y tuvo por único estudio la lectura de los libros de caballería. Pasó su existencia cual sueño espléndido poblado de visiones que consistían en princesas redimidas y en infieles sometidos. De antemano había elegido a su Dulcinea, no condesa o duquesa (son sus palabras) sino mujer de más encumbrado linaje, y se lisonjeaba con la esperanza de poner a sus pies, en cierto día, las llaves de algún castillo morisco o el rico turbante de asiático monarca. Engolfado estaba en medio de estas visiones de gloria marcial y de amor afortunado, cuando una herida grave le postra en el lecho del dolor; y a poco ya sentida su naturaleza, queda inválido para siempre. Se le ha escapado la palma del vigor y de la gracia, de la destreza en los ejercicios caballerescos, y ve disiparse lentamente la esperanza que le animaba a derribar gigantescos sultanes o de hallar protección en los ojos de la hermosura. Pero nueva visión cruza por su mente y se confunde con sus antiguas ilusiones, fenómeno que sólo pueden comprender los que conozcan la estrecha unión que entonces existía en España entre la religión y la caballería. Quiere ser aún soldado y caballero andante, pero soldado y caballero de la esposa de Cristo. Aplastará el Dragón rojo, será el campeón de la mujer vestida de sol y disipará el encantamiento bajo el cual falsos profetas tienen encadenado el espíritu humano. Su carácter inquieto le lleva a los desiertos de Siria, al templo del Santo Sepulcro. Regresa y asombra a los conventos de España y a las escuelas de Francia con sus vigilias y penitencias. La misma imaginación ferviente que había soñado con innúmeras batallas y con la belleza de fantásticas ruinas, poblaba ahora de ángeles y santos la soledad de su vida. La virgen desciende a conversarle, y ve al Salvador faz a faz con los ojos de la carne; palpa la transubstanciación, durante la misa, y estando en oración en la escalera de Santo Domingo, se le aparece la Trinidad y la Unidad, de tal manera, que llora de admiración y de alegría. Tal fue el célebre Ignacio de Loyola, aquel que en la grande reacción católica sostuvo la misma parte que Lutero en el gran *movimiento protestante*.[6]

He aquí uno de los más ilustres Quijotes del progreso universal. Déjase fascinar por una idea, quizá degenera en manía: obstáculos insuperables le detienen y nuevas ideas se apoderan de su espíritu, con las cuales lucha, y triunfa para descollar en una de las más brillantes etapas de la historia de la humanidad.

Carlos XII de Suecia fue llamado por sus coetáneos, a causa de su ca-

6. Macauley, *Ensayo sobre la historia de los Papas*.

rácter temerario y aventurero, el *Quijote del norte.* Bolívar se llamó él mismo, *uno de los Quijotes de la humanidad*, y Napoleón bautizó a Miranda con el título de *Quijote de la libertad.*

Tratemos de investigar las causas de estos títulos, al parecer ridículos, pero que sintetizan grandes virtudes.

¿Cuándo fue que Napoleón pudo sondear el alma ardiente y republicana de Miranda para colocarlo a la altura en que el historiador Macauley ha puesto a Ignacio de Loyola?

Napoleón y Miranda no llegaron a conocerse y tratarse sino después del 9 *thermidor*, cuando desaparecieron los días del terror, y la revolución francesa dejó la vía dolorosa para continuar con sus triunfos y conquistas; y aunque Napoleón tenía quince años menos que Miranda, podemos considerarlos como contemporáneos. Miranda vivía entonces en la calle del Monte Blanco, en el hotel Mirabeau, donde se holgaba a sus anchas y con todas las comodidades de un soberano. No amaba Miranda el lujo exterior, siempre chocante, que tiene su séquito de aduladores y también de envidiosos y malquerientes, sino el lujo interior donde el hombre es más libre y menos codiciado. En sus salas, lujosamente amuebladas, sobresalían muchos objetos de arte, regalos unos de potentados y hombres célebres de la época, y otros de cuanto Miranda había podido adquirir en sus variados viajes por Europa. Contemplado por lo más notable de la sociedad de París, no había sala, tertulia o círculo donde la simpática figura del ilustre y célebre girondino no representara importante papel. Bonaparte, (lugarteniente de Barras) no gozaba entonces de nombre, y sólo se le conocía por la defensa de Tolón. En cierta noche, ambos militares tropezaron por la primera vez, en la calzada de *Autin*, en la casa de una célebre cortesana, Julia Segur, mujer del conocido trágico Talma, condiscípulo y amigo de Bonaparte. Al saber éste que Miranda era el célebre general americano de quien había oído hablar, se hizo presentar a él y, comenzaron a departir amigablemente acerca de multitud de temas de interés que entusiasmaron a Miranda, pero sin pasar nunca los límites de la etiqueta. Prolongada la tertulia después de la comida, ambos concluyeron por ofrecerse sus relaciones al despedirse de los esposos Talma.

En aquellos días, Miranda estaba lleno de desencantos. Le parecían unos traidores todos aquellos que por cálculo o por temor, habían abando-

nado las banderas de Francia, causa ésta que le hizo afiliarse en el círculo de los patriotas más definidos; mas entre éstos, nuevas decepciones preocupaban su espíritu. Pero cuál fue la sorpresa del ilustre girondino, cuando tropieza, después del 9 *thermidor*, con hombres tenidos hasta entonces por probos, que abandonaban sus opiniones por temor a una muerte trágica que los hubiera hecho dignos de las antiguas épocas! Juzgando al vencedor en Tolón partidario, como lo era él mismo, de medidas enérgicas, únicas que podían salvar la Convención, y habiéndole visto por segunda vez y escuchado sus frases de odio contra Inglaterra, Miranda le invita a una comida en su vivienda del hotel Mirabeau.

> El día en que Bonaparte, refiere Miranda, vino a comer conmigo, noté que se había impresionado al ver el lujo de mis salas. Para esta comida había reunido algunos de los caracteres más enérgicos, entre los restos de la Montaña; los cuales nos expresamos como hombres de convicciones y de idénticos pareceres. Con sorpresa observé que Bonaparte receloso, pensativo, movía la cabeza y pronunciaba monosílabos contra las opiniones que todos habíamos emitido acerca de la necesidad de desplegar cierta energía suprema.

Era que para Napoleón estos heraldos de la libertad no eran sino idealistas soñadores que solicitaban resultados en armonía con la severidad de su doctrina: solicitaban libertad en el Gobierno, en el pueblo, mientras que él la acariciaba, no como deidad, sino como medio que debía poner en juego para alcanzar la corona de los Césares. En hombres del temple de Napoleón, el movimiento de cabeza y los monosílabos, como única contestación al raciocinio, revelan en la mayoría de los casos, grandes planes en gestación que necesitan para madurar, más de táctica, de disimulo y de previsión, que de los arranques de la pasión y de la elocuencia, virtudes de los espíritus esclarecidos que buscan la felicidad de los pueblos.

Poco después de concluida la comida, Bonaparte se despidió, y más tarde supo Miranda que de él había dicho: *Miranda no es un republicano sino un demagogo*[7].

---

7. Viars, *L'aide de Camps. Souvenirs des Deux mondes*, obra atribuida al general Servier, que comenzó su carrera militar en Venezuela, al lado de Miranda, en 1812.

Cuando Napoleón con el transcurso del tiempo llegó a definirse, no como protector de la libertad de un gran pueblo, sino como conquistador de la Europa, no pudiendo ya contar con Miranda como uno de los conductores de su carro triunfal, emitió los siguientes conceptos acerca del girondino: "Este criollo ardoroso e inquebrantable es un Don Quijote que corre tras la quimera de la libertad universal, y en cuya alma arde inextinguiblemente un fuego sagrado". Al copiar estas frases un distinguido escritor chileno, agrega: "Aquel proscrito formidable personificaba en sí la Revolución hispanoamericana"[8].

Y cuando veinte y cinco años después de la muerte del mártir de la Carraca, un célebre historiador francés, Michelet, se encarga de defender a Miranda de los falsos cargos que le habían hecho Jomini y sus continuadores, ignorantes de la rica documentación en honra de Miranda, apellida a éste el *noble Don Quijote de la Libertad*[9].

He aquí este noble Quijote de la Libertad, tan consecuente consigo mismo, tan recto en sus procedimientos. Cuando, después de la muerte de Robespierre, el Gobierno francés le ofreció el mando de un ejército, Miranda contesta con arrogancia: "He combatido de todo corazón por la causa de la *libertad*; pero me repugna ir a pelear para hacer conquistas". Y cuando el Gobierno de Inglaterra le ofrece el mando en jefe de los ejércitos destinados a España en 1808, contra los franceses, Miranda contesta igualmente con arrogancia: "He servido en los ejércitos franceses, y aunque Napoleón haya sido injusto respecto de mí, jamás usaré mi espada contra mis antiguos hermanos de armas: tampoco olvido que he sido oficial en el ejército de España. Yo he resuelto consagrar el resto de mi vida a un sólo objeto: la emancipación de mi país natal. Es allá, únicamente allá, donde combatiré a los españoles".

No menos elocuente fue Bolívar, este Quijote máximo de los tiempos modernos, que alcanzó la cima histórica en las altas regiones del cóndor y de la tempestad, allá en el dorso del planeta, donde los volcanes andi-

---

8. Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago de Chile, Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882, 672 p.
9. Jules Michelet, *Historia de la Revolución Francesa*, Valencia, España, Biblioteca Popular, 1898-1900.

nos, coronados por el coloso Aconcagua, sirven de contrapeso, en la orilla opuesta del Grande Océano, a los colosos del Dewalagiri coronados por el Everest. ¡Cuánta elocuencia y cuánta amargura llenan los últimos días de este grande hombre! Cuando llega a la quinta de San Pedro Alejandrino, con el alma transida de dolor, la hospitalidad española le ofrece tranquilo y dulce asilo. Al entrar en la modesta vivienda que iba a sustituir a los palacios de Bogotá y de la Magdalena, se dirige a la pequeña biblioteca que ve en la sala.

—¿Qué obras tiene Ud. aquí, señor Mier? –pregunta el Libertador a su protector.

—Mi biblioteca es muy pobre, mi general –contesta Mier.

Bolívar echa una hojeada a los anaqueles y exclama:

—¡Cómo! Aquí tiene Ud. la historia de la humanidad: aquí está Gil Blas, el hombre tal cual es; aquí tiene Ud. el Quijote, el hombre como debiera ser.

Y cuando, agobiado de pesar, bajo la sombra amiga del célebre tamarindo de San Pedro Alejandrino, aquella grandeza siente desmoronarse su parte física, exclama con dolor: "*Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo*"[10]. Poniendo de lado la involuntaria impiedad que sobresale en esta sentencia, hija de un corazón lacerado, comprendemos lo que quiso significar el Libertador. Esta frase sintetiza la obra que perdura, no la personalidad que se destruye: el espíritu universal en su lucha continuada de perfeccionamiento en sus ideales, en sus quimeras, en sus aspiraciones hacia la meta invisible que solicita, en armonía con las fuerzas misteriosas de la inteligencia. Jesucristo es la meta de luz por excelencia, la obra religiosa siempre en pie, en su constante batallar con los siglos. Bolívar es uno de los tipos del ideal político que, al coronar su obra, desciende al ocaso terrestre, arrastrado por el torbellino de las pasiones humanas. En este orden de cosas, está el ideal perfecto: Jesucristo; y el ideal humano, representado por Sócrates, Galileo, Colón, Miranda, Bolívar, etc. Los actores admirables desaparecen momentáneamente del drama de la humanidad, para surgir más tarde en el desarrollo de la obra. Esta es la

10. Samper, *El Libertador Bolívar*, 1878, cuaderno I.

historia del hombre, en todos los climas y en todos los tiempos. Entre estas sublimes figuras está Cervantes, el talento creador que ha sabido sintetizar en inmortales páginas la historia del hombre, no como es, sino como debiera ser, según la elocuente frase de Bolívar.

Para nosotros, estos apóstoles, en todos los estados de la vida humana: en el hogar, en la lucha social, política y religiosa, son los Quijotes de la humanidad.

BOLÍVAR Y LA SANTÍSIMA TRINIDAD
(Crónica popular)

LAS AVENIDAS Norte y Sur constituyen la calle de Caracas que se extiende desde el pie del Ávila hasta las orillas del Guaire. En los días de Colombia, y hasta ahora pocos años, esta calle llevó el nombre glorioso de Carabobo, y en la época del obispo Diez Madroñero, de 1759 a 1769, el de "calle de la Santísima Trinidad"; sin duda para conmemorar el hermoso templo del mismo nombre, comenzado desde 1742 y concluido en 1783, época del nacimiento de Bolívar. Destruido por el terremoto de 1812, el cual no dejó sino los muros principales, a poco andar, levantóse, a la izquierda de las ruinas, modesta capilla donde continuó hasta ahora veinte y cinco años el culto al misterio de la Trinidad, y de donde salía la procesión del Domingo de Ramos en pasadas épocas; pero reconstruido el primitivo edificio por la caridad pública, tornó el culto religioso al antiguo templo, hasta 1874, época en que el Gobierno de Venezuela ordenó terminar la fábrica, levantar la torre que faltaba y destinar el nuevo templo al Panteón Nacional. Este es el edificio de hermosa portada y torres góticas que descuella en el remate de la actual avenida Norte.

Para llegar al Panteón es necesario pasar por el puente de la Trinidad, sobre el río del Catuche. A la izquierda del puente veíase, hasta ahora pocos años, la derruida garita del cuartel de artillería que en este sitio estuvieron los españoles, el cual fue igualmente destruido por el terremoto de 1812; y a la derecha del puente descuella hermoso árbol de dilatada copa, como el patriarca del barranco que está a sus pies, cubierto de salvaje vegetación. Llaman a este árbol, de gloriosos recuerdos, el "Samán de la Trinidad", y

también el "árbol del Buen Pastor", en memoria del virtuoso sacerdote doctor José Cecilio de Ávila que lo salvó del hacha, en remota época. Tras del samán figura la pequeña capilla de la Santísima Trinidad, de reciente construcción.

Todo es elocuente en esta pequeña área de tierra, en la cual, ruinas, templos, puente, barranco y árbol secular, nos refieren la historia de un siglo, en los anales de Caracas.

El culto al misterio de la Santísima Trinidad data en esta capital desde los primeros años del último siglo, cuando el proveedor don Pedro Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, natural de Galicia y regidor de Caracas, como nos dice el historiador Oviedo y Baños, labró y dotó la capilla de la Trinidad en la Catedral de Caracas, lugar donde reposan los descendientes del suntuoso regidor[11]. Y como una hija de éste casase con el teniente-general don Juan de Bolívar Villegas, abuelo del Libertador, la familia Bolívar fue la única heredera que continuó el culto al sagrado misterio de la Trinidad en nuestra Metropolitana.

El arquitecto que construyó el antiguo Templo de la Trinidad, hoy Panteón Nacional, llamóse Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante. El templo comenzó a edificarse de 1742 a 1743, durante el obispado de monseñor Abadiano, y concluyó en 1783, año del nacimiento del Libertador Bolívar. Este recibió en la pila bautismal el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Días después llevaron al parvulito a visitar la capilla de la familia y más tarde el Templo de la Santísima Trinidad. Los restos del Libertador entraron a Caracas en la tarde del 16 de diciembre de 1842, y pasaron la noche en la capilla de la Trinidad, a la izquierda de las ruinas del antiguo templo. Llegaban a aquel lugar a los cien años de haber comenzado la construcción del primitivo edificio. Cuarenta años más tarde, el centenario de Bolívar, en 24 de julio de 1883, es celebrado en el Templo de la Trinidad convertido en panteón, a los cien años de haberse concluido aquella obra y de haber sido presentado ante el altar mayor el párvulo Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

---

11. Oviedo y Baños, *Historia de la Conquista de Venezuela*, Caracas, Imprenta de Domingo Navas Spínola, 1824.

De manera que Bolívar por el nombre que recibió en la pila de bautismo, por el culto de sus antepasados a la Santísima Trinidad, por el lugar donde reposa y demás coincidencias particulares, está íntimamente relacionado con el SUBLIME MISTERIO.

Departamos acerca de la construcción del célebre templo y de los pintorescos alrededores hermoseados por el corpulento samán.

En la época en que se pensó levantar un templo a la Santísima Trinidad, 1740 a 1742, la ciudad de Caracas no llegaba por el norte sino a los barrancos del Catuche. La última casa que entonces remataba la actual avenida Norte, estaba situada cerca del barranco y pertenecía a don Fernando Rodríguez, primer marqués del Toro. La plazuela actual de la Trinidad, era un erial, con una que otra choza pajiza y algunos solares. No existía por lo tanto el caserío que se extiende desde la plaza mencionada hacia el este y oeste, ni tampoco existían el actual cuartel de San Carlos, que fue obra de los doce últimos años del pasado siglo, ni el puente de la Trinidad, que precedió al cuartel por los años de 1775 a 1776.

Figuraba por aquel entonces en Caracas, como alarife entendido, Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante, hombre bueno, de todos amado y de nadie temido. Y tan entendido era, que cuando el fuerte sacudimiento de tierra, en octubre de 1766, deterioró todos los templos de Caracas, en la comisión de maestros alarifes que nombró el gobernador general Solano, para estudiar el modo de reparar daños que amenazaban ruina, figuraba nuestro buen Infante.

En los días a que nos referimos, 1740 a 1742, el espíritu religioso tomaba creces en Caracas. Habíase concluido la fábrica del Templo de la Candelaria y estaba al terminarse la Iglesia de La Pastora. Las cofradías de blancos, y aun las de pardos, entre las cuales figuraban libres, libertos y también esclavos, se ensanchaban en las pequeñas parroquias de la ciudad; lo que daba a las fiestas y procesiones religiosas, cierto aspecto de carnaval por la variedad de colores y de insignias. Animado Infante de estas ideas, las acariciaba cuando se le ocurrió que podría levantar una ermita a la Santísima Trinidad, contando, para comenzar la obra, con el valor de cuatro casitas, único patrimonio del modesto alarife, y con la caridad pública, siempre propicia a este género de construcciones. En 1740 se pre-

senta el artesano al prelado y le comunica el pensamiento, que aplaudido por el obispo Abadiano, eleva al rey la petición del pobre industrial. En 10 de agosto de 1741, el monarca pide informes al gobernador Zuloaga, quien apoya el pensamiento y lo recomienda. Estaba, por lo tanto, resuelta la primera parte del problema: la licencia de las autoridades civil y eclesiástica, con la venia del rey. Con fecha 23 de julio de 1744, es concedida a Juan Domingo del Sacramento y de la Santísima Trinidad Infante, licencia en forma para levantar la ermita que deseaba.

Dáse comienzo a la obra en 15 de agosto de 1744, con el producto de las cuatro casas de Infante y su personal trabajo. En 15 de marzo de 1745 Infante dirige una representación al Ayuntamiento, en el cual expone la licencia del monarca, e impetra del Cuerpo se le concedan, en beneficio de la fábrica, los solares vacíos, de los alrededores pertenecientes a los ejidos de la ciudad. En 23 del mismo mes, el Ayuntamiento cede los solares, al mismo tiempo que don Fernando Rodríguez, primer marqués del Toro, cedía al artesano ocho medios solares, que tenía en el mismo sitio de la fábrica. A poco pide Infante al Ayuntamiento le releve de los derechos de propios que pagaba a las rentas, por estos y otros medios solares que de varias personas había adquirido[12]. *Esta será la limosna del Ayuntamiento*, dice; y el Ayuntamiento siempre dispuesto a favorecer al artesano, concede libres de toda contribución, los solares adquiridos, según acta de 20 de diciembre de 1745. En 1747 Infante pide de nuevo al Ayuntamiento le conceda todas las tierras de la jurisdicción de la fábrica que estuvieren realengas, con el objeto de sufragar a las limosnas; y en 3 de julio del mismo año, el Ayuntamiento accede con tal que no perjudicasen a tercero.

Estaba resuelta la segunda parte del problema: contábase con la munificencia y buena voluntad del municipio, y con la asistencia y protección de los ciudadanos.

Mas un factor misterioso había para esta fecha entrado en acción; factor necesario siempre que se trata de creencias populares, cualquiera que sea la religión. Este factor es el milagro que habla a la muchedumbre, la estimula, la hace partícipe de todo aquello que se relacione con el culto re-

12. *Actas del Ayuntamiento de Caracas*, Archivo del Concejo Municipal.

ligioso. Al tratar de levantar un templo al misterio de la Santísima Trinidad, no debía faltar el número 3, y así sucedió; figurando en el incidente que vamos a referir, el tercer mes del año, la tercera semana del mes, tercer día de la semana, la hora de las tres de la tarde y la limosna de tres reales. Es el caso, que Infante refería a sus favorecedores, que desanimado y abatido se encontraba en cierta tarde del año de 1744, cuando recibió la limosna de tres reales de un desconocido que se le acercó y desapareció de súbito. Al pensar en lo misterioso de aquel incidente, el artesano comprendió que el número 3 figuraba, no sólo en la limosna, sino igualmente en la hora, día, semana y mes, como dejamos dicho. He aquí el milagro que acompañó, según refiere la tradición popular, la construcción del que fue Templo de la Trinidad en Caracas, hoy Panteón Nacional.

Infante vivía cerca del barranco del Catuche, entre la actual capilla de la Trinidad, y el sitio que ocupa el famoso samán, el cual, como hemos dicho, ostenta su follaje al este del puente. Contrariado pasaba los días el constante alarife, que al pensar en el fin de la obra, le abrumaba la enorme distancia que tenía que recorrer. Temía que la muerte le sorprendiera sin terminarla, aunque día por día alcanzaba nuevos triunfos. Al bajar del trabajo en una tarde del año de 1753, Infante tropieza con un tal Hipólito Blanco, arriero que frecuentaba el camino entre Caracas y los valles de Aragua, quien traía para su amigo Juan del Sacramento una estaca prendida del célebre Samán de Güere. El arriero contribuía a la fábrica del templo con un árbol, y deseaba al presentar la estaca retoñada, que fuese sembrada en aquellos sitios, tan queridos para él. Infante siembra el renuevo en el mismo lugar que ocupa hoy el samán, que cuenta ya ciento treinta y siete años de edad.

Y en tanto que el hijo prospera en el barranco del Catuche, el anciano padre sucumbe en las fértiles campiñas que el Aragua baña. Por esto, el cantor de la "Zona tórrida", al verle erguido en los primeros años del siglo actual, le dice:

> Di, ¿de tu gigante padre
> que en otros campos se eleva,
> testigos que el tiempo guarda

de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
y que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
a las cabañas robara
que dejó su aliento yermas?
Contempló tu padre un día
las envidiables escenas:
viólas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas:
desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pie de Valencia.
Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
mientras besaba su planta
al jugar por las praderas.
Del puro Catuche al margen,
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
antes de alegres zagales
las canciones placenteras,
y cuando más sus suspiros
y sus celosas querellas.

Antes de que comenzara el obispado de Diez Madroñero, el cual favoreció la construcción del nuevo templo, ya Infante había conseguido del Ayuntamiento nuevos solares pertenecientes a los propios de la ciudad, según leemos en documentos oficiales. Todo lo vencían la buena fe del artesano y la buena voluntad de los caraqueños; y fácil se le presentaba la vía al alarife, cuando creyendo ya realizada la obra, se detiene ante la realidad;

y era que el barranco del Catuche iba a impedirle el tránsito de los moradores de Caracas a la ermita, y que por lo tanto, ésta iba a quedar aislada por completo. Levanta entonces dos muros a orillas del barranco, comienzo del puente, y aguarda.

"Alcanzaré protección segura, que todo en este mundo es comenzar", se decía Infante. Y alcanzó protección, pues fue favorecido por el general Solano, gobernador y capitán general de Venezuela. Resuelve este distinguido mandatario, de grata memoria, edificar el puente de la Trinidad. En acta capitular de 27 de agosto de 1770, es aprobado el plano del ingeniero D. Manuel de Clemente y Francia, y la obra se pone en ejecución. Como las erogaciones debían hacerse lentamente, después de haber dejado el mando el general Solano, continuó el capitán general Agüero, quien vino a concluir el puente en 1776.

La protección dispensada a la obra de Infante por estas primeras autoridades de la colonia venezolana, recompensaba todos los desvelos del arquitecto. Expedita estaba la vía para que todos los moradores de Caracas visitaran diariamente la fábrica. Al fin ésta llegó a remate y el templo fue bendecido el 15 de julio de 1783, después de haberse empleado cuarenta y tres años en construirlo.

Satisfecho Infante de haber alcanzado la gloriosa meta de sus deseos y desvelos, firmóse desde aquel día así: *Juan Domingo del Sacramento y de la Santísima Trinidad de las Mercedes Infante, fundador de la Iglesia de la Santísima Trinidad, coronación de María Santísima y los nueve coros de ángeles*, como leemos en papeles del antiguo Ayuntamiento[13].

Ocho días después de haber sido bendecido el Templo de la Santísima Trinidad, el 24 de julio de 1783, vino al mundo un párvulo, hijo del coronel Don Juan Vicente Bolívar; el cual recibió en la pila de bautismo el siguiente nombre: SIMÓN JOSÉ ANTONIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD. A poco, sus padres le presentan ante el altar, en la capilla de familia que existe todavía en la Metropolitana, y después ante el altar mayor del templo recién bendecido[14].

---

13. Aludía en esto último a los estucos hechos de su mano que representaban la Trinidad coronando a María, y diversos grupos de ángeles, con los cuales exornó el altar mayor del templo.

14. Respecto de la construcción del Templo de la Trinidad y puente del mismo nombre, así

Para esta fecha, el infatigable artesano llegó a lograr lo que todo el mundo juzgó un imposible, menos él, cuya fe inquebrantable no desmayó hasta el último trance de la vida. Desde 1781 Infante pensaba, y con razón, que aquel templo debía estar bajo los cuidados de una nueva orden, la de los Trinitarios, de la cual él debía ser el primer hermano. No se le ocultaban a Juan Domingo los inconvenientes con los cuales iba a luchar, más contaba con la buena estrella que hasta entonces le había acompañado. En la fecha indicada, el artesano ocurre al rey en solicitud de sus deseos y pide las dispensas necesarias para recibir el hábito de la orden; pero ni el Ayuntamiento de Caracas, ni el gobernador, ni el monarca accedieron por el pronto. En repetidas reales cédulas los reyes de España habían concedido licencia para la creación de cofradías, en las que figuraban libres, libertos, y aun esclavos; mas como se trataba de la creación de nueva orden religiosa, en la cual iba a chocarse con la tradición, con las preocupaciones y con necesidades políticas, el caso era más grave. A pesar de todo, el artesano hubo de insistir hasta vencer. Accede Carlos III a exigencia tan justa, y Juan del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante viste, aunque por corto tiempo, el sayal de trinitario; después de su muerte fue enterrado al pie del altar mayor en el templo que había fabricado. *Labor omnia vincit*.

Refiere el historiador español Díaz, al hablar de los estragos del violento terremoto del 26 de marzo de 1812, que en este templo, y en el pilar de una capilla llamada de "Los Remedios", destinada al servicio eclesiástico de los militares, estaba pintado el escudo de las Reales Armas de España: que el templo cayó sobre sus mismos fundamentos: que ni una pequeña piedra salió fuera de su área, y que sólo un gran pedazo de uno de los pilares saltó con la violencia de la caída, rodó por la plaza, en dirección

---

como de la historia del artesano Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante, se ha escrito en varias épocas. Olegario Meneses publicó en *El Liceo Venezolano* de 1812, un estudio acerca del puente de la Trinidad. Nicanor Bolet Peraza dijo algo sobre el Templo de la Trinidad y de su fundador, en el *Museo venezolano* de 1865; artículo reproducido en *Las tradiciones populares* del doctor Teófilo Rodríguez, con notas de éste. Últimamente, el doctor Diógenes A. Arrieta escribió tres artículos sobre los mismos temas con el título de "El Panteón Nacional", *La Opinión Nacional*, 1886.

a la horca, tropezó con ella y la derribó. Sólo quedó en pie el pilar de las armas que se descubrían desde todas partes por sobre aquel montón de ruinas[15].

¡Cómo el tiempo condena y disipa todas estas fanfarrias de los partidos políticos, cuando éstos se yerguen con la victoria! Para los españoles triunfantes en 1812, la salvación del escudo real que sobresalía en las ruinas, indicaba la justicia de Dios en beneficio de la realeza; y la roca que echó por tierra el suplicio de la horca, como castigo al Gobierno patriota que, un año antes, había mandado a ejecutar en el mismo sitio a esos pocos canarios revoltosos. Hoy el criterio es otro, y debemos aceptar que donde quedaban las armas españolas, era el sitio destinado para mausoleo de Bolívar; y donde figuró la horca, aquel en que debía levantarse noble y generosa la efigie de Miranda, ese mártir de la Carraca, víctima, no de la noble nación española, sino del protervo Gobierno de 1812 que contra todas las leyes de la justicia y de la moral, aprobó y permitió la infame conducta del general Monteverde en Venezuela.

....

En la mañana de un domingo de junio de 1827, la Metropolitana de Caracas celebraba con solemne pompa la fiesta de la Santísima Trinidad, fiesta que patrocinaba la familia del Libertador, quien presidía la ceremonia acompañado de distinguido cortejo. Pontificaba monseñor Méndez. El templo estaba repleto de adornos y animado por un concurso que llenaba todas las naves. Cuando el orador subió a la cátedra sagrada, hubo cierto movimiento de curiosidad y de satisfacción en la concurrencia. Era que un anciano venerable, de elocuente palabra, y de un espíritu tan ilustrado como era bueno su corazón, aparecía ante el público. Venía figurando desde mucho antes de la Revolución de 1810, ora como profesor, ora como rector del seminario, ora como orador de aliento que suspendía siempre al auditorio. Aquel anciano era el doctor don Alejandro Echezuría, cuyas virtudes no han olvidado todavía las generaciones que llegaron a conocerle.

---

15. José Domingo Díaz, *Rebelión de Caracas*, Madrid, Imprenta de León Amarita, 1829.

Después de haber tratado del *misterio* del día, tema de la oración, el orador quiso dedicar algunas frases a la familia Bolívar, y dijo:

> Esta fiesta solemne, a la cual asiste concurrencia tan selecta, ha sido costeada por el Libertador. Este culto al misterio de la Santísima Trinidad, es prenda de inestimable valor, rico legado que tan preclaro varón heredó de sus antepasados. Así se trasmiten en el curso de los siglos las magnas virtudes del hogar, y pasan de padres a hijos para continuar en el espacio y en el tiempo. ¿Y qué extrañar, señores, que de Bolívar hable, cuando hablo del Santísimo Misterio de la Trinidad? El grande hombre está representado en ésta, pues Bolívar es el PADRE DE LA PATRIA, EL HIJO DE LA GLORIA Y EL ESPÍRITU DE LA LIBERTAD.

El orador iba a continuar en el desarrollo de esta proposición, cuando suena la campanilla en la mesa del solio pontifical. Al oírla el orador enmudece, dirige sus miradas al pontífice, después al Libertador: éste endereza las suyas a la cátedra sagrada y al prelado, y la muchedumbre, sin saber lo que pasa, mira hacia todos lados con solícita curiosidad. El orador, que comprende ser aquello un reproche y una orden, desciende lentamente de la cátedra sagrada.

Por la noche de este día fue público en Caracas que el prelado había amonestado con acritud al orador y le había suspendido de sus funciones durante dos meses, prohibiéndole la publicación del discurso.

Tres años más tarde, a orillas del mar antillano, el Libertador era lanzado ignominiosamente por sus compatriotas del suelo patrio. El hijo de la gloria confesaba públicamente que había arado en el mar, y pronosticaba que el último período de la América española sería el caos primitivo, en tanto que el espíritu de la libertad, apacible y luminoso, entraba en el seno de Dios.

¡Qué suceso tan elocuente!

Cuando Bolívar visita a Caracas en 1827, entra a su cuna natal como un potentado y a poco sale como un viandante. Todo el delirio y entusiasmo de la población caraqueña por el Libertador y creador de cinco repúblicas, se había disipado, apoderándose de los espíritus el más completo indiferentismo. Bolívar deja a Caracas, acompañado solamente de sus edecanes.

Al pasar por el puente de la Trinidad, Bolívar llama la atención del coronel Ferguson, y le exclama:

—Recuerda usted, coronel, ¿los primeros días de mi entrada a Caracas?

—Jamás había presenciado entusiasmo semejante –contesta el edecán.

—Hoy salimos como derrotados –repuso Bolívar, y agrega–: "Todo es efímero en este mundo".

El grupo siguió silencioso, y al encontrarse el Libertador frente a frente de las ruinas de la Trinidad, detiene el caballo y dice:

—"Estas ruinas me traen recuerdos de mi niñez. El culto de mi familia al Misterio de la Trinidad, data de mis abuelos. ¡Cuántos años pasarán todavía antes que estos escombros vuelvan a su antiguo esplendor!"[16].

No pasó por la mente de Bolívar en aquel instante, que quince años más tarde, al siglo de haber comenzado la fábrica del templo, sus restos mortales pasarían la noche del 16 de diciembre en la capilla que había sustituido al derribado templo, para entrar triunfantes por las calles de Caracas, en la mañana del 17 de diciembre de 1842. No sospechó que el monumento que levantara el arte a su inmortal memoria, como homenaje de sus conciudadanos, figuraría en el centro de aquellas ruinas, donde sería festejado su primer centenario, en los mismos días en que se completaba una centuria de haber sido bendecido el Templo de la Santísima Trinidad, convertido en Panteón Nacional.

El artesano y el Libertador, separados por un siglo, iban a encontrarse juntos a los cien años de haberse concluido el templo. El monumento de Tenerani que guarda los restos de Bolívar, reposa sobre una plataforma, tres metros más elevada que la base del antiguo altar. Al pie de éste están los restos mortales del arquitecto del templo. Arriba, a la luz, está la gloria, magnificada por el arte y celebrada por los clarines de la fama: abajo, a la sombra, está la labor humilde, el industrial sufrido y

16. Estas frases de Bolívar al dejar a Caracas en 1827, las obtuvimos de uno de sus parientes cercanos, edecán del Libertador, quien nos las repitió en el mismo sitio de las ruinas, por los años de 1843 a 1844.

contento confundido con su propia obra. Arriba está José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar: abajo está Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad de las Mercedes Infante.

LAS CONVULSIONES DE PÁEZ

ES UN HECHO RECONOCIDO por las generaciones que se han sucedido desde la guerra de independencia de Venezuela, que Páez sufría, con más o menos frecuencia, de ataques nerviosos de forma epiléptica, en una que otra ocasión, al comienzo o fin de los choques terribles que contra las caballerías de López, de Morales, de La Torre y de Morillo, libró en la pampa venezolana. Así, al entrar en acción en Chire y el Yagual, en la persecución del enemigo en los campos de Gamarra y Ortiz, y últimamente en Carabobo, después de espléndido triunfo, Páez fue por instantes víctima de esas horribles convulsiones que le privaban del uso de la razón, pero que al cesar, hacían aparecer al guerrero con tales bríos y con tal coraje sobre las fuerzas enemigas, que la presencia de aquel hombre portentoso era siempre indicio de la victoria. Afortunadamente para Páez y para Venezuela, aquél no llegó a ser presa de tan terrible mal en esos grandes hechos de armas que conoce la historia con los nombres de Mata de la Miel, Queseras del Medio, Cojedes, etc. etc., pues desgracia irreparable hubiera sido la muerte del sublime Aquiles, en la homérica lucha que presenció por tantos años la pampa venezolana.

¿Qué causa producía tan triste dolencia en un hombre de fuerzas hercúleas, de espíritu inteligente y sagaz, de voluntad inquebrantable, dominado por el solo sentimiento de la patria, que le hacía sufrido, constante, invencible?

Refieren las crónicas de familia, que Páez, en sus tiernos años, fue mordido, primero, por un perro hidrófobo, y meses más tarde, por una

serpiente venenosa, sin que nadie hubiera podido sospechar que en un mozo acostumbrado al ejercicio corporal, hubieran quedado manifestaciones ocultas, a consecuencia de las heridas que recibiera, y que los años corrieran sin que ningún síntoma se presentara en la constitución sana y robusta del joven llanero, hasta que fue presa de cruel idiosincrasia que le acompañó hasta el fin de la vida. Consistía ésta en el espanto y horror que le causaba la vista de una culebra, ante la cual tenía que huir o ser víctima de prolongada convulsión. A este hecho se agregaba una manía: la falsa idea de creer que la carne de pescado, al ingerirla en el estómago, se convertía en carne de culebra. Había por lo tanto en la constitución del mancebo, una perversión nerviosa de variados accidentes, la cual acompañó al guerrero hasta su avanzada edad, no obstante haber hecho esfuerzos de todo género por librarse de tan cruel dolencia.

"Al principio de todo combate, escribe Páez en su *Autobiografía*, cuando sonaban los primeros tiros, apoderábase de mí una intensa excitación nerviosa, que me impelía a lanzarme contra el enemigo para recibir los primeros golpes; lo que habría hecho siempre si mis compañeros, con grandes esfuerzos, no me hubiesen retenido". Y un escritor inglés de los que militaron en la pampa venezolana, dice: "El General Páez padece de ataques epilépticos cuando se excita su sistema nervioso, y entonces sus soldados le sujetan durante el combate o inmediatamente después de él".

Resumamos estos diversos episodios de la vida militar y civil de Páez, exornándolos con datos que no figuran ni en la *Autobiografía* ni en las historias de Venezuela. Y como al narrar estos hechos es lógico investigar la causa que los engendraba, veremos en el curso de esta leyenda que las convulsiones de Páez obedecían en muchas ocasiones a la excitación del guerrero, al sentimiento patrio; y eran engendradas en otras por agentes misteriosos del organismo, o cierta idiosincrasia que acompaña a muchos hombres, sin que la ciencia haya podido hasta hoy llegar a explicarla.

En el choque de Chire (1815) Páez había recibido la orden de embestir a las tropas de Calzada, pero al comenzar la pelea, entra repentinamente en convulsiones. La causa inmediata de ese percance fue la siguiente: estaba Páez listo, cuando se le ocurre enviar uno de sus ayudantes a retaguardia de su cuerpo, con cierta orden. Al regreso del ayudante, que fue rápido,

tropieza éste en la sabana con enorme culebra cazadora, a la cual pincha por la cabeza. Al instante el animal se enrosca en el asta de la lanza y la abraza por completo. Quiere el jinete deshacerse del animal, mas como no puede, con él llega a la vanguardia, en los momentos en que iba a librarse el célebre hecho de armas que se conoce con el nombre de Chire. El ayudante da a Páez cuenta de su cometido y agrega: "Aquí está, mi Jefe, el primer enemigo aprisionado en el campo de batalla" señalándole la culebra que contorneaba el asta. Páez torna la mirada hacia el arma del jinete y al instante es víctima del mal. Por el momento, el Jefe no puede continuar, pero ayudado de sus soldados que le echan agua sobre el rostro, se repone, y al escuchar la primera descarga monta a caballo. En derrota venían los suyos cuando a la voz de "frente y carguen", los jinetes tornan grupas, recomienzan la pelea y triunfan. ¡Y cosa singular! Mientras que los vencedores se ocupan en coger el rico botín, Páez sigue sólo al campo contrario, ya abandonado, en solicitud de enemigos, y en éste pasa todo el día, en un estado casi de sonambulismo. Al llegar la noche, el guerrero divisa una fogata, juzga que es la de su campamento, se dirige hacia ella, y al llegar es vitoreado por los suyos que le creían muerto o perdido.

En aquellos días, a la margen derecha del Apure, Páez, ve a su valiente Peña en inminente peligro, en la opuesta orilla, en los momentos en que cumplía con la orden que le había dado. Quiere atravesar el río y salvar a su compañero: pide un caballo, pero no había ninguno, porque las madrinas pastaban a distancia. Consíguese a duras penas una yegua que le traen y en ella se arroja al río, armado de lanza. Como la yegua tenía larga rienda, de esto se aprovechan los llaneros para no abandonar a su Jefe, pronto a entrar en convulsión. Al comenzar a nadar, Páez se despeja, las convulsiones no se presentan, y los llaneros, que habían alargado la soga hasta el remate de ésta, fueron lentamente recogiéndola hasta lograr que el animal tornara a la orilla de donde había salido. El estado de excitación había cesado bajo el influjo del agua.

Cuando llega el momento de la célebre acción del Yagual (1816), en la cual figura Páez como jefe supremo, el general Urdaneta estaba a su lado en el momento de comenzar la batalla, cuando Páez es víctima de fuertes convulsiones. No había más agua sino la que contenía un barril pequeño, la

cual estaba destinada para enfriar el único cañoncito que tenían los patriotas. Al saber Urdaneta por los compañeros de Páez que el ataque desaparecía con el uso del agua, solicita envase para tomarla, y como no encontrara, se vale de su tricornio, con el cual comienza a bañar la cabeza del guerrero. Pocos instantes después estaba Páez a caballo, animado del fuego sagrado de la patria y saludado como vencedor en el glorioso campo de batalla. Aquella exageración nerviosa parecía servir de estímulo a la fuerza física, de aliento al espíritu que triunfaba de las más difíciles situaciones.

Cuando en la batalla de Ortiz, en 1818, casi toda la infantería a las órdenes de Bolívar es destruida por los españoles, pudo salvarse el resto, por la intrepidez de Páez, que cubría la retirada. Después de repetidas cargas de caballería, Páez, al sentirse mal, se desmonta y se recuesta de un árbol.

El coronel inglés English, que por allí pasaba, al ver a Páez su convulsión y con la boca llena de espuma, se acerca al enfermo, aunque los oficiales le decían que dejase sólo al general. "Ninguno de nosotros se atreve a tocarlo cuando él es víctima de este mal que dura poco tiempo", agregaron los centauros. A pesar de esta observación respetuosa, el coronel inglés se acerca a Páez, le lava con agua el rostro y aun le hace tragar algunas gotas. Páez recupera el sentido, reconoce al coronel English, le extiende la mano y le da las gracias más cordiales. "Me hallaba tan cansado por las fatigas de la batalla, le dice, y ya había dado muerte a treinta y nueve de los enemigos, cuando al traspasar con mi lanza uno más, me sentí indispuesto". A su lado, dice el historiador inglés, estaba la lanza ensangrentada, la cual tomó Páez y la presentó al coronel English, como un testimonio de la amistad que le profesaba. Páez monta al instante a caballo, se pone al frente de su legión de centauros y cuando llega el momento en que el legionario británico se despide, le obsequia con tres bellos y hermosos caballos[17].

En la derrota del trapiche de Gamarra, en 1819, donde los batallones de Bolívar fueron destruidos, Páez obró prodigios con su caballería, a pesar de lo accidentado del terreno; prodigios, según confesión de los historiadores españoles. En uno de los choques, le ataca la convulsión y sus

17. Esqr. Hippisley, *A narrative of expedition to the rivers Orinoco and Apure etc. etc. in 1817*, London, 1819.

compañeros tienen que sacarlo del campo. Días de contrariedad le proporcionó esta derrota; mas ella fue el origen de las Queseras del Medio.

"¡Mi lanza! ¿Dónde está mi lanza? ¡Venga mi caballo!" tales eran las primeras palabras de Páez, después de pasar uno de los violentos ataques convulsivos; es decir, cuando recuperaba el uso de la razón. Estas mismas frases las repetía el general, cuando a poco de haberse roto una pierna en Nueva York, en 1858, fue acometido de convulsiones: "¿Dónde está mi caballo? Mi lanza ¿dónde está?"–preguntaba.

Últimamente, Páez es acometido de su mal crónico después del brillante triunfo de Carabobo. El vencedor continuaba la persecución, cuando es presa del mal, y se hace recostar al pie de un hermoso cañafístolo, en la sabana de Carabobo. Al restablecerse, al abrir los ojos, se encuentra con Bolívar que viene a abrazarle a nombre de Colombia y a ofrecerle el mayor grado de la milicia.

Ni el tiempo, ni los viajes, ni los esfuerzos de la voluntad más firme, lograron extinguir en Páez, el mal convulsivo que se apoderó de su organismo desde los días de su fogosa juventud. Durante su permanencia en Nueva York, por repetidas instancias de una familia compatriota, se aventuró a gustar de ensalada de pescado, en dos ocasiones, y en ambas fue víctima de horrible malestar, al cual sucedieron violentas convulsiones. La manía que le dominó en la infancia, no le abandonó en la vejez.

Superior a estos incidentes es la escena que, años más tarde, tuvo Páez, ya a los ochenta años de edad, por haber asistido a la exhibición de enormes boas con el museo de Barnum. Uno de sus amigos, creyendo obsequiar al General, le invitó en cierta tarde a que le acompañara al museo, donde iba a sorprenderlo con algo interesante. Páez, al ver los animales, se siente indispuesto y se retira; llega a su casa, ya a hora de comer, se sienta a la mesa, cuando al acto pide que le conduzcan a su dormitorio. Como nunca, se presentan las convulsiones, y de una manera tan alarmante, que el doctor Beales, célebre médico de Nueva York, amigo de Páez, es llamado al instante. Sin perder el uso de la razón, Páez aseguraba que muchas serpientes le estrangulaban el cuello. A poco siente que bajan y le comprimen los pulmones y el corazón y en seguida la región abdominal. Y a medida que la imaginación creía sentir los animales en su descenso de la cabeza hasta los

pies, las convulsiones se sucedían sin interrupción. El doctor Beales quedó mudo ante aquella escena y no podía comprender cómo una monomanía podía desarrollar en el sistema nervioso, tal intensidad de síntomas. Páez que había revelado los diversos síntomas que experimentaba, a proporción que los animales imaginarios pasaban de una a otra región, pedía a gritos que le salvaran en tan horrible trance. El doctor habla y hace varias preguntas al paciente y éste le responde con lucidez.

—General –le dice el doctor–, ¿me conoce usted? ¿Quién soy?

—Sí: usted es el doctor Beales, uno de mis buenos amigos.

—Pues bien, como tal, le aseguro a usted que no hay ninguna culebra en su cuerpo.

No había acabado de pronunciar la última palabra cuando las convulsiones toman creces, llenando de espanto a los espectadores. El médico se había olvidado de que en casos semejantes, cuando un paciente es víctima de una monomanía, lo más certero es obrar sin contrariar la idea dominante y aun apoyarla si es necesario, para poder obtener mejor éxito sobre la imaginación exaltada. A poco todo desapareció, y Páez continuó en perfecta salud. Si esta idiosincrasia de Páez hubiera sido conocida de los españoles, por de contado que lo hubieran vencido arrojando sobre él vasijas repletas de culebras, como en la antigüedad griega lo había hecho Aníbal (el almirante) contra las embarcaciones de sus contrarios.

¡Cuán variadas aparecen las idiosincrasias en los personajes históricos de todos los tiempos! Hace más de cuarenta años que en cierta noche, en el pueblo de Maracay, estaban reunidos tres veteranos de la Independencia: eran Páez, Soublette y Piñango, que departían amigablemente en un dormitorio de la casa del primero. Después de haber departido sobre varios temas y tras un momento de silencio, Soublette se incorpora en la hamaca en que estaba acostado y dice, dirigiéndose a Páez:

—Mi General, ¿hay algo que le haya infundido a usted en la vida miedo, temor o espanto?

—Sí –contesta Páez, poniéndose en pie–. Hay algo que me produce, no sólo miedo, sino que me aterroriza del tal modo, que tengo que ser víctima: es la vista y presencia de una culebra.

Entonces pregunta Piñango a Soublette.

—Y usted general, ¿qué es lo que más teme?

—Yo no temo a la culebra –dijo Soublette–, pero sí al toro. Cuando militaba en los llanos, me llenaba de terror al pasar delante de estos animales, sobre todo si fijaban en mí las miradas.

—A mí –dijo Piñango, cuando los compañeros a un tiempo le hicieron la misma pregunta–, a mí no me asusta la presencia de la culebra, aunque esté armada, ni me preocupan las astas del toro. Yo no temo sino a las seguidillas del poeta Arvelo.

Y en efecto, el poeta lo había vapulado en aquellos días, 1846 a 1847.

He aquí una de tantas idiosincrasias de los hombres preclaros. ¿Quién en este mundo está libre de estas imposiciones del organismo?

Que la ciencia llame estos variados fenómenos *histerismo*, *sonambulismo*, *excitación nerviosa*, *etc.*, poco importa; si en unos es el miedo que domina, en otros el exceso de valor; en éstos la monomanía, en aquéllos la contrariedad; en unos la plétora, en otros la anemia.

Si en Páez obraba el miedo a la presencia de una culebra u otro animal, puede asegurarse que en la pelea él obedecía al sentimiento generoso de la patria libre, a la ambición de vencer a sus contrarios, al ímpetu guerrero, al éxito feliz de sus inspiraciones, al valor sublimado, a la gloria, de quien podía llamarse hijo predilecto.

EL PRIMER BUQUE DE VAPOR EN LAS COSTAS DE PARIA

NINGUNA REGIÓN tan espléndida en la historia de América, ninguna más digna de recibir en sus costas la primera nave de vapor en los mares antillanos que la célebre de Paria. Uno de los majestuosos ríos del Nuevo Mundo, el Orinoco, al abrirse paso por entre numerosas bocas, vacía sus aguas en el Atlántico, cuyas olas huyen a gran distancia de la costa americana, lejos del hermoso delta coronado de islas y de palmeras, y del dilatado golfo, ya manso, ya temido, desde cuyas costas saludaron los parias a las carabelas de Colón, en 1497. La brisa embalsamada de los montes, la perla que ocultan los escollos de las islas, los manglares, entre cuyas raíces aéreas se rompe la ola que lame las orillas; ruinas seculares que nos recuerdan la lucha sangrienta entre dos razas, y el sepulcro de los primeros mártires en las costas del Nuevo Mundo; la colina siempre verde, porque la acaricia primavera eterna; las rocas, los árboles, los ríos, las grutas y últimamente, los descendientes de aquellos parias vencidos por la fuerza, hoy vencedores, después de sangrienta lucha: he aquí los factores de esta sublime región de Paria, en cuyo golfo, la imaginación de Colón creyó ver el Paraíso Terrenal.

La península de Paria limitada al este por el golfo del mismo nombre, lo está al oeste por el de Cariaco, cuna y tumba de los primeros misioneros cristianos sacrificados por la humana codicia. En toda la costa, entre uno y otro golfo, están los sitios de Maracapana, Cariaco, Cumaná, Río Caribe, Carúpano, Güiria y otros más, todos célebres en los días de la conquista castellana, más célebres aún cuando la guerra a muerte hizo de cada hom-

bre un centauro y de cada roca un baluarte. Hermosas islas descubiertas por Colón, coronan la costa norte, en tanto que la isla inglesa de Trinidad cierra el golfo de Paria por el este. Al sur está el pintoresco delta, después Orinoco, con sus numerosos tributarios, y la tierra que se prolonga hacia el austro. Ya hemos dicho en otro escrito, que Paria es el pórtico oriental del Nuevo Mundo.

Desde el cabo Galera, hoy Galeote, al sureste de la graciosa Trinidad, contempló Colón el dilatado delta del Orinoco, en la mañana del 31 de julio de 1498. El 2 de agosto siguen sus carabelas a la punta del Arenal, hoy Icacos, hacia el sudoeste, donde anclan. Al instante puede conocer a los moradores de la comarca, que, en grande canoa, se adelantan a contemplar las carabelas: eran esbeltos, simpáticos, más blancos que cuantos indios se habían conocido hasta entonces, y de ademanes cultos y graciosos. Cargaban escudos, y en la cabeza pañuelos de algodón tejidos a labores, por lo que juzgó Colón que eran más civilizados que los indios de las Antillas. Manda el almirante a los marinos castellanos que dancen al son de la música; pero los parias tomando esto por comienzo de hostilidades, retroceden a la costa, después de lanzar sobre las carabelas abundantes flechas: eran dos civilizaciones que al acercarse, no podían de pronto comprenderse.

Tranquilo estaba Colón en su carabela, cuando durante la noche del 2 de agosto escúchase hacia el austro ruido espantoso. El almirante sube a cubierta y ve elevada montaña de agua que se precipita sobre el bajel. Por instantes, la embarcación temblorosa queda suspendida sobre la espantosa ola, y Colón se cree perdido: pero al momento todo vuelve a la calma: era la corriente impetuosa de uno de los caños del delta que buscaba salida por la boca situada al sur del golfo. Esta impresión de un peligro inesperado, así como las contorsiones del agua, entre numerosos arrecifes, dio motivo para que Colón diera a aquel estrecho el nombre de *Boca de la Sierpe*.

Al nacer la aurora del 3, y favorecido por la brisa, sigue Colón hacia el oeste, donde aparece a sus miradas mar tranquilo de agua dulce, con sus bellas costas exornadas de palmas: era el célebre golfo de Paria que saludaba al hombre europeo. Desde aquel momento estudia Colón la topografía de la localidad, da nombre a los cabos, a las islas y a las puntas, descubre la salida al norte del golfo, y hace que uno de sus tenientes

acompañado de tropas, tome posesión de aquella tierra, en el puerto de Macuro, cerca de Irapa[18]. Armados de penachos, los indios parios de las cotas occidentales del golfo, salen en canoas y se dirigen hacia la carabela de Colón. Cogidos por sorpresa algunos de ellos y conducidos a presencia del almirante, éste los agasaja y después de adquirir noticias de la localidad, deja cuatro a bordo y despide a los restantes: acababan de entenderse las dos civilizaciones que momentos antes no habían podido avenirse. A poco comienzan los obsequios por ambas partes. Regálalos el almirante, y son por los caciques de Paria festejados los marineros, después de saborear los frutos y vinos de la costa de Irapa. Obséquianles igualmente las mujeres parias con graciosas sartas de perlas procedentes de la isla de Cubagua. Colón, en presencia de las bellezas de aquella costa, la bautizó con el nombre de *Los Jardines*.

Después de dar nombre a muchos sitios y de contemplar los manglares de Paria con sus raíces aéreas, entre las cuales se crían perlas, las carabelas siguen al norte del golfo buscando la salida. Al presenciar el choque de la corriente contra los arrecifes, el almirante duda si debe seguir; pero marino experto, lánzase resuelto; mas de repente cesa el viento. Ya van las carabelas a precipitarse sobre los escollos, cuando la corriente de agua dulce que viene del oeste, las levanta y las conduce victoriosas al mar Caribe. El temor que le infundiera tan inesperado peligro, causa fue de que bautizara el estrecho, al norte del golfo, con el nombre de *Boca del Dragón*. Se había salvado de Escila para vencer a Caribdis.

Al llegar a la mar libre, Colón tropieza con las diversas islas que coronan la costa oriental de Venezuela. Detiénese en la de Cubagua, se pone al habla con los indios. Regálales platos de Valencia, y las mujeres agradecidas, obsequian a los marineros con abundantes sartas del alfójar que

18. Lamartine, en su *Vida de Colón*, Madrid, Dirección y Administración (Barco, núm. 11), Biblioteca Universal: colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, 1892, t. 132, asegura que este durmió una noche en la costa de Paria, al abrigo de una tienda de campaña. Ésta es una mentira hija de la inspiración de este gran poeta. Mal podía Colón, enfermizo como estaba, dejar las comodidades de que gozaba a bordo, por dormir en una playa húmeda y poblada de hombres desconocidos. Colón no pisó jamás el continente.

llevaban al cuello. Colón acababa de descubrir la existencia de la perla en las costas de Cubagua y de otra isla a la cual le puso el justo nombre de Margarita. He aquí el punto de partida de los más horrorosos crímenes y de la más escandalosa irrupción de aventureros que iban a surgir en los primeros años de la conquista castellana.

Y dejando aquellas islas y la dilatada costa de la península de Paria, comienzo de la porción sur del continente americano, parte Colón para no volverlas a ver más.

Vieron los parias partir las carabelas que pronto debían retornar a aquellas regiones con hombres feroces, los cuales debían exterminar una gran porción de la raza índica, incendiar los poblados, talar los campos y dejar como recuerdo de victoria, el suelo empapado en sangre y sembrado de cadáveres.

Pero de aquel montón de ruinas debía surgir el cisne de la fábula. El paria que no había conocido por embarcaciones sino el cayuco y la curiara, llegó a contemplar la carabela que le anunciaba el progreso de la náutica. Años más tarde, conoce la goleta y tras ésta el bergantín. A poco, aparece en los mares de Paria el navío y tras éste la fragata. Asiste el indio a la lucha del castellano contra filibusteros franceses, ingleses, holandeses, feroces buitres que se disputan la presa americana. Contempla el indio a sus antiguos perseguidores en la defensa del suelo americano, y tórnase el odio en admiración. Así continúan los parias, y con estos sus hermanos los chaimas, cumanagotos y guayqueríes, hasta el día en que de las mismas cenizas de razas mezcladas debía renacer, por segunda vez, el cisne de la fábula. Cuando llega esta época, ármanse todos ellos en defensa del patrio suelo, y a los clarines bélicos de Margarita, de Cumaná, de toda la región de Paria, asisten a la pelea, vencen, luchan, mueren y renacen para asistir de nuevo a la lid. Presencian las carnicerías de la guerra a muerte, afílianse en los batallones de Mariño, Bermúdez, Gómez y Arismendi, e impasibles ven llegar la bella escuadra de Morillo, para ser a poco testigos del incendio del navío “San Pedro”, en las aguas de Coche. Habían luchado contra la naturaleza y contra los hombres, y nada les había arredrado, porque ignoraban el progreso de la ciencia y no habían conocido los prodigios de la náutica; es a saber, el monstruo marino, la máquina que rueda sobre las

olas embravecidas, y deja tras sí blanca cabellera de espuma, y avanza y se aleja, o se acerca, brama, ronca, muge, silba, lanza a los aires sus bocanadas de humo, tachonadas de chispas, y celebra ella misma sus triunfos sobre el salado elemento. Lo que habían hecho sus antepasados, hacía tres siglos, huir delante de la carabela de Colón, debían hacerlo sus descendientes en presencia de la obra de Fulton, cuando por la primera vez visitó éste las costas de la América del Sur. En una y otra época eran dos civilizaciones que de pronto no podían comprenderse.

Eran los días en que Bolívar, después de prolongados años de sacrificios y de desventuras por la emancipación de Venezuela, alcanzaba triunfos brillantes en las pampas del Apure y el Arauca. En este entonces, fines de 1818, llega a las costas de la isla inglesa de Trinidad, frente al golfo de Paria, el primer bote de vapor que iba a recibir los saludos del continente americano, en las costas orientales de Venezuela. El primer ensayo de Fulton en las costas de la América española, no podía efectuarse sino en el delta del Orinoco, en el célebre golfo que vio zozobrar la carabela de Colón, y donde tierras y aguas, y pampas y cordilleras, soles y estrellas, cantaron hosanna al descubridor del Nuevo Mundo.

El gobierno revolucionario de Angostura se ofreció a secundar esta primera empresa de comunicación rápida entre el Orinoco y las costas de la Trinidad; empresa que por el pronto sólo exigía veinte novillos gordos y baratos, como carga, y el combustible necesario para alimento de la máquina. El bote caminaba 6½ millas por hora, salvando en tres la distancia que antes exigía nueve; suceso que hubo de llamar la atención de toda la comarca. Refiérese a esta época el hecho de que cuando el gobernador de la Trinidad señor Wooffor, paseaba en el bote-vapor las aguas de Paria, y salía de Río Caribe una goleta con pasajeros que iban a la vecina isla, los tripulantes al encontrarse con el *monstruo flotante*, como llamaron los guayqueríes y parias al bote, y ver las ruedas que cortaban las olas, y la chimenea de la cual salían en confusión espesas bocanadas de humo, gritan, se desesperan, claman misericordia. Los unos acuden en su dolor, a la Virgen de su devoción, otros a los penates protectores de los marinos; y creyéndose perdidos, se lanzan al agua, y con rapidez, a nado, ganan la costa, no dejando a bordo sino a un pobre cojo que, por no poder huir, se resigna

a ser víctima del *monstruo marino*[19]. El gobernador Wooffor, testigo de suceso tan imprevisto, viendo abandonada la goleta, la hace remolcar por el bote y la conduce a la casa consignataria en Trinidad. Refería el cojo, que, cuando la tripulación de la goleta vio de cerca el monstruo, fue tanto el pavor que este infundiera que, él mismo, olvidándose de su cojera, iba a lanzarse al agua, cuando cayó y no pudo levantarse: tal fue la impresión que entre los descendientes de los primitivos parias produjera el primer bote de vapor en las costas de la América del Sur.

En 1822 los señores Alfredo Seton y Juan Bautista Dallacosta, de Angostura (Ciudad Bolívar), solicitan privilegio del Poder Ejecutivo de Colombia, por ocho años, para navegar en aguas del Orinoco, en un bote de vapor. El Gobierno, no encontrándose con autoridad suficiente para firmar el contrato, manifestó a los interesados, que la concesión del privilegio competía solamente al Congreso de la República.

En 1823 el coronel James Hamilton obtiene del Congreso de Colombia el privilegio de navegar el Orinoco y otros ríos, por buques de vapor, a cuyo efecto se comprometía a pagar la suma de veinte mil pesos, si al cumplirse el plazo de un año no había dado comienzo a los trabajos. Llegado el plazo fijado, el Ejecutivo de Colombia quiso cobrar la multa a Hamilton, por no haber llenado los requisitos del contrato; pero el contratista probó lo contrario, que había dado cima al proyecto antes de vencerse la fecha fijada.

A fin de cuentas, el 29 de enero de 1829, a las 10 de la noche, llega a Angostura el primer buque de vapor que saludaba de antemano a la ciudad histórica que debía tener y tiene el nombre glorioso de Ciudad Bolívar. Este primer vapor llamado "Venezuela", su capitán E. A. Turpin, fue propiedad del coronel Hamilton.

Doce años más tarde, en 30 de noviembre de 1841, anclaba en aguas de La Guaira, el "Flamer", primer paquete de vapor que abría el tráfico entre Europa y los países de la América del Sur.

Ninguna región más célebre y meritoria para saludar la ciencia de Fulton que aquella de Paria, donde está el célebre golfo que saludó a Co-

---

19. La noticia de este suceso corre inserta en el *Correo del Orinoco*, Angostura, 1818-1819.

lón, la primera tierra que contemplaron sus miradas en 1498, y donde tres siglos más tarde, creó Bolívar la primera Asamblea de Colombia. La ciencia de Fulton saludó a Colón en las aguas de Paria en 1818: seis años más tarde, la primera idea de una locomotora al través de los Andes, debía surgir en el espíritu de Stephenson, en presencia del pico de Naiguatá, y en la cuna de Bolívar, en los días en que el triunfo de Ayacucho coronaba la libertad del continente, 1824. Así, los grandes sucesos en el mundo político, coinciden con los fecundos descubrimientos del mundo científico. Bolívar, Fulton y Stephenson no podían ser sino contemporáneos. Sí; a proporción que los pueblos se emancipan, el espíritu de la ciencia viene al encuentro de las nuevas nacionalidades, como para probar que la libertad del hombre y la luz de la ciencia son emanaciones de Dios.

LAS PRIMERAS PRISIONES DE MIRANDA

ENTRE LOS VARONES esclarecidos de la historia, aquellos que en toda época han dedicado sus esfuerzos y aun la vida a la realización de nobles ideas en beneficio de la humanidad, pocos, muy pocos, son los que, como Miranda, han sido sostenidos por heroica constancia y sufrido tantas y tan hondas amarguras. La vida de este apóstol de la idea, de la patria y de la libertad, constituye prolongado sufrimiento; con razón dijo de él Michelet: que “tenía el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que a la gloria: que había nacido desgraciado”.

Apenas deja el servicio militar, después de figurar en las filas españolas, auxiliares de la emancipación norteamericana, cuando se ve en la necesidad de huir de Cuba, y sustraerse así de los odios y persecuciones de espíritus vulgares que obraban contra él y contra su jefe el general Cajigal; y necesario fue que corrieran diez y ocho años de continuo batallar contra la calumnia, para que la justicia, la justicia de los hombres, absolviera a estos personajes y reconociera en ellos lo que nunca pudieron arrancarle sus gratuitos perseguidores, la honra y el buen nombre. Recorre a Europa, y si por todas partes Miranda es celebrado, por todas partes sabe que le espía algún agente secreto del gobierno español; y hasta en la corte de Catalina de Rusia, el ministro español Macanás le interpela acerca del grado de coronel que entonces llevaba; pero Miranda, más levantado que nunca, supo contestar con arrogancia al intruso diplomático. Brilla a poco en la Revolución Francesa, y desde entonces queda Miranda sentenciado a vivir de prisión en prisión; y aunque en Francia siempre fue absuelto, fue igualmente per-

seguido hasta ser expulsado del territorio. Si abandona a Europa es para alcanzar de nuevo glorias en América, y también persecuciones y tropelías. Así pasa sus últimos años, de prisión en prisión, hasta que de nuevo cruza el Atlántico para ir a morir en las mazmorras de Cádiz, después de haber prestado desinteresados servicios a la libertad de ambos mundos, durante el espacio de cuarenta años.

Seis prisiones soportó Miranda: seis cárceles le tuvieron por huésped ilustre, allende y aquende el Atlántico: la Conserjería y la Force, en París: las fortalezas de La Guaira y Puerto Cabello, en Venezuela: la fortaleza del Morro, en la Antilla española de Puerto Rico; y últimamente la prisión de la Carraca, en España. Digno, sereno, generoso, siempre grande, a la altura de sus méritos, aparece Miranda en todas estas mazmorras. Sus defensas por escrito y de palabra, arranques generosos de su alma; su conversación siempre ilustrada y luminosa; la pureza de sus intenciones templada por el infortunio; aquel carácter altanero y tenaz en el cumplimiento del deber: suave, sociable y magnánimo en el trato familiar; todo esto levantó a Miranda a cierta altura, a la cual es muy difícil llegar a la mayoría de los hombres, cuando suena para ellos la hora de la desgracia. Por todas partes le rodean perseguidores armados de pasión y siempre sabe mantenerse por sobre todos los infortunios. En ciertas ocasiones tropieza con espíritus ilustrados, que ven en él un mecenas, y entonces aparece la fraternidad que acerca los corazones. En otras, la soledad lo rodea, y el espíritu del preso tiene que reconcentrarse: la conciencia es entonces la confidente del infortunio. En otras, finalmente, cuando suenan las cadenas, y gritos desenfrenados de la soldadesca llenan los aires; cuando el hombre teme más por su dignidad que por su vida, el cautivo, armado de la honra, sabe desarmar los más temidos adversarios. En cualquiera de las prisiones que presenciaron los infortunios de Miranda, buscad al hombre digno y lo hallaréis. Por esto, es en la prolongada noche de la desgracia donde deben estudiarse ciertas grandezas de la historia. En la desgracia está para ellos la última cumbre, que es la cumbre luminosa que alcanzan, no con el éxito, sino con el dolor, con el amor, con la dignidad y con el carácter.

La primera prisión de Miranda fue la Conserjería, si no estamos equivocados, cuando acusado de traidor por Dumouriez, fue llamado por la

Convención y entregado al tribunal revolucionario. El pueblo de París que pidió la cabeza del prisionero, al comenzar el proceso, lo condujo en triunfo el día de la absolución. Los sinsabores de esta primera prisión desaparecieron ante el triunfo de la inocencia. ¡Hecho admirable! Miranda había vencido y salía ileso, cuando el partido político a que pertenecía estaba caído, y ninguno de sus corifeos podía abogar por aquél. En pocas ocasiones, dados antecedentes semejantes, es posible triunfar de las pasiones humanas de manera tan elocuente. El traidor no era ya el acusado sino el acusador, y Francia absolvió al extranjero, en tanto que el criminal, juzgado por sí mismo, huía lejos del patrio suelo.

Al entrar de nuevo en la escena pública, no como agente activo, sino como espíritu pensador, las condiciones personales de Miranda, su amor a la república, sus gloriosos antecedentes, servían de obstáculos a todos aquellos que no podían avenirse con carácter tan independiente. Era necesario perseguirle de nuevo, y nuevas calumnias cayendo sobre Miranda le proporcionaron nueva prisión. En las sociedades corrompidas, donde dominan las medianías, los espíritus verdaderamente ilustres tienen que desaparecer. No es el crimen lo que aquellas persiguen en estos, sino la probidad, la conciencia serena, el carácter sostenido.

Por sospechas, Miranda fue conducido a la prisión de la Force a mediados de 1793. En este nuevo retiro Miranda tropieza con dos de los girondinos, sus compañeros y amigos Vergniaud y Valazé, con el joven general Duchatelete, herido en la toma de Gandi; con el convencional Chastelain, con el grave historiador Daunou y otros más, todos ellos hombres notables de la época. A poco fue conducido a la prisión el amigo de Mad. Roland, Champagneux, secretario del ministro Garat. Por una de tantas casualidades le cupo a este ser vecino de Miranda, lo que contribuyó al desarrollo de cierta intimidad, que a entrambos proporcionó sabrosas horas de amena e ilustrada conversación[20].

Elocuente es la opinión que acerca de Miranda nos ha dejado su compañero de prisión Champagneux, quien coincide en ello con cuanto se había escrito antes y después, por los hombres más competentes

20. Champagneux, "Introducción", *Memorias de Mad. Roland.*

de ambos mundos. Y de igual manera juzgaban a Miranda sus compañeros de prisión, entre los cuales descollaban tantas celebridades de aquellos días.

Había un grupo, entre los presos de la Force que parecía inseparable. Componíase de Miranda, Champagneux, Aquiles Duchatelet, Chastelain, Daunou, y entre otros, los girondinos Valazé y Vergniaud. Las inteligencias ilustradas, los caracteres independientes se encuentran casi siempre sin solicitarse. Era imposible que tales hombres, escritores, oradores, historiadores, no se reunieran en torno a Miranda, la espada favorita de la Gironda, como con tanta verdad lo llama el historiador Luis Blanc. Los acercaba la fuerza moral, los afianzaba la fraternidad, los fortalecía el deber. Así, si Duchatelet sufría a consecuencia de las heridas que había recibido, sus compañeros se sucedían en el deber de curarlo cada día, y de distraerlo: si uno faltaba a la reunión, la inquietud se trasparentaba en el rostro de sus compañeros. El amor a la libertad era para todos, lazo de unión, y la nobleza de sentimientos fuente perenne de comunes consuelos.

Uno de los historiadores de las prisiones francesas, nos pinta a lo vivo una de estas escenas en la cual los presos se entretenían jugando partidas de *boston*.

"Sería el 6 de octubre de 1793, cuando reunidos ya Miranda, Champagneux, Daunou y Chastelain, aguardaban á Vergniaud, quien de antemano había sido invitado.

—No llega –dice Miranda con impaciencia–, y el tiempo corre. Ya habríamos jugado muchas partidas.

—Paciencia –respondió Daunou–. Sabéis que Vergniaud nunca se levanta antes de las 11 de la mañana.

—Hemos comisionado a Valazé para que lo traiga –dice a su turno Champagneux–. Nos hemos equivocado: estoy seguro de que ellos se ocupan en hablar acerca de algo importante.

—¿De qué queréis que ellos hablen? –preguntó Chastelain.

—Vaya, de su negocio –respondió Champagneux.

—¿De su negocio? Ellos no tienen tiempo que perder –replicó Chastelain.

—Sin embargo, Valazé me ha prometido –contesta Champagneux–,

conseguir en definitiva de Vergniaud que entable su defensa o publique una memoria. Este es el único medio que tiene de salvarse.

—Sin duda –agrega Miranda–; pero Vergniaud pensará en ello, cuando esté en el cadalso.

En esto se presenta Valazé acompañado de Duchatelet. Cuando los presos ven a éste, todos se levantan y salen al encuentro del distinguido herido para saludarle con efusión y cerciorarse de cómo estaba.

—Estoy mejor –les dice–, y como no puedo resistir al deseo que me anima de jugar una partida de *boston* con mis amigos y compañeros, aquí vengo a ocupar el asiento de Vergniaud.

—Nunca está a la hora señalada –dice Miranda.

—Escusadlo, por ahora –dice Valazé–, pues acaba de comenzar a escribir su memoria.

—Así sea –contesta Champagneux–; dejémosle trabajar, con tal que la lleve a remate.

—Temo que no sea así –contesta Valazé.

—En tal caso no le interrumpiremos –agrega Miranda–. Vamos, hénos aquí en la mesa de juego: sentémonos.

Champagneux, Valazé, Duchatelet y Chastelain se colocaron en la mesa, unos frente a otros. Miranda se colocó tras de Duchatelet para ayudarle, pues no tenía libre el movimiento de una mano, mientras que Daunou, sacando de su bolsillo un pequeño ejemplar de Tácito, se entregó a la lectura"[21].

La conversación se animaba a proporción que el juego seguía. Variados fueron los temas hasta que llegó a tratarse de la diosa libertad. "Para todos apareció ésta como coqueta que cuenta con millares de amantes, y cuyos caprichos son tan funestos, como mortales sus caricias… Ella hiere, mata, devora: todo esto es cierto; pero no engaña, jamás se prostituye".

—Ciudadanos, nada de política, lo suplico –dice Miranda–, al sentir que la conversación chispeaba en sentido picante y metafórico.

Poco a poco el interés del *boston* fue haciendo enmudecer a los jugadores, y sólo se percibía una que otra frase aislada, cuando de súbito aparece

21. Alboize et Maquet, *Les Prisons de l'Europe*, Paris, 1845, 4 v.

Vergniaud, loco de contento, y dice al grupo, mostrándole una paloma blanca, a la cual acariciaba:

—Héla aquí, héla aquí. Él acaba de cederme la tórtola.

—¿Qué es eso? –preguntó Valazé.

—¿No la ves? –contestó Vergniaud–: es la tórtola que acaba de venderme el portero.

—¿Y esto te hace abandonar el trabajo? –pregunta Valazé.

— ¿Qué quieres tú? ¡Amo tanto a esta avecilla!

—Pero sabéis cuán importante y necesaria es la memoria que habéis comenzado a escribir –replica Champagneux.

—Mañana la continuaré –responde Vergniaud–. Dejadme hoy entregado a los dulces pensamientos que me inspira esta blanca paloma.

—¿Y si mañana es tarde?

—De nada tendré que arrepentirme. Habré recibido algunas caricias más de mi bella tórtola.

Y sentándose en el suelo se puso a jugar con la paloma, como si fuera un niño"[22].

¿Y cómo extrañar que aquel corazón que palpitaba al fuego de la libertad y se llenaba de entusiasmo con la elocuencia de la tribuna, jugase con tímida paloma en los momentos de salir para el cadalso? ¿No nutría a aquellos seres una misma savia, no respiraba un mismo aire, no los sostenía una misma fuerza? En aquellos días, apoteosis del terror, a proporción que la ignominia confundía al hombre feroz con la bestia, levantábanse sobre la odre social los espíritus fuertes, para ascender en pos de solemnes y misteriosos destinos. Por esto fraternizaban para aparecer todos en conjunto, sublimes en lo que tiene el espíritu de celeste: la probidad, el amor, la dignidad, el sentimiento, la fe sostenida por la conciencia pura, lo etéreo, lo inmortal.

En aquellos mismos días, Latreille se recreaba en su calabozo, estudiando cierto insecto que había venido a posarse sobre la ventana de su prisión. A este huésped alado le debió la libertad el célebre entomologista, y la ciencia agradecida, al bautizar el coleóptero con el nombre de *Salus la-*

22. Alboize et Maquet, *op. cit.*

treille, quiso conmemorar al insecto que dio la vida al prisionero, y al sabio que dio su nombre a su salvador. Antes de dejar la prisión para subir las gradas del cadalso, el poeta Chenier escribe sobre los ennegrecidos muros, aquellos versos inmortales que comienzan así:

Cual rayo postrero,
Cual aura que anima
El último instante
De un hermoso día,
Al pie del cadalso
Ensayo mi lira
..................[23]

Y días antes de correr igual suerte, el poeta Roucher escribía en las paredes de la Force estas tristísimas estrofas, como adioses a la vida:

Vestir no veré más nuevo atavío
A los castaños ricos en follaje,
Ni cogeré otra vez del soto umbrío
Ya las flores amantes del boscaje
No, para mí, del céfiro las alas
Oro, púrpura, azul darán al blando
Césped de la ribera, a quien dio galas
La onda rumorosa suspirando.
....
....
Amigos, perdonadme los colores
Que los cuadros enlutan de mis cantos;
No quiero, no me déis alegres fiores
En medio de los públicos quebrantos.
....
....
A vivir me enseñó mi hogar querido,
Y a morir con honor aquí he aprendido.[24]

23. Traducción de don Andrés Bello.
24. Traducción de don Heraclio Martín de la Guardia.

La actividad intelectual tenía que ser el alma de los presos. Si Lavoissier se empeñaba en resolver un cálculo y para ello pedía plazo breve antes de subir al cadalso, Chastelain se entretenía diariamente en estudiar la fisiología de las hojas, y el usado cortaplumas de algunos servía a otros de cincel para esculpir figurillas de madera; pero el grupo de los filósofos y hombres letrados era quizá el más feliz. Aquiles Duchatelet había logrado que se le permitiera traer a su prisión lo principal de su rica biblioteca de clásicos antiguos, y esto fue para ciertos espíritus ilustrados un gran triunfo. En derredor de estos libros se reunían Miranda, Duchatelet, Daunou, Champagneux y otros más; y cuando el concurso exigía que alguno leyera en voz alta, generalmente los lectores eran Daunou y Miranda.

Cuando el conde de Charney, últimamente, fue encerrado en la prisión italiana de Fenestrella, en los días del imperio, un arbustillo de alelí que a la ventura medraba en el patio de la fortaleza, fue lentamente llamando la atención del ilustre prisionero, hasta que logró cautivarlo por completo, contribuyendo a su libertad. Un literato francés de grande aliento nos ha dejado en capítulos admirables la historia de esta planta de Fenestrella que proporcionó la libertad a Charney[25].

Volvamos a Vergniaud, que engolfado en sus caricias a la blanca tórtola, la llama con el nombre de *roucou, roucou*, cuando de repente un gendarme avanza hacia el grupo de jugadores y dice:

—Ciudadano Valazé, te llaman de la Notaría.

—Un momento, ya voy –responde Valazé.

—Pero esto urge, es para ir al tribunal revolucionario.

—Razón demás –contesta el girondino. Puesto que es esta la última jugada de mi vida, dejádmela ganar en paz –replica Valazé, y continuó jugando.

—A ti te llaman igualmente –dice el gendarme, dirigiéndose a Vergniaud.

—Sin duda por igual causa –dice éste, sin abandonar la bella tórtola.

—Sí.

—Bien, muy bien –contesta Vergniaud, dirigiéndose al gendarme. Ya que concedes a Valazé el tiempo necesario para terminar la partida, concédemelo igualmente para dar mis adioses a mi blanca paloma.

25. Saintine Picciola.

—De repente, sin que nadie lo previera, he perdido –exclamó Valazé.

—Partamos –agrega el gendarme.

—Un instante más –contesta Valazé–. No sé si regresaré, pero debo pagar: las deudas de juego son sagradas. Quiero arreglar mis cuentas en este mundo y partir sin deber a nadie.

Y al concluir esta frase, paga con la mayor sangre fría a sus compañeros, cuenta el dinero de su bolsillo, y exclama:

—Está completo, ni pierdo ni gano. Puedo por tanto dejar el juego, y hacerme reemplazar como si de nada se tratase.

—Para eso estoy aquí –dice Daunou, que se había levantado, y toma asiento a la invitación del girondino. Valazé examina su bolsillo, siente que está en éste el puñal que cargaba, y sonriéndose se dirige a Vergniaud y le dice:

—¿Vienes?

—Es necesario –contesta Vergniaud, levantándose–. ¡Qué lástima –añade–, el primer día en que poseía esta tortolilla!

—Sin adioses, señores –dice Duchatelet, desde su asiento–. Espero que nos volvamos a ver.

—Si nos permiten hablar –contesta Vergniaud–: si no, adiós para siempre.

—*Roucou, roucou* –agrega Vergniaud, acariciando de nuevo la blanca paloma–. Vamos a separarnos mi bella; pero voy a pensar mucho en ti: adiós.

Y acompañado de Valazé sigue Vergniaud al gendarme. Los pasos y las palabras fueron desvaneciéndose, a proporción que se alejaban. A poco no se escuchaba sino la conversación de los jugadores.

¡Qué hombres aquellos! La idea de la muerte no los atormentaba. Despedíanse como si fueran a dormir, a pesar de que todos ellos tenían la mirada fija en el cadalso. Con la idea de la muerte estaba la idea de la inmortalidad.

A poco de haber partido los girondinos, Duchatelet deja su asiento a Miranda, y otro de los presos ocupa el de Champagneux. Estos, llenos de tristes presentimientos comprendieron que Valazé iba a suicidarse antes de llegar al cadalso. La idea del suicidio era para todos ellos necesidad

moral, y por esto cargaban unos el veneno y otros el instrumento mortífero, que debían servirle para quitarse la vida. Miranda llevaba consigo buena dosis de opio: Duchatelet llegó a compartir la suya con Champagneux, y así los demás. Lo que ellos temían no era la muerte sino la dignidad ultrajada, los gritos y rechiflas de la muchedumbre, y abandonar el mundo a los lúgubres reflejos de horrible bacanal.

Al siguiente día de la partida de Vergniaud y Valazé, los presos conocieron los pormenores de la triste suerte que cupo a los veinte y un girondinos sacrificados por la Revolución. Valazé se había suicidado, con estoico valor, en el tribunal revolucionario, rodeado de sus compañeros; y su cadáver conducido a la Conserjería debía aguardar en ésta la hora en que salieran al cadalso sus compañeros. Conocida es aquella frase, en que cada uno de los veinte restantes, tomando la mano yerta del compañero, le dice: *hasta mañana*.

Lamartine nos ha dejado escrito el cuadro inmortal que conoce el mundo con el nombre de la *Última cena de los girondinos*. La elocuencia de Vergniaud levanta en aquella sublime noche los corazones abatidos al recuerdo de las madres, de las esposas, de los hijos; y el alma de los que van a morir toma vuelo antes de abandonar la tierra. La muerte viste el manto de la aurora, porque la aurora del último día es como la sonrisa del cielo a la llegada del justo. La elocuencia de Vergniaud llegaba a su apoteosis, a proporción que la elocuencia sostenida por la fe, le conducía a las regiones de la verdad. El niño amoroso atraído por los arrullos de una tórtola horas antes, se había sublimado sobre todas las ruinas y sobre todas las miserias, y había llamado a las puertas luminosas que no ve la muchedumbre automática, pero que presiente el alma justa y creyente.

Al salir en pos de la muerte todos los girondinos se despiden de nuevo del cadáver de Valazé, entonan en coro la *Marsellesa*, y serenos suben las gradas del cadalso. El canto de gloria y de muerte continúa a proporción que la cuchilla corta la cabeza de cada uno: y cuando llega el turno al último, a Vergniaud, éste entona de nuevo el canto de la patria y muere. La tórtola, la blanca paloma del preso, había perdido su amo.

Miranda, Daunou, Champagneux, Chastelain, Duchatelet, hicieron el más cumplido elogio de aquellas víctimas del terror. La imagen de Brissot

no se apartaba un momento de la memoria de Miranda, y tamaña desgracia le hacía pensar en otro amigo igualmente querido, Petión, destinado a ser víctima, en aquellos días, no del cadalso, sino de lobos hambrientos en las campiñas burdelesas.

Habían desaparecido las eminencias del partido girondino; pero quedaba "la favorita de la Gironda": quedaba Miranda.

Después de la triste suerte que cupo a los girondinos, tema de conversación entre los presos de la Force, durante muchos días, escenas de otro género ocuparon la atención del grupo en que sobresalía Miranda. Con estos estaba un joven extranjero, Adam Lux, diputado que había sido enviado a la Convención por la ciudad de Mayensa, cuando ésta quiso anexarse a la República Francesa. Por su talento, por su amor a la libertad y sus esfuerzos por sostenerla, Adam era querido de los franceses, y sobre todo de los girondinos que acababan de morir. Puede decirse que este joven había nacido destinado al cadalso, pues conociendo que la muerte debía ser la recompensa de sus nobles afanes, ni la temía ni la evitaba, y antes bien, noble idea le hacía pensar en ella, como necesidad de su alma enamorada.

Es lo cierto que Lux había concebido loca pasión: el amor inesperado por el infortunio, lo ideal y lo material al borde de la tumba, le hacían feliz, y su felicidad irradiaba en su semblante y en sus frases, en sus aspiraciones y hasta en la idea del sacrificio, como complemento de la pasión que sublimaba aquel corazón entusiasta. Había concebido cierto amor de circunstancias por Carlota Corday, cuando por primera vez la contemplara en el tribunal revolucionario, manchada con la sangre de Marat; y hora tras hora, día tras día aquella pasión fue exagerándose hasta que hubo de contemplar al objeto amado, a Carlota, por la segunda y última vez, sobre la carreta que la conducía a la guillotina. El amante sigue a la víctima, la acompaña, la ve subir las gradas del cadalso, la ve colocada sobre la tabla fatal, y en seguida se estremece, al ver caer la cuchilla que corta el cuello de la heroína. Lágrimas silenciosas, bañan el rostro de Lux, pero a poco su semblante está plácido. El corazón enamorado ha seguido a aquella atracción misteriosa que le llama desde el sepulcro. Cuando el ser material desaparece queda el ser ideal en la sombra, como luz fosfórica en lontananza.

Lux se entusiasma y canta la libertad: el hombre público habla y maldi-

ce a los verdugos de la heroína. Ha desafiado a los victimarios, y la fuerza le ha reducido a prisión. En las noches solitarias Adam Lux se deja arrastrar por dulces sueños. Su espíritu cree remontarse a los espacios, una imagen plácida le atrae, a ella se dirige, la llama con nombres queridos, le extiende los brazos y sólo encuentra el vacío; y así pasan días y noches, y la pasión del joven no se extingue.

El amor exige la confidencia. Lux y Champagneux se han ligado en la prisión como dos hermanos: Champagneux ha soñado con cierto drama que desea escribir, y Lux le ha dado el tema: Carlota Corday. Está aceptado, y aquellos dos espíritus, sin perder tiempo, van a realizar la obra. ¿Qué falta? El desenlace. Almorzaba Lux con su amigo, en cierta mañana, cuando de improviso aparece un gendarme, y llama a Lux, de parte del tribunal revolucionario.

—He aquí el desenlace del drama –exclama Lux, dirigiéndose a su confidente–. Llevo la esperanza de que lo acabaréis.

Y aquellos dos hombres se estrechan fuertemente y por largo tiempo: el uno lleno de dolor, mudo: el otro sonreído, satisfecho, radiante.

A poco Adam Lux subía contento las gradas del cadalso. Ninguna de las víctimas de la revolución había llegado a la guillotina con más resolución y garbo que aquella. "Miserables –dice a los verdugos–, pido a Dios por la felicidad de esta Francia que me es querida, y le pido que en este mismo lugar recibáis el merecido castigo de tantos crímenes…". Y así sucedió en efecto: tras de las víctimas fueron los victimarios.

El ideal había alcanzado la meta invisible del amor.

El mito griego nos ha trasmitido la muerte de Hero en presencia del cadáver de Leandro. En la última noche en que el amor pasión cree vencer la ola encrespada del Helesponto, es vencido. En las orillas de Abidos, Hero, al ver exánime a su amante, se inmola.

En el cuadro de Carlota hay algo más elocuente. El amor no ha tenido crepúsculo, los corazones no han podido acercarse: al uno solamente lo alimenta la llama: su confidencia es con la sombra; el otro está en la muerte. Pero el ideal persigue la sombra, tras ella va con las alas del pensamiento y poco le importa la muerte. Adam aspira a estar tendido en la misma tabla que recibió el cuerpo de Carlota, y se deleita al ver la cuchilla

que va a cortar su cuello, porque es la misma que tronchó el cuello de su amada. La guillotina debía ser a un tiempo lecho nupcial y tumba de tan romántica pasión.

Tras de la muerte de Lux, amante de un ser incorpóreo, espíritu que revoloteó en derredor de la guillotina, como la mariposa en derredor de la llama, vino la de Duchatelet, alma que se agostaba como la fuente, como la flor abandonada por la onda sonora de la vida. Ni los cuidados de Miranda su íntimo amigo, ni los de Champagneux y demás compañeros, bastaban para levantar aquel ánimo abatido, no por falta de entereza sino por exceso de amor. En cierta mañana, 20 de mayo de 1794, Chastelain que había pasado la noche en vigilia cerca del ilustre paciente, sale en solicitud de Miranda y de Champagneux, y les comunica los presentimientos que en aquel momento le preocupaban. Juntos se dirigen entonces al lecho de Duchatelet, a quien llaman con las frases más amorosas; pero el esbelto joven no responde. Entonces le tocan, le examinan con interés, le llaman de nuevo; el corazón late aún, pero el silencio reina por completo. Duchatelet se había envenenado; a su lado estaba el vaso que había contenido la elevada dosis de opio que guardaba. Poco a poco fue cesando el ritmo de aquel corazón de treinta y tres años, que vivió poco para el amor y mucho para la gloria. En su testamento dejaba a Miranda su rica biblioteca y sus muebles.

Meses más tarde Miranda recobra la libertad por orden de la Asamblea Nacional. ¿Quién le hubiera dicho entonces que cuando llegaran los días del Directorio, este mismo Champagneux, que tanta amistad le había tributado en los prolongados meses de prisión, le comunicaría la orden del ministro de lo Interior, para que abandonase el suelo de Francia?

De los hombres que constituyeron el grupo de los presos a cuya cabeza figuraba Miranda, dos se habían suicidado; Valazé y Duchatelet. Dos habían ascendido con valor singular las gradas del cadalso: Vergniaud y Adam Lux. A Daunou le aguardaban días de triunfo en las letras; a Champagneux, amargas decepciones; a Chastelain, la pobreza y el abandono; a Miranda la lucha, nueva lucha aquende el Atlántico, y nuevas prisiones, para en seguida llegar a la última, a orillas del mar gaditano, donde le destinaba el hado a contar unas tras otras las horas del más grande de los pesares, en ese flujo y reflujo de la vida que se llama infortunio.

EL LIBERTADOR
Y LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR

DE PRONTO PARECE que el título de esta leyenda es un retruécano, y que de nada serio va a tratarse; mas al leerla se comprenderá que son hechos que se corresponden, y que si Bolívar, el Libertador, tuvo un amigo que en momentos angustiosos lo salvó de la muerte en los campos de batalla, tuvo igualmente una amiga que lo libertó de ser víctima del puñal parricida. Está por lo tanto muy bien dicho: el Libertador y la Libertadora del Libertador. Son dos episodios admirables en la vida de Bolívar: el uno en que figura bizarro adalid de la guerra magna: el otro, aquel en que descuella una mujer tan liviana como heroica.

¿Quiénes fueron el libertador y la libertadora del Libertador?

La historia nos lo dice cuando relata el incidente de Barcelona, en 1817, entre Bermúdez y Bolívar; y nos pinta a Manuelita Sáenz, la favorita del Libertador, en la fatídica noche del 25 de septiembre de 1828.

Eran los días en que la desobediencia, los celos y la desunión, factores de completa anarquía, se habían apoderado de los hombres de la revolución venezolana, tomando cada uno la vía que le sugerían sus ideas. La primera expedición de los Cayos había fracasado, y las tristes escisiones que presenció Güiria, a fines de 1816, entre Bolívar, Mariño y Bermúdez, habían contribuido a separar el ejército oriental del mando inmediato del Libertador. Aislado y casi sin tropa obraba éste en Barcelona a principios de 1817, cuando Mariño, al frente de columnas compactas, atacaba a los españoles, dueños de Cumaná.

Todo parecía llevar mal camino para la causa republicana, e irre-

conciliable aparecía Bermúdez con el Libertador, cuando el curso de los acontecimientos presentó al gallardo jefe oriental, el general Mariño, y a su segundo Bermúdez, la ocasión de deponer rencores del momento y aparecer generosos y grandes. La segunda expedición de las Antillas había fracasado como la primera. Bolívar y Arismendi habían sido derrotados en Barcelona, al comenzar el año de 1817, y sólo quedaba al Libertador por retirada el derruido edificio de la llamada Casa Fuerte, donde atrincherados con sus pocos bisoños, no podía aguardar sino muerte segura, pues se acercaban ya numerosas fuerzas enemigas.

En tan triste situación, Bolívar apela a la generosidad y nobleza de sus compañeros disidentes y escribe un oficio al general Mariño, oficio razonado y digno, que envía con el subjefe de Estado Mayor, Soublette, quien verbalmente debía exponer la situación del Libertador y el peligro que corría la causa republicana, si la unión de todos, y un común esfuerzo, no contrarrestaban el empuje de las huestes españolas que se acercaban a Barcelona.

Mariño, que estaba en su Cuartel General de las Sabanas de Cautaro, no acaba de escuchar al comisionado de Bolívar, cuando se dispone a marchar a Barcelona para protegerle. Reúne los jefes de sus tropas y les manifiesta la situación del Libertador: "No debemos permitir, les dice, que sea víctima de la ferocidad de sus enemigos, que son los maestros: preparémonos todos para auxiliarlo"[26].

Los historiadores están acordes al decir que fue admitida la noble manifestación de Mariño por todos sus tenientes, menos por Bermúdez, que mal inspirado en aquel instante, por recuerdos ingratos y resentimientos no extinguidos, murmuró, apareciendo como opuesto a la opinión general. Mariño, que le escuchaba con calma, le dice entonces: "No te conozco. ¿Con que abandonaremos a Bolívar en el peligro, y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi y Freites, y los demás amigos patriotas que con él están? Eso no puede ser".

Bermúdez, al escuchar estas frases que estimulaban en él lo que ciertos hombres tienen como dones del cielo: la dignidad, la clemencia, el valor

26. Felipe Larrazábal, *Vida del Libertador*, Madrid, Edit. América, 1918, 3 v.

sagrado de la patria, contestó a su jefe con la arrogancia del militar pundonoroso: *Estoy de marcha*. En aquel momento se extinguía en el valeroso atleta la llama del rencor, desaparecían de la memoria recuerdos ingratos, y aparecieron en el hombre el soldado de la patria, armado de la lanza de Aquiles, y el patricio generoso, dispuesto al sacrificio.

Hay en la vida de los hombres como en la de los pueblos multitud de circunstancias fortuitas o casuales, siempre ignoradas, que traen felicidad o desgracia. Cuando las tropas españolas al mando del brigadier real se mueven sobre Barcelona, los españoles en ésta cubren con piquetes todas las avenidas; pero dejan libre el camino de Barcelona a Cumaná, por donde debían entrar las fuerzas de Mariño y de Bermúdez, que venían por mar y por tierra. ¡Casualidad elocuente! El mismo día en que arribaban a Barcelona las fuerzas españolas, llegaban los patriotas a Pozuelos. Refiere la tradición y confirman los historiadores, que al saber Bermúdez que las avanzadas de Real atacaban a Bolívar en la Casa Fuerte, dirigió al enemigo la siguiente fanfarronada: "Digan a Real que se retire porque Bermúdez ha llegado". Y, en efecto, Real se retira al Juncal y de ahí a Clarines, donde comienza a sufrir deserciones y miserias.

Frescas entran las tropas orientales a Barcelona. En las cercanías del puente, Bolívar, que venía a encontrarlas, ve a Bermúdez, aligera el paso, tiéndele los brazos y le dice: VENGO A ABRAZAR AL LIBERTADOR DEL LIBERTADOR. En efecto se abrazan cordialmente, dice uno de los historiadores de este incidente, y sin hablarse una palabra en muchos minutos, las lágrimas que derramaban ambos, representaban bien cuán sincera y útil era aquella reconciliación. Al fin rompió Bermúdez el silencio y dijo como para desahogarse: ¡VIVA LA AMÉRICA LIBRE!

¡Arcanos del destino! Bolívar se había salvado de ser víctima de los españoles. Nuevo triunfo le aguardaba, la toma de Guayana, centro de operaciones, base de gobierno de donde debían salir los rayos de la guerra y de la paz, y la creación de Colombia. Estaba escrito que los defensores de la Casa Fuerte sucumbirían, después de lucha sangrienta y de esfuerzos inauditos.

Doce años más tarde, la noche del 25 de septiembre de 1828, Manuela Sáenz, la favorita de Bolívar, salva a éste del puñal asesino, y alcanza por galardón el sobrenombre de LIBERTADORA DEL LIBERTADOR.

Refiere Garibaldi en sus *Memorias autográficas* que, cuando en 1850 navegaba por aguas del Pacífico, desembarcó en Paita:

> En este puerto, dice, nos detuvimos un día y nos hospedamos en la casa de una generosa señora del país, la cual estaba en el lecho hacía algunos años, a consecuencia de un ataque de parálisis en las piernas. Parte de aquella jornada la pasé al lado de aquella señora, sentada en un sofá, pues aunque mejor de salud, tenía que estar recostada y sin hacer movimiento.
> Doña Manuela Sáenz, es la más simpática matrona que he conocido. Había sido muy amiga de Bolívar, lo que la hacía recordar los más minuciosos pormenores de la vida del gran Libertador de la América, cuya existencia estuvo enteramente consagrada a la emancipación de su patria, y cuyas virtudes no fueron bastante para librarse del veneno de la envidia y del jesuitismo que amargaron sus últimas horas. Es la eterna historia, la de Sócrates, de Jesucristo, de Colón! ¿Y el mundo ha de continuar siempre presa de estas miserables nulidades que lo engañan?
> Después de aquel día que llamamos delicioso, comparado con las angustias del pasado, casi todo él dedicado a acompañar a la interesante inválida, dejé a ésta verdaderamente conmovida. A ambos se nos humedecieron los ojos, presintiendo sin duda que aquel día sería para los dos el último. Me embarqué de nuevo en el vapor, y llegamos a Lima, siguiendo la bellísima costa del Pacífico.[27]

Al leer ahora meses estos conceptos de Garibaldi acerca de la favorita de Bolívar, y en la seguridad de que había pasado en Paita los últimos años de su vida, vino a nuestra memoria el nombre de Ricardo Palma. Sólo éste, nos dijimos, sólo Palma que ha sabido desentrañar los archivos peruanos para regalar a los pueblos de origen español las bellísimas lucubraciones que él llama, *Tradiciones*, cuadros en los cuales campean las galas literarias de tan distinguido escritor y académico: sólo Palma puede suministrarnos notas acerca de Manuelita Sáenz. Y dudábamos molestar a tan caro amigo, y dudábamos todavía más al suponer que era imposible que aquél no se hubiera ocupado en describirnos a la bella *diva* de Bolívar, durante su mansión en Paita, cuando el escritor, representado en nueva publicación, llegó

27. Garibaldi, *Memorias autográficas*.

a la mesa redonda de nuestro desván, y después de saludarnos con galante dedicatoria, nos dice, así lo presumimos, estas frases: "Abre la página 101 de este nuevo libro de tradiciones que quiero llamar ROPA VIEJA, y en él hallarás lo que solicitas".

En efecto, Palma visitó en repetidas ocasiones a la *favorita*, dialogó con ella, obtuvo datos; y estudiando los caracteres de las favoritas de San Martín y de Bolívar, doña Rosa Campusano y doña Manuela Sáenz, nos acaba de trazar un estudio paralelo acerca de estas americanas, hija la una de las campiñas del Guayas, y del valle que iluminan las cimas encendidas del Cotopaxi, del Sangai, y del Pichincha, la otra[28]. Fueron estas dos señoras dos caracteres admirables que sintetiza Palma así: la una fue la mujer mujer: la mujer hombre la otra.

Dejemos a Rosa en la leyenda de Palma, y sigamos con Manuela, pues ésta nos pertenece más de cerca. Unamos a los materiales que hace tiempo conservamos, los que nos suministran Palma, O'Leary en el tomo 3º de su *Narración histórica*, que no ha visto todavía la luz pública, y además los historiadores de Colombia, y presentemos a Manuelita en todo su conjunto de luz y de sombra, de miseria y de grandeza.

Por dos fases podemos estudiar a esta célebre favorita de Bolívar: la heroína de la patria, y la mujer; y ya que de una heroína de la libertad vamos a hablar, diremos que de éstas no conocemos sino dos grupos: la mujer sufrida, abnegada, sublime en el cumplimiento del deber, que lleva por escudo la dignidad, por fuerza su fe inquebrantable, y que acepta la muerte como sacrificio que le impone la patria; y la amazona, la mujer varonil, resuelta, valerosa, que lleva en la cabeza el casco de Belona y en la mano el alfanje de Judith, con el cual troncha la cabeza de Holofernes, o el puñal vengador de la libertad con que Carlota Corday traspasa el corazón de Marat.

A este último grupo perteneció la quiteña Manuelita Sáenz, que desde

---

28. En cada ocasión en que hablamos de los volcanes del Ecuador, viene a nuestra memoria el nombre del distinguido poeta español que supo hacer de América su segunda patria: don Fernando Velarde. Una de las más elevadas inspiraciones de este sublime vate es la pieza que lleva por título "En los Andes del Ecuador". Es una composición tan llena de verdad y de belleza que, al leerla, se siente la necesidad de releerla: tal es el imperio que ejerce el poeta en las descripciones que nos ha dejado de la naturaleza americana.

sus juveniles años se afilia en el bando patriota y levanta el grito contra la dominación española. Los sacrificios de sus compatriotas y las matanzas de Quito en 1809 habían templado su alma. En 1817 se casa con el doctor Thorne, y en 1822 aparece el nombre de Manuela Sáenz de Thorne entre las ciento doce caballerosas de la Orden del Sol. No ha aceptado la Orden republicana por mera vanidad, pues en el mismo año se la ve lanza en ristre y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocar un motín en la plaza y calles de Quito. Y años más tarde, cuando se subleva la tercera división colombiana contra Bolívar, Manuela penetra, disfrazada de hombre, en uno de los cuarteles, con el propósito de reaccionar un batallón. Frustrado el intento es expulsada del Perú[29].

Manuelita, nos refiere Palma, cabalgaba en Lima o manera de hombre, en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dormán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonia blanca. Mujer fuerte, sabía dominar sus nervios, apareciendo serena y enérgica en medio de las balas y espadas tintas de sangre, o del afilado puñal de los asesinos:

> Manuela leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Gracilaso; era apasionada de Cervantes; y para ella no había más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el *Canto a Junín* y parlamentos enteros del *Pelayo*; y sus ojos un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Psalmos* por el peruano Valdez. Doña Manuela comenzaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalismo iban evaporándose.[30]

¡Cuán cierto es que los corazones mundanos, a proporción que envejecen, solicitan la última meta en el recinto del santuario, a las horas en que las antorchas del templo chispean a la luz velada del día! ¡Aman la

29. Palma, *Ropa vieja*, última serie de *Tradiciones*, Lima, Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince, 1889.
30. *Ibid*.

penumbra y se sumergen en ella, al comenzar a realizarse el eclipse total de la vida!

Antes de contemplar a Manuela, serena, imponente en la noche fatídica del 25 de septiembre de 1828, su cumbre histórica por excelencia, compadezcámosla en su papel de esposa liviana, de amante y amada de un grande hombre. Tendría la favorita veinte o veinte y cinco años de edad cuando contrajo matrimonio en Quito con el médico inglés Jaime Thorne, vecino más tarde de Lima. Era éste un cumplido caballero y de buenas condiciones sociales, pero pesado y flemático para un espíritu fogoso. La mujer de la Zona Tórrida no se aviene bien, en la generalidad de los casos, con el carácter taciturno, reservado y ceremonioso de los hijos del Norte; por lo que podemos colegir, en vista de documentos fehacientes, que el amor en Manuela fue acomodaticio, mientras que en Thorne fue apasionado. La naturaleza nos presenta estos contrastes en el gorro de nieve siempre hermanado a la cima ardiente de los volcanes andinos. Thorne era además celoso, y por lo tanto impertinente, molesto, maniático. En los corazones jóvenes, atraídos por el amor pasión, los celos avivan la llama de los afectos, que se extingue en los caracteres antitéticos. Apenas llega el Libertador a Quito en 1822, después de Pichincha, Manuela tropieza con el hombre afortunado que de cima en cima era conducido por el genio de la guerra. Se ven, se acercan, se aman, pudiendo decirse de ambos lo que se ha dicho de César: *Vini, vidi, vinci.* Manuelita estaba entonces en sus días primaverales y se había dado a conocer por sus caprichos guerreros; la Amazona cautiva a Marte. Bolívar carecía de los atractivos de Apolo, pero poseía imaginación oriental, talento claro, palabra fácil, que realzaban modales cultos, la práctica en fin que le daban las conquistas de amor; todo engrandecido por la gloria y por la fama. Bolívar había conquistado el corazón de Manuelita, pero la Amazona había conquistado algo más: el dominio absoluto, el trono sin corona, en derredor del cual iba a figurar el séquito brillante de los tenientes de Bolívar, representado por las principales nacionalidades de Europa y de América. El corazón fervoroso de la bella quiteña había encontrado al fin su centro de atracción.

Entre tanto, Thorne, más enamorado que nunca, piensa en Manuela, después que ésta voluntariamente le abandona. El marido había perdido

sus fueros en el corazón de la esposa, no así el amigo que a su amiga escribía con frecuencia y le enviaba elocuentes regalos, que consistían en doblones de buenos quilates. El inglés se había tornado de hombre serio en niño llorón. Era por tanto más digno de babador que de corbata.

Y vaya una prueba al canto. A una de tantas cartas que Thorne escribía a su esposa, ésta le contesta en los siguientes términos:

> ¡No, no, no, no más, hombre por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos ¿qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces, no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo: dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.
>
> Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.
>
> Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual, (pues como hombre usted es pesado) allá todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?) El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa: estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas etc. ¡qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque no lo fue usted conmigo, pero si más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?
>
> Basta de chanzas: formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que *no me juntaré más con usted*. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,

Manuela.

Manuela dirige esta carta al Libertador con la siguiente nota:

"Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea: sólo el deseo de estar separada de él me hacía hablar así".

Manuelita se fotografía en esta carta al mismo tiempo que se condena. ¿Qué le importan las consideraciones sociales y que las damas de Lima y Bogotá le esquiven el trato, si ella está considerada por el séquito de Bolívar como esposa del grande hombre?

Manuela envió a Bolívar copia de la carta que precede, y el Libertador le contestó con la siguiente esquela:

La Plata: 26 de noviembre.

Mi amor: ¿Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso; y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío. No sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta; de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

Bolívar.

He aquí a Bolívar que igualmente se condena y no sabe conciliar la dicha de dos seres con los deberes de ambos. Luz y sombra, grandeza y miseria, la conciencia en tortura, es cuanto se desprende de la lectura de esta correspondencia amorosa[31].

---

31. Estas cartas las hemos copiado del volumen 3º de la *Narración*… de O'Leary, volumen impreso hasta la página 513, en 1883, y secuestrado por el Gobierno de Venezuela por causas que ignoramos. Háblase en estas páginas de los sucesos de 1826, 1827 y 1828. Debemos al señor Dr. Alejandro F. Feo, la atención de habernos proporcionado la lectura

Saquemos ahora a Manuela de la Roca Tarpeya para conducirla al Capitolio. Hablemos de la noche del 25 de septiembre de 1828.

....

Por una casualidad, Manuela, que con frecuencia vivía en palacio, estaba algo indispuesta en la tarde del 25, y no había salido de la casa que habitaba. Sintiéndose el Libertador enfermo manda a llamarla, al anochecer, pero ella se excusa por no hallarse bien. Instada por aquél, y juzgando que podría serle útil, se abriga, y como había llovido se pone doble calzado, queriendo evitar la humedad. Al llegar a la mansión del Libertador se impone de que todo el mundo estaba indispuesto, comenzando por Bolívar y continuando por su sobrino Fernando, el edecán capitán Ibarra, el mayordomo Palacios, y ausente, por estar igualmente indispuesto, el edecán coronel Ferguson. Fuera de la pequeña guardia de ordenanza, nadie más estuvo de facción al cerrarse la puerta de palacio, ni temores inmediatos abrigaba el Libertador, quien después de un baño tibio durante el cual le leía Manuela, se entregó al descanso. Bolívar no había dado oído a las repetidas denuncias de una conjuración, aunque creía que iba a reventar una revolución, y contando quizá con su buena estrella no tomó precauciones.

Las doce de la noche serían cuando los perros de palacio ladran, y tras éstos se sienten ruidos en la puerta del edificio. Era el momento en que los conjurados, en posesión del santo y seña y contraseña, después de engañar a los centinelas, bregaban por la entrada. Manuela despierta a Bolívar, y le instruye de lo que presiente. Bolívar se arroja del lecho, toma su espada y una pistola, y se encamina a la puerta de la sala para abrirla. Manuela le contiene y le aconseja vestirse, lo que ejecuta con denuedo y prontitud, y no encontrando de pronto las botas se calza los zapatos dobles de la favorita.

—Bravo –dice Bolívar a la favorita–; vaya, pues, ya estoy vestido ¿y ahora qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?

---

del volumen secuestrado. Reciba este amigo nuestro agradecimiento. No creemos pasen de tres los ejemplares salvados de tan rico acopio de documentos referentes a los años de 1826, 1827 y 1828.

Dirígese por segunda vez a la puerta, hacia la cual se aproximaban los conjurados. Manuela lo detiene y le señala el balcón bajo del palacio que cae a la calle lateral.

—¡Al cuartel de Vargas! –exclama Manuela.

—Dices bien –contesta Bolívar, y avanza hacia el balcón.

Pero Manuela le detiene por tercera vez, pues siente que pasa gente; y tan luego como queda la calle silenciosa, abre el balcón y sin tiempo ya para ayudarle a salvarse ni para cerrar las hojas de aquél, sale al encuentro de los conjurados que, sedientos de sangre, la agarran y la interpelan.

—¿Dónde está Bolívar? –preguntan los invasores.

—En el Consejo –responde Manuela con serenidad.

Lánzanse sobre el primer dormitorio, pasan al segundo y al ver el balcón abierto, exclaman "huyó, se ha salvado".

—No, señores, no ha huido, está en el Consejo –dice Manuela con voz clara y con ademán resuelto.

—¿Y por qué está abierta esta ventana? –replican los conjurados.

—La abrí –contesta Manuela–, porque deseaba conocer la causa del ruido que sentía.

La heroína comprende que ha pasado ya tiempo suficiente para que Bolívar se escape y alimentando la esperanza de los conjurados, los interna, les habla de la casa nueva llamada el Consejo, donde estaba Bolívar, mito con el cual pudo entretenerlos. Chasqueados y enfurecidos los conjurados agarran a Manuela, se la llevan, cuando el grupo tropieza con el edecán Ibarra que al abrir la puerta de su dormitorio, ya armado, avanzó sobre los invasores y fue herido por uno de éstos.

—¿Con que ha muerto el Libertador? –preguntó el joven edecán a Manuela.

—No, no –contesta Manuela imprudentemente–, el Libertador vive.

Al escuchar esto, uno de los conjurados toma por el brazo a Manuela, la interroga de nuevo y no pudiendo saber nada, la lleva a las piezas interiores; y después de situar centinelas en las puertas y ventanas, todos huyen.

Entretanto, Manuela acompaña a Ibarra y lo hace acostar en el lecho del Libertador, donde iba a ser atendido por los médicos. En esto se escuchan pasos de botas herradas por la calle: era Ferguson que, a pesar de estar

enfermo, quiso venir en solicitud del Libertador. Manuela abre el balcón, y el edecán la reconoce a los rayos de espléndida luna.

—¿Dónde está el Libertador? –pregunta Ferguson a Manuela.

—No sé –contestó ésta (quizá por no informar a los centinelas.) No entre, Ferguson, porque lo sacrifican –agrega la favorita.

—Moriré cumpliendo con mi deber –contestó el valeroso inglés.

A poco suena un tiro: era el pistoletazo que descargaba Carujo sobre su íntimo amigo Ferguson en los momentos en que éste llegaba a las puertas del palacio. Como por encanto las guardias abandonan entonces sus puestos, y soldados y jefes huyen. Tras éstos sale Manuela en solicitud del doctor Moore para que curara al edecán Ibarra. El doctor, salvando peligros, llega a la alcoba del Libertador, en tanto que Manuela llama a Fernando, el sobrino de Bolívar, y acompañada de él toman el cadáver de Ferguson y lo conducen al dormitorio del mayordomo José que se hallaba gravemente enfermo[32].

¿Dónde estaba el Libertador en aquellos instantes en que sus tenientes, unos tras otros, le buscaban por todas partes?

Escuchemos el relato que nos ha dejado el general Posada en sus *Memorias*:

> El Libertador, que al arrojarse por la ventana, dejó caer su espada, tomó la dirección del Monasterio de las Religiosas Carmelitas, oyendo tiros por todos lados y el grito de "¡murió el tirano!". En tan imponderable agonía tuvo un auxilio providencial: un criado joven de su confianza se retiraba al palacio y oyendo el fuego y los gritos corría resuelto a donde su deber lo llamaba, y viendo un hombre que a paso acelerado caminaba en la dirección que he indicado, le siguió y conociéndole, él, llamó, nombrándose[33]. Bolívar con esta compañía consoladora, procuraba llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del riachuelo llamado de San Agustín, que toca con el cuartel de Vargas, a fin de incorporarse a los que por él combatían; pero

32. Datos tomados de la descripción del suceso del 25 de septiembre, escrita por Manuela Sáenz para el general O'Leary.

33. El nombre de este oficial, tan fiel como noble, es José María Antúnez, hijo de Maracaibo. Acompañó a Bolívar desde 1821 y le dejó al morir en Santa Marta, en 1830. Pobre y abatido tornó a Caracas, donde encontró generoso asilo y protección en la familia del señor Ramón Azpurúa. Cargado de años murió en 1868.

al llegar al puente, el criado le hizo observar que aunque los tiros se oían en diferentes direcciones, el fuego era más activo en la plazoleta del convento por donde habrían de pasar. En efecto, Bolívar llegaba al puente en momentos en que los artilleros se replegaban y los de Vargas salían del cuartel. Una partida de artilleros en retirada, seguida por otra de Vargas y tiroteándose, se replegaba precisamente por la orilla del riachuelo que Bolívar se proponía seguir; se oían mezcladas las voces de "murió el tirano" y de "viva el Libertador," y perseguidos y perseguidores se acercaban, sin poderse juzgar quiénes serían los primeros y quiénes los segundos. El momento era crítico, terrible: "mi general, sígame; arrójese por aquí para ocultarle debajo del puente," dijo el fiel criado; y sin esperar la respuesta se precipitó de un salto y ayudó al Libertador a bajar, casi arrastrándolo tras sí. Un minuto después pasaron artilleros y Vargas por el puente, continuando el tiroteo, hasta que alejado, quedó todo en silencio por aquel lado.[34]

¡Qué noche! Toda la ciudad se puso en vigilia desde el momento en que los conjurados se apoderaron del palacio. Por todas partes se escuchaban gritos y disparos. Las compañías del batallón Vargas perseguían a los artilleros sublevados, y eran las calles de la ciudad el dilatado campo de batalla. A las repetidas voces de los conjurados, *muera Bolívar, muera el tirano*, contestaban los sostenedores del orden con las de *Viva el Libertador, viva Bolívar.* Poco a poco van extinguiéndose los gritos sediciosos, y sólo uno que otro tiro se oye en lontananza. La conjuración estaba vencida. Grupos de oficiales y ciudadanos a pie y a caballo recorren las calles, y aclamaciones atronadoras de *Viva el Libertador, viva Bolívar*, herían los aires. Han pasado una, dos y tres horas de angustia: la conjuración ha sido vencida, pero el Libertador no aparece. ¿Dónde está Bolívar? Es la pregunta que sale de todos los labios. Sólo éste y el criado fiel que le acompañaba lo sabían. La angustia se apodera de nuevo de los defensores. Entonces el general Urdaneta, ministro de Guerra, dispone que partidas de infantería y de caballería saliesen en todas direcciones en solicitud del Libertador. Expléndida luna iluminaba aquel campo de desolación. Entre tanto, dice Posada:

34. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico políticas*, Bogotá, Imp. Foción Mantilla, 1860-1861, 2 v.

> Bolívar agonizaba en la más grande incertidumbre bajo el puente protector: partidas de Vargas pasaban gritando: ¡viva el Libertador! Y temía que fuese una aclamación alevosa para descubrirlo.
> Después de casi tres horas de ansiedad, oyendo los pasos de unos caballos que se acercaban, y los gritos que se repetían de "viva el Libertador", mandó al criado que le acompañaba que saliese con precauciones, arrimándose a una pared, a ver quiénes eran los que venían: eran el Comandante Ramón Espina, hoy general, y el Teniente Antonio Fominaya, Edecán del general Córdova, que conocidos por el muchacho, le anunciaron que estaba salvo. Salió, pues, con dificultad de la barranca, se informó de lo que pasaba, y en aquel momento, llegando el general Urdaneta con otros Jefes y Oficiales, el reconocimiento y el hallazgo hicieron derramar lágrimas a todos. En pocos instantes supo la ciudad la fausta noticia, por mil gritos repetidos en todas direcciones. El Libertador, mojado, entumecido, casi sin poder hablar, montó en el caballo del Comandante Espina y todos llegaron a la plaza, donde fue recibido con tales demostraciones de alegría y de entusiasmo, abrazado, besado hasta del último soldado, que estando a punto de desmayarse, les dijo con voz sepulcral; ¿queréis matarme de gozo acabando de verme próximo a morir de dolor?

Cuando Bolívar, ya en el palacio, después de haber recibido numerosas felicitaciones de nacionales y extranjeros, quiso reposar y conciliar el sueño, como lenitivo a tantas angustias, quedó acompañado de la favorita, pero ni el uno ni la otra pudieron descansar: ambos estaban febricitantes y bajo el peso de horrible pesadilla. En estos momentos fue cuando Bolívar dijo a la favorita: TÚ ERES LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR: título de gratitud con el cual ha pasado a la historia esta mujer original.

Antes de que el Gobierno de Colombia, en vista y conocimiento de cuanto acababa de suceder, tomara medidas enérgicas como la demandaban las circunstancias del momento, la primera inspiración de Bolívar fue noble y generosa: deseaba el perdón de los conjurados; mas tan elocuentes ideas no tuvieron el resultado que él deseara. La política tiene sus necesidades; es exigente, para lo cual apela en la mayoría de los casos al cadalso.

El proceso de la conjuración fue abierto, y víctimas y persecuciones fueron la recompensa de los principales culpables. La ley se impuso y condenó: no así la favorita que supo desplegar nobleza de alma a la altura de la obra meritoria, de la cual descollaba como heroína. Aun faltando a los

fueros de la verdad, Manuela arrancó víctimas al cadalso, y devolvió la paz y el contento a muchos hogares.

En la mayoría de los infortunios humanos está el triunfo del corazón. Los odios, las rivalidades, la envidia, la venganza; todo, todo desaparece ante la noble generosidad que inspiran el dolor, la miseria, el infortunio, que siguen al desborde de las pasiones tempestuosas; y es la generosidad en estos casos como el iris después de la borrasca, nuncio de paz y de perdón. Bolívar y Bermúdez lloraron al abrazarse. Los jefes, oficiales y soldados al ver salvado a Bolívar, en la noche del 25 de setiembre de 1828, después de victorearlo y aun besarlo desde el último soldado hasta el primero de los tenientes, lloraron también, y todavía a los veinte y más años de estar en el sepulcro las víctimas y victimarios de aquella noche terrible, Garibaldi y Manuela Sáenz se enternecen al despedirse a orillas del grande Océano en 1850. El llanto tiene mucho del cielo, porque tras la lágrima está el corazón plácido y el espíritu inspirado por las grandes virtudes, don de Dios a la criatura.

¿Cómo podremos hoy juzgar a la mujer que se conoce en la historia con el título de *Libertadora del Libertador*?

Como mujer, como esposa, la justicia ha fallado y la condena. Como heroína generosa, la historia la admira.

LA SANTA RELIQUIA DE MARACAIBO

A don Emilio Mauri
Director de la Academia
Nacional de Bellas Artes

EL NOMBRE árabe de Gibraltar lo llevan hoy en la superficie de la tierra dos localidades: el Gibraltar europeo, tan celebrado, y el Gibraltar venezolano, pueblo situado en el extremo sud del lago de Maracaibo.

Para los que conocen un poco la historia y la geografía antigua del Mediterráneo, el nombre de Gibraltar trae a la memoria los de Calpe y Ávila, las columnas de Hércules del mundo fenicio, la última Tule por el noroeste de los navegantes antiguos.

Todo en Gibraltar es marcial, desde su origen, grandiosidad de la naturaleza y tenacidad del hombre. Gibraltar es corrupción del nombre árabe *Djebel al tarik* que equivale a *Montaña de Tharik*, nombre éste del primer general moro que desembarcó en aquellos lugares en 711. En cuanto a su naturaleza, Gibraltar es un peñón de cuatrocientos metros de altura, baluarte de rocas, aborto titánico, cuando en remotas épocas surgieron las montañas hespéricas que luchando con las de Altas y de los Apeninos, formaron la cuenca del Mediterráneo, que después debían conquistar las aguas del Atlante. Desde entonces éste pasea sus olas sobre las costas, y lame los pies de las montañas, en tanto que las aguas del Mediterráneo, vergonzosas y pesadas, se escapan por debajo y van al océano, subiendo escalas a manera de salteadores que surgieran de los tenebrosos abismos.

Cuando se dice Gibraltar, viene a la memoria no sólo la obra de la naturaleza, sino también la de los hombres, la fortaleza ciclópea erizada de cañones, llena de fosos y de galerías subterráneas, armada a maravilla y custodiada por soldados invisibles. ¡Santo Dios! ¡Qué monstruo tan

dispuesto siempre a vomitar toneladas de metralla sobre los pobres barquichuelos que atraviesan el famoso estrecho! Hace ciento ochenta y seis años que Albión se ha incrustado en el cuerpo de la madre España, y hasta hoy no ha habido poder humano suficiente para sacar de las carnes de la señora esta garrapata, este pólipo, esta escrecencia que ha resistido a todos los cauterios y disolventes más poderosos. Inútil ha sido la diplomacia, e inútil será la sorpresa, porque Gibraltar es campo volante, avanzada donde jamás se duermen los centinelas, ni se abandona la custodia del cañón. El día en que este volcán de metralla estremezca las aguas del Mediterráneo, será el día de la *última ratio regum*, es decir, la Europa victoriosa contra John Bull.

No puede al pronto comprenderse por qué se le puso el nombre de Gibraltar, que implica las ideas de roca, de montañas, de alturas, de escarpas y abismos, a una costa de Maracaibo, baja, anegadiza y cubierta de bosques. Tal contraste tiene que haber obedecido a causa desconocida. Los castellanos bautizaban las más de las regiones americanas por los recuerdos que les despertaban las provincias españolas. De ahí, que pusieran el nombre de Nueva Andalucía a las bellas regiones bañadas por el Magdalena y el Orinoco, con su cielo azul, su vegetación esplendente, sus noches pobladas de estrellas, que hacían recordar las costas andaluzas bañadas por los tibios rayos del África. Los mismos recuerdos tuvieron cuando fundaron a Nueva Cádiz, Nueva Córdoba, Mérida, Trujillo, Nueva Segovia, Valencia, etc., etc. Pero si mayormente el recuerdo de la patria fue la idea dominante, en el nombre de Gibraltar no entró como actor principal sino la guasa de la soldadesca. Es el caso, refiere la tradición, que cuando el conquistador Gonzalo de Piña Ludueña merodeaba a orillas del lago de Maracaibo, por los años de 1599 a 1600, en persecución de los indios motilones, hubo de pernoctar, por acaso, en los lugares donde aquél fundó la villa de Gibraltar. Los soldados, sin esperarlo, fueron sorprendidos por un eclipse total de luna que les trajo recuerdos gratos del patrio suelo. Todos se extasiaban en la contemplación del fenómeno, cuando uno de ellos, a quien habían despertado, apareció entre sus compañeros y exclamó:

—Este lo vi yo en Gibraltar, cuando estuve de guarnición.

—¡Cómo! –le interrogaron sus compañeros–: ¿Cómo es posible que hayas visto este mismo?

—Sí, sí –exclamaba el palurdo– es el mismo, el mismito.

La guasa que se apoderó de la soldadesca contra el ignorante soldado, fue tal, que Piña Ludueña, al fijar el lugar en que debían establecerse para dominar a los motilones, le bautizó con el nombre de *San Antonio de Gibraltar*, en memoria de este suceso y de Gibraltar, cuna de su nacimiento.

Posesionados los castellanos de esta localidad comenzaron a edificar casas y templos, a desmontar las costas para formar haciendas de cacao, y a traer a la villa cuantos recursos podía haberse de Maracaibo y España. Y a tal grado llegó el entusiasmo de los pobladores, que familias ricas de la nobleza de Maracaibo, juzgaron como meritorio fundar haciendas en Gibraltar, introducir esclavos y pasar en la nueva villa algunos meses del año. La competencia entre las dos llegó a su colmo, cuando hubo de concederse a la de Gibraltar más riquezas y comodidades que a la de Maracaibo, y más porvenir por la fertilidad de sus tierras, abundancia de sus cosechas, y las importaciones que hacía para su comercio en los pueblos andinos.

La Gibraltar venezolana tiene, como la Gibraltar española, su historia, en la cual no faltan episodios interesantes, aventuras que nos trasportan a la época romana del rapto de las sabinas y también rasgos sublimes de generosidad y de barbarie, dignos del drama y de la leyenda. Antes de que Piña Ludueña fundara el pueblo de Gibraltar en 1599, hacía muchos años que estas costas eran el azote de los indios quiriquires, tribu feroz de la nación Motilona. Hábiles marinos, los indios atacaban siempre a los castellanos que aportaban sus mercancías a estas regiones del lago de Coquibacoa, y con tanto éxito, que regresaban siempre a sus escondites con géneros de seda, de los cuales se servían para hacerse mantas; de pasamanos de plata y de oro que empleaban en cuerdas de hamacas; de leznas que colocaban como púas en sus flechas, y de mil objetos más de los cuales sacaban provecho. Al fin, después de mil piraterías, fingieron paz con el encomendero don Rodrigo de Argüello, aparentando cierta sumisión momentánea. Después de haber partido Piña Ludueña para la gobernación de Caracas, donde murió en 1600, en la madrugada del 22 de julio de este año, el día de la Magdalena, fue Gibraltar atacado por los quiriquires unidos a los

Eneales y Aliles, quienes en ciento cuarenta canoas y en número de 500 hombres cayeron como recio vendaval sobre la indefensa población, que no los aguardaba. La mayor parte de sus habitantes es víctima de la muerte, y los pocos que, inspirados por valor heroico, tratan de contener a los invasores, desaparecen al fin en medio de espantosa carnicería. El fuego cunde al par que la matanza, y de tanta desolación y espanto sólo escapan los moradores que pudieron correr y ampararse en las vecinas haciendas. Al saqueo y la matanza siguió el incendio que por todas partes destruyó las pajizas chozas:

> Y queriendo los vencedores, dice el cronista castellano, que pasara por el mismo rigor la iglesia, entraron en ella, y estando unos robando sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con las flechas de puntas de lezna un devotísimo Crucifijo de bulto que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo-Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado y en una pierna y señal de otras en muchas partes del cuerpo. Lo cual hecho, y acabado de robar lo que hallaron en ella, le pegaron fuego, que por ser también de palmiche como las demás del pueblo, con facilidad se abrasó, y cayó ardiendo gran parte de la cubierta sobre el Cristo: pero de ninguna manera se quemó ni el cuerpo ni la cruz donde estaba, ni aun una pequeña imagen de la Concepción de papel que estaba pegada en la misma Cruz bajo de los pies del Cristo con haberse quemado, hacerse carbón el tronco o cepo donde estaba fijo, de suerte que se halló casi en el aire la Cruz con el devotísimo Cristo; sólo en una espinilla tenía pequeña señal del fuego como ahumado sin penetrarle.[35]

Agrega la tradición que cuando los indios vieron al Cristo en el aire, se llenaron de pavor y huyeron, mientras que otros pidieron perdón. Sea de esto lo que se quiera, el historiador Oviedo y Baños, al hablar de Maracaibo, nos dice:

> Venérase en la iglesia parroquial una devota imagen de un milagroso Crucifijo, a quien los indios quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de 1600, y saqueado y quemado la ciudad de Gibraltar, en

35. Fray Simón, *Noticias historiales de tierra firme*, 1625, Primera parte.

> cuya iglesia estaba entonces esta hechura, con sacrílega impiedad hicieron blanco de sus arpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavía en el santísimo bulto, y es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la espiración), como la comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó *la cabeza* sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el día de hoy.[36]

Pero lo que da a este asalto de los quiriquires a Gibraltar cierto interés novelesco es el *rapto de las sabinas.* Entre las mujeres cautivas de los indios estaba la esposa del encomendero Argüello, doña Juana de Ulloa, con sus hijas Leonor, casada, Paula, soltera, y otra hermana de cortos años a la cual llamaremos Elvira, por ocultarnos su nombre el cronista. Llenos de odio y de venganza los indios ahorcan a doña Juana, la cual espiró colgada de la rama de un árbol. Sobre el cuerpo desnudo comienzan entonces los quiriquires a lanzar numerosas flechas que fueron clavándose en las carnes de aquella desgraciada mujer; y tal fue el número de proyectiles, que cuando a poco los castellanos que regresaron al pueblo destruido, cortaron la soga de la cual pendía del árbol el cadáver de la señora, éste cayó de pie, sostenido por las flechas que simulaban un erizo de aspecto repelente. Las tres cautivas fueron conducidas por los vencedores a sus escondites, situados en los remansos y ciénagas del río Zulia. Despojadas de sus vestiduras castellanas hubieron de aceptar la desnudez indígena y las costumbres que les fueron impuestas. Dos de ellas, Leonor y Paula, fueron aceptadas como esposas de dos de los principales caciques, quedando Elvira para cuando tuviera la edad, según la costumbre indígena, de tener marido o dueño.

Por una y dos veces más regresan los quiriquires a Gibraltar reconstruido, y en ambas ocasiones roban a la población, llevándose nuevas cautivas, tanto castellanas como americanas. Entre los castellanos que se habían salvado de tantas desgracias, estaba el hijo del encomendero Argüello, hermano de las cautivas, quien no tenía otro pensamiento que librar a éstas del poder de aquellos hombres feroces. A los seis años de triste cautiverio es

36. Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Madrid, 1724, 1 vol. en 4º.

salvada Leonor, la casada, la cual tenía ya una hija de cuatro años. Desnuda y no llevando por vestido sino el guayuco indígena, aparece la castellana ante sus compatriotas, quienes se apresuran a vestirla con las mantas que llevaban. Ruborízase la esposa al verse libre del yugo que le había impuesto la suerte, pero se humilla y reálzase ante los decretos del Altísimo. Reconócela a poco su marido, tiéndele los brazos, compadécela, admírala, ámala de nuevo al verla desgraciada, y acepta como suya la nueva hija que le traía. A poco aparece Paula trayendo dos hijos. Años más tarde, en 1617, los castellanos, al verse saqueados por tercera vez por los indios, acometen a éstos en sus mismas guaridas, y rescatan a Elvira. Frisaba ésta en los veinte y un años y estaba acompañada de dos varones y de una niña preciosos. Como prisionero estaba el cacique que le había tocado de marido y al cual le esperaba la horca como a todos los prisioneros habidos. Elocuente es la escena que nos aguarda.

Van a sacrificar al cacique cuando el llanto se apodera de Elvira. Repréndela el hermano, que era uno de los vencedores, y ella contesta:

—Es el padre de mis hijos, es también mi padre, pues desde muy niña he estado en su compañía diez y siete años. Suplica, llora, pero todo es inútil; el cacique es inmolado con los demás prisioneros.

Este acto de barbarie tuvo a poco su corolario. Después de haber confinado a diversos lugares dentro y fuera de Venezuela, a los prisioneros inocentes, el hijo de Argüello toma a Elvira, a sus tres hijos y a otras personas y los conduce en una canoa a Maracaibo. En el camino cercano a la costa toma con disimulo los tres ángeles, los lleva a tierra, y con un puñal los sacrifica, alegando que no admitía el que su hermana tuviese hijos de un indio. Y la pobre viuda, la madre en su dolor, encontró lenitivo a su desgracia en el corazón de las otras hermanas que continuaron amando a sus hijos: los hijos de la desgracia, no de la deshonra. A los quince días de haber llegado el hijo de Argüello a Maracaibo, sucumbió de cruel dolencia.

¡Cuántos contrastes en estos hechos! Leonor al recuperar el amor de su esposo encuentra al protector de su hija: Paula bendice a Dios porque le conserva los suyos, en tanto que Elvira ve sacrificar a su padre adoptivo y al padre de sus bellos ángeles, por la venganza y ruindad de su hermano.

La nobleza del esposo corona la desgracia de Leonor, y en Paula triunfa el amor de madre, tan desgraciado en Elvira. El grupo de las tres hermanas lo realzan el deber, la maternidad, el sentimiento que sublima el infortunio.

Preguntados los indios, por qué sus predecesores habían flechado al devotísimo Crucifijo en 1600, contestaron que todos los actores de aquel suceso habían tenido muy triste fin, y que por esta razón no habían saqueado el templo en las otras ocasiones en que habían destruido el pueblo.

Al abandonar las ruinas de Gibraltar los pocos de sus moradores que sobrevivieron a tanta desgracia, llevaron consigo el Santo-Cristo que depositaron en el templo principal de Maracaibo. Pero a poco hubieron de retornar, obligados por la fuerza, con el objeto de restablecer a la segunda Gibraltar, que fue reconstruida de una manera tan sólida como duradera. De nuevo apoderóse de los habitantes de esta comarca el espíritu de comercio con los pueblos de la cordillera andina, apareciendo Gibraltar rica, poblada y sin temores respecto de los indios motilones, que no se atrevieron a sorprenderla. En posesión de nuevas riquezas y construida la ermita que iba a servirles de templo, los gibralteños reclaman el Santo-Cristo a los moradores de Maracaibo, quienes se niegan a entregarlo. Guardianes de una efigie que había resistido al fuego y a los instrumentos mortíferos de los indios, se resisten por repetidas ocasiones a la entrega del tesoro piadoso que se les había encomendado, prefiriendo que se les hiciera el reclamo por los tribunales, antes de ver salir la santa reliquia, de la cual no poseían ningún título de propiedad.

Enojosa cuestión iba a ventilarse, y, como en casos semejantes, dos partidos surgieron, reclamando iguales derechos. De un lado aparecían los moradores de Gibraltar, compactos y firmes, acompañados de muchos habitantes de Maracaibo, y del otro, gran porción del pueblo de esta ciudad. Competencia tan absurda, después de engendrar disgustos personales, hubo de atravesar el Atlántico, como todas las que se ventilaban en las diversas capitales de la América, en solicitud de una solución real. Según dice la tradición y asegura fray Juan Talamaco en la novena de la Santa Reliquia, escrita ahora años: “los señores del Consejo de Indias remitieron la resolución al mismo Cristo, ordenando que la imagen fuese embarcada cuando soplase el viento hacia Gibraltar, y que el lugar de

la costa del lago adonde llegara el divino Pasajero, *sería el dueño* de tan deseado tesoro".

Después de sentencia tan peregrina, los dos partidos deseando concluir cuestión tan enojosa, quisieron tomar parte en la ceremonia que iba a efectuarse, y la cual consistió en colocar la Santa Reliquia en una embarcación, en medio de las aguas, distante de Maracaibo, y dejarla a la ventura, desde el momento en que soplara el viento hacia Gibraltar. Pero como el resultado final no podía conocerse sino después de hechos repetidos, estableciose que debía hacerse el ensayo en tres ocasiones. Dispúsose que ambos partidos, en embarcaciones de todo género, formando alas separadas, fueran tras de la nao conductora del Santo-Cristo, y a distancia. En la primera vez, después que se inflaron todas las velas de las naos en dirección a Gibraltar, condújose al lugar designado de antemano la nave misteriosa, la cual fue entregada al capricho de las olas. Con gracia surca las aguas y es saludada por los vivas de ambos partidos, cuando de repente se detiene frente a la *Punta del chocolate*, de donde no continúa ni con el viento, ni con el remo. Al segundo día se efectúa la segunda prueba y lo mismo acontece. Cuando al tercer día, todo el mundo aguardaba igual resultado y colócase el Cristo en un cayuco, los ánimos quedan de pronto sorprendidos por un milagro. El Cristo seguía los impulsos del viento, cuando éste cesa, y el cayuco retrocede al puerto de Maracaibo, saludado por los gritos de ambos partidos. De esta manera tan misteriosa como inesperada, pudo la sociedad de Maracaibo entrar en posesión completa de la Santa Reliquia de Gibraltar.

Gibraltar que había perdido su Cristo a poco de comenzar el siglo décimo séptimo, debía perder su grandeza a fines del mismo siglo. Saqueada fue por el pirata francés El Olonés, en 1666, por el pirata inglés Morgan, en 1669, y por el capitán Gramont, en 1678.

Las tres primeras Gibraltar desaparecieron bajo el fuego de los motilones; la cuarta, quinta y sexta bajo el saqueo de los filibusteros; la séptima, montón de casas pajizas, sin población, sin riquezas, es una triste reminiscencia de su pasada grandeza. Entre los viejos escombros de piedra y en medio de las espaciosas salas de la nobleza maracaibera, vegetan árboles seculares, mientras que a orillas del lago, graznan las aves acuáticas, y el

boa duerme entre las raíces cenagosas de los manglares, al soplo ardiente de temperatura tropical:

Lo que va de ayer a hoy,
Ayer maravilla fui
Y hoy sombra de mí no soy.

VALENCEY*

A don Domingo Olavarría

DE CÓMO MORALES se burló de España y del general La Torre, tal pudo ser el título de la leyenda que bautizamos con el glorioso nombre de Valencey, justo título éste, que cuando va a tratarse de un militar de los quilates del general español La Torre, el antagonista de Bolívar en el célebre campo de Carabobo, el historiador justiciero no se detiene en la rota inesperada, en la cual pueden haber obrado quizá intrigas, perfidias o manejos insidiosos, sino en los episodios brillantes en que figura el vencido que se retira con honra, conserva el honor de su bandera y se levanta sobre todas las miserias del humano linaje. Valencey es un nombre tan glorioso para España como para Venezuela y, sin este sublime episodio, Carabobo sería un cuadro sin horizonte. Vencedora de los españoles la primera división del ejército patriota, porque así lo impuso la suerte de la guerra; vencidos, dispersos y destruidos los célebres batallones españoles y en fuga la caballería de Morales; la persecución de Valencey, único cuerpo que pudo

* Valency es corrupción del francés Valençai, nombre éste del soberbio palacio, en el departamento del Indre, donde, por orden de Napoleón I, residió el príncipe de Asturias, después Fernando VII, desde 1808 hasta 1814.
El nombre de Valencey lo llevaron en Venezuela dos batallones. El uno, compuesto de españoles, llegó con Morillo en 1815, trayendo el nombre de "Unión" que cambió por el de "Valencey". El segundo se compuso de criollos y militó en los días de Carabobo, bajo las órdenes del brigadier Pereira. Mientras que los restos del primero se salvaron en Puerto Cabello, después de Carabobo, las tropas del segundo, en su mayor parte, se embarcaron en La Guaira para Puerto Rico, con su jefe el brigadier Pereira, después de honrosa capitulación.

resistir a los repetidos choques del ejército patriota que no había podido conseguir las primicias del triunfo, era nueva batalla que exigían, no los ardides de la guerra, sino las necesidades de la honra y de la gloria republicanas. Valencey es el corolario histórico de un gran triunfo. Cuando en la tarde del 24 de junio de 1821, la silueta de Valencey se divisa en el horizonte de la pampa carabobeña, iluminada por los rayos de un sol de ocaso, después de haber resistido los más terribles embates de los centauros de Páez y de los batallones patriotas, el corazón republicano se llena de entusiasmo al contemplar aquel pelotón de héroes que, después de lucha admirable, siempre en retirada, durante nueve leguas, aguarda la sombra para descansar entorno a la bandera gloriosa, que representaba para ellos el valor desgraciado, la honra, la gloria del patrio suelo.

El nombre de Valencey está hermanado al de Carabobo, sitio de dos batallas célebres en los fastos de nuestra historia. Y si la Carabobo de 1814 nos recuerda los nombres de Cajigal, de Ceballos, de Correa, de Calzada y otros jefes españoles que pudieron escaparse después del desastre; la Carabobo de 1821 nos habla de García, y de La Torre, jefes valerosos y dignos del ejército español, vencidos en la inmortal pampa.

Al dejar Morillo a Caracas, después del armisticio de 1820, quedó como primer jefe del ejército español en Venezuela el general La Torre, y como segundo el general Morales, que venía figurando desde 1812. La Torre y Morales eran dos tipos diametralmente opuestos, tanto en lo militar como en lo social y moral. Lo que tenía La Torre de caballeroso, de honrado, de pundonoroso y culto, de distinguido y apuesto, siempre en el camino del deber y de la patria, lo tenía Morales de ruin, de envidioso, de insubordinado, de cruel, de codicioso.

Sin educación y sin ninguna de las virtudes que distinguen al hombre de buenos quilates, Morales no carecía de algún talento militar. Oriundo de las Islas Canarias había llegado joven a Venezuela, estableciéndose en Barcelona como regatón, y a poco como sirviente del comandante don Gaspar Cajigal, que murió en 1810, primo hermano del brigadier del mismo nombre que figuró en las filas españolas. Cuando un grupo de peninsulares se alzó en Barcelona contra el Gobierno patriota, en junio de 1812, el joven sirviente, acompañado del padre Márquez y de otros venezolanos,

dio comienzo a su carrera militar. Desde entonces apareció Morales en nuestra historia como capitán, comandante, coronel y últimamente como general en jefe, descollando en toda ocasión como uno de los militares más activos, tácticos y temidos, entre el grupo de monstruos que representaron, en el bando español, la devastación, el terror, la *guerra a muerte*.

Vengativo, rencoroso, arbitrario y ensimismado, para Morales no había españoles ni venezolanos, si se trataba de satisfacer una venganza, de conseguir algo que llenara la copa de sus deseos. Ni patria ni rey existían para él, pues sólo su persona, su gloria, su satisfacción le bastaban. Si valor y talento desplegaba, cuando de ello iba a conseguir mando o pitanza, de indiferentismo se revestía cuando, por su inacción, podía dejar en la estacada a algún militar que le hiciese sombra o aquel a quien juzgase inferior a él en servicios, opinión y méritos[37]; y de seguro que al indiferentismo unía un trabajo de zapa en el cual desarrollaba el canario toda su astucia y maldad, las cuales sabía encubrir con la piel de cordero.

Roto el armisticio, y obligado La Torre a continuar la guerra, juzgó que era llegado el momento de reconcentrar todas sus fuerzas y oponerse al ímpetu de los patriotas, deseosos de dar remate a una guerra devastadora que se prolongaba. Bolívar, que abrigaba estas ideas, llamó a su lado a las principales divisiones del ejército patriota, al mismo tiempo que ponía en jaque los cuerpos más distantes del ejército español, para evitar así que llegaran al campo de La Torre. En la mente de los beligerantes se proyectaba la pampa de Carabobo, como sitio propicio, donde podrían obrar con libertad los diversos cuerpos de infantería y caballería de ambos ejércitos.

Bolívar y La Torre obraban, pues, con cordura y solicitaban un hecho de armas que pusiera fin a tan prolongada contienda. Pero Bolívar no tenía en esta ocasión, sobre sus contrarios, la ventaja de 1814, en que fue dueño

37. Refieren los paisanos del general Morales que, cuando ahora cincuenta años, fue Gobernador de Canarias dejó su nombre bien puesto, por haber contribuido al ensanche y progreso de aquella provincia. Esto nos es satisfactorio, y quiere decir que si hay hombres que figuran, durante su juventud, como hienas, en las revoluciones sangrientas, al llegar a la edad provecta se domestican, se civilizan y tratan de borrar con su buena conducta, si cabe, el recuerdo de épocas luctuosas en las cuales figuraron.

de la pampa carabobeña y pudo aceptar una batalla en buen terreno, sino todo lo contrario: Bolívar tenía ahora que atacar a los españoles por los puntos más difíciles, y abrirse paso por los lugares más escabrosos, teniendo antes de entrar en batalla que vencer la quebrada, el desfiladero y los accidentes del terreno que oponían fuerte barrera al libre paso de sus infantes y caballerías. Terrible iba a presentarse la lucha; mas, un agente secreto, y al mismo tiempo ostensible, iba a obrar en beneficio de los patriotas: la protección indirecta del segundo Morales, indiferente a las glorias de España y a su propia gloria.

Es el caso que Morales, juzgándose superior a La Torre, a quien Morillo encargó del mando en jefe del ejército español, comenzó, desde muy temprano, a desquiciar a su jefe, de cuantas maneras le sugería la mala voluntad y saña que contra aquél se acrecentaba cada vez más.

Cuando se acercaron los días en que todo presagiaba una batalla, ya Morales se había ganado la voluntad de muchos oficiales del ejército, y daba consejos con los cuales iba envuelta la más negra perfidia. Así, cuando llegaron los precisos momentos, viose a La Torre, por insinuaciones de Morales, fijarse en la pampa de Carabobo adonde tenía que traer, desde distancia, forraje para las caballerías y alimento para las tropas. Más tarde vese a Morales saquear las poblaciones vecinas con el objeto de proporcionarse vituallas, lo que contribuía en descrédito de La Torre. Por consejos de Morales, desmembró La Torre parte de su ejército, para atender a Barquisimeto y resguardar el camino de Nirgua, operaciones que dieron el más triste resultado[38]. Por último, La Torre abandona su avanzada de Buenavista para que a ésta llegara Bolívar en la mañana del 24 de junio de 1821.

Al frente de buenas caballerías, Morales había sabido sacar partido de ellas, adiestrándolas en el manejo de las armas y haciéndose obedecer con la mayor prontitud. Infatuado con tener una hoja de servicios que databa desde 1812, vivía haciendo el elogio de su vanguardia, a la cual consideraba invencible, y ponderando la opinión con la cual le favorecían los pueblos de Venezuela, pues en todos había militado. Estas

---

38. Feliciano Montenegro y Colón, *Historia de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia (Col. Sesquicentenario de la Independencia, 26-27), 1960, 2 v.

fanfarronadas eran muy naturales en un hombre que se había levantado de la nada y alcanzado alto grado en la carrera militar. Ya lo veremos en la pampa de Carabobo.

No describiremos la llanura a la cual se dirigía Bolívar por el sur, punto difícil de atacar por lo escarpado de las colinas, veredas y quebradas. En esta dirección estaba el ejército español compuesto de los siguientes cuerpos: Batallón de Valencey, y tras éste, los de Hostalrich y Barbastro; un poco a retaguardia, estaba el de Infante, teniendo de reserva al de Burgos; atrás figuraban los 1.500 lanceros a las órdenes de Morales. Llegaban estas fuerzas a 5.000 combatientes. El ejército de Bolívar constaba de 6.000 infantes y caballerías distribuidas en las siguientes divisiones: 1ª Batallones Bravos de Apure y Británico, con 1.500 caballos, a las órdenes del general Páez; 2ª los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el escuadrón Sagrado del coronel Aramendi, a las órdenes del general Cedeño; 3ª los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá y Anzoátegui y la caballería de Rondón, al mando del coronel Plaza. Con tan espléndido contingente, era de esperarse que la Carabobo de 1821 sería hermana de la Carabobo de 1814; pero no sucedió así, porque siendo la primera división la que conquistó la pampa, a ella cupo la gloria de desbaratar por completo todo el ejército español, no habiendo podido entrar en acción nueve cuerpos, pero sí algunos de los jefes que llenos de entusiasmo conquistaron fama y honra con muerte gloriosa.

Días antes de la batalla de Carabobo, el ejército español había recibido una triste nueva: la fuerte avanzada de La Torre en el camino de Tinaquillo había sido pulverizada por el coronel Laurencio Silva, de tal manera que la noticia de este suceso cayó como una bomba en el ejército enemigo. Esto motivó a que La Torre retirase las fuerzas que cubrían la altura de Buenavista, adonde llegó Bolívar en la mañana del 21 y vio a su frente el ejército español. Éste a su turno vio al ejército patriota que comenzó la bajada a la pampa. Llevaba Bolívar un guía tomado en Tinaquillo, joven práctico de aquellas regiones, quien consultado indicó que había una pica por donde podía continuar el ejército sin ser visto del enemigo, al que podía atacarse por el flanco derecho. Necesitábase marchar bajo el amparo de un bosquecillo y atravesar una quebrada escabrosa para entrar enseguida

a la pampa. Al dictado de Bolívar cambióse de rumbo, y el ejército patriota ocultóse a las miradas del contrario[39].

Todo estaba listo en el campo español cuando Bolívar se presentó en la altura de Buenavista. Entonces La Torre, viendo llegada la hora de la batalla, hace avanzar su caballo hacia el estado mayor de Morales y dice a éste con voz acentuada.

—General, ésta es la oportunidad en que se necesita sacar todo el partido que se pueda de la grande opinión de que usted disfruta en los pueblos. La vanguardia de usted puede proporcionar un día de gloria a las armas españolas.

—Ya no hay opinión, general, todo ha sido perdido –tal fue la contestación de Morales a La Torre.

He aquí frases de desaliento, precursoras quizá de una vergonzosa derrota.

En este momento recibe el general La Torre un parte en que se le decía que por el camino de El Pao se avistaban fuerzas enemigas, lo que le obligó a partir en aquella dirección, juzgando que todavía había tiempo de que disponer. Quedaba, por lo tanto, el general Morales, como segundo del ejército, en disposición de atender a los sucesos imprevistos y de obrar en consecuencia. Pero Morales, aprovechando la salida del jefe, quiso huir de cualquier incidente y se contentó con decir al coronel García, jefe del batallón Valencey, lo siguiente: *Me marcho a ponerme a la cabeza de la caballería, porque si no estoy allí, nada se hace: es necesaria mi presencia, y cuanto se ofrezca avisaré a usted, pues ya está la cosa para romper.* Y picando el caballo partió.

---

39. Alejandro Febres fue el nombre que tuvo el guía de Tinaquillo que dio Bolívar a Páez, cuando la primera división se internó en la pica y quebrada de la Mona, en dirección de la pampa de Carabobo. "Con una pistola sobre la sien, dirigió este guía la marcha de la vanguardia al invicto Páez", escribe un testigo colombiano. Este hombre, a quien la naturaleza no le concedió belleza alguna, tuvo la dicha de juzgarlo todo bonito, lo que le trajo el sobrenombre de *Yo bonito* o simplemente *Bonito*. El mismo adoptó el apodo por apellido, y quizá a honra lo tuvo.
Favorecido por Páez, nuestro guía se estableció en la sabana de Taguanes, al norte de la de Carabobo, donde fundó una posada rústica circundada de árboles y la cual fue visitada por dos o más generaciones. Páez llegó a ser el tema predilecto de las conversaciones de *Bonito*, hombre bueno, de carácter chancista y servicial.

Había entre los oficiales españoles uno muy distinguido, espíritu observador y militar celoso de llevar un buen nombre: era el teniente coronel San Just, segundo del batallón Valencey. Habiendo observado el movimiento del ejército patriota y notando la dilación de éste, sube a una de las alturas del terreno y nota que los patriotas se habían ocultado tras un montecillo, para salir al flanco derecho de las tropas españolas.

Comprende San Just que debía operarse un cambio en la disposición de la batalla, y no sabiendo cuándo llegaría La Torre, sigue en pos de Morales a quien alcanza.

—Mi general –le dice–, el enemigo se dirige a atacarnos por el flanco derecho de nuestra línea; y el comandante general de la primera división me ordena que así os lo manifieste, por si tenéis a bien cambiar la línea de batalla, puesto que la que ocupamos es expuestísima, según el movimiento de los enemigos, y en particular la del batallón Valency, por ser ya inútil la situación que tiene, y el cual, al moverse, nos daría la victoria.

—Yo no soy quien manda, busque usted al general en jefe que es quien debe disponerlo –contestó en tono grave el general Morales.

—El caso urge, al general podré o no encontrarlo con tiempo y oportunidad para esta medida, pues se está batiendo con el enemigo; y cuando quiera remediarse el daño ya estaremos envueltos. Aquel cuerpo debe moverse –replica San Just.

—Busque usted al general que es el responsable –contestó Morales, en tono más grave, y picando el caballo despareció velozmente[40].

He aquí nuevas y expresivas frases que auguraban cierta ruindad premeditada.

El teniente coronel San Just retrocede su cuerpo, participa al coronel de Valencey lo ocurrido, y envía un oficial adicto al estado mayor, en solicitud del general La Torre. Enseguida trata de variar la línea de batalla, cuando ésta cambia, en obedecimiento a órdenes superiores. Desde lejos, La Torre, que había observado el movimiento de Bolívar, deja cubierto el

---

40. *Defensa e impugnación de un panfleto del general Calzada contra el general La Torre, instruida por don Ramón Hernández de Armas, auditor de guerra de Marina del apostadero de Puerto Cabello, etc., etc.*, Puerto Rico, 1823, 1 v., 72 p., en 8º.

camino de El Pao, con cuatro compañías, del batallón Infante, retrocede con los restantes, desciende a la pampa, toma el batallón de Burgos y continúa al flanco derecho del ejército español. Llega en los momentos en que ya han pasado la quebrada de la Mona y se asoman a la pampa las primeras columnas del batallón Bravos de Apure, a las órdenes de Páez.

Lo que aquí va a efectuarse tiene algo de la fábula del combate de los hypántropos contra los dioses del Olimpo. Es un ejército libre, dueño de dilatada pampa, contra la individualidad estrechada por los riscos, sin formación ni defensa posible, que solicita la salida: es el torrente impetuoso que ruge y estremece el estrecho cauce y vence los diques de granito para expandirse por la llanura. La individualidad va a convertirse en pelotón, en columna, en batalla; el torrente va a vencer el dique erizado de bayonetas, y a continuar triunfante por la llanura. La hidra de Lerna va a recibir el terrible golpe; pero de cada herida brotarán los heraldos de la victoria.

Páez ha aceptado el reto, y los dos púgiles se han ido a las manos. El batallón de Burgos se ha precipitado sobre los Bravos de Apure que ha pasado la quebrada. Terrible ha sido el choque, y ya éste cede, avanza de nuevo para enseguida retroceder: ya se desorganiza, ya pierde el terreno; pero en su ayuda están las primeras compañías del batallón Británico que reciben los fuegos de las alturas erizadas de tropas. Sobre el nuevo batallón caen las fuerzas frescas de Barbastro y Hostalrich. Muere el jefe inglés y sustitúyelo el segundo: muere éste y sustitúyelo el tercero. Los sajones se suceden y a las órdenes de Páez han hincado rodilla en tierra para continuar serenos, invencibles. Al grito de Páez el batallón Británico se levanta, da un ataque a la bayoneta a sus contrarios: eran los momentos en que rehecho el Bravos de Apure, con nuevos bríos apoyaba a los hijos de Albión, al mismo tiempo que entraban en batalla los tiradores de Heras y realzaban el entusiasmo de los patriotas[41]. Al instante La Torre

41. Rafael Heras fue hijo de La Habana. Puede reputarse como uno de los primeros atletas de la guerra de nuestra independencia, por sus méritos y servicios prestados a la causa republicana, desde 1811 hasta 1822, pues figura en los principales sucesos de este período, y siempre en primera escala.
De manera que en nuestra magna revolución figuran dos hijos de Cuba: el doctor Francisco J. Yanes, nacido en Puerto Príncipe, que surge desde 1810 y desaparece siempre meritorio

abandona las eminencias y retrocede hacia el centro de la pampa. Ya para este momento habían vencido la quebrada los primeros centauros de Páez, bajo las órdenes de Muñoz y de Bravo, los cuales se interponen entre la infantería española y la caballería de Morales. La Torre mueve contra ellos el escuadrón de Húsares de Fernando VII y el de Carabineros, bajo las órdenes de los coroneles Calderón y Narciso López, los cuales se precipitan sobre los jinetes patriotas. Recházanlos éstos y los persiguen los lanceros de Bravo. La caballería española corre en espantoso desorden. En aquel momento entraban en la pampa los batallones Granaderos y Rifles al mando de Sanders y de Uslar, los cuales se precipitan sobre el de Infante y lo envuelven[42].

La primera división a las órdenes de Páez es dueña del campo de batalla: la victoria le pertenece. Ha llegado la hora en que La Torre, en presencia de la huida de su caballería y la destrucción de sus primeros cuerpos, después de lucha encarnizada, se reconcentra en los batallones de Barbastro y Valencey. Estos dos cuerpos no habían entrado todavía en acción: reveses y triunfos les aguardaban.

¿Qué pasaba en aquellos momentos en la pica y quebrada de la Mona, donde estaba casi todo el ejército patriota sin poder avanzar? ¿Qué en el campo español, con batallones diezmados y rendidos, con la caballería de Morales desorganizada y fugitiva? Desde el momento en que la primera división se adueñaba de la pampa, fue fácil a las divisiones patriotas entrar en la llanura. Tras éstas aparece Bolívar con su lucido estado mayor y, al ser testigo cercano de cuanto pasaba, exclama lleno de entusiasmo: *La victoria se debe al general Páez.* Aquella frase inesperada enardece el patriotismo

---

en edad octogenaria, y Heras que estuvo siempre con Bolívar, Ribas, Bermúdez, Rondón, Páez, Urdaneta, etc., hasta su fin glorioso en la campaña de Coro, en 1822.

Figuró igualmente en Carabobo, un español, hijo de Cádiz, Vicente Martínez, que abrazó la revolución venezolana desde 1811 al lado de Baraya, y siguió con Bolívar, etc. Formó familia distinguida en Cali (Colombia) donde murió.

42. En una de las obras inglesas referencias a la *Legión Británica*, y servicios de ésta en Venezuela, desde 1817, publicada en Londres en 1819 y traducida en el mismo año al francés, el autor, después de ponderar el mérito de los soldados y oficiales ingleses, y hacer justicia a Páez y a Mariño, dice del coronel Uslar lo siguiente: "Debe esperarse mucho de la energía y experiencia militar del coronel Uslar, si son apreciados sus méritos y llega él a conquistar alguna confianza, etc., etc.".

de los jefes de la segunda y tercera división, y al instante vese al general Cedeño, al frente de un escuadrón, que avanza sobre el cuadro de Valencey que iba en retirada. Logra llegar hasta la segunda fila del inmortal cuadro, a los bayonetazos de un sargento español, cae exánime: desaparecía este notable militar en los instantes en que el coronel Ambrosio Plaza, sobre el batallón Barbastro, que rinde las armas. En seguida sigue el vencedor sobre Valencey que estaba ya distante; pero Valencey rechaza el impetuoso ataque de Páez. En el ardor del entusiasmo, éste se siente acometido del mal convulsivo que sufría, ya circundado de jinetes enemigos. ¡Hecho providencial! Uno de los jinetes de la caballería de Morales, un tal Antonio Martínez (venezolano) se apresura a salvarlo, hace que un teniente de los patriotas, llamado Alejandro Salazar, monte en el anca del caballo de Páez y sostenga a éste, y ambos se ponen en salvo.

He aquí un brillante corolario de las muertes gloriosas de Cedeño y de Plaza. ¡Un venezolano en las filas españolas, ayudado de otro venezolano en las filas patriotas, contribuyen a salvar la vida del adalid de Carabobo! ¿Para qué? Para que un nuevo episodio viniera a coronar los triunfos de aquella jornada. Bolívar, que aún no había felicitado a Páez, sigue al centro de la pampa, y llega en los momentos en que el vencedor de Carabobo, proclamado por el Libertador, volvía a su estado normal, después de breves instantes. Bolívar se avanza sobre el grupo de Páez, echa pie a tierra y abraza a su compañero de armas, diciéndole públicamente: "A nombre del Congreso de Colombia, os doy el grado más elevado de la milicia, premio de vuestro extraordinario valor y virtudes militares". Brillante remate fue éste, grito de gloria, saludo a los muertos ilustres que habían caído con noble orgullo cubiertos por el iris de Colombia[43].

43. Se ha escrito que cuando Bolívar abrazó a Páez en el campo de Carabobo, pronunció estas frases: *Tú eres el hombre fuerte de la patria, tú eres Aquiles, tu presencia en este campo es la victoria, y la victoria es la República.* Tenemos motivos para juzgar que esto no es cierto. Lo único que se asemeja a estas frases, es lo siguiente: días antes de Carabobo, Bolívar salió de su Cuartel General de Tinaco, en dirección de la vía de San Carlos, con el objeto de encontrar a Páez que con su ejército se dirigía al Cuartel General. Después que ambos jefes echaron pie a tierra y se abrazaron, Bolívar dice a Páez: "Usted sabe que yo nunca he permanecido largo tiempo al frente del enemigo sin combatirlo; pero en esta ocasión no he querido librar esta batalla, que será la decisiva para la República, *sin esperar el brazo fuerte*

¡Cuán diferente de la situación del ejército patriota, dueño por todas partes de la pampa de Carabobo, era la del ejército español, en completa anarquía! Destruidos o prisioneros los batallones Hostalrich, Burgos, Barbastro, La Reina, El Infante; dispersa y aterrorizada la caballería de Morales, todos los esfuerzos del general La Torre fueron impotentes. En vano el pundonoroso teniente coronel San Just trata de reunir los diversos grupos de jinetes y les suplica acompañen al batallón Valencey que altanero y firme se abría paso en campo enemigo, teniendo que luchar en retirada contra los centauros de Páez. Todo era desunión en el campo español, y aun los jefes más temidos permanecían inactivos e indiferentes, bajo el letargo de la derrota. Sólo La Torre y García, al frente de Valencey, seguían serenos, imperturbables, activos y valerosos en torno a la bandera que simbolizaba para ellos las glorias del patrio suelo.

Repuesto Páez de su dolencia, Bolívar ordena la persecución de Valencey y, viendo que todos los esfuerzos de las caballerías llaneras se estrellaban contra aquel muro viviente, manda que sobre el anca de los caballos vayan soldados de los batallones patriotas. Páez torna de nuevo a la persecución, pero Valencey rechaza jinetes y soldados, a proporción que avanza por el camino de Valencia. Una quebrada de la pampa se interpone entre los combatientes. Valencey la ha pasado y los patriotas la aprovechan para tirotear sobre los cansados soldados de García. En esto, orden superior manda a parar los fuegos en el campo patriota: escena imponente, de alta significación, va a tener efecto. En el campo patriota yace por tierra el cadáver de uno de los más esforzados adalides de Valencey. Páez le había contemplado en sus repetidas cargas, cuando de repente le ve tendido, exánime. Envía Páez un parlamentario con bandera blanca al coronel García y le exige una tregua de veinte minutos, para hacerle los honores

---

de la patria y a sus bravos del Ejército de Apure". Páez, entusiasmado al oír estas frases tan lisonjeras, pregunta: —¿A cuánto asciende el ejército español, mi general? —A seis mil combatientes, responde el Libertador. —Con mi división basta para vencerlo –replica el arrogante llanero. —La vanguardia os pertenece –replicó inmediatamente el Libertador. Bolívar había ya dado al general Cedeño el mando de la primera división y al coronel Plaza el de la segunda; pero después de la entrevista quedaron estos dos jefes con la segunda y tercera división y Páez frente de la primera.

al valiente español que ha caído en el campo republicano coronado por la gloria. García accede y envía un piquete con bandera y corneta, el cual va a asistir, a nombre de España, a rendir los últimos honores al valor desgraciado. El piquete atraviesa la profunda quebrada; españoles y patriotas se han mezclado, y las banderas de España y de Colombia se inclinan ante el yerto cuerpo del oficial español. Los centauros en formación, los soldados de los diversos batallones patriotas, Páez con su estado mayor y con éstos el grupo de Valencey, acompañan a una fosa abierta sobre pequeña y solitaria eminencia de la pampa, un cadáver descubierto, conducido por españoles y americanos. Terminados los honores militares, las banderas de Colombia y de España se cruzan; Páez saluda con su espada a Valencey que presenciaba esta escena a poca distancia. El grupo español se retira, y algunos lloran, cuando de pronto se escucha la voz atronadora del coronel García que saliendo al borde de la quebrada, en el campo español, dice: *Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos*[44].

Y los contendientes, después de concluida la tregua, vuelven a la carga. Lluvia copiosa comienza a caer entonces sobre vencedores y vencidos.

Cuando llegan a Valencia, donde Valencey abandona su artillería y resiste los ataques de Páez con ardoroso denuedo, el vencedor exclama: “Basta de persecución; esos valientes son dignos de salvarse”. En efecto, la lluvia imposibilitando el ataque de los centauros, por haber humedecido el suelo arcilloso, donde no podían sostenerse los caballos, vino como socorro oportuno a los vencidos, vencedores, porque huían con honra y con gloria.

Allá va Valencey, el batallón sagrado de Carabobo, en solicitud de la sombra y de la cuesta de Puerto Cabello, a cuyo pie encontrará grato reposo. Allá va, entre las luces indecisas del crepúsculo de la tarde. Lleva su bandera no ya como mortaja, sino como enseña de gloria.

¿Quién está a la cabeza de esa muralla viviente, de esos héroes de la derrota, vencedores porque huyen con honra y con gloria?…

---

44. Estas frases figuran en un interesante artículo titulado “Al general Páez (Recuerdos personales)”, publicado en Colombia por el conocido escritor Salvador Camacho Roldán, reproducido en *El Fonógrafo* de Maracaibo en julio y agosto de 1890.

Un oscuro oficial, un simple coronel manda aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos: llamábase don Tomás García. Fue en Carabobo donde se dio a la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera gritó su nombre en la insigne jornada, y todos los que asistían a ello lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apellidaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo: la tradición apenas dice poco más: empero, para brillar como brilló en medio a tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro de luz propia. El sol de España en el ocaso tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodía: lanzó un rayo de luz que a todos deslumbró: fue aquel rayo García, su disco, Valencey.[45]

A la siguiente mañana Valencey estaba seguro en el castillo de Puerto Cabello. Pocos días después, el general La Torre realzaba aquellas frases de García, el jefe del Valencey: "Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos", con la siguiente esquela a Bolívar, fechada en Puerto Cabello, a 6 de julio:

Excelentísimo señor.

Ha llegado a mi noticia que por V.E. han sido tratados con toda consideración los individuos del ejército de mi mando, que han tenido la desgracia de ser prisioneros de guerra. Doy a V.E. las debidas gracias por este rasgo de humanidad que me hace disminuir el sentimiento de la suerte de dichos individuos; esperando que continuará de este modo dando pruebas nada inequívocas de que hace renacer las virtudes sociales que habían desaparecido por el enardecimiento de las pasiones, que han desolado estos fértiles países.
Dios guarde a V.E. muchos años.
Cuartel General de Puerto Cabello, 6 de julio de 1821.

Miguel de la Torre.

45. Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1883, 599 p.

¿Carabobo había sellado por completo la independencia de Venezuela? No: había necesidad de que se realizaran ciertos hechos: era natural que la ola tempestuosa se desvaneciera al llegar a la lejana orilla. Estaba escrito que, en los años que siguieran al triunfo de Carabobo, el famoso coronel García, digno de Jenofonte, muriera con honra en las ciénagas de Sinamaica, y que Valencey, diezmado por la guerra, por los contratiempos, desapareciera de la escena: estaba escrito que el caballeroso La Torre dejara el mando de Venezuela con honra y apareciera como jefe de una colonia española en las Antillas; estaba escrito que Morales infatuado asumiera el mando supremo de Venezuela, no para vencer sino para ser vencido: no para imponerse con la fuerza, sino para acogerse a la generosa capitulación del vencedor.

Todavía más: estaba escrito que Páez, después de sorprender a Puerto Cabello, tendría en 1823 que imponerse al ejército español encerrado en la fortaleza. Páez, vencedor en Carabobo, al pasar el puente del castillo de San Felipe y recibir los honores militares, en presencia de la bandera de Castilla, por el ejército español en Venezuela, después de haber desaparecido Morillo, La Torre, García y el batallón sagrado de Valencey, es el brillante corolario de la jornada de Carabobo.

MÁS MALO QUE GUARDAJUMO*
(Crónica popular)

"¡SÉPASE QUIÉN es Calleja! y "¡Es más malo que Calleja!" son dos refranes que pertenecen el uno a México, y el otro a Lima. Si estos dos Callejas fueron hermanos, a lo menos por el nombre, hay otro refrán que fraterniza con ellos, y es venezolano, a saber: "¡más malo que Guardajumo!". Aceptemos que si Guardajumo no fue de la parentela de los Callejas, pertenece a los bastardos de la familia y sigamos con el refrán.

Abrimos a Palma, en su célebre libro de *Tradiciones peruanas*, y leemos:

> En Méjico es popularísima esta frase: ¡Sépase quién es Calleja!
> En la guerra de independencia hubo en el ejército realista un general don Félix María Calleja, al cual dieron un día aviso de que los *guachimangos* o patriotas habían fusilado con poca o mucha ceremonia, que para el caso da lo mismo, cuatro o cinco docenas de pirineos.
> El General español montó á caballo y se puso a la cabeza de sus tropas diciendo: —ahora van a saber esos *pipiolos* ¡quién es Calleja!
>
> Veremos de los dos cual es más bruto
> Si Roldán eres tú, soy Farraguto
>
> Y sorprendiendo a los insurgentes, cogió algunos centenares de ellos, los enterró vivos en una pampa, dejándoles en descubierto la cabeza y mandó que un regimiento de caballería evolucionara al galope. Cuando ya no quedaron

---

* Los llaneros no dicen Guarda humo, como debe escribirse, sino que aspirando la h, pronuncian Guadajumo, uniendo las dos voces. Hoy Guardajumo es el apodo del famoso salteador, tema de esta crónica.

bajo los cascos de los caballos, cráneos que destrozar, aquel bárbaro se dio en el pecho una palmada de satisfacción exclamando: Sépase quién es Calleja. Y en seguida, para quedar más fresco, se bebió un canjilón de horchata con nieve.[46]

He aquí el origen del refrán mexicano ¡Sépase quién es Calleja! Respecto del peruano. ¡Es más malo que Calleja! Palma nos hace un historial de aquellos célebres *talaverinos*, del batallón Talavera, compuesto de ochocientos angelitos, escogidos entre lo más granado de los presidios de Ceuta, Melilla y la Carraca en 1814. Uno de los oficiales de esta pandilla de presidiarios, el capitán don Martín Calleja, vestido de gala, tropezó, en cierto domingo, al doblar una esquina, con un pobre negro que cabalgaba en un burro. Que el Capitán no supiera sacarle la suerte al animal o que el jinete, por torpe en el manejo del asno, no pudiera evadir el percance, es lo cierto que el talavetino metió el pie en un charco, y el lodo le puso el pantalón en condiciones de inmediato reemplazo, como nos dice Palma.

Ya supondrá el lector lo que sucedió y debía suceder: el Capitán desenvainando la espada se fue sobre el burro y lo atravesó. En seguida acometió al infeliz jinete, quien lloró, suplicó, imploró, a cuyas plegarias fue sordo el capitán, pues le clavó el arma en el pecho, acompañando el lance con sapos y culebras que salían de la boca de tan valeroso militar.

¡Qué nos importa la suerte del juramento y la del pobre esclavo! La justicia humana es elástica, y a ella debemos someternos. Pero si no hubo justicia, por lo menos surgió el refrán que dice: ¡Es más malo que Calleja!

Pues señor, estos dos Callejas no valen un bledo al lado del famoso Guardajumo, cuyo nombre es conocido en la dilatada pampa del Guárico, desde fines del último siglo. Guardajumo es uno de los pocos hombres que han sabido poner por obra los siete pecados capitales: amó a Dios y al prójimo sobre todas las cosas: codició lo ajeno, y todo fue suyo: sacrificó hombres, mujeres y niños; satisfizo todos los apetitos, infundió pavor, y desapareció, alcanzando lo que tantos hombres ambicionan: un nombre ruidoso, la gloria.

46. Palma, *op. cit.*

En el pueblito de los Ángeles, antiguo lugar de misión al sud de Calabozo, nació por los años de 1780 a 1782 el indio Nicolás, descendiente de aquellos feroces Guamos, que en remotas épocas asolaron las comarcas del Guárico. Desde muy niño, Nicolás había dado indicios de rapacidad, pues robaba a la madre cuanto objeto podía para venderlo al primer muchacho con quien tropezara. Mal acompañado siempre, Nicolás continuaba dando pruebas de lo que sería algún día, cuando sufre el primer carcelaje, al cual siguieron otros más; pero como mozo astuto y ágil, hubo de sustraerse a poco andar, de las persecuciones de la autoridad, burlando toda vigilancia. Adulto al comenzar el siglo, Nicolás da comienzo a su carrera de crímenes atroces: ya atrae a los viajeros y los sacrifica, ya azota los hatos cuyos animales destruye; ya roba a los arrieros conductores de mercancías. Si desaparece por algún tiempo es para hacerse olvidar, volver resuelto a la carga con nuevas fuerzas y cometer todo género de atentados. Siempre estaba acompañado de hombres perdidos que obedecían a sus órdenes y siempre se presentaba con su infernal gavilla de manera tan inesperada, que no dejaba tiempo para la defensa. Su ligereza, su agilidad y su manera de aparecer y desaparecer, motivaron que los pueblos le tomasen por brujo, y por esto huían de él como del espíritu maligno. Llamábale el vulgo Guardajumo y con este hombre era conocido en muchas leguas a la redonda de la zona de los llanos de Barcelona, del Guárico, de Aragua, etc. Nombrábanle así porque cometía un crimen, y tras éste otros, sin que las autoridades pudieran apresarle. Se creía, y él lo aseguraba, que sabía transformarse en tronco de árbol cubierto de humo por todas partes, para reírse de cuantos le buscaban. Decían otros, que debía tal nombre al no formar una sola fogata en el lugar de la pampa donde almorzaba, sino varias muy limitadas, para que así no pudiera la columna de humo verse desde lejos. Tal fue la opinión del vulgo, respecto del temido bandolero.

En los días en que Guardajumo, acompañado de su gente, talaba los llanos y era el espanto de los viajeros y pobladores de hatos, comerciaban con la vecina isla inglesa de Trinidad dos jóvenes, español el uno y venezolano el otro. Las mercancías entraban por el puerto de Güiria, y en recuas eran conducidas a los diversos poblados del Guárico. Para salvar el producto de su trabajo de la codicia de la turba de asesinos a cuya cabeza sobresalía

Guardajumo, los dos comerciantes se pusieron al frente de su caravana, acompañados de peones valerosos. En cierta noche, al pasar del abra de los llanos barceloneses a la pampa del Guárico, la caravana fue acometida por los salteadores. El choque fue muy rápido porque los jóvenes se lanzaron sobre los bandidos, derribaron a cuatro de ellos e hicieron poner en fuga a los restantes, entre los cuales iba herido el famoso Nicolás.

¿Quiénes eran estos esforzados mancebos que con tanto brío habían vencido a tan temida pandilla de salteadores? Ya lo diremos más adelante.

Después de repetidas aventuras, siempre sangrientas, en las cuales el célebre Nicolás satisfacía sus pasiones insaciables, fue delatado por uno de sus compañeros, su tío Chepe Gune, tan malo como el sobrino. Sentenciado a muerte, no hubo en Calabozo verdugo que lo llevara al patíbulo, teniendo que pedirse uno a Caracas. El vulgo, que se hace siempre eco de todas las patrañas imaginables, asistió a presenciar la ejecución de Guardajumo, creyendo que iban a efectuarse las promesas del criminal, cuando aseguraba que de la horca iba a escaparse, porque conocía los medios que debía poner en juego para que el cordón no le tocara el cuello. Mil y más mentiras fueron creídas, y no faltaron personas que se encerraron en sus casas el día de la ejecución, temiendo que se realizaran los vaticinios de Guardajumo.

Vuelta la paz a los llanos del Guárico y con ella la confianza y el contento, los llaneros tornaron a sus bailes y recreaciones favoritas. Un poeta calaboceño, Gil Parpacén, perteneciente a un grupo de hermanos que más tarde figuró con brillo en la guerra de independencia, compuso el siguiente *corrido*, canto popular, para celebrar la memoria del célebre bandolero descendiente de los Guamos[47]. Aceptaron la poesía los cantores llaneros, y durante muchos años fue la canción más celebrada de la pampa. A proporción que nos alejamos de aquella época, 1800-1806, los versos van de-

47. Este apellido nos recuerda los cuatro distinguidos hermanos Parpacén, hijos del Guárico, los cuales figuraron en la época de independencia. Gil Parpacén fue el poeta de la familia y de la patria: Nicolás militó desde un principio con los republicanos, y fue una de las víctimas de Mosquitero en 1813; y Dionisio y Diego figuraron en primera línea en las campañas de Páez. El último, como teniente, fue uno de los ciento cincuenta centauros de las Queseras del Medio.

sapareciendo, porque nuevos cantores suceden a los que mueren: no así el refrán, pues en muchos pueblos y ciudades para fotografiar a ciertos tipos se dice todavía: MÁS MALO QUE GUARDAJUMO.

He aquí un fragmento del corrido de Parpacén:

En nombre de Dios, comienzo,
autor de todo lo creado,
y su patrocinio invoco
yara morir arreglado.
Sepa el mundo y sepan todos
que esto que voy declarando
es mi final voluntad:
que se guarde y cumpla mando.
Yo, Nicolás Guardajumo,
cuyo apellido me han dado
mis ruidosos procederes;
descendiente de Los Guamos.
En la misión de los Ángeles
casado y avecindado,
viéndome, como me veo,
a la muerte muy cercano.
No por achaque ni mal
que mi Dios me haya mandado,
sino porque mis delitos
me han reducido a este estado;
Y, por muy justa sentencia,
a muerte estoy condenado,
y a que en manos de un verdugo
públicamente sea ahorcado,
Y mi cabeza se ponga
en un eminente palo,
donde sirva de escarmiento
y de freno a los malvados.
No pidan misericordia
ni hagan ningún alegado,
pues yo, que soy el paciente,
con todo me he conformado.

Luego que yo, con mi vida
haya mi culpa pagado,
a Dios remito mi alma
y a su tribunal sagrado.
De mi cuerpo no dispongo
ni después de ajusticiado.
¡Qué la justicia disponga
y obre según he mandado!

....

A una enamorada mía
le di un fuerte machetazo,
del que pienso que murió,
según noticias me han dado.

....

¡No me contuvo la unión
ni el parentesco inmediato!
¡Dios perdone tantas culpas
y tan atroces pecados!
La muerte que yo más siento
y la que más he llorado
fue la que yo mismo di
en el caño del Caballo
a uno nombrado Loreto,
con quien estaba cenando;
Pues con su propio cuchillo
(que él me lo había prestado)
le di varias puñaladas
solamente por robarlo.

....

Y supuesto que del mundo
la justicia me ha juzgado,
falta ahora la del cielo
que es caso más apretado.
¡Sufre Dios al pecador
hasta el tiempo prefinido,
y luego que le ha servido
de tiernísimo amador
se vuelve Dios juzgador!

De la nada, polvo y humo
se ha formado aquel Dios Sumo.
La última hora ya presumo
que ha llegado a Guardajumo.
Y ya el Todopoderoso
quiere que de acuesta suerte
pague tanta y tanta muerte
el infame Guardajumo.
Ya determinó el Dios Sumo,
omnipotente e inmenso,
que de tres palos suspenso
satisfaga Guardajumo.

Tornemos ahora a la noche en que el bandido fue herido. ¿Quiénes fueron aquellos mozos comerciantes, resueltos, valerosos, hombres de pecho al agua, que pusieron en fuga a los asaltadores? Ambos frisaban en los veinte y cinco años, y ambos ignoraban que iban a desempeñar importantísimo papel en el drama sangriento que a poco iba a conmover la América española. Para ambos había llegado el momento de separarse para seguir rumbos opuestos: el venezolano se quedaba a la sombra del hogar paterno, en tanto que el español iba a desplegar en el comercio nuevos instintos y a sufrir justas persecuciones. ¿Quiénes eran? La historia los conoce con los nombres de Jacinto Lara el uno, y el otro con el de José Tomás Rodríguez, que se cambia por el de José Tomás Boves. ¡Qué dos tipos! No tenían de común sino el arrojo, el valor, la resolución inquebrantable, que por lo demás no admiten paralelo. El uno, Boves, iba a aparecer como el azote de los campos y de las ciudades, el monstruo de la guerra a muerte, el hombre feroz, implacable, en el caballo de Atila; la hidra de mil cabezas, retorciéndose en charcas de sangre. El otro, es el tipo del militar apuesto y distinguido, del patricio que, después de conquistar laureles desde las orillas del mar hasta las nevadas cimas del Cuzco, alcanza victorias, grados, honores y recompensas, y acompaña a Bolívar en su caída, para después ir como Cincinato a reposar de largas fatigas y por largo tiempo, bajo la sombra de los árboles amigos del hogar, al lado de la esposa y de los hijos.

Cuando llegan los días de 1810 a 1811, Lara se había ya afiliado en

el bando patriota. A poco aparece Boves en la pampa venezolana, como el trueno que en lontananza anuncia la tempestad. Había llegado la época tenebrosa. ¿Quiénes serán los vencedores, quiénes los vencidos? Lara comienza con Miranda, y cuando estalla la catástrofe de 1812, busca a Bolívar y le acompaña con éxito feliz al comenzar por occidente la campaña de 1813; pero a poco el joven guerrero, después de mil peripecias desgraciadas, logra salvarse, para aparecer en la región opuesta, a las órdenes del jefe oriental, general Mariño. La guerra a muerte estaba en todo su esplendor. El esforzado mancebo de los años de 1804 a 1806, va a tropezar con su antiguo compañero de la pampa del Guárico: van a chocarse frente a frente y quizá sin reconocerse. En Bocachica está Lara afortunado, desgraciado en el Arador; y tras de victorias y derrotas, llega a Carabobo, al lado de Bolívar y Mariño. Carabobo fue un gran triunfo al borde de un abismo. De repente reaparece Boves y frente a él Lara en la Puerta, en Aragua, en Maturín y en Urica, sepulcro de aquél. La derrota ha perseguido por todas partes a los patriotas; pero el vencedor había sido vencido. Atila, en las convulsiones de la muerte, se había asido de la misma yerba tostada por el casco de su caballo.

A poco reaparece Lara en la pampa venezolana a orillas del Orinoco y del Apure, con Piar y con Páez. Desde esta época, 1816-1817, el esforzado campeón no sufre interrupciones, que prolongada serie de victorias le acompaña. Con Bolívar trasmonta en 1819 los Andes de Cundinamarca para participar de los triunfos de Bonza, Gámeza, Vargas y Boyacá. Aparece en seguida al frente de los batallones Rifles, Pamplona y Flanqueadores, y en tierra neogranadina se corona acá y allá de inmarcesible gloria: continúa con Bolívar en la campaña del Ecuador y entra después en el Perú al frente de los batallones Rifles, Vargas y Vencedores. Las legiones de Colombia, los jinetes venezolanos dominan los Andes y siguen en solicitud de las ciudades indígenas y de la cuna de Manco-Capac.

Con su MILLER los "Úsares" recuerdan
el nombre de Junín: Vargas su nombre,

y "Vencedor" el suyo con su LARA
en cien hazañas cada cual más clara.[48]

Adelante, que en Ayacucho está Lara mandando la retaguardia y contribuyendo al brillante éxito de esta gran jornada. Había llegado a la elevada meta de su carrera, después de haber militado por todas partes y dejado nombre preclaro en los anales de tantos pueblos americanos.

48. José Joaquín Olmedo, "Canto a Bolívar", *La victoria de Junín*, Caracas, Rojas Hermanos editores, 1872, 128 p.

RESOLUCIÓN DE UN MITO BIBLIOGRÁFICO*

LA EXISTENCIA de un libro impreso, ahora ciento sesenta y siete años, continuación de la obra cuya primera parte, con el título de *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, dio a la estampa en Madrid, en 1723, don José de Oviedo y Baños, vecino ilustre que fue de Caracas; volumen en el cual se da el origen de las antiguas familias que fundaron esta capital y otras ciudades venezolanas, haciendo aparecer muchas de aquéllas como descendientes de presidiarios y galeotes que durante la época de la conquista de América se establecieron en Caracas; tal es el tema de la tradición que, desde tiempo atrás, viene repitiéndose y comentándose por cada generación.

¿Quién no conoce el nombre de don José de Oviedo y Baños, historiógrafo de la antigua provincia de Venezuela? Si muchos habrán sido los lectores del I volumen de la obra cuyo título dejamos escrito, publicado primeramente en Madrid en 1723, reimpreso en Caracas en 1824, y últimamente en Madrid en 1885, muchos serán también los que hayan repetido inconscientemente el tema de la tradición, y adicionádolo con frases y conceptos ofensivos a la honra ajena.

La crítica de esta tradición, que nos es conocida desde la temprana edad, y el estudio de las tendencias del autor y de la época que se propuso escribir, nos servirán de argumento para estas páginas.

Como en todas las cuestiones de interés histórico que aparecen vela-

* Oviedo y Baños, *op. cit.*, v. 2.

das por el misterio y hermoseadas por la fábula, opiniones encontradas se chocaron desde el momento en que surgió la tradición en el campo de la sociedad caraqueña. Aseguraban unos que el II volumen había sido recogido por las autoridades españolas, a poco de haber visto la luz pública, mientras que otros decían que las personas aludidas por el autor fueron las que, a precio de oro, lograron agotar la edición, de tal manera, que era ya imposible haber a la mano un ejemplar. Para unos y otros, lo que daba grande interés al volumen eran las genealogías de cada familia y los conceptos picantes o infamatorios con los cuales las aderezaba el historiador. Pero, en contra de tales opiniones aseguraban otros, y éstos eran los más, que el volumen II de la obra de Oviedo y Baños nunca fue publicado y que los materiales, a la muerte del autor, quedaron manuscritos. Agregaban que la tal fábula había nacido de la ojeriza secreta que se guardaban ciertas familias del último siglo, la cual se había despertado con la creación de la República de Colombia, que reconocía nuevos títulos: los adquiridos en los campos de batalla, en las asambleas, en la prensa y en el ostracismo, por servicios hechos a la causa de la independencia americana. Por remate de cuentas, se hablaba de una monja que había sido azotada por el obispo Mauro de Tovar, durante el pontificado de este prelado, lo que daba a la tradición aspecto sombrío y repugnante.

Es de advertirse que en cada oportunidad en que hemos tropezado con algunos de tantos que se ufanaban de haber tenido en sus manos el referido volumen, nunca pudimos recabar de ninguno siquiera que se nos enunciaran los títulos de los capítulos y se nos diese, en síntesis, una idea general del plan seguido por el autor. Este hecho repetido, y el no haberse publicado, hasta hoy, noticia alguna referente a los diversos materiales de interés histórico que debieron figurar en la obra, nos confirman con otras razones que expondremos más adelante, que la publicación del II volumen de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* por Oviedo y Baños, es una de tantas fábulas que han ocupado la expectativa pública durante cierto lapso de tiempo.

Pero si el volumen en cuestión jamás llegó a las prensas tipográficas de Madrid, no por esto dejó de conservarse manuscrito, como ya verán nuestros lectores. Nos cumple desde luego demostrar: primero, que el II

volumen de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños no fue impreso; y segundo, que conservóse manuscrito durante ciento y más años en Caracas, en poder de uno de los descendientes del historiador, siendo al fin devorado por las llamas.

Entremos en materia.

En remotos tiempos la averiguación de un hecho era empresa algo difícil, pues el espíritu investigador no había alcanzado los medios de que hoy dispone para la resolución de los más intrincados problemas, ora en el orden de la naturaleza, ora en el de la historia y desarrollo de la sociedad humana. El ensanche de las conquistas científicas por una parte, y el comercio y comunicación de los pueblos por la otra, han cambiado por completo la faz del mundo actual. Después que la tradición referente al II volumen de la obra de Oviedo y Baños pasó los mares y se hizo conocer de ambos mundos, el interés de los bibliófilos americanos entró en acción, dando nuevo interés a la fábula caraqueña. Cuarenta años de diligencias, tanto en Europa como en América, han dado un resultado negativo respecto de la existencia del mencionado volumen. Americanistas tan acomodados como activos, después de haber solicitado la obra con singular constancia en las bibliotecas públicas y privadas de España, de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de las Antillas españolas y de las Repúblicas hispanoamericanas; es decir, de los principales centros de la bibliografía española, han llegado a convencerse de que la publicación del referido volumen pertenece a las fábulas bibliográficas, y que es por lo tanto inútil continuar en este género de investigaciones. Por lo que diremos más adelante se verá confirmada esta opinión.

El patrimonio Oviedo y Baños data en Caracas desde fines del siglo décimo séptimo. Del ilustre oidor de Santa Fe de Bogotá, don Juan Antonio de Oviedo y Rivas, descendiente de noble estirpe y de doña Josefa de Baños y Sotomayor, de igual linaje en Bogotá, vinieron al mundo los hermanos Diego Antonio, Juan Antonio, y José Oviedo y Baños que han dejado en varios países de la América española nombres célebres por haber sido espíritus tan rectos como doctos y escritores de ilustración y nombradía.

Por muerte, en 1672, del Ilustrísimo obispo de Caracas y Venezuela, fray Antonio González de Acuña, de grata memoria, el monarca español

nombró para sucederle al obispo de Santa Marta, don Diego de Baños y Sotomayor, tío de Oviedo y Baños. Al instalarse el nuevo Prelado en Caracas, en 1684, trajo consigo al menor de los sobrinos, a José, joven ilustrado, quien al lado suyo continuó la educación que desde Nueva Granada había comenzado a recibir. Muerto el obispo en 1706, don José quiso permanecer en su nueva patria, donde ya figuraba no sólo por sus talentos sino también por sus excelentes condiciones sociales y morales. Desde 1700 sobresalía don José como regidor del Ayuntamiento, y más tarde, de 1710 a 1715, como teniente general de la provincia de Venezuela. Casado años antes con la señora doña Francisca Manuela de Tovar y Mijares y Solórzano, viuda del provincial y alcalde mayor de la Santa Hermandad, don Juan Jacinto Pacheco y Mesa, dio origen a una de las principales familias del siglo décimo octavo. De este enlace nacieron Juan Antonio, Francisco Javier, Rosalía, María Isabel y Rosa de Oviedo y Tovar, de donde entroncan las actuales familias de Escalona, Monasterios, Blanco Ponte, etc. etc. etc. y Clavijo y Mora en el Perú. El patronímico Oviedo y Baños está extinguido en Venezuela.

Inclinado desde muy joven al estudio de la historia americana, don José quiso registrar desde su llegada a Caracas, los archivos, comenzando así, a reunir los materiales que debían servirle de basa para alguna obra de interés histórico. En efecto, después de haber estudiado las diversas épocas de la historia de Venezuela y los cronistas que le habían precedido; después de establecer la cronología de los sucesos, tanto en el orden civil como en el eclesiástico, y redactado dos libros que le sirvieron de pauta y de consulta, escribió la primera parte de la conquista y población de Venezuela, la cual vio la luz pública en Madrid, en 1723, con el siguiente título: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela, escrita por don José Oviedo y Baños, vecino de la ciudad de Santiago de León de Caracas, etc. etc.* 1 vol. en 4º, impreso por don Gregorio Hermosilla. De esta edición se encuentra con dificultad uno que otro ejemplar, tanto en Venezuela como en el extranjero.

Creada la República de Colombia en 1821, era natural que la imprenta se ocupara en propagar cuantas obras se conexionaran con la historia de Venezuela, pues que había comenzado la enseñanza sin restricciones,

y la más completa libertad del pensamiento daba vuelo a la juventud de aquella época y trabajo a los establecimientos tipográficos. En 1824 las prensas editoriales de Navas Spínola dieron una segunda edición de la primera parte de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños, 1 vol. grueso en 4º menor, de 630 páginas, la cual tuvo brillante aceptación. Con dificultad se encuentra en el comercio alguno que otro ejemplar de esta edición.

Últimamente, en 1885, el capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, de la Real Academia de la Historia, acaba de dar a la estampa en Madrid, en la casa editorial de Navarro, una nueva e importante edición de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños. Consta de dos gruesos volúmenes en 4º menor, de más de 400 páginas cada uno, precedida de notable introducción. El ilustre académico, después de enaltecer los méritos del patronímico Oviedo, tanto en España como en América, nos habla en primer término de las fuentes que dieron al autor rica copia de materiales, y después, de los nuevos documentos con los cuales enriquece su edición; explayándose en frases conceptuosas, respecto de España y América, de la conquista castellana y de la fraternidad que debe unir a pueblos de un mismo origen ligados por vínculos indisolubles. Las justas apreciaciones que hace el docto académico, respecto de las fuentes en las cuales se inspiró Oviedo y Baños, concuerdan con las que ahora años dimos a la luz pública, en Caracas, cuando disertamos acerca de los primitivos historiadores de Venezuela, y fijamos el lugar que corresponde a Oviedo y Baños. Satisfactorio es para nosotros semejante coincidencia, porque da interés palpitante a lo que escribimos en época no remota. El trabajo del señor Fernández Duro nos parece por otra parte digno de los mejores elogios; y es de esperarse que todos los amantes de Venezuela posean un ejemplar de tan ilustrada como nítida edición de una obra ya extinguida.

Es de extrañarse que Navas Spínola no hubiera precedido su reimpresión de un prefacio, en el cual nos diera noticias de lo que entonces se decía respecto del II volumen de la obra y de su paradero. El silencio del editor caraqueño nos confirma en la opinión de que los materiales de la segunda parte de la obra de Oviedo y Baños, nunca llegaron a las prensas de Madrid. En apoyo nuestro léase lo que Fernández Duro nos dice:

> Es posible que para la segunda parte, que Oviedo destinaba a las ocurrencias del siglo XVII, reservara capítulo especial en que tratar con buen desempeño, de las naciones bárbaras sometidas por los españoles: desgraciadamente esta parte, la de mayor interés, la que con vista de los documentos anteriores había de redactar, su revelación de sucesos ignorados, *no se dio a la estampa, sin que se conozca el paradero del manuscrito, muy adelantado ya a juzgar por sus propias indicaciones. Únicamente se imprimió la parte primera en Madrid.*

Por cuanto dejamos escrito queda probado que el II volumen de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños nunca fue publicado, y que cuanto se ha dicho, acerca de su existencia en Caracas o fuera, no pasa de ser una fábula que se ha estado repitiendo inconscientemente por las generaciones que nos han precedido.

Investiguemos ahora cuál fue la suerte que corrieron los manuscritos del historiador.

Es un hecho que Oviedo y Baños asentó en dos gruesos volúmenes manuscritos, los principales sucesos de la historia de Caracas, así como las reales determinaciones y cosas notables, desde la fundación de esta capital hasta el año de 1702. Este fue el trabajo preparatorio, resultado de prolongadas investigaciones en los archivos públicos y privados, trabajo que le sirvió para redactar los dos volúmenes de la *Historia de Venezuela.* Publicada la primera parte en Madrid, en 1723, llegó a concluir la segunda, y en víspera de salir para Madrid estaba aquélla, cuando el autor tropezó con inconvenientes de familia. Opinó ésta por dar el trabajo a la publicidad más tarde, pues el historiador, sin darse cuenta de que estaba emparentado con la familia Tovar, escribió con espíritu recto y con pluma serena los principales acontecimientos del apostolado de Mauro de Tovar, 1640-1653. Así fue retardándose la publicación del II volumen, cuando el historiador, de edad avanzada y achacoso, murió por los años de 1732 a 1735, dejando a sus hijos, como rico legado, sus lucubraciones históricas.

Muerto Oviedo y Baños, la familia comenzó a enaltecer su memoria, mucho se habló de sus manuscritos, y aunque fue muy limitado el número de personas que los leyeron, en el público llegó a trasparentarse la opinión del autor sobre los principales sucesos del siglo décimo séptimo. Aunque con sigilo, desde entonces comenzó a hablarse de esta materia, haciendo

cada uno los comentos que sugiera la fantasía, cuando la malicia interviene en cuestiones enigmáticas.

¿Dónde están los libros manuscritos, importante resumen cronológico de los materiales que sirvieron a Oviedo y Baños para redactar las dos partes de la *Historia de la conquista y población de la antigua provincia de Venezuela*? ¿Dónde están los manuscritos originales del II volumen que nunca llegó a publicarse? El hijo mayor de Oviedo y Baños, Francisco Javier, nos va a resolver la primera pregunta.

En el libro de actas capitulares del Ayuntamiento de Caracas, correspondiente al año de 1765, en acta de 22 de abril, leemos:

> En este Cabildo, el señor Conde de San Javier hizo presentes dos libros que dijo haber adquirido del señor Regidor don Francisco Javier de Oviedo que se los franqueó para el uso del Ayuntamiento, el cual habiéndolos reconocido y hallado utilísimos para su archivo, y como una clave de él, en la que se conserva la memoria de las reales determinaciones y cosas notables desde la fundación de la ciudad; y teniendo presente que el primero con facultad para el registro de sus papeles, dio este mismo Ayuntamiento al señor Regidor don José de Oviedo y Baños, formó este sabio vecino y benemérito historiador de la provincia, digno de la memoria de ella por sus grandes y conocidas prendas y por sus acreditados talentos de sabiduría y virtud, corriéndolo hasta el año de mil setecientos dos. Y que el otro, hasta el de mil setecientos veinte y dos, lo siguió con el celo é inteligencia que le asiste el señor Regidor don Juan Luis de Escalona, y que sería cosa lastimosa que no se conservasen y continuasen los índices que contiene; mandaron que así se haga y que para este efecto se copien y *reservadamente* se guarden en el archivo capitular y que se procure su perfección é integridad hasta el tiempo presente, y para ello se forme un índice alfabético, para que en los casos ocurrentes se busquen y encuentren con facilidad los antecedentes de cualquier asunto; todo lo que se puso al cuidado del señor Regidor don Francisco de Ponte que de ello se encargó.[49]

He aquí un documento comprobatorio de que estuvieron en el archivo del Ayuntamiento los apuntes cronológicos de la *Historia de Caracas y de Venezuela*, que sirvieron de basa a la obra de Oviedo y Baños. Empresa de

49. *Actas del Ayuntamiento de Caracas*, 1765.

romanos sería proponernos averiguar en cuál época, documentos tan importantes fueron sustraídos de este archivo; y más difícil aún, saber quién los guarda.

Respecto del paradero del II volumen manuscrito de la *Historia de Venezuela*, que a la muerte de Oviedo y Baños quedó en poder de su familia, por muerte de los varones pasó al señor regidor don Juan Luis de Escalona, casado con una nieta del historiador. Finalmente, vino a manos del señor deán don Rafael de Escalona, quien lo conservó hasta ahora cincuenta o sesenta años. El precioso manuscrito, artísticamente copiado por uno de tantos pendolistas que existieron en Caracas durante el último siglo, y empastado con solidez, después de haber sido leído por muy pocas personas, de las cuales aún existe una muy respetable, lo obtuvo el historiador Yanes[50]. No sabemos si el volumen desapareció antes o después de la muerte del doctor Yanes; pero es lo cierto que fue quemado por un personaje de la familia Tovar. Censurable nos parece este hecho, pues despojó a Venezuela de un trabajo histórico escrito con conciencia recta, obra de un patricio cuyo nombre es timbre de América y de Venezuela. Por otra parte, los sucesos escandalosos del pontificado de Mauro de Tovar, debidos a un abuso de autoridad y al carácter intransigente del Prelado, en nada, absolutamente en nada, han tildado el buen nombre de la familia Tovar. Los hombres públicos pertenecen a la historia.

Reconstruyamos ahora el volumen perdido de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños, pues que conocemos los sucesos verificados desde 1600 a 1703. Atrevimiento parecerá para alguno, el que osemos acometer empresa semejante; pero como abundantes en datos de todo género han sido para nosotros los archivos públicos y privados de Caracas, estamos en un campo que nos es familiar. Daremos, en síntesis, una idea general de la época que abarcó el autor, de los diversos capítulos de la obra, y sin detenernos en pormenores, llegaremos a resultado satisfactorio.

La sociedad caraqueña, al comenzar el siglo décimo séptimo, se halla-

---

50. Después de la muerte del doctor Yanes, en repetidas ocasiones, comisionados especiales se han acercado a la familia de éste, ofreciendo dar por el volumen manuscrito lo que se exigiera; pero inútiles han sido los ofrecimientos, porque el volumen no existe.

ba en estado rudimentario. Treinta y tres años antes se había fundado a Caracas y ésta no pasaba de ser una miserable aldea, cuyos moradores, que apenas llegaban a 1.500, carecían de las cosas más indispensables. Cinco años hacía que el gobernador Osorio había dado vida política y social a este caserío cuyos principales habitantes vendían carne, curtían cueros, fabricaban jabón o cultivaban el trigo que daba a la ciudad el pan cotidiano.

Desde tiempo atrás, Carlos V, con el objeto de que la población de Venezuela se desarrollara, había creado la aristocracia venezolana, haciendo nobles a las hijas de los caciques. De esta manera los soldados castellanos que habían entrado en la conquista, sin títulos, sin antecedentes de familia, al contraer matrimonio con las indias, comenzaban a participar de ciertos fueros y privilegios. Esta alianza de los castellanos con las indígenas fue lo que constituyó desde remotos tiempos el *mantuanismo*[51]. Mas al lado de la nueva aristocracia figuraron también las familias españolas que con antecedentes nobiliarios más antiguos y bienes de fortuna, vinieron del Tocuyo, de Valencia o de alguna provincia de España a fijarse en Caracas.

Desde luego se comprende, que se crearon en la sociedad caraqueña dos círculos: el de los mantuanos americanos y el de los nobles de más allá del Atlántico que se juzgaban superiores, aunque ambos figuraban, desde un principio, al frente de la administración pública, adquirieron las tierras que quisieron, tuvieron encomiendas, se hicieron dueños de la riqueza territorial, ensancharon el culto religioso, coadyuvaron a la creación de templos, y defendieron la Patria americana contra el extranjero, contribuyendo así al ensanche y prosperidad de la colonia venezolana.

Durante el siglo décimo séptimo, el desarrollo de cada círculo, dio motivo a multitud de ridiculeces, puesto que cada familia creía valer más

51. El vocablo *mantuano* (y de este *mantuanismo*), podía derivarse de los mantos que acostumbraban llevar los caciques indígenas y las hijas de éstos. Sábese que una de las cosas que más llamó la atención de Hernán Cortés, fueron los mantos que llevaban los embajadores de Montezuma. Hay otro origen, que viene de que las señoras de Caracas que pertenecían al mantuanismo, se cubrían la cabeza con la noble falda del camisón trayéndola de atrás hacia adelante; privilegio que sólo gozaban ciertas familias. Este uso venía de España, pero tenía en Venezuela sus restricciones donde era considerado como signo de nobleza. Hasta ahora cuarenta o cincuenta años se veía en las calles de Caracas una que otra señora así cubierta.

que la vecina, no obstante que la miseria cundía por todas partes, que el comercio con la madre patria no existía, ni la agricultura tomaba vuelo, ni se asomaban vislumbres de instrucción pública. Era una sociedad que se alimentaba de mentiras y de preocupaciones. De aquí nacieron las competencias escandalosas, cuestión de vanidades, que durante ciento cuarenta años, existieron entre las autoridades civil y eclesiástica.

Tal materia debió ser el tema de uno de los capítulos del II volumen de Oviedo y Baños, y en él debió darse noticia de la genealogía de los principales conquistadores, así como de la de las familias españolas que se establecieron en Caracas, desde comienzos del siglo décimo séptimo.

Dos órdenes de ideas deben haber abrazado los capítulos del autor: las que se refieren al progreso material de la provincia, durante un siglo, y las que se relacionan con la lucha que existió entre dos círculos sociales y entre las autoridades que se disputaron derechos de jurisdicción.

Al primer orden de ideas pertenece el ensanche de la población, conquista y pacificación de las tribus indígenas, fundación de pueblos y desarrollo del culto católico. La obra de los misioneros que sometieron las tribus indígenas de las dehesas de Cojedes, Portuguesa, Guárico, Apure, Meta, etc. contribuyendo a la fundación de tantos pueblos que aún existen, debió mover la pluma del historiador. La cronología de los obispos y gobernadores, la narración de los ataques a las costas de Caracas por filibusteros extranjeros, así como la de aquellos que saquearon a Trujillo, Maracaibo y otros lugares, durante el mismo siglo, ocuparían sin duda páginas del volumen mencionado. El terremoto de 1641, y la influencia que tuvo sobre la construcción de los nuevos templos y edificios; el estado rudimentario del comercio que trajo la necesidad del contrabando; y el de la agricultura que ensanchó el detestable comercio de esclavos; el laboreo de minas, entre las cuales, figuraban en aquel entonces las ricas de Cocorote cedidas por el monarca español a la familia Marín Narváez; las primeras basas, en fin, de la instrucción pública, con la creación del Seminario Tridentino, son otros tantos asuntos que no pudieron escaparse a la sagacidad del historiador Oviedo y Baños.

Pero la lectura de ninguno de estos temas relacionados con el progreso de la provincia venezolana tuvo aliciente para los pocos o muchos que

hojearon el volumen manuscrito. El capítulo de las competencias y de las disputas entre los cabildos civil y eclesiástico, que estuvieron a punto de venirse a las manos en repetidas ocasiones; la narración de los escándalos que llenaron el pontificado de Mauro de Tovar, y sobre todo, el castigo de azote infligido a una señora de notable familia, suceso que trajo un pleito ruidoso, en el cual intervino el monarca, sacando al prelado de Caracas para Chiapa y obligándole a que un miembro de su familia se casase con la señora ofendida; estos y otros hechos parecidos era lo que solicitaba la mirada curiosa de los lectores, y esto lo que por muchos años, fue comentado por los diversos círculos de la capital. Oviedo y Baños debió haber narrado tales sucesos con todos los pormenores que le fueron conocidos, aunque estaba emparentado con la familia del obispo: pero escritor justiciero y fiel no quiso dejar en la sombra casos que fueron públicos y que concluyeron por el entroncamiento de dos de las más distinguidas familias de Caracas, ambas establecidas en esta ciudad desde principios del siglo décimo séptimo.

Cierto cronista refiere que algunos miembros de la familia Tovar pudieron arrancar de los libros del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico gran parte de las actas, en las cuales quedaron consignados los hechos principales del apostolado de Mauro, despojando así a la posteridad de la historia de tan borrascosa época; pero por mucho que se haya perdido, mucho queda todavía[52]. Nosotros hemos tropezado con documentos que nos hablan de aquellos días, de las competencias, cuando Ruiz Fernández y Marcos Gedler y Calatayud, gobernadores de Caracas por una parte y el obispo Mauro por la otra, se endilgaban todo género de insultos; lo que nos presenta la capital para entonces, como un pueblo sin elementos de civilización.

Por cuanto dejamos asentado se comprende que sobran materiales para reconstruir el volumen de la *Historia de Venezuela* por Oviedo y Baños, ya que el precioso trabajo del autor fue devorado por las llamas.

52. Véase padre Ferreros, *Crónicas manuscritas*.

DRAKE Y LOS HISTORIADORES DE VENEZUELA

SI EL FAMOSO pirata inglés Francisco Drake, aquel titán de los mares cuya tumba es el océano, resucitara, por de contado que tendría que pedir cuentas, y muy serias, al historiador de Venezuela, D. José de Oviedo y Baños y a los copistas de éste, por haber todos ellos levantado al filibustero la más atroz calumnia, al asentar que saqueó a Caracas en 1595, y esto, después de haber trasmontado una serranía pendiente, escabrosa, y de grande elevación sobre el nivel del mar. Lo fuerte de la calumnia no estriba en el hecho, sino que supone al corsario un imbécil, que dejaba atrás los cuantiosos tesoros españoles en los puertos antillanos, por llegar a Caracas, fatigoso, expiado y malferido, pasar ocho días en el caney que servía de templo a la ciudad de Lozada y enseguida volver a trasmontar la cordillera sin un fisco en el bolsillo, y más que todo, silvado y apedreado, no por los hombres sino por la realidad; lo que equivalía a decirle al pez cuyo elemento es el agua: sal, anda, brinca, trisca por las veredas del Ávila, y después torna al salado elemento.

A pesar de los pesares, Drake no podría vencer ni a Montenegro, ni a Yanes, ni a Baralt, porque éstos se han agarrado de Oviedo y Baños, quien sus razones tendría para asentar que Drake saqueó a Caracas en 1595. ¿Y qué ganaría, por otra parte, el pirata, con boxear con los historiadores de Venezuela, si más puede para éstos la palabra escrita del historiador que cuanto digan los archivos?

Una de las alegrías de los escolares, en todas las zonas, es la de poder dar jaque al maestro, es decir, poder corregirle y asegurarle que no es así,

que está equivocado. Pues bien, a pesar de los pesares, por la última vez vamos a demostrar que Drake nunca visitó a Caracas y que el maestro D. José de Oviedo y Baños, uno de los historiadores de Venezuela, asentó una falsedad de a folio, diciendo del pirata lo que nadie había escrito.

Entremos en materia.

Parece muy difícil que pueda destruirse, de repente, una tradición que ha estado sosteniéndose durante tres siglos, sin que nadie se haya atrevido a dudar de su autenticidad. La tradición ejerce un poder fascinador sobre la imaginación de los pueblos; para éstos, antes de la historia escrita está la narración que se conserva en la memoria y que ha pasado como un legado de padres a hijos y de hijos a nietos. La tradición es propiedad de la familia; es como un recuerdo solemne que imprime carácter a la historia del hogar, y se reviste con el respeto que inspiran las virtudes de los antepasados, más ilustres a proporción que los descendientes se remontan a los orígenes de sus progenitores.

La tradición verdadera, sostenida por la historia, es un complemento de ésta, y sirve siempre en apoyo a la verdad escrita; no así la tradición falsa que se asemeja a esos fuegos fatuos que durante muchos siglos fueron el terror de las poblaciones campestres, cuando la ciencia no había descubierto la explicación de los fenómenos químicos.

La tradición que pertenece a todas las épocas y a todos los países, tiene más séquito en las poblaciones que se han desarrollado fuera del influjo de la prensa y de la instrucción, que en aquellas en que el criterio público se ha formado con la ayuda de las ideas civilizadoras. Cuando escribieron fray Pedro Simón en Bogotá, y Oviedo y Baños en Venezuela, no había en ésta ni focos de instrucción popular, ni bibliotecas, ni prensa periódica, ni eran los libros artículos de importación. Un relato de estos historiadores debió, por lo tanto, considerarse como una verdad incontrovertible, como una sentencia de la cual hubiera sido desacato apelar, peligro combatirla. Así pasaron los escritos de nuestros historiadores antiguos hasta el momento en que el ánimo debió sublevarse contra todos aquellos que tratasen de desfigurar las narraciones verdaderas. Por esto la filosofía de la historia, siempre alertada, se reserva pronunciar a su turno el fallo basado en sus observaciones, restablecer los sucesos y decir la última palabra. Y lo que

al principio parecía una temeridad, se convierte después en una necesidad imperiosa: la verdad vindicada.

Es constante que en 1595 fue Caracas saqueada por una expedición de filibusteros ingleses. Fray Simón relata el suceso sin nombrar el jefe que estuvo al frente de los invasores. Cuando aquél escribió su historia, 1625, hacía veinte y ocho años que se había verificado el saqueo e incendio de Caracas: era un acontecimiento de reciente fecha, y del cual debieron hablarle muchos de los testigos que aún vivían. Pero, un siglo más tarde, cuando Oviedo y Baños escribía su historia, 1723, al ocuparse del incidente de 1595, agrega que los filibusteros estuvieron bajo las órdenes del célebre corsario sir Francis Drake.

¿Cuál de los dos historiadores dice la verdad, el que ocultó el nombre del invasor o el que lo finge? Cualquiera diría que Oviedo y Baños, más hábil en el estudio de los archivos, y más práctico en las apreciaciones históricas, puesto que escribía un siglo más tarde, debía haber hallado documentos en qué apoyarse, ilustrando de esta manera un relato de su predecesor; mas nada de esto sucedió. La aseveración del escritor don José es falsa y comprueba que el historiador de Venezuela, o se siguió por dichos de la tradición, o de propio marte quiso sellar este expediente[53].

Presentemos las narraciones de ambos historiadores para cotejarlas y demostrar después que lo perteneciente a Drake no pasó de la inventiva de Oviedo y Baños.

NARRACIÓN DE FRAY SIMÓN
1625

"No se nos ofrece otra cosa que nos detenga la historia, hasta lo que sucedió el año de mil quinientos noventa y cinco, en la ciudad de Caracas, o Santiago de León, por el mes de junio, que fue llegar *un inglés corsario*, con

53. Lo más curioso de todo esto es que a los 167 años que tiene de publicada la obra de Oviedo y Baños, el señor Duro, miembro de la Academia de la Historia (en Madrid), que acaba de enriquecer con bastantes documentos, la nueva edición de la *Historia y conquista de Venezuela*, no ha subsanado el error del historiador, quedando Drake como autor del saqueo de Caracas en 1595.

cinco ó seis navíos al puerto de Guaicamacuto, dos leguas de la ciudad y una del de La Guaira al Este. Saltaron en tierra hasta quinientos hombres, sin haber quien les resistiera, y llegando al pueblo de los naturales, que estaba un tiro de mosquete, lo hallaron vacío por haberse los indios puesto en cobro en el arcabuso: sólo se encontró a un español en una casa, llamado Villalpando, que por estar tullido no había hecho lo que los indios. De éste quisieron informarse de las costas de la tierra, y para que mejor dijera la verdad, le pusieron al pescuezo la soga para ahorcarle, que viéndose en aquellas angustias, rogó le dejaran, y él los guiara por una trocha escusada á la ciudad, con que la pudieran tomar sin ser sentidos. Esta era una senda de una legua, hasta la cumbre de la Cordillera, y otra desde allí al pueblo, tierra fragosa, que más es apeadero de gatos que camino de hombres. Por aquí fueron marchando bien armados los ingleses con su guía, hasta subir a la cumbre, y dar vista a la ciudad, donde pareciéndoles ya no lo habían menester lo ahorcaron y despeñaron, diciendo merecía aquello quien había vendido su patria, porque se cumpliera el proverbio, que la maldad aplace, pero no quien la hace.

"Habiendo tenido aviso en la ciudad por algunos indios, de haber saltado los enemigos en tierra, no entendiendo vendrían por aquella trocha, caso que se atreviesen a entrar la tierra adentro, sino por la ordinaria del puerto de La Guaira. Tomaron la vuelta los más soldados y capitanes con sus armas, que se hallaron en el pueblo a resistirle la entrada. Pero entre tanto (como camino más breve y sin estorbo) bajando los ingleses de la cumbre a la mitad del camino, que hay desde el pueblo, enarbolaron sus banderas y se pusieron en escuadrón, y con buen orden militar se fueron llegando a la ciudad, que estaba sin defensa, por haberse salido todos los soldados. Y así, sólo salió uno llamado Alonso Andrea con sus armas y caballo a hacer una tan gran temeridad, como era uno solo pretender resistir a cuatrocientos bien armados, y así le hicieron luego pedazos, y entraron en el pueblo que lo hallaron con poca o ninguna gente, aun de las mujeres chusma y por haberse dado prisa á huir cada cual por donde pudo á las estancias y arcabuso, con la poca ropilla, joyas y oro, que la prisa les dio lugar arrebatarse: y así hallaron los ingleses bien en que meter las manos, de ropa de mercaderes, vino y menajes de las casas con mucha cantidad de harinas.

Fortificáronse en la iglesia, y casas reales, que están cerca de ella, desde donde saltaron a hacer sus robos; aunque no tan a su salvo, que habiendo vuelto sobre la ciudad los soldados y vecinos que habían ido al puerto con algunos indios flecheros, y estratagemas que usaban con el enemigo de noche y día, todavía les hacían pagar con las vidas de muchos el asalto; con todo eso no le pudieron echar de la ciudad en ocho días, en que derribó y quemó algunas casas, sin atreverse a salir de las estancias, temiendo las venenosas flechas de los naturales, que también las experimentaron bien a su costa en emboscadas que les echaban en el camino, que después de este tiempo tornaron para sus navíos, en que se dieron a la vela, dejando la ciudad al fin, como la que escapaba de enemigos de la Santa Fe católica".

NARRACIÓN DE OVIEDO Y BAÑOS
1723

"Recaló a principios del mes de junio sobre el puerto de Guaicamacuto (media legua a barlovento del de La Guaira) aquel célebre corsario Francisco Drake, a quien hicieron tan memorable en el orbe sus navegaciones, como temido en la América sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su armada, ocupó sin resistencia la marina, porque los indios que pudieran haber hecho alguna opugnación para estorbarlo, desampararon su pueblo antes de tiempo, y buscaron seguridad en la montaña: gobernaban la ciudad por la ausencia de don Diego de Osorio, Garci-González de Silva, y Francisco Rebolledo, como Alcaldes ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia del desembarco del corsario, recogida toda la gente de armas que pudo juntar la priesa, salieron a encontrarlo en el camino que va del puerto á la ciudad, resueltos a embarazarle la entrada con la fuerza en caso que pretendiese pasar para Santiago; prevención bien discurrida, si no la hubiera malogrado la malicia de una intención dañada, pues ocupados con tiempo los pasos estrechos de serranía, y prevenidas emboscadas en las partes que permitía la montaña (como lo tenían dispuesto con gran orden) era imposible que al intentar el corsario su transporte, dejase de padecer lamentable derrota en sus escuadras: pero el ánimo traidor de un hombre infame fue bastante para frustrarlo todo, porque habiendo el

Drake apoderádose de la población de los indios de Guaicamacuto, halló en ella a un español, llamado Villalpando, que por estar enfermo no pudo, o no quiso retirarse, como lo hicieron los indios, y procurando hacerse capaz del estado de la tierra, por la información de este hombre, para que obligado del temor le dijese la verdad, le hizo poner una soga a la garganta amenazándole con la muerte si no le daba razón de cuanto le preguntase: demostración, que conturbó de tal suerte a Villalpando, que, o sufocado del susto, o llevado de su mala inclinación, se ofreció a conducir al pirata por una senda tan secreta, que podría ocupar por interpresa la ciudad de Santiago antes que fuese sentido.

"Esta era una vereda oculta, ó por mejor decir, una trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba por la montaña al valle de San Francisco, camino tan fragoso e intratable, que parecía imposible lo pudiese trajinar humana huella: por aquí guiado de Villalpando, y seguido de mil dificultades, y embarazos, emprendió el Drake su marcha con tanto secreto y precaución, que antes que lo sospechasen, ni sintiesen, salió con sus quinientos hombres á vista de la ciudad por el alto de una loma, donde irritado por la maldad que había cometido Villalpando de ser traidor a su patria, lo dejó ahorcado de un árbol, para que supiese el mundo que aún han quedado saucos en los montes para castigo digno del iscariotismo.

"Hallábase la ciudad desamparada, por haber ocurrido los más de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la marina para defender la entrada, pensando que el enemigo intentase su marcha por allí; y viéndose acometidos de repente los pocos que habían quedado, no tuvieron más remedio, que asegurar las personas con la fuga, retirando al asilo de los montes el caudal que pudo permitir la turbación, dejando expuesto lo demás al arbitrio del corsario y hostilidades del saco.

"Sólo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo á menoscabo su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad, que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Drake a la bizarría de aquella acción tan honrosa dio orden

expresa á sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida, el aliento que lo metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento aun de los mismos corsarios, que por honrar el cadáver, lo llevaron consigo á la ciudad para darle sepultura, como lo hicieron, usando de todas aquellas ceremonias, que suele acostumbrar la milicia para engrandecer con la ostentación las exequias de sus cabos.

"Bien agenos de todo esto se hallaban Garci-González de Silva, y Francisco Rebolledo esperando al enemigo en el camino real de la marina, cuando tuvieron la noticia, de que burlada su prevención estaba ya en la ciudad; y viendo desbaratada su planta con la no imaginada ejecución de la interpresa, echando el resto a la resolución volvieron la mira a otro remedio, que fue bajar al valle con la gente que tenían, determinados a aventurarlo todo al lance de una batalla, y procurar a todo riesgo desalojar de la ciudad al enemigo; pero recelándose él de lo mismo que prevenían los Alcaldes, se había fortalecido de suerte en la iglesia parroquial, y casas reales, que habiendo reconocido por espías la forma en que tenía su alojamiento, se discurrió temeridad el intentarlo, porque pareció imposible conseguirlo.

"Pero ya que no pudieron lograr por este inconveniente el desalojo, dividieron la gente en emboscadas, para embarazar al enemigo que saliese de la ciudad a robar las estancias y cortijos del contorno: asegurando con estas diligencias las familias, y caudales que estaban en el campo retirados, en que se portaron con disposición tan admirable, que acobardado el corsario con las muertes y daños que recibían sus soldados al más leve movimiento que pretendían hacer de la ciudad, se redujo a mantenerse como sitiado, sin atreverse a salir un paso fuera de la circunvalación de su recinto, hasta que al cabo de ocho días, dejando derribadas algunas casas, y puesto fuego a las demás, con el saco que pudo recoger en aquel tiempo, se volvió a buscar sus embarcaciones, que había dejado en la costa, sin que la buena disposición con que formó su retirada diese lugar para picarle en la marcha, ni poder embarazarle el embarque".

Cotejando estas dos narraciones hallamos que en la de Oviedo y Baños

se nos manifiesta el nombre de los capitanes que salieron al encuentro del corsario, se dice cuál fue la suerte del intrépido Andrea y se nombra finalmente el patronímico del célebre corsario que estuvo al frente de la invasión filibustera. Por lo demás, la narración de Oviedo y Baños concuerda hasta en las frases con la de fray Simón.

¿De dónde sacó Oviedo y Baños que el célebre Drake fue el jefe de los filibusteros que saquearon a Caracas en 1595? Probablemente quiso dar brillo a la narración encabezándola con el nombre del temido corsario que fue el terror del continente americano en los últimos treinta años del siglo décimo sexto. Imposible que hubiese hallado documento alguno en qué apoyarse, a menos que hubiera sido víctima de alguno falso o apócrifo. Es lo cierto, que cuanto ha aseverado el historiador sobre Drake, y que la tradición ha repetido posteriormente es una fábula vulgar, pues Drake no pisó en la dilatada época de sus aventuras, ninguna costa ni ciudad de Venezuela, como vamos a probarlo.

Drake comenzó su carrera de corsario bajo las órdenes del capitán Hawkins en 1568, no teniendo en esta expedición sino el mando de uno de los bajeles piratas, la "Judith". Después de haber saqueado Hawkins la costa de África, llegó a las islas de Martinica, Margarita y Curazao con las cuales traficó. Continuó a Río Hacha, y desde aquí hasta las costas de Yucatán, de la Florida y de Veracruz, hizo desembarcos repetidos y robó a su antojo.

Drake había servido más antes en buques mercantes en las Antillas; pero arruinado por los españoles en 1565, les cobró tal odio que juró ejercer contra ellos las más crueles venganzas. Así sucedió, en efecto, y separándose de la flota filibustera de Hawkins, se puso al frente de otra que llegó a las regiones de Darién en 1572, infundiendo el espanto en todas aquellas costas y despojando la acumulada riqueza del comercio español. Durante los años de 1572 y 1573, Drake saqueó a Cartagena, Panamá y otros lugares de las costas de Nueva Granada y del istmo. En esta provechosa expedición fue cuando el célebre corsario se propuso continuar más tarde a las aguas del grande océano. Refiérese que favorecido por los indios del istmo, éstos le condujeron a la cima de una montaña sobre la cual se levantaba un árbol muy elevado. Los indios con la ayuda de una

escalera, subían al árbol que era como para ellos una torre de observación. Invitaron a Drake a que subiera, desde el momento en que llegaron a la cumbre, y el marino subió. ¡Cuál fue su sorpresa al divisar desde la cima del árbol los dos océanos de América, el Atlántico que tenía al este, y el Pacífico que estaba al oeste! Lleno de emoción levantó entonces las manos al cielo e imploró la protección de Dios, a favor de la resolución que en aquel momento formaba, de cruzar aquel océano que ningún buque inglés había todavía puesto a logro.

En 1576 se verificó la grande expedición de Drake contra la costa del Pacífico, tanto de América como de Asia, patrocinada por Isabel de Inglaterra. La historia conoce todos los pormenores de esta circunnavegación atrevida que proporcionó al corsario una celebridad tan justa como notable.

En 1585 a 1586, Drake tuvo por teatro de sus hazañas las Antillas y las costas de Cartagena y de la Florida. Desde esta fecha hasta 1589 figura el intrépido marino en los mares de Europa haciendo frente a la *invencible armada*.

En 1595 se realiza la última expedición del temido corsario. Esta es la fecha que nos concierne, pues coincide con la expedición inglesa que en la misma época tomó la ciudad de Caracas.

Hay una fecha en la cual concuerdan los dos historiadores de Venezuela, y es la del mes de junio de 1595, en la cual fue saqueada Caracas. ¿Dónde estaba Drake para entonces? La grande obra de Hakluyt sobre la historia de las Antillas, publicada en 1612, nos manifiesta que la última expedición de Drake llegó a Mariagalante (Antilla inglesa) a mediados de octubre de 1595. No podía, por lo tanto estar el corsario en las costas de Caracas para junio del mismo año.

Veamos ahora cuál fue el rumbo que siguió Drake después de su llegada a Mariagalante: el 28 de octubre ancla en esta isla; el 5 de noviembre está en Monserrat y después de haber tocado en la Guadalupe, llega a Puerto Rico el 12, día en que muere su antiguo jefe sir John Hawkins. El 28 da fondo la flota en Curazao, después de haber recorrido otras Antillas y el 30 ancla en el cabo de la Vela donde pernocta. Este es el único punto de las aguas de Venezuela, donde estuvo la flota inglesa. Desde esta fecha principian los saqueos de Río Hacha, Santa Marta, hasta el Nombre de Dios, cuya ciudad quema en 27 de diciembre. Para el 15 de enero de

1596, Drake se siente muy enfermo y para el 18 del mismo había muerto en las aguas de Puerto Bello. La tumba del temido corsario debía ser el fondo del océano.

Queda pues probado por la cronología, que cuando Caracas fue saqueada en junio de 1595, Drake se apercibía en Inglaterra para su última expedición, y que no llegó a las Antillas sino en 28 de octubre del mismo año; cinco meses después de haberse verificado el suceso de Caracas. Queda probado igualmente por la historia del último viaje de Drake, que la flota de éste no conoció de los mares de Venezuela, sino el extremo occidental de su costa del norte, el cabo de la Vela, donde pasó una noche. La aseveración de Oviedo y Baños es por consiguiente una impostura que la tradición y la historia han repetido durante tres siglos.

La expedición filibustera que saqueó a Caracas, en junio de 1595, fue la del capitán Amyas Preston, cuya flota constaba de seis embarcaciones, que salieron del puerto de Hampton, en el Támesis, a comienzos de 1595, y llegaron a Martinica en 8 de mayo del mismo año. Estos datos nos los suministran los célebres cronistas e historiadores ingleses que escribieron acerca de los filibusteros del siglo décimo sexto, entre aquellos dos muy notables, de los cuales tomamos lo que sigue[54].

NARRACIÓN INGLESA

"El día 8 de mayo de (1595) llegaron a Martinica el capitán Amyas Preston en la 'Ascensión', en compañía de la 'Gift', capitán George Sommers, y una pinaza, y tres buques de Hampton, uno mandado por el capitán Wallace y el 'Darling' y 'Angel', mandados por los capitanes Jones y Prowse. A su salida de Martinica el capitán Preston destruyó la principal población en Puerto Santo y varias aldeas, como castigo de la crueldad y traición con que habían tratado al capitán Harvey y a su gente. Después de descansar las tripulaciones en Dominica, se hicieron a la vela el 14, pasaron frente a Granada, tocaron en los Testigos, y fondearon a alguna distancia de la

54. Hakluyt, *History of the West Indies, etc.*, 1612; Southey, *Chronological history of West Indies*, 1827.

Tierra firme española. El 19 en la noche, enviaron los botes a la isla de Coche, donde capturaron algunos españoles con sus esclavos y pocas perlas. Allí permanecieron hasta el 21 en que siguieron rumbo hacia las costas de Cumaná donde tropezaron con dos botes volantes de Middlebourgh, que había prevenido de la aproximación de la escuadra a los españoles. Estos enviaron a Cumaná un parlamentario con bandera blanca, para decirles que habían trasladado todas sus riquezas a los montes, y que los ingleses podían destruir la ciudad si querían, sin que los habitantes les hiciezen ninguna oposición; pero que si optaban por no desembarcar ni quemar la ciudad, les darían un rescate razonable y les proveerían de cuanto necesitasen. El capitán Preston convino en ello y después de recibir el rescate el 23 de mayo, se hizo a la vela para Caracas, en cuyas costas desembarcó sin ninguna oposición, cerca de una legua de distancia, al Oeste de la ciudad, tomando posesión de la fortaleza. Entonces subió la montaña con gran trabajo, teniendo que abrirse camino con sus cuchillos, en muchos lugares. Por la noche, hicieron alto cerca de una aguada y a las 12 del día siguiente, 29 de mayo, llegaron a la cumbre del cerro.

"Habiéndose desmayado algunos hombres en el camino quiso el capitán Preston detenerse, para dejar que se repusiera su gente; pero la niebla acompañada de lluvia le obligó a bajar hacia la población de Santiago de León, la cual ocuparon á las tres de la tarde, después de un pequeño tiroteo. En Santiago de León estuvieron hasta el 3 de junio; pero no pudiendo acordarse con los españoles en el rescate, quemaron la población y las aldeas vecinas y retirándose por el camino real, llegaron á sus buques en la mañana del 4, habiendo pasado cerca de una fortaleza del camino, que les hubiera impedido la subida si hubieran intentado hacerla por este lado.

"El capitán Preston preguntó a un español que vino á tratar con él, en León, sobre las condiciones del rescate ¿cómo era que sus compatriotas dejaban una población tan bella sin rodearla de una fuerte muralla?, a lo que contestó el español, que ellos creían que su ciudad estaba guardada por murallas más fuertes que cualesquiera otras del mundo, aludiendo a las altas montañas.

"El día 5 el capitán Preston se dio á la vela siguiendo el rumbo de las costas de Coro, en las cuales incendió algunas chozas y tres buques

españoles y el 9 desembarcó a dos leguas al Este de Coro, donde murió el capitán Prowse. El 10 entró la flota en la bahía y desembarcando de noche los hombres, marcharon éstos sobre la ciudad. El 11 tomaron por asalto una barricada y al siguiente día entraron en la ciudad; pero no encontrando qué saquear, la quemaron y regresaron á sus bajeles. El 16 se dirigieron a la Española y fondearon el 21 bajo el cabo Tiburón, donde tomaron agua. Para esta fecha habían sucumbido, víctimas de la disentería, 80 hombres y otros más estaban enfermos. El 28 dejaron la isla y el 2 de julio arribaron á Jamaica: antes de la llegada á esta isla se habían separado del convoy los tres buques de Hampton y el 'Darling' del capitán Jones. El 6 pasaron por los Caimanes; el 12 por Cabo Corrientes, donde tomaron agua; dieron en seguida vuelta al Cabo Antonio y el 13 tropezaron con sir Walter Raleigh de regreso de su expedición á la Guayana, en cuya compañía estuvieron hasta el 20 en que siguieron al banco Terranova, para continuar a Inglaterra donde llegaron al puerto de Milford Haven, el 10 de setiembre".

Queda fijado en vista de esta relación que el verdadero filibustero que saqueó a Caracas en 1595, no fue Drake, como aseguran Oviedo y Baños y todos los historiadores y cronologistas modernos, sino el capitán Amyas Preston, uno de los aventureros de aquella época de fechorías.

Como un apoyo más a cuanto hemos dicho, léase lo que dice Kingsley al hablar de Amyas Leigh, durante la estada de este marino en las aguas de La Guaira en 1583. "Los capitanes Amyas Preston y Sommers, con una fuerza muy reducida, pero mayor que la de Leigh, desembarcaron donde no se atrevió éste a hacerlo; y al atacar la fortaleza del puerto, supieron como Leigh, que se esperaba su llegada y que el paso de la *Venta*, a 3.000 pies de altura, en el camino de la Cordillera había sido fortificado con barricadas y cañones. A pesar de esto, los aventureros de Preston ascienden á aquella altura, paso a paso, en medio de la lluvia y de la niebla. Llega un momento en que los soldados caen y piden la muerte de manos de sus oficiales, pues era ya imposible continuar. Pero así desmayados siguen, se abren camino por entre los bosques de bijaos silvestres y matorrales de rododendros, hasta que pasan por las faldas de la Silla y se presentan delante de los mantuanos de Caracas, quienes al verlos, quedan atónitos.

Después incendian la ciudad por falta de rescate, y regresan triunfantes por el camino real"[55].

"No sé si viven algunos descendientes de aquellos valientes capitanes, agrega Kinsley; pero si existieren, pueden estar seguros de que la *historia naval de Inglaterra no relata hecho más titánico, efectuado contra la naturaleza y contra el hombre, que aquel ya olvidado, de Amyas Preston y su compañero Sommers, el año de gracia de 1595*".

55. Charles Kingsley, *Westeard-ho!*, New York, head piece to chapter 15 graphies, (1896?).

NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS

LA ÉPOCA de los filibusteros en la América española, desde 1529 hasta 1717, es una de las páginas inéditas de nuestra historia patria. Durante un siglo se ha creído en Caracas, que esta ciudad fue saqueada por el corsario Drake, cuando este marino no visitó, en ninguna época, las costas de Venezuela; y a pesar de que, en escritos publicados ahora años, hemos probado esta verdad, y combatido las falsas aseveraciones del historiador Oviedo y Baños, todavía hay quien crea que fue Drake, y no Amyas Preston, el que saqueó a Caracas en 1595.

Son interesantísimos los pormenores de cada una de las invasiones extranjeras a los puertos de Margarita, Guayana, Cumaná, Barcelona, Caracas, Coro y Maracaibo, durante los siglos XVI y XVII. Nada dicen los españoles acerca de esta materia, que tiempo les faltó para defenderse en todas las islas y costas del continente. Para conocer estas páginas de la historia antigua, es necesario consultar a los cronistas holandeses, franceses e ingleses, en cuyas obras se encuentran todos los datos. Es necesario leer a Labat, Du Tertre, Charlevoix, Oexmelin, Esquemeling, etc., etc. El único cronista español que nos ha dado a conocer las primeras expediciones a la isla de Margarita, es Castellanos, en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*. Poco tienen Herrera y fray Simón, mientras que Oviedo y Baños no conoció las fuentes verdaderas de la expedición inglesa de 1595.

El Olonés (*L'Olonnais*) que equivale en español al natural de Olona, pueblecito (Sables d'Olone), a orillas del mar de la Vendea, en Francia, fue el sobrenombre que llevó el célebre filibustero Juan David Nau, nacido

por los años de 1630 a 1636. Era aún muy joven, cuando el deseo de venir a la América española, le hizo abandonar el patrio suelo. Tan dispuesto se hallaba a la vida de aventuras y de pillaje, que sin perder tiempo, quiso comenzar la carrera que debía proporcionarle triste celebridad. Después de entrar en ella como subalterno, y corrido con fortuna, llegó por sus hechos a ser jefe, hasta que víctima de un naufragio, en las costas de Campeche, tuvo la fortuna, diremos, de caer prisionero de los castellanos, joven aún, pues rayaba en los treinta años. Mal herido, después de una defensa de muchas horas, hubo de fingirse por muerto, para lo cual mancha sus vestidos con sangre y se confunde con los cadáveres de sus compañeros. Al retirarse los castellanos, David se levanta, sigue al riachuelo vecino donde se baña, y poniéndose los vestidos de uno de los castellanos muertos en la refriega, se introduce en las cercanías de Campeche, y sin darse a conocer, pónese al habla con unos negros de las haciendas limítrofes. Como hablase el español, con astucia y tino pudo seducir a algunos de los esclavos contra sus amos, y les ofrece la libertad, si en una de las canoas de las cercanías, podían tomarle en sitio determinado, y seguir juntos a la isla de La Tortuga, refugio en aquella época de los filibusteros franceses. Realizada que fue esta estratagema, David cumplió su palabra, dio libertad a los esclavos, y comienzo a nuevas aventuras. Implacable era el espíritu de venganza que le animaba contra los castellanos, que quedan sorprendidos al oír de nuevo el nombre de El Olonés a quien tenían por muerto.

En La Tortuga, David tropieza con uno de sus antiguos compañeros, Miguel Vasco, llamado también Miguel el Vascongado, hombre de avería, muy conocido de los castellanos.

El Olonés y el Vascongado, después de haberse asociado de nuevo, convinieron en ser jefes de una nueva expedición, en la cual el primero mandaría a bordo y el segundo en tierra. No habían fijado el rumbo a donde debían ir en pos de botín, de robos y de asesinatos, cuando se lanzan al mar y la fortuna les favorece. Después de reñido combate de tres horas, se apoderan de una embarcación española, de diez y seis cañones, tripulada por setenta hombres, que tenía a bordo elementos de guerra, doce mil pesos en plata, y provisiones abundantes. El Olonés remite la presa a La Tortuga y hace regresar el barco prisionero, que une a la escuadra. Un hecho casual

le indica entonces el rumbo seguro que debía seguir. A bordo de la última presa estaban dos franceses ex prisioneros de las autoridades de Maracaibo, donde durante algunos años, uno de ellos había servido de práctico en la barra del lago. En posesión de los importantes informes que le diera éste, acerca de la riqueza de Maracaibo y Gibraltar, El Olonés resuelve seguir a ambas ciudades. Llevaba a bordo un piloto conocedor de la barra, y esto le bastaba.

Contento David con tener un guía hábil, da las últimas disposiciones a sus compañeros, se hace a la vela, y llega en el término de la distancia a la isla de Oruba, donde debía hacerse de algunas vituallas. Como era su objeto llegar a la barra del lago al amanecer del siguiente día, y permanecer en ella el menor tiempo posible, leva anclas por la tarde, navega toda la noche y muy temprano estaba ya cerca de la sonda y frente a la barra, donde fue visto por el vigía que con señales avisó al castillo. Cañonazos repetidos, indicaron, muy temprano, a los moradores de Maracaibo, que había enemigos en la barra. Los piratas tropiezan con dos islitas, en una de las cuales se levantaba un vigía elevado, y en la otra, que se conocía entonces con el nombre de "Isla de las Palomas torcaces", figuraba un fortín. El vigía pudo estar quizá en la isla de Zapara, y el fortín debió ser la pequeña fortaleza que precedió a la actual de San Carlos. El nombre de Palomas torcaces que entonces tenía la isla de San Carlos, lo debió a la abundancia de estas aves. En el curso de los siglos, parece que las palomas torcaces han abandonado su primitiva patria por la isla de Toas.

¡Qué escena para los tranquilos moradores de la capital, cuando se enteran de la fatal noticia que les indicaba el cañón!

Al instante cunde el pavor por todas partes y apréstase cada uno a huir y salvar lo que puede llevar consigo. Salen los unos por agua, en dirección a Gibraltar, salen otros por tierra, y se aprovechan de las bestias de carga que había en la ciudad; y unos y otros se internan sin darse cuenta de lo que les aguardaba.

La población de Maracaibo no alcanzaba en aquella época, 1666, sino a cuatro mil almas más o menos, aglomeradas en un recinto muy diferente del actual. Las aguas del lago llegaban hasta el Convento de los Franciscanos, que tenía puertas hacia el mismo, y un castillito insignifi-

cante defendía la ciudad por la punta de Arrieta. De manera que durante doscientos veinte y dos años, las aguas han formado nueva y extensa área de tierra, donde figuran la actual calle de la Marina y la calle Ancha.

El filibustero llega a la costa, a un sitio distante una legua del castillito, donde el gobernador de Maracaibo tenía una emboscada. Al desembarcar las tropas, Miguel el Vascongado se pone a la cabeza de éstas, y embiste a la pequeña fortaleza que era de gaviones formados de estacas y de tierra, detrás de los cuales estaban listos catorce cañones y doscientos cincuenta hombres. Ruda y tenaz fue la pelea por ambas partes; mas como los filibusteros apuntaban mejor que los castellanos, estos fueron diezmados de tal manera, que los invasores pudieron penetrar en las troneras, degollar gran parte de la guarnición y dejar prisionera la restante[56].

El Olonés, después de destruir los gaviones y clavar los cañones, sin pérdida de tiempo, sigue a Maracaibo. Cuando los expedicionarios llegan a ésta, en pocas horas, se ven frente a una ciudad abandonada. Ni un curioso que viniera a encontrarlos, ni un criminal que acusara a sus jueces, se acerca a la playa: era una ciudad sin habitantes. Al momento los franceses desembarcan y se apoderan del caserío, donde había almacenes repletos de mercancías y cuevas llenas de pipas de vino. Con semejante hallazgo comienza la vida alegre, y comienzan también las correrías por las calles de la ciudad y de los alrededores de ésta, tropezando con seres desgraciados que sin medios para huir, se habían quedado a merced de los piratas.

El Vascongado establece su cuartel en la iglesia matriz, se apodera de las principales casas de la plaza y da licencia a sus tropas para que a rienda suelta, gozaran del rico botín que había conquistado. En seguida visitan y registran los cuatro conventos que entonces tenía Maracaibo: dos de franciscanos y neristas, y dos de concepciones y clarisas. Y entretanto que los soldados profanaban los templos y gozaban de vida licenciosa, El Olonés, acompañado de ciento sesenta soldados, registraba los alrededores de la ciudad, en solicitud de riquezas y de prisioneros, para regresar a poco con recuas cargadas de mercancías, de dinero, y con veinte prisioneros.

56. Años más tarde, el obispo fray Antonio González de Acuña, al visitar estos lugares, mandó levantar en Zapara, nueva y sólida fortaleza, que resistiera a nuevos invasores.

Ninguno de estos se atreve a comprometer a sus compatriotas, e indicar el rumbo que habían seguido, cuando el inicuo pirata los somete a tormento, y aquellos infelices tuvieron que confesar que los ricos de Maracaibo habían seguido a Gibraltar.

Diez días más tarde, El Olonés dejaba la capital Maracaibo para seguir a Gibraltar. Cuando los prisioneros castellanos llegan a bordo de la nave capitana y revelan a los piratas que Gibraltar estaba fortificada y toda la población lista a defenderse. "No importa, añadió el jefe, la captura será mejor". Después de tres días de navegación, la escuadra anclaba en el deseado puerto. Los fugitivos habían construido gaviones a lo largo de la costa, tras de los cuales se habían atrincherado y parapetado, para atacar sin ser vistos. Habían también levantado un castillejo, a manera de terraplén, donde fue colocada una batería de seis cañones. Y para oponer al enemigo cuantos obstáculos pudieran, habían derribado grandes árboles con los cuales obstruían los caminos, que anegados por las lluvias de la estación y llenos de barrizales peligrosos, contribuían como agentes de destrucción contra los resueltos invasores.

A pesar de todo esto, El Olonés hace desembarcar su gente, acomete con furia la primera línea de defensa y vence a los castellanos, que retroceden y pasan a la segunda, donde se hacen fuertes. Al ver los jefes piratas que sus contrarios se defendían con buen éxito, se valen de conocida estratagema. Y fue el hecho, que simulando derrota, huyen en desorden, lo que estimula a los castellanos a abandonar su ventajosa posición y perseguirlos. Cuando El Olonés ve que no le queda para avanzar sino el camino que los españoles le habían dejado, y en el cual podían marchar seis en fondo, vuelve cara contra aquellos. *Ánimo, hermanos*, les dice: *Es preciso apoderarnos de esa gente o perecer. Seguidme, y si sucumbo no os desaniméis.* Así les dice y se avalanza con todas sus fuerzas contra los españoles. Cuando están a tiro de pistola del atrincheramiento, se hunden en el lodo hasta las rodillas, a pesar de haber aplanado el camino con varas de árboles, incidente que aprovechan los castellanos para disparar sobre los piratas los veinte cañones de la batería. Caen muchos, pero las últimas palabras de los que caían no hacían sino reanimar el valor de los restantes. *Ánimo*, se decían. *No os acobardéis, que nuestra, será la victoria.* Y en efecto, des-

pués de inauditos esfuerzos, se apoderan del atrincheramiento, y obligan a los castellanos a rendirse, después de haber sucumbido gran número de esclavos. De seiscientos que eran los castellanos, quedaron en el campo cuatrocientos muertos y cien heridos; sucumbió casi toda la oficialidad y entre ésta el gobernador de Mérida, gran capitán que había servido en Flandes al rey católico. Los aventureros sólo perdieron cien soldados entre muertos y heridos.

Después de tan fructífera victoria, El Olonés y el Vascongado ponen todo en orden, y piensan en reunir el deseado botín. Con tal propósito salen partidas por los alrededores de Gibraltar en solicitud de! oro y de la plata que los castellanos habían escondido en los montes, aplican el tormento a los prisioneros que no querían declarar, y aun a los heridos, que sucumbieron de tan feroz manera.

"Los aventureros se detienen seis semanas en Gibraltar, continúa el cronista francés, y al ver que ya no encontraban nada más que saquear, resuelven retirarse; lo que se habrían visto obligados a hacer tarde o temprano, porque principiaban a resentirse del mar olor que exhalaban la sangre esparcida y los cuerpos muertos que sólo estaban a medio enterrar; pues los vencedores no se habían tomado este trabajo sino con los que estaban próximos a ellos; y dejado a los demás abandonados a las aves y a las moscas.

"Los soldados que no estaban bien curados de sus heridas, se ven atacados por la fiebre, sus llagas se abren de nuevo, y muchos mueren repentinamente. Las enfermedades obligaron, pues, al Olonés a retirarse más pronto de lo que quisiera; pero antes de su partida, hace saber a los principales prisioneros, que tenían que pagarle rescate por aquel caserío, o que lo reduciría a cenizas. Los españoles conferencian sobre el caso, pero inútilmente, porque mientras que ellos altercaban entre sí, El Olonés hace embarcar su gente con todo el botín, después de lo cual vuelve a insistir sobre el rescate.

"Por último, al ver que los españoles no habían resuelto nada, hace pegar fuego al caserío por sus cuatro esquinas, y en menos de seis horas queda consumido. En seguida da a entender a los prisioneros, que si no pagaban cuanto antes el rescate en el lugar a donde iba a conducirlos, tendrían que prepararse a recibir ellos mismos igual trato. El rescate fue pagado.

"En el término de la distancia, El Olonés retornaba a Maracaibo, acompañado de sus prisioneros, a quienes da la orden de traerles quinientas vacas gordas para reabastecer sus barcos. Así lo hicieron prontamente creyéndose libres con esto; pero la cosa fue de otra manera, porque les pidió además el rescate de la ciudad, concediéndoles ocho días para pagarlo, sin lo cual les juró quemarla como había hecho con Gibraltar.

"Mientras que los españoles trataban de reunir el rescate que El Olonés les exigía por la ciudad, los aventureros demolían los templos, embarcaban los ornamentos, cuadros, imágenes, esculturas y campanas, para llevarlo todo a la isla de La Tortuga, donde querían construir una capilla. Y no había aún trascurrido el tiempo concedido por el jefe de los piratas para el rescate, cuando éste llega: tan intranquilos estaban los castellanos por tener tales huéspedes en sus casas.

"Los aventureros después de recibir el rescate, sin más que coger, saquear o romper, resuelven al fin dejar a Maracaibo. A los pocos días estaban en la isla de La Vaca donde proponen repartirse el botín; pero como no todos estaban de acuerdo, no la llevaron a término sino en la isla de Santo Domingo"[57].

"No la hagas y no la temas", dice una sentencia castellana. El Olonés, después de nuevas aventuras por las costas de la América Central, después de haber saqueado nuevas poblaciones; torturado y sacrificado a centenares de hombres desgraciados, ve que su estrella mengua y que la fortuna le abandona. Son las amistades constantes y serviciales si la fortuna sonríe, e inconstantes y fugitivas cuando sopla el viento de la desgracia. El primero que abandona al Olonés es Miguel el Vascongado, después todos los discípulos del famoso pirata. Cuando le llega la última hora, El Olonés, después de naufragar en las cercanías del golfo de Darien, busca la costa, y cae en manos de indios antropófagos de la isla de Barou.

Alegres se llevan los indios bravos la buena presa que les proporcionaba la suerte. Ni llanto, ni súplicas, ni promesas de ningún género, aplacan el corazón de los indios. Rica es la presa y abundante será el festín. Después de bailar en derredor del Olonés que fue amarrado de un árbol,

57.Oexmelin, *Histoire des aventuriers filibustiérs, etc., etc.*, Lyon, 1784, 3 v.

los antropófagos le sacrifican, dividen en diversas porciones el cuerpo, las asan, y lentamente, en medio del entusiasmo, los indios dejan satisfecho su apetito.

El que hizo derramar tantas lágrimas, atormentó a tantos hombres y arruinó tantos pueblos, estaba destinado a tener por sepultura, sin cruz y sin flores, los estómagos de los caribes del mar antillano.

PEOR QUE EL OLONÉS ES EL INGLÉS

CUANDO VISITAMOS, ahora treinta y cinco años, a Maracaibo, nos llamó la atención un refrán vulgar que dice: "Paga un inglés la que hace un francés" refrán que nos pareció inexacto, pues hasta hoy, que digamos, el inglés no ha sido responsable de lo que hagan las demás naciones. Los maracaiberos de entonces ignoraban quizás, que a fines del último siglo, durante muchos años, se repitió otro refrán que decía todo lo contrario, y es el que encabeza este cuadro: *Peor que el olonés es el inglés*, con lo que quisieron significar que tan malo es uno como otro, cuando llega el caso. El Olonés había saqueado y destruido a Maracaibo y Gibraltar, en 1666, y años más tarde, en 1669, el inglés le supeditó, y dio origen al extinguido refrán: *Peor que el olonés es el inglés.*

El joven inglés Enrique Morgan, nacido en la misma época que David Nau (El Olonés), se había dado a conocer, desde los primeros años de su juventud, por cierta afición al filibusterismo, la que debía elevarlo a la condición de pirata, terror de los castellanos. Protegido de un viejo corsario, Morgan ascendió muy pronto a mandar una o más embarcaciones, y llegó a triunfar con ventaja en las costas de Cuba y de la América Central, y con menos fortuna en las de la Española.

El saqueo de Maracaibo y Gibraltar por El Olonés, en 1666, debía traer más tarde, 1669, el de las mismas ciudades por el famoso filibustero Morgan; y de aquella expedición tan fructífera, debía salir el marino piloto que aconsejara al nuevo invasor. Pedro de Picard, espíritu brioso, que había acompañado a Nau, aconsejó a Morgan, después de la rota que éste

tuvo en las costas de la Española, a que siguiera al continente y tomase a Maracaibo, lugar rico y poblado que le proporcionaba abundante botín. Con piloto tan espontáneo, el inglés, sin vacilar, acepta la indicación, que pone en práctica, y sigue con su flota compuesta de ocho naves tripuladas por 500 hombres, a la isla de Aruba, con el objeto de hacerse de vituallas.

Horas más tarde, estaba a la vista de la isla de Zapara, donde figuraba el fuerte llamado de la Barra, que había sido reconstruido, después de las desgracias de 1666. Consistía el tal fuerte en un reducto pequeño, con sótanos llenos de pertrechos, a los cuales se llegaba por medio de escaleras de hierro. Los cañones de este vigía fueron los que alertaron a los pobladores de la ciudad. Los filibusteros, después de pasar tres días en aguas de la Barra, y de destruir el vigía, ya evacuado por las tropas españolas, siguen a Maracaibo. La ciudad había sido abandonada, y aunque los piratas se presentaron en son de guerra, hubieron de cesar en sus hostilidades, al anclar a poca distancia de un castillejo guarnecido de cuatro cañones, que figuraba en aquella época cerca de la punta de Arrieta.

Morgan dispone que cien hombres desembarquen y registren la pequeña ciudad. Los primeros moradores con quienes tropiezan, son enfermos del hospital y esclavos inútiles; pero más adelante encuentran fugitivos, a la cabeza de gran número de bagajes. Sometidos los primeros prisioneros a tormento, declaran el camino que habían seguido las recuas cargadas de riquezas, las cuales caen en poder del pirata. Como corolario de este botín, es ahorcado uno de los guías que trataba de escaparse.

Aquí comienza el drama sangriento, a cuya cabeza figura Morgan. Asistamos a estas diversas escenas de contrastes entre el bien y el mal.

Dos esclavos que venían a Maracaibo en solicitud de comestibles para las familias que estaban ocultas en los montes, son cogidos, y como nada quieren revelar de cuanto se les pregunta, ordena Morgan que sean sometidos a tormento. ¡Qué sublime escena! Uno de los esclavos sufre los más agudos dolores, con admirable abnegación, y espira. Los ingleses descuartizan el cadáver, y someten a tormento al segundo esclavo; pero cuando, después de heroico estoicismo, se le creía triunfante, flaquea de ánimo y delata al amo que fue capturado y hubo de entregar treinta mil

escudos en vajillas de plata. Así, el tormento aplicado a todos los prisioneros y aun a aquellos que no tenían bienes de fortuna, proporcionó dinero y noticias acerca del rumbo que había tomado la población.

Ocho días más tarde, la flota inglesa cargada de prisioneros y de riquezas, era conducida por el capitán Picard a las costas de Gibraltar, donde los castellanos, en son de guerra, aguardaban a los filibusteros; mas inútilmente, porque Picard conocedor del terreno, en lugar de arremeter a los castellanos en sus atrincheramientos, desembarca con su gente en la costa libre, con el objeto de atacar a los sitiados por la espalda, plan que le produjo admirables resultados[58].

Continuemos con las escenas horribles del drama sangriento. El primer prisionero que cae en poder de los ingleses es un hombre, al parecer acomodado, a quien someten a interminable serie de preguntas, las cuales evade de una manera graciosa. Creían los ingleses que aquel buen hombre evadía las preguntas con el objeto de escaparse y lo someten a tormento, le suspenden y le amarran piedras pesadas en los pies. Durante dos horas; el infeliz, en medio de horribles sufrimientos, dice llamarse Juan Sánchez, y ser hermano del gobernador de Maracaibo que poseía cuantiosas riquezas, y les ofrecía carta para su hermano. Entonces átanle los brazos y le conducen a Gibraltar. Cerca ya del poblado, el prisionero dice a sus verdugos: "Yo soy un mendigo que vivo de la limosna pública y duermo en el hospital". Encolerizados los filibusteros, ya quieren ahorcarle, ya quemarle, para lo cual preparan la hoguera, cuando, entre aquellos salteadores, hay uno que clama por la desgracia: el buen hombre estaba demente.

A poco un anciano es ahorcado en presencia de sus hijas; y un esclavo, para vengarse del maltrato que le habían dado los castellanos, revela el paradero de muchas familias. Morgan le ofrece entonces la libertad y le arma para que sacrificara a cuantos castellanos hubiera a las manos. Otro anciano de origen portugués, a quien un esclavo acusa de poseer riquezas, es sometido a tormento. Como declarase que nada tenía, manda Morgan que le amarren por pies y manos a los cuatro rincones de una

---

58. Oexmelin, *op. cit*.

sala, y que se le ponga sobre el dorso enorme piedra de quinientas libras de peso. Cuatro hombres golpeaban sobre las cuerdas que sostenían el cuerpo de aquel mártir, para que así sufriera más. Colocan en seguida una fogata que le ahumase el rostro y le abandonan, en tanto que a su compañero se le suspendía de una manera todavía más atroz… Cuando llegan a Gibraltar, que toman sin esfuerzo, el portugués es atado a un pilar del templo y allí le tienen durante ocho días, sin comer ni beber, al cabo de los cuales, el pobre hombre confiesa que poseía mil escudos que tenía enterrados, los cuales entregó.

Tras este desgraciado, es interrogado un prisionero de tipo respetable, acusado de poseer fortuna, por un antiguo esclavo que le guardaba rencor. Niega el prisionero la calumnia del esclavo, y es por lo tanto sometido a tormento. Sufría aquel hombre su martirio en silencio y con entereza, cuando los prisioneros castellanos indignados de semejante hecho y rechazando tamaña injusticia, manifiestan a Morgan que aquel compatriota no tenía bienes de fortuna, y que era víctima de algún resentimiento del esclavo delator. El jefe de los piratas aparece entonces como recto juez, manda suspender el tormento, y pide permiso al castellano para hacer del esclavo lo que el amo quisiera. El castellano renuncia ser juez y parte, y Morgan para satisfacerle, hace descuartizar al victimario en presencia de la víctima.

Después de quince días de pillaje por los campos y haciendas de Gibraltar, Morgan llega a ésta cargado de riquezas y de prisioneros. A poco se le unen las cuatro embarcaciones igualmente repletas de familias y de tesoros que habían sido capturadas en la desembocadura del río Zulia. Durante cinco semanas de merodeo, Morgan exige el rescate a los moradores de Gibraltar, y parte.

A su arribo a las costas de Maracaibo, el inglés sabe que en la Barra estaba anclada una escuadra española, la que enviaba el monarca a estos lugares, después de reiteradas súplicas de diversas ciudades, tanto de las Antillas como del continente, que pedían un auxilio eficaz contra los repetidos ataques de los filibusteros. En efecto, era la que mandaba el contralmirante don Alonso del Campo y Espinosa, compuesta de tres naves de guerra: "La Magdalena", de 38 cañones, con tripulación de 350 hombres, el "San Luis", de 26 cañones y 300 hombres, y "La Marquesa", de 14 caño-

nes y 150 hombres; total, 78 cañones y 700 marinos que aspiraban a vencer a Morgan.

Quería el jefe de los filibusteros cerciorarse de la verdad, y con tal objeto despacha a la Barra una de sus embarcaciones para que observara lo que allí había, la que regresó confirmando en todas sus partes la noticia. Morgan reúne entonces sus oficiales y les pide consejo, acerca del plan que debía seguir en tan críticas circunstancias: comisiona en seguida a dos de los prisioneros españoles para que siguieran a la Barra y notificasen a don Alonso la resolución del Consejo de oficiales, es a saber: "Si la ciudad no paga los veinte mil escudos que debe por su rescate, será quemada; y serán pasados por las armas todos los prisioneros, sin que la escuadra que está en aguas de la Barra, pueda impedirlo".

Fue tal el terror que infundiera esta amenaza entre los prisioneros, donde sobresalían hombres notables, que estos pidieron a los comisionados que intercediesen cerca del contralmirante, para que dejara pasar a los filibusteros, pues de lo contrario, los moradores de Maracaibo iban a ser víctimas del fuego y de la horca. A la fanfarria del inglés, contestó el contralmirante con la siguiente baladronada española:

> Sabedores por nuestros aliados y vecinos, de que vosotros habéis tenido el atrevimiento, a pesar de la paz y buena amistad que se conserva entre el Rey de Inglaterra y Su Majestad Católica el Rey de España, mi Señor, de entrar en el lago de Maracaibo, con el único objeto de hostilizar y pillar sus súbditos, e imponerles rescate; he creído que era de mi deber, llegar lo más pronto posible para remediar estos males. Por tales razones, me he apoderado del reducto que está a la entrada del lago, destruido por vosotros, después de haber sido abandonado por hombres tan cobardes como afeminados. Lo he puesto en estado de defensa, y pretendo, con los navíos de mi escuadra, haceros entrar en razón y castigar vuestra temeridad. No obstante, si queréis devolver lo que habéis robado, el oro, la plata, las joyas, los prisioneros y esclavos, así como las mercancías, os dejaré pasar para que retornéis a vuestra patria. Ahora, si rehusáis la vida que os concedo y que no debía hacerlo, llegaré a cogeros, a pesar de todo, y os pasaré por las armas. He aquí mi última resolución, reflexionad acerca de lo que debéis hacer y no molestéis mi paciencia, al abusar de mi bondad, pues tengo valientes compañeros que no aspiran sino a vengar las crueldades que habéis inferido diaria e injustamente a la nación española.

D. Alonso del Campo y Espinosa.
Navío "La Magdalena",
anclado en la embocadura de la Barra
del Lago de Maracaibo,
24 de abril de 1669.

Don Alonso, al entregar esta misiva a los comisionados, les encargó que dijeran a Morgan, que la moneda con la cual sería pagado el rescate que reclamaba, no consistía sino en balas de cañón, y que dentro de poco, vendría él en persona a saldar la cuenta.

Morgan reúne su oficialidad al instante, y les lee en francés y en inglés la misiva de don Alonso, y todos, despreciando las bravatas del jefe castellano, resuelven que se luche hasta el exterminio, antes de devolver las riquezas adquiridas. Y ya por ganar tiempo, o por tantear fortuna, despacha uno de los prisioneros con las siguientes proposiciones: 1ª Que dejaría a Maracaibo, sin las exigencias pedidas y devolvería los prisioneros y la mitad de los esclavos. 2ª Que aunque no había sido pagado el rescate de Gibraltar, serían devueltos los rehenes sin rescate, ni para los prisioneros ni para la villa.

Rechazada por don Alonso la lectura de proposición tan ventajosa para los intereses generales, Morgan resuelve aventurarlo todo, a pesar de que los castellanos tenían una escuadra superior a la inglesa, y admirables ventajas topográficas. Morgan pone toda su gente en movimiento, y, después de algunos días, aparece el navío español tomado en la desembocadura del Zulia, transformado en brulote. Para que el ardid proporcionara el resultado esperado, el inglés había hecho construir a la ligera, cañones de madera, y colocar bastones rematados de gorras marinas, que simulaban compacta tripulación. Cuando todo estuvo concluido, es izado el pabellón almirante y la escuadra deja las costas de Maracaibo. Adelante surcaba las aguas la nao capitana, erguida con el pabellón inglés y cargada de soldados y cañones de madera.

Morgan llega al canal y se coloca frente a frente de la escuadra castellana, la cual aparecía gigante comparada con la de los filibusteros que simulaba un convoy de pescadores. Cuando están a tiro de fusil, avanza el

brulote de Morgan, sobre la capitana de los españoles, que la aguarda sin disparar un cañonazo. El brulote se acerca más y más; cuando don Alonso le acomete, le apresa, y ordena que le corten los mástiles. Llénase al instante de soldados españoles, y cuando Morgan cree que ha llegado el momento, pone fuego al brulote. Al acto llamaradas en torbellino se levantan de las dos capitanas rivales, sin dar tiempo a don Alonso, sino para lanzarse a la primera canoa con que tropieza, y la cual le conduce a tierra. En este momento avanzan los filibusteros sobre los buques castellanos que quedaban, toman uno al abordaje, mientras que otro, libre de sus amarras, es arrastrado por la corriente que lo precipita sobre el puerto, donde es consumido por las llamas antes de recibir auxilios.

Tras este triunfo, los piratas efectúan un desembarco, para hacerse dueños del castillo, empresa difícil, pues carecían de escaleras: por lo tanto fueron violentamente rechazados, después de perder treinta soldados y de tener muchos heridos fuera de combate, lo que motivó el regreso de Morgan a la costa de Maracaibo, después de dejar uno de sus buques en observación de don Alonso que unido a los náufragos escapados del incendio, se hizo fuerte en el castillo.

Morgan victorioso, pide a la ciudad de Maracaibo el valor del rescate, amenazándola con quemarla, si dentro de ocho días no entregaba la suma pedida. Exige quinientas vacas para la flota, las cuales fueron entregadas por los maracaiberos a los dos días, regalo que fue complementado con el valor del rescate, a la hora del vencimiento. Quince días después, durante los cuales Morgan dejó bien abastecida su escuadra de todo lo necesario, siguió para la Barra.

Llegamos al acto final de esta narración.

El pirata al encontrarse cerca del castillo, envía uno de los prisioneros españoles a don Alonso, y le exige que le dejara pasar, y aceptara la entrega de los prisioneros; y que de lo contrario los expondría atados a las cuerdas de sus embarcaciones a los cañonazos del castillo, para arrojar al agua a los que sobrevivieran[59].

Apela el inglés a cierta estratagema, pero antes de ponerla por obra, se

59. Oexmelin, *op. cit.*

ocupó durante ocho días en distribuir el botín, frente a don Alonso, testigo de cuanto pasaba sin poder remediarlo.

Eran los días de mayo de 1669, cuando llegó a Morgan el momento de forzar la Barra. Para esto hace gala de preparativos, como en son de querer atacar el castillo. Al momento gran número de soldados bien armados y escogidos, acompañados de la bandera inglesa, descienden a las canoas y llegan a tierra. Cuando los filibusteros se ven cubiertos de los árboles de la costa, sin dejarse ver de los castellanos del castillo, se acuestan en las canoas, y casi arrastrándose vuelven a bordo sin ser vistos.

Don Alonso, en la inteligencia de que era plan de los aventureros atacar el fuerte por detrás, hace trasladar, para impedirlo, la mayor parte de sus cañones al reducto que miraba a tierra; lo que iba en provecho de los soldados de Morgan que tenía a bordo todo listo para pasar la noche, a la luz de la luna. Acostados estaban los más, bajo el entrepuente, y otros preparados a cerrar las troneras que abrieran los cañones, cuando la escuadra, aunque atacada por los fuegos de tierra, sale y se ve libre de los tiros de don Alonso que queda con un palmo de narices. Morgan le remite entonces los prisioneros que tenía a bordo. La temeridad del contralmirante español había costado a Maracaibo pérdida de hombres y riquezas, y a la escuadra española tres navíos de guerra bien armados y tripulados.

La flota de Morgan, había dejado apenas las aguas del lago cuando la sorprende furioso huracán. Durante los tres primeros días, luchan aquellos hombres contra las fuerzas de la naturaleza, de manera heroica. Ya habían perdido anclas y velas, se habían hecho impotentes las bombas, faltaba el alimento y los hombres se sostenían con cuerdas; ya había desaparecido el sueño, y los marinos extenuados se entregaban a la desesperación, cuando llega el cuarto día y el huracán no cesa. Muerta la esperanza, la imaginación cree ver en las rocas y arrecifes de la costa, abismos que van a sepultar a los tripulantes que se creían ya presa de indios antropófagos o de castellanos vengadores. De pronto, sombra pavorosa se proyecta en el horizonte: era la escuadra francesa del conde de Estrées, en persecución de los piratas. Avanza sobre los marinos-espectros, y cuando estos, llenos de duda, temían el valor de Estrées, participaron de su bondad. Informado el jefe de la escuadra francesa de las desgracias de que eran

víctimas aquellos piratas, supo socorrerlos de una manera tan generosa como espléndida.

Así concluyó esta invasión que tan fatal fue para los pobladores de Maracaibo y Gibraltar. Los que merecían la muerte, como piratas perpetradores de tantas tropelías, alcanzaron el perdón, en momentos de terrible angustia.

Un cronista inglés, Dalby Thomas, que escribió acerca de la historia de las antillas inglesas en 1690, después de hablar con entusiasmo de las expediciones prácticas de Morgan, agrega: "Este hombre, grande honra de Inglaterra y terror del castellano, fue traído de Jamaica a Londres y encerrado en una prisión, sin que se le acusara de crimen alguno, ni le juzgase tribunal. Después de tres años de encierro, agotadas sus riquezas, perseguido de sus conmilitones, y bajo la influencia de un clima inclemente, Morgan fue poco a poco extenuándose, sin fortuna, sin amigos y devorado por tisis lenta que le llevó al sepulcro"[60].

Es sensible que cuando este gran bandolero desaparecía, abandonado de sus semejantes y de la suerte, no hubiera tenido a su lado a los descendientes de las numerosas víctimas que, en la América española, constituyeron su efímera gloria. De ellos habría recibido el perdón, en tanto que de sus compatriotas no había alcanzado sino el desprecio.

60. Southey, *op. cit.*

CONTRA INSURGENTE AGUA CALIENTE

DESDE EL 19 de abril de 1810, comienzo de la revolución que, después de desastres y matanzas, concluyó victoriosa en las alturas de Ayacucho, en 1824, la familia venezolana hubo de dividirse en dos bandos políticos: españoles y americanos, o en términos más locales, godos y patriotas. Sostenían los primeros la realeza, los segundos la República. Con estos epítetos acompañados de odios y de persecuciones por ambas partes, todos llegaron a la última meta.

Vencieron los patriotas y se fueron los godos oficiales, pero quedaron los urbanos que muy necios hubieran sido, al abandonar el suelo donde tenían sus hijitos y propiedades.

Cuando reventó la revolución de 1810 no había partidos, pero cuando a poco se transparentaron las ideas republicanas, los realistas pusieron el grito en el cielo y la reyerta comenzó, y con esta las persecuciones, las diabluras políticas de 1811, finalmente el terremoto de 1812, como precursor de la caída del gobierno patriota. Surgen de nuevo los patriotas en 1813 para sucumbir en 1814. Desde fines de este año hasta 1821 estuvieron los beligerantes de quien a quien hasta que ondeó, de veras, el pabellón de la República en Carabobo en 1821 y en Puerto Cabello en 1824. Tascaron el freno godos y godas, a pie firme y comenzaron los retozos republicanos. Pero lo más sorprendente para los vencidos fue que habiendo cundido el contagio en toda la porción española del continente de Colón, Bolívar se encargó de llevar la victoria hacia el sur, y galopando sobre el dorso del Ande, la condujo hasta las nevadas y volcánicas cimas de la soberbia cordi-

llera. Desaparecieron desde entonces los godos de antaño pero quedan los de ogaño, con quienes no romperemos lanzas.

Entre las familias caraqueñas, los odios políticos estuvieron tan acentuados, durante la guerra a muerte, que hubo algunas de ambos bandos, que con o sin intención tropezaban para vapulearse públicamente en las calles de Caracas. Y aun se refiere de una dama, cuyo nombre dejaremos en el tintero, que no contenta con los encuentros fortuitos, entraba de sopetón en las casas de los contrarios, y fustigaba a cuantos encontraba, sin conmiseración.

¿Quién fue ella y a qué bando político pertenecía? ¿Y qué ganaría la historia con conocer estos arrebatos realistas o republicanos?

"Te aconsejo que no te mezcles en los negocios políticos, escribía Bolívar a su hermana Antonia en 1826, ni te adhieras ni opongas a ningún partido. Deja marchar la opinión y las cosas, aunque las creas contrarias a tu modo de pensar. Una mujer debe ser neutral en los negocios públicos. Su familia y sus deberes domésticos deben ser sus primeras ocupaciones".

Y en verdad que las cosas anduvieron muy complicadas cuando, desde 1815 hasta 1819, se fusilaba a los hombres por simple sospecha y se metía a otros en el embudo de los empréstitos hasta que se adelgazaran como anguilas, y exánimes, salieran por el pico.

La antigua familia Blandain, después Blandín, que tanto figuró en las tertulias caraqueñas de fines del último siglo, y de la cual hemos ya hablado en otra ocasión[61], la constituían al comenzar la guerra a muerte en 1813, dos secciones, con ideas políticas diametralmente opuestas: la española, a la cual pertenecía la familia Echenique con sus entroncamientos de Alzualde, Zarzamendi, Aguerrevere, Medina, Martínez, etc., y la americana donde campeaban las de Blandín, Argain y Báez. Por la República se decidieron los hermanos Bartolomé y Domingo Blandín, y los jóvenes Argain y Báez, que figuraron en las filas patriotas. Por la realeza se decidió la familia Echenique con sus entroncamientos.

Concluida la contienda, los patriotas de la familia que estaban en el

61. A. Rojas, "La primera taza de café en el Valle de Caracas", *Leyendas históricas de Venezuela*, v. I.

extranjero, regresaron al patrio suelo donde también quedó la familia Echenique a pie firme llevando levantada la bandera de Ataulfo, se entiende, en sus ideas y aspiraciones políticas. Goda fue la primera pareja, por los años de 1774 a 1775, godos continuaron los hijos, godos los nietos; pero ya entre las bisnietos comienzan a despuntar las medias tintas, tal es el influjo de los retozos republicanos sobre el corazón humano. Lo que nosotros admiramos en esta familia es la firmeza política de las matronas a la altura de sus méritos y virtudes sociales. Como los girondinos, cada una de ellas octogenaria, muere en su ley, envuelta en la bandera de Castilla, y si en sus últimos años no dejaron de perdonar por completo a Bolívar, quizá le pidieron a Dios que le salvara, pues el ideal político de todas ellas estaba más allá del Atlántico[62]. Rindamos culto a la memoria de estas matronas, gala en pasadas épocas de la sociedad caraqueña y origen de muchas familias actuales de reconocido mérito.

Doña Josefa Echenique, la heroína de esta silueta, casada en primeras nupcias con el comerciante D. Jerónimo Alzualde de quien tuvo familia, lo fue en segundas con don Miguel Zarzamendi, también comerciante español. Conocida por su carácter sostenido, en favor de la causa española, algunos del bando patriota la molestaron en 1813 y 1814, imponiéndola contribuciones y complicándola en enredos y chismografías, armas tan conocidas de todos los partidos políticos. Pero lo que más molestaba a los patriotas era que doña Josefa había casado a su hija María Isabel Alzualde con el coronel Gervasio Medina, del ejército de Morillo, quien militaba por lo tanto contra Bolívar desde 1815. Así, la señora tenía que andar con los ojos muy abiertos, cuando llegaron los días del armisticio que trajo repique general en los campanarios de los ejércitos patriotas, pues a buen entendedor pocas palabras bastan. Doña Josefa había sufrido, y aunque durante el gobierno español, desde fines de 1814 hasta 1821, había descansado, temía encontrarse con un nuevo orden de cosas. Vivía esta excelente matrona en la avenida Este, número 53, casa de su propiedad que había refaccionado,

62. El fundador de la familia Echenique en Caracas, tuvo una hija de su primer matrimonio, doña Josefa Echenique, antes de entroncar con la familia Blandín. De las cuatro hermanas Echenique, Josefa, Catalina, Sebastiana y Marta, las tres últimas pertenecieron al segundo matrimonio.

cerca de la esquina del Cují, sitio donde los descendientes de la familia Blandín, tenían variadas fincas que aún conservan casi en totalidad[63].

Comenzaba el año de 1821, después de haber sido roto el armisticio, cuando los republicanos vislumbraron la victoria tan deseada, después de miles de desgracias capaces de afligir el ánimo más templado. Pero como Bolívar era un espíritu inquebrantable que poseía el vuelo del águila y la tranquilidad del león, supo sacar partido hasta de las derrotas más vergonzosas… Todo anunciaba que iba a librarse una batalla final entre peninsulares y venezolanos y que el lugar de la contienda sería la llanura de Carabobo. Bolívar lo juzgó así y creyó que la suerte iba a decidirse en el campo afortunado donde ya en otra época, en 1814, le había sonreído la victoria. Para llevar a feliz término su pensamiento, Bolívar se propuso dar jaque a los diversos cuerpos del ejército español situados en diferentes lugares, para evitar la reconcentración de fuerzas sobre el campo de Carabobo, y con tal fin, dispuso que el general Bermúdez, por la costa de Barlovento, atacara al jefe español Morales, y a Pereira que tenía tres mil combatientes.

Después de variados sucesos referentes a la historia de esta campaña en los valles del Tuy y de Aragua y cuyos incidentes pueden verse en los autores, Bermúdez que había ya estado en Caracas y había tenido que dejarla, tornaba a ella por el camino del este.

Propone Pereira una suspensión de armas, pero el Jefe oriental contesta exigiendo la capital, la cual abandona Pereira, durante dos días, para situarse en la colina del Calvario. En el mismo día en que se decidía la suerte de la República en el campo de Carabobo entraba Bermúdez con su pequeño ejército a Caracas por la avenida Este. Serían las 9 de la mañana cuando Pereira al ver a su contendor dueño de la capital, destacó contra él varias guerrillas que comenzaron a tirotear a los patriotas por las calles vecinas al Caroata.

---

63. Cuando el fundador de esta familia se estableció en Caracas por los años de 1745 a 1746, la ciudad no pasaba por esta dirección de la esquina del Cují (véase la *leyenda Cují* de Casquero). Por esto los diversos miembros de la familia pudieron hacerse de solares que levantaron de nuevo. La casa de doña Josefa conserva todavía sobre el portón el sello de la virgen María.

Doña Josefa había visto pasar a Bermúdez al frente de su estado mayor en el cual figuraba como oficial un primo de ella y el comandante Melchor Báez[64]. Sea porque en la mujer el sentimiento político es más ideal, o porque obedece a ciertas inspiraciones que en ella obran de una manera misteriosa, es lo cierto que a doña Josefa se le ocurrió que el jefe insurgente huiría en esta ocasión, como lo había hecho días antes, no por el camino del Sur, sino por el del Este; así esperaba verle pasar de nuevo por sus ventanas, para jugar carnaval con el temido cumanés, empaparlo, si era posible, no con líquidos sucios, sino con agua potable elevada a una temperatura más alta que la tibia. Pensar y ejecutar fue obra de cortos instantes, y ya para las dos de la tarde estaba lista el agua, dispuestas las criadas esclavas, que en los postigos de las ventanas debían sostener la guerrilla y las que adentro debían ayudarlas con pertrechos renovados sin cesar. *Contra insurgente agua caliente*, exclamó doña Josefa, después de dar las últimas órdenes a las esclavas dispuestas y contentas a obedecer con adiciones los mandatos de su ama.

El tiroteo entre los contendientes comenzado desde las 9 de la mañana había sido nutrido durante cinco horas, cuando comenzó a menguar. Bermúdez había obtenido el más completo triunfo contra las guerrillas de Pereira y todos habían vuelto a subir la colina del Calvario en solicitud del jefe español que se había situado en el picacho más elevado, donde figura hoy el Observatorio Astronómico. En disposición de continuar, Bermúdez deja su retaguardia en la plaza mayor y con el frente de su ejército sigue el puente de San Pablo y comienza la subida, cuando un incidente inesperado, da al traste con los vencedores, y la más espantosa derrota se apodera de los patriotas. Eran las tres de la tarde. Es el hecho que el corneta de órdenes, en lugar de tocar adelante, toca retirada. Al instante prende el desorden, cunde el pánico y no hay fuerza capaz de contener el desbordamiento de las tropas.

Con la rapidez del rayo, Bermúdez descarga sobre el cuello del corneta fuerte sablazo y la cabeza del infeliz rueda por tierra. El terrible sable se descarga sobre el cuerpo de los fugitivos más cercanos, sobre oficiales y soldados y nada puede conseguirse. Los oficiales pundonorosos logran

64. Acerca de este oficial distinguido de los patriotas, hombre de pelo en pecho, hablaremos más tarde.

reunir agrupaciones de cuatro o más soldados. Bermúdez al galope de su corcel viene a la plaza Bolívar, en solicitud de su retaguardia; pero ya ésta y la impedimenta compuesta de indios cumanagotos se habían dispersado en variadas direcciones. Bermúdez lleno de ira y con el brazo no fatigado aún de planear y de cortar cabezas, retrocede, se multiplica, despacha oficiales con órdenes severas, se defiende personalmente de las primeras guerrillas españolas desprendidas de la colina del Calvario, pero todo es inútil. Había sonado la hora de la derrota, y sólo le quedaban montoneras sin cohesión, y parte del Estado Mayor. Entonces, desesperado, llevando la esclavina rota y el pecho herido, emprende la huida por la prolongada avenida Este. Ya el grito de "derrota", repetido por millares de bocas, había penetrado en todas las casas del poblado, y por todas las calles en dirección de oeste a este, no se veían sino soldados y pelotones fugitivos en solicitud de las arboledas del Guaire y del Anauco.

Al despuntar la comitiva de Bermúdez por la esquina de Marrones, doña Josefa exclama, "ha llegado el momento", y las criadas se aprestan en los postigos, cada una con su totuma llena de agua más que tibia. Doña Josefa iba a asistir a una escaramuza carnavalesca, desde la puerta de la sala que mira al corredor. La comitiva pasa las primeras ventanas a la izquierda del zaguán, donde doña Josefa nada había ordenado, por estar bajas, cuando se acerca el grupo de fugitivos a la primera ventana de la derecha.

Contra insurgente agua caliente exclaman las criadas de la primera ventana, al lanzar sobre el grupo las primeras totumadas de agua. Al instante Bermúdez se detiene. ¿Qué es esto? exclama sorprendido; miserables esclavas, agrega, cuando de dos ventanas a un tiempo sigue el carnaval y los gritos de *contra insurgente agua caliente*. Enfurecido Bermúdez, prorrumpe en frases destempladas, y de su boca salen sapos y culebras, cuando se escucha en repetidas ocasiones la frase de *contra insurgente agua caliente*; y tras de cada apóstrofe, allá iban totumadas de agua.

¡Detén a tus esclavas, Josefa!, dice entonces el comandante Báez que pertenecía a la comitiva, y por toda contestación las esclavas le endilgan totumadas de agua. Bermúdez está como fuera de sí, trata de herir a las guerrilleras, y éstas ocultando el bulto, vuelven a bañarlo. El combate se ha hecho general, y si imprecaciones y amenazas contra los godos salen de la

boca de los fugitivos, agua va de las ventanas de doña Josefa. Altaneras aparecen las guerrilleras con el triunfo, colérico Bermúdez y su Estado Mayor, cuando por intervalos vuelve a escucharse la voz del comandante Báez que repite: "Josefa detén a tus esclavas".

Aquella reyerta carnavalesca duraba ya tres minutos, cuando Bermúdez, queriendo marcar la casa de doña Josefa, descargó un sablazo sobre una de las celosías, y continuó: "Ya sabrás infame goda a quién has querido ultrajar". Y no había concluido la frase de amenaza, cuando cayeron sobre el grupo de fugitivos nuevas totumadas de agua. Y contra insurgente agua caliente. Todavía, al emprender la retirada, de la última ventana, una de las esclavas más diestras baña con la última totumada de agua el anca del caballo del primo hermano de doña Josefa.

Los que han presenciado alguna de esas interesantes escaramuzas, del carnaval moderno, en este mismo sitio de la avenida Este, cuando la juventud elegante de Caracas en carruajes llenos de ramilletes y de cestillos de flores, entra en combate contra las beldades que engalanan las ventanas, podrán formarse idea del carnaval de agua caliente que jugó doña Josefa Echenique con el famoso general cumanés, en la tarde de la rota del Calvario, 24 de junio de 1821.

Cuando los fugitivos continuaron, con ampollas en el pescuezo, casi todos, Bermúdez iba lanzando bocanadas de metralla y de espuma contra doña Josefa y las godas de Caracas. Y tan furioso iba y tan temible, después de haber cortado cabezas, planeado a centenares de soldados y recibido el baño carnavalesco de doña Josefa Echenique, que cerca de Sabana Grande, al tropezar con un sargento que no atendió a la llamada, de un sablazo le separó la cabeza del tronco.

Cuando a los pocos días, después de Carabobo, llegó Bolívar a Caracas, al ser enterado de todos los accidentes de la derrota de Bermúdez, y entre otros, del carnaval de doña Josefa Echenique, exclamó: "La goda tiene razón y ha obrado con talento. Tras de una mañana de tiroteo y de fatiga bien asienta por la tarde un baño refrigerante".

Concluida la guerra, las amenazas de Bermúdez se desvanecieron, olvidóse del percance carnavalesco y nadie volvió a molestar a doña Josefa. Pero un incidente inesperado, si por un lado causó satisfacción, años más

tarde, a la señora, por el otro le produjo sinsabores que oportunamente cesaron por la intervención de Páez y de Soublette: fue el siguiente:

Durante los meses en que Bermúdez, años después de 1821, permaneció de paso en Caracas, vivió en la esquina del Cují, cerca de la casa de doña Josefa Echenique. Desde la Habana el coronel Medina había pedido a su familia en Caracas que le remitieran su tricornio de parada que necesitaba. Con este objeto la familia se valió de un carpintero que debía acomodar la encomienda en caja especial; mas éste, que guardaba cierto rencor oculto contra Medina, en lugar de construir el mueble, tomó el sombrero y se lo llevó de regalo al general Bermúdez, asegurándole que aquella prenda la había querido comprar una familia goda para regalarla al coronel Cisneros, entonces sublevado contra el gobierno de Colombia y a favor de los españoles. Bermúdez aceptó el regalo y de éste hizo uso en variadas ocasiones.

"Qué papujado va el general insurgente", dijo doña Josefa a su familia, al ver pasar en cierta tarde, a Bermúdez que, como todos saben, tenía abultado el pecho y arrogante el busto. "Pero lo que más hermosea a este Adonis de los insurgentes, añadió la señora, es el rico tricornio de mi yerno, el coronel Medina, que con tanta gracia cubre la bien peinada melena de este loco cumanés".

No contentos los enemigos políticos de doña Josefa, al verla tranquila en su casa, hubieron de fraguar contra ella una calumnia, diciendo que tenía correspondencia con el cabecilla Cisneros, que había comprado un tricornio para enviárselo y mil vulgaridades más del mismo jaez. Ábresele un juicio a la señora con el único objeto de sacarle dinero, comienza el proceso que alimentaban unos tantos farsantes políticos. Y ya habían salido de las arcas de la señora, centenares de pesos, cuando Páez y Soublette hubieron de intervenir y poner punto final a tamaña iniquidad.

Doña Josefa Echenique había jugado carnaval con uno de los leones patriotas, había perdido el tricornio de parada de su yerno y por añadidura algunos centenares de pesos. Todo lo hubiera perdido con satisfacción, menos sus ideas políticas, pues ella y sus hermanas murieron en olor de santidad godiana, como en remotísimos tiempos habían muerto Ataulfo, Alarico y compañeros mártires.

EL ÚLTIMO DE LOS EXPEDICIONARIOS

AÚN VIVE.

Allá, al rematar la calle Sur 5, entre grupos de palmeras que anuncian el puente de hierro sobre el Guaire, vive un anciano que frisa ya en los ochenta y ocho años. Es de rostro benévolo, simpático, que atrae por la modestia y amabilidad; y de tez rosada que se conserva a pesar de las arrugas. El cuerpo es pequeño, encorvado por la edad; canos están barba y cabello; y son azules los ojos y casi sin brillo; pero hermoseados por una mirada plácida, en la cual se transparentan corazón sano, alma generosa. Aunque agobiado de dolencias físicas, pobre y abatido por la fortuna, él conserva todavía el carácter franco, expansivo y caballeroso que hubo de sus progenitores y que sostiene con orgullo, como timbre de raza. Por esto es querido y venerado de cuantos tienen la satisfacción de tratarle.

Cincuenta y más años hace que nos profesamos cariño y siempre le hallamos el mismo, siempre a la altura del deber.

—¿Sufrís? –le preguntamos hace días al encontrarnos.

—Mucho, nos contestó. Siento que la vida se escapa y que la muerte me sonríe. A mi edad, esta es necesidad y recompensa.

—¿No la teméis?

—No cabe temor en corazón tranquilo y en espíritu que sabe remontarse a Dios.

—Así habla el justo –le respondimos.

Y cambiando de conversación le preguntamos:

—¿Nos permitís que escribamos algunas líneas acerca del último de

los expedicionarios de 1816? Os debemos una reparación y deseamos haceros justicia. Cuando ahora años dimos a la estampa la lista de los expedicionarios que acompañaron a Bolívar en 1816, por olvido involuntario no mencionamos vuestro nombre.

Nos estrechó la mano, y vimos que sus ojos se humedecieron. El corazón decía lo que los labios por modestia callaban.

¿Quién es este anciano, se preguntarán muchos, tan lleno de merecimientos, tan venerado por sus compatriotas? Ya diremos quién es; departamos mientras tanto, con nuestros lectores, acerca de hechos históricos de remotos tiempos que, cuando se trata de una de esas existencias que llevan el cuerpo encorvado más por los merecimientos que por los años, tales reminiscencias aparecen como ecos melodiosos, como luces plácidas que sirven de compañeras en el camino de la tumba.

En los días de la célebre Compañía Guipuzcoana, por los años de 1730 a 1740, llegó a Caracas, como empleado de aquélla, cierto español natural de Granada, quien se hizo conocer con el título de *Escribano público de la Costa Firme del mar océano*, autorizado por Real Cédula. don Francisco Antonio Vásquez de Rojas, que así se llamaba el escribano, contrajo matrimonio, a poco de fijarse en la capital, con doña María de la Luz Perea y López, de la cual tuvo un hijo que recibió en la pila bautismal el nombre de su padre.

Quiso éste que su niño, después de recibir la instrucción primaria y secundaria que se conocía en aquella época, se dedicase a la carrera eclesiástica. Inclinaciones no faltaban a Francisco Antonio, que frecuentaba el trato de los teólogos, leía retazos de los Santos Padres, y recitaba de coro alguno que otro párrafo de oradores cristianos. Ignoramos cuál fue el tiempo que dedicara el aspirante a los estudios serios; pero lo único que podemos asegurar es que antes de llegar a la edad provecta, Francisco Antonio Vásquez de Rojas contrajo matrimonio con doña María Dominga Miñoni, teniendo de este enlace un niño, a quien bautizaron con el nombre de Marcos José.

Pero un incidente triste e inesperado en la familia, la muerte de doña Dominga, dejó huérfano al párvulo, y al esposo sumido en el más acerbo dolor. Resolución tenaz se apodera del ánimo del viudo: la de abandonar el mundo para concluir sus días en el ejercicio de la carrera eclesiástica.

Parecióle escuchar voz misteriosa que le indicaba el camino que debía seguir, y sin perder tiempo, complementa sus estudios, familiarízase con el seminario y con el templo y aparece en cierto día por las calles de Caracas, llevando con dignidad el vestido talar. Así el padre Francisco Antonio Vásquez de Rojas daba comienzo a la carrera del apostolado, para la cual había nacido y en la cual debía morir, amado y bendecido de su grey. Sacerdote ejemplar, fue también orador estimado, cuya palabra comprendida por el hombre de mundo, llegó hasta mover el corazón del rústico labriego. Después de haber servido en Caracas y otros lugares, el padre Vásquez de Rojas, fue nombrado en 1794 cura y vicario de la ciudad de Carora. A su lado, y bajo su ilustrada vigilancia, comenzó su apostolado en la misma época, como monaguillo, aquel otro pastor que conoce Venezuela con el nombre de fray Ildefonso Aguinagalde, de grata recordación. Diez y seis años contaba el vicario de ejercicio espiritual en Carora y sus parroquias, cuando la salud del buen pastor comenzó a deteriorarse, de tal manera, que le imposibilitaba el cumplimiento de sus sagrados deberes.

Dos acontecimientos imprevistos vinieron a turbar los días del virtuoso pastor; el terremoto del 26 de marzo de 1812, la invasión y toma de Carora por las tropas invasoras de Monteverde el día 25; calamidades que se correspondían por la orfandad, lágrimas y muerte de que venían acompañadas. Las familias de la Torre y Oropeza, queriendo endulzar los últimos días del vicario, le hicieron transportar a un campo vecino de la ciudad, donde reunidas otras personas prodigáronle al santo varón todo género de atenciones. En medio del sollozo de familias numerosas; el vicario Vásquez de Rojas bendijo por la última vez a su grey y expiró el 12 de julio de 1812[65].

Marcos José Vásquez de Rojas rayaba en los treinta y dos años cuando murió su padre. Educado en Caracas, bajo los cuidados de sus parientes, llegó a figurar entre los niños de su época, como uno de los más sobresalientes por su vivacidad y talento precoz. Es un hecho, que entre los centenares de educandos que se tratan en un plantel de enseñanza, no son los

65. Datos manuscritos del Archivo de Carora que nos ha suministrado el actual vicario de aquella ciudad, presbítero M. Hurtado.

más aprovechados y simpáticos los que granjean nombre entre sus coetáneos, sino los más talentosos que, en la generalidad de los casos, llegan a imponerse, alcanzando estimación y fama. Así sucedió con Marcos José, que contaba entre sus numerosos amigos a los hermanos Toro, sobre todo, José Ignacio, a Francisco de Paula Alcántara, Simón Bolívar, Sutil, Carrillo, Milano, Granadillos y otros muchos. Rojas por su carácter epigramático, sus improvisaciones en verso, sus chistes, tenía que alcanzar cierta aura que alimentaban los compañeros de escuela. Tales antecedentes contribuyeron a que más tarde, Bolívar y Alcántara que eran inseparables de Rojas, estimularon a éste a seguir la carrera de las armas, en la época de la guerra a muerte.

En 1798, el joven Simón Bolívar deja a Caracas y a sus compañeros de infancia, y un año más tarde, tiene efecto en la plaza mayor la ejecución del reo de Estado don José María España. En presencia de una víctima tan meritoria, atada y traída a la plaza a la cola de un caballo, en presencia de la muerte de este mártir y de la mutilación del cadáver, cuyos fragmentos fueron expuestos en sitios públicos, la juventud de aquellos días debió inspirarse en cierto orden de ideas que debía traer nuevo orden de cosas. Entre los numerosos jóvenes que presenciaron este punto de partida de la Revolución caraqueña estaban Francisco de Paula Alcántara y Marcos José Vásquez de Rojas, destinados más tarde a militar juntos.

En aquellos días, al comenzar los albores del siglo actual quiso Rojas dedicarse al estudio de la medicina, al cual se inclinaba; pero no pasó mucho tiempo, sin que lleno de impaciencia, abandonase el claustro universitario, y comenzase a ejercer la profesión, ayudado de los conocimientos que había adquirido, prefiriendo así el título de romancista al de Médico Doctor. Para un hombre de ingenio como era Rojas, que de todo sabía un poco, principalmente de artes y oficios mecánicos, y facilidad y comprensión poseía en alto grado, no le arredraba el ejercicio de la profesión médica, sobre todo, el de la parte quirúrgica. Así fue que contando con el éxito, alma de los hombres de ingenio, lanzóse a los campos de San Sebastián, Orituco y otros lugares en los cuales alcanzó clientela.

A la sazón acontece el 19 de abril de 1810. Identificadas sus opiniones políticas con las de sus amigos de Caracas, Vásquez de Rojas saluda la

nueva época, proclama en San Sebastián el acta del 5 de julio de 1811, y contribuye a la creación de las milicias de la misma localidad. Cansado de firmar Vásquez de Rojas, el nuevo republicano abréviase el apellido, suprime la partícula de nobleza, y firma desde entonces Marcos Rojas; y con este nombre y el grado de capitán, sigue en 1812, bajo las órdenes de su amigo Francisco de Paula Alcántara, a la primera campaña de Miranda contra Valencia. En la segunda continúa en los valles de Aragua, donde le sorprenden los tristes sucesos del mismo año. Alcántara, joven que contaba con recursos, logra escaparse a las Antillas, en tanto que Rojas, pobre, trata de salvarse como pueda sin abandonar el país. Cuando en 1813 aparece Bolívar, Rojas vuelve a afiliarse en el ejército, figurando en las campañas de 1813 y 1814 al lado del Libertador. Y cuando de nuevo se pierde la República, jefes y oficiales huyen, menos el teniente coronel Marcos Rojas, quien por segunda vez, buscaba la vida en el ejercicio de la profesión médica.

Ayudado de la práctica y de un carácter tan franco como insinuante, pudo ser favorecido por los jefes españoles de Turmero y de otras villas de los valles de Aragua.

Así pasaron para Rojas siete años llenos de temores e incertidumbres, cuando en 1821, después de Carabobo, Bolívar vuelve a tropezar con su compañero de infancia. Alcántara que había seguido al Libertador por todas partes, y conseguido alto grado en la carrera militar, estaba en Turmero, de comandante general de los valles de Aragua, cuando Bolívar se detiene en aquella localidad en su paseo triunfal de Valencia a Caracas. La familiaridald que existía entre estos dos militares era tal, que dondequiera que estuvieran habían de tratarse con intimidad de hermanos. Quizá, entre todos los tenientes del Libertador, Alcántara fue el único que trató al ilustre jefe con la misma confianza que lo hiciera desde la infancia. Esto motivó el siguiente diálogo entre Alcántara y el Libertador.

—¿Sabes quién está aquí, Bolívar?

—¿Quién?

—Marcos Rojas.

—¡Cómo! ¿Y por qué no se me ha presentado?

—Porque está contrariado, por la pobreza, aunque conserva siempre el carácter chistoso.

—¿Se habrá olvidado de su antiguo camarada? Mándale a buscar, –añade el Libertador.

A poco aparece Rojas complacido y animado en presencia de su antiguo camarada.

—¿Qué es esto? –exclama Bolívar al verle–. ¿Por qué me esquivas? ¿No es este Simón Bolívar, tu compañero y amigo de infancia? Y abrazándole le sienta a su lado y departen por largo rato.

Al dejar a Turmero, el Libertador dispuso que su amigo Marcos Rojas fuese incorporado al ejército con el grado que había alcanzado en 1814, el de teniente coronel, debiendo seguir al sitio de Puerto Cabello, donde le dejaremos para retroceder a los primeros días del siglo.

Antes de abandonar los estudios de medicina en la Universidad de Caracas, el joven Rojas se había casado con doña Juana Perea y Carreño, familia esta última que tanto figuró en la historia de nuestra Independencia; lo que hacía que Rojas y los hermanos Carreño, militares y civiles, se trataran como parientes muy cercanos. De este enlace no vino al mundo sino un hijo que fue bautizado con el nombre de José Luis. Trece años había cumplido, cuando la catástrofe de 1814, la aproximación a Caracas de las huestes de Boves y la caída de Bolívar infundían el espanto por todas partes. Al fin suena la hora de aquella tremenda emigración comenzada en la madrugada del 22 de agosto, y tras la cual seguía Bolívar con pocos soldados. Prolongado cordón de fugitivos, compuesto de hombres, de mujeres y de niños, anillo viviente, que parecía seguir las inflexiones del mar antillano simulando una hidra de mil cabezas bañada por las olas.

Ignorante del paradero de su padre, y horrorizado con la aproximación de Boves, el niño José Luis, aguijoneado por compañeros imprudentes, y sin decir palabra alguna a su madre, sale con los fugitivos que acompañan a Bolívar.

Después de mil penalidades el niño encuentra en Barcelona protección de un señor Guerra, de la familia del general Bermúdez, con quien sigue a Cumaná y a Margarita. Pocos meses después, surta está en las costas de esta isla la famosa escuadra de Morillo. Entre los que abandonan la isla figura el niño José Luis, que arriba a Carúpano, donde encuentra protección del padre Juan Bautista Molinar, quien le nombra su sacristán. Así pasan

los meses cuando llega a la costa de Carúpano la primera expedición de los Cayos al mando de Bolívar en 1816. El joven sacristán se entusiasma, abandona el incensario y la esquila, toma el fusil y se une al cuerpo de los expedicionarios. Acariciado de los jefes que le cobraron simpatías, y estimulado por sus compañeros en edad: Buroz, Guerra, Manrique, Pompa Rodríguez y otros más, el niño José Luis se embarca con todos ellos y llega a las playas de Ocumare.

En formación estaba en la plaza de este puerto, cuando por su tamaño y edad llama la atención del Libertador.

—¿Quién eres niño? –le pregunta Bolívar.

—Soy hijo de Marcos Rojas –contesta el voluntario.

—¿Cómo? ¿del amigo y compañero de mi infancia? –pregunta Bolívar.

—El mismo, mi general –responde el soldadito.

—Pues bien, iremos a vengar su muerte si es cierto como nos han asegurado que murió asesinado. Y el Libertador llamando al coronel Montesdeoca le dice:

—Os entrego a este niño para que le dejéis de guarnición en la primera plaza que tomemos.

Pero en aquellos momentos nada podía ordenarse y menos preverse, pues la suerte que hasta entonces se había presentado propicia, cambió de rumbo en un instante. Sábese que Bolívar hubo de reembarcarse, mientras que su ejército abandonado, tuvo que abrirse paso y retroceder hasta las costas orientales de Venezuela, peleando de día y de noche; serie de hechos admirables, que constituyen lo que llama la historia de nuestra independencia, internación de Ocumare, bajo las órdenes de Soublette y de Mac Gregor.

Cuando llegó el momento del primer fracaso, el joven José Luis Rojas fue uno de los primeros que quedaron en poder de los españoles; mas a su corta edad y gracia debió el que le dieran la libertad, concediéndosele licencia para seguir a Turmero donde tropezó con su padre. Así continuaron padre e hijo hasta el triunfo de Bolívar en 1821.

Este niño de trece años que sigue a los fugitivos de Caracas en 1814 y se une a Bolívar en 1816, que recibe de éste en Ocumare saludo lisonjero; este joven que después de mil trabajos y penalidades vuelve a encontrarse con su hogar de familia, y presencia en la plaza de Turmero el abrazo que

diera a su padre el Vencedor de Carabobo; este joven que se encuentra huérfano antes de que se rindiese el castillo de Puerto Cabello, y a fuerza de trabajo alcanza por dos veces la fortuna que pierde; este patricio que sirve a la República en los comicios, en los municipios, en las asambleas, que honra el nombre de sus progenitores, y aparece siempre cumplido y digno, es el anciano de quien hablamos al comenzar estas líneas. Su nombre es José Luis Rojas, hijo del teniente coronel Marcos Rojas y nieto de aquel virtuoso vicario de Carora, Francisco Antonio Vásquez de Rojas, ambos de grata memoria[66].

Pero el último de los expedicionarios, desde temprana edad, como sus ascendientes, debía igualmente formar familia y alcanzar, como ellos, un solo hijo de su esposa la señora Mercedes Acosta. Cristóbal Rojas fue nuestro compañero en el Colegio de la Independencia, cuando ambos frisábamos en los once años. Más tarde, continuamos juntos en la Universidad de Caracas, ora como estudiantes de filosofía, ora como de medicina cuyos estudios concluimos en 1852, época en que nos separamos. Fue Cristóbal Rojas de carácter franco y corazón generoso, de talento impresionable, sagaz, epigramático. Con éxito cultivaba la pintura y la música, habiéndose familiarizado con el arte dramático, desde la infancia.

Llegó a admirar las obras notables de su tiempo, y al darlas a conocer entre nosotros, no desdeñóse en ser actor o director en teatros de familia. Algunos de sus cuadros de pintura figuran en templos de Caracas.

Ya dejamos asentado que Marcos Rojas llegó a poseer cierto ingenio que le hizo admirar de sus amigos y contemporáneos, sobresaliendo por su carácter chistoso y amor al arte. Refieren las tradiciones de esta familia, que en cierta ocasión, don José Rojas, queriendo obsequiar al pueblo de Turmero, da comienzo a una escultura, la efigie del Nazareno. Al concluirla llama a su hijo Cristóbal, quien al examinarla dice al padre: “No está mala

66. La familia con la cual provisionalmente vive don José Luis Rojas es la del señor Luis Z. Carrillo, su ahijado de bautismo. Dignos de elogios son los respetos, atenciones y cariño que al noble anciano tributan el señor Carrillo y su señora. Esto pone de manifiesto que las buenas amistades que fundan ciertos padres de familia en vida, pasan a sus hijos, para quienes es deber conservarlas, haciendo así de la amistad un culto que embellece los recuerdos del hogar extinguido por la muerte.

desde el momento que puede cautivar el corazón de los fieles"; y se puso a pintarla. A poco la efigie salía en procesión por las calles de Turmero. "Es necesario confesar –dijo Cristóbal a su padre, al ver pasar la imagen–, que si nosotros y nuestros mayores no somos artistas, en la verdadera acepción de la palabra, poseemos por lo menos insignificante chispa del fuego sagrado. Contentémonos papá, con ser los artistas de nuestro hogar". Estaba escrito que uno de sus hijos el que lleva su nombre, refundiría el talento de sus antepasados coronando de gloria a la familia.

No pudiendo Cristóbal Rojas dejarse arrastrar por su amor al arte, pues había estudiado con éxito la profesión médica, para la cual había heredado talento e inclinación, visita después de 1852 varios lugares de Venezuela, permaneciendo algún tiempo en las Antillas, donde dejó buen nombre. Estímulo justo lo aguijoneaba en el ejercicio de la medicina y era el parentesco inmediato que tenía con el célebre Eliseo Acosta, cuya muerte prematura llora Venezuela.

Después de quince años en que estuvimos sin vernos, ausentes de la patria, volvimos a encontrarnos. Padre de familia era ya nuestro amigo cuando tenaz enfermedad por los años de 1869 a 1870, puso fin a sus días, dejándole a su padre por herencia una viuda con cinco graciosas criaturas.

He aquí los dulces compañeros del último de los expedicionarios en los días de su senectud. En la orfandad han crecido bajo el ala protectora de la buena madre, y en presencia del varón justo que representa cinco generaciones de hombres notables y de familias virtuosas. Ya las niñas son madres, y los varones adultos. Sonríe, señora, que Dios te ha concedido la gracia e inocencia de tus nietos[67]. En tanto los varones solteros, amorosos, unidos prosperan: Marcos que se ha dedicado al comercio, Rafael que es el levita de la familia. Pero sólo a Cristóbal le estaba reservada la suprema dicha, la de ser el talento artístico que desde las orillas del Sena, coronara las sienes de su madre y reflejara gloria sobre su hogar y sobre el patio suelo.

Ven, artista, y corona la obra de tus mayores con una creación de tu ingenio, que cual recuerdo de familia brille en el hogar de tu buena madre.

67. De las dos niñas de la señora Alejandra Poleo de Rojas, Mercedes es la esposa del señor Ramón Chapellín, y Alejandra, la del señor Guillermo Barnola.

Sea tu tema el último de los expedicionarios en el camino de la tumba. Sean tu madre y hermanas ángeles del hogar, las que sostengan, en su paso vacilante, al anciano, simbolizando así la Fe, la Esperanza y la Caridad. Abran tus dos hermanos el pórtico de este cuadro; uno de ellos beneficia los tesoros de la industria; lleva el otro el cayado del buen pastor, y en su semblante plácido, se refleja el alma del discípulo del Evangelio. Gracioso rayo de luz que se pierde en el lejano horizonte, serás tú, tu espíritu luminoso que desde lejanas tierras, contemple la escena sublime del varón excelso en el camino de la tumba.

Satisfechos llegamos a este punto, después de haber cumplido un deber y de haber rendido justicia. La reivindicación póstuma hubiera sido tardía, la reparación histórica para ser augusta y solemne necesita de la satisfacción de aquel que, por circunstancias fortuitas, pudo ser víctima del olvido. Anticipándonos a la muerte del último de los expedicionarios de 1816, y refundiendo en un solo cuadro los méritos de cinco generaciones, aspiramos a nuestro turno, no a aplausos, sí a las bendiciones del varón justo.

EL LORO DE LOS ATURES

A don Francisco Davegno

EN EL SITIO donde las aguas del Orinoco, después de haber seguido al oeste, en numerosas curvas, tuercen bruscamente al norte y se abren paso al través de los montes y rocas de Parima, está la bellísima región llamada de las grandes cataratas. Es un anfiteatro de raudales que, en una longitud de seis a ocho mil metros, se precipitan unos en pos de otros, y producen el paisaje más hermoso de los ríos del Nuevo Mundo. Saltos de agua, cabelleras de espuma, islas que tiemblan entre numerosos arrecifes, laberinto misterioso donde la onda líquida se esconde y parece que gime, moriches que coronan de verdura la roca granítica y cobijan a los animales dueños de la tierra y de las aguas; todo parece que celebra a un tiempo las bellezas de la naturaleza americana: y sólo al hombre es dado conocer los peligros de esta región, donde el viejo Orinoco lucha, se retuerce y logra vencer el poderoso anillo de granito que estrangula la corriente. Tales son los diversos actores de la lucha secular entre las aguas y las rocas en la espléndida región venezolana de las cataratas.

Las ruinas de dos pueblos antiguos fundados por los misioneros jesuitas y capuchinos, se ven todavía al pie de los hermosos raudales de Atures y Maipures, al norte y sud de esta región. Recuerdan las unas el sepulcro de los atures, raza extinguida, que sucumbió gloriosamente en defensa de sus libertades; recuerdan las otras el antiguo golfo geológico a la izquierda del Orinoco, frente a las rocas de Oco y Keri, islotes del primitivo río, cuando el dilatado golfo, coronado de palmeras y gramíneas, era un lago o remanso de las aguas. Recuerdan ambas a los pueblos indígenas, a aquellos misio-

neros que levantaron templos y casas al pie de las cataratas, cultivaron la tierra; segaron la selva y cubrieron la fértil dehesa de animales útiles, hasta el día en que hombres despiadados concluyeron con la riqueza aglomerada por el trabajo, y talaron las campiñas y los poblados, y acabaron con los modernos pobladores de Orinoco, como habían acabado los caribes antropófagos con los primitivos atures y maipures, antes que el conquistador castellano hollara con su planta la tierra colombiana.

¿En qué se parece esta onda del Orinoco que baña hoy los arrecifes, a la onda primitiva, cuando yacían a flor de agua las enormes rocas donde el hombre prehistórico de América grabó las primeras creaciones del arte pictórico?

> Del centro de las ondas, dice un célebre viajero, levántanse negras rocas, como el hierro, que parecen torres ya arruinadas. Cada isla, cada piedra, ostenta gran número de árboles de vigorosa producción; espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas y al través de este vapor espumoso, asoman las altas copas de los moriches. Cuando ya a la tarde los ardientes rayos del sol vienen a quebrarse en la húmeda niebla, estos efectos de luz producen un espectáculo mágico. Arcos coloreados aparecen y desparecen sucesivamente y sus imágenes vaporosas se mecen a impulso de las vientos.[68]

Al sud del raudal de Atures está situada la caverna de Ataruipa; tumba de una raza extinguida, donde reposan los osarios de pasadas generaciones. Aquí, en este sepulcro de un pueblo valeroso, referían los indios guarecas que se refugiaron los atures perseguidos por los caribes antropófagos; lúgubre morada, donde toda la raza pereció sin dejar indicios de la lengua que hablara. Agregaban que en Maipures existía un loro viejo que nadie entendía, porque hablaba la lengua de los atures.

He aquí la tradición referida por los guarecas a Humboldt, y que dio a conocer en sonoros versos el poeta alemán Ernesto Curtius:

> En las soledades del Orinoco vive un Loro viejo, frío e inmóvil, como si fuera su propia imagen tallada en piedra.

---

68. Humboldt, *Tableaux de la Nature*, Paris, Chez F. Schoell, Libraire, 1808, 240 p.

Las rotas y espumosas olas del río ábrense paso al través de los peñascosos diques, y los troncos de las palmeras inclínanse anegados en las ondas de luz del sol.

La ola, a pesar de sus esfuerzos, no puede llegar al fin. El sol mezcla jugueteando el reflejo de sus colores al polvo del agua.

Abajo, en el sitio en que las olas caen rompiéndose, goza un pueblo del eterno descanso; expulsado de los lugares que habitó, refugióse en aquellas rocas.

Y los Atures murieron libres y orgullosos como habían vivido; los verdes cañaverales de la orilla, ocultan todo lo que queda aún de su raza.

Allí gime en señal de duelo el Loro, único que ha sobrevivido a los Atures; aguza su pico en la piedra y hace resonar el aire con sus gritos.

Ah! los niños que le han enseñado los sonidos de su lengua materna, y las mujeres que le han educado, que han construido su nido con sus manos.

Todos, heridos por la muerte, están tendidos sobre el río; sus inquietos gritos, no han podido despertar a nadie.

Solo él llama y en este mundo extranjero nadie puede comprender su voz. No oye más que el ruido de las aguas; alma alguna piensa en él.

El salvaje que le distingue sobre el río, rema vigorosamente para llegar a la orilla. Nadie ha visto sin estremecerse el Loro de los Atures.[69]

Un distinguido venezolano, cuya amistad nos es grata, el señor doctor Lisandro Alvarado, ha vertido la misma tradición de los versos alemanes de Curtius, publicados no hace mucho en el número 3 de *La América Ilustrada y Pintoresca*. El traductor dice así:

En el Orinoco agreste
hay un viejo papagayo,
triste y yerto, cual si fuera
de dura piedra tallado.
Entre diques rocallosos,
espumante y destrozado,
corre el río entre palmeras
que al sol le roban sus rayos;

69. Humboldt, *Los cuadros de la naturaleza*, traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar, 1876, 589 p.

y nunca logran sus olas
traspasar el fiero blanco,
mientras velos esplendentes
son del iris matizados.

Allá do luchan las ondas
una tribu a esos peñascos
llegó proscrita y vencida,
y hoy goza eterno descanso…
Sucumbieron los Atures,
siempre libres, siempre osados,
y so cañas ribereñas
yacen sus últimos rastros.

De esa raza el postrimero,
cuenta el ave un hecho aciago,
y en la peña el pico afila,
al aire gritos lanzando.

Ah! los niños que el nativo
dulce idioma le enseñaron
y la mujer que sustento
diole y nido, busca en vano!
En la playa a duros golpes,
todos cayeron, y en tanto
del ave la ansiosa queja
a ninguno ha despertado.
Solitario, incomprensible,
vocifera en suelo extraño;
oye el rugir de las aguas
y a nadie más el cuitado;
y el salvaje al contemplarle
huye veloz del peñasco…
Nadie vio sin que temblara
ese antiguo papagayo!

"Tan bella tradición simboliza en su poética sencillez –ha escrito el señor doctor Ernst– la historia melancólica de numerosos pueblos y tri-

bus que antes habitaban el suelo americano, y que desaparecieron unos tras otros en las sangrientas luchas de su propia barbarie, o bajo la espada desapiadada y la servidumbre inhumana de conquistadores europeos".

Hablando Humboldt de la noche en que visitó la tumba de los antiguos atures, dice:

> Era una de esas noches frescas y serenas de que tan frecuentemente se disfruta en los trópicos. El disco de la luna rodeado de anillos encarnados brillaba en el zénit, iluminando los extremos de la niebla de purpúreos contornos, que como una nube velaba el espumoso río. Innumerables insectos esparcían sobre la tierra, tapizada de verdura, rojizas fosforescencias, resplandeciendo el suelo como si la estrellada bóveda hubiese descendido a la pradera. Las trepadoras *bignonias*, las perfumadas vainillas y las *banisterias* de doradas flores adornaban la entrada de la gruta, sobre la cual murmuraban los penachos de las palmeras.
>
> Así mueren y desaparecen las razas humanas! Así se pierde el ruido que su nombre produjera! Mas si todas las flores del espíritu se marchitan, si el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador, del seno de la tierra brota siempre nueva vida. La fecunda naturaleza desenvuelve incesantemente sus gérmenes sin que parezca inquietarse en investigar si el hombre, implacable raza, ha de destruir el fruto antes de su madurez.

No, no; ni las flores del espíritu se marchitan ni el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador. La naturaleza siempre bella, fecunda, armoniosa y sublime, hasta en sus noches tempestuosas, no es tumba sino cuna perenne, pues que todo cambia de forma y nada se pierde.

El espíritu investigador que ha sondeado las profundidades del firmamento y sorprendido en su composición la onda luminosa; el arte que ha interpretado el sublime panorama de la vida, no son sino actores que se suceden en el campo de la naturaleza. Sobre todas las ruinas y despojos de la sociedad humana flota el espíritu creador, inmortal, porque simboliza lo perdurable, lo eterno; la verdad, descubierta por la ciencia, por la lucha; la belleza, cantada por el arte; la aspiración celeste concebida por la fe y sostenida por las grandes virtudes de que es capaz el corazón humano.

LOS PLATOS DE PARAGUACHÍ

A don José M. Garbán Pérez

NO HAY SITIO, lugarejo, pueblecito que no tenga algo de que envanecerse, por lo menos, de un fruto, de un animal, de alguna roca de construcción, o finalmente, de sabrosa agua y templado clima. Santa Ana, en los Andes de Trujillo, por paupérrimo que aparezca a las miradas del viandante, hablará siempre de la célebre entrevista de Bolívar y Morillo en 1819. Ocumare de la Costa nos recordará las dos expediciones desgraciadas: la de Miranda en 1806, la de Bolívar en 1816. El Rincón de los Toros nos relata la sorpresa nocturna, de la cual se salvó Bolívar en 1818. En el caballo del vencedor muerto, se salva Bolívar, derrotado. Capadare es nombrado por su tabaco, Chichiriviche por sus ostiales, Mamo por sus aguacates, y si se quiere una cita más, recordamos a San Joaquín, que debe su fama a sus bizcochos.

Al este de la isla de Margarita, la Nueva Esparta de los días de la Independencia, existe un puertecito de pescadores, y más adentro, el pueblecito fundado por los conquistadores, por los años de 1530 a 1540, con el nombre de San José de Paraguachí. Paraguachí es nombre indígena que, en lengua cumanagota, equivale a *golfo de la langosta*. Con una población que oscila entre 500 y 600 habitantes, ahí está, con su costa cercana, orgulloso con su pobreza y conforme con su suerte. Refiere la historia antigua de Venezuela que, cuando el famoso tirano Lope de Aguirre se presentó de improviso en 1560 en las costas margariteñas, una tempestad separó las embarcaciones de la pequeña flota, arrojando a las costas de Paraguachí, la vela en que venía Aguirre. Aquí comienza, en territorio de Venezuela, la historia singular de aquel hombre legendario. A poco después de la muer-

te de Aguirre, llámase a Paraguachí puerto del traidor, puerto del tirano. Quizá y sin quizá, este último nombre es el único que lleva un puerto del continente de Colón, de uno a otro polo. Y por de contado que, al decirse puerto del tirano, nadie tendrá que buscar o estudiar los ideales monstruosos de la tiranía, pues en Venezuela, al decirse El Tirano, todo el mundo se transporta a los días de 1560 para contemplar al famoso Lope, que corona con la muerte de su hija una vida de crímenes; y deja su alma en pena, vagando en copos de luz hidrofosfórica que agita el viento durante la noche, y es todavía el espanto de los campesinos, como nos asegura la tradición.

He aquí el primer mérito de la historia del pueblecito y costa de Paraguachí, fundado durante los primeros treinta años del siglo XVI, en la costa oriental de Margarita. El segundo se le acerca por el timbre de los personajes que saquearon el pueblo, un siglo más tarde, por los años de 1662 a 1680, cuando filibusteros holandeses primero, y franceses después, se propusieron acabar con los puertos de Venezuela. Si Aguirre apenas asustó a los pobladores de la comarca, porque quiso seguir en su carrera de aventurero, el marqués de Maintenon, filibustero de la cuadrilla de Gramont, debía arrasar las costas de Margarita en 1678. El francés se hizo de dinero, de prendas y de efectos; pero dejó incrustados en la torre del templo dos platos de Rouen, como recuerdo de su visita *pacífica* a las costas de Trinidad y de Margarita.

Hace poco que los moradores de Paraguachí quisieron reconstruir su primer templo y levantar nueva torre, que vetusta y en ruina estaba la que dejaron los conquistadores. Al caer ésta, aparecieron en la mampostería del campanario dos platos azules que, con trabajo, fueron desprendidos de la amalgama que los sostenía. Y como hace muchos años que, cuanto aparece conexionado con la historia de la isla, tiene que venir a nuestro estudio, porque así lo ha ordenado nuestro viejo amigo, colega, maestro y favorecedor, Eduardo Ortega, amante como el primero de las glorias de Nueva Esparta, los dos platos, sin dilación, llegaron a nuestro desván.

Sucios, rotos, averiados, así los recibimos, después de haber permanecido durante doscientos quince años en una torre castellana. Por supuesto que los recibimos como se recibe a seres curiosos, cuya nacionalidad, edad y condiciones de familia deseábamos conocer. Al instante comenzó el es-

tudio de estos prisioneros que cambiaban de cárcel, sin poder tornar a su patria; y con lente en mano, hubimos de examinarlos detenidamente.

¿Serán estos platos de Delft, lo serán de Rouen? Cuando se tropieza con una marca nueva, no conocida de los ceramistas maestros, dudas y dudas nacen y mueren, sin que se pueda fallar. Aunque en los platos sobresalen caracteres de la célebre fábrica holandesa, de Delft, los hay igualmente que pertenecen a la no menos célebre de Rouen, centro artístico de la cerámica francesa. En la necesidad de optar, nos decidimos por la fábrica de Rouen, con cierta reserva. Es un plato de 22 centímetros de diámetro, de mayólica del siglo VII, camafeo azul con dibujos llamados de baldoquines, que pertenecieron a la época de Luis XIV. La edad de estas piezas las fijamos de 1660 a 1678. Bien puede creerse que el plato sea de Delft, y en este caso reputarse como bella imitación de la de Rouen, pues la fábrica Delft imitó los más bellos productos cerámicos de otros países.

Resuelta la primera parte del estudio, continuemos con la segunda. ¿En qué época fueron colocados estos platos en la torre de Paraguachí? ¿Qué nos refiere la historia? Era de costumbre, entre los misioneros castellanos, exornar con platos las fachadas de los templos que construían. Todavía el pueblecillo de Sanare, en las cercanías de Tocuyo, conserva muchos de los platos de su fachada. Tal adorno resiste los embates del tiempo y cautiva la curiosidad de los campesinos. Ya en otro estudio hemos hablado de los platos de Valencia, que los oficiales de Colón arrojaban a las bellas guaiqueríes de Cubagua, en cambio de los collares de perlas que éstas tenían en el cuello. También los filibusteros de los siglos XVI y XVII, sobre todo, los franceses, dejaban en las torres y castillos españoles que no destruían, platos de cada época, como triste recuerdo de la devastación que hacían por todas partes.

Es un hecho que en 1662 los filibusteros holandeses destruyeron la capital de Margarita y el fuerte que ésta tenía para su defensa; pero ignoramos si los arrasadores dejaron algún plato. Es necesario seguir más adelante para tropezar con el filibustero francés Gramont, quien, después de saquear a Maracaibo, a Gibraltar, y a Trujillo en 1678, dividió su flota para continuar la devastación en las costas venezolanas. Entre los oficiales de Gramont, figuraba el marqués de Maitenon, a quien Luis XIV le había

dado la fragata llamada "La Sorcière", para que viniera al Nuevo Mundo en solicitud de pillaje, de asesinato y devastación. El Marqués destruyó primero la isla de Trinidad y después la de Margarita, en 1678. Más tarde, Gramont atacó Los Caracas y costas de La Guaira. Los platos pertenecieron muy probablemente al valeroso marqués, a quien se le antojó incrustarlos en la torre de Paraguachí.

Tal es la historia de los pobres prisioneros de Paraguachí, y aunque hoy están tratados con consideración y con cariño, no podrán jamás recuperar el movimiento que tenían, cuando figuraban a bordo de "La Sorcière". Triste celebridad la de haber yacido en la torre del puerto del Tirano, y de haber sido sepultados por una de esas grandezas del robo, del asesinato y de la destrucción.

¡Platos ruaneses! nos contentamos con uno de vosotros; siga el otro a manos del joven amante del arte, en todas sus manifestaciones, a quien hemos dedicado estas líneas.

LOS PLATOS PARLANTES DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA

UNO de los más distinguidos escritores de la Francia moderna, Champfleury, talento investigador y fecundo, escribió, hace pocos años, un libro lleno de bellezas históricas realzadas por su estilo seductor, que lleva por título: *Histoire de faiences patriotiques sous la revolution*. Después de viajar por las principales provincias de la patria nativa y de estudiar las diversas obras del arte cerámico, durante los últimos veinte años del pasado siglo y los primeros del actual, el autor logró enriquecer con notables adquisiciones el Museo de Sevres, del cual es director, y en el que pueden estudiarse los históricos objetos de la cerámica parlante, en los días de la Revolución Francesa y del Imperio, y desde la Restauración hasta nuestros días.

He aquí un monumento levantado al arte y también a la historia de época tan fecunda en acontecimientos de todo género. Ante una colección tan rica como variada, el espíritu investigador estudia, medita, y sigue en toda su evolución el desarrollo de una idea que aparece velada en los primeros tiempos, que a poco toma creces, se impone, domina la mayoría, y llega a la escarpada meta, después de haber producido estragos inauditos, de haber llevado a la fosa numerosas víctimas y de haber derribado antiguas y arraigadas preocupaciones. Sobre los humeantes y ensangrentados escombros de aquella revolución que cumple en estos días una centuria, se levantaron los cimientos de la sociedad actual.

En esta colección que nos relata la historia de luctuosos y brillantes días, las alegorías, los lemas, los emblemas, la más insignificante figura nos cautiva y habla con elocuencia persuasiva. Ya es la fortaleza de la Bastilla,

sobre cuyas almenas ensangrentadas se levanta la bandera popular que lleva por lema: *ser libre o morir*; ya es el árbol de la libertad, la encina histórica, en cuya copa ondea este lema: *libertad o muerte*: ora es la elevada pica que conduce el gorro frigio, acompañando a la muchedumbre entusiasta que entona en coro las siguientes estrofas:

Tirans, le sort en est jeté
Le bonnet de la liberté
Fera le tour du monde.

Ya es la balanza de Astrea que cede al impulso que le da la mano del hombre de los campos, que toca uno de los platillos, mientras que en el opuesto se elevan los atributos de la realeza y del clero como para indicar que el trabajo unido a la aristocracia y a la religión constituyen las glorias y la felicidad de un pueblo; ya es el joven obrero, libre, consciente, que pisotea la corona real, mientras que ostenta en una mano el gorro frigio y en la otra la maza de Hércules: ora es el gallo vigilante que anuncia la aurora sobre el cañón siempre listo para ametrallar a los enemigos de la patria, o los emblemas de la agricultura que hacen cortejo al gorro de la libertad, ennoblecidos por el sublime lema: *veneranda nutrix*: ora son las manos estrechadas por el libro en que están consignados los *derechos del hombre*: ya son las fasces, banderas y escarapelas coronadas de laureles y embellecidas por el lema, *Libertad-Igualdad*: ora es el retrato de Necker circundado de este elogio: *Tú eres la esperanza y el sostenimiento de la Francia*: ora es la urna que guarda los despojos mortales de Mirabeau coronados por el gorro frigio y ramas del árbol de la libertad, acompañados del siguiente lema: *A los manes de Mirabeau la patria reconocida…* Por todas partes sobresalen los lemas: *La Unión hace la fuerza: Viva la libertad sin la licencia: amémonos como hermanos: vencer o morir: viva la nación: viva la paz: veneranda nutrix*, mezclados con los diversos blasones de la revolución, es a saber: el ancla, la cadena rota, las espigas de trigo, laureles y palmas, el árbol de la libertad, el gorro frigio, la pala y el arado, el báculo, la cruz y la espada.

Es sorprendente ver cómo la reunión de todos estos objetos cerámicos, nos transporta a cada etapa de la evolución, y nos hace ser testigos de

los diversos actos del drama sangriento. Creemos presenciar los días de entusiasmo y de esperanza, y sin pensarlo, nos encontramos en medio de aquellas orgías de sangre, de aquella prolongada noche sin crepúsculos. Pero al fin contemplamos los rayos benéficos de la nueva aurora, que con ellos ha venido la paz y las bendiciones de Dios sobre los despojos de las víctimas.

Y ¿qué hay de extraño en que la cerámica haya consignado en el tiesto el recuerdo de tantos hechos, si a su turno, la escultura, la pintura, la poesía y la música hicieron igualmente cortejo a la revolución, desde sus primeros días? Sin la contribución del arte y su influjo civilizador, la Revolución Francesa carecería de la aureola que realza las grandes causas; aureola a la cual contribuyen la poesía popular, hija de la inspiración y de la patria; la estrofa cantada, hija del entusiasmo y del deber que electriza, inflama y precipita a los hombres en pos de la gloria; la escultura, la pintura, la cerámica, que transmiten al mármol, al bronce, al lienzo y a la arcilla el recuerdo de las tempestades humanas, en la eterna lucha de lo que ella tiene de divino, la conciencia, la libertad contra la tiranía, contra la usurpación y la fuerza, contra la anarquía y el crimen.

* * *

En la revolución venezolana que tuvo su punto de partida el 19 de abril de 1810, el arte apareció al instante con canciones que se hicieron populares, y con elegías en que se celebraba la gloria de los primeros mártires; pero lo que dio un carácter único a la revolución fue la poesía popular, las endechas llaneras, las tonadas patrióticas, inspiración del momento, tan llenas de novedad y de gracia, en los días en que los contendientes luchaban con ardor en la dilatada pampa venezolana.

Existe una fuerza misteriosa que parece guiar los sucesos en todos y cada uno de los cataclismos políticos que tienen por objetivo la emancipación de un pueblo, cualesquiera que sean la latitud y la época. Las primeras ideas que se asoman sobre el horizonte son las mismas en todas partes, unos mismos los gritos, semejantes los propósitos: es la libertad que cuando alienta, acerca las inteligencias, funde los corazones y hace de cada hombre un baluarte y de cada pueblo un poder. Cuando la revolución venezolana

hace al mundo su declaración el 5 de julio de 1811, ella aparece llevando en el sello de armas, creado por Miranda, la mujer indígena, la nueva Palas, que altanera lleva por arma su carcaj y su arco, trayendo en una mano la rama de laurel y en la otra la pica coronada por el gorro de la libertad. Éste era el primer grito de la revolución, y con este escudo elocuente y sintético continúa, vence, sufre, lucha, atraviesa por los campos *de la guerra a muerte*; y cuando, después de cruentos reveses, vislumbra el iris de la victoria, cambia de librea y aparece de nuevo, no con el gorro frigio, sino con los emblemas de la riqueza americana: el Orinoco, el Magdalena, los Andes, y al pie de éstos el cetro roto y los símbolos de la libertad: el cóndor en las alturas, el caballo en la pampa: todo coronado por las tres estrellas, las tres naciones que constituían la República de Colombia. Un lema inmortal realzaba este escudo de armas: *ser libre o morir.* Era el mismo que había brillado sobre las torres ensangrentadas de la Bastilla, cuando el pueblo de París derribó este baluarte de la esclavitud; el mismo lema que brilló sobre la copa del árbol de la libertad al lado del gorro frigio, y cuyo recuerdo conmemoran hoy los platos de la fábrica de Nevers.

Constituida Colombia, la revolución toma nueva librea, abandona el escudo de armas que había coronado su triunfo, para aceptar los haces colombinos unidos a las dos cornucopias que derraman flores y frutos. Debía seguir y alcanzar nuevos triunfos sobre el dorso del planeta. ¿Cuál es el lema que adopta? *Viva Bolívar, muerte a los tiranos.* Es el grito de guerra a muerte que se escucha de nuevo, porque es necesario independizar el resto del continente. Este lema de *Viva Bolívar, muerte a los tiranos* es imitación de aquel de la Revolución Francesa:

Ah! Ça ira,
Les aristocrates a la lanterne!

grito de desesperación y de muerte, que acompañó hasta el fin a la Revolución Francesa y más tarde a las legiones de Colombia hasta las nevadas cimas del Cuzco y del Potosí.

Ça ira, ça ira que equivale en español a *así es, así será, así debe suceder*: era la frase favorita de Franklin, en sus conversaciones y discusiones fami-

liares, durante la época en que permaneció en París, como ministro de los Estados Unidos de la América del Norte, *ça ira* es una de tantas frases que corresponden a la labor del pensamiento y sintetizan un propósito anticipado. Lo mismo puede decirse de la frase favorita de Bolívar, *Por supuesto*, durante sus campañas en la pampa venezolana. *Por supuesto* equivalía a *así es, así sucederá*, etc., etc. De aquí el sobrenombre que los llaneros le pusieron al Libertador, llamándole, *El tío por supuesto.* Ambas frases corresponden a la inglesa *all right* que equivale a *está bien, está corriente, así es.*

La música de *ça ira* fue tomada según nos dice Champfleury, de una canción favorita de María Antonieta. En los primeros tiempos la canción fue inspirada por el entusiasmo del pueblo en la gran fiesta del 14 de julio de 1799; mas poco a poco la canción fue tomando creces hasta que se convirtió en canto de venganza y de muerte. Fue de esta manera, agrega el cronista, como tres pequeñas sílabas consagradas por un gran ciudadano, recorrieron la Europa.

Como complemento a estas frases de Franklin recordemos el siguiente escándalo. Franklin, este sabio apóstol de la libertad, fue tan venerado por la sociedad francesa, al comenzar la Revolución, que sus numerosos amigos encargaron, a uno de los más célebres escultores de la época, cinco medallones diferentes, donde el busto del filósofo estuviese circundado de la siguiente y expresiva leyenda: *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannis.* Luis XVI, que presenciaba tan notable entusiasmo en su derredor, sin ser partícipe, solicitó un ceramista a quien le encargó *cierto vaso*, que tuviese en el fondo igual medalla con retrato e inscripción, el cual fue remitido a la condesa Diane donde era festejado el gran patricio. “Insultar a Franklin, –agrega Champfleury–, era insultar a la nación que lo había acogido con tanto entusiasmo. La nación se vengó”.

Así son las pasiones humanas; pero del fondo de todos los cataclismos surge la justicia de origen divino. El *ça ira* de Franklin cantado por un pueblo desbordado, acompañó a María Antonieta al cadalso, y en este mismo murió Luis XVI. Ni su nombre, ni su memoria valen un bledo en la historia de la humanidad, mientras que sobre la tumba de Franklin han leído y leerán todas las generaciones este epitafio: *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannis.* En vida se lo dedicó la Libertad: en la muerte la Justicia.

* * *

Cuando años después abandonó el hispano la porción sud del continente, desaparecieron los lemas amenazantes, hijos del ardor de la lucha, para ser sustituidos por expansiones hijas del triunfo y de la razón.

En la transformación política de la América del Norte no figuró, como en la Revolución Francesa, el arte cerámico, ni antes ni después de la lucha. No así el arte escultural que, con raras excepciones, descolló al sellarse la paz en 1783. Desde esta fecha datan las mil medallas fundidas en la América del Norte, en conmemoración de Washington y de los hechos de la magna guerra… El genio de la ciencia, de las industrias y del comercio, sobresale más en la República de Washington que las bellas artes. Esta hija heredera de las antiguas civilizaciones no ha establecido todavía sus reales en las regiones del Nuevo Mundo que apenas cuentan cuatro centurias de existencia[70].

En la revolución que dio nacimiento a la República de Colombia, y más tarde a las del Perú y Bolivia, el arte cerámico apareció festejando los triunfos de Bolívar y de sus conmilitones, desde los primeros días de la República. De pronto no puede comprenderse este hecho, cuando en los diversos países que constituyeron a Colombia, no existe sino el plato indígena, la *múcura* y utensilios de cocina de que se sirven todavía los descendientes de los primitivos caribes, chibchas y quechuas; y cuando hoy mismo la cerámica científica no ha podido aún instalarse. Dos causas nos parece que contribuyeron a ello: la Legión Británica en primer término, que desde 1817, se unió al ejército patriota y comenzó a prestar su contingente en la pampa venezolana y después en los Andes de Boyacá, en Carabobo, Santa Marta, etc., etc., y en segundo término, la industria inglesa, que, aprovechándose de la creación de Colombia, fundó en esta región

70. Al celebrarse la primera centuria de la revolución norteamericana, de 1786, nos llamó la atención que los objetos del arte cerámico, que figuraron en la Exposición de Filadelfia, como platos, tazas, floreros, etc., que tienen el retrato de Washington y el sello de armas de la gran república, han sido fabricados en Inglaterra. Esto quiere decir que todavía el arte cerámico, muy en su cuna en la patria de Washington, no puede festejar con sus productos las glorias de la América del Norte.

su comercio hasta entonces clandestino, por la rémora que le opusiera el gobierno de España. Esto explica el por qué los objetos de cerámica inglesa son más abundantes que los de la cerámica francesa, distinguiéndose los primeros que consisten en platos, pocillos y jarras de diversos tamaños, la nacionalidad originaria, desde el momento en que los lemas que los acompañan están escritos en español inglesado.

Dos fábricas célebres, desde el siglo último, la de Spode y la de Davenport, surtieron desde 1822 y 1823 los mercados de Venezuela y de Nueva Granada. Estudiemos estos diversos objetos que conmemoran las glorias de la primera Colombia.

1. Platos y objetos diversos de la fábrica de Spode con dibujos azules, entre los cuales figura el sello de armas que sustituyó al de Miranda, y del cual hemos hablado. Estos platos llevan por lema: *Ser libre o morir.* Todavía se encuentra en Caracas una que otra muestra de esta loza.

2. Platos y objetos de la fábrica de Davenport, dibujos encarnados, entre los cuales sobresale el sello de Colombia que acompañó a Bolívar hasta Bolivia, y tienen por lema: *Viva Bolívar, muerte a los tiranos.* De esta loza es muy difícil encontrar un ejemplar.

Sin lema, sin marca de fábrica, de loza más ordinaria que las precedentes, con borde azul y sobre fondo blanco, descuella en una pieza que poseemos el sello de Colombia en color azul, acompañado del siguiente letrero: *Viva la República de Colombia*. Esta pieza nos parece que pertenece a la época de 1826.

Los pocillos y jarras cuya fabricación sin duda, fue patrocinada por los oficiales de la Legión Británica, unos exornados de flores, algunos en relieve con colores chillones, llevan los siguientes lemas:

1. En obsequio de Brión, muerto en 1821: *Valerosos colombianos. Vosotros debeis tener impreso en vuestras memorias para siempre la lamentable pérdida de vuestro Almirante Luis Brión*.

2. En obsequio de Padilla: *Memoria de la acción dada en el Arsenal de Cartagena de India Por el valeroso General Padilla Donde fue decidido el 24 june 1821*.

3. En obsequio de Carreño: *Memoria de la acción dada en la Sieuiga de Santa Martha por el general Carreno.*

4. En obsequio de Córdoba y Maza: *Memoria de la acción dada en Tenerife por los valientes Cordoba y Maza.*

5. En obsequio de Bolívar y Páez: *Memoria del acción dada en el Campo de Carabobo por el Libertador Presidente General Simón Bolívar y el valerozo País donde fue decidido el 24 junio 1821*[71].

En las jarras que conmemoran la batalla de Carabobo figura el gorro frigio arriba del lema. En la colección de nuestras leyendas históricas figura una titulada: *El gorro frigio*, y en ella hablamos del único Jefe de la Independencia Sudamericana que hizo uso de aquél, el general José Félix Ribas. Lo llevaba puesto donde quiera que tenía que pelear. Decapitado por los españoles, después de Urica, sobre su cabeza colocaron el emblema de la Libertad, y así la pusieron primero en una pica levantada en la plaza Bolívar, y después en la jaula que fue colocada en el camino de Caracas a La Guaira. El gorro frigio abrió la guerra de la revolución de Caracas en 1811, y este mismo gorro en el sello de armas de Miranda, fue estampado en 1819, al anunciar el Gobierno de Angostura a los pueblos de Venezuela, el tratado sobre la regularización de la guerra concluido entre el Libertador Presidente de Colombia y el general en Jefe del ejército español don Pablo Morillo. El actual sello de armas de la República Argentina es una reminiscencia de la misma alegoría que brilló en los días de la Revolución Francesa, en 1790, a saber: dos manos estrechadas que conducen el gorro frigio, exornado de laureles, cuyo dibujo figura en uno de los platos de la Revolución.

En un platillo, de dibujos azules, de fábrica inglesa, está el retrato de Bolívar, de uniforme; abajo figura el último sello de Colombia, y arriba en dos cintas se lee: *Simón Bolívar, Libertador Presidente de Columbia*.

En otro plato, con dibujo de varios colores, de fábrica también inglesa, leemos: *República de Colombia para siempre*. Este plato pertenece a la época en que comenzaba la decadencia de Bolívar, y la polémica entre unionistas y separatistas, 1826 a 1828.

---

71. Todavía había otras muestras más en recuerdo de Boyacá y de los Libertadores Anzoátegui, Montilla, etc., etc. Agradeceremos a los que conservan algunas de estas piezas que no figuran en nuestra colección, que nos faciliten copia de los letreros, si no quieren vendérnoslas.

Entre los objetos de loza con retratos y letreros, pertenecientes a la cerámica francesa conocemos los siguientes:

1. Un plato de loza blanca y bordes dorados que tiene en el centro el retrato de Bolívar en colores; abajo leemos: *Bolívar.* La obra no es buena, pero parece que conmemora la estatua del Libertador en Bolivia, pues desde aquí fueron traídos a Venezuela los pocos ejemplares que se conservan.

2. Retrato en miniatura de Bolívar, dibujo finamente colorido en un pocillo de tres patas (estilo del primer imperio) de la célebre fábrica de Flamen Fleury. Es una obra de arte. La bandera de Colombia figura en una de las caras, y también en el platillo, donde leemos: *Patria-Honor.* En los últimos años de Colombia un corsario español se puso en esta colección de pocillos, que fue después vendida en las costas de Cartagena. El que conservamos perteneció al general Boguier.

En Bogotá existe una familia que poseía hasta ahora poco, una colección de platos para postres, en los cuales figuran los retratos de los principales campeones de la Independencia colombiana. Conservamos cuatro de aquellos platos que debemos a la cortesía de la señora doña Josefina de O'Leary. En uno leemos bajo del retrato: *Libertador de Colombia*, y en los otros: SUCRE, Héroe en Pichincha. MONTILLA, Ocupador de Cartagena. PÁEZ, Terror de los españoles. Tienen poco mérito artístico y datan de los últimos años de Colombia.

El sello de armas de Venezuela emanado de la revolución de 1830, no lo encontramos sino en dos piezas de la cerámica francesa: en una plancha que mide 21 centímetros de largo por 19 de ancho, de la fábrica de Pilivit, hecho en 1863 a 1864, y en un plato del servicio del general Guzmán Blanco salido más tarde de la misma fábrica. Ambas obras son de un mérito sobresaliente.

En una colección que conmemora los hombres y los sucesos de la revolución venezolana, no podía faltar el busto de Washington al lado del sello de armas de la antigua Colombia.

Hace poco que la excelente familia Sevillano nos regaló un rico florero de porcelana francesa que mide 39 centímetros de altura por 19 de ancho. Es una obra artística de notable belleza, trabajo de porcelana, de estilo grie-

go, graciosamente exornado. En una de las caras, sobre fondo de esmalte azul, figura el escudo de armas de Colombia bellamente dibujado y dorado, y en la otra, sobre fondo claro oscuro sobresale una espléndida miniatura de Washington, que mide 11 centímetros de altura por 7 de ancho. En la garganta del florero y en la cara donde está Washington, leemos en una faja dorada el siguiente terceto, cuyo autor ignoramos:

Bien aventurada Patria
Que tales hijos engendras
Que tanta virtud abarcas

¿Obra tan hábilmente ejecutada es única? No; este florero debió tener un compañero con el mismo terceto y con el sello de armas de la República de los Estados Unidos de América en una cara y en la otra el retrato del Libertador Bolívar. Tal obra debió ser obsequio mandado desde París por algunos de sus tantos admiradores en esta capital, después de la creación de Colombia, como la baronesa de Villars, Rocafuerte, José Fernández Madrid, Olmedo, Palacios, etc. La época en que se hizo este presente debió ser en 1826, días en que el célebre Enrique Clay, en un banquete dado por el Gobierno Norteamericano al general Laffayette, festejó a Bolívar llamándole el Washington de la América del Sud; al mismo tiempo que la familia de aquel fundador de libertad agasajaba con espléndida e histórica dádiva al mismo Libertador, por el intermedio de Laffayette.

Domina en este regalo una sola idea: la gloria de las dos Américas, representada por los dos Washington. Por esto aparecen trocados los sellos de armas de cada República, como para manifestar el lazo que debe unir estas dos porciones del hemisferio oceánico; la una en la cual se eleva majestuosa el águila del norte, la otra en la cual se posa el cóndor de las eternas nieves sobre los volcanes, atalayas del mundo de Colón.

* * *

Creemos que Bolívar nunca recibió el presente de los floreros, y que estos corrieron la misma suerte de los pocillos de la fábrica francesa de Fleury. Quizá llegaron juntos a manos del mismo corsario. Lo cierto es que

ignoramos cómo llegó aquel a Caracas y cómo ha podido conservarse. El tiempo nos resolverá este enigma.

Hoy, que el indiferentismo ha penetrado en todas las capas sociales, formar una colección de estos tiestos parlantes que tanto nos recuerdan los hechos admirables de nuestra magna lucha, parece necedad; pero día llegará, cuando, dentro de veinte años, se celebre el centenario de la revolución de 1810, que llevó sus banderas triunfantes hasta los inaccesibles nevados del Cuzco y Potosí, en que todos estos objetos tendrán su puesto de honor y serán solicitados. Entonces, un documento inédito, una carta autógrafa, un instrumento de combate, una hoja periódica de los días de la *guerra a muerte*, serán tan solicitados como un plato, un jarro, un lema, un sello de armas impreso sobre estos tiestos que con afán buscamos. Y todos tendrán su valor intrínseco, su valor histórico, por los recuerdos que nos traigan de pasadas generaciones, de hechos heroicos que no pueden borrarse de nuestra memoria, porque la sociedad en su evolución progresista, necesita siempre de las lecciones del pasado, representadas en la historia de los siglos.

Cada objeto de arte, cada libro es un testigo admirable que nos dice la verdad, sin agregar ni empobrecer la historia de las generaciones que yacen en la tumba. La humanidad no perece en el movimiento del progreso; una porción de ella se ausenta, otra surge: ambas se complementan. La una crea porque la otra ha dejado la labor del pensamiento: las inscripciones, los monolitos, las pirámides, las esfinges, el papirus, la navegación, la imprenta, el arte desde sus orígenes. La musa de la historia preside las excavaciones del Asia, del Egipto, de Grecia, de Roma, de los pueblos bíblicos, de América. Nada se ha perdido; allí están los trabajos de millones de generaciones, los monumentos que hablan. Todo es elocuente, no sólo la obra del hombre, sino también su cráneo que nos habla de las razas del ser pensador, de la misma manera que los fósiles animales y vegetales son los elocuentes historiadores de las épocas geológicas.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

ORÍGENES DEL CULTIVO DE LA TIERRA EN EL VALLE DE CARACAS Y DESARROLLO DE LA CAPITAL

LA FUNDACIÓN de Caracas que, según los *Estudios* que sobre la materia publicamos ahora años, puede fijarse en 1567, aparece hoy más remota por un nuevo documento del siglo décimo séptimo; una loa a "Nuestra Señora del Rosario" representada en Caracas, pocos años después del terremoto de 1641, en la cual se dice que la capital fue fundada en 1564.

Y aquella fertilidad,
Aquella confianza suma,
Aquella piedad tan noble
Que en sus principios ilustra
A la ciudad de Caracas,
Como la fama divulga;
Año de mil y quinientos
Y sesenta y cuatro, en cuya
Fundación aquel Losada,
Como la historia dibuja,
Nobilísimo y valiente
En el real nombre la funda.

Cualquiera que sea la fecha que se acepte (nosotros optamos por la de 1567), es lo cierto que ninguna de las capitales de América costó tanto trabajo en los primeros siglos de su fundación. Aquel grupo de castellanos, después de haber merodeado por los llanos, víctimas del clima, de las guerras y de las enfermedades, resto de las conquistas de Cedeño, Ortal y Ordaz, azotes éstos de la raza indígena en la región oriental de Venezuela,

resuelve, al fin, buscar una tierra donde pudiera fijarse y fundar una población. Al llegar a la pendiente del Ávila que se extiende desde el pie de la cordillera hasta las orillas del Guaire, detiénese y escoge el sitio que le parece más adecuado, la parte alta de la actual ciudad, donde el terreno está más nivelado y distante de las numerosas zanjas que, en aquella época, surcaban la pendiente llena de cujisales y de maleza. Los primeros ranchos fueron levantados en el área que está al norte de la plaza Bolívar. Sin más alimento en los primeros días que el ganado que habían podido salvar de los constantes ataques de las naciones indígenas que les estorbaron el paso, hubieron de apelar a las raíces que cultivaban los naturales y a los productos de la caza. Tal estado fue transitorio, pues tan luego como se instalaron, se pusieron en comunicación con las ciudades del Tocuyo y de Valencia, así como con la costa del mar, de donde fueron recibiendo lo más indispensable para la vida.

Durante los primeros quince años luchan contra las tribus indígenas que por todas partes los molestan, y de las cuales triunfan. Con los indios reducidos levantan las primeras casas y trabajan en las primeras minas. Después de conseguir algo de éstas las abandonan, para dedicarse al cultivo de la tierra. Erigen el primer templo en 1570, dedicado a San Sebastián, y en 1575, después de haber sufrido horrible plaga de langostas, construyen otro a San Mauricio, el cual a poco desaparece incendiado. El haber conducido la imagen de San Mauricio a San Sebastián fue causa de que se cambiara el nombre del primer templo de Caracas. En 1580 sufren la primera plaga de viruelas que visita a Venezuela, y después de haber visto desaparecer tribus enteras de indios, fabrican el tercer templo, que dedican a San Pablo por haberles salvado de aquella enfermedad. Contiguo a este templo fundan el primer hospital. Para esta fecha, 1580, la población de la pequeña ciudad, con los castellanos que habían venido a establecerse en Caracas y los indios sometidos, llegaba a cerca de dos mil almas. Ya habían recibido del Tocuyo y de Valencia acopio de ganado, y de la Española semillas de frutos menores y de árboles europeos. Así fue que la tierra caraqueña comenzó a ser cultivada por mano castellana, y pronto prosperaron los primeros ganados y naranjos, membrillos y duraznos, en tanto que las legumbres europeas unidas a las indígenas, comenzaban

a proporcionar abundante sustento a los nuevos pobladores del valle de Caracas. Conocedores de la caña criolla que Colón había introducido en la Española, en su segundo viaje, la cual había prosperado admirablemente en las Antillas, la siembran al mismo tiempo que el trigo y la cebada, en las vegas del Guaire y del Anauco. Estas dos plantas hermanas, el maíz y el trigo, América y Europa, vivían juntas para alimentar a dos pueblos de razas diferentes que se unían para desarrollarse bajo un mismo techo.

La primera ciudad se reducía a dos calles prolongadas de N. a S. desde Catuche hasta el Guaire, abiertas en toda su longitud, aunque sólo pobladas en la parte situada al norte. Era la occidental la de la *Mar*, la actual Norte 4 y Sur 4 (Comercio); y la oriental llamada de San Sebastián, hoy Norte 2 y Sur 2. Al fin de ésta hallábase el puerto del Guaire, abundoso entonces de aguas que conducían sin gran trabajo las maderas necesarias para las construcciones. El resto de la actual ciudad estaba entonces enmontado, pero sin formar bosque.

Como no tenían moneda se valían para sus transacciones de perlas de Margarita, según disposición del Cabildo, de 19 de septiembre de 1585. La primera escuela fúndase en 1591, y los primeros buques mercantes de España destinados a la colonia venezolana llegan en 1592. Los puertos de Venezuela fueron igualados a los de Cuba y Puerto Rico, durante este mismo año.

La primera clase de Gramática se establece en 1593, como veremos en otro estudio. En 1595 el Cabildo de Caracas fija en 50 por ciento la ganancia de los importadores, y en 25 por ciento la de los revendedores. En esta fecha se ordena la apertura del primer camino al interior. Así prosperaban cuando en aquellos días fue la ciudad saqueada por el filibustero inglés Amias Preston, que entró por la vía del Anauco. Ausente el gobernador Osorio y la tropa, la población se refugió en la parte sur de la ciudad, cercanías del Templo de San Pablo, donde se parapetó en un reducto allí construido que servía de vigía años antes, mientras que los filibusteros arrasaban con cuanto había en las casas al norte del poblado. Desde entonces se conoce este sitio con el nombre del "Reducto".

Con la llegada del gobernador Osorio y del Procurador Simón Bolívar, la colonia llegó a desarrollarse debido al plan que aceptaron y lleva-

ron a término estos mandatarios, hombres de acción y de ideas. Ya para esta época, 1588 a 1598, el trigo, cultivado con abundancia en el valle de Caracas, rendía copiosa cosecha y la harina comenzaba a ser exportada a las Antillas y a Cartagena. Por una providencia del Ayuntamiento, de 24 de mayo de 1600, se prohíbe la exportación de la harina, por considerar que podría faltar para el sustento del poblado. El primer historiador de Venezuela, fray Simón, que concluyó su obra en 1625, nos dice que: "el valle de Caracas estaba sembrado de trigo y de cebada, de caña dulce y de añil y de hortalizas, sobre todo, de repollos: que abundaban los frutos de España, higos, granados, uvas y sobre todo, membrillos: que se cultivaba el tabaco, la zarzaparrilla, y que el ganado en abundancia suministraba abundante cantidad de cueros, de sebo, de corambre, y que la harina era exportada para Cartagena". Así era que todo lo aprovechaba en beneficio de sus primeras industrias: las palizadas de sus corrales eran de cachos; con los huesos pequeños de las reses cubrían con simetría el suelo de los zaguanes y corredores de sus casas; sacaban meladuras de la caña, y del añil tinta.

En 1600 se abren en Caracas las primeras cañerías de agua limpia y se introducen los primeros esclavos. Ya lo habían sido en muchos lugares de Venezuela desde 1569. En 1601 se da comienzo a la construcción del primer muelle de La Guaira, y en 1603 es tan abundante la cosecha de trigo que, por disposición del Cabildo, se manda dar seis libras de pan por un real de nuestra moneda.

En 1608, pide permiso el capitán poblador don Juan de Guevara, uno de los fundadores y nobles de Caracas, para abrir una acequia en terrenos del Guaire abajo, con el objeto de fundar un trapiche de caña. La licencia fue concedida en 1609. El primer torreón que lanzó a los aires su penacho de humo en el valle de Caracas, indicando el nacimiento de la industria zacarina, estuvo más abajo del Anauco. En el resto del área cultivada no sobresalían sino las aspas de los molinos en constante movimiento.

Desde 1615 vuelve de nuevo a exportarse la harina sobrante de la cosecha, la cual alcanzó en 1619 a 6.500 fanegas, o sean 7.150 quintales. De éstas salieron para las colonias españolas mil arrobas.

En el progreso de la ciudad de Caracas no podían faltar los conventos

que, en todas las capitales de origen castellano, coinciden con la fundación de cada una. Los dos primeros conventos de frailes, el de San Francisco y el de San Jacinto, se levantan desde 1598 a 1600. La Metropolitana aparece más tarde, de 1636 a 1637. La ciudad había ganado dos calles hacia el Este, la de Catedral, llamada *La otra banda*, y la de San Jacinto que era el límite oriental de aquélla. En este entonces sólo había cuatro calles de N. a S., a saber: calle de *La Mar*, calle de *San Sebastián*, *La otra banda* y calle de *San Jacinto*.

Las diversiones de Caracas, durante este lapso de tiempo, se reducían a toros y cañas, fiestas religiosas en honor de San Jorge, San Sebastián, San Pablo, San Mauricio y Santiago, que las autoridades patrocinaban con entusiasmo. Asistían los magnates castellanos, cada uno ostentando sus grados, y dándose la importancia que creían tener. Era una colonia republicana en la cual los conquistadores y pobladores, los alcaides y alguaciles, corregidores y demás empleados de la ciudad, no tenían a menos buscar la vida en la cría, o en la agricultura, sin menoscabar por esto los títulos de nobleza que habían conquistado con sus servicios a la causa de España. Así fue que poseedores de la cría los principales nobles, la autoridad nombraba de antemano, ya en Caracas, ya en La Guaira, las pesas de carne de D. Fulano o de D. Zutano, las cuales debían abastecer la población, en días señalados.

En 1636 se funda en la calle de San Sebastián, el primer convento de monjas. En 1641 viene al suelo la catedral, acabada de construir, edificio informe que no pudo resistir al primer terremoto de Caracas, el cual sepultó a doscientos vecinos; pero a poco fue construida la actual, que resistió al terremoto de 1812. Aún se conservan en la Metropolitana las dos más hermosas campanas de su torre, una que pesa 24 quintales y otra 6, ambas fundidas en Caracas en 1666. Ciento cincuenta y cuatro años hace que tañe el esquilón de la Metropolitana, pues fue colocado en 1726. ¡Cuántas generaciones han pasado en este transcurso de tiempo! ¡Cuántas más pasarán antes que desaparezca esta campana funeral que cada año, en los días de noviembre nos recuerda los seres que nos han precedido en la tumba! Aún se conserva el órgano grande que está hoy detrás del altar mayor, fabricado en Caracas por el francés don Claudio Febres en 1711 y que costó

al Cabildo Metropolitano $ 1.500 y 200 más de recompensa que se le regalaron por lo perfecto de la obra. En 1732 fue colocado en la torre de esta catedral el antiguo reloj, donación del obispo Valverde.

En 1656 se levanta el Templo de Altagracia al norte de la calle de La Mar; en 1681, el Convento de las Mercedes, al norte de la calle La otra banda, y en 1696 el Templo de Santa Rosalía, al sur de la calle San Jacinto. Con este templo rematan las fábricas religiosas del siglo décimo séptimo. Durante el siguiente aparecen: Candelaria, en 1708, en el extremo oriental de la ciudad, camino del Este, cerca del Anauco; el convento de las Carmelitas, refacción de dos casas contiguas, en 1732; el Templo de La Pastora, en el extremo norte de la ciudad, junto al camino de La Guaira, en 1742; el de la Trinidad, prolongación al norte de la calle La otra banda, en 1744, y en 1771, en la prolongación al sur de la misma calle, el Convento de Neristas.

Estudiando la topografía de los diversos templos de Caracas, conoceremos el curso que siguió la población durante más de dos siglos. En la calle de La Mar (Norte 4 y Sur 4), nombrando los templos por su orden cronológico, tendremos: San Pablo (hoy teatro Guzmán Blanco). El límite occidental de San Francisco (hoy Universidad) y de las monjas concepciones (hoy Capitolio y Palacio Legislativo). Altagracia al norte y más al sur el Convento de Carmelitas (hoy Ministerio de Hacienda). En la calle de San Sebastián, el templo de este nombre (hoy San Mauricio); el límite oriental de los conventos de las Concepciones y de San Francisco al sur, y el Convento de las Mercedes al norte (hoy templo y jardines, éstos en construcción). En la calle de La otra banda, la Metropolitana en el centro; el Templo de la Trinidad al norte (hoy Panteón Nacional) y al sur, San Felipe (hoy Basílica de Santa Ana y jardines, éstos en construcción). En la calle de San Jacinto, el convento de este nombre en el centro (hoy Mercado de Caracas) y al sur, Santa Rosalía.

Las calles transversales, en dirección de oeste a este, al principio callejones, no tomaron la apariencia de calles sino en los primeros años del siglo décimo octavo, cuando la población aumentó y los grandes corrales fueron poblándose de nuevas casas. Durante los primeros cien años, los habitantes de las cuatro calles de norte a sur tuvieron que luchar contra

las lluvias torrenciales; pero a esfuerzos de las autoridades fueron aquéllas empedradas.

Desde 1723, época en que se estableció en Caracas la Compañía Guipuzcoana, no se cultivaba en el valle de Caracas sino poco trigo que fue lentamente abandonándose a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que se consumían en la población, y muchos frutos menores. Pero desde esta época comenzó en casi toda Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los primeros artículos de cultivo. Mas la riqueza de Venezuela no estaba en el cacao que ha ido decayendo, ni en el añil casi abandonado, ni en el tabaco que poco se exporta, ni en la caña, cuyos frutos no pueden exportarse, ni en el trigo, limitado a los pueblos de la cordillera, ni en el algodón que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café que se cultivaba en una gran porción de Venezuela.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fue traído de París a Martinica por Desclieux en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725 y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron en Venezuela esta planta fueron los misioneros castellanos por los años de 1730 a 1732; y el primer terreno donde prosperó fue a orillas del Orinoco. El padre Gumilla nos dice que él mismo lo sembró en sus misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero Gilij lo encontró frutal entre los tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares a mediados del último siglo. En el Brasil, la introducción data de 1771, probablemente llevada de las misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del café en el valle de Caracas remonta al año de 1784, bajo los auspicios de tres agricultores y hombres expectables de aquella época; el señor Blandín y los presbíteros Sojo y Mohedano. Los primeros pies llegaron de Martinica. De manera que a los sesenta y cuatro años de haber sido conocido en las Antillas y a los cincuenta y dos de haber sido conocido en las orillas del Orinoco fue cuando el café pudo penetrar en las costas al norte del continente. Los primeros almácigos estuvieron en las haciendas de Chacao, "Blandín", "La Floresta", "San Felipe", propiedades entonces de los tres caballeros cuyos nombres dejamos consignados. Reciban ellos, y sobre todo el señor Blandín, las bendiciones de la posteridad.

Quince años más tarde el cultivo del café se extendía al oriente y al occidente y al sur. De manera que cuando Humboldt visitó a Caracas en 1799, ya el café prosperaba en casi todo el estado Caracas, en los valles de Aragua, Carabobo, &.

Las primeras exportaciones de café se hicieron por La Guaira en 1789. El primer cuadro de las exportaciones de este fruto, que facilitó a Humboldt la aduana de dicho puerto, fue el siguiente:

1789	233	quintales.
1792	1.489	"
1794	3.646	"
1796	4.847	"
1797	3.095	"

Después alcanzó la exportación por la misma aduana de La Guaira, así:

En 1798.	a 2.563	quintales.
En 1799.	a 8.590	"
En 1800.	a 1.724	"

Puerto Cabello exportó en 1801, 3.069 quintales.

En 1804 la exportación llegó en Venezuela a 10.000 quintales y en 1808 a 30.000.

La cuna del café en Venezuela, el valle de Caracas, no es hoy lo que fue en otras épocas. Las haciendas de café que están a orillas del Anauco, dan anualmente más o menos 2.000 quintales de café. Todo el valle de Chacao, incluyendo estas haciendas, no pasa anualmente de 5 a 6 mil quintales. Esto indica que en esta región el cultivo del café ha disminuido por diversas causas y sobre todo por la emancipación de la esclavitud y los desmontes. Casi todos los antiguos agricultores de esta región se han dedicado al cultivo de los frutos menores, así es que han desaparecido muchas arboledas. La disminución de las aguas que se palpa cada día a causa de los desmontes de la cordillera del Ávila, acabará por convertir en un erial el valle de Chacao; y cuando en el curso del tiempo, la ciudad de Caracas

tenga que extenderse hacia el este para acrecer la capital hasta quinientas o seiscientas mil almas, no encontrará sino las pobres aguas del Guaire reducidas a su última expresión.

NOTICIAS SOBRE EL ARTE MUSICAL EN CARACAS

LOS DATOS más antiguos que hemos visto publicados respecto del estudio de la música en Caracas, remontan a los principios del siglo último, 1712, época en la cual se estableció una escuela particular de solfeo, y de 1750 a 1760 en que los primeros músicos fundaron una sociedad llamada La Filarmónica, en la cual figuraba en primera escala el señor don J. M. Olivares. Pero el estudio del arte musical en Caracas es todavía más antiguo. La primera escuela de canto llano fue fundada por el Cabildo Metropolitano el 2 de abril de 1640, tres años después de haber sido construida la primera catedral. El sueldo que se fijó a este profesor fue de 50 pesos anuales. En la Catedral de Coro no hubo músicos, mas en Caracas fue nombrado en 1659 como músico cantor el padre Miguel Giménez de Aguilar. El año siguiente, 1660, cantó en el coro alto de catedral el primer-tenor José Fernández Mendoza, y desde esta fecha continuaron como cantores y organistas, en las fiestas solemnes de la Metropolitana, los pocos músicos que para aquel entonces existían en Caracas. El primer maestro de capilla que tuvo la misma catedral, fue el padre Gonzalo Cordero, nombrado en 1671, con el sueldo anual de 300 pesos, y la obligación de enseñar la música, y sobre todo, el órgano y el canto llano.

En las constituciones del colegio Seminario, hechas en 29 de agosto de 1696, y confirmadas por el rey de España en 17 de junio de 1698, se ordena *que el maestro de música ocurra a las diez de la mañana a dar lección de canto a los seminaristas*; y según el testimonio de un título de maestro de capilla despachado por el obispo Baños, a favor de don Francisco Pérez

Camacho, en 21 de abril de 1687, se le asignó a este profesor el sueldo anual de 200 pesos de las rentas de la fábrica de la iglesia, imponiéndole la obligación de enseñar el órgano y canto llano a los que quisieran aprenderlo. En virtud de este título, el maestro de capilla se intitulaba entonces Catedrático de Música del Real Colegio Seminario, según vemos en certificaciones de aquella época. En 1722 el obispo Escalona dotó en 50 pesos de los fondos del Seminario al profesor de música. La clase de canto llano y de órgano que tuvo el Seminario fue anexa a la Universidad de Caracas desde 1727 y continuó en este instituto hasta que en 1854 quedó separada del antiguo Seminario.

Los primeros órganos que tuvo la Catedral de Caracas vinieron de Santo Domingo o de España; mas el órgano grande, el único que ha perdurado y se conserva es obra caraqueña. Fue construido en 1711 por el francés don Claudio Febres, quien recibió, según contrata, 1.500 pesos, más 200 que le regaló el cabildo.

Para 1775 la orquesta del coro alto de la catedral se componía ya de algunos músicos. En 1778 aparece el cabildo recibiendo de España algunos instrumentos como violines y bajos. El primer clavecino de catedral llega en 1787. Era la época en que figuraban como maestros de capilla distintos miembros de una familia en la cual el genio músico pasó de padres a hijos: nos referimos a la familia Carreño. En 1774 es nombrado maestro de capilla el Pbro. don Ambrosio Carreño, en 1789 el Pbro. don Alejandro Carreño, más tarde don Cayetano Carreño, al cual sucedió uno de sus hijos. En 1797 el cabildo pagó al maestro Cayetano Carreño 90 pesos por varias obras musicales que se ejecutan aún.

En la época de los Carreños fue cuando el arte musical de Caracas llegó a tomar incremento, debido a los esfuerzos unidos de nacionales y extranjeros. Bajo la iniciativa de Olivares, los Carreños, Velásquez, Blandín y el padre Sojo, el círculo filarmónico apareció con tendencias más elevadas. Los señores Sojo y Blandín reunían en sus haciendas de Chacao a los aficionados de Caracas, y este lazo de unión fortaleciendo el amor al arte, llegó a ser el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado a España, a Italia y en ésta sobre todo, Roma, en los días de Clemente

XIV, regresó a Caracas, con el objeto de concluir el Convento de Neristas que a sus esfuerzos levantara y del cual fue prepósito. El convento se abrió en 1771. El señor Blandín era hijo de un respetable francés, don Lázaro Blandín, enlazado por los años de 1745 a 1757 con la antigua y distinguida familia Blanco-Valois. Educado en Francia con su hermano don Domingo, ambos llegaron a figurar en la sociedad caraqueña, por sus méritos; pero mientras que el último se dedicó a la Iglesia y llegó a ser canónigo de la catedral de Caracas, don Bartolomé se dedicó a la agricultura y al incremento del arte musical. Por lo que respecta a los señores Carreños, Olivares y Velásquez, estos respetables caballeros, dedicados por completo al ejercicio y ensanche de la música, contribuían con sus talentos y trabajos al pensamiento del padre Sojo, centro entonces de los artistas caraqueños.

Las primeras reuniones musicales de Caracas se verificaron en el Convento de Neristas y en Chacao, bajo las arboledas de “Blandín” y de “La Floresta”. El primer cuarteto fue ejecutado a la sombra de los naranjos, en los días en que aparecían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos de café, en 1785. A estas tertulias musicales asistían no sólo muchos señores de Caracas, sino también parte del bello sexo, pues el señor Blandín tenía dos hermanas que unían al atractivo de una educación esmerada, y a sus virtudes domésticas, bella voz y conocimientos no comunes del arte musical.

En 1786 llegaron a Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredemeyer y Schultz, los cuales comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Ávila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo; y la intimidad que entre todos llegó a formarse, fue de brillantes resultados en el adelantamiento del arte musical. Por lo cual agradecidos los viajeros, a su regreso a Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de Mozart y de Haydn. Era ésta la primera música clásica que vino a Caracas, la cual sirvió de modelo a los aficionados, que muy pronto comprendieron las bellezas de aquellos autores.

Entre los profesores y aficionados figuraban en primer término Olivares, Carreño y Velásquez (J. Francisco), compositores y ejecutantes,

espíritus de iniciativa que supieron vencer con sus talentos las dificultades. Después de éstos seguían Velásquez, hijo, Caro, Villalobos, Meserón, Montero, Gallardo, los Landaeta, Mármol, Isaza, Pereira, Pompa, el profesor Rodríguez, de mucho renombre, y Lamas, el más joven de todos. Conocían muchos de ellos el violín, el clavecino, el órgano y más tarde el piano; y casi todos han dejado composiciones de mérito. Cuando se celebraban en Caracas los funerales de Carlos IV, el oficio de difuntos fue obra del primero de los Velásquez. Los primeros pianos-clavecinos llegaron a Caracas en 1796.

A estos profesores se incorporaron como aficionados Esteban Palacio, tío de Bolívar, Blandín, Sojo, Domingo Tovar y los hermanos Francisco Javier y Gerónimo Ustáriz, todos ellos ejecutantes. Aún se conserva la misa compuesta por Francisco Javier Ustáriz.

En aquel entonces existía en Caracas una familia que reunía en su tertulia a los hombres de letras de la capital y a los amantes del arte musical; la familia Ustáriz que para unos y otros abría sus salas y sabía estimular las bellas aptitudes intelectuales con el ejemplo y con la más distinguida cortesía. La familia Blandín tenía igualmente sus veladas musicales, las cuales frecuentaban los más conocidos profesores y aficionados. Humboldt que asistió, durante su permanencia en Caracas, a estas diversas reuniones y apreció los adelantos musicales de la capital, les dedica un recuerdo bastante satisfactorio: "He encontrado en muchas familias de Caracas, dice, gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, y notable predilección por la música, que es cultivada con éxito y que reúne, como hace la cultura de las bellas artes, los diversos círculos de la sociedad".

La banda marcial del batallón de la *Reina* se formó en Caracas a fines del último siglo. Fue su director un joven francés de mucho talento musical y práctico, el señor Marquís, que desarrolló el gusto de la música. El estudio de las obras musicales de aquella época, encierra bellezas que nadie podría negar. En casi todas descuella la inspiración y el buen gusto, sobre todo en las composiciones religiosas calcadas en los modelos de Mozart y de Haydn. Puede decirse que muchas tienen un carácter imitativo, que es la primera manifestación del talento artístico, en los países que no han

tenido escuela, y en los cuales el genio se ha abierto paso al través de mil dificultades y contratiempos.

Con la revolución de 1810, el arte musical pareció tomar nuevo vuelo. Para esta fecha habían muerto el padre Sojo, Olivares y otros; pero habían surgido nuevos discípulos. En 1811 se verifica el primer certamen musical iniciado por el señor Landaeta. En aquellos días el profesor Rodríguez enseñaba la música en la Academia del señor Vanlosten que desde fines del siglo pasado era el núcleo ilustrado de la juventud caraqueña.

ORÍGENES DEL TEATRO EN CARACAS

A don Juan Hurtado Manrique

EL CENTRO PRIMITIVO de las diversiones públicas de la antigua Caracas desde 1567 en que fue edificada, hasta mediados del pasado siglo, estuvo en la actual plaza de Bolívar y casas de los alrededores. En este sitio se jugaban toros y cañas, se festejaba la coronación de los monarcas españoles y se representaban comedias y autos sacramentales en teatrico improvisado. Y ya se supondrán nuestros lectores, qué teatricos serían aquellos al descubierto, con techos de lienzo, en que todo tenía que ser pobre, rústico y grotesco, en consonancia con un caserío de chozas pajizas, un templo mayor que era un caney, con su campanario que más bien que torre tenía ínfulas de horca, y en que las necesidades más apremiantes afligían a la pequeña población, en la cual hubo días, durante los primeros cien años, en que no se halló aceite para la lámpara del Sagrario ni vino para el sacrificio de la misa. Cuando llegaba la fiesta del patrón de la ciudad, el Apóstol Santiago, o las de San Sebastián, San Mauricio y otras patrocinadas por el ayuntamiento, el entusiasmo prendía en los moradores de la pobre colonia, inflada con título de capital, y todos se preparaban a divertirse. Aparecía el teatrico con su arquitectura rústica, con su telón de colchas unidas, con sus candilejas que alumbraban el escenario, que el público lo estaba por las luminarias del firmamento. Unos prestaban las tablas, otros construían los bastidores; pertenecían a unos los horcones sostenedores del elevado escenario, a otros las candilejas; y todos a porfía y con fraternidad espontánea, contribuían con sus fuerzas y recursos al feliz éxito de la dramática fiesta.

El establecimiento del gobernador Osorio y del procurador Simón de

Bolívar en Caracas, desde 1588 a 1597, dio a la pequeña ciudad la importancia que hasta entonces no tenía, pues el primero estableció lo propio, fijó los ejidos, creó alcabalas y fundó de manera estable, el buen gobierno de la colonia, mientras que el segundo alcanzó del monarca español ciertas reales cédulas en favor de la población venezolana y de la ciudad de Caracas.

Para esta fecha, las funciones teatrales habían tomado creces, pues tanto Osorio como Bolívar, habían sido obsequiados en repetidas ocasiones por los moradores de Santiago, agradecidos al buen gobierno de estos mandatarios. El entusiasmo por el teatro se extendía, y teatricos de carácter privado, levantados en los corrales de algunas casas, con el objeto de conmemorar acontecimientos de familia, contribuían a desarrollar el espíritu público. Estos primeros templos de Talía, improvisados ya en la plaza, ya en dilatados corrales de la primera Caracas, no carecían de mérito original, pues que los actores eran los principales conquistadores, con sus esposas e hijos; centro de sociabilidad que contribuyó en alto grado al entroncamiento de la familia y al desarrollo de la población. Así, desempeñaban los más importantes papeles del drama antiguo, en este teatrico de aldea, Garci González de Silva, y los de Gámez, Infante, Villegas, Almendaris, Del Villar, Pradas, Emazábel, Antequera, Vázquez, De Escobedo, Rebolledo, De los Ríos, el joven Bolívar, etc., etc.; mientras que los papeles de reinas y heroínas, viejas de copete, vírgenes ataviadas con las galas de la primavera, los interpretaban con gracia Beatriz y Germana de Rojas, Luisa de Montes, Isabel del Barrio, Luisa de Villegas, María de Luyando, segunda esposa del primer Bolívar, etc.

* * *

La primera licencia para representar una comedia, con la cual tropezamos en el archivo del antiguo Ayuntamiento de Caracas, tiene la fecha de 28 de junio de 1600. *El Ayuntamiento concede la licencia de ley para representar una comedia el día de Santiago, Patrón de la ciudad.* Esta fecha podemos aceptarla como punto de partida del teatro en Caracas.

Con teatricos ambulantes continuó la capital desde entonces, hasta ahora ciento cuarenta y seis años. Todavía, en la época del brigadier Ricardos, desde 1752 a 1760, el teatro figuró siempre en la actual plaza de

Bolívar, aun con más decencia que en los primitivos tiempos; pues, durante la gobernación de Ricardos, la plaza fue nivelada, empedrada y exornada con tiendas y portales por el sur y parte del este, y con arcadas y galerías por el oeste. El teatrico oficial tenía lugar señalado en la antigua escalinata del norte.

Sostenido anduvo el entusiasmo que, durante el último siglo, animó a los moradores de Caracas, respecto de representaciones teatrales, y sobre todo de autos sacramentales. Y si de España venían muchos de estos últimos, los hubo también de fábrica caraqueña, en armonía con nuestra cultura intelectual, costumbres y aspiraciones. El auto manuscrito que tenemos a la vista, obra de ingenio desconocido de pasadas generaciones, sintetiza con elocuencia la Caracas del obispo Madroñero, aquella en que la fiesta del Carnaval fue sustituida con el rezo del rosario, y las comedias de costumbres con autos sacramentales en gloria de la Virgen del Rosario.

La pieza dramática a que nos referimos se titula *Auto a Nuestra Señora del Rosario*, el cual está precedido de una loa a la misma Virgen. El argumento de la loa es una paráfrasis vulgar del juicio de París, con la diferencia de que suple a éste el temible Júpiter. La música da comienzo a la loa así:

Llena de temblores
La tierra fría,
De temblores llena
Ave María.
etc., etc.

Al instante aparecen en la escena Venus, Juno y Palas, estas coquetillas del mundo pagano, las cuales se presentan como arrepentidas de sus pasadas liviandades. Por los aires vese una manzana que en tres lados tiene escrito: *a la más hermosa*. Cada una trata de apropiársela, cuando se presenta Júpiter que insulta y apostrofa a las tres beldades del Olimpo. Estas se defienden, hacen el elogio de María, quieren dedicarse al culto de ella, cuando el dios divide en cuatro porciones la manzana: toma una para sí y entrega las otras a las diosas arrepentidas con una sola condición: la de que cada una de ellas rezara un tercio del Rosario de María. Desde este momento, Venus, Juno y Palas cantan en versos macarrónicos elogios a la Reina de los Ángeles.

En el auto figuran como interlocutores, Caracas, la Justicia, Santiago, la Culpa, el Pueblo, un tal Rodrigo, otro tal Ropasanta y la Música.

En la escena aparece Caracas con un libro en la mano y un león a los pies. Y como está dormida, los coros de la Música la amenazan así:

No duermas sobre la culpa
Ciudad ilustre y famosa.
Que contra ti justo cielo
Invencible alarma toca.

Y Caracas contesta:

Válgame Dios ¿qué es aquesto?
¿Quién mi sosiego alborota?
¿Quién mi silencio interrumpe
Con voces tan lamentosas?

Y la Música replica:

Avisos del Cielo son
Los que estás oyendo ahora,
Mira no imite tu orgullo
A la mísera Sodoma.

Caracas pondera entonces su riqueza natural, su nobleza y, respecto de ésta, asegura que no hay en el mundo nobleza como la suya. Pero a tanta pretensión ridícula, algunos de los habitantes la acusan y la hacen aparecer cual nueva Sodoma. Aquí comienza la jerigonza. Entre dimes y diretes aparecen en la parte superior del escenario la Culpa y la Justicia. Ésta, llena de ira blandea la espada y quiere destruir a la ciudad pecadora acusada por la Culpa. Siéntese estremecer la tierra, y gritos y lamentos se escuchan por todas partes, cuando aparecen en la escena los mutilados, víctimas del cataclismo. Viene entonces Santiago que intercede por Caracas. La Justicia absuelve a los moradores, en tanto que éstos gritan:

Madre de Dios del Rosario,
Misericordia y piedad.

Levántanse los cojos, los mancos, las víctimas del terremoto, y todo el mundo promete entregarse con devoción al rezo del *rosario*.

* * *

Pero, a proporción que los moradores de Caracas desplegaban más entusiasmo en el arte dramático en teatros ambulantes y de libre entrada, dos necesidades debían surgir; era la una, la creación de un teatro como centro de buenas costumbres, que proporcionara renta para su sostenimiento; y la otra, el derecho de censura y examen de las piezas dramáticas que iban a disputarse las autoridades civil y eclesiástica de la capital. Este hecho precedió a la fundación del primer teatro de Caracas.

Representábanse en La Guaira unas comedias, en sitio público, por los años de 1772 a 1773, cuando el vicario de aquel puerto, en oficio al gobernador y capitán general, reclama el derecho que le asistía para dar permiso a las representaciones teatrales, después de examinar las obras impresas o manuscritas. "Sólo es privativo de la justicia secular intervenir en este asunto, y de ninguna manera el vicario ni el obispo, contesta el Gobernador; y lo único que puede hacer la autoridad eclesiástica, es alertar a la civil de cualquier desorden que reclame pronta corrección".

Elevada la queja al monarca, éste dispuso, por medio del conde de Valdellano, presidente del Consejo, que: "respecto de las obras dramáticas publicadas en España, no había necesidad de nuevo examen; pero no así las nuevas que quedaban en todas partes sometidas a la censura del Ordinario eclesiástico y a lo que éste dispusiera"[1].

A poco surgió la idea de fabricar un teatro en Caracas. El primer mandatario a quien pertenece la gloria de haber levantado el primer monumento del arte dramático en la capital venezolana, fue el brigadier don Manuel González Torres de Navarro, por los años de 1783 a 1784. Hombre de ideas sanas y humanitarias, y al mismo tiempo espíritu civilizador, fue este

1. Documentos referentes a esta materia, Archivo de la antigua Obispalía.

gobernador de grato recuerdo, por haber creado el teatro en la capital de Losada; pero lo más notable del hecho estriba en que levantó un teatro, no con los fondos públicos, ni con los privados, sino con sus recursos personales, y animado solamente del noble pensamiento de regalarlo al Municipio, lo que constituye un acto tan generoso como espléndido. Y como al tratar de los orígenes del teatro en Caracas, no debemos desperdiciar cuanto redunde en honra y gloria de aquel caballeroso mandatario, copiamos a continuación el oficio que dirigió al Ayuntamiento, al ofrecerle el teatro construido. Es el siguiente:

Muy Ilustre Ayuntamiento:

Muy señor mío:

Deseoso de contribuir al mayor lucimiento de esta Ciudad y que al mismo tiempo haya una diversión pública, que sirva para establecer en sus moradores la sociedad política y de alivio a los que ejercitándose en el trabajo de sus respectivos oficios, soliciten el recreo del ánimo en aquel cómodo rato destinado al descanso, he formado a mis expensas un coliseo sin el menor gravamen sobre ningún ramo de abasto ni otro arbitrio para la fábrica material, pues el real de entrada que paga en la puerta cada persona, aún no cubre los gastos de luces, música, sirvientes y demás que causa el entretenimiento del teatro. Y para más comodidad de los vecinos, así en el decente asiento de palco, como en el modo de satisfacerlos, he dispuesto que por la corta cantidad de sesenta pesos por una vez, queden redimidos de pagar alquileres, prefiriendo siempre la utilidad de los vecinos a la del teatro. Y siendo tan propio de particular aprecio que merece U.S. el darle una prueba de distinción, tengo el gusto de presentarle para el uso de sus capitulares un balcón en el centro superior del círculo del referido coliseo, como lugar más decente y propio para cuando se coloque el dosel y Real Retrato en los días de ceremonias; esperando yo de ese Ilustre Ayuntamiento, que además de admitir esta pequeña memoria de mis facultades, se sirva, destinar, desde el próximo día de reunión, un Alcalde o regidor que por turno, concurra precisamente cada noche con dos Alguaciles, para que en mi ausencia, sirva de autoridad en aquel acto, y no falte quien tome cualquiera providencia de justicia en un caso que pueda ocurrir, conforme a la práctica general de España y mejor orden del Gobierno. Dios guarde a U.S. muchos años.

Caracas, cuatro de mayo de mil setecientos ochenta y cuatro.
–B.L.M. de V.S. su más atento seguro servidor,

Manuel González.
Muy Ilustre Ayuntamiento de la Ciudad de Caracas.

Los señores que componían el Ayuntamiento en esta época eran los siguientes: Fernando Ignacio Ascanio, Ignacio de Lecumberry, Antonio Egaña, Joaquín de Castillo Veitía, Francisco Antonio García de Quintana, José Ignacio de la Plaza, Liendo Madera, Luis Blanco y Blanco, Juan Antonio Otamendi, José Escorihuela, y Juan Domingo Fernández, secretario; los que con frases de agradecimiento, a nombre de la ciudad, contestaron el oficio del gobernador y entraron en posesión del edificio. Días después acordaron: que el mayordomo de propios disponga con la mayor brevedad, sus canapés limpios y decentes, en que puedan acomodarse veinte y cuatro personas, e igualmente tres bombas de cristal para iluminar el palco en las noches de comedia y diversiones, concurriendo con las luces correspondientes; quedando los ministros porteros encargados del aseo e iluminación del palco[2].

* * *

De 1799 a 1800, en los días en que visitó a Caracas el barón de Humboldt, figuraba en este teatro una compañía de actores venezolanos que comparó el viajero Depons a esos cómicos de la legua que viven, más de las dádivas de la piedad que del placer que proporcionan. La declamación en este teatro, agrega el viajero, la cual no puede compararse con la carreta de Tespis, es una especie de balbuceamiento monótono, semejante al tono con el que un niño de diez años, recita su lección mal estudiada. Los actores carecían de gracia, de acción y no daban inflexión a la voz ni al rostro el movimiento natural[3].

2. *Actas y papeles del antiguo Ayuntamiento de Caracas*, 1784.
3. François Depons, *Voyage a la partie orientale de la Terre Ferme 1801 a 1804*, Paris, Chez Colnet, 1806, 3 v.

Quiso el gobernador Vasconcellos, en varias ocasiones, obsequiar a Humboldt, llevándole al teatro, y el sabio se prestó con gusto a contemplar en espacioso recinto, a los artistas caraqueños y a los astros de la noche. "Como el tiempo nublado, escribe el ilustre viajero, me hacía perder muchas observaciones referentes a los satélites, podía asegurarme de antemano, desde uno de los palcos del teatro, si Júpiter estaría visible durante la noche". He aquí el arte y la astronomía, Moratín y Galileo hermanados en obsequio de Humboldt en el templo de la Talía caraqueña[4].

En estos días, vuelve por segunda vez a suscitarse la cuestión de censura entre las autoridades eclesiástica y civil. Solicita la primera el derecho que tenía, apoyándose en la Real Cédula del monarca español en 1777. Rechaza tal pretensión la autoridad civil, apoyándose en la disposición regia, por la cual toda censura en obras dramáticas en Madrid, quedaba desde 1793, bajo la jurisdicción del corregidor de Madrid; disposición que amplió más tarde el monarca, creando fiscales regios, a los cuales pertenecía el estudio de toda obra literaria. La autoridad eclesiástica no insistió[5].

Cuando Valmis introdujo la vacuna en Caracas, 1804, fue obsequiado en el teatro con una fiesta en la cual figuró, entre otras producciones, el juguete dramático de Andrés Bello que corre en sus poesías con el título de "Venezuela consolada". Tan malo es este juguete en honor de Carlos IV como la oda a la vacuna en elogio del mismo monarca.

Ya había muerto Vasconcellos que patrocinó durante su gobernación el gusto literario de los caraqueños, con veladas y reuniones amenas, en las

---

4. Este hermoso teatro tenía una fachada prolongada y gran fondo. Con tres órdenes de palcos, patio exterior y galerías espaciosas para el libre paso de la concurrencia, presentaba el defecto de tener descubierto el patio interior. Cabían como dos mil espectadores. En el patio estaban completamente separados los dos sexos para evitar la incongruencia, según se decía entonces; y como la mayor parte de los palcos era de propiedad particular, sucedía que un gran número de familias acomodadas tenían que ver la función a campo raso. La entrada general no excedía de medio bolívar, y aunque las compañías de actores eran por lo general detestables, sucedía que siempre estaba lleno, pues en noche de función, nadie se quedaba en casa, y hasta los frailes de las comunidades religiosas y los curas de almas asistían sin ningún escrúpulo. Este teatro estuvo en la esquina del Conde, avenida Norte, frente a la casa del conde de Tovar.

5. Papeles referentes a este asunto en el archivo de la Obispalía.

cuales descolló con brillo Andrés Bello, cuando llegó a Caracas, en 1808, la primera compañía de ópera que iba a inaugurar entre nosotros el género lírico. Era una compañía de ópera francesa, en la cual figuraba, como *prima-dona*, Juana Faucompré, a la cual saludó Andrés Bello, en cierta noche de función, con aquel soneto improvisado que comienza así: "Nunca más bella iluminó la aurora".

Los caraqueños se entusiasmaron tanto con esta novedad, que llegaron a olvidarse hasta de la epidemia que en aquellos días afligía a la capital. Mas he aquí que por tercera vez vuelve la autoridad eclesiástica queriendo inmiscuirse en la cuestión teatral. Con fecha 27 de mayo, el gobernador del Arzobispado, doctor Zuloaga, le endilga al capitán general don Juan de Casas, un oficio apremiante, en el cual pedía que suspendiera las funciones de ópera hasta que fueran examinados los libretos por el ordinario eclesiástico; y después de exponer las razones, concluye así: "Hago presente a U.S. que el estado eclesiástico se halla actualmente en esta ciudad en diaria rogativa, que se practica en todas las misas con tres oraciones, y con varias preces a la conclusión de las conventuales, desde que el M.I. Ayuntamiento las pidió por la epidemia que aún subsiste, y cuya memoria puede importar al insinuado y otros efectos en la piadosa consideración de U.S.".

A la reclamación del encargado del Arzobispado dirigió el capitán general copia del dictamen dado por el asesor general, a quien competía el examen de la materia. Y por lo que se relaciona con el estado del clero y sus buenos oficios en la epidemia, el asesor asegura: "*Canendo et ridendo corriguntur mores*, lo cual no es incompatible con las preces de la iglesia". Pero lo que más preocupaba al provisor, no era tanto que el examen de las piezas dramáticas lo hiciera el ordinario eclesiástico o el asesor general, como el que las representaciones fueran inductivas a pecados. El congreso de hombres y mujeres promiscuamente durante gran parte de la noche dentro del coliseo, como decía el provisor; la continuidad y contigüidad, la incongruencia de estas atracciones siempre estallando en chispa eléctrica, así como la pérdida de las almas, era lo que más preocupaba a la autoridad eclesiástica. Después de lavarse las manos, y echar toda responsabilidad a la autoridad civil, el doctor Zuloaga elevó a la Corte la contestación que

había dado el capitán general. Y como los sucesos de España se complicaban cada día más y más, allá quedó archivada la controversia de la cual no volvió a hablarse[6].

Cuando figuró en el teatro de Caracas la primera compañía de ópera, no existía la imprenta, que llegó meses más tarde. La primera *Gaceta de Caracas* salió el 24 de octubre. Los carteles teatrales antes de esta época, se hacían con cartulina; pero después de establecida la imprenta salieron tipografiados[7]. Nada conocemos por lo tanto de los juicios que se emitieran en Caracas, respecto de obras dramáticas; pero sí podemos dar a nuestros lectores copia de la primera crónica teatral escrita en Caracas, la cual fue publicada en la *Gaceta* de 30 de diciembre de 1808, que dice así:

> El 25 del corriente se ha abierto de nuevo el *Teatro Público* de esta ciudad, con general satisfacción de la numerosa concurrencia; y se dio principio a la función con el *drama alegórico*, *La España restaurada*, muy propio de las actuales circunstancias de la Nación y terminado con una *Canción patriótica*. A la vista de los personajes que representaban las *Provincias de España* con los trajes correspondientes, y sobre todo a la del *Retrato* de nuestro amado Soberano *Fernando VII*, presentado repentinamente con una bella iluminación, el entusiasmo de los concurrentes se manifestó del modo más expresivo, y los alegres vivas y fervorosos votos de muchos centenares de almas subieron al cielo, implorando las bendiciones de la *Divina Providencia*, vengadora de los derechos de los Reyes, sobre la persona del mejor y más querido de los Soberanos.
>
> Muchos de los espectadores acompañaron en aquella, y principalmente en la siguiente noche, el ritornelo o coro con que terminaba cada una de las coplas de la *Canción patriótica*; la alegría pública no se ha manifestado nunca de una manera menos equívoca; y los sentimientos de fidelidad, de que se hallaban poseídos los corazones, brillaron en todos los semblantes.
>
> El modo con que los actores desempeñaron sus respectivos papeles en ésta y en la pieza en tres actos, que se dio sucesivamente, inspiran fundadas esperanzas de que veremos el *Teatro de Caracas* en el pie correspondiente al buen gusto, que comienza a propagarse en todos los ramos.

* * *

6. Manuscrito del archivo de la Obispalía.
7. Véase Rojas, "Orígenes de la Imprenta en Venezuela", *Estudios históricos*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1926-1927, v. 1.

En la primera orquesta que figuró en los años de 1810 a 1812, en el teatro de Caracas, sobresalieron los siguientes profesores: Cordero, que fue el director, Rodríguez, Gallardo, Carreño, Landaeta, Meserón, Borges, Olivares y Mármol que debió la vida, en la sangrienta toma de Maturín en 1814, a su fagote.

Aunque algo destruido por el terremoto de 1812, el teatro de Caracas continuó figurando, primero con los realistas, y después de 1821, con los republicanos. Un viajero inglés que visitó a Caracas en esta época, coronel Duane, dedica al teatro de Caracas algunas líneas, en el libro que publicó en 1826 con el siguiente título: *A visit to Colombia &*.

Abandonado el primitivo teatro de Caracas después de cerca de cuarenta y seis años de haber figurado, surgió uno nuevo, si así puede llamarse, la hermosa sala de la antigua casa de los jesuitas, en la avenida Norte, y la cual sirvió de teatro improvisado. En éste se representaron muchas piezas dramáticas, y abundante estuvo siempre la concurrencia, hasta que fue fabricado el segundo teatro de Caracas, por el maestro Cardozo, quien lo vendió al coronel J.M. Ponce, en la calle Este 6, cerca de la actual esquina de la capital que lleva el nombre de *El Coliseo*, desde los primeros días de 1831. Este sencillo y reducido edificio, que duró hasta ahora cuarenta años, estuvo en el área que ocupan actualmente las casas números 38 y 42. En él se estrenó en 1843 la primera compañía de ópera italiana que visitó a Caracas. Y como para entonces no estaba desarrollado en el pueblo caraqueño el amor a la ópera como hoy, este coliseo entró en competencia con el teatrico que se conoció desde entonces con el nombre de "Teatro de los Nacimientos", en la esquina que llaman del Maderero. Cuando la compañía de ópera italiana llegó a su ocaso, hubo de ocurrir al teatro del Maderero, donde se representaron *Norma*, *Lucía* y otras de las óperas favoritas del público venezolano.

El actual Teatro Caracas, que data desde 1854, es una de las más bellas salas, en este género de construcción; y el teatro Municipal que surgió en 1884, aunque incómodo, llena las necesidades del momento[8].

---

8. Ya volveremos a ocuparnos en el relato de las costumbres teatrales, durante los primeros años de Venezuela, desde 1830 hasta 1850. Ya hablaremos de las sillas, de los faroles, de los

El estudio del desarrollo del teatro en Caracas, de cien años a hoy, nos pone de relieve dos civilizaciones: la de la colonia, la de la República. Sintetiza a la colonia el teatro descubierto, desde cuyo patio los espectadores contemplaban a los actores y a los astros de la noche; en el teatro republicano aparece la sala espaciosa iluminada por las bujías de espléndidas arañas. En el teatro colonial los sexos estaban separados y no se permitía, ni la continuidad ni la contigüidad; nada de incongruencia para así ahuyentar el pecado; en el teatro republicano están reunidos los sexos, las nacionalidades, las religiones. La juventud entusiasta ha penetrado hasta los últimos recónditos del escenario, en solicitud de Minerva, de Talía y de Terpsícore. Los cómicos de la colonia se valían de la cartulina para anunciar sus funciones, hasta 1808, época de la primera imprenta en Caracas; en la época actual la imprenta cruje, chilla, grita y aun amonesta a la policía, casi siempre petrificada cual las estatuas de sal de la inmortal Sodoma. En los días de la colonia había censura, y toda pieza dramática debía pasar por el cartabón del ordinario eclesiástico o de la autoridad civil. La República no ha aceptado la censura; ahí están la opinión pública que aplaude y vitupera; la prensa que moraliza, estimula o condena; el criterio de la juventud ilustrada que se impondrá al criterio de la individualidad, las más de las veces apasionada. En el teatro colonial, finalmente, no había loas sino para la Virgen del Rosario, o para el rey: en el teatro republicano se hace el elogio de todo el mundo y se vapulea a todo el mundo; porque el teatro caraqueño no es sólo templo del arte, sino también asamblea popular, tribuna de elocuencia, Capitolio y Roca Tarpeya.

---

cartuchos y también del tambor de Cartagena, etc., etc., en la leyenda que lleva el siguiente título: *La Caracas de Ño Morián*, compañera de la *Caracas del Rey*; ambas inéditas.

EFEMÉRIDES

I

Horóscopos y agoreros. Los Fernandos de España y la América.
Fechas providenciales.
El 19 de abril en ambas Américas. El Bolívar de la colonia
y el Bolívar de la revolución.
Efemérides del mes de abril durante la guerra magna.

NO HAY ya horóscopos, ni mortal que los solicite; no hay ya constelaciones propicias, ni signos celestes, precursores del bien o del mal. De un gran rey puede descender un zote y de un campesino un genio, sin que el cielo y la tierra intervengan en el nacimiento de estos seres. Desde el momento en que la ciencia ha estudiado los cuerpos del espacio y trazado a cada uno su órbita, pesado sus materiales, analizado sus componentes y revelado de antemano sus apariciones periódicas, sus fenómenos de luz o de calor, no hay ya cometas que pronostiquen, ni eclipses fatídicos, ni fenómeno alguno celeste que tome parte en las cosas sublunares.

Si las revoluciones consumadas son célebres, si algún hombre llena la historia con sus hechos, y rastros de luz han marcado su paso sobre la Tierra, el día de su nacimiento o el aniversario de sus principales conquistas, serán siempre recordados, no como un augurio, sino como punto de partida de una existencia que ha tenido una misión civilizadora.

Nadie puede adivinar los genios en su infancia. Casi todos aparecen, al principiar su carrera, en el fango de las revoluciones, como visionarios o atolondrados. Si la fortuna les es adversa, la humanidad los maldice, si propicia los eleva; y el mundo contempla en cada uno de ellos un enviado del cielo. Entonces aparecen las fechas providenciales, las coincidencias, los sucesos maravillosos. Cada lugar, cada episodio, cada frase se comentan, la imaginación forja mitos y lo maravilloso exaltado por la fantasía delirante, da a cada uno de aquellos un carácter sobrehumano.

Pero, si apartamos de la historia de los sucesos naturales, todo aque-

llo que pertenezca al colorido del entusiasmo; si después de consumados los hechos analizamos con estricta lógica, el encadenamiento histórico de los acontecimientos, y el influjo que ellos han tenido en el desarrollo final de una idea civilizadora, encontraremos que, hay nombres fatídicos, lugares desgraciados o propicios, fechas clásicas, y episodios, que juzgados al principio como quimeras, han sido, más tarde, punto primordial en el desarrollo de sucesos fecundos y trascendentales en la historia del género humano.

Tal es para nosotros el nombre de los tres últimos Fernandos que reinaron en el trono de España; tal para nosotros los sitios de la Puerta y de Carabobo, la fecha del 19 de abril, el nombre de los Bolívar, los meses de abril y de julio, célebres, en heroicidades y episodios fabulosos, en la historia de nuestra emancipación política. Todo se reúne en estos dos meses, y la cronología computando las fechas en todos los días de nuestra historia, encuentra coincidencias felices, un encadenamiento de los sucesos que revela la influencia constante de una Providencia sabia y justa interviniendo en los destinos humanos.

Si nos remontamos a los días de nuestra época colonial, hallaremos como punto de partida para el conocimiento de nuestros sucesos posteriores, el nombre de Fernando y la fecha del 19 de abril.

En el reinado de Fernando V, en 1492, fue adquirida la América para España y en el de Fernando VII, en 1810, debía perderla.

La primera revolución de Caracas se efectuó en 19 de abril de 1749, cuando el capitán español León a la cabeza de 700 hombres, mal armados, se levanta en el sitio de Tócome, pidiendo la expulsión de la odiosa Compañía Guipuzcoana, horrible monopolio de aquella época. Engañado por el capitán general hubo de escaparse, mientras su casa, situada en la parroquia de Candelaria, queda arrasada, y marcada con un poste de ignominia. ¡Qué espanto debió infundir este hecho entre los pacíficos y humildes habitantes de la capital, acostumbrados a la obediencia pasiva y al silencio de la razón! Siglos más tarde, en 19 de abril de 1810, se lanza en la misma Caracas, el primer grito de revolución, y aquel poste de ignominia que había permanecido inmóvil, durante sesenta años, es arrojado al viento en medio del entusiasmo revolucionario. El primer suceso pasaba durante

el reinado de Fernando VI que subió al trono en 1746 y murió en 1758; mientras el segundo se verificaba durante el reinado de Fernando VII.

Todavía más; el 19 de abril fue el primer día en que se derramó la primera sangre, en 1775, en Lexington y Concord, Massachusetts, principio de la gran revolución que debía presentar a Washington como fundador de la libertad de la América del Norte; mientras treinta y cinco años más tarde, en el mismo día, se daba en Caracas el primer grito de la revolución de la América del Sur. Una misma fecha aproxima las dos porciones del continente; una misma causa sus dos hombres tutelares.

Refiere Oviedo, uno de los historiadores de Venezuela, que Simón Bolívar procurador de Caracas en 1590 obtuvo del rey el permiso para introducir hasta cien toneladas de negros esclavos. En lenguaje moderno podríamos decir que en aquellos entonces se vendía la carne humana al mejor postor, después de haberla facturado en kilogramos.

¡A cuánto llegaría el rédito de estas fincas vivientes multiplicándose durante el transcurso de dos y cuarto siglos, desde 1590 hasta 1816 en que otro Simón Bolívar declara la libertad de los esclavos!

Pero no es sólo el 19 de abril la única fecha clásica en los sucesos verificados durante este mes; cada uno de sus días, en los quince años de la magna lucha, trae a la memoria el recuerdo de sucesos inmortales, victorias y reveses, episodios sublimes, orgullo de nuestra historia. Todo se reúne en este mes como para dar más brillo al primer día de nuestra revolución.

Departamos ayudados de la cronología.

El 1º de abril de 1810 principia a concertarse el plan revolucionario, y desde esta fecha hasta el 27 se realizan una multitud de sucesos que se encadenan de una manera sorprendente.

El 2 de abril de 1811, los realistas de Guayana saquean e incendian el pueblo de Cabruta: es la primera chispa de la gran conflagración americana que principiaba en el lugar, que iba a ser en breve, teatro de grandes hazañas; y el 2 de abril de 1819 se verifica a orillas del Arauca aquel combate singular de las Queseras del Medio, que pasará a las futuras generaciones como una leyenda homérica. Desde la orilla derecha del río, Bolívar ve partir los 150 titanes que a las órdenes de Páez van a estrellarse contra todo el ejército de Morillo en la opuesta orilla. El Libertador los sigue con

la mirada en su paso por el río, y los contempla con asombro en su primera carga. Nubes de polvo se levantan y los combatientes se confunden. Como un torrente impetuoso, los llaneros de Páez, en el juego de sus evoluciones arrollan cuanto encuentran. Morillo atónito no puede darse cuenta de aquel choque olímpico en las soledades del desierto, y al ver caer a los suyos por columnas, jinetes y soldados, retrocede, en tanto que las sombras de la noche se interponen entre ambos combatientes.

Cuenta la historia que una vez Napoleón el Grande al divisar, desde la altura en que se encontraba, un regimiento aislado de infantería que hacía prodigios de valor y de arrojo contra todo el ejército austriaco, exclamó: "Todos tendrán la Legión de Honor". De la misma manera Bolívar al presenciar los repetidos choques de los centauros, en uno de esos momentos en que el grupo simulaba las contracciones de una serpiente erizada de lanzas, exclamó: "Sublime: todos serán condecorados con la cruz de Libertadores".

Así se repite la historia.

Cuando al siguiente día aparecieron los centauros, solo dos habían muerto, mientras el campo enemigo, solitario, estaba sembrado de quinientos cadáveres. Páez, el adalid de aquel grupo, acaba de morir en Nueva York (8 de mayo de 1873); mientras de los centauros sólo queda uno, el venerable Paredes, tan lleno de canas como de virtudes cívicas.

El 3 de abril de 1814 Bolívar entra a Valencia heroicamente defendida por Urdaneta contra Boves y Ceballos; y en 3 de abril de 1815 llega la expedición de Morillo a Puerto Santo, a barlovento de Carúpano. Jamás había visitado estas regiones de Oriente una escuadra más brillante. Eran los héroes de Bailen que después de aplastar el coloso de la Europa, aparecían en las costas de Venezuela, como sucesores de Colón. ¿Eran nuncios de paz o de guerra? La cronología va a decidir.

El 3 de abril de 1817 el jefe español Aldama se mueve contra la Casa Fuerte de Barcelona defendida por Freites y Rivas. Para el 5 los sitiados no tienen salvación posible. Una lucha encarnizada principia, y el fuego abriéndose brecha, penetra hasta los últimos escondites del antiguo convento convertido en fortaleza, y donde están refugiados mujeres y niños inocentes. Aldama, en su furor, sacrifica centenares de éstos, en tanto que

persiguiendo a muchos de los fugitivos, se apodera de los jefes Freites y Rivas que envía a Caracas como trofeos de su victoria.

Todo parece adverso; por todas partes el ejército patriota sufre reveses, y el gran refuerzo traído por Morillo alienta el entusiasmo de los vencedores. De repente se escucha una detonación en todas las islas del litoral. ¿Qué pasa? ¿Es el bombardeo de algún puerto amigo; es la *última ratio rerum* que aniquila los restos exánimes de los vencidos fugitivos? No, es la detonación del famoso navío "San Pedro" que se ha incendiado el 24 de abril en la isla de Coche, sepultándose con sus tesoros, elementos de guerra y recuerdos históricos.

El 5 de abril de 1824 se reúne el segundo congreso de Colombia.

El 11 de abril de 1813 vencen los patriotas en Maturín contra La Hoz y Bobadilla; y en el mismo día en 1817 gana Piar la batalla de San Félix que abre al Libertador las puertas de Guayana, mientras que en el mismo día, en 1820, Morillo recibe órdenes de la corte española para proponer a Bolívar una reconciliación.

Piar no tuvo la dicha de sobrevivir a su grande hecho de armas, pues fue fusilado por un consejo de guerra en 16 de octubre del mismo año. Sereno y digno marchó al cadalso; al llegar a éste sacó unas pocas monedas que entregó al sargento de la escolta que le había conducido desde la prisión, ordenándole que se distribuyeran aquel postrer recuerdo, y mirando el grupo que debía herirle, cerró sus ojos y dijo como en sus días de mando: "fuego", y el cuerpo del vencedor en San Félix cayó por tierra.

Así morían dos años antes, Murat en los fosos de Piza, y Ney en el jardín del Luxemburgo.

El 9 de abril de 1806, la escuadra de Miranda amenaza las costas de Venezuela; y en el mismo día en 1815, la formidable de Morillo ancla en Pampatar (isla de Margarita).

¡Qué destino el de estos hombres y el de sus escuadras! ¿Quién habría dicho al uno que la imprenta que traía a bordo sería la bomba incendiaria de 1810 a 1814, y al otro, que él y su escuadra desaparecerían ante aquella isla que debía ser su escollo, y a la cual le reservaba la historia el nombre de Nueva Esparta?

Todos se someten a la presencia de Morillo, menos un hombre, que se

escapa en su bote, por entre la escuadra española, lanzando improperios e insultos a las tripulaciones enemigas. Es Bermúdez que deja sus costas y sigue en solicitud de Cartagena, de donde muy en breve saldrá acosado por el hambre y por la fuerza.

Trece años después, en 9 de abril de 1828, se instalaba la gran Convención de Ocaña. De esta asamblea partió la primera chispa de la disolución de Colombia.

¡Coincidencias de la historia! En el mismo día en que se reunía aquella Asamblea, cuatro años más tarde, en 9 de abril de 1832, la Nueva Granada reconoce a Venezuela.

El 13 de abril de 1813 aparece Bolívar en La Grita (estado Táchira). Era el principio de la gran campaña de 1813 que debía darle a conocer, ante la América, como un genio. En 13 de abril de 1817, vence Páez en San Antonio.

El 14 de abril de 1824, se firma el célebre empréstito de Colombia, y el 16 del mismo mes en 1814 se verifica la derrota del ejército patriota en San Carlos.

El 17 de abril de 1492 los reyes católicos Fernando e Isabel firman con Colón el contrato del descubrimiento de las Indias; y en 17 del mismo mes, en 1819, se verifica la célebre sorpresa del Rincón de los Toros.

Cuando Bolívar a la cabeza de su infantería, firme como una roca al empuje de las fuerzas de López, percibe la cobarde retirada de la caballería patriota, se encuentra perdido y emprende la huida. ¿Quiénes le siguen? Fugitivos como él, que huían al acaso formando una masa viviente en estado de vértigo. Sólo Bolívar sabe adonde va. En su fuga toma la primera bestia de carga que encuentra en el campo, y parte. ¿Quién le hubiera pronosticado, la noche antes, que él se escaparía en el famoso caballo de su antagonista López y que éste, vencedor en el combate, quedaría vencido por la muerte?

Al siguiente día no hay ejércitos sino fugitivos, pero Bolívar en el Rastro los sacará del polvo. Su huida no es el vértigo del vencido que busca amparo en la línea divisoria o en la cabaña solitaria, sino el cambio de teatro, para seguir en pos de su idea dominante, la guerra.

No sabemos dónde admirarle más, si en sus brillantes victorias o en sus huidas improvisadas, rápidas, únicas en la historia. Morillo, en su par-

te, asegura que Bolívar debió su salvación a su fortuna. La misma fortuna que le salvó en Jamaica en 1815 y en Casacoima en 1819 y en la fatídica noche del 25 de septiembre de 1828.

El 18 de abril de 1817 son fusilados en Caracas los defensores de la Casa Fuerte en Barcelona. Ante aquel cadalso que recibe a uno de los condenados en el más completo estado de invalidez; ante los triunfos de España, dueña, para esta época, de todas las poblaciones, se habría podido asegurar que la revolución había sucumbido; pero ocho años más tarde, 1825, en la misma fecha, la Gran Bretaña reconocía la independencia de Colombia. Todavía más: el 18 de abril de 1830 se abren las conferencias de Cúcuta, promovidas por el congreso admirable, mientras en el mismo día, en 1836, se fija el escudo de armas que actualmente tiene Venezuela.

El 21 de abril de 1810, el capitán general Emparan y sus empleados son deportados por los hombres de la revolución; y en la misma fecha, 1830, los pueblos de Cúcuta desconocen la autoridad de Bolívar.

Caprichos de los pueblos; ensalzan por la mañana y por la noche deprimen.

El 22 de abril de 1822 vence Sucre al ejército español en Río Bamba, y el 22 del mismo mes en 1830, a los facciosos de Chuquisaca.

El 23 de abril de 1815 principian los secuestros en Caracas, autorizados por los mandatarios españoles. El 24 del mismo mes, como hemos referido, se incendia en la isla de Coche el navío "San Pedro", mientras cinco años después, en 24 de abril de 1822, sucumben los últimos atrincheramientos españoles en Maracaibo.

El 25 de abril de 1812 Bolívar es nombrado jefe de la plaza de Puerto Cabello y en el mismo día son derrotados los patriotas en San Carlos al mando de Ustáriz y Carabaño.

Para el 26 de abril de 1822 Maracaibo se rinde a las fuerzas patriotas.

La real orden por la cual se eximía a los indios del servicio personal tiene la fecha de 27 de abril de 1588, y el mismo día en 1812, Monteverde, que había entrado a Caracas ayudado por los indios de Siquisique, deja la capital, para ser depuesto más tarde por sus mismos partidarios.

En 28 de abril de 1820, vencen los patriotas en la Plata contra Calzada; y en 28 de abril de 1821 se rompe el armisticio celebrado en Santa

Ana entre Bolívar y Morillo, firmado en Trujillo en 25 de noviembre de 1820.

En 29 de abril de 1799 es preso en La Guaira el desgraciado España, jefe de la insurrección de 1797, y en 29 del mismo mes en 1832, Venezuela reconoce la República del Ecuador. Terminemos las efemérides del mes providencial.

En 30 de abril de 1812 se escuchan en casi todas las poblaciones de Venezuela los mugidos subterráneos del volcán de San Vicente. Los supersticiosos de aquellos días atribuyeron la calamidad del 24 de marzo del mismo año y todos los fenómenos que siguieron, al grito de libertad dado contra el mejor de los monarcas. Treinta años más tarde, en 29 de abril de 1842, el congreso de Venezuela decretaba honores a su Libertador.

II

El mes de julio. Coincidencias de fechas en las
dos secciones del hemisferio americano.
El 4 y 5 de julio. Efemérides de este mes durante la guerra magna.
El 17 de diciembre. Las dos revoluciones americanas.
Bolívar y Washington.

Acabamos de recorrer todas las fechas del mes de abril durante los gloriosos días de la guerra magna: recorramos ahora las del mes de julio, en el cual se sella de una manera solemne la declaratoria de nuestra independencia, y con ésta, la del continente de la América del Sur.

Una de esas felices coincidencias reúne en un mismo día, 19 de abril, el primer movimiento político, punto primordial de la independencia de las dos Américas. Una pequeña diferencia en horas separa la fecha de la declaratoria en los mismos países. En 4 de julio de 1776 se firma el acta de los Estados Unidos de América, mientras Venezuela, treinta y cinco años más tarde, la firma en 5 de julio de 1811.

Principiemos con esta fecha memorable y recorramos el mes de julio lleno de reveses y de victorias, rico en enseñanza.

En 5 de julio de 1498 es cuando Colón deja las islas de Cabo-Verde

y hace rumbo hacia el SO en solicitud del continente americano. En 5 de julio de 1811 proclama Venezuela su independencia. En 5 de julio de 1813 se declara a Mérida bajo el gobierno republicano, y en 5 de julio de 1827 Bolívar deja a Caracas para no volver a ella sino muerto.

En su visita a la ciudad natal en 1827, ésta le recibe con los honores del triunfo, sin pensar que trece años más tarde, le recibiría con los honores de la justicia. Había recorrido toda la escala de la fortuna, había conducido sus legiones desde las playas de Paria hasta las nevadas cimas de Potosí y del Cuzco. Desde allí buscó los horizontes, y no encontrando país que libertar, descendió envuelto con el manto de iris. Había escalado las más altas cimas de la Tierra en solicitud de la gloria, y al descender no encontraba sino el desengaño y la muerte; pero estaba reservado a sus coetáneos acompañarle en su ascensión de nuevo a las más altas cimas de la Historia.

El 6 de julio de 1812, Bolívar abandonado de sus compañeros en Puerto Cabello, después de la sublevación del castillo, se embarca en Borburata para La Guaira. En el mismo día, 1813, vence Ribas a los españoles en los Taguanes, y el mismo día, en 1816, desembarca Bolívar en Ocumare con su célebre expedición de los Cayos. De allí debía huir para aparecer en otro lugar, mientras su ejército, circundado por todas partes de enemigos, se interna, se abre paso, lucha de día y de noche, disputa hasta un palmo de terreno que se oponga a su retirada en solicitud de las costas orientales de la República.

He aquí la más célebre retirada en la historia de América.

¿Qué queda hoy de los 160 hombres de desembarco que acompañaron a Bolívar? Solo conocemos dos, Lope María Buroz que le acompañó desde los Cayos, y Mateo Guerra que se le incorporó en Margarita; restos gloriosos y honorables de aquella época crítica, llena de azares, que sólo el genio de Bolívar podía conjurar.

El 7 de julio de 1814 principia la célebre emigración de Caracas, al aproximarse las huestes victoriosas de Boves. Como diez mil personas abandonan la capital llevando a cuestas sus hijos, sus prendas, sus recuerdos. Es una caravana apiñada, en la dirección del Este, ignorante de lo que le aguarda y de lo que solicita. Llantos y sollozos, gemidos y también maldiciones e improperios sirven de cortejo a aquella masa viviente a cuya

retaguardia marcha Bolívar acompañado de los pocos soldados que le quedan. Todos huyen, todos van preocupados del triste fin que les aguarda, y solo Bolívar está tranquilo e impasible. Ha perdido después de mil sacrificios el equilibrio político, el punto de apoyo, y sale en solicitud de un oasis desde el cual pueda divisar los nuevos albores de su eclipsada estrella.

En julio 8 de 1818 Urdaneta toma por asalto a Barcelona.

En julio 10 de 1813 vence Ribas en Vigirima. En la misma fecha en 1815 publica Bolívar en Jamaica su célebre manifiesto al congreso de Nueva Granada. En julio 10 de 1814 capitula Valencia. Como signo de alianza se celebra una misa en presencia de ambos ejércitos, pero tan luego como termina el sacrificio, centenares de víctimas son inmoladas por Boves.

Esa es la guerra a muerte; el exterminio de una de las partes militantes, la matanza elevada a principio; la destrucción como una necesidad del momento. Al declararla Bolívar, en Trujillo, en 1813 termina con estas palabras: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables".

Jamás en los anales de la historia se había lanzado un reto más terrible. Era un pugilato a muerte entre el vasallo y el amo, entre Venezuela y España. Cúpole a Venezuela el triunfo, y doce años después, en 1828, en el mismo día en que había Bolívar declarado la guerra a muerte, se reúne el primer congreso de Bolivia, la nueva República que debía llevar el nombre de su fundador.

En 11 de julio de 1820 el congreso de Colombia, reunido extraordinariamente, acepta las proposiciones de paz hechas por Morillo, y en 5 de julio de 1821 Bolívar ofrece al jefe español Pereira una honrosa capitulación que éste acepta con honra.

En 12 de julio de 1812 se firma el armisticio entre Miranda y Monteverde, y el mismo día, en 1814, se ceba Boves con nuevas víctimas en Valencia.

El 13 de julio de 1797 es denunciada la revolución de Gual y España: ambos fueron víctimas de una noble idea. Y en 14 de julio de 1816 muere el ilustre Miranda en la prisión de la Carraca, en Cádiz, víctima igualmente de sus ideas republicanas y de la perfidia de sus subalternos.

En 16 de julio de 1591 se recoge en Caracas una suscripción para fundar una escuela. Dos siglos más tarde, en 16 de julio de 1799 pisa Humboldt las playas de Cumaná. Y en el mismo día en 1814, entra Boves a Caracas.

En el desarrollo de las ideas y del progreso, en el estudio de las ciencias, en el conocimiento de Venezuela por todos los países del mundo civilizado, ha influido más la visita de Humboldt que los tres siglos de la pacífica dominación española.

El 17 de julio de 1808 principian los primeros sucesos precursores del 19 de abril de 1810; y en el mismo día en 1817, La Torre abandona la plaza de Angostura, la cual fue ocupada al instante por Bermúdez.

El 19 de julio de 1821 el congreso de Cúcuta decreta la manumisión de los esclavos y prohíbe nuevas entradas en Colombia. El 20 de julio de 1810 se verificó la revolución de Nueva Granada.

En 23 de julio de 1814 Boves ordena desde Caracas, a todas las justicias mayores, manden fusilar por sí solas, a todos los que hubieran tenido parte en la muerte de españoles prisioneros. El mismo día, en 1817, Morillo se apodera por segunda vez de Margarita, mientras en igual fecha en 1821 el congreso de Colombia decreta honores a los vencedores en Carabobo.

¡Cuántos contrastes!

Llegamos a un día célebre. El 24 de julio de 1783 nace Bolívar. Al siguiente día se cumplían doscientos diez y ocho años de haber fundado Diego Losada la ciudad de Caracas (1567).

Bolívar ascendía los Andes, por Casanare, el día en que cumplía 36 años. Al siguiente (25 de julio) vence en Pantano de Vargas, victoria precursora de la de Boyacá en la cual quedó sellada la libertad de Nueva Granada.

Pantano de Vargas está a la altura de 3.672 metros sobre el nivel del mar. Las huestes colombianas pelearon todavía a mayor altura al pie del Pichincha, y victoriosas continuaron hasta la Paz, Oruro, Cuzco y Potosí, las ciudades más elevadas del globo.

Una coincidencia notable acompaña al día 24 de julio, aniversario del natalicio del Libertador. En esta fecha, en 1821, apresa Padilla los buques de guerra españoles anclados en la bahía de Cartagena, y en el mismo día en

1823, gana la batalla naval de Maracaibo, y rinde la gran escuadra española mandada por Laborde.

A Padilla como a Piar cupo la triste suerte de ser pasados por las armas. Ninguno de estos dos hombres importantes pudo sobrevivir a su obra; y, ¡cosa singular! Padilla es sometido a juicio en 11 de abril de 1828, aniversario de la batalla de San Félix, ganada por Piar en 11 de abril de 1817.

El 26 de julio de 1527 funda Ampíes a Coro, y se celebra bajo una acacia la primera misa que se dijo en Venezuela.

Todavía está de pie la cruz que levantó el fundador.

En 27 de julio de 1528 llega a Coro Alfínger. El 30 de julio de 1498 hace rumbo Colón hacia el norte en busca de las islas Caribes. En el mismo día, en 1767, son expulsados de Venezuela los jesuitas. En 1812 entra Monteverde en Caracas en el mismo día, mientras en igual fecha en 1816 MacGregor, en la célebre internación de Ocumare, es depuesto por las tropas y sustituido con Soublette.

En 31 de julio toma posesión de la silla apostólica el segundo arzobispo de Venezuela; el humanitario Coll y Prat. En el mismo día, en 1811 se sublevan los canarios de Caracas en favor de Fernando VII. En el mismo día, 1812, es arrestado Miranda en La Guaira, mientras que en igual fecha en 1817, Gómez rechaza las fuerzas de Morillo en Margarita.

He aquí un mes como el de abril, lleno de episodios gloriosos durante todas las épocas de nuestra lucha.

Una fecha más nos muestra las elocuentes coincidencias en nuestra historia. El 17 de diciembre de 1819, el congreso de Angostura constituye la República de Colombia; el mismo día, once años después, 17 de diciembre de 1830, muere Bolívar, en tanto que sus funerales se verifican en igual fecha en 1842.

El 17 de diciembre de 1842 es la última página de la historia de los 20 años de nuestra gloriosa revolución 1810-1830.

Resumiendo las fechas de los meses de abril y julio, encontramos dos días clásicos en la historia de ambas Américas: el 19 de abril y el 4 a 5 de julio. Si estudiamos las tendencias de ambas revoluciones, encontramos que fueron unas mismas. Los americanos del Norte no pensaron jamás en emanciparse de la madre patria. Ellos no exigían sino una representación

en el Parlamento y la facultad de elegir alguno de sus funcionarios. La presión e intolerancia inglesas los precipitaron en nueva vía, y una serie de sucesos imprevistos los colocaron en la forzosa situación de emanciparse. De la misma manera los venezolanos, en su primer movimiento antes de 1810, no quisieron sino sustraerse del influjo de Juntas desprestigiadas que desde la Península obraban a ciegas; todas ellas tan intransigentes, como absurdas. Una serie de sucesos imprevistos vino a alarmarles, y la emancipación fue el corolario indispensable.

La revolución de la América del Norte tuvo a Washington por alma; Bolívar fue la de la América del Sur. Un período de 9 años recorre la primera desde 1775 hasta 1784 en que queda sellada la libertad norteamericana: un período de 9 años recorre la segunda desde 1810 hasta 1819. Y por una de esas coincidencias notables en la historia, Washington y Bolívar mueren en un mismo mes; el uno en 14 de diciembre de 1799, el otro tres días después, en 17 de diciembre de 1830.

LOS HERMANOS SALIAS

DESAPARECIERON las antiguas ruinas de la Casa de Misericordia, que desde el terremoto de 1812 llamaban la atención en el extremo oriental de la calle Este 4; en este sitio figura hoy el hermoso Parque de Carabobo. Desaparecieron, igualmente, las ruinas de la antigua casa del regidor Ribas, en la esquina de Maturín: allí se levanta hoy un templo masónico. Aún se conserva la vetusta quinta de Bolívar, a orillas del Guaire, pero ya sin el famoso cedro de Fajardo, en cuyo hermoso tronco dos generaciones habían inscrito sus nombres; y se conservan la casa solariega del doctor Álamo, en la esquina de Santa Teresa, y la que en el rincón de la plaza de San Pablo perteneció a la antigua familia Salias. En estos y en otros lugares se reunían los revolucionarios de Caracas, desde que en 1808 fue invadida España por Napoleón y entregado a éste Carlos IV, con su familia, por el Príncipe de la Paz, favorito de la reina.

Existía en aquellos días un fermento que preocupaba los ánimos, una idea en gestación, cuyas formas no se podían delinear; algo noble y generoso que acercaba la juventud y la ponía en camino de grandes acontecimientos, todavía desconocidos. La juventud en aquel entonces era fuerza, y égida los sentimientos generosos. Pero si en la mayoría de estos círculos familiares sobresalía la juventud masculina, y era la que daba el tono, en una de las casas mencionadas descollaba al frente de los noveles políticos, una matrona llena de gracia, inspirada, de palabra fácil, y orgullosa de poder decir como Cornelia: *mis tesoros son mis hijos*. Esta matrona admirable fue aquella Margarita de Salias, alma de la tertulia que tenía por

concurrentes a lo más distinguido y apuesto de la sociedad de Caracas. Allí, en el rincón de la antigua plaza de San Pablo, estuvo la casa solariega de la familia Salias[9].

Abrimos las crónicas de la revolución caraqueña, leemos los diversos sucesos políticos que desde 1808 acercan a los hombres, y al contemplar el grupo de familias que lanzaron sus hijos a la defensa del patrio suelo, tropezamos con la de Salias. Huérfanos de padre los hermanos Salias, alentados por la madre, forman un grupo que no obedece sino a una voz mágica: Libertad. Francisco, Vicente, Pedro y Juan Salias, y tras de estos Mariano y Carlos, los menores de la familia, pertenecen por sus antecedentes, talentos, servicios militares y civiles, entusiasmo y arranque, a la pléyade de adalides que comienza el 19 de abril de 1810, siguen los impulsos de la revolución, acompañan a Miranda en 1811 y 1812, y siguen con Bolívar en 1813 y 1814. Cuando llegan los reveses de esta época lúgubre, la revolución pierde muchos de sus atletas segados en los patíbulos. Entre las numerosas víctimas de Pore, sacrificadas en 1816 por orden de Morillo, está uno de los Salias, Juan. Le habían precedido en la muerte Pedro y Vicente, salvándose por uno de tantos milagros el mayor de ellos, aquel Francisco que el 19 de abril de 1810, cuando todo estaba perdido, detiene en la puerta mayor de la metropolitana al gobernador Emparan y le hace retroceder a la sala del Ayuntamiento. Muertos tres, quedaban tres para continuar impasibles y resueltos.

Escapados de las bóvedas Francisco y Mariano, Bolívar toma al primero para tenerlo a su lado, desde 1813, y deja los menores a la madre, sus compañeros en las playas del ostracismo.

En este grupo de lidiadores, Vicente sintetiza la revolución: Francisco es el patricio inspirado del 19 de abril de 1810, tres de ellos debían ser edecanes de Miranda, uno de Bolívar, dos víctimas en el campo de bata-

9. He aquí una plaza de Caracas sin nombre que la caracterice. Llamóse antiguamente de San Pablo, por el templo que allí estuvo; y después, plaza del Teatro Municipal. Bien pudiera bautizársela con el nombre glorioso de *Plaza Salias*. En el centro figura la estatua de uno de los más brillantes adalides de la magna guerra. Ningún corolario cuadraría más al guerrero, que posar en el pavimento de la *Plaza Salias*, que recuerda a sus compañeros de la guerra a muerte, segados en los campos de batalla y en los patíbulos.

lla; uno en el patíbulo, y sólo el menor debía alcanzar edad nonagenaria para contarnos los sucesos de aquellos días luctuosos y hablarnos de sus hermanos. Refieren las crónicas que durante los veinte y cinco años que siguieron a la guerra a muerte, en cada ocasión en que Margarita, la madre de los Salias, recordaba a sus hijos inmolados, lágrimas silenciosas corrían de sus ojos: el culto maternal fue una de las sobresalientes virtudes de esta espléndida matrona.

En la lista comprensiva de los autores del 19 de abril de 1810, con la cual remata el historiador español Díaz su *Rebelión de Caracas*, publicada en 1829, figuran cuatro de los hermanos Salias, así: Francisco, que vivía en aquella época, Vicente, fusilado en Puerto Cabello en 1814, Pedro que sucumbió en la reyerta sangrienta de Aragua, en 1814, y Juan, fusilado en Pore, en 1816[10].

En el admirable grupo de los hermanos Salias, hay uno que descuella por su carácter, inteligencia, ilustración: es Vicente, médico y poeta, uno de esos paladines de las grandes causas, siempre inspirado, desde el día en que sucesos nuevos en el orden social, empujan ciertos corazones en pos de nobles y misteriosos destinos; Vicente, con su espíritu epigramático, con su palabra acentuada, entusiasta, era la parte etérea de esta familia de patriotas.

Un escritor moderno le ha sintetizado en estas frases elocuentes: "Salias era un griego, amigo de la belleza, lleno de chistes y de sal ática"[11]. En efecto, cuando llega el momento en que cada carácter debía definirse, llenos unos de tristes presentimientos, entregados otros a la fuerza del destino, Vicente aparece radiante en medio de sus compañeros: siempre con la cabeza erguida, y siempre con la sonrisa en los labios, ésta precursora del chiste y de la bella frase en los espíritus superiores. El hado le tenía, sin embargo, reservado para ser una de las ilustres víctimas de la guerra a muerte.

Ya tornaremos a esta figura en los días épicos.

---

10. Díaz escribe Mariano en lugar de Juan, lo que es un error de nombre, pues aquel murió en Caracas en 1850.
11. J.V. González, *Biografía del general José Félix Ribas*, Madrid, Edit. América, 1918, 302 p.

* * *

Había salido el capitán general Emparan del Ayuntamiento, en la mañana del 19 de abril de 1810, y se encaminaba hacia la Metropolitana, cuando la juventud de Caracas, que aguardaba verlo preso, juzgó el lance perdido. El gobernador había logrado evadir con astucia la lógica del Ayuntamiento, y libre de la intriga, tiempo tenía para reflexionar. Al pasar con su séquito frente al cuerpo de guardia de la esquina del Principal, nota que el oficial y soldados no le hacen los honores, lo que contestó el gobernador con una mirada de reproche. Este incidente motivó que la concurrencia que llenaba calles y plazas se apercibiese de algo desconocido, y era que el oficial, amenazado por su procedimiento y lleno de temores, después de haber obedecido la consigna de los revolucionarios: "Me han dejado solo pero sabré comprometer a todo el mundo. Conmigo serán juzgados cuantos me aseguraron que todo estaba listo". Esto fue lo suficiente para que comenzaran los gritos de *al cabildo, al cabildo*, los cuales se repetían inconscientemente por todas partes. Eran los gritos lanzados por los Salias, Ribas, Montilla, Jugo y demás revolucionarios que, como espectadores, estaban apostados en diferentes sitios de la plaza real. En estos momentos Francisco Salias atraviesa la plaza con el objeto de alcanzar al gobernador, antes de que éste entrara a la Metropolitana. Comprendió el joven que si Emparan, ya apercibido, obraba con entereza, desde el templo, todo podía fracasar, y por esto quiso detenerlo. Ambos llegaron en el mismo instante a la puerta del templo.

—Os llama el pueblo a cabildo –le dice Salias impidiéndole la entrada.

—Será más tarde –contesta Emparan.

—Os llama el pueblo a cabildo, señor, y los momentos son muy apremiantes. Os llama el pueblo a cabildo –repite Salias, con ademán sereno.

Eran los momentos en que los gritos se redoblaban y llegaban a oídos de Emparan, ya preocupado.

—Al cabildo, señor –le repite Salias.

—Vamos, pues, al cabildo –contesta Emparan.

El gobernador había notado que al acercarse Salias, el cuerpo de guardia situado cerca de la puerta mayor del templo quiso hacer los honores al Primer Mandatario, y el oficial Ponte había ordenado lo contrario. Este

incidente, que se repetía por segunda vez, y el ademán imponente de Salias, le obligaron a retroceder.

De mil maneras ha sido repetido este incidente de Salias, causa inmediata de la vuelta del gobernador al cabildo. Cada historiador lo relata a su modo, lo que amerita estudiar el suceso a los ojos del criterio histórico y de la sana razón, y despojarlo así de toda exageración o calumnia con que hayan querido mancharlo los enemigos de la revolución hispano-americana.

"Al poner el Gobernador el pie en los umbrales del Templo –dice el historiador Díaz– lo alcanzó Francisco Salias, que había a carrera atravesado la plaza: le tomó por el brazo, le puso un puñal al pecho y le intimó a que volviese al ayuntamiento".

"Al poner el pie en los umbrales del templo le alcanza el desaforado Francisco Salias, le asesta un puñal al pecho y le intimida el regreso al ayuntamiento".

Esto escribe el historiador español Torrente:

"Salió para la Catedral con el cuerpo de cabildo; pero al llegar a la puerta de ésta, le agarró de un brazo un Salias, que acompañado del pueblo y con gritería, le obligaron a volver a la Sala Capitular". Así habla el oidor Martínez, en la narración que escribió desde Filadelfia, referente a los variados incidentes de la revolución del 19 de abril de 1810.

Ducoudray-Holstein, en su *Historia de Bolívar*, pone en boca de Salias dos discursos: uno al llegar el gobernador a la puerta del templo, y otro cuando torna al cabildo, en el cual pide aquel en términos insultantes, la deposición del intendente Anca, odiado de la población, y enseguida el arresto de la Audiencia Real, etc., etc.

El relato de Baralt y Díaz es muy lacónico. "En este instante varios grupos de conjurados reunidos en la plaza, cierran el paso a la comitiva de Emparan, y un hombre llamado Francisco Salias agarra a éste del brazo y grita que vuelva con el cabildo a la Sala Capitular".

Restrepo, el notable historiador de Colombia, dice: "Estaban ya a las puertas de la iglesia, cuando varios grupos cierran el paso, y avanzando atrevidamente un hombre llamado Francisco Salias, toma del brazo al Capitán general y le intima que vuelva con el Ayuntamiento a la Sala Capitular".

Otros escritores asientan que Salias despojó al gobernador del bastón que llevaba; es decir, dejó éste de figurar como primer mandatario, desde el momento en que entregaba a una facción la insignia de mando.

Así se ha ido comentando, desde el 19 de abril de 1810, un incidente que no tuvo nada de ruin, nada de faccioso y descompuesto, y sí mucho de respetuoso y de digno. Salias, ciudadano pacífico y de familia distinguida, no tuvo necesidad de amagar a nadie con puñal, pues las armas de que se valió fueron el respeto y la compostura. Ni Díaz, ni Torrente fueron testigos del suceso. Díaz en su narración no califica a Salias; pero Torrente, que copia a su mecenas, apostrofa a Salias con el dictado de *desaforado*. La narración del oidor Martínez es más exacta que las precedentes, pues se limita a referir el hecho, sin epítetos y sin puñales. La narración de Ducoudray es una confusión de incidentes. La discusión que tuvo horas más tarde el canónigo Cortés Madariaga con el gobernador, discusión que dio por resultado la caída de los principales empleados y de la Audiencia, la anticipa aquel historiador y la agrega al incidente de Salias. Confundió los informes que obtuviera.

El relato de Baralt y Díaz, que copia Restrepo, sólo tiene de censurable el que de un patricio tan conocido como era Francisco Salias, se dijera *un hombre llamado* Francisco Salias; lo que equivalía a decir, un desconocido. En este particular, el historiador Díaz es más justo, pues coloca a Francisco Salias al nivel de los demás conjurados, sin despojarlo de su carácter de revolucionario.

Salias no agarró por el brazo al gobernador, ni hubo necesidad de esto, ni de amagos. Salias se insinuó, manifestó el deseo general y triunfó, sin necesidad de amenazas ni tropelías. Tampoco le despojó del bastón de Mariscal, pues Emparan tornó con él al cabildo, con él pasó su detención de pocos días y con él se embarcó. Las frases *arrancó el bastón, le despojó de la insignia de mando*, son figuradas y sólo así deben admitirse.

Dos incidentes providenciales abren la revolución del 19 de abril de 1810: el incidente Salias y el incidente Cortés Madariaga; sin estos la revolución habría fracasado.

Con Vicente Salias, Mariano Montilla, los hermanos Bolívar, López Méndez, Bello y Cortés Madariaga, comienza la diplomacia venezolana en 1810.

Ya en otro escrito hemos departido acerca de este tema[12]. Cada una de estas agrupaciones produjo resultados inmediatos; mas la de Bolívar, López Méndez y Bello, trajo un nuevo factor a la revolución: a Miranda, que a fines de 1810 tornó al suelo patrio, después de haber dedicado treinta años de su vida a las conquistas de la libertad en ambos mundos. *La Sociedad Patriótica*, creada por Miranda, trajo las conquistas de la tribuna libre, espontánea, expansiva y aun turbulenta y demagógica: era la antesala del Congreso que surgió poco después. La creación de la diplomacia venezolana –la tribuna parlamentaria: he aquí las dos más bellas creaciones de la revolución de 1810.

Con los hermanos Salias, con Ribas, con Soublette, con los hermanos Carabaño, Bolívar, MacGregor y muchos otros, comienzan los heraldos de la guerra próxima a estallar. El que tenía señalado la Providencia para conducir victoriosos los ejércitos de Colombia hasta las nevadas cimas de los Andes, debía recibir su bautizo de sangre, en unión de sus conmilitones, bajo las órdenes de Miranda. Los hombres son hijos del encadenamiento de los sucesos.

En estos días fue cuando la familia Salias hubo de estrechar amistad con el Generalísimo. Durante la estada de éste en España, había tratado con alguien de la parentela de aquella, así fue que al llegar a Caracas quiso conocerla. Por otra parte, el padre de los hermanos Salias, don Francisco, muerto al finalizar el último siglo, era español de buenos quilates. Miranda era partidario de los enlaces de españoles con americanos, pues juzgaba que el elemento hispano era el único que nos haría conservar las virtudes de raza y de familia que Castilla había sabido plantar en el Nuevo Mundo. La familia Salias y Miranda constituyeron un lazo de intereses políticos y sociales. En Vicente, Miranda había encontrado uno de los más simpáticos caracteres de la revolución; en sus hermanos, el sentimiento de la patria llevado al sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que cada uno ocupara el puesto que le indicaba el deber y recibiera por galardón la muerte, la victoria o el ostracismo.

En efecto, a fines de 1811 revienta la contrarrevolución española, tan-

12. Véase Arístides Rojas, "Orígenes de la diplomacia venezolana", *Estudios históricos.*

to en Caracas como en Valencia. Era el comienzo de la guerra civil, con sus odios, crímenes y hogueras. Más tarde el terremoto de 1812 vendrá en ayuda de los españoles que se valdrán del fanatismo para apoderarse de los ánimos timoratos y de pueblos incipientes y seguir triunfantes por todas partes. Entre los edecanes de Miranda figuran tres de los hermanos Salias: Francisco, Juan y Mariano. Ya veremos la suerte que cupo al primero. Tenemos ya a Miranda en campaña; lucido ejército en el cual figura la juventud de Caracas, le acompaña en dirección de Valencia, donde la contrarrevolución española ha establecido sus reales.

En aquellos días figuraba en los alrededores de Valencia una partida de salteadores encabezada por el Zambo Palomo, y por Eusebio Colmenares, conocido por el nombre de *El Catire*. Con el pretexto de encontrar impunidad, estos hombres de mala ley se habían afiliado en el bando español, que los admitía y protegía como hombres necesarios. Aparecían y desaparecían, infundiendo por todas partes el espanto, y sin fijarse en cada localidad sorprendida, sino el tiempo necesario para saquearla. En junio de 1811 el edecán de Miranda desempeñaba cierto encargo de su jefe, cuando es sorprendido y cogido por la partida de El Catire y de Palomo[13]. Quiere éste atropellar al prisionero y el primero se opone con todas sus fuerzas. ¿Quién era este protector de Salias? Sin preverlo el edecán, al verse prisionero, se encuentra frente al antiguo capataz de su familia en la hacienda "El Hoyo", en los altos de Caracas. *El Catire* al reconocer al joven Salias, lo ampara y lo lleva consigo a sus guaridas. Después de algunos días, Valencia fue tomada a fuego y sangre por Miranda, y acompañado de los dos bandoleros se presenta Salias en el campamento patriota, implorando el perdón de aquellos hombres, gracia que le fue concedida por Miranda. El parte dirigido por el Generalísimo al ministro de la Guerra, fechado en Valencia a 25 de junio de 1812, es el siguiente:

13. Este Zambo Palomo es el mismo que más tarde, en 1818, acompañó a Monteverde, después de la derrota de Maturín y pudo salvar a este mandatario, conduciéndolo por veredas ocultas. Después tropezamos con el mismo Palomo, que figura en el ejército de Morales, en San Fernando, en 1819. Mandaba un escuadrón y tenía el grado de comandante.

Señor Secretario del Despacho de la Guerra:

Esta mañana al amanecer, como previne a Us. en mi anterior oficio, hicimos un reconocimiento general sobre todos los puntos de la ciudad de Valencia, en que nuestras tropas se hallan en el día establecidas, para cerrar su comunicación con la campiña y bloquearla perfectamente. Observamos que los enemigos perseguidos vigorosamente por nuestra infantería ligera, se hallaban reducidos al centro de la ciudad, habiéndonos abandonado todos los barrios y cercanías, junto con una pieza más de artillería, y ochenta y cuatro prisioneros de guerra. La buena dirección del fuego contra la plaza, y la escasez general de víveres, a que el bloqueo tiene reducido al enemigo, ha producido una deserción bastante considerable, pues pasan de cincuenta personas las que en el día de hoy se han pasado a este ejército: entre ellas, hemos tenido la satisfacción de ver llegar a Don Francisco Salías, que haciendo la función de nuestro edecán, el día 23 del mes pasado, quedó prisionero en Valencia, y debido su libertad, según su informe, al famoso Eusebio Colmenares, (alias El Catire), uno de los principales jefes entre los insurgentes de Valencia, y que igualmente se ha presentado, implorando el perdón de sus pasadas ofensas, en virtud del servicio que, en procurar la libertad de Salías, nos ha hecho, y de los que ofrece hacer a su patria sin solicitar otra recompensa por todo ello que el olvido de su pasada conducta: lo que me ha parecido útil y conveniente acordarle. El parte adjunto del Ingeniero en Jefe, indica los trabajos hechos por éste los días 8 y 9, contra la plaza de Valencia; y aunque hoy se ha observado que el enemigo trabaja con gran actividad en hacer nuevas cortaduras y atrincheramientos en las principales calles que guían a la plaza mayor de esta ciudad, no me parecerá extraño que la disminución de las tropas que la defienden, reducidas a un corto número por la gran deserción que por todas las avenidas de ellas hacia el campo se observa, la hallásemos evacuada dentro de dos o tres días.

Dios guarda a U. muchos años.

Cuartel General del Morro, frente de Valencia, a 10 de agosto de 1811, a las ocho de la noche.

Francisco de Miranda.[14]

14. *Gaceta de Caracas* de 13 de agosto de 1881. Es raro tropezar hoy con algún número de la *Gaceta* de la época de 1810 hasta 1815; por esto la publicación de ciertos documentos que no figuran en las *Colecciones*, es de grande interés.

Días más tarde el edecán Salias, acompañado del joven Bolívar, traía a Caracas el parte de la toma de Valencia. Bolívar había recibido su bautizo de sangre y acompañado de un edecán del Generalísimo, quiso recibir las felicitaciones de sus amigos[15].

A poco el vendaval político toma creces, la desmoralización cunde por todas partes, y tras el entusiasmo, en sus últimos espasmos, viene el desaliento. El terremoto de marzo de 1812 fue la fuerza misteriosa que acabó de hundir el bando patriota y abrió el camino de Caracas a los enemigos de la joven República. La estrella de Miranda va a eclipsarse, y tras de éste llegará el carro de la guerra a muerte. Pero con Miranda están sus hombres: Ribas, Muñoz Tébar, Vicente Salias, Soublette, Espejo, Bolívar, Sanz y otros más. ¡Qué grupo el que constituye, los hombres de Miranda! La correspondencia de todos ellos con el Generalísimo es un rico tesoro de apreciaciones históricas de alto interés. Esta correspondencia salvada de la catástrofe de La Guaira, sintetiza una época admirable en la Historia de Venezuela. El propulsor de la revolución, al desaparecer en las mazmorras de la Carraca en 1816, había sido ya precedido de algunas de estas lumbreras que constituyen la constelación histórica de los *hombres de Miranda*: Salias y dos de sus hermanos, Ribas, Espejo, Muñoz Tébar, Sanz y otros más.

Dos épocas caracterizan la revolución venezolana: 1810 a 1812; 1813 a 1825. Miranda y sus hombres sintetizan la época de gestación incomprensible, indefinida. Bolívar y sus tenientes comprenden la época del sacrificio, de la guerra a muerte, de la lucha heroica, del combate constante: el triunfo de la revolución.

Miranda ha desaparecido de la escena política, y la campaña feliz de 1813 ha abierto a Bolívar las puertas de Caracas. Con él han continuado los hermanos Salias: la revolución ha cambiado de conductor, pero no de ideas. Terrible recomienza la lucha; pero el triunfo de toda idea noble exige sacrificios. La guerra a muerte ha comenzado a segar a los vencedores de 1813, y el incendio de 1814 toma proporciones gigantescas. En los boletines militares de esta época sangrienta, aparecen con frecuencia los nombres de los hermanos Juan y Pedro Salias.

15. Tenemos una leyenda inédita que se titula: "Bautizo de sangre de Bolívar".

Ha llegado el momento en que uno de ellos preceda a sus hermanos en la gloria y en la muerte. Hay un hecho de armas que conoce la historia con el nombre de Degüello de Aragua: es la avanzada luctuosa de Urica, donde todo fue exterminio. Allí desaparece el batallón Caracas, compuesto de una gran parte de la juventud de la capital, al mando de su comandante Pedro Salias: *Todo el batallón Caracas quedó tendido, desde Salias hasta el último soldado*, escribe Díaz.

Apartemos la vista de este campo de desolación. El sacrificio de Vicente Salias nos aguarda.

Después de la desgracia de Miranda y del triunfo de Bolívar en 1813, Vicente Salias, en unión de Muñoz Tébar, redactaba la *Gaceta de Caracas*. Era ésta un boletín en que se daba noticia, no sólo de los triunfos, sino también de las tropelías cometidas por los españoles, desde los días de Monteverde. En la *Gaceta de Caracas* está la historia de la guerra a muerte, durante los años de 1813 y 1814, con todos sus gritos y sarcasmos.

La revolución tenía un adversario en Caracas, el famoso gacetillero José Domingo Díaz, médico, condiscípulo de Vicente Salias.

Si éste pintaba a su contrario como un hombre indigno, Díaz se contentaba con asociarlo a Bolívar, en cada escrito que, desde Caracas, lanzaba a los pueblos de Venezuela. No hubo para Díaz epíteto injurioso que no endilgara a Bolívar, a quien odiaba de corazón; y como el mismo odio profesaba a su condiscípulo Vicente, sucedía que los nombres de Bolívar y de Salias andaban siempre pareados en las crónicas del gacetillero de los españoles. Díaz y Salias tenían cierta cuenta pendiente: éste había, desde 1810, o antes, escrito un poema joco-serio titulado "La Medicomaquia", en el cual aparece Díaz como el protagonista principal. En esta obra, que siempre se conservó inédita, si Díaz queda en ridículo, Salias aparece como un espíritu epigramático. Este odio secreto lo amamantaba Díaz como una necesidad de su espíritu y de su corazón. Animábalo la dulce esperanza de ver algún día a su condiscípulo y enemigo político en desgracia, y el curso de los sucesos hubo de satisfacerle.

Cuando llegaron los momentos aflictivos de 1814; cuando no había ya esperanza de salvación posible, Vicente fleta un buque en La Guaira y se embarca en dirección a las Antillas; pero apenas ha dejado las aguas de

La Guaira, cuando es apresado por un corsario español que le conduce a Puerto Cabello. Había llegado para Vicente la hora fatal; pero ante muerte próxima, valor encontró en su pecho el gallardo mancebo, y serenidad en su espíritu ilustrado, que eran ambas virtudes timbre de su raza. En carta de Díaz a Boves, fechada en La Vela de Coro, a 4 de agosto de 1814, leemos los siguientes conceptos:

> Dios se cansó de sufrir los insultos que nos hacían: los castigó por medio de usted, de un modo seguro y enérgico, y su justicia se extendió hasta poner en las manos del gobierno español de Venezuela, al sacrílego e insolente redactor de aquella *Gaceta*, Don Vicente Salías, mi condiscípulo, prófugo en el bergantín *Correo de Gibraltar*, partido de La Guaira el 8 del último mes, apresado por el corsario español el *Valiente Boves*, armado por Don Simón de Iturralde, uno de los apasionados de usted, y conducido a este puerto. *Si la justicia es recta como debe ser, su vida terminará poco tiempo después de su Gaceta.*[16]

He aquí, en estas frases terribles, la hiena en presencia de su presa. El gacetillero se gozaba con la idea de la muerte de Vicente, y temeroso, acentuaba el deseo, invocando la justicia. ¡Cuántas monstruosidades encierra el corazón humano!

En el castillo de Puerto Cabello existían algunos presos patriotas, que por grupos iban saliendo al cadalso. El día en que le tocó a Salias, acompañaron a éste, Antonio Rafael Mendiri, que había sido secretario interino de Guerra, y caído prisionero después de la rota de Barquisimeto, y otros dos patriotas de poca importancia. Mendiri, hombre de espíritu débil, habló en el cadalso de la siguiente manera:

> Señores –dijo– teniendo más ilustración que mis compañeros, creo deber hablaros antes que ellos. He seguido estudios, y la lectura de algunos libros prohibidos es la causa de mi perdición. Me llené de orgullo creyéndome sabio: me inspiraron máximas que ahora conozco detestables, y me han conducido a este caso. Me hicieron apartar de los deberes que cumplieron mis mayores,

16. José Domingo Díaz, *Rebelión de Caracas*, Madrid, Imprenta de León Amerita, 1829, 1 v.

y buscar la felicidad en un gobierno que me favoreciese en todas mis pasiones. Lo conozco y lloro, mas sin remedio. Señores: no es este el lugar ni el tiempo de enumeraros estos libros peligrosos; vosotros oiréis en el púlpito su catálogo de la boca del Doctor Don Juan Antonio Rojas Queipo, a quien lo he encargado.

Huid de ellos si queréis ser felices: obedeced al Rey, y seréis justos. Vamos.

Se sentó en el patíbulo, y espiró.

Después de fusilados otros dos patriotas, llegó su turno a Vicente Salias, que pidió permiso para hablar a los espectadores. Digno, sereno, sin ninguna muestra de debilidad o temor, Vicente se dirige al borde del cadalso y elevando sus miradas y brazos hacia lo Alto, pronuncia con voz sonora la siguiente imprecación:

Dios Omnipotente, si allá en el cielo admites a los españoles, renuncio al cielo.

Iba a continuar, cuando el redoble de los tambores ahogó sus palabras.

Entonces se sienta en el banquillo e impávido recibe la muerte. Así desapareció "este griego amigo de la belleza, lleno de chiste y sal ática"; este paladín de la idea liberal en los días de la guerra a muerte.

Dos años más tarde, cuando llegó el momento en que la crueldad de Morillo hubo de saciarse en la Nueva Granada, mandando sacrificar por todas partes a centenares de hombres ilustres y notables, entre los fusilados en Pore cupo triste suerte a Juan Salias, el tercero de los hermanos destinados al sacrificio. De los tres sobrevivientes, Mariano acompañó a la familia en su ostracismo; Francisco siguió como ayudante de Bolívar en las campañas de 1817 a 1821; Carlos había huido con la emigración de Caracas en 1814, únese a las tropas de Bermúdez, antes de Urica, reaparece más tarde en la campaña del Magdalena, en 1821.

Cornelia no debía tornar a la patria de sus hijos sacrificados en la flor de la edad, sino cuando los sobrevivientes le abrieran con honor la puerta del hogar abandonado, y el menor de ellos hubiera recibido, en campo patriota, ¡el bautizo de sangre!

LOS HERMANOS MUÑOZ TÉBAR

Al doctor don Jesús Muñoz Tébar,
de la Academia Venezolana de la Lengua

HACE POCOS AÑOS, fue en una tarde de noviembre de 1887, numeroso concurso acompañaba un coche fúnebre hacia el Templo de Nuestra Señora de Altagracia. Iban en aquél los restos mortales de la señora Isabel Muñoz Tébar, último vástago de una familia de claras ejecutorias, ilustre aún más por las brillantes páginas que sus varones dieron a la historia de nuestra emancipación política. Isabel, la hermana de Antonio, de Manuel y Juan Antonio Muñoz Tébar, bajaba soltera y octogenaria a la tumba, después de haber presenciado los sucesos de 1810, 1811 y 1812, las persecuciones de Monteverde y desgracias de Miranda, los triunfos y reveses de Bolívar; después de haberse horrorizado ante las orgías de la *guerra a muerte*, *y* llorado los infortunios de su familia. En medio de la miseria, ve levantarse la estrella de Colombia, asiste a la apoteosis de Bolívar, presencia la destrucción de la gran República y la muerte de su fundador. Testigo de nuestras guerras civiles, así avanzaron para ella los años hasta los días en que la tierra reclama la carne, y el espíritu del justo asciende en solicitud de celeste recompensa.

Detrás del féretro iban los jóvenes Jesús y Juan Gualberto, hijos del general Juan Antonio Muñoz Tébar, muerto en 1854. Herederos de preclaro nombre, guiados por el deber y por el noble ejemplo, llevan con orgullo un nombre que sintetiza las virtudes del hogar y las glorias del patricio.

Al desaparecer el último vástago de esta tan distinguida familia, al contemplar aquel cortejo fúnebre que rendía el postrimer homenaje a la mujer fuerte que había sobrevivido a tantas desgracias, se agolparon a nuestra

mente recuerdos históricos que habíamos leído y escuchado de labios de los testigos y actores más conspicuos del drama político de 1810. Y vimos al lado de Miranda y después al de Bolívar aquella figura simpática y noble de Antonio Muñoz Tébar, pluma y espada de los *días del Terror*; hombre de Plutarco que desaparece a los veinte y dos años, en medio del torbellino de fuego y sangre que conoce la historia con el nombre de la *guerra a muerte.* Y vimos a aquella madre en desamparo, encorvada por el dolor, que llevaba de sostén a su hija Isabel y huía de sus semejantes, y ocultaba su nombre preclaro, para no ser víctima de las pasiones políticas, y buscaba el pan amargo, porque de la riqueza había descendido a la miseria. Y vimos en lontananza a aquel otro joven que, después de abandonar el hogar por la patria, es condenado a trabajos forzados, y arrastra la cadena del presidiario, pero sereno y digno.

¡Levantaos muertos ilustres, porque ha llegado el día en que la Musa de la historia corone vuestras sienes!

* * *

El espíritu público, después de la revolución del 19 de abril, no tomó creces ni pudo definirse sino al comenzar los primeros días de 1811. Los jóvenes llamados a figurar y llevar sobre sus hombros todo el peso de los acontecimientos, y de abrir al mismo tiempo, como hábiles zapadores, el camino de reveses y de glorias de la revolución, aguardaba la iniciativa, y ésta se presentó. Miranda acababa de fundar la Sociedad Patriótica, asamblea popular, sin trabas de ningún género, ni para el individuo ni para el pensamiento. Las necesidades de la nación iban a abrirse paso por medio de los oráculos representantes de una juventud sedienta de justicia y de gloria. Con la igualdad ante la ley, iba a nacer la libertad de la opinión, y con ésta la idea de la independencia. Hasta entonces el Gobierno emanado de la revolución del 19 de abril, navegaba sin brújula y sin rumbo. La estrella polar no podía surgir sino del seno del club revolucionario, foco de luz y de calor, de aspiraciones nobles y de ambiciones justificadas.

Varonil se ostentó el grupo que representaba la juventud de aquella época; pero entre los adalides del pensamiento descollaba uno que iba a brillar como aurora de un día inmortal, y a desaparecer con la rapidez del

meteoro, que enciende su librea al atravesar la atmósfera terrestre, y desaparece entre los esplendores y estallidos de su propia combustión.

En cierta mañana, en que la elocuencia de los tribunos llamaba a los bancos de la asamblea popular muchedumbre de todas las condiciones sociales, con el objeto de celebrar el primer aniversario de la revolución, un joven de simpática figura electrizaba los corazones. ¿Quién era? Antonio Muñoz Tébar. Cautivóle el amor de la República desde sus primeros años:

> A la nueva de la Revolución del 19 de abril se le vio dejar el presbiterio de los Neristas, donde asistía de acólito, inocente levita, y arrodillarse y decir adiós al altar que había perfumado con el incienso, para irse tras la Revolución hasta la muerte. Su figura endeble y delicada, su tez blanca y pura, su rostro franco, sombreado apenas por naciente bozo, revelan sus pocos años, como revela su talento la frente espaciosa y cándida, y anuncian la ternura de su alma quimérica y su fin prematuro y trágico, la melancólica sonrisa y los fijos ojos, grandes y tristes. ¿Quién enseñó el arte de conmover y persuadir a ese niño, que aún no ha dejado las aulas? ¿Quién ha dado a sus rosados labios el acento patético, la invectiva acerada, todos los tonos de la sátira, los pensamientos y los colores de Tácito? ¿Cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz de ajenjo de los partidos.[17]

Tal es el retrato del niño al comenzar la epopeya, entre gritos de júbilo y presentimientos de muerte. Ya tropezaremos con el carácter catoniano, con el discípulo de Tácito, con el alma destinada al sacrificio. La libertad le había escogido de antemano como uno de sus mártires. Comenzar luminoso a los diez y ocho años, y desaparecer después de atravesar el torbellino de pasiones, de incendios y de muerte, es privilegio de ciertas almas. La muerte es una necesidad de estos seres que fortifica la savia de los leones y a quienes sostienen el deber y la gloria; pero que impotentes para salvarse de la cuchilla humana, sucumben, y se amortajan ellos mismos, en la edad de los floridos años.

Como ministro de Estado en el Gobierno que siguió a la publicación de la Independencia de Venezuela en 5 de julio de 1811, aparece Muñoz

17. González, *Revista Literaria*, 1865, 3 v.

Tébar en el escenario político. Infatigable y constante, a la consolidación de la República le dedica todos sus anhelos, cuando le sorprende el terremoto del 26 de marzo de 1812. Nunca el espíritu de partido se aprovechó de un cataclismo de la naturaleza, como lo hizo el español contra el republicano en aquellos días, en los cuales el terror, el fanatismo y las más absurdas ideas obraron sobre las poblaciones en favor de la realeza y de la esclavitud. El primero que se opone con sus luces a la epidemia moral, es Muñoz Tébar, quien exhorta al prelado en beneficio de la paz de las cociencias y le exige una pastoral llena del espíritu del Evangelio. Síguenle Roscio, Paúl y otros, y el prelado, que conocía la ventajosa posición en que este suceso inesperado había colocado a sus compatriotas, aprovechóse de aquélla y dejó pasar los días, hasta que suplicado hubo de mandar al Poder Ejecutivo, la deseada pastoral. Ante documento tan incendiario, Muñoz Tébar fue el primero que opinó por la inmediata expulsión del arzobispo, la que no llegó a efectuarse. Los sucesos naturales obraban a la par que los políticos, y con ellos el terror, el engaño, el desaliento y la guerra. La pérdida de la República en 1812 se debe a causas múltiples, como el terremoto, la superstición del clero, la ignorancia de las poblaciones, la invasión de Monteverde, que brotaba monstruos, y finalmente, la anarquía del bando patriota, ante la cual era impotente la personalidad de Miranda.

Para estos días en que el Generalísimo estaba al frente del ejército patriota, a su lado sobresalía como alma del gobierno el joven Muñoz Tébar. El anciano Girondino y el Ministro de veinte años se habían ya tratado con esa confianza que inspiran las simpatías y sostienen el carácter firme y las ideas avanzadas. Miranda, hombre de ciencia, había descubierto en el ex acólito de los neristas, un espíritu ilustrado, un corazón entregado a la República, y las virtudes eximias del patricio, es a saber: inteligencia clara, carácter recto y entero, voluntad inquebrantable, fe hasta en los reveses, y propósitos civilizadores. Era esto lo suficiente para que el uno viera en su joven compatriota una lumbrera, y éste, en el célebre militar, un Mentor. Las almas destinadas al sacrificio parece que se buscan y se encuentran. Sin haber conocido y estudiado a Miranda, sino por algunos de los sucesos de su agitada vida, Michelet dice que aquél había nacido desgraciado. Y un

historiador de nuestros días, no hace mucho que al ofrecernos el retrato del joven nerista dice: "Su melancólica sonrisa y sus fijos ojos, grandes y tristes, revelaban su fin prematuro y trágico".

Ya, cuando en el horizonte político se veían los nubarrones precursores de la temida tormenta, Muñoz Tébar, sostenido por fe inquebrantable, le escribía a Miranda, recomendándole al menor de sus hermanos en términos tan expresivos como sintéticos.

> *Generalísimo!*
> El portador de esta carta es un hermano mío. Yo espero que le hagáis servir a la patria.
> Os saludo, Generalísimo y os deseo la victoria.
> Vuestro apasionado amigo y admirador.
>
> *Antonio Muñoz Tébar*.
> Victoria: mayo 3, 1812.

Cuando llega el día de las venganzas, y los victimarios se apoderan de las víctimas, y las prisiones, repletas de presos, crujen en sus cimientos, y comienza la orgía de sangre, Muñoz Tébar es conducido a la bóveda en que estaba Miranda. Aquellos corazones unidos en la lucha por la Libertad, iban a unirse en la prolongada noche del infortunio, para ser testigos de hechos inauditos, que la Historia no podrá nunca olvidar.

La ilustrada conversación de Miranda cautivaba a sus compañeros de infortunio en La Guaira, de la misma manera que lo había hecho en las prisiones de París. Era el mismo apóstol político, iguales las causas y los resultados. Quiso Miranda que su discípulo aprendiera el inglés sin libros, sin papel ni tinta para los ejercicios, y la fuerza de voluntad hubo de triunfar de tantos obstáculos. De las horas disponibles durante el día, unas estaban dedicadas a la gramática inglesa, otras a la historia y viajes de Miranda; y esto cuando en momentos de aparente calma no tenían que presenciar las vejaciones hechas a muchos de los presos, o escuchar los quejidos martirizantes de aquellos que morían sin auxilios de ningún género, pues hasta las bendiciones de la religión se les negaba.

¡Qué cuadro tan sombrío! Miranda nos ha dejado una descripción de estas miserias humanas, cuando en su Memorial dirigido a la Audiencia

de Caracas, desde las prisiones de Puerto Cabello, en 8 de marzo de 1818, escribe:

> Yo vi entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: vi llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos, tratados como unos facinerosos: los vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras: vi la venerable ancianidad, vi la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin al propio sacerdocio, reducidos a grillos y a cadenas, y condenados a respirar un aire mefítico, que extinguiendo la luz artificial, inficionaba la sangre, y preparaba a una muerte inevitable: yo vi por último sacrificados a esta crueldad, ciudadanos distinguidos por su probidad y talento, y perecer casi repentinamente en aquellas mazmorras, no sólo privados de los auxilios que la humanidad dicta para el alivio corporal, sino también destituidos de los socorros que en semejantes casos prescribe nuestra santa religión, ¡hombres que estoy seguro, hubieran perecido mil veces defendiéndose con las armas en la mano cuando capitularon generosamente, antes que someterse a semejantes ultrajes y tratamientos.

En los momentos en que los dos presos no eran testigos de tantas infamias, se entregaban a la conversación y al estudio. Noble, sublime es el amor que se desarrolla en medio de la desgracia, porque el infortunio tiene también su talismán, que acerca los espíritus, y sus auroras, que hacen soñar al corazón sensible. Así pasaban las semanas y los meses los dos compañeros de gloria y de infortunio, cuando supieron que Miranda sería conducido a las prisiones de Puerto Rico, para de allí ser llevado a Cádiz. Bien comprendió Miranda la suerte que le aguardaba: la muerte lenta. Ni una frase, ni un quejido se escapó de sus labios. Por el contrario, confortó con nuevos consejos a su joven amigo, pronosticándole la gloria que merecería por sus grandes servicios y virtudes.

—Pronto va a separarnos la suerte –dice Miranda a su compañero, que parecía abatido–. Valor joven, el porvenir te aguarda.

—Vuestra separación hundirá mi espíritu, mi Generalísimo.

—Sabes amar, joven; aprende a sufrir. A mí me aguarda la muerte, a ti la gloria de ver algún día feliz a esta patria a cuya libertad hemos contribuido con todas nuestras aspiraciones y fuerzas. Yo desciendo, tú subes. Ama y serás feliz; perdona y serás grande.

—Vuestro recuerdo, vuestros consejos, Generalísimo, me acompañarán adondequiera que me conduzca el hado.

Desde aquel día el ánimo de Muñoz Tébar se abatía más y más. La pronta separación del ilustre girondino, avivaba en su corazón el recuerdo de la madre, de los hermanos, de la familia. Sabía que ésta había quedado en la miseria, que su rica biblioteca había sido destruida por la soldadesca de Monteverde, y que el nombre preclaro que había heredado de sus antepasados, se había convertido en baldón de infamia. Cuando la melancolía se apoderaba de su espíritu, Miranda le animaba, le entretenía, y el joven ministro volvía a su estado normal.

Así pasaron muchos días, cuando en cierta tarde se abre con estrépito la puerta de la bóveda. Por todas partes se habían estacionado piquetes de tropas, mientras que un grupo de oficiles, con el comandante del puerto al frente, penetra en el interior de la prisión.

—Francisco Miranda –dice el comandante.

El Generalísimo se pone en pie, y se adelanta, llevando en una de las manos un saquito de viaje.

—Sígame usted –agrega el oficial, de una manera imperativa.

Muñoz Tébar, que instintivamente se había puesto en pie cuando sintió abrir la puerta de la prisión, y oyó llamar a Miranda, acompáñale. El joven estaba pálido, mudo y dominado por el dolor.

—*Courage, courage, mon ami* –le dice Miranda, que había extendido el brazo izquierdo sobre el cuello de su compañero, y estrechándole contra su pecho, le besa, y le dice *adiós*.

Muñoz Tébar, sin poder articular una palabra, toma la mano izquierda del Generalísimo, la besa y la baña en lágrimas. Y Miranda partió para no volver más.

¡Quién le hubiera dicho que su compañero iba a precederle en la tumba dos años más tarde, después de presenciar los horrores de la *guerra a muerte*!

* * *

Tras el oprobioso dominio de Monteverde llegó al fin el desquite de los patriotas, en agosto de 1813. Después de repetidos triunfos, Bolívar

entra a Caracas, no sólo con la rama de oliva, sino también con el célebre decreto de *guerra a muerte*, firmado en Trujillo el 15 de junio. Al abandonar los españoles la capital y el puerto de La Guaira, los presos políticos que hacía largo tiempo que gemían en las bóvedas, recobran su libertad, y todos entran como nuevos actores en la sangrienta lid. Entonces es cuando reaparece en la escena política, como ministro de Estado, Antonio Muñoz Tébar. El amigo y admirador de Miranda iba a acompañar a Bolívar, no sólo en el Gabinete y en el Consejo, sino también en la cruda campaña que desde aquel momento agita a los hombres y conmueve a las poblaciones.

Alma de la revolución, pluma y espada de la *guerra a muerte*, Muñoz Tébar es no sólo ministro de Estado: los portafolios de Hacienda y de Guerra necesitan igualmente de aquel talento fecundo, incansable, que adivina los pensamientos de Bolívar y pone por obra cuanto le traza el curso de los acontecimientos. No sabemos qué admirar más en este tipo de Plutarco, si la intrepidez y talentos del militar, o la elocuencia del tribuno, la concisa frase del historiador, el espíritu luminoso, siempre previsivo, perspicaz y justiciero.

Ante las miradas del historiador se dilataba el campo de muerte que abrazaba casi toda la República. Por todas partes ruge la tempestad política acompañada de los horrores de la guerra, de la devastación, del incendio. Desaparecen hombres, familias, pueblos enteros, antes y después de los combates. La venganza, la codicia, la lujuria, todas las pasiones de la bestia, se han puesto por obra. El asesinato, las mutilaciones, las más horribles crueldades, hijas del corazón depravado, aparecen como serpientes de fuego que asfixian. No hay templo ni altar ni sagrario que no haya sido manchado de sangre. Han muerto el anciano y el adulto, la madre y el hijo, el sacerdote y la tímida virgen, y hasta el feto que palpitó por la última vez en el seno materno, a proporción que se extinguía el calor que le nutría. La victoria de la mañana se torna al anochecer en espantosa derrota. Niquitao, Horcones, Vigirima, Araure, San Mateo, Victoria son luces fosfóricas que se han disipado. La muerte ha desplegado a todos los vientos su bandera negra, y las legiones de Boves, como los espectros de la leyenda alemana, se asoman y desaparecen, y después se avanzan terribles y amenazadores so-

bre los cansados batallones patriotas, ya en sus últimos atrincheramientos. Abajo está la carnicería, los cadáveres mutilados que alfombran el suelo de los caminos, de los templos, de las aldeas; los ahorcados que penden de los árboles; la choza en ruinas, las campiñas yermas, los pueblos abandonados: arriba la preñada nube de buitres que acompaña a los ejércitos beligerantes, y desciende sobre los poblados y aldeas abandonadas para hartarse de carne humana.

El historiador de la *guerra a muerte*, al describir estas bacanales, suelta la pluma y lleva las manos a la frente como queriendo borrar recuerdos dolorosos. En seguida recorre con las miradas de la imaginación el dilatado campo, y después de largo rato vuelve a tomar la pluma y escribe: *¡Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos*[18].

Ya no quedan soldados a la República. Hasta los niños han sido arrancados a las familias. Ha llegado el momento supremo. La lucha ha tomado las proporciones de lo imposible. Un esfuerzo más es siempre la esperanza en todos los naufragios.

De repente el clarín de la victoria anuncia en el campo de los patriotas espléndido triunfo, y las torres de las ciudades echan a vuelo sus campanas. Es Carabobo, admirable batalla en que han quedado deshechas las principales fuerzas del ejército español. Por el pronto, se restablece la moral entre los náufragos, y reaparece la estrella propiciatoria de los primeros triunfos. En el boletín de Carabobo brilla por última vez la firma de Antonio Muñoz Tébar. Nunca la pluma del patricio había firmado con más entusiasmo documento semejante.

Carabobo no es, sin embargo, sino un momento de tregua. Es la luz crepuscular precursora de una noche caliginosa. Tras la victoria espléndida de Carabobo, en 28 de mayo de 1814, está la rota pavorosa de La Puerta, tumba de la República en 15 de junio.

Asistimos a este último esfuerzo entre la ola invasora y los náufragos desfallecidos.

---

18. Muñoz Tébar, "Manifiesto que hace el secretario de Estado por orden de S.E. el Libertador de Venezuela", 1814.

La batalla comienza por un reto de Boves a Bolívar. El jefe español desafía al Libertador a un duelo personal, teniendo de testigos ambos ejércitos; pero como en San Mateo y otros lugares, Bolívar no contesta a ninguna de las frases provocativas de su temible adversario.

> Al comenzar el combate, Bolívar manda desplegar intempestivamente el batallón de Aragua, que desaparece con su jefe. Su pérdida es la señal de la más completa derrota: el resto de la infantería muere a lanzadas. En vano quiere resistir el batallón primero de Cumaná; la caballería enemiga rompe su cuadro y lo anega en sangre; el valeroso Freites toma la resolución heroica de darse muerte y con ambas pistolas se atraviesa el corazón. La caballería patriota tiene que huir ante los escuadrones impetuosos de Boves.

¿Dónde estaba Muñoz Tébar? He aquí el último desprendimiento de aquella alma catoniana. Los cuerpos de infantería se habían empeñado contra las tropas de Boves, cuando Bolívar ve un oficial, el coronel Ambrosio Plaza, que se le acerca y le dice: "Libertador, no puedo continuar, mi caballo está cansado". Eran los momentos en que las nutridas masas de la caballería española se desprendían de las colinas y caían sobre los heroicos soldados de Aragua y Cumaná cual torrente devastador. "Aquí está mi caballo", respondió Muñoz Tébar, y se desmonta. Y en alazán fresco sale el coronel Plaza, al galope, con órdenes de Bolívar. Pocos instantes después, la derrota era general, y todo había sido destruido. Bolívar y Plaza se salvan. Muñoz Tébar, alcanzado por los lanceros de Boves es una de las víctimas de aquel fracaso sin igual.

Digamos con el distinguido escritor González:

"Nosotros hemos deseado visitar, con religioso respeto, el campo de Carabobo, campo de victoria; el sitio de La Puerta, desnudo y desierto, donde no se ve ni una tumba levantada a los muertos, ni una piedra funeraria… ¡Perecieron allí Antonio Muñoz Tébar, García de Sena y mil otros que eran la esperanza de la patria!".

He aquí una gran tumba, la de la República, como han escrito los historiadores americanos y españoles, al narrar los sucesos de esa época.

"La abeja de Helicón se había agostado en el cáliz de ajenjo de los partidos". Después de cernerse sobre campos de victoria, quiso atrave-

sar la nube tempestuosa preñada de rayos, y al sentir paralizada el ala, cae para ocultarse bajo la yerba de la pampa que acaricia las luminarias de la noche[19].

Con la huida de Bolívar, los últimos estertores de la *guerra a muerte*, en la sección oriental de Venezuela, y la muerte de Boves en Urica, queda sellada la horrible campaña de 1814. A los gritos de la guerra había sucedido la paz de los sepulcros.

Allá va, por una de las más solitarias calles de Caracas, una señora, vestida de duelo, que parece agobiada por el pesar; sostiénela y acompáñala una niña de quince años. Es la madre de Antonio Muñoz Tébar, y su hija Isabel, que solicitan pobre y solitario asilo donde vivir lejos del mundo. La que heredó fortuna está en la miseria; la que llevó con honra un nombre preclaro, lo oculta para sustraerse a las persecuciones políticas. ¡Pobre viuda, pobre madre, no te ocultes a las miradas humanas, que Dios guarda siempre recompensas para los que tienen hambre y sed de justicia!

De una manera trágica había muerto el primogénito y más célebre de sus hijos. El segundo permanece oculto huyendo de las persecuciones, mientras que el más joven la había abandonado por la patria.

En cierta tarde, a fines de 1813, la buena madre envía al menor de sus hijos en solicitud de una medicina, cuando llega la noche y el joven no regresa. Grande es la angustia de la señora y grandes sus pesares, cuando entre dudas y temores sabe que aquel niño había abandonado voluntariamente el hogar materno para unirse a las filas patriotas, dondequiera que pudiera tropezar con alguna partida. El amor patrio le atraía más que el dulce regazo de la familia.

¿Quién era este joven de tan corta edad que abandonaba el hogar por los azares de la guerra? Juan Antonio, el menor de los hermanos Muñoz Tébar, aquel jovencito que se había presentado a Miranda en 1812, exigiéndole un puesto en las filas republicanas. Había recibido su bautismo de sangre en Vigirima, en 1813, y en San Mateo y Carabobo al lado de

19. Aunque después de la muerte de Antonio quedaba a la señora en Caracas otro hijo, Manuel, éste hubo de permanecer oculto huyendo de las persecuciones; hasta que fundada la República, después de Carabobo, sirvió a ésta como abogado de mérito. Su muerte tuvo efecto en Margarita antes de 1840.

su hermano en 1814. Y de grado en grado había llegado al de teniente, y acompañado a Bolívar en su campaña de Bogotá, a fines de este año. En 1815 figura entre los patriotas de Cartagena, y cuando la plaza cede al empuje de los invasores, Juan Antonio cae prisionero de Morillo. A trabajos forzados y llevando cadena al pie es condenado este joven de clara inteligencia. Durante cinco años el teniente, armado de valor constante, sufre su duro martirio, hasta que, rendida de nuevo Cartagena ante los ejércitos de Colombia, Juan Antonio vuelve a la libertad y continúa bajo las órdenes de Montilla y de Carreño. En 1824 alcanza el grado de capitán. En 1827 Bolívar le condecora y le asciende a primer comandante. Más tarde le vemos en las costas del Ecuador, en la guerra entre Colombia y El Perú. Cuando se disuelve Colombia había ya obtenido el grado de coronel.

Después de diez y ocho años de ausencia del suelo natal, regresa a Caracas en 29 de octubre de 1831, pobre, fatigado, pero lleno del amor filial como único consuelo que le daba la Providencia al encontrar su hogar en ruinas. La buena madre estaba ya envejecida y adementada, en tanto que la hermana, como la mujer fuerte de la Biblia, era el alma de aquel hogar solitario.

—Cuéntame, Isabel, refiéreme la historia de esta madre ejemplar, desde el día en que huí de Caracas. Dime: ¿ha dejado ella de bendecirme y de pedir por mí al Dios de las Misericordias?

Por este tenor debió ser el diálogo entre los dos hermanos. Y el joven guerrero sintiéndose sublimado por el amor filial, desde aquel día acariciaba a la madre, jugaba con ella, la distraía, porque era para su corazón una necesidad moral. La madre se había tornado para él en hija. La vejez volvía a la infancia, para tomar de ella lo que tiene de inconsciente, de puro, de etéreo.

El Gobierno de Venezuela ocupó al coronel Muñoz Tébar en los trastornos políticos de 1835, 1844, 1846. En 1852 asciende a general de Brigada, y en 1854 a general de División y ministro de Guerra. Dos años más tarde, bajaba a la tumba, dejando viuda ejemplar, de familia de libertadores, e hijos que han sabido conservar las glorias del padre y del hogar.

* * *

Así fueron desapareciendo unos tras otros los miembros de esta familia tan célebre en los fastos colombianos.

Abeja de Helicón, regresa de la tumba; espíritu inmortal, preséntate luminoso como te contemplamos en los primeros momentos de la lucha, como descollaste en los días luctuosos de 1812, en las victorias y reveses de 1813, en la noche prolongada y sangrienta de 1814. Reaparece para que la juventud entusiasta de las patrias glorias, te salude en los días floridos de mayo en que viste la luz hace noventa y siete años.

La pluma y espada de la *guerra a muerte* cumplirá su primer centenario dentro de tres años. Si el soldado de Marte murió con gloria en el campo fatídico de La Puerta, y allí reposa en tumba ignorada, el discípulo de Tácito no ha muerto; vive aún: ahí están sus manifiestos, su correspondencia, los boletines de la *guerra a muerte*, que nos relatan la historia del *Año terrible*, 1813-1814.

¿Quién dará a la estampa el libro que contenga tantos documentos olvidados, referentes a aquellos días de fuego y de sangre? Esta será la estatua que levante el espíritu de la patria al numen de Antonio Muñoz Tébar.

Ciérnete sobre los aires, abeja de Helicón, que para ti habrá también coronas y flores, claridades del espíritu y gratitudes del corazón.

LA PRIMERA MISA EN VENEZUELA

Al señor R.R. Hermoso

Objeto de estas líneas. La antigua provincia de Venezuela.
Sus orígenes, sus límites, su duración. La antigua provincia
de Nueva Andalucía. Creación de la
Capitulación General de Venezuela.
La obra de Oviedo y Baños titulada: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, no comprende
la historia de esta nación, sino la de la región occidental de ella.
Historia de la provincia de la Nueva Andalucía, por Caulín.
La primera misa celebrada en una y otra provincias.
La primera misa celebrada en el continente después y
antes de la conquista de Colón. Consideraciones.

CUMPLE a nuestro deber de escritor y satisface la fraternidad de compatriotas, contestar la culta invitación que el respetable señor R.R. Hermoso nos hace en *La Industria* de Coro, con fecha de julio de 1884, respecto a la aclaración de un suceso histórico, a saber: *la celebración de la prmera misa en la ciudad de Coro, en 1527*.

Hemos escrito ya acerca de este punto en dos ocasiones y lo haremos una vez más, de una manera concluyente. Hablaremos de la creación de las dos primeras provincias de *Venezuela*, de sus cronistas, de la primera misa celebrada en aquéllas; y después de dejar establecida la cronología venezolana, coronaremos estas líneas con noticias referentes a la celebración de la primera misa en el continente y en las islas, antes y después de la llegada de Colón.

Esta disertación está inspirada, por lo tanto, no sólo en el noble propósito de esclarecer la verdad histórica, sino también en el deseo de corresponder a las naturales exigencias de un compatriota de distinguidos antecedentes.

* * *

El nombre que lleva hoy la nación venezolana no fue el que tuvo todo este dilatado territorio en la época de la conquista, y, durante muchos años, en los días de la Colonia. Con el nombre de *Tierra Firme* se conocieron por largo tiempo las dos provincias litorales que tuvo el área venezolana: una oriental, *Provincia de Nueva Andalucía*, y otra occidental, llamada desde sus orígenes *Provincia de Venezuela*. Para resolver la cuestión propuesta es necesario que nos ocupemos en investigar los orígenes de esta última, en trazar sus límites antiguos, los que tuvo al concluir el siglo decimosexto y el curso que siguiera en las diversas transformaciones políticas de Venezuela[20].

Sábese que el nombre de Venezuela, diminutivo del de Venecia, a orillas del mar Adriático, fue dado a la hermosa región del golfo y lago de Coquivacoa, hoy de Maracaibo, por el conquistador Alonso de Ojeda en 1499, quien sorprendido de las casas construidas sobre el agua recordó a Venecia. Desde aquel año comenzó a llamarse aquella tierra, habitada por las naciones caiquetía y guajira, *Lago de Venezuela*, *Golfo de Venezuela*, *Costa de Venezuela*, para distinguirla de la región opuesta, llamada *Provincia de Nueva Andalucía*, donde figuraban los golfos de Paria y de Cariaco, y las costas de Cumaná y Margarita, etc., etc.

Salteadas como eran a menudo las costas occidentales desde que se establecieron los castellanos en la isla oriental de Cubagua, juzgó la Audiencia de Santo Domingo que era necesario poner término a un desorden que iba a concluir por despoblar a Tierra Firme; y con este objeto fue enviado a la costa de Coro en 1527 el factor Juan de Ampíes, hombre de aliento y de justicia, llamado a civilizar aquella costa, teatro de ultrajes y de crímenes. En efecto, el factor llegó a las costas occidentales, donde fundó la ciudad de Coro, y en progreso marchaba ésta, y alianza con los castellanos habían establecido los nobles caiquetías, cuando un decreto de Carlos V vino a derribar la obra de civilización que emprendiera Ampíes, favorecido por el cacique Manaure. El primer gobernador germano que sigue a Ampíes es Alfínger, quien pensó fundar una ciudad con el nombre de *Venezuela*, en la costa del Lago; pero

20. Con el mismo nombre de Provincia de Nueva Andalucía bautizaron los conquistadores la costa opuesta, desde La Vela hasta el golfo de Urabá, área que constituyó la gobernación dada al conquistador Ojeda.

como en el ánimo de este hombre feroz sólo encontraba cabida la codicia, la ciudad de *Venezuela* no pasó de ser una promesa.

El nombre dado por el monarca a las tierras concedidas fue el de *Provincia de Venezuela*, cuyos límites se extendían por la costa, desde el cabo de La Vela, al occidente del lago, hasta el puerto de Maracapana, al oeste del golfo de Cariaco, en la región opuesta. En aquellos días no se conocían sino las costas y pocas leguas al interior, pues como el plan de los conquistadores era devastar, saltear esclavos y buscar oro, no podían internarse por temor a las tribus indígenas.

Desde el momento en que por orden de Carlos V, los agentes de los Welser se establecieron en la *Provincia de Venezuela*, respetados fueron por los conquistadores los límites fijados por el monarca. No obstante esto se hostilizaban, y abundancia de muertos y de despojos hubo entre los moradores de uno y otro partido, por haber unos y otros saqueado esclavos en tierra ajena, aunque ambos comerciaban con carne humana en la isla de Cubagua, primer centro entonces de población y de comercio en la costa venezolana. A pesar de tanto saqueo, era necesario fundar pueblos para atraer aquellos hombres que en posesión del rico botín, debían establecerse en una tierra que con tanta facilidad proporcionaba riquezas. El primer pueblo fundado en la costa oriental fue Nueva Cádiz, en la isla de Cubagua, por los años de 1510 a 1512, aunque su ayuntamiento fue creado en 1527. A Nueva Cádiz sigue Cumaná, a orillas del golfo de Cariaco, fundada en 1520; y en 1525 surge Asunción, capital de Margarita. Cuando Ampíes fundó a Coro en 1527, ya existían tres ciudades en las costas e islas de Nueva Andalucía y hacía 14 años que se habían establecido en las costas de Cumaná los primeros misioneros castellanos que fueron víctimas de sus compatriotas.

Desde Coro comenzaron los germanos aquellas famosas incursiones en solicitud de *El Dorado*, al través de las pampas del Portuguesa, Apure, Arauca, Meta, Guaviare, etc., tan llenas de episodios admirables. Estos zapadores geográficos fueron los que alentaban a los castellanos y abrieron la primera pica de los pueblos de occidente. Gracias a estos hombres, la *Provincia de Venezuela*, pudo ensancharse hacia el sud y llegar hasta las pampas que bañan los grandes tributarios del Orinoco.

A los veinte años de aventuras, que nada dejaron a Coro, cesa el gobier-

no de Welser y abandona el extranjero las playas venezolanas. Desgraciados anduvieron los germanos en occidente, pero aleccionados quedaron los castellanos que con ellos militaron; desgraciados igualmente éstos, que en las regiones de oriente habían penetrado hasta las pampas del Guárico, del Apure, y del Arauca, sin resultado alguno. Forzosa se hacía la necesidad de continuar fundando los pueblos de occidente, y las miras de los conquistadores tendieron a este fin: Tocuyo, Burburata, Valencia, Trujillo, Maracaibo, Barquisimeto y Caracas surgieron después de esta prolongada serie de aventuras, como centros de unión que iban a servir para fijar la nueva familia venezolana y civilizar la familia indígena.

Pero he aquí que andando el tiempo la Provincia de Venezuela fue desmembrada. Enviado a la nación de los cumanagotos (actual sección de Barcelona) un tal Cobos, en 1585, con el objeto de pacificar estas comarcas, el conquistador, después de triunfar por completo, entregó las nuevas tierras al gobierno de la Nueva Andalucía. El límite oriental de la Provincia de Venezuela fue desde entonces el río Unare.

Así continuaron figurando estas dos provincias, hasta que a comienzos del siglo XVIII fueron creadas la Comandancia de Maracaibo y la Provincia de Caracas, la cual comprendía la antigua de Venezuela. En 1731 créase la Capitanía General de Venezuela, compuesta de las primeras mencionadas y de varias comandancias. Sin ocuparnos de las diversas porciones de Venezuela que pasaron al Virreinato de Santa Fe y volvieron a ser de nuevo agregadas a la Capitanía, es lo cierto que la antigua *Provincia de Venezuela* fue sustituida por la de *Caracas*, a la cual perteneció la comandancia de Maracaibo. Al comenzar la revolución de 1810, existían en la región de occidente las provincias de Maracaibo, Barinas y la de Caracas que era la más extensa. A ésta pertenecieron Coro, Barquisimeto, Valencia y una dilatada porción de las pampas.

Con el nombre de *Departamento de Venezuela*, desde 1821 hasta 1823, figura la *Venezuela* de 1810 en la República de Colombia, que se compuso de aquel departamento y de los de Cundinamarca y El Ecuador. Más tarde, antes de 1830 el departamento de *Venezuela* se subdividió en los departamentos de Zulia, Apure, Orinoco y de Venezuela, que comprendió a Coro, Barquisimeto, Valencia y una gran porción de los llanos. Llegada

la desmembración de Colombia, no volvieron a figurar ni la provincia ni el departamento de *Venezuela*.

* * *

La Tierra Firme, nombre que llevó Venezuela desde remotos tiempos, tuvo su historiador, y los tuvieron también las dos provincias de *Venezuela* al occidente, y la de la Nueva Andalucía al oriente. El primer cronista que nos ha dejado narración de los sucesos verificados en Tierra Firme, desde 1498 hasta 1625, es fray Simón, provincial de la orden de San Francisco, que publicó en España en 1625 un grueso volumen con el siguiente título: *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.* La segunda parte de esta obra, referente a la antigua Nueva Granada, se conserva inédita en Bogotá[21].

En vista de la obra de fray Simón y de los manuscritos que hubo a la mano en los archivos de Caracas, pudo don José Oviedo y Baños, alto empleado de la capital desde 1700, escribir y publicar en 1723, la historia del occidente de *Venezuela*, en un volumen en 4º, impreso en Madrid, que lleva el siguiente título: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.* Comprende esta narración la llegada de Ampíes a Coro en 1527, la gobernación de los germanos hasta 1548, la conquista de los Caracas, fundación de los primeros pueblos de occidente, etc. Bien se comprende que el historiador no quiso pasar de la antigua provincia de *Venezuela*, pues sólo por incidente relata hechos consumados en la provincia de Nueva Andalucía. Estaba reservado al notable misionero Caulín publicar en 1779 su importante *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del Orinoco.* En esta narración sólo por incidente se habla de algún suceso pasado en los pueblos de occidente[22].

Queda, pues, probado que Oviedo y Baños no escribió la historia de *Venezuela* sino de una porción de ésta, la occidental, llamada durante dos

---

21. Esta obra ha sido reimpresa en Bogotá en estos últimos años.
22. Ambas obras han sido reimpresas en Caracas, la de Oviedo y Baños en 1824 y la de Caulín en 1841. Véase Rojas, *Reconstrucción de la historia de Venezuela*, estudio histórico que corre inserto en la "Colección Blanco-Azpurúa".

siglos, *Provincia de Venezuela*, después *Provincia de Caracas*. De aquí el error en suponer que la primera misa en Venezuela fue la celebrada en 1527 en Coro, capital de la antigua *Provincia de Venezuela*.

Ahora, según los estudios que hemos hecho de esta materia, la primera misa celebrada en Nueva Cádiz, capital que fue de la isla de Cubagua, hoy tierra árida y desierta, fue de 1510 a 1512.

La primera misa en las costas de la Nueva Andalucía díjose, como ya hemos escrito, en 1513, época en que se establecieron los primeros misioneros en tierra americana, después del descubrimiento de Colón. La primera misa celebrada en el continente, antes de la llegada de los misioneros, fue la que tuvo efecto en Puerto Seguro, costas del Brasil cuando las descubrió Álvarez Cabral en 1500. Es un hecho que los ingleses, bajo las órdenes del veneciano Caboto, descubrieron el continente americano en 1497, un año antes que Colón contemplara las costas de Paria en 1498, y que los mismos ingleses descubrieron las costas del lago de Coquivacoa antes de Ojeda. Pero ni en una ni en otra región, los ingleses, al pisar las costas, celebraron ceremonia alguna conexionada con la religión cristiana. Los compañeros de Colón en Paria tomaron posesión de la tierra americana con las ceremonias de estilo, sin la asistencia del Almirante, que nunca pisó las costas del continente.

Para la época de 1527, en que fue fundada la ciudad de Coro, ya hacía muchos años que los moradores de la Nueva Cádiz, Cumaná, Asunción, asistían a la misa que se celebraba en los templos de estas capitales.

* * *

Respecto de las primeras misas celebradas en las Antillas, después del arribo de Colón, ya lo dijimos: la primera misa se efectuó en el primer templo americano, durante el segundo viaje de Colón, el día de la Epifanía, 6 de enero de 1494, en el Templo de La Isabela. Y la primera misa cantada, llamada nueva, porque no bendijeron ni tomaron vino, que no pudo conseguirse, el día fijado, fue celebrada en la ciudad de la Concepción de la Vega, en 1500[23].

23. *Almanaque de Rojas Hermanos*, 1876.

* * *

Quédanos un punto histórico que resolver: comprobar la época en que fue introducido el Cristianismo en el continente americano, y por lo tanto, plantada la cruz y celebrados los augustos misterios de la religión cristiana, antes de la llegada de Colón. Cítanos el señor Hermoso la aseveración del sabio arqueólogo Rafn, cuando en sus *Antigüedades del Norte* asegura que, durante el siglo XII, el obispo Thorlaco Runolfon, estuvo en las costas americanas y puso en práctica los encargos de su apostolado. Esto es cierto, pero también lo es que antes de los escandinavos en las costas americanas, ya hacía siglos que se habían establecido en aquéllas los irlandeses, que descienden de fenicios. Sábese que la Irlandia fue conocida y aun colonizada por los irlandeses en 795. Según los estudios de Letronne y de otros anticuarios modernos, y según la confirmación de historiadores de aquella isla, cuando los noruegos se establecieron en ella, a fines del siglo IX, encontraron cruces, campanas y otros objetos, y también cristianos, a los cuales llamaron *Papas*: estos fueron de los primeros exploradores y pobladores de las regiones árticas. Antes de ser descubierta la Groenlandia en 986, ya estaba poblada por los irlandeses la *Gran Irlanda*, que estuvo en las orillas y golfo de San Lorenzo, al oriente del Canadá, en la región llamada en remotos días Hvittramannaland (país de hombres blancos). Los escandinavos confesaban, por otra parte, que habían sido precedidos en América por los irlandeses.

Brasseur, cuyos estudios son importante guía en la investigación de los orígenes americanos, nos habla del santo irlandés Virgilio, que vivió en el siglo VIII, y fue acusado ante el pontífice Zacarías, por haber enseñado herejías a propósito de los antípodas. Quiso el santo justificarse, y en Roma probó que los irlandeses traficaban con frecuencia con un mundo trasatlántico. Este mundo era la hoya de San Lorenzo, donde puede colocarse la cuna del cristianismo en el continente americano, siete u ocho siglos antes que lo descubriera Cristóbal Colón.

Sentimos que los límites que nos hemos trazado en este escrito, no nos permitan extendernos sobre una materia tan interesante como la de los orígenes americanos.

Concluyamos.

El señor Hermoso lamenta el que los corianos vean desvanecerse una ilusión tan por largo tiempo acariciada, la que se refiere a la época de la primera misa celebrada en Coro, que juzgaban algunos ser la primera en Venezuela. Es natural que esto pasara en los pueblos del oriente, que fueron los primeros fundados, antes que en los de occidente, que vinieron a levantarse muchos años después. Es una cuestión de cronología.

Otros, y no éste son los sucesos históricos que enaltecen la actual Sección de Falcón, antigua provincia de Coro: sucesos únicos, que constituyen una serie de etapas en la historia de un pueblo. Ampíes, el fundador de la ciudad de Coro, no fue un aventurero sino un civilizador, y Manaure, el cacique de la nación caiquetía no fue un salvaje, sino un espíritu recto. Su alianza con los castellanos fue más bien el resultado de ideas avanzadas que el temor de un jefe vulgar. La nación caiquetía, cuyos descendientes son hoy hombres de trabajo y de aliento, puede reputarse como la más avanzada que tuvo el occidente de Venezuela. No necesitó de los misioneros para fundar sus pueblos; que aliada fue siempre de los castellanos.

Coro fue el centro de donde irradió la civilización venezolana. Los germanos, a pesar de las crueldades de Alfínger, pueden considerarse como los primeros zapadores geográficos de Tierra Firme. Las expediciones en busca de *El Dorado*, a cuya cabeza figuran Alfínger, Federman, Spira y Hutten, son el resultado de esfuerzos sobrehumanos en pos de una idea halagadora. Bajo la enseñanza de estos varones esforzados, de indomable carácter, se aleccionaron los castellanos que descubrieron las pampas del Portuguesa, Apure y Arauca hasta Pampameno y Ariari, y trasmontaron más tarde el Ande, y se coronaron de gloria al encontrarse con Jiménez de Quesada y Belalcázar en la planicie de Bogotá. Los tenientes de estos héroes olvidados fueron los que fundaron las ciudades de occidente, después de una serie de desastres y de proezas que hoy parecen mitos. La historia de los cuarenta años que siguieron a la llegada de Ampíes a la tierra coriana, constituyen las páginas más admirables de la conquista castellana en Venezuela.

Esto por lo que se conexiona con los tiempos primitivos, que por lo que se refiere a la revolución americana, en La Vela de Coro está la primera

etapa del drama sangriento que comenzó en Caracas en 1810 y concluyó en Ayacucho en 1824. La primera Colombia, aquélla que ideó el gran Miranda, comienza en el fortín de La Vela, donde este mártir sublime clava en 1806 la bandera tricolor que más tarde condujo Bolívar hasta las cimas nevosas del Cuzco y las orillas del Titicaca. En La Vela de Coro debieran los corianos levantar una estatua al Fundador de la emancipación americana. En el desarrollo de la colonia venezolana, Coro es cumbre, y lo es también en la historia de la revolución americana, pues en sus costas se libró la primera batalla en 1806, y flameó por la primera vez la gloriosa enseña que victoriosa recorrió los Andes.

LOS EX CONVENTOS DE MONJAS EN CARACAS

I

HACE YA MÁS de dos años que los conventos de monjas en Caracas fueron cerrados, 9 de mayo de 1874. Después de doscientos treinta y siete años de su fundación, el que más, y de cincuenta y siete el que menos, desaparecieron como claustros, para convertirse en edificios públicos, en centro de movimiento, en adornos de la ciudad.

Y mientras el más antiguo y hermoso de ellos, el de las concepciones, ha desaparecido por completo en su conjunto material, y no queda de él sino el área sobre el cual se levantan los palacios Legislativo y Federal, circundados de espaciosas avenidas; los otros dos, el de las carmelitas y el de las dominicas han sido completamente transformados. En el primero están las oficinas del Ministerio de Hacienda y Crédito Público, y en el segundo la Casa de Beneficencia.

Antes que desaparezca en el área de las concepciones el único árbol que ha quedado en pie, después de haber sido escavado casi todo el terreno, vamos a consignar en estas páginas los datos cronológicos que nos suministra la historia de cada uno de los tres conventos, en vista de los documentos inéditos y publicados y de los archivos del Cabildo y del Arzobispado de Caracas.

De los tres ex conventos, el de las concepciones como hemos dicho, fue el más antiguo. Corría el año 1617 cuando en la esquina este del actual Palacio Federal, la familia Villela, una de las más piadosas que tenía la pequeña capital de Caracas, en aquel entonces, levantaba una hermosa casa de dos pisos. Con sólidos materiales se había comenzado el edificio,

cuando la familia Villela concibió el proyecto de fundar un monasterio, dedicando a éste la fortuna que poseía. Doña Juana Villela, natural de Palos, en España, viuda del encomendador de Caracas, don Lorenzo Martínez, se puso al frente de este proyecto, en el cual la secundaron cuatro de sus hijas, sobre todo, doña Mariana, viuda del contador de Caracas, don Bartolomé Emazabel, con sus dos hijas. Resolvieron que cada una de las fundadoras, al entrar al convento, contribuyese con la suma de mil ducados, y que el edificio se levantaría a costas de toda la familia.

Por la Real Cédula del 23 de marzo de 1614 se concedió la licencia para fundar el monasterio. Por la de 3 de marzo de 1629 se decretó que vinieran las religiosas fundadoras, y por la de 1º de febrero de 1637, el permiso para que se sacaran del Convento de Santa Clara, en Santo Domingo, las monjas que debían inaugurar el Convento de Caracas.

Secundó el arzobispo de Santo Domingo el mandato del rey, y a poco de haber recibido los oficios, envió a Caracas a las señoras sor Isabel Tiedra y Carvajal y sor Aldonsa Baldonado, religiosas de velo negro, del Convento de Santa Clara. Como fundadoras se unieron a éstas, doña Mariana Villela, con sus hijas, y sobrinas, que fueron las siguientes: Francisca, Ana y María Villela; María, Juana y Luisa de Ponte; y las amigas de éstas, María Urquijo, Inés y Eloísa Villavicencio, las cuales aceptaron por abadesa a sor Isabel de Tiedra y Carvajal, nombrada por el prelado, en 12 de noviembre de 1637.

No figura doña Juana Villela entre las fundadoras, por haber muerto antes de la instalación del monasterio. El 27 de diciembre de 1637, el obispo de Caracas monseñor Mata dio a las novicias el hábito de Religiosas de la Inmaculada Concepción, y el convento quedó fundado. Pocos días después, 24 de diciembre, murió el obispo Juan Alberto de la Mata.

El primer vicario del convento fue el doctor Bartolomé Navas de Becerra, arcediano de la Catedral de Caracas: el último, el día de la clausura, el presbítero Gregorio Seijas. Entre los varios capellanes de este monasterio figura el distinguido patricio doctor José Cecilio Ávila.

Al abrirse el convento se fijó en treinta y tres el mayor número de religiosas que debía tener el monasterio: mas por Real Decreto se mandó que el máximum llegase hasta setenta.

En el curso de doscientos treinta y siete años, el monasterio llegó a te-

ner, como máximum, setenta y cuatro monjas (1805). En 1872 había treinta y cinco monjas y setenta y ocho criadas; y el día de la clausura, 9 de mayo de 1874, salieron treinta y una monjas y como cincuenta criadas.

El número de abadesas que tuvo el monasterio desde 1637 hasta 1864 llegó a setenta y nueve. Fue la primera la madre sor Isabel Tiedra y Carvajal, hija de Santo Domingo, y la última sor María Teresa Castro e Ibarra, mujer de cultivado espíritu, de virtudes austeras y de carácter sostenido, según hemos escuchado decir a cuantos la han conocido.

Las fundadoras del convento sor Tiedra y Carvajal y sor Aldonsa Baldonado dejaron el monasterio siete años después de fundado, y regresaron a Santo Domingo en 1644. Las concepciones adoptaron el hábito de San Francisco.

Desde julio de 1672, por disposición del cabildo eclesiástico, comenzóse a admitir en el convento niñas huérfanas o parientas de las monjas, de cuya educación se encargaban éstas. En aquella época entraron tres, y más tarde, hubo muchas más. Últimamente había dos educandas. Algunas de estas niñas, inclinadas a la vida del claustro, aguardaban en el monasterio tener la edad exigida para profesar: mientras a otras, después de algunos años de clausura, les cupo por suerte, después de haber regresado al seno de sus familias, ser esposas y madres ejemplares que supieron inculcar en el corazón de sus hijos los eternos principios de la moral y del amor de Dios.

La señora Villela, mujer de sano criterio, y tan generosa como liberal, fijó la regla, desde el momento en que fue instalado el convento, de que no habría esclavas en el monasterio, y que por lo tanto, todas las que con este título entraran con sus amas, eran libres como las sirvientes, quedando a la voluntad de unas y otras retirarse cuando quisieran. Así fue que muchas monjas al profesar dieron libertad a las esclavas que las acompañaban, por documento público; mientras otras lo hicieron verbalmente. Muchas de las antiguas esclavas abandonaron el convento, ya por enfermedad, ya voluntariamente, mientras que la mayor parte murieron de edad octogenaria.

Algunos sirvientes ascendieron por sus virtudes a ser monjas, y entre las que salieron últimamente, se halla una de las que recibieron tal ascenso.

Cuando se construyó el Monasterio de las Concepciones, Caracas tenía apenas 6.000 almas. La catedral, edificio tosco que vino al suelo cuatro años más tarde, con el terremoto de 1641; el Convento de San Jacinto, límite oriental de la pequeña Caracas, fundado a fines del siglo décimo sexto: el de San Francisco, al sur de las concepciones, fundado en la misma época, y el Templo de San Sebastián, después San Mauricio, al norte del monasterio, reconstruido en 1667. A estos templos se agregaba la ermita de San Pablo, construida en 1580, en los terrenos montañosos limítrofes con las aguas de Caroata, hasta donde llegaban los terrenos de la familia Tovar. Al mismo tiempo que se levantaba el monasterio, se construía el Seminario Tridentino de Caracas, cuyos cimientos resistieron el terremoto de 1641. Todo el resto de la ciudad actual era bosque, con uno que otro rancho diseminado, que daba a la capital de Venezuela un aspecto de aldea. Para esta misma fecha, 1637, se fabricaba la Hospedería de las Mercedes, en la parte sur de la ciudad, la cual fue destruida por el terremoto de 1641. Trasladóse la fábrica a un lugar cerca de la esquina de Pineda, y después al sitio donde están las ruinas del Convento de las Mercedes, que fue creado con este título en 1881.

En sus orígenes, el Monasterio de las Concepciones no ocupó sino una parte muy reducida de la actual manzana. Limitábase a la capilla, a las celdas y cocinas del este, mientras en el extremo oeste había celdas bajas que comenzaban en la parte oeste del coro y se prolongaban hasta la plazuela de San Francisco. Los otros terrenos del monasterio los constituían hermosos corrales por el oeste y sur del edificio. Pero pasando el tiempo, se fabricaron nuevas celdas, con sus pequeños jardines que se extendieron hasta la plazuela de San Francisco, con lavanderos y corrales que ocupaban el oeste del hermoso edificio, rematado en su extremo noreste por la casa del vicario. El haberse levantado el monasterio en distintas épocas aprovechando el terreno, sin método y sin regla alguna contribuyó a dar al conjunto interior una arquitectura macarrónica. Cuando Humboldt y Depons visitaron a Caracas en 1800 y 1804, la topografía del monasterio era la que acabamos de indicar. Después de la partida de estos viajeros dispuso la comunidad que se edificasen en los corrales, al oeste del edificio, pequeñas salas que sirvieran de tiendas al comercio de la ciudad, y cuyos alquileres

aumentaran las rentas del monasterio. Pero éstas no se aumentaron con el alquiler de las tiendas, pues la mayor no rendía más de doce pesos por mes. Todas las tiendas fueron destruidas por el terremoto de 1812, así como una que otra de las partes interiores del monasterio. No pudiendo entonces la comunidad atender a la ruina de la parte oeste del convento, quedaron abandonados los escombros, que sirvieron a los vecinos de basurero, el cual fue cegado en 1832, año en que se levantó el sólido muro que limitó la parte occidental de la manzana y que sirvió para los nuevos almacenes que se levantaron en 1866.

La renta del Convento de las Concepciones alcanzó a fines del pasado siglo, en 1772, según el obispo Martí, a 17.727 pesos. Desde 1866, puede decirse que la renta estaba tan reducida, que apenas cubría el presupuesto de la comunidad. En este estado, el prelado concedió permiso para vender algunas alhajas del convento.

Fue en el Monasterio de las Concepciones donde estuvo arrestada en 1816, por orden de Moxó capitán general de Venezuela, la célebre matrona señora Luisa Cáceres de Arismendi, de donde la sacaron para embarcarla en La Guaira con dirección a Cádiz.

Cuando la emigración de 1814, muchas familias de Caracas depositaron en este convento sus prendas y tesoros. Traslucido esto por las hordas de Boves, cuando éste entró a Caracas, no faltaron algunos jefes que se presentaron delante del arzobispo Coll y Prat, pidiendo las llaves del convento para robar las propiedades de los patriotas; pero el prelado, revestido de dulzuras, pudo desarmar a los osados beduinos.

II

La erección del Convento de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, se debió también a las inspiraciones de otra viuda, la señora Josefa Melchora de Ponte y Aguirre, esposa que fue del señor don Nicolás de Liendo. Dedicó aquella para la fundación del monasterio un capital de veinte y dos mil pesos, al cual incorporaron, seis mil la señora doña Josefa Mejías, y diez mil más el señor don Miguel de Ponte. Con esta base de 38.000 pesos solicitóse la licencia del rey, y se decretó en 1º de octubre de 1725, traer las

religiosas fundadoras del Convento de las Carmelitas de Santa Fe, capital de la Nueva Colombia. El obispo Escalona y Calatayud, en unión del gobernador Portales y Meneses, eligieron, de común acuerdo, para la fundación del monasterio, el sitio de Santa Rosalía, donde existía en aquella época una ermita fundada en 1696. La primera piedra fue colocada por el obispo el 29 de septiembre de 1726, desde cuya fecha empezó a ensancharse el edificio que debía servir de monasterio.

En 1727 ofreció el cabildo eclesiástico mil pesos de renta para la fábrica del convento, por insinuación de las señoras Mejía y Ponte. Por Real Cédula de 7 de diciembre de 1729 se mandó que viniesen de México las religiosas fundadoras. El obispo doctor José Félix Valverde, aunque nombrado como tal en el año de 1728, no tomó posesión de su dignidad sino en 1731; pero hallándose en México durante la primera fecha, supo que se había resuelto en Caracas fundar un convento de carmelitas, y deseando contribuir a la realización de la idea, solicitó cinco religiosas de las carmelitas de México, de las cuales solo tres llegaron a Caracas el 11 de octubre de 1731, a las cuales se incorporaron más tarde las otras dos, por haberse enfermado éstas durante la travesía.

El 13 de marzo de 1732 se dio el hábito de monja a la señora doña Josefa Melchora y Aguirre en la ermita de Santa Rosalía, y el 19 del mismo mes celebróse la primera función. Así comenzaron las nuevas monjas, cuando al cabo de dos meses, las señoras mejicanas, no encontrándose con bastante comodidad en Santa Rosalía, por lo despoblado y selvático del lugar, abandonaron la fábrica y se trasladaron a una de las casas de alto que están hoy al norte de la puerta de la catedral, mientras se hallaba otra vivienda más cómoda.

La señora Ponte y Aguirre, en vista de este contratiempo, cedió entonces sus hermosas casas de la esquina, al sur de Altagracia, en una de las cuales había nacido y pasado su juventud. Pidiéronse las licencias para fundar el nuevo monasterio, y por Real Cédula de 22 de noviembre de 1733, se concedió el permiso. Pero esto no impidió el que las monjas de México desistieran de volverse a su patria, como lo hicieron, excepto una de ellas, que accediendo a las súplicas del obispo, resolvió permanecer en Caracas. Ésta, unida a las tres monjas venezolanas que habían profesado, y a seis que

debían incorporarse en la nueva fábrica, formaron diez, que instalaron el nuevo monasterio el 12 de octubre de 1737. La capilla fue construida el 1º de enero de 1739, y el 11 de octubre se celebró la dedicatoria.

Como las rentas de la señora Ponte no bastaban para la transformación en convento de sus dos casas, el obispo Valverde costeó casi todo el edificio. Y por una de esas casualidades tan comunes en la historia de la humanidad, el obispo Valverde murió en Barquisimeto el 24 de febrero de 1740, un año después de fundado el monasterio: lo mismo que había sucedido con el obispo Mata, respecto del de las Concepciones, pocos días después de haber dado a las novicias el hábito de religiosas en 1637.

El Monasterio de las Carmelitas tenía una renta en los días del obispo Martí, de un capital de 37.000 pesos, que rendían por año 3.850 pesos.

En 21 de noviembre de 1780, la señora Josefa Rodríguez del Toro, solicitó del cabildo eclesiástico licencia para fundar otro convento de carmelitas, pero sus deseos no pudieron realizarse porque fue rechazada su petición.

Cuando fue concluido el Monasterio de las Carmelitas, ya estaba levantado el Templo de Altagracia, desde 1654, y el de la Candelaria que databa desde 1708. La ciudad se había ensanchado hacia el norte y este. Pocos años más tarde se levantaron el Templo de La Pastora, en 1743, y la demolida capilla del Calvario en 1753. De manera que la población de Caracas no se desarrolló en todas direcciones, sino a mediados del siglo pasado, habiendo comenzado por los templos en los puntos centrales y en los extremos del poblado.

La primera priora del Monasterio de las Carmelitas fue una de las monjas mejicanas, la señora Josefa de San Miguel; la última sor Maximiana Rojas. En el día de la clausura salieron diez y siete monjas. El número mayor, según el reglamento, no debía pasar de veinticinco. En este monasterio no había sirvientes, pues las monjas, se alternaban, bastándose ellas mismas para el desempeño de sus deberes.

En el Templo de las Carmelitas fue enterrado el mariscal Carbonell, capitán general de Caracas que precedió al mariscal Vasconcellos a fines del siglo pasado. A su turno Vasconcellos fue enterrado en 1806, en el Templo de San Francisco.

III

Antes de hablar del monasterio de monjas dominicas de Caracas, debemos recordar el de las religiosas de Regina Angelorum de la ciudad de Trujillo de donde vinieron las fundadoras del Convento de Caracas. Durante la gobernación del capitán general Gonzalo de Piña Lidueña en 1599, fue cuando por auto dimanado de la misma ciudad de Trujillo, en 7 de septiembre de 1599, comenzó la fábrica de aquel monasterio. Para 1617 estaba casi levantado el edificio. El obispo de entonces, monseñor Juan de Bohorques concedió licencia para que entraran como religiosas hasta 22 doncellas. Para 1634, sólo quedaban cuatro religiosas, habiendo las otras abandonado el claustro. La causa de esto fue el que no hubiera podido conseguirse que vinieran de Santo Domingo, religiosas del monasterio del mismo nombre. Declaróse entonces por el prelado que las cuatro religiosas existentes fueran fundadoras, que tomaran el hábito, y profesaran después de un año.

En la época en que visitó el obispo Martí la ciudad de Trujillo, 1777, había en el monasterio veintisiete religiosas, con sesenta sirvientas libres, seis esclavos y cuarenta y siete mujeres más, unas libres, otras esclavas para el servicio de la comunidad. El capital del monasterio ascendía a 41.472 pesos, impuesto a censo en varios ramos.

El Convento de Dominicas en Caracas fue instalado el 19 de abril de 1817, en dos casas contiguas que se refaccionaron para este objeto. La sala de la una sirvió de templo, y de coro bajo el dormitorio de la otra. Las iniciadoras fueron las señoras María Teresa Esteves de Diepa y Josefa Rodríguez del Toro, y también las primeras novicias. Las primeras priora y subpriora fueron las señoras doña Juana Peña y Montilla y la señora doña Paula García, del Monasterio de Trujillo; la última la señora María del Rosario Almenar. El día de la clausura salieron quince monjas y una criada. El número de las primeras, designado según los estatutos, no podía pasar de veinte y uno.

Las fundadoras del Monasterio de las Dominicas llegaron a Caracas seis o siete años antes de la fundación, y se hospedaron en el Convento de las Concepciones, mientras se arreglaban las casas del monasterio. Pero

a consecuencia de la catástrofe de 1812, las concepciones se trasladaron a Valle Abajo, y fue allí donde murió la priora de las dominicas, la señora María Manuela Espinoza, que fue enterrada en el cementerio de las concepciones. La sirvienta que ella trajo acompañó a la comunidad hasta la clausura del monasterio, y murió pocos meses después.

Desde la clausura de los conventos en 9 de mayo de 1874, han muerto 4 monjas: de las concepciones 2; de las carmelitas 1; de las dominicas 1; habiendo salido de los tres monasterios 63 monjas y 51 criadas.

RECUERDOS DE OLMEDO

ES UN HECHO bastante notable el surgimiento de Olmedo en los momentos en que la revolución americana, después de crear a Colombia, sigue de triunfo en triunfo hasta emancipar la colonia del Ecuador y anexar esta sección a la gran república victoriosa. Olmedo, que hasta entonces había sobresalido en su patria como espíritu altamente ilustrado; como talento de buenos quilates; que había brillado como diputado a Cortes en 1812; iba a ser admirado por toda la América española, desde 1822, época del movimiento de Guayaquil que trajo la emancipación política del Ecuador. Desde esta fecha, Olmedo se da a conocer no sólo como apóstol de la causa americana, hombre de Estado y diplomático, sino también como hombre de letras y poeta, que de pronto aparecía coronado en la cima del Parnaso. La creación de Colombia, los triunfos del ejército libertador, y la presencia de Bolívar en las campiñas del Guayas; todo parecía coincidir para servir de cortejo al eminente patricio de la ría guayaquileña; al eminente patricio, que surge cual astro hasta entonces desconocido en el cielo de la América española. Desde este momento, Olmedo y Bolívar son inseparables en la historia del Nuevo Mundo: la musa del canto y la espada de Marte, el poeta y el mecenas siguen juntos; y de tal manera, que hoy no puede nombrarse a Bolívar sin que venga a la mente el "Canto a Junín"; y Junín es Bolívar sobre una de las planicies andinas; Bolívar que saluda al Sol del Perú, y llama con su espada a la tumba de Manco-Cápac, de la cual surgen los héroes de la epopeya quichua a quien necesitaba el poeta para unir dos grandes civilizaciones y celebrar las glorias del Libertador y del ejército de Colombia.

Olmedo y Bello, contemporáneos e hijos de las Musas, se encuentran y fraternizan a orillas del Támesis en 1826. Si el uno sobresale como cantor de la epopeya que sintetiza Junín, el otro es el cantor de la Zona Tórrida: ambos sirvieron por otra parte, con sus luces y talento a la causa colombiana y al desarrollo de las bellas letras. Sábese que la interesante publicación española que lleva por título, *El Repertorio Americano*, y también el de *Miscelánea Americana* editada en Londres en 1826 y 1827, y a la que había precedido la *Biblioteca Americana*, en 1825, fue redactada por Bello, Olmedo, Salvá, García del Río, J.J. de Mora, Mendibil y algunos otros literatos españoles y sudamericanos. En tan interesante revista literaria comienza la hoja de servicios de los dos diplomáticos y poetas; hijos predilectos del Pindo americano, zapadores de la idea, que sembraban de ricas espigas la vía abierta por aquellos otros zapadores colombianos en su paseo triunfal de las orillas del Guaire a las del ameno Guayas; y desde las cumbres del Ávila, atalaya del mar antillano, hasta las crestas nevadas del Potosí y las orillas del dilatado Titicaca.

Olmedo alcanzaba para los días en que se dio a conocer como poeta, los cuarenta y tres años; era por lo tanto, contemporáneo de Bello y de Bolívar, quienes habían visto la luz en la misma época: 1782 a 1783. Para llegar a la meta americana todos habían tenido una labor prolongada: laboriosa, pacífica, en el estudio del gabinete, la de Bello y de Olmedo: agitada, activa, llena de peligros, de reveses y de triunfos, la de Bolívar. La inspiración de los poetas tenía por lo tanto que sublimarse al contemplar los primeros rayos del sol, después de prolongada noche poblada de sombras y de ayes lastimeros.

Libróse la batalla de Junín el 6 de agosto de 1824. Las primeras cartas de Olmedo a Bolívar en las cuales le remite el poema y le explica el plan que había seguido, están fechadas en Guayaquil a 30 de abril y 11 de mayo de 1825. Estas cartas del poeta al Libertador publicadas en el tomo IV de la Colección de O'Leary, deben figurar en las páginas de *La América Ilustrada y Pintoresca*. Bolívar contesta al poeta en dos cartas que versan sobre el trabajo literario que había recibido: ambas fechadas en Cuzco a 27 de junio y a 12 de julio de 1825. Ya hablaremos más adelante de esta correspondencia de Bolívar, tan llena de interés.

La primera edición del *Canto a Bolívar* por Olmedo, fue incorrecta y de ninguna belleza tipográfica; pero a poco, en 1826, vieron la luz pública dos nuevas ediciones, una en París, que no conocemos, y otra en Londres, publicada por la conocida casa editorial de Akermann & Cª. La edición inglesa en un volumen en 12º está ilustrada con el retrato del Libertador, con un facsímile de la hermosa medalla regalada a Bolívar por el Congreso de Colombia en 1824, y con una alegoría que representa al inca Manco-Cápac. El señor Akermann envió al Libertador un ejemplar del *Canto a Bolívar* en rica encuadernación, acompañado con una carta de 29 de julio de 1827, ofreciéndole, al mismo tiempo, un ejemplar de cada una de las obras editadas por aquél en idioma castellano. Bolívar aceptó el cortés ofrecimiento del editor inglés, en carta de 12 de diciembre del mismo año, fechada en Bogotá. Esta carta fue publicada por la primera vez en el volumen 21 de la Colección Yanes.

La primera edición del *Canto a Bolívar*, que suponemos fue impresa en Guayaquil, es incorrecta. Olmedo estaba ya en Londres como ministro del Perú ante el Gobierno inglés, cuando salió la segunda edición de su poema. Ya el autor, en carta a Bolívar, fechada en Guayaquil, a 11 de mayo de 1825, le había dicho: "Deseo que U. me escriba sobre esto con alguna extensión, indicándome con toda franqueza las ideas que U. quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de U. porque en mi viaje pienso limar mucho este Canto y hacer en Londres una regular edición, y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de U.".

Esta edición inglesa no fue conocida del público de Caracas sino por los años de 1837 a 1838.

No se hicieron aguardar en Londres los juicios críticos acerca del trabajo de Olmedo, y el primero que habló fue D. José Joaquín de Mora en *El Correo literario y político de Londres*, tomo I, al cual siguió D. Andrés Bello en *El Repertorio Americano*, tomo I.

No tenemos presente los nombres de los periódicos de Colombia que dieron a conocer en Hispano-América la obra de Olmedo; pero sí podemos asegurar que la primera edición patria que vio la luz pública en Venezuela fue la editada por nuestro hermano Teófilo en 1842, un volumen de 16º, acompañado del juicio crítico de Mora. Una publicación semejante

hecha en aquellos días, podía considerarse como homenaje a la memoria de Bolívar. Los odios políticos desaparecían, surgían las musas del canto y de la historia, mientras que la figura del héroe descollaba en medio de los resplandores de la apoteosis.

Pero no era esta la primera vez en la cual el ingenio de Olmedo era admirado de los caraqueños. Ya *La Oliva*, si mal no recordamos, había hecho conocer en 1835 o 1836 la "Silva a Miñarica"; en tanto que los *Estudios sobre el hombre*, de Pope, traducidos en verso castellano, habían salido en las columnas de *El Nacional* de 1834. Todavía más: en *El Venezolano* de 19 de abril de 1841, corre inserto un juicio crítico que escribió el joven Simón Camacho en aquella época, acerca del *Canto a Bolívar*. Podemos considerar esta producción como el primer ensayo literario del distinguido escritor y diplomático, cuya memoria tan grata a sus amigos es honra de Venezuela.

Olmedo murió en 1847, a los 65 años de edad. Los escritores de Caracas que tanto le habían celebrado, no fueron indiferentes a la memoria del Cantor de Junín. En sentidas y elocuentes frases anunció a Venezuela *El Liberal* de 1º de mayo de 1847, el triste suceso, y dio a conocer el Decreto de honores fúnebres del Gobierno del Ecuador, al preclaro patricio. En *El Liberal* del 22 del mismo mes aparece la "meseniana a Olmedo" escrita por el malogrado y fecundo escritor Francisco Aranda y Ponte; bello trabajo que no figura en el volumen comprensivo de los escritos de Aranda publicado en 1858 por el señor Amenodoro Urdaneta. Últimamente en *La Prensa* de 30 de abril, del mismo año, el conocido literato Juan Vicente González, dedica a Olmedo una "Meseniana", obra de mérito sobresaliente.

La segunda edición caraqueña de la *Victoria de Junín, Canto a Bolívar*, fue la editada por nosotros en 1872, 1 volumen en 12º acompañado de un "Apéndice" en el cual figuran cerca de treinta juicios históricos referentes a Bolívar, por escritores extranjeros y americanos. Ya para esta fecha varias hojas políticas habían publicado en repetidas ocasiones la obra de Olmedo con los juicios críticos de Mora y de Bello[24].

---

24. En 1846, el general J.J. Flores editó en París, en la casa de Appert, un volumen pequeño que lleva el siguiente título: *Ocios poéticos del general Flores*, y una oda en su obsequio por J.J. Olmedo. Esta oda, es el "Canto a Miñarica".

Como complemento a estas manifestaciones que tendían a festejar la memoria de una de las lumbreras de Hispano-América, *El Mosaico*, revista ilustrada que redactó don Luis Correa, desde 1854 a 1857, engalanó sus columnas con las diversas obras poéticas del hijo predilecto de las Musas.

La última edición que conocemos de la *Victoria de Junín* es aquélla que ofrendó a Bolívar, en los días de su centenario, 24 de julio de 1883, la municipalidad de Guayaquil. La constituye un hermoso volumen en 8º, de 72 páginas, bellamente impreso en París, en rico papel y acompañado de un perfil de Bolívar, admirablemente grabado por Follet. En la cara exterior de la encuadernación figura el sello de armas de la República de Colombia.

En Caracas son muy poco conocidas las biografías de Olmedo, menos aún las ediciones de sus poesías. La biografía más antigua que recordamos es la escrita por Torres Caicedo, publicada en *El Correo de Ultramar* de 1853 a 1854, la cual incluyó el autor más tarde en sus *Ensayos biográficos*, 1863. En Chile salió en 1861 la biografía de Olmedo por los hermanos Amunátegui, en el libro de estos mismos, titulado: *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos.* Por cuanto se refiere a las poesías de Olmedo, el señor Juan María Gutiérrez publicó una edición completa de ellas, en Valparaíso, en 1848, la cual fue reimpresa en París en 1853. Mucho antes, en el interesante volumen *La América poética*, publicado en Chile en 1846, figura una ligera noticia biográfica de Olmedo. Hoy ya el autor del *Canto a Bolívar* figura en todos los diccionarios biográficos.

Hablemos ahora de la correspondencia literaria, corta, pero expresiva, que medió entre Bolívar y Olmedo por los años de 1825 a 1826.

Hace diez años que en *La Opinión Nacional* de 4 de julio de 1879, al insertar las cartas de Bolívar a Olmedo, y una de éste al Libertador, y dar las gracias, al mismo tiempo a la familia del venerable patricio ecuatoriano, por habernos proporcionado copia de aquéllas, por la intervención de nuestro amigo doctor Alcides Desturge, cónsul de Venezuela en Guayaquil, escribimos las siguientes líneas:

> En estas cartas aparece Bolívar bajo una nueva faz, la de crítico, en una materia que no conocía, como él dice; pero que le presenta vasto campo para lanzar chispas de su agudo ingenio, y asentar proposiciones en consonancia con su

amor por toda obra clásica. En ellas el Mecenas se hace digno del poeta, y recoge éste la corona de gloria que, desde remotas playas, le tributa el genio de América. Durante cincuenta y cuatro años han permanecido ignoradas del público americano, piezas tan relevantes; pero ninguna época más propicia para darlas a conocer que esta en la cual han desaparecido los odios de partido y de nacionalidad para juzgar a Bolívar con todo el entusiasmo de la admiración, pero con todos los fallos de la razón, basada en la justicia y en el criterio histórico.

Un año más tarde, en el vol. IV de la Colección O'Leary, vimos publicadas las dos mismas cartas cuyas copias habíamos recibido de Guayaquil. La del 27 de junio en Cuzco, está mutilada, e igual a la nuestra la de 12 de julio del mismo año. Mas, ¡cuál ha sido nuestra sorpresa al no ver en el vol. 3º de la *Correspondencia de Bolívar* publicada en 1888, la carta del 12 de julio! Tampoco figura en ninguno de los volúmenes de la citada *Colección* el extracto de la carta de Olmedo a Bolívar, fechada en Londres a 19 de abril de 1826, que dio a conocer por primera vez Torres Caicedo en 1853 y que agregamos a nuestra noticia de 1879, publicada en *La Opinión Nacional*.

Estamos por lo tanto en el imprescindible deber de republicar las cartas que dimos a conocer del público de Venezuela, antes de que comenzara la publicación de los Documentos de O'Leary. Así podremos coronar estas noticias biográficas referentes al Cantor de Junín.

He aquí la célebre correspondencia[25].

CARTAS DE BOLÍVAR A OLMEDO

Señor José Joaquín Olmedo.

Cuzco, a 27 de junio de 1825.

Querido amigo: Hace mui pocos días que recibí en el camino dos cartas de U. y un poema; las cartas son de un político y de un poeta; pero el poema es de un Apolo. Todos los colores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín

25. Hemos dejado en estos documentos la ortografía de su origen.

y Ayacucho: todos los rayos del padre de Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. U. dispara fúlmines donde no se ha tirado un tiro: U. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamas en Junin: U. se hace dueño de todos los personajes: de mi forma un Júpiter: de Sucre un Marte: de Lamar un Agamenon y un Menelao: de Córdova un Aquiles: de Necochea un Patroclo y un Ayax: de Miller un Diómedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heróica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. U. nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, U. nos eleva con su deidad mentirosa como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. U. pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo, U. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenon, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y U. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que U. había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo, U. es poeta y sabe bien tanto como Bonaparte, que de lo heróico a lo ridículo no hay más que un paso; y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de U. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del Facistol de Boileau.

Por todo doy a U. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que U. llenará dignamente su comisión a Inglaterra: tanto lo he creído que habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese tan capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que U. Uní a U. un matemático, porque no fuese que llevado U. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero para que no vea con su imaginación sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro. Los incas son los vireyes o prefectos. La fábula es la historia de Garcilaso: la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía. Todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos: mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza desarrollada por sí misma, dando creaciones de

sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas sin mezcla alguna de las obras extrañas: de los consejos agenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco-Capac, Adán de los indios, salió de su paraíso Tititaca y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana, sin diluvio de Noé o de Deucalion, sin historiador de Moisés o de Herodoto. Dios lo hizo hombre: él hizo su reino y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vias grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a U.

Tenga la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco a U. las sinceras expresiones de mi amistad.

Bolívar.

Señor Don José Joaquín Olmedo.

Cuzco, 12 de julio de 1825.

Mi querido amigo: Ante ayer recibí una carta de U. de 15 de mayo que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque U. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, U. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que U. ha hecho su gasto y tomado su pena haré como aquel paisano a quien hicieron rei en una comedia, y decía, “ya que soy rei haré justicia”. No se queje U., pues, de mis fallos, como no conozco el oficio daré palo de ciego por imitar al rei de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta mui severa en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador Mr. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda decidir y tronchar a cualquiera que hable mui mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panejíricos para el fin de la obra que, en mi opinión los merece bien, y prepárese U. para oir inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues U. sabe mui bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

U. debía haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oido musical o son casos o son renglones oratorios. Páseme U. el atrevimiento; pero U. me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pábilo.

Después de esto, U. debía haber dejado este canto reposar como el vino su fermentación para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que U., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

U. ha trazado un cuadro mui pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El inca Huainacapac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio, que alabe indirectamente a la religión que le destruyó: y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su tronco, por dar preferencia a extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a U. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá U. que le observe que este jenio inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel: y ya sabe U. que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo, no escapó a la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra, a atronar a los Andes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada. Promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman a la tierra: el sonsonete no es lindo: y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los mui humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo la culpa ¿para qué me ha hecho U. rei?

Citemos para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

"Que al Magdalena y al Rímac bullicioso"...

Y este otro 750:

"Del triunfo que prepara glorioso"... Y otros que no cito por no parecer rigoroso e ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de U. y el caudaloso Támesis se convertirá en helicona; allí encontrará U. sus cantos llenos de *spleen*, y con-

sultando las sombras de Milton, hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, U. se hallará mejor inspirado que por el inca, que a la verdad no sabría cantar mas que yarabies. Pope, el poeta del culto de U. le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caidas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. U. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticon se indignaba de que durmiese el autor de la Iliada, y U. sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve años de estar enjendrando: así, amigo: lima y más lima, para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: terminó mi crítica, o mejor diré mis palos de ciego.

Confieso a U. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un jenio lo arrebató a U. a los cielos. U. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales: los pensamientos nobles y hermosos: el rayo que el héroe de U. presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento ántes de acometerse Turno y Eneas. La parte que U. da a Sucre es generosa y grande. Y cuando habla de Lamar me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor, aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante: y por otra parte ¿no será Lamar un Mentor guerrero?

Permítame U. querido amigo, le pregunte: ¿y de donde sacó U. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y U. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de U. al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina.

Siga U., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las Musas con la traducción de Pope y con el canto a Bolívar.

Perdon, perdon, amigo mío; la culpa es de U: que me metió a poeta.

Su amigo de corazón.

Bolívar.

EXTRACTO DE CARTA DE OLMEDO A BOLÍVAR

Londres, 19 de abril de 1826.

....

Todas las observaciones de U. sobre el canto de Junín tienen, poco más o menos, algún grado de justicia. U. habrá visto que en la fea impresión que remití a U. se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar a U. cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

Una de las razones que he tenido a más de las indicadas para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar a paladares delicados y dificiles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores lo han hecho, y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi patria.

Todos los capítulos de las cartas de U. merecerían una seria contestación: pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que U. me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya: El bello desórden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de U. –Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige

de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un balandrón. –El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.

Quería U. también que yo buscase un modelo en el cantor de Enrique. ¿Qué tiene Enrique de común con U? Aquel triunfó de una faccion, y U ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soi mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficcion por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzaría con la gaceta. Por esta razon, esas obras si han de tener algo de admirable, es preciso que su accion, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia: ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algun tiempo la fantasía de algun nieto mío!"

J.J. Olmedo.

....

Dos palabras para concluir. El estudio detenido que hemos hecho de la correspondencia epistolar de Bolívar, desde los comienzos de su juventud hasta días antes de su muerte, en 1830, nos pone en capacidad de escribir un juicio razonado acerca de tan importante materia. El carácter apócrifo de una que otra carta; la mutilación hecha a muchas; los errores de copia que han ido pasando de mano en mano; las versiones castellanas de versiones inglesas o francesas del español; la confusión de las épocas; la falta de toda noticia ilustrativa sobre épocas y personas; las correcciones ortográficas y de dicción; la ausencia completa de plan y de estudio histórico, han traído una confusión en las colecciones hasta hoy publicadas. No nos haremos aguardar.

APOTEOSIS DE SUCRE

A Mateo Guerra Marcano

¿HACIA DÓNDE SE DIRIGEN esos grupos de guerreros que en las alturas del Titicaca parece que van a encontrarse? ¿Quiénes son esos dos hombres que al frente de sus comitivas y después de largos años de combates, se pasean a orillas del Desaguadero como nuncios de paz después de la victoria? Hace poco que cada uno, al frente de sus legiones, disputaba el declive, el valle, la llanura, la altura inaccesible, y parecía el sultán del fuego en medio del incendio. ¿Son acaso los antiguos conquistadores del continente, los héroes de la leyenda castellana, invencibles y atrevidos, gigantes de la edad moderna, rivales de los viejos escaladores del Olimpo, que aparecen sobre el dorso de las montañas; o son, por ventura, los genios tutelares de América, quienes después de plantar sobre las torres de las ciudades indígenas el gorro frigio van en solicitud de la Pitonisa de los Andes, para colocar al pie de ésta los laureles segados en los campos de la victoria?

Nada se escucha, y tan sólo el ruido de las herraduras resuena sobre el suelo peñascoso, en tanto que las comitivas siguen en silencio la dirección de sus jefes. Brillan a la luz del día las lanzas de los guías, del hombro de los cazadores pende el clarín de guerra, y guardadas están las espadas. Ya se apagaron las fogatas del extenso campo de batalla, y espirales de humo, acá y allá, son los restos de los pasados incendios. Atrás están los ejércitos acampados en las llanuras y en las ciudades, como caravanas que reposan después de prolongado viaje y se relatan las historias de la noche tempestuosa, cuando los remolinos del viento y las trombas del desierto,

envolviendo jinetes y caballos, fueron testigos del terrible choque. Ni las campanas de los pueblos tocan a rebato, ni las montañas repercuten la tronada del cañón, ni se escuchan ya los ayes de los vencidos ni los gritos de los vencedores. Todo está en silencio, y sólo el ruido de los caballos anuncia el paso de los vencedores, en tanto que sobre las altas cimas flamea el pabellón tricolor.

Esto pasaba ayer, 1824, y han corrido sin embargo cincuenta años. Esto pasaba ayer, cuando las legiones de Venezuela, victoriosas en las llanuras y a orillas del mar, quisieron escalar montañas en solicitud de las ciudades andinas. Esto pasaba ayer, cuando los héroes de Esparta, galopando, subieron los declives, y enrojeciendo la nieve con sangre americana, treparon entre el fuego y la muerte, para arrancar de las elevadas almenas el estandarte de Pizarro. Fue necesario principiar, y Caracas lanzó en 1810 el primer grito de la magna revolución: fue necesario luchar, y a orillas del Orinoco tronó el primer cañón en 1811: fue necesario emanciparse, y el Congreso de Venezuela en el mismo año, fue el primero de América que lanzó el guante: fue necesario un genio, y apareció Bolívar: fue necesario batallar en las llanuras y en las ciudades, y a orillas de los ríos y de los lagos, y de los mares; luchar contra España y contra el pueblo de Venezuela, y contra el hambre y la intemperie y la muerte, y las derrotas se convirtieron en victorias: fue necesario trasmontar el Ande, y el Ande recibió a los vencedores en Bonza, Vargas y Boyacá: fue necesario retroceder para cubrir la retaguardia, y el cañón de Carabobo resonó en las soledades del Atlántico: fue necesario seguir, y los volcanes del Ecuador se coronaron con la franja del iris al paso de los vencedores: fue necesario concluir, y Quito, Lima, El Callao, Potosí y El Cuzco abrieron sus puertas, y brilló la estrella de Junín, y la de Ayacucho, y fueron tomadas todas las ciudades; y siguiendo las legiones victoriosas las huellas de Pizarro y de Almagro, saludaron en el Templo del Sol al sol de la independencia americana.

Han pasado cincuenta años desde que terminó el drama, y ya todos los actores están en la tumba. Desaparecieron unos bajo la cuchilla española y otros al golpe del puñal americano. La suerte de la guerra dejó a muchos en el campo de batalla, mientras las miserias y el desengaño fueron para otros los arreos de la vejez. Para muchos, el naufragio, el ostra-

cismo y la muerte en suelo extranjero. Los más: resignados y humildes en la noche del infortunio: los menos, indiferentes a la historia de lo pasado. Afortunados los primeros que entraron en la tumba, primogénitos de la gloria que no fueron testigos ni compañeros de los ancianos desvalidos en los días del desengaño.

Pero ¿quiénes son estos dos guerreros que en la gran meseta de los Andes se solicitan? Ambos visten las galas del triunfo: el uno tiene pantalones de color grana y dormán azul, el otro viste de verde. El uno es de cuerpo pequeño, enjuto de carnes, frente espaciosa, mirada de águila: el otro es de estatura regular, bien formado, rostro apacible y mirada expresiva, velada por unos párpados que se recogen como queriendo evitar el estímulo de la luz: ambos de nariz aguileña, rostro tostado por el calor de los trópicos y las fatigas de la guerra, pómulos pronunciados, palabra fácil, don de mando.

De repente las dos comitivas se han divisado, y los jinetes, clavando sus espuelas sobre los ijares de sus caballos, corren a su encuentro. Los dos jefes se abrazan, permanecen mudos por largo rato, después se hablan, se felicitan y se victorean. ¿Qué se han dicho? La historia no nos ha transmitido los pormenores íntimos de esta conferencia expansiva y sublime; pero nosotros conservamos las elocuentes frases del vencedor.

Esos dos hombres que se fundían en un ósculo y se enternecieron al abrazarse, eran el hombre de Junín y el hombre de Ayacucho: Bolívar y Sucre.

Cuando el Libertador, lleno de efusión fraternal, estrecha contra su pecho al vencedor en Ayacucho, y le felicita y le enaltece, parece que había hallado el complemento de su gloria, su gloria misma personificada en el más célebre de sus tenientes. ¿Qué contesta Sucre a los elogios del Libertador? Levantándose sobre los estribos, le victorea y le dice: "El Libertador no estuvo en Ayacucho, pero sí en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria parecía huir de nuestras filas, invocamos su nombre y ella coronó nuestros esfuerzos".

He aquí como se confunden dos hombres ilustres. ¡Despojarse de una gloria que le pertenece para realzar con ella el brillo de su jefe; cambiar el laurel de los honores por la violeta de la modestia, tal fue el pensamiento

del generoso mancebo! Esta figura pertenece a los tiempos antiguos: tiene el perfil romano y la estética griega: es uno de los héroes de Plutarco.

Estos dos hombres en las alturas del Desaguadero, representaban la gloria americana en su más completa síntesis: ambos se servían de complemento. Habían llegado a la cima física de la cual no podían pasar y también a la altura histórica de la cual debían descender. Igual destino los aguardaba: ambos debían ser víctimas de las pasiones y del puñal fratricida. Más afortunado que Sucre, Bolívar escapa en dos ocasiones, en Jamaica y en los Toros, de la cuchilla española, y se salva igualmente en la noche del 25 de septiembre del puñal colombiano. Le aguardaban la agonía lenta, la tortura del cuerpo y del espíritu, la onda del huracán que iba a envolverlo y arrojarlo a la playa solitaria. Más desgraciado Sucre, se salva de la herida de Chuquisaca, causada por mano americana; pero fue porque le aguardaban los espectros de Berruecos en asechanza tras los ennegrecidos troncos de la montaña.

Ambos desaparecieron seis años después de la entrevista de que acabamos de hablar, en 1830.

Estos dos hombres que se habían levantado su apoteosis en vida, en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Bolivia, debían descender a oscuras las gradas del sepulcro. Más allá de éste es donde se halla la luz de la justicia; por eso toda gloria que desaparece en el torbellino de las pasiones, la reivindica, la realza, la resucita la misma muerte, esta vengadora de todas las injusticias y rehabilitadora de todos los méritos.

A los doce años de silencio aparece Bolívar, en 1842. No se han cumplido todavía cincuenta de su muerte y ya su estatua está a las orillas del Orinoco, del Atlántico, del Pacífico, y sobre los Andes. Entre tanto, Sucre ha dormido tranquilo el sueño del olvido. Ni un decreto, ni un recuerdo, ni una estatua en Colombia, en tan prolongado espacio de tiempo. Estaba escrito que, el que había sellado con su genio la paz del continente, el que había llegado con sus fuerzas a la cumbre de los honores, y dejado su nombre ileso, debía desaparecer, no bajo el peso de las fatigas ni de la gloria que abruman a la naturaleza física, y sí bajo la bala fratricida que, en la noche del crimen, solicita a su víctima y la derriba. Pero también estaba escrito, que de esta noble figura, cuyos méritos llenan la historia del continente,

y que tan admirada ha sido por todas partes, no quedarían ni los restos mortales, que son para las naciones civilizadas el recuerdo perenne que guardan con orgullo.

Para estos hombres que desaparecen por exceso de virtud no hay cruz que señale el lugar de su descanso, ni fosa que los guarde, ni inscripciones que los recuerden a las generaciones futuras. Todo enmudece ante el cuerpo de la víctima de una idea política o religiosa, de una venganza innoble o de una envidia fratricida. Y gracias al corazón caritativo que haya amortajado su cuerpo y lo esconda de las miradas humanas y lo entregue al tiempo.

¡Así había desaparecido Sucre de la memoria de los gobiernos y pueblos de América, y así han desaparecido sus restos mortales, confundidos, pulverizados, sin dejar una sola memoria, ni en los anales de la familia, ni en la historia de América. Los reclamó Venezuela, la primera en hacer justicia a los hombres de la revolución; quiso colocarlos al pie del túmulo que guarda los del gran Bolívar; invitó a los pueblos a contribuir con su entusiasmo a la apoteosis del héroe y no encontró de éste ni el polvo! Habían ya entrado en la ley de la metamorfosis; se habían convertido en tierra; había desaparecido por completo el hombre físico, cuando era reclamado el hombre histórico.

¿A quién culpar? ¿Y qué necesidad tenemos de culpar a nadie, si la censura no contribuye en nada a la gloria de la víctima? ¿Qué importan a la generación actual, los extravíos, la ingratitud y aún la condescendencia criminal, si cada época tiene su carácter, sus tendencias y sus fines? ¿Para qué traer ante la justicia humana a gobiernos y a sociedades culpables que ya han desaparecido, y llevaron al sepulcro la reprobación de sus hechos? Lo pasado, que está todavía cubierto por las sombras del crimen, no debe entoldar, con sus fantasmas las claridades del reconocimiento.

La desaparición de las cenizas de Sucre, ignoradas, confundidas quizá con las de sus victimarios, está en armonía con la muerte que le cupo. ¿Para qué volver a la luz ese brazo fracturado por la bala de Chuquisaca? ¿Para qué presentar ese cráneo donde se albergó la bala de Berruecos? ¿Acaso Abel podría levantarse en presencia del instrumento de Caín? Esos restos están ya en la noche eterna: pertenecen, no a los pueblos, sino

al tiempo y al espacio. Removerlos sería abrir de nuevo la herida mortal cicatrizada por la muerte. Podrían hablar, y brotar sangre, y lanzar gritos de maldición, contra América; podrían enardecerse, y arrojar llamas de venganza que irían, con la velocidad del rayo, a desmoronar tumbas ya cerradas y sobre las cuales han fallado Dios y la justicia humana. Sí: paz para esos sepulcros, y perdón para los criminales que han desaparecido: fueron americanos y están juzgados.

No habrá para Sucre bajel que lo conduzca en triunfo de uno a otro mar, ni séquito que lo acompañe, ni playa que lo reciba, ni lo saludará el cañón, ni las banderas de América manifestarán a media asta el duelo nacional. No habrá para el vencedor ni oriflamas, ni pendones enlutados, ni tañidos de campanas, ni marchas fúnebres, ni panteón que lo reciba. Si la apoteosis del hombre consiste en conducir con pompa sus restos mortales al templo de la gloria, Sucre no tiene apoteosis. Sus restos los confundió el tiempo para sepultarlos en el océano del olvido; pero ahí están los Andes que le pertenecen: el pedestal de su estatua es el Pichincha.

Cuando Venezuela envió al señor Guerra Marcano a reclamar amistosamente del Ecuador las cenizas del vencedor en Ayacucho, las naciones limítrofes al saberlo, se prepararon a contribuir a una ceremonia que debía tener un carácter americano. Este propósito ha fracasado en la forma, pero no en la idea; el hombre histórico no ha muerto. Sucre al desaparecer como materia se ha agigantado en gloria. Su gran figura sobre las alturas del Titicaca está fija y radiante. Conquistó la altura, y la altura le pertenece. El lugar de la cuna no tiene privilegio cuando la gloria ha sido múltiple. Como Bolívar, Sucre, hijo también de Venezuela, pertenece a la América, y es deber y honra de América hacer su apoteosis.

¿Cómo? ¿De qué manera? Con el arte, el arte que cincela la estatua que resiste a las injurias del tiempo, como el que con el buril del ingenio e inspirado por las musas del Canto y de la Historia inmortaliza a los hombres preclaros. LA APOTEOSIS DE SUCRE, así debe llamarse el libro a cuya elaboración contribuyan con sus historiadores y poetas, Venezuela, Colombia, El Ecuador, El Perú, Bolivia, Chile y la República Argentina. Esta obra americana, producción intelectual de nuestros hombres de letras, sería la más bella ofrenda que podría hacerse al varón insigne cuya

memoria tiene que ser imperecedera. En esta obra deben atesorarse no sólo las contribuciones de cada pueblo en honra del héroe, sino también todos los documentos oficiales, discursos, manifiestos, proclamas, correspondencia, etc., etc., del Mariscal Sucre. Esta obra sería única en su género y llevaría un carácter de justicia, que haría olvidar el silencio que por tantos años ha pesado sobre la tumba del predilecto de Bolívar.

Las musas de la Historia y del Canto, hermanadas en honra de Sucre, tal es el pensamiento que anima al gobierno y al pueblo de Venezuela. Tres o más escritores nombrados por cada gobierno bajo la iniciativa del de Venezuela formarían el cortejo que conduciría al hombre célebre al Panteón de la Historia, no con los arreos de la muerte sino con las galas del triunfo; no con las pompas de la materia, sino con las claridades del espíritu.

Tenemos tiempo; ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho. Celebremos este día americano con las pompas de nuestro ingenio. Los grandes infortunados exigen reparación general; y la gloria velada por la sombra del olvido reaparece imponente el día de la justicia. La lobreguez de Berruecos ha desaparecido desde el momento en que se sepultó en los antros de la montaña el último de los espectros. Ayacucho será siempre la síntesis de un libro inmortal.

Sucre va a entrar por la puerta del Panteón, sin heridas, sin sangre, sin odios, sin venganza, incorpóreo, justiciero, radiante. Los muertos no poseen la memoria del mal, sino de la virtud. Levantarse de la tumba para recibir la corona del triunfo, es resucitar a los días del deber cumplido. Sucre no ha muerto todavía, aguarda.

ORÍGENES VENEZOLANOS

LA PRIMERA COLONIA EN AGUAS DE VENEZUELA
1498-1550

I

REFIEREN LOS CRONISTAS castellanos que, cuando los parias, desde las costas occidentales del golfo de este nombre, saludaron, en 1498, las carabelas de Colón, las vírgenes indianas, de bello porte y agraciadas formas, aparecieron delante de los descubridores llevando en el cuello y en los brazos hermosas sartas de perlas. Interrogados por Colón los primeros indios que subieron a bordo respecto del yacimiento de las perlas, indicaron que venían de una isla situada al norte de Paria, donde existían ricos ostiales.

Creyendo el Almirante que las perlas yacían más al oeste, siguió en sus carabelas este rumbo y se detuvo frente a la desembocadura del río Paria, uno de los afluentes del golfo. En tan pintoresco sitio fueron regalados por el cacique de la comarca los oficiales de Colón que pisaron la costa, y también por el hijo del soberano, lo cual no es extraño, porque siempre fue de tierras hospitalarias repetir los obsequios al extranjero que por la vez primera visita las playas de un país desconocido. Después de haber gustado las frutas tropicales, y saboreado el vino de palma en una y otra estancia, cada uno de los oficiales de Colón recibió, en plato de barro indígena, ostras llenas de perlas, que llevaron al Almirante como gaje de aquella tierra hospitalaria, la cual había sido bautizada por el Descubridor con el nombre de *Tierra de gracia*. Una apertura de dos leguas, situada en el interior de aquella costa y que conduce hacia un golfo que bañan aguas de cuatro ríos, hizo que el Almirante distinguiera aquella región pintoresca con el nombre de *Golfo de las perlas*, aunque no era allí donde existía la suspirada concha con que acaban de agasajarle los caciques de la comarca.

Convencido Colón de que por el oeste no había salida al mar, dirigió sus proas hacia el norte, y después de vencer mil dificultades en la temida boca del golfo de Paria, que llamó del Dragón, por los sustos que le inspirara, entró libre y sin zozobras en el mar antillano, por entre el grupo de islas que constituyen hoy la porción oriental del Territorio Colón. Pensaba en los ostiales situados al norte, de que le habían hablado los indios parias; y ya se aproximaba al sudeste de la isla que llamó Margarita, cuando vio en la cosa oriental de la vecina tierra, buzos indígenas que se zambullían y tornaban a la superficie cargados de ostras. Colón acababa de descubrir los ostiales de la isla de Cubagua, situada entre Margarita y Coche, cima desierta, sin agua, sin leña, visitada por los pescadores guaiqueríes, donde iba a levantarse la primera ciudad frente a las costas de Paria; aquella Nueva Cádiz que ostentó sus riquezas e hizo gala de sus edificios y de su comercio, y que al través de los tiempos debía desaparecer en medio de los cataclismos de la naturaleza, al agotarse los indios y las perlas, y al alejarse de ella, como de suelo maldito, los seres que la habían explotado durante cincuenta años.

Con el deseo de establecer relaciones con los naturales que, agrupados en la costa, contemplaban las naos castellanas, Colón despachó, en un bote, a un marinero provisto de un plato de Valencia. Desde el primer momento llamóle al castellano la atención cierta india que en el grupo descollaba, por tener sobre el cuello sartas de perlas, y a ella se dirigió por tal motivo, haciéndole señas y ofreciéndole el plato que llevaba. Ambos se comprenden y se acercan: el marinero rompe el plato en dos pedazos, lanza los tiestos a la hermosa guaiquerí, y ésta le corresponde con el collar de perlas que adornaba su garganta.

Al momento torna el bote a las carabelas, y Colón, lleno de regocijo, pondera aquella tierra que tantas maravillas le ofrecía. Nuevo bote cargado de oficiales, todos éstos provistos de platos de Valencia y baratijas, se dirigen entonces a la costa; y en esta ocasión las indias se disputan la adquisición de los platos, dando los brazaletes y collares que poseían, por obtener lo que para ellas era superior en belleza: el objeto de barro exornado de figuras coloridas, realzadas por el esmalte, que por primera vez contemplaban.

El primer plato castellano en las costas situadas al norte de la América

del Sur acababa de ser admirado por las tribus guaiqueríes, las cuales trocaron con delirio aquella obra de la cerámica europea, por las ricas perlas que hasta entonces les había proporcionado el antillano mar. De choza en choza y de tribu en tribu, los platos de Valencia, como don del cielo, fueron admirados. Eran dos civilizaciones que se encontraban: la una con la belleza del arte, fuerte, inteligente, vestida; la otra con el arte de la naturaleza, hospitalaria, salvaje, desnuda. Si sorpresas, alegrías y deseos despertaba la una, sorpresas, alegrías y deseos despertaba la otra. En vista del éxito, indios y castellanos se felicitaron; sólo Colón se entristeció, pues acababa de descubrir la primera brecha por donde la más despiadada codicia, cual impetuoso alud, iba a precipitarse sobre la costa del continente, sin que nadie pudiera contenerla. Inquieto, temeroso, y desatendiendo las súplicas de sus oficiales, que le estimulaban a que permaneciera en aquellos sitios, el Almirante dejó la costa de Cubagua, y, siguiendo entre ésta y la Margarita, hizo rumbo a La Española.

Había sonado la primera hora de un drama de sangre, en el cual todo tenía que desaparecer: ostiales, edificios, víctimas y victimarios, indios y conquistadores, después de cincuenta años de orgías y de atropellamientos.

¿Qué es Cubagua y dónde está? Cuando en los tiempos geológicos de América se levantaron las filas de cumbres submarinas paralelas a la cordillera de la costa venezolana, sobre las aguas aparecieron cimas elevadas que han venido a ser con el tiempo las numerosas islas que se encuentran de oriente a poniente, y que constituyen hoy el Territorio Colón. Una de ellas es Cubagua, situada entre la isla de Margarita y la de Coche; cima desierta, sin agua y sin árboles; terreno árido, cubierto de malezas y zarzales, e inhabitable, porque desde la época prehistórica del continente, sólo la visitaba el indio pescador para sacar de las profundas aguas que le bañan la perla con que embellecía el cuello y los brazos de las vírgenes de Paria. Pero desde el día en que Cubagua dejóse sorprender su pingüe riqueza por el conquistador sediento de aventuras, de glorias y de oro, Cubagua se vio esclavizada. Dióle entonces agua potable el río de Cumaná, leña y forraje la vecina Margarita, víveres y objetos domésticos el castellano. Aliado de éste se mostró el indígena; el cambio de productos abrió la vía del comercio; y todo marchaba próspero y risueño, cuando armada con

los marciales arreos, apareció la codicia, y el fuerte venció al débil en larga y singular contienda. Estaba escrito, que después de descubierta la perla por el conquistador peninsular, debía venir, como forzosa consecuencia, la esclavitud del indio, y la muerte con pos de ella.

Sobre la costa oriental de la isla de Cubagua, y después de la partida de Colón, aparece el primer rancho, y tras del rancho del tinglado, la tienda de campaña; atraca a orillas de la costa la primera carabela, y con ella los primeros explotadores de la perla. Apréstase el buzo guaiquerí a la faena, y lleno de entusiasmo zambúllese en las olas para sacar las primeras ostras que abrieron el comercio entre Venezuela y los mercados europeos. Poco a poco iba levantándose la que después había de llamarse Nueva Cádiz, y lentamente iba subiendo la marea de codicia, cuando llegó el momento supremo del ultraje, aquel en que el indio obedeció al chasquido del látigo, y dobló la cerviz para recibir sobre el rostro y los brazos el hierro candente: la señal afrentosa del esclavo.

Cubagua es la primera feria de la riqueza indígena; la primera colonia desde la cual el conquistador debía despoblar a Venezuela; el gran mercado de esclavos que abre la historia de la conquista española en la porción sur del continente. Cubagua es el punto de reunión de los filibusteros salteadores de la familia americana, y de todos los malhechores que, cual monstruos salidos del abismo, destruyeron en el espacio de cincuenta años, lo que la providencia había concedido a aquellos sitios: la perla que guardaban las aguas; el indio libre, hospitalario, amante del hogar, destinado a sucumbir por el hambre y el dolor.

Cubagua es cuna, feria, colonia, campo de muerte, prisión y tumba. Allí fueron conducidas las familias indígenas de todos los puntos de la costa por mercaderes salteadores, para ser esclavizadas. ¿Qué significaba aquella C enrojecida, humeante, que arrancaba ayes lastimeros y dejaba surcos de sangre sobre el rostro de las madres, de los jóvenes, de los niños arrebatados al calor de sus hogares, para ser conducidos a La Española como esclavos? Castilla, Caribe, Cubagua, ¡qué importa lo que significaba esa inicial, si ella deja siempre sobre el cuerpo del hombre libre el sello del oprobio y de la muerte!

El día despuntaba, y con él el chasquido del látigo sobre la espalda del

buzo guaiquerí. Pocos minutos eran concedidos al miserable para respirar; y después de tantas fatigas no alcanzaba por recompensa sino escasísimo alimento, y acaso limitados sorbos de agua con que aplacar la sed devoradora, para en seguida ver llegar la noche, y con ella la prisión, y la cadena al cuello, y sorprenderle el primer rayo de luz del nuevo día, como el presentimiento de una muerte próxima.

Nueva Cádiz, la antigua ciudad que en las islas de Venezuela precedió a la de Cumaná, llegó a tener en 1527 Ayuntamiento, que ostentó sobre su puerta el sello de armas de la España de Carlos V. Para esta fecha existían en aquella ciudad hermosas casas, templos y almacenes; y numerosos mercaderes de perlas, de agua, de comestibles y de todo aquello que es necesario para la vida, viajaban de continuo a la ciudad, fomentando así la industria y el comercio.

Pero aquella orgía, aquel infame tráfico de esclavos, debía concluir en no lejanos días; aquella Sodoma de la codicia iba a desaparecer entre las convulsiones de la tierra y los espasmos del huracán. En cierto día del año de 1543, bambolearon los edificios de Cubagua y se desmoronaron; soplaron con formidable ímpetu los vientos, y Nueva Cádiz sucumbió. Pocos años más tarde la ostra llegó a extinguirse, y lo que quedó de los antiguos pobladores, hubo de huir a otras regiones, por no tener allí los medios necesarios para el sostenimiento de la vida. Y Cubagua, después de cincuenta años de haber sido descubierto por Colón, volvió a ser lo que en los tiempos prehistóricos, es a saber: tierra árida, sin agua y sin vegetación. Había visto extinguirse sus ricos ostiales y los indios que los guardaban, desaparecer la ciudad que próspera creciera, y convertirse al fin en tumba de un pueblo sacrificado por la codicia de los hombres.

El viajero europeo que con frecuencia pasa hoy por la costa donde estuvo Nueva Cádiz, no puede darse cuenta de lo que allí pasó durante los primeros cincuenta años del siglo XVI; no preguntará tal vez lo que significan aquellas ruinas que a flor de tierra lamen las olas del mar antillano, quizá para ocultarlas a la mirada del curioso caminante. Si fuera posible que los muertos surgieran de la tumba, oiríamos a los unos contar sus desventuras, sus dolores, su martirio, y gozar al verse libres de las persecuciones de los hombres; oiríamos a los otros confesar las infamias de que

fueron actores en la vida, y entristecerse al no poder continuarlas en los abismos de la muerte.

II

Departamos acerca de estos cincuenta años de tropelías, de horrores, de crímenes que siguieron a la partida de Colón de las aguas de Cubagua y Margarita[1]. Quizá se proyectaron en la mente del Almirante los años de devastación que debían seguir al descubrimiento de las perlas; y sólo así podemos explicarnos el silencio que guardó respecto de la riqueza inesperada de los ostiales en su célebre carta a los reyes católicos, que es un hermoso resumen del tercer viaje del Descubridor de América. Este silencio estudiado y el no haberse dejado seducir de sus oficiales que con instancia le suplicaron que permaneciera por algunos días más en región tan favorable, manifiestan muy a las claras que Colón quiso guardar un secreto que por sí solo debía transparentarse; pero que exagerado por las mil bocinas de la codicia, hubo de llegar a las regiones vecinas de las Antillas y después a las costas europeas, poblado de visiones halagadoras y de promesas capaces de tentar el corazón de los expedicionarios y aventureros, de toda prosapia.

Así sucedió en efecto, y apenas dejó Colón los mares de la futura Nueva Andalucía, cuando las costas de Cubagua comenzaron a ser visitadas por codiciosos de La Española. La primera expedición que sigue el derrotero de Colón es la de Ojeda, que tiene efecto en 1499. Este compañero del Almirante comercia con los moradores de Cubagua, sigue a lo largo de la costa occidental, descubre el golfo de Coquivacoa, ensancha la obra de Colón y regresa a España. Sigue a esta expedición la de Niño y Guerra, en la misma época. Estos se detienen en Margarita y Cubagua, se hacen de gran acopio de perlas y otros artículos de comercio. Esta expedición, que tanto

1. La línea que indica el derrotero de Colón al dejar el golfo de Paria, según Codazzi, corre al este de las islas de Margarita, Cubagua y Coche, y a gran distancia de éstas; lo que parece indicar que Colón no visitó estas islas; pero la línea de Navarrete figura en el canal que separa la Margarita de Cubagua, y de ésta sale para continuar a La Española, lo que revela que el Almirante se detuvo entre las islas de Margarita y de Cubagua.

contribuyó al conocimiento geográfico del continente, hubo de ser adversa a sus empresarios, pues a pesar de haber sido considerable el número de perlas que entregaron a las autoridades españolas, como quinto que pertenecía al rey, se les acusó de haber defraudado otro tanto, por lo cual fueron perseguidos. Sin pruebas que les condenaran, salieron triunfantes y gozaron, como dice Navarrete, de la envidiable reputación de haber llevado a remate con toda felicidad, el viaje más rico que se había hecho hasta entonces al Nuevo Mundo[2].

A la expedición de Niño y Guerra sucedió la de Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Pedro Alonso, la cual zarpó de las aguas de España, a fines del mismo año de 1499. Pertenece a este conquistador, compañero de Colón, el descubrimiento del río Amazonas, en 1500. Después de mil penalidades en las aguas del gran río, pudo retroceder al golfo de Paria para seguir después a La Española. Si el viaje de Niño y Guerra había sido fecundo en riquezas adquiridas, el de Pinzón fue desastroso y rico en aventuras: perseguido por sus acreedores, no le quedó sino la gloria y el recuerdo de su descubrimiento.

Ya para esta fecha –1500– como cincuenta aventureros de La Española habían plantado sus reales en la isla de Cubagua, constuido ranchos, levantado toldos y barracas y conducido la herramienta necesaria para la pesca de la ostra. La fama del viaje de Niño, las nuevas perlas que cambiaban los indios y la adquisición que habían hecho los marineros en las diversas expediciones, contribuyeron a que el nombre de Cubagua, como el descubrimiento de todo tesoro, alertara, no sólo a los castellanos, sino también a los aventureros de todos los países. A poco comenzó a desarrollarse la población y a establecerse en ésta el comercio, según el agrado de cada cual. Unos se ocuparon en traer la leña de Margarita, otros en conducir el agua del río de Cumaná, siete leguas distantes, los más en la pesca de la ostra, como negocio lucrativo. Al principio, los indios fueron ganados con bagatelas traídas de España, y con promesas lisonjeras, idioma de todos

2. Martín Fernández de Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Coordinada é ilustrada, por don Martín Fernández de Navarrete*, Madrid, Imp. Nacional, 1829-1859, 5 v.

los embaucadores; pero no pasó mucho tiempo sin que la fuerza, sostenida por la codicia, se armara en contra del infeliz indígena y obligara a los oriundos de la isla a trabajar solamente en beneficio de los especuladores. No siendo suficientes los naturales para el trabajo de la pesca, se trajo de las islas Lucayas un gran número de indios esclavos, quienes, como buenos nadadores y buzos, dieron al comercio de la perla mayor impulso. Como máquinas fueron empleados estos nuevos obreros, que después de trabajar todo el día, bajo la influencia de un sol abrasador, mal alimentados y peor tratados, eran amarrados con cadenas durante la noche, como presa que se asegura para que no huya. El comercio de los esclavos, tanto de los guaiqueríes como de los lucayos, se hizo cada vez más notable, y hubo años en que el precio medio llegó a ciento cincuenta ducados, lo que en aquella época podía considerarse como exorbitante.

Como del producto obtenido era necesario apartar el quinto del rey, el fraude se hizo cada día más notable, supuesto que no existía en la chusma de explotadores ni orden ni plan gubernativo, sino la ley del más fuerte, que desobedecía a la débil autoridad enviada a la isla por la Audiencia de La Española. A pesar de todos los robos, el quinto del rey subió en los primeros tiempos a quince mil ducados por año, y es de suponerse que otro tanto era defraudado a los derechos de la Corona.

Puede decirse que para 1509 la población de Cubagua estaba establecida y contaba con los recursos necesarios de un pueblo naciente. En esta época fue cuando el rey, satisfecho con el producto del quinto, ordenó que se poblara la isla, y recomendó a don Diego Colón, gobernador de La Española, que en ello pusiera diligencia, pues sabía que los habitantes de aquélla, abusando de los indios lucayos, defraudaban seriamente la renta de la Corona, y provocaban la insurrección de los naturales[3]. Así continuaba la prosperidad de Cubagua, cuando para 1513 la insolencia de la población llegó a su colmo. Infatuados con las riquezas que les proporcionaba mano esclava, no obedecían las órdenes de la Real Audiencia de La España, eludiendo de mil maneras las disposiciones de ésta. Ya se había disminuido

---

3. Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia de las Indias occidentales*, Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1723, 4 v.

en algo el producto de los ostiales, y los aventureros devorados entonces por la sed de nuevas riquezas, se resolvieron saltear a los moradores de las naciones comarcanas en solicitud de indios pacíficos, que cogidos con engaño o a la fuerza, eran conducidos a La Española, donde se vendían como esclavos. Desde entonces comenzó en el continente este comercio inicuo, que fue seguido de la introducción de africanos.

Con el fin de remediar este mal, la Audiencia enviaba a Cubagua en diversas épocas jueces pesquisidores encargados de vigilar el orden y de corregir los abusos, pero fue chasqueado el deseo de aquella Corporación, pues los jueces se vendían y se incorporaban a la pandilla de aventureros, que hacía años sabía evadir tanto las disposiciones del Gobierno de La Española, como las reales cédulas del monarca. Sólo lograron los jueces que se pensara en fundar el pueblo con orden y método, dándole dirección al caserío y fijando los lugares que debían servir para las aduanas, oficinas, edificios del gobierno y depósitos de los particulares. Para 1515, la población se ostentaba ya con todos los honores de un pueblo fundado por hombres civilizados, cuando fue atacada la isla por los piratas caribes, que deseando participar del botín castellano se habían citado para determinado día de este año. Afortunadamente la llegada de un navío extranjero en los instantes del ataque, y los esfuerzos de los españoles de la isla, lograron rechazar por completo a los invasores. No era el temor de las expediciones indígenas lo único que podía sobresaltar a los moradores de Cubagua: la necesidad de conducir el agua desde lejos era causa de constantes motines y tropelías en las costas del golfo de Cariaco, y por los que en muchos casos tuvieron los castellanos que luchar brazo a brazo con los astutos guaiqueríes que con frecuencia salían al encuentro de los conductores de bocoyes. El levantamiento más tarde de la primera fortaleza de Cumaná, en 1522, puso fin a estos desmanes entre los habitantes de un mismo pueblo, y Cubagua continuó en su progreso sorprendente. Casas de mampostería se levantaban por todas partes, a proporción que se desarrollaba la riqueza de los habitantes. Según refiere uno de los conquistadores de Venezuela que presenció el incremento de esta colonia, sobresalían entre los edificios de Cubagua los de Barrio Nuevo, Barrera, Herrera, Castellanos, Beltrán, el mariscal Diego Caballero y otros magnates, primeras entidades en aquellos

días, de la tierra venezolana. Pero tanta prosperidad no debía continuar sin amarguras, que la dicha es transitoria[4]. A consecuencia de la destrucción de los monasterios en las costas del continente en 1520 por causas en que nos ocuparemos más adelante, tuvo efecto una nueva expedición de los indios triunfantes en Maracapana y Cumaná, la cual atacó de nuevo las costas de Cubagua. Al saberlo el alcalde mayor Antonio Flores, flaquea del ánimo y sin darse cuenta de su cobardía, contagia a la población, y casi todos resuelven huir a La Española, no obstante de tener trescientos hombres hábiles, dos carabelas, y armas y municiones en abundancia. Embarcados en las dos carabelas y en otros buques menores abandonaron la capital, dejando como botín al invasor, gran cantidad de vino, de vituallas, y artículos de valor. Al divisar esto los indios que desde el mar atisbaban la ocasión, se precipitan sobre el poblado abandonado y lo saquean a su gusto. En él se holgaron, danzaron, inspirados por el licor de Baco, destrozaron cuanto pudieron, robaron lo más y salieron. Este suceso desgraciado fue después la causa de las matanzas de Ocampo y de Castellón, con quienes regresaron los fugitivos de Cubagua, y que motivó el levantamiento de la primera fortaleza de Cumaná en 1522.

Había llegado el momento en que debía bautizarse el primer pueblo fundado en Venezuela, primera colonia comercial del continente. Por orden imperial se le puso a la ciudad el nombre de Nueva Cádiz[5]. No sabemos a punto fijo, cuál fue la población que tuvo en esta época, pero es de presumirse que pasaba de mil quinientos habitantes, pues la solidez y abundancia de las casas indicio era de que aquélla se desarrollaba. Mandó el emperador más tarde, en 1527, que pudieran los vecinos elegir, entre ellos, un alcalde ordinario cada año, el cual debía conocer de los pleitos civiles y criminales, con tal de que no fuese escogido entre los oficiales reales. Proveyó a la isla de ocho regidores que fueron: Giraldo de Viernes, Andrés Fernando, Vicente Dávila, Francisco de Portillo, Alonso de Rojas, Pedro de Alegría, Martín de Ochandiano (éste también con el empleo de tesorero

4. Nada nos dice el primer historiador de Venezuela, fray Simón, respecto de la fundación de Cubagua, desarrollo y comercio que tuvo esta isla durante los primeros treinta años del siglo XVI.
5. Nueva Cádiz, capital de la isla de Cubagua.

de la isla) y Juan López de Archuleta, que fue nombrado veedor. Dispuso también el soberano que se quintase el producto de las perlas, en cualquier lugar del continente donde se descubrieran, *prohibiendo con grandes penas* que las oradasen. Mandó igualmente a Pedro de los Ríos, para que pusiera al Fisco en posesión de la isla de las perlas. En esta misma fecha regaló el emperador quinientos pesos para la reedificación de la iglesia de Nueva Cádiz que había sido quemada; dotó a la ciudad de un regimiento al mando de Pedro Ruiz de Matienza, y concedió al capitán Jácome Castellón un escudo de armas que representaba la fortaleza que había levantado en las costas de Cumaná, y que tanto había contribuido al desarrollo de la población de Cubagua.

Contentos se hallaban con estas concesiones reales los moradores de la colonia, cuando fueron de nuevo atacados y en gran número, por los piratas caribes. Feroz fue la embestida, pero sostenida y valerosa la defensa. Después de rudo combate por ambas partes, vencieron los españoles con pérdida de algunos soldados, mientras que en las huestes indígenas la mortandad fue numerosa. Salváronse, no obstante, cien indios, que embarcados en sus canoas, atacaron a los pocos días a Puerto Rico. De la consumación de este suceso, se originó la real orden por la cual se dispuso esclavizar a todos los caribes, como hombres indignos de consideración. En estos mismos días un milanés, Luis Lampugnano, hijo del conde del mismo nombre, se ofreció al emperador como autor de un aparato que serviría para la pesca de las ostras en Cubagua, sin necesidad de buzos que fueran al fondo. Concedióle privilegio el monarca por el término de seis años, con la condición indispensable de que apartara la tercera parte del producto en beneficio de la Corona. Pero apenas los vecinos de Cubagua, conocedores de la concesión, vieron llegar a Lampugnano, le salieron al encuentro diciéndole: "Volved casa del Emperador y decidle que si él es tan liberal para disponer de lo que no le pertenece, no tiene el derecho de disponer de las ostras que viven en el fondo de los mares"[6]. Carlos V tuvo a bien anular el privilegio, alegando que la licencia concedida era con la condición de que la pesca no comprendiese los dominios de los señores de

6. Girolamo Benzoni, *Historia del Mondo Nuevo*, Venecia, Francesco Rampazetto, 1565.

Cubagua. En virtud de esta resolución, Lampugnano no pudo pagar los enormes gastos de la expedición, y después de haber permanecido cinco años en Cubagua murió en un acceso de locura.

Mas Cubagua que había despertado hasta entonces la codicia de los conquistadores, debía también despertar la extranjera, patrocinada por los españoles. Eran los días en que debía comenzar la célebre historia de los filibusteros, que tuvieron por ley la fuerza, y por norte la rapiña. Fue a mediados de octubre de 1528 cuando se presentó en las costas de Margarita una expedición de filibusteros franceses. Consistía la escuadra aventurera en una nao grande, una carabela robada a los portugueses en el mar, y un patache, la que conducía ciento sesenta hombres bien armados, y con los elementos de guerra necesarios. El piloto de esta pequeña escuadra era un español natural de Cartaya, llamado Pedro Ignacio, quien quiso aliarse con los franceses en contra de sus compatriotas. Las autoridades de Cubagua, sabedoras del arribo de los franceses a Margarita, se pusieron en armas y aguardaron.

Tan luego como se presentó la escuadra filibustera en las aguas de Cubagua, salieron en un bote los empleados del puerto para cerciorarse de quienes eran los nuevos huéspedes. A las primeras preguntas de los españoles contestaron los franceses, diciendo que era la nao "Sarco" que venía de Sevilla; contestación que los vendió al instante, pues la "Sarco" había llegado muchos días antes. Los franceses invitaban con bellas frases a los españoles a subir a bordo para poderlos aprisionar de esta manera; pero los castellanos, conocedores de esta treta, de que ellos se valían para coger a los indios, supieron retirarse para dar aviso oportuno a los de la ciudad. Los filibusteros simulan alejarse, mas al siguiente día aparecen en las aguas del puerto y tratan de desembarcar sus soldados; pero nada pudieron conseguir porque fueron valerosamente rechazados por los de Cubagua. Enfurecido el capitán francés comenzó entonces a bombardear la ciudad, la cual contestó con igual entusiasmo. Al instante ordenan las autoridades de Cubagua armar los bergantines y carabelas, que forman un total de más de treinta embarcaciones, en las que salen parte de la fuerza militar y gran número de indios armados de flechas envenenadas; arremeten con ímpetu y al grito de abordaje llegan a la carabela enemiga, que los recibió con bo-

las de alquitrán y abundante lluvia de balas. En la reyerta quedan fuera de combate dos españoles, y trece franceses heridos por flechas envenenadas, que expiran en medio de atroces convulsiones. Después de este ataque cesa el combate y los franceses tratan entonces de negociar por las buenas las mercancías que traían; mas nuevo incidente vino a perderlos, y fue que escapados de a bordo unos vizcaínos y navarros, prisioneros de los invasores, fueron a tierra y revelaron a las autoridades que éstos eran unos ladrones consumados que tenían el proyecto de apoderarse de la isla. Esto fue lo suficiente para que con la velocidad del rayo, los españoles, levantados como un solo hombre, jurasen morir o echar a pique los navíos extranjeros; y saliendo de nuevo en sus bergantines, arremetieron al patache, donde pudieron tomar armas y más de mil quinientos ducados de ropa; entre muertos y prisioneros hubo treinta y cinco hombres. No pudo el francés resistir, y con su escuadra desmantelada siguió a las costas de Puerto Rico y de La Mona, donde puso en libertad la carabela portuguesa que tenía prisionera, la cual, arribando a La Española, dio noticias del suceso.

Al pronto salió de Santo Domingo una escuadrilla bien equipada, la que después de haber alcanzado a los franceses y batallado con éstos durante dos días, puso en tal estado el patache, que al huir éste en noche oscura, se hundió a consecuencia de las averías que recibiera. Así concluyó la primera de las expediciones de filibusteros extranjeros en las aguas de Venezuela[7].

Los cronistas no están de acuerdo respecto a los pormenores de esta primera expedición. Según Herrera, los habitantes de la Nueva Cádiz entablaron relaciones amistosas con los franceses después del primer ataque, en el que éstos fueron derrotados. Deseaban que los filibusteros les vendiesen sus mercancías, y para conseguir su objeto, enviaron a bordo dos españoles de la colonia, como rehenes, mientras que los franceses desembarcaban sus efectos y podían realizarlos; pues los de Cubagua no querían pagar el rescate que les imponían los extranjeros, y que consistía en mil marcos de perlas. No menciona Herrera a ningún español que

7. Gonzalo Fernández Oviedo y Valdez, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851, 3 v.

viniera de piloto con los filibusteros, ni a ninguno que se escapara de los buques y se refugiara en Cubagua. Sucedió después que, cuando los franceses principiaron a desembarcar sus mercancías, un indio, escapado de la ciudad, se acercó al jefe de la escuadra y le dijo que los de Cubagua habían preso a los franceses que estaban en la ciudad, y que concertaban un plan para dar un ataque nocturno a la escuadra, con el objeto de echarla a pique. Este aviso fue lo suficiente para que zarpara al instante la escuadra llevándose los rehenes, y dejando a sus compañeros en tierra. Después de haber quemado a "San Germán", en Puerto Rico, y robado la isla de La Mona, el jefe de los filibusteros escribió al gobierno de La Española quejándose de la conducta de los de Cubagua y amenazándole con volver sobre la isla de las perlas y sacrificar diez españoles por un francés, en el caso en que fueran maltratados sus compatriotas detenidos en la isla. La única contestación del gobierno de La Española, fue activar la persecución de los filibusteros hasta reducirlos a la impotencia.

III

El triunfo de los españoles llegó a insolentar más y más a los habitantes de la Nueva Cádiz, y desde esta época favorecieron con todas sus fuerzas el incremento de la población, que desde años antes habían principiado a fundar en Maracapana. Componíase ésta de hombres de guerra, quienes, con el pretexto de defender los intereses de la isla de toda invasión indígena, hacían entradas en las comarcas vecinas y se robaba los indios, que conducían al acto a Cubagua, donde eran vendidos como esclavos. En verdad, que tales hombres no podían considerarse sino como cazadores de carne humana. Entre los jefes de comparsa de estos desalmados, figuraba un tal Ojeda, padre, según Las Casas, del conquistador de Coquivacoa.

Tales abusos, tanta crueldad, tenían que influir en la merma y destrucción de las poblaciones indígenas que, acosadas por los castellanos, debían luchar o morir, o huir para internarse en las soledades de las selvas. El monarca español, advertido de un comercio tan ilícito como inmoral, prohibió esclavizar a los indios, estableciendo penas severas para los que continuaran el tráfico. Los de Cubagua comprendieron al punto

que uno de los artículos de su próspero comercio iba a desaparecer, y que desde aquel momento debía comenzar la decadencia de la colonia. A tantas vicisitudes que venían realizándose, debía hacer corolario alguno de los grandes fenómenos de la naturaleza: las convulsiones de la tierra o los azotes del huracán. Acabábase de construir la sólida fortaleza a orillas del río de Cumaná, cuando en la mañana del 1º de setiembre de 1530 el mar de Cariaco infla de súbito sus olas, que avanzan sobre la costa, cubren los árboles y van a perderse en lontananza. Conmuévanse las costas y las islas, hiéndanse las llanuras, desmorónase una porción de las colinas y los estremecimientos continúan por muchos días. A poco manan de todas las grietas aguas sulfurosas, y una de aquéllas llega a convertirse en abra. A los primeros sacudimientos desmorónase la cordillera, desaparecen muchas chozas de los indios, cunde el espanto, y el temor se apodera de los moradores de Cubagua:

Pues en esta sazón faltando guerra
Hubo tan gran temblor y movimiento,
Que derribó de la vecina sierra
Gran parte con mortal asolamiento:
Del bárbaro vecino desta tierra
Cercano del horrendo rompimiento
Bramidos de las ondas fueron tantos
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,
Y con temor la vida despedían,
Los que vivos quedaron ya dijeron
La causa deste mal que padecían:
Que fue por las maldades que hicieron
En aquellos que mal no merecían;
También del terremoto y asperezas
Cayó gran parte desta fortaleza.[8]

8. Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, M. Rivadeneyra, Editor, 1874, v. 1.

Poco a poco, cuando pasó el fenómeno, volvió el contento a los felices castellanos que apuraban la vida en aquellas regiones y satisfacían a despecho del infeliz indígena los más desordenados apetitos de la codicia, de la lujuria y de la crueldad.

En 1532 aparece en Cubagua el famoso Ordaz, que venía de su célebre expedición, la primera efectuada en aguas del Orinoco. Estaba escrito que sería la isla de Cubagua la última estación del fogoso mancebo, pues preso por el jefe de las armas de Nueva Cádiz fue conducido a La Española: en la travesía lo envenenó uno de sus compatriotas. La Audiencia de Santo Domingo, siempre impelida por mandatos superiores a vigilar el orden en Cubagua, y a oponerse a los desmanes de sus habitantes, envió a ésta en 1533 al licenciado Prado, para que tomase residencia a los alcaldes y regidores de la Nueva Cádiz y de la villa de La Asunción en Margarita. Disponía la Audiencia que los oficiales se constituyesen en comisión, y visitasen los pueblos comarcanos en compañía de religiosos y fieles intérpretes, quienes debían hacer a los indios el requerimiento ordinario en presencia de un escribano. Quería la Audiencia con esta medida saber cuál era la opinión respecto de la guerra con los indios, y en caso afirmativo, enviarla autorizada por las firmas de los comisionados al monarca, quien daría al momento las órdenes para acabar con los rebeldes. No necesitaron los explotadores de esclavos una medida más en consonancia con sus deseos, pues de contado que la guerra debía ser la única mira de la comisión.

Pero no había necesidad de la declaratoria para hacer la guerra a los indígenas. Tan disminuido estaba para 1534 el producto de la pesca de ostras, que los explotadores debían solicitar otro artículo de comercio que les reemplazara las utilidades que hasta entonces habían tenido. Por otra parte, los desórdenes y tropelías que no podían evitar las autoridades de la colonia, hacía que muchos de los nuevos aventureros que llegaban a la isla, se decidieran por la industria que contaba con menos competidores. ¡Nada más horrible que el combate personal sobre la tabla vacilante en una noche de naufragio, cuando todas las víctimas, poseídas del instinto de la conservación, se transformaron en fieras hambrientas que se disputan los fragmentos de una presa! Así, los de Cubagua, en los instantes en que los bancos de perlas iban a desaparecer, se venían a las manos con fu-

ror, para poder de esta manera asirse de los últimos despojos de la codicia. Otra causa vino a disminuir la celebridad de los ostiales de Cubagua, y fue que desde 1529 se habían descubierto y principiado a explotar los de la vecina isla de Coche, que habían producido en un mes solamente, más de mil quinientos marcos de perlas, lo que prometía un rendimiento de doce mil al año, por lo menos. Desde 1526 había cedido el rey la isla de Coche al que había sido veedor de Cubagua, Juan López de Archuleta, quien agradecido envió al Monarca los primeros dones que le proporcionaran las aguas de su señorío.

La existencia de los dos ostiales trajo entre las islas de Margarita y de Cubagua, cierta rivalidad que fue creciendo con el tiempo, engendrando enemistades y choques, hasta que por disposiciones reales quedó la Margarita bajo la jurisdicción de Cubagua, ordenando el rey que se concluye cuanto antes la fortaleza que se había principiado a levantar en las costas de la primera de estas islas. Para aquel entonces, 1534, el tráfico de indios favorecido por un tal Jerónimo de Ortal que los herraba en las mismas costas de Venezuela, despertó las rivalidades de los habitantes de Cubagua, que aliándose después con el célebre pescador de hombres, desarrollaron un comercio cuyos incidentes no son para referirse. ¡Afortunadamente hay una Providencia que vela sobre los destinos humanos y sabe castigar en los momentos oportunos! Ojeda, Ortal, Cedeño y todos los favorecedores del horroroso tráfico de esclavos, no tuvieron a poco andar, sino un miserable fin: todos fueron sacrificados en las costas y ríos de Venezuela por las turbas indígenas.

Venganzas tan lógicas como justas en pueblos que castigaban severamente el pillaje, la devastación y la esclavitud de sus padres y de sus hijos, motivó el que el Gobierno acumulara nuevos combustibles que debían alimentar la hoguera. A consecuencia de un acto de piratería cometido por indios caribes en las costas de la Margarita en 1535, renovó el rey su orden de esclavizar a los indios caribes, mandando que se les tuviera por esclavos, que se hiciera uso de ellos y que *se les herrase*, con tal que el hierro estuviese en poder del protector, pidiendo una razón anual del número de herrados[9].

9. Herrera, *op. cit.*

Para 1539, a los depósitos de ostras en Cubagua y Coche se habían unido nuevos descubrimientos en Margarita, Los Testigos y el cabo de la Vela. La zona natural de la perla se ensanchaba, y nuevos explotadores españoles e italianos debían acudir para sacar los nuevos moluscos que durante siglos habían estado tranquilos en el fondo de las aguas[10]. Cubagua llegaba a su ocaso; desaparecía la perla porque había el indio ido a buscarla hasta la profunda tumba de sus progenitores, arropada por la eterna noche de las aguas; pero quedaban todavía del hombre indígena los restos, sentenciados por la codicia y por la ley para recibir sobre sus atléticas espaldas y sobre el tierno brazo de sus hijos el hierro candente, la herradura que debía marcar sobre la piel tostada la escritura de posesión. Así halló Benzoni a Cubagua cuando la visitó en 1542, en compañía de unos mercaderes de esclavos que explotaban a Paria, las costas de Cumaná, Cubagua y otros lugares. Oigamos cómo nos narra el marino italiano estos horrores del comercio español en la primera colonia venezolana:

> Durante nuestra estada en Cubagua –dice Benzoni– llegó el Capitán Pedro de Cálice con más de cuatrocientos esclavos que había cogido; y, fuese por falta de alimento, o por exceso de trabajos y cansancio; fuese por el dolor de abandonar a su patria y a sus padres e hijos, es lo cierto que todos estaban exánimes. Y sucedía que si alguno que otro, bajo el peso de tantos infortunios no podía seguir, los castellanos no queriendo dejarlos, por temor de que conspirasen, los estimulaban a fuerza de golpes, hasta dejarlos sin vida. Lástima despertaban aquellas criaturas desnudas; cansadas, estropeadas y hambrientas, enfermas o inútiles. Las infelices madres llorosas y agobiadas por el dolor, llevaban dos o tres hijos a cuestas; todos amarrados con cuerdas y cadenas en el cuello, en los brazos y en las manos. No había doncella que no hubiese sido deshonrada… Todos los esclavos cogidos por los castellanos eran conducidos a Cubagua, donde los oficiales del rey percibían el quinto, en perlas, oro en bruto y dinero. A todos se les marcaba en la cara y en los brazos con un hierro

10. Según refiere Herrera el rendimiento de las perlas, durante los años de su abundancia, llegó a dos millones de duros. El producto del quinto en los primeros tiempos, alcanzó a quince mil ducados por año; lo que según Humboldt, puede considerarse como muy notable, atendiendo al valor de los metales en aquella época, y a lo escandaloso del fraude. La isla de Coche dio, en los primeros años de su explotación, mil quinientos marcos de perlas al mes.

candente que representaba una C, y los gobernantes hacían después de éstos lo que querían, regalándolos a los soldados o jugándolos a los dados.[11]

Y no era esto lo único que indignaba. La relación de fray Bartolomé de las Casas horroriza:

> Apenas los indios pescadores de perlas ascendían del fondo de las aguas trayendo las ostras, los amos les obligaban a bajar sin darles tiempo para reparar las fuerzas perdidas y restablecer la respiración interrumpida. Si el indio imposibilitado tardaba pocos minutos, el amo lo obligaba entonces a descender a fuerza de crueles azotes. Por esto morían muy en breve casi todos. Su alimento consistía en los desperdicios de la ostra, y en raras ocasiones les daban pan de cazabe; jamás vino ni ningún licor que contribuyera a sostener las fuerzas de sus cuerpos gastados, y cubiertos de escamas por el continuo contacto del agua salada. La cama de estos desgraciados consistía en un cepo donde los aprisionaban cargados de cadenas, para que así no pudieran escaparse. Al amanecer del siguiente día volvían al trabajo: y muchos desaparecían bajo las aguas, víctimas de los tiburones que se los tragaban vivos; otros caían desfallecidos, otros arrojaban sangre por la boca, los más eran víctimas del hambre, de las crueldades y de la desesperación.[12]

He aquí un cuadro que no colocó Dante en su Infierno: ¡los hombres espectros, escamados, con surcos abiertos por el látigo, con úlceras siempre húmedas, hambrientos, idiotizados, subiendo y bajando el salado elemento, y trayendo a mano de sus verdugos implacables la prisionera nacarada del Océano!

Esta ola creciente de maldades, este comercio infame que jamás quedaba satisfecho, este asesinato constante de pueblos indefensos que tenían que desaparecer como habían desaparecido los de La Española y los de Puerto Rico; este hacinamiento de víctimas, las víctimas del látigo, de la esclavitud, del hambre, del insomnio, no podía llenar los antros profundos de la más despiadada codicia. ¿Qué faltaba para concluir el horrendo cuadro, después de desaparecer los ostiales y los pobladores de la costa

11. Benzoni, *op. cit.*
12. Las Casas, *Historia de las Indias*, Madrid, Miguel Ginesta, 1875-1876, 5 v.

venezolana y de las islas, y después que el último de los indígenas fuera testigo de la honra arrancada a sus hermanas y de haber presenciado la muerte horrorosa de sus progenitores? Faltaba el huracán que arrasara con toda aquella civilización infame, y el terremoto que lanzara a los aires los cimientos de piedra amasados con el sudor y la sangre indígena.

En cierta mañana de 1543, Nueva Cádiz es víctima, no de los hombres, sino de las fuerzas de la naturaleza. Estremécese Cubagua, y tras esto la azota el huracán. Nueva Cádiz llegaba a su última hora:

El agua de los cielos era tanta,
Y con tan grandes ímpetus venía,
Que el más entero brío se quebranta,
Y el ánimo más fuerte más temía:
Ruido temeroso se levanta
Que de la mar y tierra procedía,
Sobrevino la noche muy escura,
Y con ella grandísima tristura,

No se hallaba ya cosa viviente
Que tuviese seguro de su vida,
Porque la calle va como creciente
De ríos con furor de la venida;
En las casas no puede parar gente
Por los amenazar con su caída,
Y lo que más seguro parecía
Peligro, mal y muerte prometía.

Bien ansí como cuando por acechos
Siguen del delincuente las pisadas,
Que con bastantes armas y pertrechos
Le tienen las salidas ocupadas;
Y aquí le ponen lanzas a los pechos,
Y allí ni más ni menos las espadas,
El cual siendo de tantos rodeado
No sabe que hacerse de turbado;

Salíannos ansí desta manera
Aquí y allí peligros al encuentro,

Pues era grande riesgo salir fuera,
Peligro de la vida quedar dentro:
Tiembla la isla toda donde quiera
Por aire conmovida desde el centro,
Aquel que poseía mejor suerte
Estaba ya gustando de la muerte.

Sólo de Dios se tiene confianza,
Que de la tierra ya nadie se fía,
Pues cuanto mayor era la tardanza,
Tanto más el rigor invalecía:
Las moradas hacían gran mudanza
Y dellas cada cual se retraía,
Huir de las paredes y del muro
Parecía remedio más seguro.
…
Oíamos murmurios y bullicios
No con falaces cantos de sirenas:
Aquí y allí caían edificios,
Las altas azoteas, las almenas,
La casa de los santos sacrificios,
Moradas que yo vi ricas y buenas:
Aquí sonaban voces y allí gritos,
Aquéllas con temor, éstos aflitos.

Lo mejor y lo más fortalecido
Con la gran tempestad viene cayendo,
La trabazón del techo más asido
Con fuerza del temblor se va rompiendo:
Causaba gran temor aquel ruido.
Asombraba la furia del estruendo
De aquellas derrumbadas canterías
Y quiebras de las vigas y alfajías.
…
Aquí sonaba doloroso llanto
Del niño de su madre divertido,
Allí las madres hacen otro tanto
Lamentando su hijo por perdido;
Otras por acullá con gran espanto

Colgadas de los hombros del marido,
Hacen mayores ser los terremotos
Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,
Mas no con una misma destemplanza;
Al fin cesó la fuerza de los vientos
Y llegaron las horas de bonanza:
Ningunos muertos, pero descontentos
Determinados a hacer mudanza
Por no tener recuerdos de vivienda
Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes
Permanecían en sus desvaríos,
Y algunos hombres viejos contratantes,
Que tenían sus barcos y navíos
Que iban y venían como antes
A contratar por otros señoríos
Angosta vida, seca, miserable.
Y tal que no podía ser durable.[13]

Así desapareció Nueva Cádiz.

El terremoto de 1543 no fue para Cubagua sino una de tantas causas que debía contribuir a su decadencia y después a su completa ruina. Treinta años continuados en la explotación de la ostra, el indígena martirizado y vendido, las costas del continente abandonadas, el filibusterismo siempre en actividad como marca viviente en su flujo y reflujo constante; eran causas poderosas para concluir con una población que se había levantado sin contar con la riqueza progresiva de la naturaleza y la acción civilizadora del hombre. A pesar de tanta decadencia, el comercio infame de los esclavos continuó con fuerza desde 1530 hasta 1550. Eran los últimos estertores de la codicia humana; lamiendo el suelo, royendo los huesos, excavando como la hiena las carnes putrefactas del sepulcro. Cincuenta años habían pasado,

13. Castellanos, *op. cit.*

y los principales conquistadores del continente reposaban en la tumba. Se habían anticipado a la completa destrucción de la primera colonia del oriente. ¿Qué quedaba de Cubagua? Quedaban los ostiales carcomidos y con sus gérmenes mutilados para no pulular más, y quedaba un pueblo en ruinas, con escombros que debían servir de guaridas a reptiles ponzoñosos; quedaban momias ambulantes, escuálidas por el trabajo y por el hambre, y en cuya piel se veían los surcos del látigo. Habían desaparecido los padres y los hijos, dos generaciones completas, y quedaban los nietos que arrastraban las últimas cadenas del esclavo, los últimos haces de leña, la última gota de agua. Bajo las olas estaban los cadáveres de sus progenitores confundidos con los despojos de la ostra en el vientre de los tiburones, que habían saciado su hambre con la carne de los buzos indígenas[14].

Según Laet[15] la riqueza natural de Cubagua había desaparecido para 1533; pero como después continuó el comercio de esclavos, hubo de prolongarse la existencia de la colonia hasta 1550, en que fue lentamente despoblándose. Volvió a ser lo que había sido, lo que es hoy: un lugar despoblado, sin vegetación, sin agua, sin recursos; una isla desierta.

Así terminó la primera colonia española en las aguas de Venezuela; y una conquista tan gloriosa en los días en que España acababa de independizarse y arrojar de su suelo a sus opresores de ocho siglos, no refle-

14. En el patio del edificio que fue expresamente construido para la Exposición del Centenario de Bolívar, yace como abandonado un sello de armas esculpido en roca calcárea de Cumaná: es el sello de armas de Carlos V, que figuró sobre la puerta del Ayuntamiento de Nueva Cádiz, capital que fue de la isla de Cubagua, desde 1527 hasta 1550, época en la cual fue completamente abandonada la isla por cuantas razones dejamos narradas en este estudio. Este sello, que pudo sobrevivir a las ruinas de Nueva Cádiz, durante siglos, había sido ya cubierto por las aguas del mar, en la costa donde figuró aquella capital; costa que parece hundirse por causas volcánicas del terreno. Después de pasar muchos años a flor de tierra, y muchos bajo las aguas, fue por casualidad sacado del fondo, en vísperas del centenario de Bolívar, en 1883. Traído a la exposición este recuerdo de la primera colonia en aguas venezolanas, único recuerdo que nos queda de aquella época de exterminio, a nadie llamó la atención. Inútiles han sido nuestros esfuerzos para que este sello de armas de Carlos V sea cuidado como merece; y ocho años hace que figura en el mismo lugar donde lo colocaron, cerca de la sala donde celebra sus sesiones la Academia Nacional de la Historia. ¿No sería posible que la Academia recogiese tan elocuente recuerdo histórico y exornara con él alguna de las salas de tan respetable Corporación?

15. Laet, *Nobus Orbis*.

jó sobre ella sino luces siniestras. La codicia apagó los nobles instintos, la crueldad confundió al hombre con la bestia. Se quiso exterminar una raza como salvaje y antropófaga, y los salvajes y antropófagos fueron los conquistadores. Creyó el indígena en la hidalguía castellana, y la hidalguía fue celada; creyó en las promesas, y fue la promesa mentira. Anduvo siempre la perfidia cubierta de sonrisa halagüeña, y el interés de aire protector; pero en el fondo no hubo virtud, sino bajeza. No fue culpa de España tanto crimen y tanta infamia, sino del Océano que se interpuso entre ella y América. La distancia encubre siempre la verdad, aleja los horizontes y deja en la sombra las orgías del crimen.

La segunda colonia de Venezuela después de Cubagua, puede considerarse que fue la ciudad de Nueva Córdoba, hoy Santa Inés de Cumaná, comenzada en 1521; y la Asunción, capital de la Margarita, en 1525. Como se verá, a la Nueva Toledo de Ocampo debía seguir la Nueva Córdoba de Castellón, orígenes de la moderna Cumaná; mientras que la Asunción debía continuar bajo el gobierno pacífico de Villalobos. Por lo que respecta a la Nueva Cádiz, ahí está su lápida sin inscripción, profundo osario de víctimas sacrificadas por la cuchilla, el hambre, la sed, el sol, el látigo y el escarnio; todos confundidos con los despojos de la ostra que forman la capa petrificada, estéril, que cubre como una mortaja el suelo de aquella región desamparada.

EL PRIMER BOLÍVAR EN CARACAS

A LOS VEINTE AÑOS de haber sido fundada la ciudad de Caracas, carecía ésta de las condiciones necesarias de todo poblado, es decir, la creación de egidos, de propios, de ordenanzas, de archivos; la distribución de tierras y de aguas y de cuanto se conexiona con la vida política y civil de un pueblo, en el cual todo debía comenzar a un tiempo, en beneficio de la comunidad. Habían concluido los tristes sucesos de la gobernación de don Luis de Rojas en 1586, y castigo inmediato alcanzó este triste mandatario por sus ridículas arbitrariedades, cuando llegó a Caracas un varón distinguido de aquella época, el general don Diego de Osorio Villegas, que acababa de desempeñar en La Española el alto empleo de jefe de las galeras guardacostas en aquella región. Con el gobernador Osorio llegaba un vasco notable emparentado con su familia, que hacía treinta años que figuraba en el gobierno de La Española, ya como escribano de Cámara de la Audiencia de Santo Domingo, ya como receptor de penas de Cámara de la misma. Este personaje era Simón de Bolívar, del Señorío de Vizcaya, que venía a compartir con Osorio Villegas los progresos de la colonia venezolana, a la cual dejaría por rico legado un nombre ilustrado por la historia de tres siglos, y por uno de los más gloriosos hechos de la historia moderna: la emancipación de la América del Sur.

¿De dónde viene el patronímico Bolívar, y cuáles son sus antecedentes históricos en los anales vascongados? A orillas del mar Cantábrico hay un río que se desprende de la sierra de Aranzazu en la provincia de Guipuzcoa,

sigue hacia el norte por el valle de Lenis, llega a Escoriaza y desagua en el Deva: ese río se llama Bolívar. El mismo nombre lo lleva al fondo del valle que, entre los dos ríos, está rodeado de elevados montes sembrados de plantas útiles que dan sustento a sus pacíficos moradores. Bolívar se llama otro lugar, al sur de Vitoria, en la provincia de Álava, donde reposa el cuerpo de aquel Segismundo mártir, guardado y venerado en rica arca por los naturales del poblado. Bolívar, finalmente, es el nombre que llevan tres pueblos de la provincia de Vizcaya. Este nombre de las provincias vascongadas no se encuentra en ninguna otra de las de España.

Con las ínfulas de su origen, hidalgo, dueño y señor del solar y casa infanzona de la Rentería, en el lugar de Bolívar, en Vizcaya, se presenta en Caracas el primero de este nombre en América. Al escribir ahora años, en la celebración de la fiesta con la cual fue inaugurada en Caracas la estatua de Simón Bolívar, los *Orígenes del elemento vasco en la historia de Venezuela*, apelamos a la erudición de un distinguido escritor español, que versado en cuestiones de orígenes históricos, podía conducirnos hasta las fuentes más remotas de la familia Bolívar. El renombrado don Antonio de Trueba, con gallarda cortesía, supo corresponder a nuestros patrióticos deseos, con un estudio que versa sobre los orígenes de la familia Bolívar, en la bella región de España que bañan las olas del mar Cantábrico:

"Cuando aparece en la América latina un libro escrito en castellano correcto y puro, y no viciado con los galicismos indisculpables, y los modismos locales mucho más digno de disculpa, que por regla general se advierten en la literatura moderna de aquellos países –dice aquel fecundo escritor–, cuando este libro tiene por principal objeto la resolución de cuestiones históricas que interesan lo mismo a los americanos que a los españoles, cuando su autor, a la par que de un gran fondo de instrucción, de buen gusto literario y de sano y profundo criterio, ha hecho noble alarde de otro gran fondo de imparcialidad y aun de amor al pueblo que llevó la fe religiosa, el idioma y la civilización a América; cuando tal libro aparece, ni un período de la índole de *La Ilustración española y americana* debe callar su aparición, ni entre los escritores españoles debe faltar uno que se encargue de saludarlo. No soy digno de enviar este saludo a un libro de las condiciones que dejo indicadas, publicado no ha mucho en Caracas, capital de la República de Venezuela;

pero como veo que ninguno de mis cofrades literarios desempeña esta justa tarea, me decido a emprenderla, por más que desconfíe de mis fuerzas para darle cabo un poco honrosamente.

"Simón de Bolíbar[16] fue el alma de la revolución venezolana, o mejor dicho, de la revolución de América, y el académico de Caracas empieza por biografiarle. Los escritores americanos, incluso el mismo señor Rojas, no se muestran nunca indiferentes a la oriundez y la genealogía del Libertador (nombre que uso por cuenta ajena, y no en manera alguna por la propia); pero en esta investigación no alcanzan a ver más allá de 1590, en que pasó a Venezuela, con el gobernador Osorio, el primer ascendiente americano del Libertador, que saben únicamente se llamaba como éste, Simón de Bolíbar, procedía y era señor de la casa solar de la Rentería en el lugar de su apellido en el señorío de Vizcaya, y había desempeñado empleos importantes durante algunos años en la isla de Santo Domingo.

"Dejando de seguir por un momento el excelente escritor venezolano, ocúrreme preguntar, como debe ocurrirse a todo el que registre la historia general de ambos mundos, desde que los vascongados con el nombre de cántabros aparecen en la historia, hace más de veinte siglos: ¿qué pueblo es ese que, contando poco más de un millón de habitantes a uno y otro lado de los Pirineos, ocupando un suelo limitado, quebrantado y pobre, componiéndose casi toda su población de rústicas caserías, aisladas en valles y montañas, en menos palabras, llevando la oscura y humilde vida campesina, y casi pudiéramos decir pastoral, se le encuentra en todas las regiones, en todas las grandes empresas, en todas las grandes conquistas, en todas las grandes hazañas, en todas las grandes etapas del trabajo del progreso humano conmemoradas por la historia, desde la resistencia a la invasión latina, hasta la resistencia a la invasión musulmana; en todas las luchas de siete siglos sostenidas para reconquistar la patria de la dominación sarracena; en todas las empresas de descubrimiento, conquista y civilización de nuevos continentes que comienzan cuando acaba la Edad Media? ¿Qué pueblo singular es ese que siendo en el océano de la humanidad como una

16. Don Antonio de Trueba escribe con *b* y no con *v* la última sílaba de este apellido, porque la *v*, dice, es puramente latina y extraña al éuscaro, a que pertenece el apellido de que se trata.

gota de agua en el océano de los mares, tan importante y visible y glorioso papel desempeña en el teatro de la historia? (…)

"No ha podido pasar por el pensamiento de nadie la idea de que yo pudiera cooperar en algún punto a la ilustración de la historia de la América Latina, y no obstante algo puedo ayudar a los escritores americanos en un punto para ellos muy importante, cual es el que se refiere a la oriundez y al apellido de Bolíbar. (…)

"El apellido Bolíbar, que es clásicamente éuscaro equivale a 'pradera del molino', como compuesto de *bol*, radical de *bolu*, *bolu*-a, molino, y de *ibar*, *ibarr*-a, pradera, la pradera.

"Iñíguez de Ibargüen, historiador vizcaíno e inédito como Iturriza, dice que el escudo de armas de la primitiva casa de Bolíbar, llamada Bolíbarjáurregui, para distinguirla de la moderna, tenía una piedra de molino en campo de plata, y estas mismas armas, según testimonio de Iturriza, se veían en la losa de una sepultura de tres personas procedentes del mismo linaje, que existía en el pórtico de la iglesia de Santo Tomás de Bolíbar. En cuanto a la primitiva casa, consta que existió con el molino y la ferrería al lado (que casi siempre tenían las principales casas solariegas de las provincias cantábricas) en una pradera, después de cultivada, orilla del riachuelo que se inicia en la falda septentrional del monte Oiz y desciende por la república de Bolíbar a la cercana villa de Marquina, con dirección a Ondarroa, y por consiguiente al mar. En tiempos relativamente modernos, y cuando el nombre de aquel solar se había generalizado a toda la ante-iglesia[17], los señores de Vizcaya, a quienes por causa que luego diré, había pasado la casa de Bolíbar, establecieron en ésta la *Rentería*, y que era una especie de alhóndiga y oficina donde cobraban dichos señores los derechos sobre el hierro y otros que les estaban señalados por fueros, y así se explica que el nombre primitivo de aquel solar fuese sustituido por el de la Rentería, de donde con razón decía proceder el caballero vizcaíno que con el nombre de Simón de Bolíbar pasó a Venezuela en 1588.

"La casa de Bolíbar existía desde tiempo inmemorial en el sitio indica-

17. Así el nombre como el escudo de armas de casi todos los pueblos vascongados, se tomaron de los de la casa solariega más importante de la localidad.

do. Hacia el año de 1053 tenían los vizcaínos grandes altercados y disgustos con la Sede Episcopal de Armenta a que pertenecían, como durante los siglos subsiguientes los tuvieron con la de Calahorra, que usurpó en 1076 la armentiese. Estos disgustos y altercados procedían de que la autoridad eclesiástica pugnaba siempre por conculcar la libertad foral.

"El obispo de Armentía D. García, acompañado de fuerzas que creyó suficientes para subyugar a los vizcaínos, tuvo el atrevimiento de penetrar personalmente en Vizcaya por la merindad de Durango, e indignados los vizcaínos, le salieron al encuentro entre Aramayona y Arrázola, acaudillados por tres mancebos de la cercana casa de Amandarro, y en la pelea que allí se trabó murió el Obispo, como lo conmemora una piedra que allí hay y es conocida con el nombre *Episticoarriya* (la piedra del obispo), y un cantar que dice:

Amandarroc mutillie ez
Vizcayac pechuric ez,

equivalente a 'Amandarro no tiene ya hijos, pero en cambio Vizcaya tiene libertad'.

"Según se colige de este cantar, los mancebos de Amandarro, o murieron en la pelea o murieron a manos de la justicia; pero no fue tan feliz o desgraciado Gonzalo Pérez de Bolíbar, complicado en la misma resistencia a la invasión episcopal, pues por ello fue desterrado a Francia y confiscados todos sus bienes, incluso el patronato divisero de la iglesia monasterial de Santo Tomás que recayeron en los señores de Vizcaya.

"El linaje de Bolíbar no desapareció de aquella comarca, donde fundó nueva casa, si bien abandonó su antiguo y sencillo escudo de armas, sustituyéndole con el de alguno de sus entronques, de modo que el de la casa moderna era una faja azul y con panelas en campo verde. Los labradores censatarios de los señores de Vizcaya, que en aquella comarca eran veinte y tres, fundaron a principios del siglo X el Monasterio o Iglesia Parroquial de Santo Tomás Apóstol, y la casa de Bolíbar hizo la erección a expensas propias, a condición de indemnizarse con el patronato y diezmos perpetuos. En 1386, siendo ya rey de Castilla, con el nombre de don Juan I, el

señor de Vizcaya, cedió éste el patronato de la iglesia de Bolíbar para la fundación de un hospital anexo a la colegiata de Cenarruza, de que aquella feligresía se desmembró en el siglo X.

"La puebla de Bolíbar forma parte de la ante-iglesia de Cenarruza, una de las ciento veinte y cinco repúblicas que constituyen el señorío de Vizcaya; dista de Bilbao siete leguas, y su caserío, habitado por unas seiscientas personas, está disperso a orillas del riachuelo que baja de Oiz y en los declives y planicies de los collados de la izquierda. La puebla de Bolíbar ha producido hombres muy notables, entre ellos el general de la Armada Pedro de Zubiaur, entre cuyos famosos hechos se cuenta el de haber apresado en 1601, tres grandes naves de guerra holandesas. En cuanto a los procedentes de la casa de Bolíbar han figurado con frecuencia y desde tiempo muy antiguo en el gobierno de Vizcaya, y si la memoria no me es infiel, el primero que pasó a América, antes de alejarse de la patria, había sido honrado con el sufragio de ésta para formar parte del gobierno universal de la misma.

"Reciba el ilustrado escritor venezolano el testimonio de agradecimiento que la patria de sus antepasados le envía por la justicia que ha hecho a la misión civilizadora que los peninsulares llevaron a cabo en aquella rica y hermosa región de América, y por la luz que ha derramado en un punto histórico de la historia española que aparecía oscurecido y desfigurado por el error o la malicia"[18].

* * *

En la intimidad que existía entre Osorio Villegas y Bolívar, ninguno más apto que éste para seguir y desarrollar las avanzadas ideas del gobernador, acerca del progreso de la colonia venezolana. Era Bolívar, por lo tanto, como espíritu práctico en las cosas de América, y conocedor de todas las necesidades de un pueblo naciente, el llamado a representar a Venezuela, ante el monarca, para recabar de éste cuantas medidas pudieran remediar las necesidades de Caracas y de la colonia en aquella época.

18. Antonio de Trueba, "Venezuela y los vascos", *La Ilustración española y americana*, 1876.

Tales ideas encontraron eco en el cabildo, y en diciembre de 1589; este cuerpo, después de llegar a Caracas los representantes de las diversas secciones de la provincia, nombró en sesión del día 4 de diciembre de 1589 a Simón Bolívar, Procurador de la colonia en la corte de Felipe II. Era el primer procurador que enviaba Caracas, y el segundo de Venezuela, pues ya en 1560, antes de existir la actual capital, había estado en la corte de Carlos V don Sancho de Briceño, hombre notable de aquella época, fundador de la respetable familia de este nombre en Caracas, Trujillo, Mérida y Barinas. En el nombramiento de Bolívar tomaron parte, no sólo los miembros del cabildo de Caracas, sus alcaldes y regidores, sino también los siguientes representantes: R. Espejo, por las ciudades de El Tocuyo, Valencia y San Sebastián de los Reyes; Bernardo de Quiroz, por la de Nueva Segovia de Barquisimeto; Miguel de Morillo, por El Portillo de Carora; y Rodrigo de Argüecese, en nombre de la Nueva Zamora, de Maracaibo, quienes, sin la asistencia del gobernador Osorio, nombraron al dicho Bolívar, "por concurrir en éste todas las condiciones que tan delicado encargo requería", según las frases estampadas en el acta del cabildo. El gobernador aprobó y ratificó el nombramiento, por el espacio de dos años, con el sueldo de sesenta reales diarios de a treinta y cuatro maravedís, del cual debían salir los gastos de copia y derechos que debía pagar el procurador en la corte.

Esta instrucción la autorizaron ante el escribano Cristóbal Flores, Antonio Rodríguez, Sánchez del Villar, Garci-González de Silva, Lázaro Vásquez, Tristán Muñoz, y Ambrosio Hernández, y se le entregó original al secretario Simón de Bolívar, procurador general, por ante Alonso García Pineda, escribano público y de gobernación[19].

Las instrucciones dadas al procurador Bolívar en 23 de marzo de 1590, constan de veinte y siete artículos, que fueron otras tantas súplicas hechas

19. Por la primera vez, en la historia de Venezuela, se publican estos pormenores que con gran trabajo hemos tomado de las *Actas del Cabildo de Caracas* de 1589 y 1590. Sólo con la ayuda de un poderoso lente y de mucha paciencia, pueden descifrarse los escritos de aquella época. Nada se encuentra desde la llegada de Bolívar hacia atrás, y lo que se conserva hacia 1600 es del todo ilegible. La acción del tiempo sepultó ya estos primeros libros del Cabildo de Caracas, en la época del primer Bolívar.

al monarca respecto del ensanche y necesidades de la colonia venezolana. A todas contestó el rey con una real cédula.

En el término de la distancia, llegó Bolívar a Madrid, y hubo de presentarse al monarca con las recomendaciones de su rango, familia, antecedentes y las credenciales del gobernador Osorio Villegas. Y tan afortunado anduvo en el desempeño de su noble encargo, que según lo informa el historiador Oviedo, consiguió sin dificultad, no sólo los principales artículos de la instrucción, sino otras muchas gracias y mercedes que fueron de gran recurso a la colonia venezolana, entre las cuales debemos mencionar el encabezamiento de alcabalas en las afueras de Caracas, por una corta cantidad con la cual debía contribuir la ciudad a los fondos reales, durante el tiempo de diez años; la prorrogación de la merced concedida anteriormente a instancias de Sancho de Briceño, para que la ciudad de Santiago nombrase todos los años persona que trajese por su cuenta un navío de registro al puerto de La Guaira, y otras más que, aunque no de tanta consideración para la colonia, lo fueron de grande estima.

Entre estas concesiones hechas a Bolívar figura, por la honra que le dispensó el monarca, la licencia que aquél le concedió para que nombrase sus tenientes oficiales y que se les guardasen a éstos las mismas preeminencias que si fuesen nombrados por el rey. Esta marcada distinción habla muy alto a favor de los grandes méritos del procurador de Caracas.

Poco más de dos años permaneció Bolívar en la corte de Madrid, y a su regreso a Caracas, en 1593, preséntase investido del título de regidor que le había concedido Felipe II. Ya con este título, con el de procurador, o el de contador general que regentó durante diez y seis años, concediósele a Bolívar la licencia de asistir al cabildo, como si fuese uno de sus miembros, con el derecho de votación y demás prerrogativas; honra que le fue discernida por los notables de Caracas como un homenaje a los relevantes méritos de tan noble patricio.

En posesión de reales órdenes, Osorio señala a las ciudades sus propios y egidos; reparte las tierras; erige sus archivos y protocolos, primera base de las escrituras y contratos; reduce los indios a poblado; crea las ordenanzas del buen gobierno y comienza a poner en planta cuanto había mediado en obsequio del adelanto y ensanche de Caracas y de la colonia. Sin recursos

pecuniarios, pero sí con indios para continuar la obra comenzada, Bolívar había recabado del monarca el permiso para que anualmente entraran a Venezuela tres mil esclavos africanos, en buques españoles o portugueses. Sobre esta importación se fijó el derecho de un peso en oro por cabeza, producto dedicado exclusivamente para la construcción de la fortaleza de La Guaira, cuyo primer plano y comienzo se deben al gobernador Osorio. Al derecho de esclavos se agregó el valor de las multas impuestas como penas por la Cámara en la Gobernación de Venezuela, durante diez años, para terminar, como dice la Real Cédula, las *atarazanas*, *el fuerte y la caleta del puerto de La Guaira*. Con esta renta se prosiguieron las primeras obras oficiales del puerto de Osorio y de Bolívar desde 1593.

Creíase, y con razón, que el nuevo puerto iba a fijar la época de Osorio y recordar a las generaciones futuras la historia de un suceso tan honroso para los habitantes de aquella comarca, como el que había presenciado la villa del Collado, cuando los moradores de éste la abandonaron antes que sufrir las arbitrariedades que quiso imponerles el gobernador Luis de Rojas en 1586. Y a fe que La Guaira surgía en una época que hoy podemos llamar *creadora*, pues tanto Osorio como Bolívar, por sus actos, disposiciones y las reales cédulas recabadas del monarca castellano, en beneficio de Venezuela, plantaron las bases de un gobierno sólido y abrieron la vía del progreso material y político del país. Entre los grandes beneficios conseguidos por Bolívar, fue uno de los principales, el que a La Guaira llegaran de España dos navíos anuales de menor porte, con flota o sin ella, para aprovechamiento de los vecinos; y además un navío de registro anual, por cuenta particular de los habitantes de la capital. Así, la costa de Caracas al crear su puerto, comenzaba directamente su comercio con los de la madre patria, prescindiendo del de Borburata, que desde tiempo atrás era el único puerto de estas costas.

Entre las reales cédulas que consiguió Bolívar hay varias que no figuran en la enumeración de que hemos hablado. Por la de 4 de septiembre de 1591, Felipe II concede a Caracas un sello de armas; por la de 22 de junio de 1592, la creación de un seminario, y por la de 14 de septiembre del mismo año, un preceptorado de gramática castellana. Estas primeras concesiones del monarca de España, en beneficio de Caracas, pueblo fun-

dado, y sobre todo, las que se conexionaban con el adelanto intelectual de los pobladores, como la creación de un seminario y en defecto de éste, un preceptorado de gramática castellana, están de acuerdo con las concesiones que, desde un principio, hiciera la corte de España a las diversas capitales de América.

Con fecha 22 de junio de 1592, aparece en los archivos antiguos, la real cédula por la cual mandaba Felipe II erigir en Caracas un seminario, ordenando que, en la provisión de los colegiales, se tuviese particular cuenta y cuidado de preferir los hijos y descendientes de los primeros descubridores. Este documento, desconocido de los historiadores venezolanos, es de alta importancia cronológica. No habiéndose podido entonces llevar a cabo el pensamiento de Felipe II, ya por falta de recursos y de población, ya por lo prematuro que hubiera sido fundar un colegio en una población tan reducida, que apenas podía bastarse para su subsistencia material, el monarca accedió al deseo de que se fundase en Caracas un preceptorado de gramática castellana, mandado a establecer por Real Cédula de 14 de septiembre de 1592[20]. Ya en 16 de julio de 1591, el Ayuntamiento había mandado recoger una contribución de cincuenta pesos para ayudar a un tal Luis Cárdenas Saavedra que se había ofrecido para fundar una escuela.

La alcabala fue establecida en Caracas por Real Cédula de 1º de noviembre de 1593, pero no hubo de durar mucho tiempo, tal era la pobreza de los primeros pobladores de esta ciudad: y no puede tenerse idea del estado precario de este pueblo, sino leyendo las disposiciones dictadas por el Ayuntamiento en presencia de las necesidades públicas. A cada momento se veía la autoridad impedida a embargar ya el vino llegado a La Guaira, por haberse presentado casos en que no había ni para la misa; ya la exportación de harina, porque necesidad tenía de ésta la pequeña población; ora el aceite, porque no había donde comprar el necesario para la lámpara del Sagrario; ora el maíz de las campos, finalmente, porque lo reclamaban los menesterosos de la población.

¿Cómo podría entonces sostener los derechos de alcabala una pobla-

20. En virtud de esta real disposición el Ayuntamiento de Caracas agregó a la suma indicada treinta pesos más anuales a Juan de Arteaga, como primer maestro de gramática.

ción que carecía de los artículos de primera necesidad? ¿Y cómo podría sostener un seminario, si apenas había podido erogarse treinta pesos anuales para ayudar en sus gastos al primer preceptorado de gramática castellana creado por el monarca? Sin embargo, a pesar de tanta pobreza, no faltaban nobles deseos. Sucede con los pueblos lo que con los individuos: el espíritu creador que en la pobreza es casi siempre lúcido, es abandonado en la opulencia; los pueblos pobres son más celosos de su suerte, más entusiastas de su adelanto que los prósperos y abundantes. En 1593 un soldado poeta de nombre Ulloa, se ofrece al Ayuntamiento para escribir *La corónica historia de la conquista de la provincia de Caracas*, según decía el autor en su representación al Ayuntamiento; y éste hubo de nombrarle como cronista en 26 de noviembre del mismo año. Favorecedor el Ayuntamiento de una obra que transmitiese a las futuras generaciones los inmortales sucesos de la conquista de los Caracas, desde el primer viaje de Fajardo a las costas de Chuspa, en 1555, hasta la sumisión de los indios quiriquires en 1579, nombró a los conquistadores Juan de Riveros y Garci-González de Silva para que favoreciese al autor con cuantos datos y noticias pudieran; lo que equivalía a consignar los hechos por el relato de los mismos autores y testigos de la gloriosa conquista. Tal escrito, que fue, no la obra de uno sino de muchos, sirvió al historiador Oviedo y Baños, ciento treinta años más tarde, para engalanar sus páginas con el relato de hechos históricos que algún día servirán de argumento a la musa épica[21].

Con un hecho escandaloso para al Ayuntamiento de Caracas se abre el año de 1594. Negado este cuerpo a satisfacer ciertos honorarios que re-

21. De los manuscritos de Ulloa que Oviedo y Baños no cita tomó este historiador cuanto se refiere a los episodios de la gran conquista, así como de los cronistas castellanos y de fray Simón, todo cuanto se refiere a la historia de los pueblos al occidente de Caracas. Del manuscrito de Ulloa sólo conocimos en 1846 dos hojas, copia sin duda del original que tuvo Oviedo y Baños en su poder. Como entonces ignorábamos que existiese tal manuscrito y más aún que un soldado-poeta hubiera escrito en verso la historia de la conquista de los Caracas, nada nos sorprendió al leer una escena que ya conocíamos por la obra de Oviedo. Nos pareció en esta ocasión que alguno había puesto en verso lo que había escrito en prosa el historiador. ¡Quién nos hubiera dicho entonces que, treinta y tres años más tarde, encontraríamos comprobado esto por los archivos y actas del Cabildo de 1593! Es de sentirse que el trabajo de Ulloa, en el cual tomaron parte los actores principales como Riveros, Infante, Becerril, González de Silva, etc., etc., se haya perdido por completo.

clamaba el juez pesquisidor Inojosa, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo, encarcela a varios de sus miembros, produciendo en la ciudad un escándalo inusitado. Este incidente, aunque de corta duración, obliga al cabildo a elevar al monarca una representación enérgica, que tuvo la aprobación del gobierno español. En esta misma época, el Ayuntamiento pone en venta los oficios de ocho corregidores. Eran éstos, encargados del orden público y celadores que contribuían al progreso de la República; y como en los primitivos días de Caracas y durante siglos, fue gala el desempeñar estos destinos, quiso la corte española que ellos fuesen comprados, pues sólo los hombres pudientes podían distraerse de sus trabajos para ocuparse en el desarrollo del bien público. Mucho tenían, en efecto, que trabajar los empleados municipales de la ciudad, pues habían de atender, no sólo al comercio, sino también a la construcción de las vías de comunicación, entonces veredas, y a otras obras públicas. Así, desde 1595 comenzó la apertura del camino de los valles de Aragua, al mismo tiempo que continuaba el de La Guaira; y fijóse en 30 por ciento la ganancia de los importadores, mientras que la de los revendedores no podía pasar del 25. Ya desde 1592, por real cédula se habían igualado los puertos de Venezuela a los de Cuba y Puerto Rico, que sólo pagaban el 2 y 1/2 por ciento de almojarifazgo.

Cuando llegan estos días precursores para Caracas de una desgracia, estaba Osorio Villegas en la visita de la provincia, y encargado de la Gobernación, aquel Juan de Riveros que había salvado a Caracas en 1588 de las garras de un pesquisidor terrible, y a quien dejaban al frente del gobierno, "por ser hombre que repugnaba el mando, experimentado ya, y que siempre lo había dejado sin adquirir hacienda". Estas frases del Ayuntamiento de Caracas son el más cumplido elogio que puede hacerse de aquel noble patricio[22].

Eran los días en que Venezuela adquiría una ciudad más, Gibraltar, a orillas del lago de Maracaibo, fundada por Piña Ludueña, la cual correspondía a la que más antes, en 1593, y durante la misma gobernación de

22. Véase "Dracke y los historiadores de Venezuela", *Leyendas históricas*, (serie primera), p. 288.

Osorio Villegas, había surgido, en las regiones de Portuguesa, la ciudad de Guanare, fundada por Juan Fernández de León. Parte de las costas de la isla de Margarita fueron robadas en la misma época por corsarios ingleses a las órdenes del capitán Lagton. Como dos mil ducados de perlas, pudieron sacar de la Asunción los filibusteros que la asaltaron durante una noche. Ignorantes los invasores del lugar donde existía la Villa, pudieron hacerse de un español que se hallaba en la playa, al cual obligaron a que los acompañase a la ciudad que estaba a cinco leguas de distancia. Al sentir los habitantes la irrupción de los ingleses huyeron, dejando rico botín que éstos condujeron a bordo de sus naves, después de haber pasado en tierra cinco días. A su retirada molestaron a los habitantes de Cumaná, y continuaron a las Antillas.

¡Qué desarrollo tan lento en toda Venezuela al cumplirse un siglo de haber Colón descubierto el Nuevo Mundo!

El general Osorio Villegas al cumplir el tiempo de su gobernación en Venezuela dejó a Caracas para presidir el gobierno de La Española, donde le llamaban nuevos deberes que realizar en beneficio de esta colonia de España. Simón de Bolívar mientras tanto quedó en Caracas, lleno de títulos y de honores. Lo ininteligible de las actas de esta época, últimos diez años del siglo decimosexto, nos imposibilita adquirir nuevas noticias acerca de este personaje, pero en los archivos religiosos encontramos que el creador de la colonia venezolana, don Simón de Bolívar, se casó en segundas nupcias, en 1600 con doña María de Luyando. Ya en 1592, se había casado Simón Bolívar el joven, con doña Beatriz de Rojas. Desde entonces entroncaron los diversos miembros de la familia Bolívar con las de Guevara, Rojas, Villegas, Rebolledo, Martínez de Vilela, Samaniego, Pacheco, Maldonado de Almendares, etc., etc.

Ignoramos la fecha en la cual desapareció de la escena caraqueña el procurador Simón de Bolívar tan lleno de consideraciones y tan amado por sus contemporáneos: pero por un documento que ha llegado a nuestro conocimiento, sabemos que existía por los años de 1606 a 1607, época en la cual el monarca español le concede nuevos honores por Real Cédula fechada en Madrid a 27 de octubre de 1607. Este importante documento histórico es el siguiente:

EL REY

Oficiales de mi Real Hacienda, de la Provincia de Venezuela

Teniendo consideración a lo que Simón de Bolívar, mi contador de esa Caja, me ha servido, y a que por su edad, enfermedad y falta de memoria se halla impedido para continuar en el ejercicio de su oficio, he tenido por bien de jubilarle y hacerle merced, como por la presente se la hago, de los ciento y treinta mil maravedís de salario que tiene con el dicho oficio, para que durante su vida goce de ellos en su casa, sin obligación de servir; y así os mando que desde el día de la fecha de esta mi cédula en adelante, acudáis al dicho Simón de Bolívar, estando en su casa en esa tierra o donde quisiere y por bien tuviere, con los dichos ciento y treinta mil maravedís en cada año, de cualquiera hacienda mía, como hasta aquí se le han pagado y se le pagara si sirviera el dicho oficio de contador, no embargante que no lo haga, que así es mi voluntad; y que con su carta de pago o de quien su poder hubiere y fe debida, y traslado signado de esta mi cédula de que han de tomar la razón mis contadores de cuentas, que residan en mi Consejo de las Indias, mándoos reciban y pasen en cuenta, lo que así le diéredes y pagáredes sin otro recaudo alguno.

Fechado en Madrid, a 29 de octubre de 1607 años

* * *

Anciano y achacoso como estaba para estos días el célebre fundador de la familia Bolívar en la América española, es de suponerse que no sobreviviera por mucho tiempo a la generosa concesión de esta cédula, con la cual corona el monarca los servicios del ilustre vascongado a la causa americana en la colonia de Venezuela.

EL ELEMENTO VASCO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

INTRODUCCIÓN

ESTE ESTUDIO constituye la ofrenda que presentó la Universidad Central de Venezuela al Libertador, el día de la inauguración de su estatua ecuestre, 7 de noviembre de 1874. Aquel Instituto tuvo a bien laurear al autor, quien dedicó su trabajo al ilustrísimo señor don Miguel Rodríguez Ferrer, autor del libro intitulado *Los vascongados*.

Con fecha 15 de noviembre del propio año escribimos al distinguido publicista español, entre otros los siguientes conceptos:

> La lectura de la interesante obra que acabáis de publicar sobre *Los vascongados*, me ha inspirado estas líneas que tengo a honra ofreceros. Si al hablar en aquélla de los vascongados que se distinguieron en América, habéis olvidado el influjo que ellos tuvieron en Venezuela, y cuanto debe ésta a los descendientes del pueblo vasco, aquí están estas líneas que pueden quizás servir de apéndice a vuestro libro.

Nuestra dedicatoria fue honrada con la siguiente contestación:

"Madrid: 24 de enero de 1875.

Señor don Arístides Rojas

"Con la sorpresa del agrado, y también con la de la honra, he recibido, por conducto de los señores doctor D.J. y P.V. el precioso opúsculo que usted ha publicado en Caracas cual ofrenda de esa Universidad para cierta fiesta nacional. Lo he leído con afán y pronto he visto cómo sobresalen en

él, no sólo sus conocimientos históricos, sino una crítica tan reposada y serena (no común en semejantes escritos), por todo lo que me apresuro a tributarle el mérito de su justicia y el abandono de su pasión.

"Usted hace la apoteosis de su Libertador el general Bolívar, y al evocar tristísimos y ya pasados sucesos (entre los altos y gloriosos para una y otra Patria), usted es bastante imparcial para enaltecer el espíritu de la colectividad en una y otra parte, sin dejar por eso de disminuir la ferocidad de los unos o de deprimir la lealtad de los otros en ambas, pues como individualidades, no pueden eclipsar nunca el pasado y el presente de todo carácter verdaderamente nacional.

"Igual criterio tiene usted al ocuparse del objeto principal de su trabajo, más filosófico que político. Titula usted al mismo *El elemento vasco en la historia de Venezuela*, y asegura usted en sus páginas, que ha podido inspirárselas la lectura de mi humilde libro *Los vascongados.* Usted en efecto, agrega al catálogo de los que yo nombro y que más se han distinguido en las Américas en general, los que yo debía ignorar en cada provincia en particular, y usted saca a luz los que tanto influjo tuvieron en esa de Venezuela, para que puedan servir de apéndice a mi libro. El pensamiento está realizado: mi gratitud es la que le falta, y yo se la envío a usted como autor de mi pobre libro, y lo que es más, en nombre de los provinciales para los que une usted sus alabanzas a las mías.

"Bajo el primer aspecto, ya podrá usted comprender lo profundamente que le quedo reconocido por el honor que me ha dispensado con su dedicatoria, y paso al segundo, como objetivo principal de su erudito trabajo.

"Usted proclama en sus páginas la influencia moral que han tenido los vascos en esa su particular patria, como hombres de moralidad y de trabajo. Pero al reconocerlo así, lógico es admitir también la no menos santa que tuvo esta metrópoli con tales hijos y los demás de sus provincias para roturar esos desiertos, para cultivar esos campos, multiplicar esos pueblos, levantar sus monumentos civiles y religiosos, y enviar exploradores españoles que, como usted mismo dice, 'debían servir de sólida base a las lucubraciones del gran Humboldt'. ¿Qué más se puede pedir, siquiera sea tratada esta influencia por otros, que no tienen su elegante pluma, de oscura y de fanática? ¿Ni cómo negar que si sus compatricios conquistaron

con gloria los derechos del porvenir desde su propia casa, la metrópoli no defendía con menos heroicidad, a tantos miles de leguas de la suya, aquel en que estaba en posesión y al que tenían que permanecer fieles, por haber enaltecido sus títulos en más de tres siglos con su arrojo, con sus fatigas, con su sangre y sus tesoros, cristianizando primero, civilizando después, y llevando más tarde hasta los más recónditos confines de ese continente las ciencias y los instrumentos de la moderna civilización?

"Usted mismo, señor, acaba de dar a la república de las letras el testimonio más desinteresado de este pasado histórico en su otro bellísimo escrito, que recibí igualmente con gran reconocimiento, al que usted titula *Recuerdos de Humboldt*. En este trabajo, en el que intercala usted preciosas cartas de este sabio, está la que escribió a esa vuestra ciudad (a quien él tanto distinguía) cuando le pidió científicos operarios para difundir ciertos estudios contestándole con la que lleva la fecha de 18 de enero de 1800 dirigida al doctor José Antonio Montenegro, y no fueron extranjeros, por cierto, sino españoles, los que Humboldt le propuso, nombrándole los profesores Proust, Fernández y don Juan Manuel de Areyuda, como tres hombres de primer rango en la ciencia química.

"Mas, volviendo a sus últimas páginas sobre el elemento vasco, usted en ellas lo proclama como uno de los principales que se destacan entre las primeras familias que formaron la historia de esa colonia, en la que desempeñaron los más altos destinos y contribuyeron con sus luces e intereses al adelanto y progreso material de esas poblaciones, fundando puertos, abriendo caminos, y rechazando al invasor extranjero, y usted con su brillante pluma enriquece y comprueba lo que yo he dicho con la endeble mía a favor de la influencia que ha tenido el elemento vasco en las diversas partes de esas tierras.

"No está usted menos observador y profundo cuando penetra en el interior de la familia y expone la alta moralidad que a los vascongados que usted nombra distinguía, y de cuyos apellidos forma usted una interesante lista con la traducción y etimología de sus vocablos éuskaros, de no poco valor por cierto para esta literatura, para mi libro y para su patrio suelo. Usted lo ha conocido como yo. El mundo de la civilización se disuelve desde que no se reconoce en la patria la entidad de la familia y su interno

y sagrado culto. Los propios Estados Unidos, con toda su vital riqueza, tiene ya esta llaga precursora tal vez de un brazo militar primero y de un fraccionamiento después. Usted, en fin, confirma en su opúsculo las observaciones todas de mi libro y con su imaginación atractiva, bien pinta usted la misión que en ese país ha tenido el vasco en el trono de su hogar y de sus costumbres.

"Pero usted no sólo es pintor, sino que es hermano y filósofo justo; y cuando usted hace descender al Libertador Bolívar del elemento vasco, usted dice, y dice bien, que este genio de América es también gloria de España, porque al calor de la colonia se desarrolló su espíritu y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores, y porque su aparición en los campos de la idea no fue un incidente del momento, sino una de esas síntesis de la historia en sus relaciones necesarias y armónicas; y por que habría sido mengua para esa nacionalidad haberse entregado al extranjero haciendo desaparecer costumbres, lengua y raza. Con elevación usted razona.

"Nada más debo agregarle sobre su carta y brillantes páginas. Tan pronto como yo concluya las que hace tiempo borroneo sobre Cuba, entre las cargas de mi personalidad que no me han dejado reposo, yo tendré el honor de poner en manos de los señores D.J. y P.V. uno de sus primeros ejemplares, si llega a publicarse, no como pago, sino como prueba de la alta distinción con que queda de usted su más A.S.S.Q.B.S.M.

Miguel Rodríguez Ferrer"

I

Hay un pueblo cuya historia remonta a la noche de los tiempos; cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclismos humanos: cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el transcurso de los siglos, después de luchas sangrientas y de episodios sublimes que los anales del mundo registran, como los puros blasones de la raza primitiva que pobló en remotas épocas el suelo ibero. Ese pueblo es el vasco.

Indómito, guerrero, generoso y altivo, con sus tradiciones seculares,

con sus costumbres austeras, con sus luchas escritas con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, a la luz o a la sombra, la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular.

Al levantarse los Pirineos, límite de los dos pueblos a quienes por muchos años debía pertenecer el imperio del mundo, formóse el golfo Cantábrico, donde el océano Atlántico está rechazado por una masa de rocas que se opone desde entonces a la conquista de las aguas. La naturaleza parece que destinaba esta región inaccesible, poblada de picos almenados, de riscos y sitios escondidos, para último baluarte de la raza oriental que, en sus excursiones al oeste, debía poblar, en los primitivos días de la historia del hombre, el suelo ibero. En aquel baluarte de trincheras inabordables debía reposar el vasco indómito, después de su peregrinación de siglos para fundar los gérmenes de esa civilización única que se conserva aún a pesar de la labor de los siglos.

¿Cuál es la cuna de ese pueblo sin mezcla que ha resistido a la acción absorbente del tiempo, que domina la nación española, que combate desde su origen, y que altanero levanta su erguida frente a la altura de sus Pirineos para decir a cada generación que viene: "Soy tan antiguo como el mundo". Buscadlo en las regiones del Cáucaso donde vivieron los antiguos iberos del Asia; seguidlo en sus excursiones de este a oeste en las regiones de Europa y contempladlo finalmente en los declivios del Pirineo Occidental a orillas del mar Cantábrico, su última estación. Ahí está, después de haber rechazado el yugo de Cartago y de Roma. Cuando Pompeyo lo somete en parte y Augusto lo abandona; cuando la Europa sucumbe ante la ciudad del Tíber, el vasco se inclina aparentemente ante el vencedor, como para rendir su homenaje a la gloria. Lucha después con el celta, con el visigodo, con el sarraceno, y orgulloso de sus triunfos tramonta sus cordilleras y se establece en el antiguo país de Ausai donde funda la Gascuña francesa y domina pueblos extranjeros. Desde entonces, está solo, incrustado en el suelo de España, e independiente y libre, porque antes que español el vasco es vasco. Cuando llega el derrumbe de los antiguos privilegios y la pluralidad de los reyes desaparece como fantasmas que se evaporan; cuando cada reino de la España caballeresca se hunde en el polvo con sus fueros, sólo el

vasco, que tiene sus montañas por broquel y el océano inmenso que le pertenece por campo de sus conquistas, se pone en pie para conservar en toda su plenitud su historia de siglos. "Debéis saber que nosotros datamos de mil años atrás", decía un Montmorency a uno de los vascos. "Y nosotros, respondió el vasco, nosotros no datamos".

Pero lo que más sorprende, no es tanto su amor a la libertad, su altivez, su carácter, como su lengua que ha podido conservar después de tantos siglos. Con raíces semejantes en todos los pueblos de uno a otro extremo de la tierra, la lengua vasca es única; y derívese de las lenguas célticas, de las tártaras o de las fenicias, ella es el tormento de los etnólogos que aún no han podido descifrar el enigma. La lengua vasca, como el pueblo que la habla, parece ser un elemento extranjero en el suelo de España.

El vasco es la nacionalidad triunfante: es el araucano de los Pirineos, siempre vigilante, siempre atento al rugido de la tempestad. No hay aldea, no hay roca, no hay árbol que no haya sido testigo de sus proezas desde las más remotas épocas. Diecinueve siglos han pasado, y ahí está como atalaya del mar Cantábrico, inmutable, sereno y temible en su lucha, si ve en peligro su nacionalidad y sus fueros, que él está dispuesto a sostener a costa de la sangre de sus hijos. ¿Quién nos contará la historia de aquella madre que prefiere sacrificar a su hijo antes que dejarle prisionero en las garras del romano? ¿Quién nos relatará la historia de aquel padre que ordena la muerte de unos de los suyos para salvar a sus primogénitos encadenados? Cuando en Aljubarrota el rey don Juan se ve cercado de enemigos y en momentos de sucumbir, un vasco se apea del caballo que monta y se lo presenta al soberano para que escape, y poniéndose de blanco a los enemigos y ofreciéndose como víctima, salva con su vida la del monarca.

¡Cómo podríamos multiplicar los ejemplos de heroísmo patrio y de abnegación sublime de este pueblo sin rival para quien su independencia es su talismán y su gloria!

Cuando suena la trompeta guerrera y el estandarte de Castilla llamea en las altas cimas, todas las aldeas echan a vuelo sus campanas, y como hilos telegráficos, el sonido va anunciando de pueblo en pueblo la hora del peligro. Entonces las familias se aprestan al combate, estremécense las montañas y vense desfilar, por los collados inaccesibles, legiones humanas

que solicitan el sacrificio; el movimiento bélico es entonces la vida de esos pueblos del mar Cantábrico, y los apóstoles de la nueva cruzada, como los antiguos vascos reunidos bajo la sombra del viejo árbol de Guernica, evocan los recuerdos de lo pasado y alientan con su ejemplo la falange joven que deja el arado por los arreos del militar.

¿Quién ayudará a los nuevos combatientes? ¿Quién los socorrerá en sus horas de peligro? Están solos; pero tienen por escudo la gloria de sus progenitores, por divisa su nacionalidad, y por retirada sus montañas. La memoria no los abandona, y al registrar las páginas inmortales de España recordarán que el vasco pertenece a todas las glorias y a todos los lugares. Recordarán que estuvo en las Navas de Tolosa, y en el Salado, y en Lepanto. Vasco es el que vence a Carlo Magno en Roncesvalles y vasco el que conduce la enseña gloriosa en el puente roto de Castilla. El vasco figura en los muros de Gibraltar y en los de Granada; vasco, en fin, es el que hace prisionero a Francisco I en los muros de Pavía.

Sacadlo del campo de batalla, y lo encontraréis como el primer explorador de la ballena en los mares de Groenlandia y de Terranova, y conocedor de todos los océanos. Dueños del mar Cantábrico, fueron ellos los que inspiran a Colón el descubrimiento de América, y cuando el célebre genovés endereza sus naves en dirección del Nuevo Mundo, vascos le acompañan. Bien merecían seguir en solicitud de América los dominadores de las olas, los roedores del mar, como los llama Michelet. Otro habría sido el destino de aquella *armada invencible* de Felipe II, si los almirantes vascos que la mandaban no hubieran sido retirados para confiarla a un almirante de Castilla. Cuentan que cuando éste, consternado y abatido, se presenta delante del monarca, "Duque, le dice el Rey, yo os había enviado a pelear contra los ingleses y no contra los elementos".

El pueblo vasco ha tenido hombres notables en todos los episodios de España, en todos los países del globo. Vascos hubo en el descubrimiento de América, y en las conquistas de España en Asia; vasco finalmente es aquel Sebastián de Elcano, el primero que da la vuelta al mundo. Compañero de Magallanes, a él sólo estaba reservada la gloria de llevar en sus armas aquella divisa que le concedió el rey: *Primum me circumdedisti (Fuiste el primero que me rodeaste).* Ninguna gloria más completa para España, que

ser la primera en dar la vuelta al mundo que ella acababa de complementar con el descubrimiento de América.

¡América! Hemos escrito este nombre tan glorioso en toda época. ¡Cuánta honra para España y cuánta honra para los vascos que tuvieron parte en la conquista y continuaron después en la colonización del continente! No es sólo en el Perú y en México donde el vasco se inmortaliza con sus hechos. Existe también una hermosa sección del continente, donde a las aventuras dramáticas se hermanan las ideas civilizadoras, donde numerosas familias de origen vasco se conservan como herederas de grandes virtudes cívicas y privadas, y donde la más pura gloria irradia sobre España de una manera admirable. Nos referimos a Venezuela.

He aquí el tema de este estudio: el elemento vasco en la historia de Venezuela, en nuestra conquista en los días de la Colonia; la virtud austera en el corazón de nuestros hogares; el elemento vasco como heredero de los grandes hechos, contribuyendo a la emancipación de Venezuela, a la celebridad de sus hombres, a la independencia y sostén de la patria y a la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos.

* * *

Antes de entrar en la parte sublime de este cuadro, antes de estudiar el elemento vasco en nuestras familias, narremos la historia de aquel ser *legendario*, incomprensible, feroz, a quien la tradición conoce con el nombre del *Tirano Aguirre*, que aparece en América pocos años después de la conquista. Todo en la historia de este hombre original, sin religión y sin ley, que obedece a una voluntad inexorable y a instintos de hiena, le hace aparecer como el prototipo de los aventureros dramáticos de aquella época llena de episodios que abre la historia moderna del género humano.

Eran los días en que el espíritu de conquista, después del descubrimiento de América, apoderado de todos los ánimos, fraguaba nuevos países que descubrir y nuevos seres que atar al carro de la insaciable codicia humana. Entre todas las fábulas inventadas entonces, ninguna más halagüeña y que inspirara más ardor que la existencia del famoso El Dorado, con palacios fabricados del precioso metal. Fuese que los indígenas, para internar a sus enemigos, inventaran historias maravillosas, o que los jefes

españoles, dueños de los tesoros que habían recibido de los caciques de Venezuela, quisieran indagar dónde estaba la mina inagotable y escondida, norte de todas sus fatigas, es lo cierto que la epidemia se apoderó al fin de todos los aventureros y que por todas partes se solicitaba la tierra prometida de El Dorado. La Guayana venezolana regada por uno de los tres grandes ríos del continente, con numerosos tributarios, fue desde muy al principio el lugar designado como sitio de la ciudad de Manoa y del lago encantado de Parima. Fijábase el imperio de los omaguas entre el Amazonas y el Orinoco, como lugar de predilección, y a este punto, por lo tanto, era adonde se dirigían las miradas de todos los conquistadores, aun de las regiones más distantes.

Gobernaba en aquel tiempo el Perú (1557) el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, quien víctima de la epidemia del oro, resolvió formar una expedición para conquistar el país de los omaguas; y ya sea que quisiera desahacerse de un gran número de aventureros y hombres perdidos, resto de las conquistas de los Pizarros, que le servía de estorbo en su gobierno, o que lleno de codicia quisiera premiar a uno de sus más distinguidos tenientes, Pedro de Ursúa, célebre ya por sus conquistas en la antigua Cundinamarca, la expedición llegó a realizarse. Componíase la escuadra que debía seguir las aguas del Amazonas, de varios bergantines con una tripulación de cuatrocientos infantes y sesenta caballos, a las órdenes del futuro gobernador de los omaguas y de El Dorado, el famoso Ursúa. Todo listo y presto para hacerse a la vela, zarpa la expedición del río de los Motilones a fines de septiembre de 1560: favorable fue el tiempo y alentado aparecía el ánimo de los navegantes. Larga y penosa debía ser por otra parte la travesía del gran río, sobre todo para marinos bisoños y hombres ignorantes que por primera vez iban a contemplar este mar interior, este mediterráneo de agua dulce, que desprendiéndose de los Andes ecuatoriales, corre hacia el este, majestuoso y potente, para vencer el océano; pero en pechos valerosos no cabe temor pueril cuando el espíritu de aventura excita la sonrisa de la codicia siempre astuta y pérfida.

Un fatal elemento acompañaba a los expedicionarios, y era que entre ellos había hombres turbulentos, corazones menguados, almas depravadas, acostumbradas al crimen y absorbidas por el crimen; fatal principio pa-

ra poder conquistar países lejanos y poblados de inmensas muchedumbres que nunca perdieron el sentimiento innato de la nacionalidad. Ursúa no ignoraba esto; pero confiado en su buena fortuna, creyó que podría dominar el espíritu de revuelta que se opusiera a sus designios. ¡Cuán lejos estaba de pensar que él sería la primera víctima de tan descabellada conquista!

Así sucedió en efecto, y tan luego como la flotilla navegó en las aguas del Amazonas, principiaron los motines, y sembró la cizaña sus granos, y el odio y la desobediencia obraron a ocultas, cual sierpes escondidas que aguardan el instante de caer sobre su víctima.

Sobresalía entre la falange de los revoltosos un hombre de pequeña estatura llamado Lope de Aguirre. "Su persona fue siempre despreciada por ser mal encarado, flaco de carnes, gran hablador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario, ni solo más cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos"[23]. Así pinta el historiador de Venezuela a este monstruo de la conquista, cuyos hechos no ha podido aún borrar de la memoria la acción del tiempo.

Era Aguirre natural de Oñate, en la provincia de Guipuzcoa, y aunque de noble origen e hijo de buenos padres, quiso su suerte que desde su llegada al Perú, por los años de 1539 a 1540, se dedicara a domar potros y después a ser jefe de motines, por lo cual fue condenado a muerte, desterrado, y últimamente conocido con el nombre de Aguirre *el loco*. Tal es el hombre que va a realizar uno de esos episodios legendarios y que logrará con su osadía y crueldades poner en alarma una gran parte del continente americano.

Dueño Aguirre de la voluntad y confianza de sus secuaces, despierta la ambición de un tal Fernando de Guzmán, a quien después de hacerle cómplice en sus planes, le promete un puesto de honor el día del triunfo. Así obraba la perfidia, pues no bien habían caminado como setecientas leguas, cuando Aguirre y sus cómplices matan en cierta noche a puñaladas, en un pueblecillo de la provincia de Machijero, al valiente Ursúa, y a su teniente Vargas. En el espanto que sobrecoge a los buenos expedicionarios, a la

23. Pedro Simón, *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, 1621.

vista de crimen tan alevoso, Aguirre y los suyos se apoderan al instante del armamento y sin dar tiempo a los partidarios de Ursúa para reaccionarse, nombran en medio de la confusión a Fernando de Guzmán como jefe de la expedición, quedando Aguirre como maestre de campo. En la ridícula exposición que hacen de aquel hecho los conjurados, Aguirre se firma "Lope de Aguirre, traidor". Desde aquel instante Aguirre es el jefe de la escuadra, domina a los soldados, manda, y todas las voluntades rendidas al capricho del osado aventurero, obedecen. Aguirre excita entonces, a los expedicionarios a retornar al Perú y conquistarlo de nuevo para poner al frente del virreinato a Fernando de Guzmán; pero esto no es sino una treta del tirano para engañar a su primer cómplice, quien será a su turno otra de sus víctimas. Pasados algunos días, a los tres meses de salida la expedición, Aguirre ordena la muerte de ocho de sus compañeros, inclusive la esposa de uno de los expedicionarios y del cura de la Armada; y no satisfecho aún con tanta sangre, manda finalmente a dar muerte atroz a Fernando de Guzmán, terminando de este modo la farsa con la cual se había burlado de su cómplice.

¿Qué idea, qué plan tiene este hombre feroz que con tanto cinismo dispone de la vida de los suyos, y hacia dónde le conducirá su fatídica estrella? Testigos de tantos y tan repetidos crímenes y sin voluntad para obrar, las tripulaciones aparecen como autómatas que obedecen al más pequeño gesto del tirano; y éste, orgulloso de sus triunfos y satisfecho como la hiena en su charca de sangre, bautiza la expedición con el nombre de *Nación Marañona*, lo que según los historiadores de Venezuela quería significar las marañas de que se había valido para realizar sus deseos. De aquí el nombre de Marañón, dado al gran Amazonas, visitado antes de Aguirre por el célebre Orellana.

Con la voluntad del hombre tenaz y osado sigue *El Traidor* el curso de las aguas: nada lo detiene: suyo es el campo, la victoria suya, y cuando en vísperas de abandonar las aguas del río, una tempestad violenta hace zozobrar sus débiles esquifes, él sólo parece dominar los elementos, y después de mil peligros alcanza por fin el Atlántico. Semejante navegación puede reputarse como uno de los prodigios de aquella época de aventuras, pues hasta entonces sólo Orellana había hecho otro tanto. Una escuadra de frágiles bergantines; hombres que nunca habían navegado

por el río; los primeros motines de la expedición; la inesperada muerte de Ursúa; los crímenes que se suceden los contratiempos; y las necesidades, y mil episodios aún ignorados; todo contribuye a dar a esta expedición de aventureros que no tienen por jefe sino un hombre tan feroz como osado, cierto sello de grandeza y de miseria de que ofrece pocos ejemplos la historia de la conquista castellana.

Al llegar a la desembocadura del Amazonas, Aguirre señala rumbo al norte, y después de diecisiete días de viaje llega, en medio de otra tempestad, a las costas de Margarita, en el extremo oriental de Venezuela. La tormenta dispersa los bergantines y el de Lope de Aguirre arriba a la ensenada de Paraguachí, en cierto lugar de la costa que ha conservado hasta hoy el nombre de puerto de *El Traidor*.

Nuevo teatro de crímenes es la Margarita para Aguirre, quien sediento siempre de sangre, hace dar garrote a dos de sus secuaces antes de desembarcar. Había resuelto dejar sus tropas escondidas a bordo, mientras que con algunos de su comparsa pisaba el suelo de la isla. Tan luego como se encuentra en ésta, despacha un comisionado en solicitud del bergantín que la tempestad había separado del séquito, y otro al gobernador de la isla para informarle de su llegada, y pedirle al mismo tiempo socorros.

Al saber la llegada de los huéspedes, los naturales, llenos de curiosidad, se trasladan a la playa de Paraguachí, y en medio de la sorpresa y la compasión, oyen de boca de Aguirre las muchas desgracias y necesidades sumas que con fingida aflicción les describe el tirano. Apresúranse entonces los unos a solicitar para los náufragos todo género de comodidades y de alimentos, mientras que lo otros se adelantan a salir en busca del gobernador para interesarle en la suerte de aquellos compatriotas desgraciados. Aguirre, al verse objeto de tantas atenciones, se hace todavía más humilde, ofreciendo regalos que despiertan la codicia de los pacíficos isleños. Al fin, después de algunas horas, el gobernador señor de Villandrando se presenta acompañado de pequeño séquito de cortesanos. No era sólo el deber lo que le traía a aquel lugar, sino también el deseo de lucro, suponiendo que los náufragos tenían a bordo tesoros escondidos, sospecha que nacía de las dádivas con que Aguirre había obsequiado a los naturales.

Al divisar éste el séquito del gobernador viene a su encuentro, y lle-

no de cortesía y de bajezas logra cautivarle. Inocente de la perversidad del tirano, Villandrando escucha con interés la relación del viaje, y movido a compasión, ofrece sus servicios a los náufragos. Pídele Aguirre permiso para desembarcar las tropas, lo que concedido con gusto, hace que al instante se traslade a las embarcaciones y hagan salir de sus escondites la gavilla infernal. Excítalos de nuevo a la traición y saltando con ellos a tierra, se presenta delante de su protector, no como náufrago sino como dueño de vidas y propiedades. Al instante Aguirre revela ser ellos la *nación Marañona* a cuya pujanza nada resiste, y declara prisioneros al gobernador y su séquito. Cual noble caballero, Villandrando lleva la mano a su espada para responder a semejante osadía; mas acometido por todas partes, de una manera súbita que le impide defenderse, es víctima del furor del tirano. Pero no es este hecho tan oprobioso lo único que hiere la dignidad de aquel magistrado de honor, sino la vejación que pone término a semejante aventura, cuando Aguirre, al montar el hermoso caballo de Villandrando, coloca a éste en el anca del animal y parte a la capital de la isla acompañado de sus marañones. En la travesía tropieza con el maestre de campo del bergantín perdido, que en unión de algunos marineros venía al encuentro de su jefe, y todos, llenos de entusiasmo, llegan a la capital a los gritos de *libertad, libertad, viva Lope de Aguirre*.

Lo que sigue a este entusiasmo salvaje, es la licencia desenfrenada y el pillaje escandaloso. Aguirre, sediento de oro, destruye las cajas reales, roba los tesoros del Gobierno y ordena el saqueo general de la población. A semejante mandato, sus soldados se dispersan en el poblado, y las familias son víctimas de toda especie de atropellamientos. Como el virus infectivo de una epidemia violenta, algunos habitantes depravados de la capital cooperan a las órdenes de *El Traidor* e incorporándose a la gavilla de salteadores, descubren a éstos los lugares donde los moradores habían escondido sus prendas y ahorros. Desde aquel momento no hay hogar sagrado y la población llena de pavor queda sometida a los caprichos de la famélica turba. Todos fueron robados, y Aguirre dormía sobre sus laureles, cuando a los pocos días una noticia inesperada turba el deleite de aquella orgía infernal:

Por aquel tiempo –dice un historiador– se hallaba en la costa de Maracapana fray Francisco de Montesinos, provincial de Santo Domingo, asistiendo a la conversión de los indios, y tenía consigo un navío de razonable porte, bien provisto de todo y artillado. Súpolo Aguirre, y como sus bajeles se hallaban maltratados de resultas de la navegación, le pareció conveniente privar del suyo al provincial, prendiéndole de paso. Para lo cual, aviando de prisa uno de sus bergantines, lo envió a Maracapana, tripulado con dieciocho hombres que puso a cargo de uno de su confianza; pero éste, lejos de cumplir la comisión, se quedó con el fraile, y puso en su noticia los crímenes de Aguirre. Sin perder la cabeza el religioso, al ver tan cercano y tan terrible el peligro, procedió a lo más urgente, que era desarmar a los desertores, recelando alguna traición en su arrepentimiento. Después embarcó los marañones y toda la gente que tenía, y guiando por la costa abajo, dio la alarma en Cumaná, en El Collado y en Borburata. Hecho esto, volvió sobre Margarita, con intención de hacer un reconocimiento y por si lograba oportunidad para favorecer en algo a sus vecinos.

Pintar el furor de Aguirre al saber la deserción de su navío, y cuando vio el del buen religioso acercarse a toda vela a Margarita, sería cosa imposible. Ya antes de esto había mandado degollar a varios de sus soldados y oficiales por chismes, o por sospechas de traición; pero en general había respetado la vida de los vecinos y se contentaba con oprimirlos y robarlos. Mas no bien hubo divisado la nave del provincial, cuando dejándose arrebatar del furor que le sacaba con frecuencia fuera de sí mismo, ordenó que se diese garrote a Villandrando y a cuatro vecinos que con él estaban presos. Seguidamente metió el pueblo en la fortaleza y se dispuso para recibir de guerra a Montesinos. Éste, después de algunos dimes y diretes de su gente con la de Lope, no creyéndose con fuerzas suficientes para bajar a la playa y atacarle, se retiró, dejándole, en respuesta de otra suya, una larga carta llena de consejos. Surtieron ellos tanto arrepentimiento en el corazón de aquel inhumano que, como si lo hiciera de propósito, se mostró más implacable y cruel que nunca, degollando sin distinción a sus soldados, a los vecinos, a sus mujeres, y también a un religioso que no quiso absolverle de sus enormes culpas.[24]

Ya para esta fecha, fines de agosto de 1560, gran parte de Venezuela era sabedora de las aventuras y crímenes de Aguirre. Un terror pánico se había apoderado de las poblaciones, sobre todo de los espíritus supersticiosos

24. Baralt, *Historia antigua de Venezuela*, París, Imp. de H. Fournier, 1841, 448 p.

de la época, que creían ver en el tirano, no un ente humano, sino un agente del infierno, que era el azote de los pueblos. Apresúranse por todas partes los capitanes valerosos de la conquista a salir al encuentro de Aguirre, y el primero que logra presentarse en la Margarita, cerca de la capital, es el célebre Francisco Fajardo, el que fundaba en aquella época la villa de San Francisco, villa que precedió a la de Caracas. Sábelo Aguirre, y temeroso de los suyos y de los bríos y fortuna de su contendor, encierra sus soldados en la fortaleza, acelera los preparativos de marcha, y sin dar a conocer a sus tropas el temor que lo asaltaba, por medio de una escalera hace bajar a las orillas del mar a cada uno de sus soldados, mientras que él, constituido en vigía, observa por todas parles los movimientos de Fajardo. Un postrer asesinato en la persona de su almirante, debía sellar la última noche del tirano en aquella tierra desgraciada. Cuando Fajardo supo lo ocurrido, ya Aguirre navegaba en las costas del continente en compañía del cura de la Margarita, único prisionero que llevó consigo.

Cuando Aguirre se hizo a la vela, sólo quedaban ciento cincuenta expedicionarios de los cuatrocientos que habían salido bajo las órdenes de Ursúa: los más habían sucumbido a las iras y venganzas del tirano. Sin plan fijo que lo guíe y animado de sueños irrealizables sobre la conquista del Perú, llega al puerto de Borburata, que era en aquel entonces uno de los lugares más notables de la costa de Venezuela. Al desembarcar sabe que toda la población, de la cual estaba ausente su gobernador, había huido a los montes vecinos: aguarda sin embargo algún tiempo suponiendo que podría sucederle lo que en la Margarita, y cuando se cerciora de que nadie viene a su encuentro, ordena el saqueo del puerto. Nuevo campo de devastación se presenta a las tropas de Aguirre para satisfacer su hambre de rapiña. Al apoderarse de todo cuanto en aquellos sitios encuentra, despacha comisiones para recoger cuantas bestias lleguen a las manos; mientras que el gobernador de Borburata, desde El Tocuyo, al saber todo lo que pasaba en la costa, llamaba en su auxilio a varios jefes de armas para oponerse al torrente devastador. Entre éstos descuella otro de los conquistadores de grande aliento, Diego García de Paredes, que desde las tierras lejanas de Mérida se aprestaba para venir en solicitud del temido invasor.

¡Cuántos asesinatos, cuántos crímenes cometidos por Aguirre mar-

can con sello de sangre y de oprobio su entrada al continente! Cual otro Cortés quema sus naves y otra embarcación que se hallaba en el puerto de Borburata, y alentando a sus soldados da las órdenes de marcha en dirección del lago de Tacarigua. Por primera vez el tirano y su gavilla experimentan todas las angustias de una difícil y penosa travesía: las armas y bagajes que tienen que llevar sobre sus hombros, lo fragoso del camino, agudas espinas vegetales clavadas por los habitantes de la comarca para hacer mal al invasor, el cansancio de las tropas y lo inseguro de la retirada, todo contribuye a hacer más penosas aquellas siete leguas de tránsito que se convierten para la expedición devastadora en siete siglos. Aquel camino que se recorre en pocas horas fue el calvario de Aguirre: desmáyanse sus soldados, póstranse las fuerzas, el mismo jefe cae exánime y sus cómplices tienen que cargarle. ¡Horribles horas, precursoras de la justicia divina!…

Conducido en hombros de sus soldados y pidiendo la muerte a grandes voces, llega Aguirre a Valencia, donde al restablecerse continúa en su camino de crímenes y de desafueros. Allí hubiera permanecido como dueño de la ciudad, si el aviso oportuno de uno de sus secuaces no le hubiera advertido de los refuerzos que de todas partes debía recibir el gobernador de Borburata. Resuélvese dejar su nueva mansión a los quince días de haberla conocido, y tomando dirección hacia occidente se interna en el país de los Girajaras en camino de la Nueva Segovia; pero antes de abandonar a Valencia envía a Felipe II por medio del cura de la Margarita, a quien puso en libertad, aquella famosa carta que es un proceso de su vida y una acusación contra los conquistadores de América. Todo en ella revela una organización desnaturalizada, un hombre de aventuras, un espíritu satánico, sin freno y sin ley[25].

En ésta, su última correría comienzan a abandonarle sus soldados. Raptos de furor le acometen por instantes, vacila, recobra de nuevo el ánimo

25. La carta de Aguirre a Felipe II que inserta el historiador Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista de Venezuela*, es un documento incompleto y es de extrañarse cómo el académico español don Cesáreo Fernández Duro que tan exacto ha sido al hablar de la literatura de la historia referente a este hecho, no haya reproducido en sus ilustraciones alguna de las copias que se conocen de tan famosa carta. Nos corresponde llenar este vacío.

abatido, y vuelve a hundirse en el desaliento, sin dejar por esto de ser cruel y feroz. Después de algunos días de marcha llega a la ciudad de Barquisimeto, a la cual entra con banderas desplegadas y repetidas salvas de mosquetería. Era la cuarta ciudad de Venezuela que debía aquel monstruo poner a saco, y aquélla en la cual debía encontrar el castigo de todos sus crímenes. La ciudad estaba sola, pues no había lugar que no hubiera sido abandonado por sus moradores a la aproximación del temible invasor; mas al dejarla, sus habitantes habían regado en los caminos cédulas de perdón a todos los que desertaran de Aguirre. Provechosa fue la treta, que llenó a éste de cólera e hizo que desde entonces principiara la gran deserción de sus cómplices. Casi desamparado y cercado de tropas que se proponían cogerle, llegó para Aguirre el último momento de su vida.

Asistamos a la postrera escena de este drama sangriento.

Dos mujeres han acompañado a Aguirre desde el instante de su salida del río de los Motilones en el Perú. La una es su hija única, testigo de todos sus crímenes, y consuelo de todos sus dolores; la otra es una compañera de su hija que ha sabido igualmente compartir con ésta todos los suplicios del corazón. Sólo uno de los marañones acompaña al tirano en su momento postrero, Antero Llamozas, que desde el principio le ha jurado fiel amistad, como queriendo revelar que la virtud no abandona por completo al hombre culpable. Aguirre está estrechado por soldados que se acercan cada vez más a la casa de la ciudad que le sirve de refugio. En presencia de una muerte inminente, *El Traidor* se dirige entonces al aposento donde su hija, acompañada de su amiga, cuenta los instantes de aquel día terrible, y colocando sobre ella la cuerda del arcabuz que lleva, la excita a morir, ya que a sobrevivirle quedaría infamada siendo la hija de un traidor. Entonces comienza una lucha terrible entre aquellos tres seres: la hija que implora, la amiga que se interpone valerosa y resuelta, el padre que ordena; y sacando Aguirre la daga que lleva al cinto, la clava por repetidas ocasiones en el corazón de la víctima. La hija expira… En seguida sale del aposento turbado y sin aliento, y al divisar a los soldados de Paredes que le estrechan, aguarda que lleguen. Uno de éstos al entrar en el dormitorio le intima la rendición, a lo que contesta el tirano con brusco ademán: "No me rindo a tan grandes bellacos", y conociendo a Paredes por las insignias de su clase, le pide

permiso para hablarle. Paredes se inclina con respeto; pero dos de los marañones, temerosos de que el tirano revelase la historia completa de todos sus crímenes, disparan sus arcabuces sobre el pecho del jefe. Aguirre, que observó la puntería del primer marañón, dijo: "mal tiro"; y al sentir el segundo sobre el corazón, exclamó: "Este tiro sí es bueno", y cayó exánime. Muerto, pertenecíale a otro de los marañones cortarle la cabeza, la cual fue presentada a las tropas de Paredes. Instantes después flameaban en las cercas de la casa las banderas del tirano; mientras que sus despojos mutilados fueron colocados en los caminos públicos y conducidos a las ciudades de Venezuela.

Así desapareció esta figura legendaria de la época de la conquista. Más de tres siglos han pasado y todavía el recuerdo de sus crímenes no se ha extinguido. Cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto y lugares de la costa de Borburata fuegos fatuos, y copos de luz fosfórica vagan y se agitan a los caprichos del viento, los campesinos, al divisar aquellas luces, cuentan a sus hijos ser ellas el alma errante del Tirano Aguirre que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra.

II

Abandonemos las tristes ideas que despiertan estos relatos tan llenos de sombras, para ocuparnos en ideas más consoladoras. Si a un vasco cupo por suerte ser el verdugo de sus semejantes y dejar su nombre infamado en las páginas de la historia patria, no por eso será menor la gloria de aquellos vascos compatriotas suyos que fundan más tarde en Venezuela el principio de una época inmortal. Queremos referirnos a la creación de la célebre Compañía Guipuzcoana, que a principios del pasado siglo, siembra los gérmenes de la riqueza venezolana e interviene durante media centuria, como principio político, en la suerte de Venezuela.

No fue sino en los días del reinado de Felipe V cuando Venezuela, saliente del triste estado en que yacía después de la conquista, comenzó a ser el pueblo agrícola a que estaba destinado por la naturaleza. Hasta entonces las producciones de sus ricas zonas no eran conocidas de la madre

patria, sino de una manera indirecta, y un tráfico ilícito establecido desde mucho tiempo atrás por las colonias extranjeras, contribuía a mantenerla en un estado de notable incuria de que eran causa única las erróneas ideas políticas de aquella época, pues aparecía sin elementos productores, sin aliciente de ningún género que atrajese a sus costas la corriente de inmigración que desde el principio tuvieron los países de México y Perú.

En los países donde la naturaleza ha prodigado sus ricos dones, un simple empuje basta, en la generalidad de las veces, para convertir una región al parecer improductiva, en tierra de promisión. Regada por millares de ríos caudalosos; poblada de selvas vírgenes desde las orillas del Atlántico hasta las inaccesibles alturas coronadas de nieve; con dilatadas pampas que hacen horizontes; con extensas líneas de costas que la acercan a los pueblos más comerciales de la tierra; con todos los climas de éstas y con todas las producciones de América, Venezuela no fue, a pesar de tantas ventajas geográficas y naturales, un país que llamara la atención de los conquistadores. Faltábale el oro que desde el principio de la conquista solicitaron con ahínco todos los exploradores del Nuevo Mundo; faltábale ese poderío indígena de los antiguos imperios de América, donde el rico metal amasado en sus templos y palacios hizo de cada aventurero un gran capitán, y de cada aldea un emporio de riqueza. Sin embargo, de todo esto, fecunda y más que fecunda, poderosa, aguardaba solamente el instante propicio, cuando el desarrollo de una idea civilizadora viniera con aliento de vida a exhibir esta tierra virgen que ocultaba en su seno tesoros inagotables. Nadie hasta entonces había soñado que podía extirparse el contrabando sostenido por los colonos holandeses, que habían formado de nuestras costas un patrimonio y de nuestros pueblos manadas de ovejas. La impotencia de los gobernantes para evitar el contrabando, la ninguna protección del Gobierno de la Península para abrir al comercio extranjero sus colonias, la negligencia de los habitantes y la costumbre que hace al fin del crimen, necesidad social, contribuían a sostener un estado incompatible con las justas exigencias del país.

¿A quiénes debía pertenecer la gloria de destruir semejante estado de atraso? ¿Quiénes debían ser los varones fuertes, los emprendedores esforzados que abrieran para Venezuela el principio de una época venturosa?

La historia será siempre justiciera para conceder a los vascos establecidos en Venezuela la gloria de haber sido los primeros innovadores y los verdaderos creadores de la industria agrícola. A impulso sólo de su constancia Felipe V concedió el permiso de fundar una asociación de comercio que, dando impulso al desarrollo material del país, abriera las puertas de la madre patria, extirpando así el monopolio del extranjero en perjuicio de la Colonia y de la Metrópoli.

La *Compañía Guipuzcoana*, así llamada desde su origen, porque tal gracia no fue concedida sino a la provincia de Guipúzcoa, tenía el deber de enviar cada año a La Guaira y Puerto Cabello dos navíos de cuarenta a cincuenta cañones con producciones de España, pudiendo venir el resto de mercancías en embarcaciones menores destinadas a Cumaná y a las islas de Trinidad y la Margarita. Jamás habían firmado los monarcas españoles una real cédula más explícita y honorífica que aquélla que crea la compañía de los vascos en la tierra venezolana. Exoneración de algunos derechos; rebaja de otros en beneficio de los nuevos introductores; la libertad de servirse en los primeros tiempos de buques de cualquiera nacionalidad; todas las franquicias, en fin, prerrogativas y favores que colocaban a los factores de la Compañía al nivel de los oficiales de la Real Armada española, daban a esta asociación mercantil un carácter de respetabilidad imponente, hasta entonces desconocido en los países de América. Todavía más: era un mérito de honra, nuevo e ilustre blasón servir directa o indirectamente al sostenimiento y ensanche de aquélla, según concluye la Real Cédula firmada por Felipe V. Era la primera aristocracia mercantil fundada en el Nuevo Mundo.

Mas no era esta licencia un privilegio único, pues quedaba la Corte de España en libertad de conceder iguales franquicias a cada uno de sus vasallos, lo que estimulaba a la Compañía para obrar en consonancia con sus intereses. Obligábase aquélla por su parte a resguardar por mar y tierra las costas de Venezuela, extirpar el contrabando extranjero y contribuir al desarrollo y progreso de la agricultura.

Medida tan sabiamente concedida como ejecutada debió al instante despertar la codicia y el odio de los contrabandistas antillanos: así fue que tan luego como se establecieron las primeras factorías en Caracas, La

Guaira, Puerto Cabello, Barquisimeto y Coro en 1730, los holandeses de las islas vecinas al continente trataron de fomentar la sublevación de partidas de hombres ignorantes y corrompidos, como medio único que les era dado oponer al curso libre del comercio y a la paz de las poblaciones. Pusiéronse en juego todos los resortes, y al fin y al cabo una asonada de mal carácter llegó a prender en las cercanías del río Yaracuy. Durante algún tiempo no se habla sino de robos, de asesinatos, de vejaciones y de tropelías cometidas por las autoridades en aquellos lugares. Afortunadamente la actitud del Gobierno y la protección inequívoca que le prestó la Compañía pusieron fin a tantos desmanes, con la muerte dada a sus autores. Desde ese instante todo entró en el orden normal, desaparecieron los temores, y la Compañía continuó en su grande obra de civilización.

Al hacha de los vascos quedan derribados los árboles seculares testigos de la conquista, y aparecen las sementeras en relieve a impulso del arado generoso, y sobre los surcos corre el agua que debe fecundar el grano confiado a la tierra. Por donde quiera el aire de vida, y el trabajo, que es el alma de los campos, invitan a la faena, y los pueblos, saliendo de la apatía, se visten con los colores de Flora. De uno a otro extremo de la Colonia familias vascas al frente de cada factoría obedecen al impulso dado, y la tierra selvática desaparece en grandes porciones para transformarse en ricas y pingües arboledas, donde prosperan los frutos de la zona tórrida. El cacao, generoso don de los dioses a la tierra venezolana, centuplica a poco sus frutos al impulso de la mano amiga que lo beneficia; desarrollánse los primeros árboles del rico café, mientras que el tabaco y el añil silvestres aguardan el momento de entrar en los mercados de la madre patria; y en tanto que aquél cuaja el grano, y el paternal bucare ostenta su poca coronada de corales, muge el buey en el establo, y el rebaño pace en la dilatada sabana, tierra feudal que le concedió la naturaleza.

Seis años de trabajo bastaron a los vascos para que la corte de España les permitiese enviar a los puertos de Venezuela no dos, sino todos los navíos que quisieran. Y ya para 1742 tenían el privilegio exclusivo del comercio de la provincia de Caracas, que fue aumentado para 1752 con el de Maracaibo.

Pero no fue sólo en el cultivo de la tierra y en el incremento del rebaño

donde ostentó el vasco su pujanza. Puerto Cabello, refugio de los piratas, sitio de chozas de pescadores, por donde se efectuaba el comercio clandestino, se transforma de pronto, y el vasco, construyendo hermosas casas y almacenes espaciosos, hace de un lugar despreciable el primer puerto de Venezuela: desde entonces data su importancia mercantil. Con sus ventajas topográficas, con su clima sano, con su comercio activo, su incremento actual y las bellezas con que lo han decorado sus pacíficos moradores, continúa satisfecho en el camino del progreso en que lo colocaron los vascos, sus fundadores. No fue Puerto Cabello el único pueblo que éstos levantaran; en los ricos y pintorescos valles de Aragua, las aldeas ascendieron al título de villas, y caseríos que apenas eran chozas pajizas, en la dilatada zona de bosques que se extiende desde el lago de Valencia hasta las orillas del Portuguesa y del Apure, recibieron el impulso asombroso que debía convertir regiones selváticas en centros de movimiento y de lucro. A orillas de los ríos y de los lagos, al pie de los Andes y en el centro de los bosques seculares, por todas partes la misma animación; mientras que las costas purgadas de filibusteros vulgares que las infestaban, aparecían con los arreos del comercio, que anunciaba al mundo la fertilidad y riqueza del suelo venezolano.

Durante veinte años Venezuela se transforma, y ella misma no puede explicarse tan repentino progreso. Los vascos se habían adueñado no sólo de la agricultura y del comercio, sino que hombreándose con los mandatarios, como poder influyente y pecuniario que obraba sobre las clases sociales y aun más allá de los mares, acabaron por tenerlos a sus órdenes. Esto, unido a otras causas, contribuyeron más tarde a desacreditar la Compañía, la cual había comenzado a hacerse odiosa a los mismos a quienes había favorecido. El monopolio que ejercía, si es verdad que en los primeros años de su instalación había cosechado abundante fruto y estimulado el trabajo, facilitando los capitales para el cultivo de la tierra y el desarrollo de los pueblos, más tarde se convirtió en poder verdaderamente dictatorial y arbitrario. Como todo monopolio en las sociedades incipientes, fue regenerador; mas cuando los pueblos pasaron de su estado infantil a una juventud precoz, desarrolláronse nuevas fuerzas, naturales exigencias, aspiraciones al comercio libre, manifestaciones de todo el país que lleva en sí la savia de la vida.

Una tempestad de maldiciones se desató entonces sobre la Compañía Guipuzcoana: era la reacción de nuevas ideas contra un orden de cosas ya incompatible con las necesidades del país. Sordos los vascos al clamor público, continuaron impasibles porque estaban garantidos por la fuerza y por la ley; mas debía llegar el día en que la protesta moral armada pusiese en conflictos la capital de Venezuela; y es el caso que en 1749 seis mil hombres al mando del capitán León entran en Caracas y piden la expulsión de la Compañía. Ante aquel poder mudo, pero imponente, la autoridad transige haciendo falsas promesas. La fuerza se retira, y al instante se embarca para España, de una manera sigilosa, el capitán general de la colonia, señor Castellanos. Impotente para obrar de una manera cónsona con las necesidades sociales, creyó más prudente presentarse al monarca para pintarle una situación que no podía considerarse sino como el principio de nuevas ideas. Los factores de la Compañía representan la farsa de embarcarse y todo parecía en buen camino, cuando se divulgó la partida de Castellanos. Por segunda vez vuelve León a Caracas con sus miles de hombres; mas en esta ocasión el capitán general interino recibe al jefe de los protestantes de una manera belicosa, y se suceden nuevas promesas. León, hombre débil y timorato, había quedado vencido.

A estos sucesos sigue un juicio ruidoso en el cual todas las corporaciones, y los individuos notables del país declararon en contra de la Compañía; la opinión social compacta y justa había dado su fallo. Era esto lo suficiente para extinguir aquélla; pero el poder del oro y la intriga triunfan, en la generalidad de los casos, de la justicia humana; y corriendo los días llegó el brigadier Ricardos con nuevos poderes y quedó victoriosa la causa de los vascos. León, fugitivo, es condenado, sus hijos presos y su casa arrasada y sembrada de sal[26].

No obstante el triunfo de la Compañía, ésta recibió algunas modificaciones que en algo contribuyeron al desarrollo del comercio, y así continuó hasta que veintiséis años más tarde, en 1775, dejó de existir para ser sustituida por la de Filipinas, la cual a su turno desapareció en 1778. La libertad del comer-

26. Véase *Orígenes de la revolución venezolana*, Caracas, Imprenta al vapor de La Opinión Nacional, 1883, 98 p.

cio se anunciaba para los países de América, y las ideas liberales abriéndose paso debían marcar con sello de justicia el reinado de Carlos III.

A pesar de tantos males como se imputan a la Compañía Guipuzcoana, produjo bienes inestimables. Los escritores que tan mal la juzgan no se remontan a las causas políticas y naturales que imposibilitaban a España a entrar de lleno en el camino de las sabias reformas. Separada de América por el océano, temiendo el espíritu de conquista extranjera no agotado entonces, y acosada por los intereses, personales de sus vasallos, no podía aceptar de pronto esas ideas modernas que son el resultado de la práctica, del desarrollo material y de las necesidades sociales. La historia, para ser verídica al juzgar los hechos debe despreocuparse de toda influencia contemporánea y apreciarlos en la época en que fueron consumados. ¿Qué mucho que el monopolio siguiera al contrabando y las medidas restrictivas se opusieran al desarrollo del comercio libre, si por todas partes existían temores, y el espíritu nacional estaba lleno de trabas y de errores inveterados?

Al juzgar el elemento vasco durante los cincuenta años que dominó a Venezuela, participamos del juicio formado por uno de nuestros más distinguidos publicistas:

> La Compañía Guipuzcoana a la que tal vez podrían atribuirse los progresos y los obstáculos que han alternado en la regeneración política de Venezuela, fue el acto más memorable del reinado de Felipe V en la América. Sean cuales fueren las increpaciones que dirigió la opinión del país contra este establecimiento, no podrá negarse nunca que él fue el que dio gran impulso a la idea que planteó la conquista, y organizó el celo evangélico. Los conquistadores y los conquistados reunidos por una lengua y una religión, en una sola familia, vieron prosperar el sudor común con que regaban, en beneficio de la madre patria, una tierra tiranizada hasta entonces por el monopolio de la Holanda.[27]

Cuando desaparece la Compañía Guipuzcoana ¿qué se hace aquella colonia de vascos que había fundado la agricultura y dejaba un gran número de haciendas cultivadas, el trabajo sistematizado, el hogar con todas sus virtudes en armonía con los intereses sociales bien entendidos? Continúa

27. Andrés Bello, *Recuerdos de la historia de Venezuela.*

en su labor civilizadora, no como asociación sino como individuos; repártense en los valles de Aragua, a orillas del lago de Valencia, en las llanuras del Cojedes, de Portuguesa y del Orinoco y en las costas de Caracas, patria del primer cacao del mundo. A los vascos débese el poderío de los valles de Aragua. Han corrido largos años de la fundación de los primeros establecimientos agrícolas y todavía se conservan muchos de ellos: el tiempo no ha destruido los primeros campanarios de la aldea, aún quedan restos del antiguo torreón que anunciaba con sus espirales de humo el movimiento de los campos: todavía el árbol secular levanta al cielo su ramaje, mientras que las generaciones del pasado descansan en perpetua paz en el suelo de la selvática capilla. Fueron los vascos los que al desaparecer como centro comercial introdujeron en Venezuela el añil de tinte que cultivaron con buen éxito: fueron los primeros plantadores del algodón y de la caña de azúcar y los que continuando en su labor civilizadora hasta el fin de sus días, dejaron a sus hijos, por herencia provechosa, las virtudes del hogar y el amor al trabajo y a la patria.

Hay algo más grande de la riqueza y el cultivo de la tierra, y más que la gloria y las vanidades del mundo: ese algo es la familia. La familia en el sentido general: la patria, y la familia en el sentido íntimo: el hogar; éstas las grandes virtudes del vasco en todo tiempo y país. Así la mayor parte de las familias que tienen entre nosotros tal origen, conservan las costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones, herencia de sus mayores. ¡Qué lejos estaban de pensar los vascos cuando eran dueños de Venezuela, que pocos años después sus hijos y nietos continuarían su obra en nuestra guerra magna, en nuestros comicios y asambleas, en nuestras luchas por la libertad y el progreso!

Entre las diversas ramas de la nacionalidad española de que se origina la población de Venezuela, ninguna con más justos títulos a la gratitud nacional que la de los vascos. Que se estudie el elemento andaluz, el castellano, el catalán o el isleño, y encontraremos que el único que ha podido conservarse, a pesar de la acción del tiempo, y que ha dejado obras imperecederas es el vasco; y que ninguno como éste desempeñó en la historia de la colonia un papel tan fecundo en beneficios como útil en sus tendencias.

Después de la desmembración de Colombia en 1830, la inmigración vasca es casi nula en Venezuela. Reducida, por decirlo así, a individualidades, unas han formado familias hacendosas que se han fundido en el país, y otras, después de un trabajo constante y honroso, han regresado al suelo patrio. De las actuales repúblicas de origen español, sólo las del Plata gozan del envidiable privilegio de ver establecida una corriente constante de inmigración originaria de las provincias vascongadas. A orillas de aquel caudaloso río es donde los vascos modernos, hace ya treinta años, han querido fundar su patria americana[28].

¿Por qué esta predilección a las márgenes del Plata? ¿Acaso las pampas de Buenos Aires le brindan más atractivos que las dilatadas y ricas sabanas de nuestros llanos? ¿Acaso en nuestras montañas andinas y en nuestros bosques cálidos, a la vera de nuestros lagos y en la dilatada cinta de nuestras costas, no tienen ellos la imagen de las cimas pirenaicas y del mar Cantábrico? ¿Por qué no venir al suelo que cultivaron sus antepasados, donde la variedad de climas y de tierras, donde la riqueza vegetal, ceñida de luz y el gran número de descendientes vascos, les atestiguan que aquí estuvo en no remotos días su centro americano?

III

Cuando se estudia la historia, hasta en sus más íntimos pormenores, es cuando podemos comprender, en el encadenamiento admirable de los sucesos, la voluntad de una Providencia siempre justa. Las dos grandes revoluciones del último siglo: la emancipación norteamericana de 1776 a 1783 y la gran Revolución Francesa de 1789 a 1795, al parecer distintas en sus fines y tendencias, fueron dos acontecimientos perfectamente enlazados. Al favorecer España a la primera, prestándole su mano poderosa hiere de muerte la existencia de sus colonias en el continente; pero semejante acto en nada hubiera contribuido a nublar el horizonte político, si

28. En dos mil estima un escritor distinguido el número anual de vascos, españoles y franceses, que emigra a las regiones del Río de la Plata; y según Martín de Moussy, el número de vascos que había en la república en 1868, no bajaba con sus descendientes de cincuenta mil almas, *Réclus, Les Vasques, un peuple qui s'en va*, *Revue des Deux Mondes*, 1868.

los sucesos de 1789, sorprendiendo al mundo, no hubieran originado el primer crepúsculo de las nacionalidades modernas. Celosa y solícita por la conservación de sus colonias, España hace cuanto puede para aislar a Venezuela de las chispas de aquel incendio, castigando con severas penas la difusión de las ideas nuevas. Olvidaba que había contribuido a derribar un gobierno legítimo en América para coadyuvar a los deseos de un pueblo, y que la Revolución Francesa era la voluntad suprema de otro pueblo para echar por tierra toda realeza, odiada e impotente. Pero las naciones no obran como los individuos: si es lícito a éstos decidir con la razón y transigir en las situaciones difíciles, las naciones, por el contrario, quieren siempre vencer o ser vencidas por la fuerza. Tal sucedió a España respecto de sus colonias americanas, después de los grandes episodios del siglo pasado. Mientras más severa fue para estorbar la importación de las nuevas ideas, más propicios se encontraron los espíritus para recibirlas; por esto todas las persecuciones políticas son contraproducentes si ellas no están basadas en la opinión.

No era tanto de los pueblos de Venezuela arraigados en sus antiguos hábitos de quienes podía temer España, como de los círculos ilustrados, siempre atentos a toda innovación provechosa. Por muchos años no pudo la metrópoli evitar que cundiesen en la colonia las ideas revolucionarias: los deseos de un cambio de gobierno confirman las ideas de aquella época admirable. Mientras que la idea estuvo en gestación, España venció todos los movimientos presentados desde los últimos años del pasado siglo hasta 1810. Pero sin preverlo atizaba con este procedimiento el incendio, alentaba los espíritus timoratos, daba calor a las ideas revolucionarias. Hay un hecho general en la historia de las colonias españolas en América y es que en todas comienza el fermento revolucionario de 1808 a 1810. ¿Fue todo esto casual? No: era el momento propicio que todos, sin hablarse, aguardaban; aquél en que destronado el monarca de España cundiera el desaliento, apareciese la anarquía y un caos político transitorio viniera a dar entrada a todas las evoluciones americanas. Tal es el encadenamiento de los sucesos: sin la Revolución de 1789 no hubiera aparecido Napoleón; sin la invasión de éste a España, no hubieran surgido los sucesos de 1808, y sin las juntas gobernantes no se hubieran precipitado los acontecimientos de América.

Menos de dos años de este estado indefinido bastaron a los pueblos de la América española para dar el grito revolucionario y lanzarse en el camino de los hechos. Cúpole a Venezuela ser la primera, y el 19 de abril de 1810, precisamente a los sesenta años de haberse pedido en la misma fecha en Caracas la expulsión de la Compañía Guipuzcoana, fue derribada la autoridad peninsular. Con un vasco, el mariscal Emparan, termina en aquel memorable día la larga serie de capitanes generales que, desde Alfínger en 1528, se habían sucedido sin interrupción por el espacio de tres siglos. Preso Emparan momentos antes de asistir con todo su séquito a la solemnidad de Jueves Santo, no le faltó astucia y talento para defenderse en la sala del Ayuntamiento a donde lo llevaron los conjurados. Con sus promesas o insinuaciones había ya vencido, cuando un tercer actor corona la jornada pacífica de aquel día inmortal: queremos referirnos a la entrada en la sala capitular del canónigo Madariaga, de origen vasco: carácter definido, audaz, hombre de acción, que deshace con su palabra todas las promesas de Emparan y lleva a feliz término los acontecimientos iniciados. Así comienza la Revolución de 1810.

¿Quién será el adalid de esta revolución sangrienta que durante quince años va a segar la flor de la juventud americana, a turbar la paz de los campos y a convertir en charcas de sangre el suelo de nuestros pueblos? ¿Quién será el alma de los combates y el faro de salvación hacia cuya luz se dirijan las miradas de los náufragos en la noche del peligro? Cuando el incendio devore hombres y cosas, y los osarios blanqueados por el sol sean los testigos mudos de la nueva carnicería, ¿quién será el varón fuerte que vendrá a revolver las cenizas para sacar de ellas la chispa que deba encender de nuevo la conflagración general? Cuando cunda el desaliento y todo sea imposible; cuando a fuerza de ser vencido se pierda el hábito de levantarse; cuando el clamor de los pueblos ruja contra los nuevos innovadores, y el vendedor compasivo se ría de las quimeras republicanas, y el hambre y las necesidades y la miseria con cara de hidrófoba pidan cuenta de tanta sangre, ¿quién como los héroes bíblicos, blandirá la espada redentora y sacando soldados del polvo se sobrepondrá a las muchedumbres rendidas de cansancio? ¿Quién será el nuevo Aníbal que debe conducir sus legiones al Ande inaccesible y llevar el estandarte tricolor para clavarlo en los picos

encanecidos por los siglos? ¿Será algún descendiente de los incas el que se levante de las ruinas antiguas para hacer cargo a los conquistadores del Nuevo Mundo de la muerte de Atahualpa y de la destrucción de los poderosos imperios prehistóricos? ¿Será el extranjero, que lleno de ambición quiera arrancar a la Corona de Castilla la preciosa joya de su conquista americana? ¿Será el descendiente de los antiguos íberos quien vendrá a completar la obra de España, emancipando el continente que ella había civilizado?…

A orillas del mar Cantábrico, hay un río que, desprendiéndose de la sierra de Aranzazu en la provincia de Guipúzcoa, sigue hacia el norte por el valle de Lenis, llega a Escoriaza y desagua en el Deva: ese río se llama Bolívar. El mismo nombre lo lleva el fondo del valle que entre los dos ríos está rodeado de elevados montes, sembrados de plantas útiles que dan sustento a sus pacíficos moradores. Bolívar se llama otro lugar al sur de Vitoria en la provincia de Álava, donde reposa el cuerpo de aquel Segismundo mártir, guardado y venerado en rica arca por los naturales del poblado. Bolívar, finalmente, es el nombre que llevan tres pueblos de la provincia de Vizcaya. Este nombre, oriundo de las provincias vascongadas, no se encuentra en ninguna otra de las de España.

Tal nombre geográfico no es peculiar en el viejo mundo: figura igualmente en las dos grandes secciones del continente americano, desde la región de los lagos en la América del Norte, hasta las elevadas cumbres de los Andes suramericanos. A orillas del gran Mississippi, "el padre de las aguas" en el lenguaje de los indios, está el condado de Bolívar, con su capital Bolivia de doce mil habitantes. Bolívar es la capital del condado de Henderman, a orillas del Hatche, emporio del comercio en las regiones del viejo Tennessee. Bolívar es el nombre que llevan dos pueblos del estado de Arkansas. El nombre de Bolívar se encuentra también a orillas del Missouri, y en los estados de Pensilvania y de Maryland, y en el poderoso estado de Nueva York y en el de Arkansas, y en el de Texas, y en el de Alabama, y en el de Ohio, y en muchos otros lugares. Más, hacia el sur, después de atravesar el archipiélago antillano, aparecen con el nombre de Bolívar dos florecientes estados en las repúblicas de Venezuela y de Nueva Colombia. Bolívar es la ciudad del Orinoco, la capital de esa dilatada Guayana, patria de El

Dorado, emporio de la raza caribe y lugar célebre por las exploraciones de Ordaz y de Raleigh, de Solano y de Humboldt. Más al sur todavía y al pie de grandes cordilleras coronadas por el Illimani y Soratá está la más joven de las repúblicas suramericanas: lleva el nombre de Bolivia.

¿A quién recuerda este nombre antiguo que está en la cuna del pueblo vasco y en las principales regiones del continente americano? A Simón Bolívar, el hijo de Caracas, y el último y más grande de los descendientes vascos en ambos mundos. Heredó de aquellos, que en el mar Cantábrico fundaron la República, cúpole la gloria de ser el genio que emancipara la América, después que sus antepasados habían fundado la colonia y dado a la gran causa, conquistadores, pobladores, pacificadores, hombres de progreso durante la existencia de la América española. Los anglo-americanos le llaman el Washington del Sur, mientras que sus compatriotas de uno a otro extremo del continente le conocen hace ya cerca de ochenta años con el título del *Libertador.* Su nombre está en el templo de los grandes hombres, sus hechos inmortales en las páginas de la historia, y monumentos del arte escultural perpetúan su memoria desde las orillas del Orinoco y del Hudson y desde las costas del Atlántico y del Pacífico, hasta las nevadas cumbres de los Andes.

El primer Bolívar natural del señorío de Vizcaya que llega a Venezuela, es Simón de Bolívar en 1588. Preséntase con las ínfulas de su origen; hidalgo, dueño y señor del solar y casa infanzonada de la rentería en el lugar de Bolívar en Vizcaya. Antes de llegar a Venezuela había estado algunos años en la isla de Santo Domingo, donde había desempeñado empleos de alta importancia. Establécese en Caracas junto con el gobernador Osorio de quien ya hemos hablado en el estudio precedente. Nombrado por éste procurador y comisario general ante el rey, consigue del monarca, en beneficio de la colonia, reales cédulas que favorecían el adelanto material y moral de Venezuela. Regresa al cabo de dos años y trae por real orden el empleo de procurador general de la ciudad, primer encargo de este rango que se concedía después de la fundación de Caracas.

Desde entonces data en Caracas esta antigua familia de Vizcaya, la cual da hombres útiles a la colonia por el espacio de dos siglos. Entre todos los de este nombre sobresalen después del procurador de Caracas, Simón

de Bolívar, hijo de éste, Antonio, Luis, Juan, el fundador de San Luis de Cura en los llanos de Caracas y últimamente Juan Vicente, el padre del Libertador Simón Bolívar, nacido en 1783, el cual no debía tener sucesores, y corona esta familia ilustre que desempeñó en la historia de la colonia los más altos destinos políticos y militares y ha contribuido con sus luces y tesoros al adelanto y progreso material de las poblaciones[29].

Pero la familia Bolívar no se había hecho célebre en la historia de la Colonia tan sólo por los méritos de sus fundadores y los de sus descendientes: estaba íntimamente enlazada con la de los célebres Villegas, originaria de Burgos y de servicios relevantes a la causa española, pues uno de sus fundadores, Pedro Fernández de Villegas, ayudó con sus deudos y amigos al triunfo de las Navas de Tolosa, y en recompensa de sus servicios le concedió Alfonso IX, entre muchos privilegios, el de llevar por orla de sus armas los castillos reales. Fueron los Villegas de los primeros conquistadores que entraron a Venezuela con Alfínger y Spira, de los primeros pobladores y pacificadores de las tribus indígenas de El Tocuyo y de Nirgua, de Maracaibo, de Borburata, Laguna de Tacarigua, Nueva Segovia y esa tierra coriana que civilizaron, la primera, los castellanos del siglo XV.

Los Villegas y los Bolívar fueron los que fundaron el puerto de La Guaira, abrieron los primeros caminos de la colonia, y rechazaron al extranjero en repetidas ocasiones. De manera que los primeros pobladores de Venezuela, los conquistadores y pacificadores de las naciones indígenas del occidente, fueron los Villegas, Osorio, Bolívar y sus descendientes, todos de una misma familia que ha dejado por todas partes elocuentes pruebas de sus méritos. Uno solo de ellos basta para inmortalizar su época, aquel Diego Osorio Villegas que se encarga de la Gobernación de Caracas en unión del primer Simón Bolívar en 1588. Ayudado por éste, funda puer-

29. En 1718 dase principio al señorío de San Luis de Cura, en los llanos de Venezuela, el cual fue confirmado por reales cédulas de 25 de mayo de 1722, 24 de diciembre de 1735 y 22 de marzo de 1760. No fue este señorío el único que poseyó la familia Bolívar. Ya por real cédula de 21 de agosto de 1663 se había concedido al señor don Francisco Marín Narváez, notable patricio de Caracas, con cuya familia se enlazó el coronel don Juan de Bolívar Villegas, el señorío de Aroa, donde están las ricas minas de cobre, propiedad hoy de una compañía inglesa.

tos y aldeas, reparte tierras, facilita el comercio y pónese al frente del fomento material de la colonia: fundó los primeros archivos, señaló ejidos y asignó propios; firmó ordenanzas y redujo poblaciones indígenas. Fue hombre de gran talento que poseía además el don de mando y el de gentes; así lo califica un historiador.

Cuando viene al mundo el futuro Libertador de América, 24 de julio de 1783, se presenta con la rica historia de sus progenitores; dos siglos de servicios a la causa americana española; hombres de espada y de bufete; conquistadores, pobladores, pacificadores y altos empleados en todos los ramos del servicio público. ¡Cuánta riqueza de títulos para continuar en el camino de sus predecesores! Mas, sólo a él estaba reservado coronar el edificio con la más pura gloria y reflejar sobre las generaciones pasadas y venideras la luz del genio, el brillo de sus hechos.

* * *

Bolívar no aparece en la Revolución de 1810 como uno de sus principales actores: joven de veintiséis años, aunque de variada instrucción, después de haber viajado por Europa y la América del Norte, carecía de ese aplomo de los espíritus serios y reconcentrados. De imaginación volcánica, de carácter impetuoso, gozaba entre sus compatriotas y amigos del dictado de atolondrado, lo que le hacía aparecer como un espíritu superficial antes que hombre capaz de grandes concepciones. Nada tenía que envidiar a sus coetáneos: su fortuna y posición social le habían valido ser uno de los compañeros de la infancia del futuro Fernando VII. Durante su residencia en Europa había tratado con muchas de las lumbreras de la época, y observador de los sucesos, aprendió bajo el impulso que da al espíritu el estudio práctico de los hombres y de las cosas. Así regresó a Venezuela donde debía continuar en el estudio de la colonia y de los medios que debían contribuir al desarrollo de ésta. Cualesquiera que fueran sus ideas sobre las revoluciones y movimientos de la colonia en los últimos años del siglo pasado y principios del actual, vivía combatido por dos aspiraciones antagónicas: la independencia, que debía crear un nuevo orden de cosas y le empujaba al porvenir, y la aristocracia, cuyas preocupaciones y hábitos deseaba abandonar y que le retenía. A fines de 1810 es cuando el gobierno

revolucionario le abre su carrera política, enviándole a Inglaterra con un encargo diplomático. El marqués de Wellesley le recibe con toda la cortesía del caballero; pero, como circunstancias del momento se oponían a que Inglaterra entrara de lleno en todo aquello que fuera el reconocimiento de la revolución, hubo de regresar a Caracas. Con él llega el que debía como militar más antiguo y práctico ponerse al frente de las tropas venezolanas en su choque con el jefe español Monteverde, y a quien estaba reservada la primera y más costosa de las capitulaciones. Con Miranda comienza Bolívar su carrera militar tan llena de peripecias, de contrariedades, de sacrificios, de abnegación y de gloria.

Una derrota abre la primera página de su hoja de servicios, pues, cuando se subleva el castillo de Puerto Cabello, a impulso de los prisioneros españoles, Miranda que, en los valles de Aragua, se retiraba perseguido ya por el general Monteverde, se encuentra en la necesidad de capitular, franqueando al español las puertas de Caracas. Entretanto Bolívar, al frente de sus tropas, lucha tenaz contra la retaguardia de Monteverde; mas, después de una defensa obstinada y ante fuerzas numerosas, abandona al fin el campo y se embarca para regresar a la capital, cuya situación ignoraba.

Sigámosle en esta carrera de reveses y de triunfos que se inicia con la rota de Puerto Cabello, pero que terminará con la emancipación de todo el continente, cuando se rindan, después de quince años de horrible matanza, los dos últimos baluartes del poder español en América: el ejército de Ayacucho a fines de 1824, la fortaleza de El Callao a principios de 1826.

Dejemos a Miranda preso después de rota la capitulación por el jefe español: tristes días le aguardan en La Carraca, la que será testigo de su prolongado martirio, cuando con cadena al cuello entre los últimos instantes de su agitada vida, siempre meritoria y digna. ¿Quién salvará mientras tanto a Bolívar en el naufragio de la revolución, cuando sus hombres huyan de los campos, se oculten a las persecuciones, giman en los calabozos y sientan por todas partes la venganza armada que los impele a dar severa cuenta de sus hechos? Allí está el vasco que salvará a Bolívar en los momentos de peligro: Francisco de Iturbe se presentará a Monteverde y exigirá el pasaporte para el vencido de Puerto Cabello. Era Iturbe uno de aquellos espíritus rectos, pacíficos y pundonorosos, de nobilísima alma y para quie-

nes la amistad es culto. Amigo del padre de Bolívar, continuaba su tributo en obsequio al hijo a quien desde su nacimiento acariciaba. En los primeros momentos el jefe español rechaza la petición del joven vasco; mas éste, con carácter sostenido, insiste y ofrece sus propiedades y aun su vida por el descendiente de su compatriota. Monteverde, ante tanta generosidad, cede, y Bolívar logra así salir del continente. Tanta hidalguía de parte de Iturbe tuvo más tarde su recompensa. Cuando después del triunfo de la revolución de 1826, el Congreso de Colombia confisca las propiedades de todos los españoles, Bolívar, al saberlo, dirige una nota desde el Perú en la cual ofrece sus bienes para salvar los de su protector. El Congreso entonces declara que sólo una excepción tiene la ley, y es en la persona del digno Iturbe, por haber salvado en 1812 la vida del Libertador.

¿Quién salvará a Bolívar más tarde en medio de las peripecias que le aguardan, de los peligros y orgías del campo de batalla? No habrá ya vascos que vengan en su auxilio; pero sí encontrará la buena estrella de los genios, siempre propicia a los que ascienden al Capitolio.

Sin amigos, sin recursos, sin nombre, llega Bolívar al suelo extranjero (isla de Curazao), para aguardar allí el instante oportuno en que debía abrir su memorable campaña de 1813. La inquietud que le domina le precipita, y enemigo de la inercia, parte con la tea de la revolución en la mano y la idea en la frente. El 14 de noviembre de 1812, está ya en Cartagena, que le nombra a poco Coronel en la comandancia de Barrancas. Para fines de diciembre ha tomado por asalto la fortaleza de Tenerife a orillas del Magdalena, y artillería y buques caen en poder del vencedor. Habla entonces a la Nueva Granada y se ofrece para libertarla. En enero de 1813 vence a los españoles en Mompox y Chiriguana, y para el 28 de febrero está en los valles de Cúcuta. Desaloja al jefe español, recibe el grado de Brigadier que le concede el gobierno revolucionario de Bogotá, y se prepara con un puñado de hombres a continuar sobre los Andes de Venezuela. En 13 de abril entra en La Grita, el 10 de junio en Mérida y el 15 del mismo en Trujillo lanza a la faz del mundo su célebre Decreto de Guerra a Muerte.

Al llegar a San Carlos, a orillas del Cojedes, la opinión le acompaña, y sin perder tiempo marcha contra el jefe realista Izquierdo: alcánzale en la sabana de Los Pegones y le deja herido; todo cae en poder del vencedor, y

tan sólo puede escaparse el oficial que lleva la triste nueva a Monteverde. El 2 agosto entra en Valencia, y para el 7 está en posesión de la capital Caracas, que de antemano han evacuado las autoridades españolas para ir a refugiarse bajo los muros de Puerto Cabello.

Por todas partes ha cundido el incendio durante esta marcha victoriosa de Bolívar: sus tenientes han triunfado en oriente y occidente, y han vencido en Margarita y en Cumaná, y en Maturín y en Güiria, y en Aragua y Niquitao.

Bolívar anuncia en Caracas el establecimiento de la República el 8 de agosto de 1813, y sin perder tiempo sale a poner sitio a Puerto Cabello. Fuerte el español, se sostiene contra los ataques de Bolívar y aguarda ser reforzado. El 30 de septiembre vencen las tropas republicanas en las alturas de Bárbula; el 8 de octubre en Las Trincheras, el 14 en Mosquitero. Para esta época Caracas ha aclamado a Bolívar su Libertador.

Después de esta campaña de 1813, paseo triunfal desde las orillas del Magdalena hasta los Andes de Venezuela y costas de Puerto Cabello, ¿cómo seguir a Bolívar en su portentosa epopeya durante el espacio de quince años? ¿Puede acaso sintetizarse en cortas líneas esa vida tan llena de peripecias, esa serie de hechos admirables que llenan los anales de América? ¿Cómo pintar esa existencia múltiple, siempre entre el fuego y la muerte, esa voluntad inexorable que se sobrepone, esa constancia que se sublima con las desgracias? Nada puede compararse con el joven genio de América durante los primeros años de la guerra a muerte, cuando los ejércitos españoles, a semejanza de una hidra de fuego, lo circundan. Bolívar es entonces el centro de todos los odios, de todas las evoluciones enemigas y también de todas las esperanzas. Por todas partes sufre reveses y por todas partes alcanza victorias. Si pierde en Barquisimeto, es para vencer en Araure; si sucumben sus legiones en San Marcos y en La Puerta, es para salir victoriosos en Ospino y La Victoria, y en Charallave y Los Pilones, como había salido más antes en Niquitao, en Bárbula y Las Trincheras. San Mateo es la aurora de su gloria, Carabobo el iris precursor de sus triunfos. Mas por segunda vez La Puerta es la tumba de sus ejércitos. Hay en la historia de los pueblos lugares propicios y lugares fatídicos. Cuando en el curso de la lucha vuelva por tercera vez en 1817 a ser vencido en el sitio de

La Puerta, será para sellar cuatro años más tarde la libertad de Venezuela en el glorioso campo de Carabobo.

¡Cuán prolongados los días de la gran carnicería, cuando el incendio de las pasiones se convierte en un incendio físico, y los campos se tiñen de sangre y hay patíbulos y cadalsos! De uno a otro extremo de Venezuela cruzan los ejércitos vencedores y vencidos, despuéblanse las ciudades, arden las sabanas con fúnebre resplandor que se alimenta con carne humana, y cuelgan de los árboles las víctimas acompañadas de un solo ser viviente, el buitre; mientras que en las ciudades aparecen las picotas coronadas por las cabezas disformes de los jefes prisioneros en los combates, y las aguas ensangrentadas de los ríos conducen fragmentos humanos de las orgías nocturnas. ¡Cuánto desastre y cuánta orfandad! Todos se estremecen, todos sufren y sólo Bolívar en medio de la hornalla parece invulnerable! ¡Cuán gran figura en todos los siglos y en todas las naciones! –ha dicho un escritor chileno–. Durante sus días de grandeza americana, que se prolongan por el espacio de veinte años cumplidos, el cielo del continente está enrojecido de luces ardientes y un estremecimiento volcánico se siente en todos sus ámbitos. ¡Bolívar está a caballo! ¡Por todas partes se cruzan los ejércitos! Los caminos de los Llanos marcan en espesas polvaredas movedizas el avance de los jinetes, mientras que los agrestes desfiladeros repercuten el eco de las dianas militares que anuncian el alba en todas las montañas. Los campanarios de todas las aldeas echan a los vientos los anuncios de las victorias de la tarde y de la mañana, y las ciudades populosas siembran de flores el tránsito de los que llegan en su rescate, al paso que todos los campos se blanquean con los huesos de los que han muerto en la demanda. Todos tiemblan y todos esperan. *¡Bolívar!* Esta palabra es el grito de salvación en el naufragio de la América, y las madres, en las noches de pavor, cuando truena a lo lejos el cañón de la batalla, apartan sus convulsos senos del labio de los hijos para enseñarlos a balbucir aquel nombre de redención: *Bolívar*, "El Libertador"[30].

---

30. Mackenna Vicuña, "San Martín y Bolívar", para la historia de la vida pública del Libertador, José Félix Blanco y Ramón Azpurúa. *Documentos*, Caracas, Imp. de La Opinión Nacional, 1875-1877, v. 8, pp. 494-496.

¿Cómo seguirle si está en todas partes? Si abandona las ciudades, es para conquistarlas de nuevo, para entrar después en triunfo en medio de las muchedumbres que atónitas le aclaman. Si huye es para rehacerse, si torna es para triunfar. Cuando a fines de 1814 abandona a Caracas, después de haber agotado todos los recursos y perdido todas las esperanzas, quince mil fugitivos le acompañan. Son las familias con sus ancianos, madres y niños que huyen de las turbas salvajes de Boves, y se precipitan por los caminos escabrosos para salvarse del incendio. Sólo Bolívar marcha sereno en medio de estas escenas de desolación y de llanto; y sólo Bolívar se salva, porque tiene destinos que cumplir y días de gloria que presenciar. Su inspiración le acompaña y nada le arredra. Si pierde, nuevos ejércitos sacará del polvo, y cuando en dos ocasiones huya de las rivalidades de sus émulos, será para volver al frente de sus célebres expediciones de oriente. Por tres veces en la historia de su carrera se escapará del puñal homicida, porque él debe contemplar como Moisés desde las alturas de Nebo la tierra prometida. No le tenía reservado la Providencia para morir como César, sino para extinguirse como Colón, víctima de las ingratitudes humanas.

La campaña de 1813 fue la ilusión que alentó los pueblos de Venezuela: la de 1814, la tumba en que ésta se sepulta. Cuando en 1815, después de tantos desastres, se presenta la formidable escuadra del *pacificado*r Morillo, ya nadie aguardaba, y la revolución aparecía como quimera de una imaginación delirante. Morillo deja a Venezuela en paz y sigue a Nueva Granada: todo parece perdido, y durante un año el espíritu revolucionario no existe. ¿Dónde estaba Bolívar? ¿Reaparecerá sobre las playas del continente como el visionario de la fábula para robar el fuego al cielo, o dormirá sobre los placeres de Capua en la tierra del extranjero? Cuando suena el cañón republicano en las costas de oriente anunciando el arribo del Libertador, ya ésta había despertado a la Esparta del Nuevo Mundo (la isla de Margarita) que tremolaba el estandarte de la República; y en las llanuras del Apure las legiones de Páez traían a la memoria la época de los Titanes. Bolívar reaparece y levanta el espíritu abatido. ¿Qué le importan los ejércitos de Morillo vencedores del coloso del siglo? ¿No ha luchado contra los ejércitos salvajes de Boves y de Morales, contra las tropas disciplinadas de Cevallos y de Cajigal? No le arredra ni el número, ni el valor, ni

la disciplina: lo que desea es la lucha que debe conducirle al triunfo final. Nueva gloria es sostenerse, no ya contra las turbas, sino contra los veteranos vencedores en Bailén y en Zaragoza.

Cuando regresa Morillo de Nueva Granada, Bolívar había ya puesto en conflagración a toda Venezuela. Con las campañas de 1816 comienza la época inmortal de los grandes reveses y de los grandes triunfos. Es la época de los centauros y de los combates olímpicos, de las admirables retiradas, de las grandes sorpresas, de las defensas heroicas: es la época en que Bolívar decreta el primero en el continente americano, la abolición de la esclavitud, y establece el segundo Congreso de Venezuela en la capital del Orinoco. De esta peaña de la gloria sale el rayo de la guerra que debe cruzar las llanuras y las ciudades y vencer la tempestad: es la época de 1814, desesperada, terrible: pero con enemigos más humanos y civilizados.

En aquel caos de las pasiones sólo brilla un centro de luz y de esperanza: es Bolívar que con su genio domina, atrae, triunfa. "Nada es comparable –ha escrito el general español Morillo, su hábil contendor– a la incansable actividad de aquel caudillo. Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea. Él es la revolución".

Pero en la inquietud de Bolívar un solo lugar no le bastaba para realizar su legítima ambición de gloria: necesitaba multiplicarse, señorear el campo inmenso, en solicitud de nuevos horizontes. Como el águila que domina el espacio y la tempestad, Bolívar abandona las llanuras y se remonta a las regiones andinas para saludar en medio de las nieves su estrella y buscar el fuego de los combates. Apenas instala a orillas del Orinoco el Congreso que le nombra primer Presidente de la República, tramonta los Andes con un puñado de hombres. ¿Qué Italia busca ese visionario de Venezuela que no tiene las legiones de Aníbal ni los recursos de Bonaparte? Tal es la pregunta que se hacen sus tenientes asombrados de semejante audacia.

¡Cuán escabrosa aquella ascensión a los Andes! ¡Cuántas privaciones cuando el cansancio, el frío, la prolongada subida desalienta los soldados que van a luchar contra los frescos escuadrones del gallardo Barreyro! ¡Pe-

ro adelante…! A los veintidós días de marcha vence en Paya la vanguardia de Bolívar, y éste exclama: "Lo más está hecho, pues hemos vencido a la Naturaleza". No era esta frase inspiración del momento, sino la síntesis de prolongados años de pruebas y decepciones. Refiere un historiador español que, durante el cataclismo de 26 de marzo de 1812, en los momentos en que venía al suelo una gran porción de la ciudad de Caracas, Bolívar animado de ideas filantrópicas, se presenta en el Templo de San Jacinto para socorrer a las víctimas. Era aquel día aniversario de la revolución de 1810, Jueves Santo. En los momentos en que se presenta Bolívar, un sacerdote español pintaba aquel suceso a la muchedumbre atemorizada como un castigo del cielo, por tanta deslealtad al monarca de España. Bolívar indignado hace descender de la cátedra al orador fanático, y como inspirado dirige a uno de sus antagonistas políticos que a su lado estaba, la siguiente frase: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". Estos conceptos, al parecer sacrílegos, principiaban a ser confirmados con el triunfo de Paya, 27 de junio de 1819.

Veinte días después triunfaba en Vargas: el 3 de agosto abandona Barreyro sus posiciones, y el 7 vence Bolívar en Boyacá. Barreyro cae prisionero con todo su ejército: y Bogotá, abandonada por el virrey Sámano, abre en seguida sus puertas al vencedor. ¡He aquí una campaña admirable!

No se detiene, ni el entusiasmo del triunfo, lo embriaga. De nuevo desciende solo la cordillera y solo se presenta en la capital del Orinoco para declarar ante el Congreso la libertad de la Nueva Granada y la fundación de Colombia, tema de todos sus deseos. Desde este momento la revolución se hace general, y España, que desde lejos observa, atisba el momento para hacer proposiciones de paz al vencedor. El 17 de junio de 1820 el jefe español decreta una suspensión de armas y propone al gobierno republicano y a los jefes del ejército su sometimiento a la metrópoli bajo el gobierno constitucional. Bolívar rechaza toda proposición que no esté basada en el reconocimiento de la República. Entonces el jefe español propone un armisticio, a lo que accede el Libertador: era un medio honroso que permitía al jefe Morillo ausentarse del teatro de la guerra, sin perder el lustre de sus servicios a la causa española. El 25 de enero de 1820 empiezan las negociaciones: a poco se abrazan emocionados aquellos dos

hombres que tanto habían luchado en el campo del deber. Aquel armisticio era tan sólo un respiro, y antes de cumplirse el plazo estaba roto: ya Morillo había partido.

Escúchase de nuevo el cañón republicano y los contendores comienzan el acto final de la revolución venezolana. Cuatro meses más tarde, 24 de junio de 1821, el ejército español, al mando del general La Torre, sucumbe en el campo de Carabobo. Carabobo fue la última batalla campal que debía sellar la Independencia de Venezuela.

Dejemos los restos del ejército español del centro refugiarse en los muros de Puerto Cabello, y a los tenientes de Bolívar maniobrar en las regiones de occidente, y sigamos al genio de América en su nuevo paseo triunfal por las alturas de los Andes. ¡Con cuánta rapidez se suceden entonces los acontecimientos! Bolívar llega a Caracas a los pocos días de haberla evacuado el ejército español; apenas se detiene en ella y sale para abrir su heroica campaña del Ecuador y el Perú. Todo Sur América es un campo de batalla. El 11 de octubre se rinde al general Montilla la fortaleza de Cartagena; el 21 de febrero de 1822 las avanzadas del Libertador ocupan la ciudad de Cuenca en el centro de los Andes ecuatoriales; el 7 de marzo vence Bolívar en Bomboná; el 22 de abril el general Sucre en Riobamba, y el 24 de mayo Aymerich y su ejército se rinden al pie del Pichincha. Una nueva capital se incorpora a los triunfos de Bolívar, la Quito de los antiguos incas, que lo recibe en triunfo. El 24 de julio de 1823 es vencida en el lago de Maracaibo la escuadra española a las órdenes de Laborde, cuando todas las ciudades del occidente de Venezuela estaban en poder del ejército republicano. El 7 de septiembre de 1823 hace Bolívar su entrada triunfal en la capital del Perú. Dos meses después, el 7 de noviembre, toma Páez por asalto el castillo de Puerto Cabello. No hay ya combatientes españoles en Venezuela. El 6 de agosto de 1824 vence el Libertador en Junín, y el 9 de diciembre todo el ejército español y con él el virrey Laserna son hechos prisioneros en la memorable batalla de Ayacucho alcanzada por el general Sucre. Apenas queda un punto en toda la extensión del continente donde llamea el estandarte de Castilla: la fortaleza de El Callao, que resiste con orgullo el sitio del ejército colombiano. Diecisiete y medio meses de combates constantes no la hacen ceder; mas, un día llega, 22 de enero de 1826, en que el estandarte

de Colombia ondea sobre las viejas torres anunciando la emancipación completa de la América.

Han sucumbido todos los ejércitos enemigos; se han abierto al vencedor todas las capitales; se han rendido todas las fortalezas, y los restos de los viejos veteranos de Bailén y Zaragoza han partido, y con ellos los oficiales distinguidos y valerosos que debían figurar más tarde en las civiles guerras de España. Honor al vencedor y honor al vencido, que en esta lucha sangrienta los laureles y cipreses se confunden en honra y gloria de un mismo pueblo.

He aquí la obra imperecedera de Bolívar, el Genio de América, hijo predilecto de Caracas, el descendiente de aquellos vascos ilustres del señorío de Vizcaya, que durante tres siglos dieron a Venezuela conquistadores y pacificadores, pobladores y hombres notables que contribuyeron al desarrollo de la colonia. Al coronar la obra de sus antepasados de una manera inmortal, al realizar la independencia de América, inmortalizaba su familia y su patria e incorporaba a lo presente todo el brillo de lo pasado: había fundido dos épocas para su propia gloria.

Veámosle subir aun, no ya con la espada redentora, sino con el ramo de oliva, para saludar desde las altas cimas de los Andes, en nombre de su gloria el resto de América ya emancipada. Sobre las cumbres de Bolivia tomará el estandarte de Pizarro, y uniéndolo con el de Colombia simbolizará de esta manera la epopeya americana en sus dos grandes actos: la Conquista y la Libertad; timbres gloriosos de un mismo pueblo y de una misma raza.

¿Qué ha hecho?

> Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo! Quita su nombre a la América y da a la parte que ha hecho suya el nombre de Colón, y más adelante decreta el suyo propio a su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dio la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la omnipotencia.[31]

31. *Ibid.*

He aquí el más grande de los descendientes vascos en ambos mundos.

Entre las familias de origen vascongado que hay en Venezuela, la más antigua parece ser la de Bolívar (1588). En la lista de patronímicos vascos con sus significados que a continuación insertamos se encuentran algunos que datan de los siglos XVI y XVII y muchos del siglo XVIII, en los días de la Compañía Guipuzcoana, 1730 a 1780: otros pocos pertenecen a la primera mitad del siglo actual. Al publicar esta lista, debemos dar nuestras más cordiales gracias al señor don J.M. Echeverría, vicecónsul de la nación española en Puerto Cabello, quien ha tenido la cortesía de corregir y ensanchar la lista que sometimos a su examen. Conocedor profundo de su idioma nativo, el *éuskaro*, ninguno como él para proporcionarnos la satisfacción de embellecer estas páginas con la traducción de un gran número de patronímicos vascos pertenecientes a familias venezolanas.

Ojalá nos hubiera sido posible publicar la nota exacta de todos los apellidos de origen vasco que se encuentran en Venezuela, pero un trabajo semejante necesita de tiempo, pues no hay lugar de la República donde no se tropiece con alguno de aquéllos.

Los patronímicos que llevan un * indican nombres de lugares en alguna de las tres provincias vascongadas; y sólo el de Bolívar se encuentra al mismo tiempo en Vizcaya, Guipúzcoa y Álava.

Llama la atención en la lista que publicamos el origen vasco de muchos de los compañeros de Bolívar en la guerra magna, como Arismendi, Urdaneta, Anzoátegui, Ibarra, Uztáriz, Lecumberri, Arguíndegui, Aramendi, Iribarren, etc., etc.

Patronímicos	*Significados en español*
Aguerrevere o Auerrevere	Quemar eso arriba también
*Aguirre o Auerre	Quemar eso
Albizu o Albezu	Si le es posible
Altuna	Lo posible
Alustiza	Parece que es así
Alzuru (corrupción de Aitzburu)	Cabeza de peña
Amiana o Armiama	Araña
Amundarai (contracción de Amaondara)	Al lado de la madre

Anzoátegui o Aunzategui	Lugar de las cabras
*Anzola (corrupción de Anzuela)	Que tenían allá
Arambarri	Ciruelo nuevo
Aramburu	Cabeza de ciruelo
Aramendi	He allí el monte
Aranguren	Antojadizo de ciruelas
Aranzadi	Lugar de abrojos
Aranzamendi	Monte espina (espinar)
Aranzazu	Tú en las zarzas![32]
Arbide	Camino de piedra
Arguindegui o Argiendegui	Hágase la luz
Arismendi	Monte de robles
Aristeguieta	Lugar de robles
Ariza	Roble
*Arostegui	Carpintería
Arrameide o Arraibide	Camino del pescado
Arrechedera	He ahí casa hermosa
*Arregui	Paraje de gusanos
*Arrieche	Casa de piedras
Arrieta	A las piedras
Arriaga	Pedregal
Arrillaga (de Arriaga)	
Arrobarrena	Fanfarrón para dentro
Arteaga	Rama de encina
Ascune	Tiene mucho
Aurrecoechea	Casa delantera (de enfrente)
*Azparren	Mediante la hermana
Baraciarte	Entre la huerta
Barrenechea	Casa de adentro
*Berrío	De nuevo
Berrizbeitia	Otra vez abajo
Berroterán (Berraterán)	¿Si será el mismo?
Betesagasti	Siempre manzanal
Bolívar	Pradera del molino
Cegarra	¡Qué llama!

32. Cuentan en la provincia de Guipúzcoa que *Aranzanzu!* (¡Tú en las zarzas!) fue la exclamación que profirió un pastor a quien se le apareció la Virgen en las zarzas de un cerro que lleva el nombre de Aranzazu con supresión de la n.

Cosgaya	¡Qué proyecto!
Chapellín	Fabricar sombreros
Echeandia	Casa grande
Echeazu	A tu casa
Echegarai	Galán de la casa
Echegarreta	Casa a las llamas
Echenagucia	Amo de casa
Echenique	No tengo casa
*Echezuría	Casa blanca
*Echeverría	Casa nueva
Egui	Verdad
Eguzquiza	Debajo del sol
Elitzechea	Casa de la iglesia
Elizalde o Eleizalde	Hacia o cerca de la iglesia
Elizondo	Junto a la iglesia
Erazo	Bebed
Erroteverea	Propietario del molino
Escurra	Bellota
Escute	Escondido
Espelosín	Hecho de astillas
Esquiaga	No es humo de palo
Galarraga	Palo o vara
Garaicochea	Casa de la victoria
Garmendia (Garramendian)	Llama en el monte
Gasteloarena	Del castillo
Gavarain (Gavaorain)	Es de noche ahora
Goenaga	Estoy arriba
Gogorza	Rigor
*Goicoechea	Casa de arriba
Goiticoa	El de arriba
Gori (Gorri)	Colorado
Gorrochategui	Lugar para casa de sordos
Gorrondona	Lo mejor es ser sordo
Guruciaga	Cruz de palo
Herrequena	Del riachuelo
*Ibarra	Valle
Ibarrolaburu (contracción de Ibarra –*CC*-ola-*ren*-buru)	Jefe de la ferrería del valle
Illarramendi	Monte de las arvejas

Insaustri	Nogal
Insurrazi	Hágase con frecuencia
Iradi	Tu pariente
Iraegui	Verdadera ciudad
*Iriarte	Hasta la ciudad
Iribarren o Uribarren	Urbano
*Irigoyen o Urigoyen	Ciudad de arriba
Isava	Tía
Isturis o Ish	
Iturbe (por Iturrigaba)	Sin fuente
Iturbide	Camino de la fuente
*Iturralde	Hacia la fuente
Iztueta	Y tiene palabra
Jáuregui o Jáunegui	Demasiado señor
*Llanda	Heredad
Landaeta	A las heredades
*Larrain	De las zarzas
Larralde	Hacia la zarza
Larraiscain	Oferta de zarza
Larrazábal	Zarza ancha
*Lecumberri o Lecuberri	Lugar nuevo
Lecuna	Buen lugar
Legorburu	Cabeza seca
Leiziaga	Casa de Leiza
Lizarraga	Rama de fresno
Lomaz	Soñoliento
*Madariaga	
Martiarena	De Martín
Mendía	Monte
Mendiri	Almonte
*Michelena	De Miguel
Miquelarena	De Micaela
*Mujica (Muxica)	Durazno
Olaechea	Casa de madera
Olaisola	Así es la palabra
*Olavarría	Tabla nueva o ferretería nueva
Ortiz (Ortie)	De ahí
*Otamendi	Monte de argoma
*Ovarzábal u Oyazábal	Cama ancha

Sagarzazu	Toma la manzana
Salaberría	Sala nueva
Sarría (contracción de Suarria)	Pedernal
Sistiaga	
Sorazábal	Heredad ancha
Sorondo	Junto a la heredad
*Ucelay-Urcelay	Pradera con agua
Ugarte	Isla
Unda- ¡Nunda!	¿Dónde está?
Urbina	De dos aguas
Urdaneta	En todas las aguas
*Uriarte	Hasta la ciudad
*Uribe (por Urigabe)	Sin agua
Urosa	Agua fría
Urrecheaga	Casa de avellanos
Urristazu	Agua de mar
*Urroz (Uroz)	Agua fría
Urrutia	Lejano
*Uzcátegui	Lugar en que se niega
*Uztáriz	Abundancia de yugos
Veitía	Abajo
Veracoechea	Casa de abajo
Vizcarrondo	Junto al hombro
Zabala	Ancho
Zabaleta	Y es ancho
*Zaldua	Vendido
Zárraga	Palo viejo
Zubiburu	Cabeza de puente
Zubillaga	Puente de ramas
*Zuloaga	Hueco de la rama
Zuloeta	A los agujeros
*Zumeta	Al lugar de mimbres

¿A dónde seguirá este Bolívar conquistador, Libertador, este mortal afortunado que corona e ilustra con grandes hechos la historia de tres siglos? Veámosle ahora descender, que no hay son ni ocaso, ni gloria sin infortunio. El torbellino de las pasiones va a envolverlo, y aquella alma templada por las desgracias, va a encontrarse a merced de todos los vien-

tos. Dejémosle descender en solicitud de la roca solitaria, donde el mar tiene para los grandes infortunios ecos y notas de consuelo. No irá como Alejandro en solicitud de Babilonia, para decretarse en medio de la crápula ser hijo de Júpiter, ni confiado como César irá al Senado romano, donde le aguarda el puñal de Bruto, ni como Napoleón pisará el bajel enemigo que debe conducirle a la roca de Prometeo. No, él irá como el peregrino a quien sorprende el huracán, y que perseguido por la honda vertiginosa, no encuentra sitio seguro ni reposo a sus fatigas, y empujado por la gavilla de los vientos alcanza la playa para exhalar en ésta su último suspiro.

* * *

¿Qué quedaba en el continente americano, después de haber salido el último soldado español? Quedaba una civilización incompleta, defectuosa, es verdad; pero con la savia que debía nutrirla y desarrollarla en el porvenir: quedaban las ciudades y pueblos fundados por España durante tres siglos; quedaba la riqueza y el campo libre para las especulaciones del comercio; quedaba la hidalguía castellana y el amor a lo grande en el corazón americano, y el valor heroico y la constancia, patrimonio de nuestros mayores, probados en los desastres y victorias del campo de batalla; quedaban las hordas indígenas, civilizadas por aquellos misioneros que triunfaron con su mansedumbre y constancia e hicieron lo que no habían podido realizar las armas castellanas; quedaban los trabajos científicos de los exploradores españoles que debían servir de sólida base a las lucubraciones de Humboldt y de la ciencia moderna; quedaba la bondad de los pueblos, que no es virtud adquirida en un momento, sino rica herencia de lo pasado; quedaban los hombres ilustres, educados al calor de la Colonia, y el hogar y la familia quedaban con todas sus virtudes, como timbres gloriosos de la conquista castellana.

No eran pueblos esclavos que se emancipaban ni una escisión violenta de la familia, sino la emancipación natural de una porción de ésta, que con ideas más avanzadas quería constituirse y entrar en el número de las naciones, en obedecimiento a la ley del progreso. De un pueblo de esclavos no salen los hombres de la revolución de 1810 a 1830, ni los ingenios que figuraron al frente de nuestros comicios y asambleas, ni los adalides que

lucharon y vencieron en los campos de batalla. Ni el odio ni la venganza debían interponerse entre España y América, sino el océano, límite natural entre dos pueblos que conservan para uno y otro mundo iguales tradiciones, lenguaje, costumbres y comunes glorias. Lo que España había realizado en el siglo XV, lo complementaban sus descendientes en el siglo XIX: elocuente corolario de aquella época inmortal. La familia era la misma, pero en regiones distintas. Para el equilibrio del mundo era necesario que España perdiera sus colonias, sin dejar por esto de ser grande, que no necesitaba ella de América para conservar ante la historia su antiguo poderío y sus anales de siglos. Había hecho por América cuanto había podido hacer en una época general de oscurantismo, llena de trabas y de ideas supersticiosas, en que el espíritu vivió encadenado porque aún no había aparecido el elemento regenerador que debía cambiar por completo la faz de la civilización universal.

Grande gloria para España la conquista de América; mucho más grande todavía la emancipación de América. No es el extranjero quien le arranca sus dominios, sino sus descendientes, que noble y heroicamente los conquistan. Por esto, Bolívar, el Genio de América, es también gloria de España. Al calor de la colonia se desarrolló su espíritu, y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores. Su aparición en los campos de la idea, no es un incidente del momento, sino una de esas síntesis brillantes de la historia en sus evoluciones necesarias y armónicas.

Bolívar es también gloria de España. Mengua hubiera sido entregarse al extranjero, a nuevos invasores que hubieran ahogado el trabajo de tres siglos, haciendo desaparecer raza, costumbres, lenguaje y tradiciones. Pertenecía a América continuar la obra y conservar la historia de la familia. Cuando en América, espíritus todavía apasionados recuerdan la historia de la Colonia, para pintarla como una época de abyección y de oprobio, olvidan que en el progreso humano no es sólo el deseo la fuerza que empuja, sino el curso de las revoluciones que abre siempre al espíritu humano nuevos cauces de conquista; y cuando en España, espíritus intransigentes tachan nuestra emancipación política como un acto de rebeldía, olvidan que los pueblos no son inertes como la roca, y que ellos tienen destinos que realizar y ambiciones y necesidades que satisfacer.

Bolívar es también gloria de España. Cuando en nuestras fiestas cívicas hemos visto la España oficial; cuando en el aniversario de Bolívar en 1872 hemos contemplado unidas las banderas de Castilla y Venezuela, y a los hijos de España hermanados con los hijos de los libertadores de América, hemos comprendido en tal grupo la unión de dos épocas: dos naciones de iguales aspiraciones que se estrechan animadas de un mismo pensamiento: la familia, el progreso. Si grande es la gloria que refleja España sobre América en los días de la conquista, a su turno América refleja también sus glorias sobre la antigua madre; y con el orgullo de raza y con la justicia de la historia, ella y nosotros podremos siempre decir: Bolívar, el genio del Nuevo Mundo, es también gloria de España.

Al impulso de dos impresiones hemos escrito estas páginas: un triunfo de reconocimiento y de admiración al grande hombre cuyos hechos vivirán eternamente en la historia de América: un homenaje a las pasadas glorias de España, que sembró en remotas épocas los gérmenes de una civilización fecunda y ve hoy prosperar sus colonias como naciones independientes que ni reniegan de su origen ni han perdido las nobles virtudes de sus progenitores.

Al unir nuestros comunes esfuerzos en el desarrollo del progreso humano; al conservar puro este idioma con el cual se comunica con España el espíritu de sus hijos; al sostener la idea democrática como elemento de vida para ambos pueblos, no hacemos sino estrechar nuestros vínculos naturales. América en España y España en América: he aquí nuestro encargo histórico y literario para poder conservar en ambos mundos la unidad de familia, glorias comunes, el espíritu de dos grandes pueblos, unidos para siempre en las nobles conquistas de la civilización moderna.

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA*

I

BUSCAR LOS ORÍGENES de la revolución venezolana, remontarnos a la fuente donde comienza a bullir la primera manifestación de toda sociedad que sufre, tales son los propósitos que nos estimulan al tratar de narrar los sucesos de una época notable en la historia de Caracas, aquélla que abraza los veinte años corridos desde 1749 hasta 1769.

Hagamos surgir de la tumba los muertos olvidados, aquellos espíritus entusiastas que osaron pedir justicia y protestaron contra los abusos de la fuerza. Presentemos la historia de grandes sucesos sepultados hasta hoy en los archivos nacionales y ofrezcámoslos como rico legado a las generaciones venideras, en estos días del Centenario de Bolívar.

Los orígenes de la revolución venezolana; la historia de esta primera idea de emanación popular, manifestación de necesidades apremiantes que naufragan en el piélago de bastardos intereses; el choque de ambiciones políticas de donde nace Miranda, y con éste la idea republicana conducida de etapa en etapa hasta la cumbre de 1810, ternas son estos, interesantes por su novedad, y más que nuevos, fecundos por la enseñanza histórica y política que dejan.

De los dos sucesos que coronan los extremos de la época indicada, el uno fue transitorio como la causa que lo engendró; el otro continúa en su desarrollo a través del tiempo y de las conquistas sociales. El uno señala

---

* Este estudio, homenaje al Libertador en su centenario, fue dedicado al jefe del gobierno que decretó su celebración en 1883.

una fecha: la necesidad del comercio libre, la abolición de los monopolios: el otro la cuna de Miranda, el comienzo de una labor de cuarenta años en beneficio de la idea republicana. Miranda es el corolario indispensable de la lucha pacífica de dos círculos políticos en los pasados días de Caracas. Pero lo sorprendente de esta lucha es que de ella nacen los hombres que cuarenta años más tarde debían proclamar un mismo triunfo y sostener la misma idea.

Establecidos estos antecedentes, sigamos:

No fue la expedición de Miranda a las costas de Venezuela en 1806, la precursora de la revolución que estalló cuatro años más tarde, en 19 de abril de 1810; ni fue tampoco la que en 1797 dirigieron los patricios Gual y España, tan triste en sus resultados como fue noble en sus propósitos. La revolución de la antigua Cundinamarca tiene por punto de partida el movimiento de los Comuneros del Socorro en 1781, y las de Quito, Perú, y regiones australes del continente, datan, puede decirse, de un horrendo sacrificio, la muerte de aquel Túpac-Amaru, en la plaza del Cuzco, en igual fecha. La emancipación de la América inglesa, desde 1776, reconoce por causa inmediata la tiranía e intolerancia políticas, las contribuciones exageradas, medidas de los gobiernos que desconocen la justicia. En época más remota debemos buscar los orígenes de la revolución venezolana.

No fue el motín de los indios guagiros, al oeste del lago de Maracaibo, en 1769, la cuna de la revolución; que no tuvieron aquéllos otro deseo que sustraerse del influjo de los misioneros que querían reducirlos a la vida social. Las rebeliones de las tribus indígenas, en diversos lugares de la América española, desde la época de la conquista, son sucesos naturales de todos los pueblos que han sido sometidos a la ley del más fuerte pero no el desarrollo de una idea en la cual figuran los castellanos o algunos de sus descendientes en América. Es necesario remontarnos todavía más lejos, para penetrar en la época en que nacen y se desarrollan el comercio y la agricultura de Venezuela, en los días en que un poder tiránico, la *Compañía Guipuzcoana*, se apodera de la colonia disponiendo de sus productos, de sus rentas y de su gobierno. Es en los días de 1749 a 1752, a los veinte años de haberse instalado en Caracas aquel poder absoluto, donde tropezaremos con la cuna de nuestra emancipación política, la primera

palpitación y los primeros indicios de la tempestad que debía estallar sesenta años más tarde.

Las grandes crisis políticas son siempre el resultado de causas que han obrado de una manera lenta y constante. El abandono en que quedó Venezuela después de la conquista, trajo el comercio clandestino, primero con Holanda y después con Inglaterra, la que desde un principio reclamó, como medida sabia y trascendental para España, el comercio exclusivo de la Compañía, que logró destruir la competencia extranjera, debía ser años adelante, cuando sus procedimientos se hicieron odiosos, el punto de partida de los acontecimientos que iban a efectuarse en beneficio de la República venezolana. Los sucesos que comienzan en el pueblo de Panaquire en 19 de abril de 1749; la revolución de ideas que patrocinara en aquellos días el capitán poblador don Juan Francisco de León, contra los factores de la Compañía Guipuzcoana: este movimiento pacífico que triunfa al principio con la opinión y es después sofocado por la fuerza armada, puede considerarse como la cuna de la revolución americana.

Vamos a probar, cómo en la serie de los acontecimientos de una época, fecha, hombres, sucesos, y una aspiración general hacia lo desconocido, forman los diversos eslabones de una cadena y los variados corolarios de un pensamiento, informe al nacer, si se quiere, pero que se condensa más tarde, toma forma, crece y se desarrolla hasta llegar a su completo desenvolvimiento. El 19 de abril de 1749 se corresponde con el 19 de abril de 1810.

Los hombres que se oponen a la tiranía de la Compañía en 1749, se corresponden con sus descendientes sesenta años después. Si aquéllos, sostenidos por la opinión, llegaron a pedir el extrañamiento de los factores vascongados, supieron sus descendientes rechazar al gobernador Emparan, dar la espalda a las pretensiones de la Junta de Cádiz y echar por tierra la autoridad constituida. La necesidad de la libertad del comercio en una época, se corresponde con la necesidad de la libertad civil en otra. El poste de ignominia que desde 1752, se levantara en la plaza de La Candelaria, desaparece a impulsos de una idea: la libertad política. Y sobre aquel terreno, donde por orden del gobernador Ricardos, fueron arrasadas y sembradas de sal en 1752 las ruinas de la casa de León, ondeó la bandera tricolor

de la República en 1811. Los hijos de los que presenciaron aquel ultraje inferido a un hombre que clamaba justicia, en 1749 es decir: Miranda, Martín Tovar, Roscio, Mendoza, Espejo y los diputados al Constituyente, en unión del Gobierno de la República, saludaron al primer mártir de nuestra independencia en 1811. Aquel poste de ignominia se convirtió en columna de honor; y el bochorno que durante sesenta años pesara sobre una familia digna, apareció como hoja de servicios a la patria venezolana, en tanto que los gritos de maldición tornáronse en gritos de victoria. Así, las grandes causas haciendo surgir de las tinieblas la luz, rinden justicia al infortunio, saludan a los héroes de pasadas épocas y desafían las luchas del porvenir. Fechas, nombres, sucesos, se corresponden en este prolongado lapso de tiempo, en cuyos extremos brillan dos sucesos inmortales: el grito de protesta contra el monopolio en 1749, que encuentra su eco natural en la declaración de independencia el 5 de julio de 1811. Por esto ha dicho un historiador español:

> La capital de las provincias de Venezuela ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia.

Así dice de nosotros uno de nuestros más crueles enemigos, el escritor español don Mariano Torrente. "Con tales elementos, añade, no es de extrañar que este país haya sido el más marcado de todos en los anales de la Revolución moderna"[33].

El capitán poblador de la villa de Panaquire, don Juan Francisco de León, hombre de virtudes pacíficas y generosas, de sanas ideas, figuraba antes de 1749, en los pueblos del valle de Caucagua, al oriente de Caracas, como teniente de justicia en aquella jurisdicción; títulos suficientes para

33. Torrente, *Historia de la revolución hispano-americana*, 1829, v. 3.

hacerlo acreedor a la consideración y respeto de los pobladores de tan fértil comarca. Como oriundo de las islas Canarias, León tenía casa en el ámbito de la plaza de La Candelaria de Caracas, centro entonces de los isleños ricos y acomodados que habían contribuido a levantar el templo de este nombre, y poblar la nueva parroquia que entonces se extendía hasta el sitio de Chacao.

En abril de 1749 estaba León en su hacienda del pueblo de El Guapo, un día distante del de Panaquire, su residencia de costumbre, cuando llegó a este último don Martín de Echeverría, quien de orden especial iba a reemplazar a aquél en el empleo de teniente de justicia. He aquí el primer incidente de una revolución de ideas, la cual necesitaba de un pretexto para estallar. Sustituir un hombre querido de las poblaciones, con otro que no gozaba de simpatías y se presentaba como agente de un poder tan odioso como lo era entonces la Compañía Guipuzcoana, fue lo suficiente para que los pacíficos habitantes de Panaquire y del valle de Caucagua, lanzaran el primer grito de alarma.

Temeroso el capitán León de que Echeverría fuera mal recibido, había escrito antes de su salida de El Guapo al gobernador, que lo era entonces el mariscal Luis de Castellanos, hombre débil, como veremos más adelante. Decíale León al gobernador, que, siendo aquel uno de los dependientes de la Compañía, no le parecía el adecuado para sustituirle en el cargo público que desempeñaba, y que por lo tanto esperaba ser reemplazado por otro individuo que no tuviera los antecedentes del nombrado. Ninguna contestación dio el gobernador a las indicaciones del justicia mayor, lo que obligó a éste a citar a los principales moradores del valle de Caucagua, todos ellos enemigos de la Compañía, para que recabasen de la autoridad superior alguna medida que calmara el fermento que se notaba, después de conocerse el nombramiento del citado Echeverría. Ya en época anterior al suceso que venimos narrando, en los días del gobernador Lardizábal, en 1735, habíase pensado en quitar la vida a don Nicolás de Francia, factor principal de la Compañía en Caracas, para lo cual se contaba con el concurso de muchos agricultores y comerciantes de diversas localidades. Para llevar a cabo este inicuo pensamiento había sido invitado entre otros, el capitán León, quien, como hombre probo y digno, supo rechazar siem-

pre todo proyecto de asesinato, logrando así encarrilar por otra vía a los enemigos y víctimas de la Compañía.

Fijados estos antecedentes, sigamos a León, que sale de su hacienda de El Guapo, en dirección del pueblo de Panaquire, donde le aguardaban sus hijos y el sustituto Echeverría. No había todavía llegado aquél, cuando oyéronse algunos disparos de trabuco que fueron correspondidos por otros, en los alrededores del pueblo. Al momento salió a la calle el oficial Echeverría, en demanda del objeto de aquellos tiros, a lo que se le contestó que eran avisos que se daban a la cocinera de la familia de León, porque se acercaba el jefe de ésta. Pero en el fondo no había tal cosa, y los tiros no podían interpretarse sino como señal de reunión.

A la llegada del capitán trata Echeverría de ser recibido con el cargo de que iba revestido, pero León le aplaza para el día siguiente, alegando que estaba muy cansado; a lo que replica aquél: que había sido nombrado teniente de justicia de la jurisdicción y que en virtud de los títulos que presentaba, debía ponérsele inmediatamente en posesión de su empleo. En esta discusión estaban los dos tenientes, cuando de súbito se agolpan a la puerta de la casa muchos vecinos, y con gritos destemplados declaran que no querían ningún teniente de justicia vizcaíno, por la experiencia que tenían de éstos, y que los aceptaban isleños, peninsulares y criollos, antes que vascongados. Bien comprendió Echeverría que aquellos gritos eran contra él, y sin titubear un instante, abandona el pueblo y sigue en dirección del de Caucagua, en unión de los que le acompañaban. El tumulto en la casa de León no era sino el comienzo de una revolución contra los factores de la Compañía.

Este movimiento de Panaquire que se efectúa el 19 de abril de 1749, y es sostenido por los campesinos y propietarios de Caucagua, Guatire, Guarenas y otros lugares, bajo órdenes del capitán Juan Francisco de León, contra los agentes de un gobierno opresor e inmoral, es el primer grito revolucionario que registran los anales de Venezuela y quizá del continente. Con este acto se abre el drama de la revolución que fracasa en el Perú y en Cundinamarca en 1782, en Venezuela en 1797 y 1806, en Quito en 1809, y llega a desplegar bandera en Caracas en 1810; para fracasar en 1812, surgir de nuevo en 1813, perderse en 1814, resucitar en 1816, y triunfar por completo, desde 1819 hasta 1826.

Impelido León por la concurrencia que de todas partes llega a su casa de Panaquire, deja este pueblo y sigue a Caracas; mas antes de pasar por Caucagua, escribe a Echeverría excitándole a que abandonara esta localidad y evitase ser víctima de la muchedumbre armada en defensa de la moral pública. Sabedores de esto algunos de los soldados de León, se adelantan, llegan a Caucagua y desarman a Echeverría y al piquete que lo custodiaba, hecho que desaprobó el cabecilla de los revolucionarios. Cuando las fuerzas de León llegaron al sitio de Tócome, formaban un total de 800 hombres, pues de todos los lugares de la jurisdicción acudían voluntarios para ponerse a las órdenes del popular capitán. Ya para esta fecha, 20 de abril, conocíase en Caracas lo sucedido, y aparecía la llegada de León y de su gente armada como un fantasma que tomaba proporciones a medida que se acercaba a la capital. El gobernador Castellanos, sin fuerzas que oponer, y más aún, sin opinión, ignorante de los propósitos y aspiraciones de aquellos hombres armados, hubo de apelar a lo que apelan todos los gobiernos débiles, a los parlamentarios, que no son en la generalidad de los casos y en las situaciones peligrosas, sino precursores de la caída de todo gobierno indefinido.

En efecto, puestos en acción el Ayuntamiento, el cabildo eclesiástico y los principales moradores de la ciudad, conferénciase y trátase de evitar por medio de comisionados la entrada de las tropas. Por orden del gobernador reúnese el Ayuntamiento a las cuatro de la tarde del 19, y decreta que una comisión del Cuerpo, unida a algunos señores de la nobleza, fueran al encuentro del capitán León para saber de éste la causa de su venida con gente armada; y según lo que hubiese, hacer las proposiciones conducentes, en beneficio de la paz y sosiego públicos. Al siguiente día, salió para Tócome la comisión del Ayuntamiento, en unión de los nombrados por el cabildo eclesiástico y prelados de las órdenes religiosas, los cuales llegaron a conocer la resolución que traía el capitán León, de pedir la expulsión de los factores de la Compañía. Inútiles son los esfuerzos que hacen los comisionados para que León aguardara que se le hiciera justicia sin necesidad de entrar con tropas a la capital, pues el cabecilla cierra los oídos a las diversas razones con que tratan de disuadirle. Regresados a Caracas los primeros parlamentarios, sale una segunda comisión compuesta del

arcediano y de otros dignatarios de la Iglesia, la cual pudo conseguir que León y su tropa se acuartelasen en la plaza y caserío de La Candelaria, donde debían aguardar las providencias del gobernador, quien confiaba en la carta que le había escrito León antes de dejar éste a Panaquire y en la cual le ofrecía hacerle justicia.

Bien comprendió el jefe revolucionario que el gobernador se encontraba débil y que solicitaba tiempo para prepararse, razones éstas que obligaron a aquél a ser lacónico en sus contestaciones, evitar la discusión y despachar a los parlamentarios. Y no contento con las explicaciones verbales, escribió dos cartas al gobernador, ambas fechadas en Chacao a 20 de abril, en las cuales aseguraba que venía en son de paz, pero que, como representante de muchos pueblos, exigía la expulsión de los factores de la Compañía Guipuzcoana[34].

II

Cuando los magnates de Caracas, emisarios del gobernador, regresaron con la nueva de que León y los suyos pretendían la expulsión de los factores de la Compañía, el pánico subió de punto y temióse el derramamiento de sangre. El primer pensamiento del gobernador, al leer las cartas de León, fue abandonar a Caracas, resolución que al llegar al conocimiento del revolucionario, hizo que éste siguiese a la plaza de La Candelaria y de ésta a la de Catedral el mismo día 20. Estaba reunido a la sazón el Ayuntamiento y departía acerca del estado de las cosas, cuando antes de concluir el debate, llegó a la sala del Concejo la noticia de que mucha gente armada, al son de cajas de guerra y con banderas desplegadas, subía de La Candelaria hacia la Plaza Mayor[35]. Al llegar a este sitio León ocupa la Obispalía, que estaba cerrada por ausencia del prelado, y en este edificio y calles adyacentes a la

34. Son curiosas estas cartas del capitán León al gobernador Castellanos. Por la lectura de ellas se comprende que los títulos adquiridos por el gobernador Zuloaga, a consecuencia de la victoria obtenida en La Guaira contra la escuadra inglesa en 1743, fueron debidos al influjo de la Compañía, no a los esfuerzos de aquel gobernador.
35. Acta del Ayuntamiento de Caracas del 20 de abril de 1749, acompañada de certificación.

plaza mayor, establece su cuartel, no sin haber enviado antes al gobernador, un sargento que le notificase su llegada. Por primera vez, en la historia de la Colonia, veíase un grupo de voluntarios armados apoderarse de la capital y obrar como un ejército que acabara de conquistar una población. Ya para este tiempo, los miembros del Ayuntamiento, los del cabildo eclesiástico y los altos empleados de la gobernación iban y venían, de la casa del gobernador al cuartel del capitán León, quien sin más armas que algunos fusiles, machetes y carabinas, pero temible porque lo cubría la égida de la opinión pública, imponía silencio a los que, a nombre del rey, hacía veinte años que expoliaban a Venezuela.

La entrevista que en la Plaza Mayor tuvieron el gobernador y el capitán León fue muy breve, limitándose éste a exigir del mandatario español, a nombre de los habitantes de la provincia, la expulsión de los administradores, agentes y empleados de la Compañía, hecho del cual debía darse cuenta al rey. Y disponiendo todo lo conducente al buen orden de la ciudad, con el beneplácito del gobernador, pone León guardias en los principales edificios públicos y esquinas, y destaca patrullas que recorren las afueras de la capital. Después de estos primeros pasos pide León al gobernador un defensor, y el 21 es nombrado el abogado de la Real Audiencia del Distrito, don José Pablo de Arenas, quien acepta la defensa de los intereses representados por León y su gente[36].

El proceso que desde aquel día inicia el capitán León, es una obra de mérito sobresaliente, y pone de manifiesto, no sólo la habilidad del abogado, sino también las sanas ideas del negociador. León no aparece en este proceso como promotor de un motín, ni de una revolución armada, ni quiere cosa alguna contra la dignidad de la nación y majestad del rey, ni codicia títulos, ni exige recompensas. Lo que solicita y pide en nombre de la provincia, es la expulsión de los agiotistas, de los tiranuelos vascongados; es decir, quiere en nombre de la justicia y de la sociedad, abolir impuestos onerosos que pesaban sobre las poblaciones, establecer el comercio libre, en armonía con la libertad individual: comienzo y aspiraciones de todas las revoluciones que han tenido por mira la emancipación de pueblos esclavos

36. Acta del Ayuntamiento de Caracas de 21 de abril de 1749.

y el imperio de la libertad civil[37]. Con mucha habilidad el abogado desarrolla las ideas de la revolución, por medio de la correspondencia oficial que comienza entre el jefe militar y el gobernador de la provincia. Cuanto llegó a exigirse, está en armonía con las leyes de la moral y progreso social; porque no era aquello una revolución que se imponía, sino la opinión pública que reclamaba. Este protocolo, cuyas conferencias duraron tres días, aparece hoy, después de larga serie de años, como una obra de grande interés histórico, tales son las avanzadas ideas y sanos principios que sobresalen en cada una de sus piezas.

Entre las varias medidas exigidas por León, fue una de ellas, la de que se reuniera una asamblea de los notables de Caracas, la cual debía informar acerca de los actos de la Compañía. Reunidos en la sala del Concejo, el 22 de abril, más de sesenta ciudadanos, entre los cuales descollaban los magnates y titulados, bajo la presidencia de los alcaldes ordinarios de la ciudad don Miguel Blanco Uribe y don Nicolás de Ponte, después de discutida la materia sobre la cual debía el cuerpo dar opinión, aquella asamblea limitóse a indicar las reformas que debían sufrir algunas de las disposiciones de la Compañía[38]. Pero no se limitaron las negociaciones de León a pedir la salida de los factores de la Compañía; quiso también dejar establecida la legalidad del procedimiento que seguía contra aquélla, y la buena intención de sus reclamos, despojando así al movimiento revolucionario de todo conato de asonada, que no era sino un esfuerzo de la opinión pública, la cual, respetuosa y circunspecta, reclamaba la represión de abusos, sin menoscabar los fueros del monarca[39]. Las contestaciones de Castellanos a cada una de las notas de los reclamantes, fueron satisfactorias. Por lo demás, todas las justas reclamaciones de los revolucionarios merecieron ser atendidas.

Concluido este protocolo, León pide al gobernador que se hiciera co-

37. Petición que el abogado don José Pablo de Arenas, a nombre del capitán León, eleva al capitán general mariscal Castellanos.
38. Acta de la asamblea que tuvieron los notables de Caracas el 22 de abril de 1749, en la sala del Ayuntamiento.
39. Petición del capitán don Juan Francisco de León al gobernador Castellanos el 22 de abril de 1749.

nocer de la población, por bando público, todo lo actuado, exigiendo la fórmula de costumbre; a lo que accedieron el gobernador y el Ayuntamiento. En efecto: llevóse a cabo el bando público el 23 de abril en los alrededores de la Plaza Mayor, repitiéndose en las esquinas entonces llamadas del "Agua" y de "Doña Inés de Silva".

Al divulgarse en la ciudad que todo lo pactado entre el gobernador y el capitán León iba a darse a conocer por bando público, grande aflujo de gente acude a la Plaza Mayor y calles vecinas. No había en aquellos días pregonero, pero un joven agricultor, como de veinte y cinco años, que entre la muchedumbre estaba, ofrece uno de sus criados para que sirviera de tal. Cerca de este joven estaba otro de más edad, comerciante español, que quiso igualmente ser testigo de cuanto pasaba en aquel día. ¿Quiénes eran estos dos jóvenes, que sin darse cuenta de las consecuencias de aquel suceso, participaban del entusiasmo de la población? Era uno, el mayor, don Sebastián de Miranda, acomodado comerciante de Caracas, el que siete años más tarde sería padre del general Miranda: era el otro, el hijo menor del teniente general don Juan de Bolívar Villegas, Juan Vicente Bolívar y Ponte, el que treinta y cuatro años después iba a ser el padre del Libertador de América. El uno debía venir al mundo, después de ser venida la primera revolución de Venezuela, en 1749: el otro, después del triunfo de Washington, que dejaba establecida la República en el mundo de Colón, suceso inmortal al cual contribuyó la nación española.

Después de leídas las piezas del proceso, preguntóse por dos veces, por el pregonero. *¿Por quién ha pedido el capitán don Juan Francisco de León, en esta causa y en nombre de la nobleza y de la pleve?* A lo que por dos veces, contestó la muchedumbre: *Por todos los de esta provincia*. Pocas horas después, el capitán León dejaba a Caracas, y en el mayor orden seguía con sus tropas hacia el valle de Caucagua, donde cada soldado se entregó a sus labranzas.

¿Quién ha alimentado estos ochocientos hombres durante los tres días que permanecieron en la capital? La opinión pública los había reunido y ésta hubo de sostenerlos. Tan luego como llegó León con su gente a Caracas, los hombres acomodados crearon un bolso, en tanto que diversas comisiones pudieran recolectar entre comerciantes e industria-

les, suficientes recursos con que atender a las necesidades del momento. Con parte de los fondos recolectados partió para España, por vía de La Habana, el yerno del capitán León, don Juan Álvarez de Ávila, quien en unión de otros venezolanos, debía solicitar del monarca la abolición de la fatídica Compañía Guipuzcoana.

Confiado en las promesas del gobernador Castellanos permanecía León en sus tierras de Panaquire, cuando llegó a su noticia que aquel mandatario pérfido había abandonado a Caracas, en la noche del 2 de mayo, lo que equivalía a faltar a la palabra empeñada con el cabecilla, de permanecer en la capital. En efecto, el mariscal, vestido de fraile había salido de Caracas y refugiádose en La Guaira. Con engaños había vencido a León, y con la fuga sellaba innoble procedimiento. Deseoso de conocer la verdad de las cosas, León despacha a su hijo Nicolás con pliegos para el gobernador, quien desde La Guaira le contestó con fecha 5 de mayo, reiterando como de costumbre, sus falsas promesas. Entonces resuelve León volver a Caracas y presentarse en ésta sin un soldado. Pasa a La Guaira y consigue que el gobernador le resuelva una nueva serie de peticiones, entre otras las siguientes: el rendimiento que la Compañía había producido al real erario; la publicación en los puertos de La Guaira y Puerto Cabello del bando de Caracas; los informes de todas las factorías y otras cosas más, a las cuales accedió el gobernador, que vacilaba entre la huida y el temor[40].

Mal aconsejado este mandatario, hubo al fin de valerse de todo género de perfidias para salir airoso. Desde La Guaira escribe al Ayuntamiento, con fecha de 16 de mayo, y exige de este cuerpo un informe circunstanciado de la *admirable conducta* que como primera autoridad había desplegado, durante los días corridos del 19 al 22 de abril, y el Ayuntamiento fue tan servil que exageró el celo, valor, prudencia, tino y amor patrio del celebérrimo mariscal[41]. En posesión de todo el documento, Castellanos escribe al rey, pintándole cuanto había pasado, como una sublevación de la provincia. ¡Qué cierto es que la calumnia y la perfidia acompañan siempre al hombre pusilánime! La calumnia en estos casos es la tabla de salvación de todos

40. Acta del Ayuntamiento de Caracas de 22 de abril de 1749.
41. El Acta del Ayuntamiento de esta fecha, figura en la colección de Yanes.

los cobardes. ¡Qué contraste entre esta conducta doble, oscura, sin ningún propósito leal y la que hasta entonces había seguido el capitán León, hombre tan honrado como verídico, tan amante de su rey como de su patria!

Retirado a sus pueblos y convencido de que era víctima del engaño, puesto que ninguno de los factores de la Compañía había dejado a Venezuela, León apela de nuevo a la opinión, y al instante vienen a su encuentro, no 800, sino 9.000 hombres, de los valles de Aragua, Guarenas, Caucagua y otros lugares; y acompañado de esta fuerza respetable, vuelve a acamparse en Caracas el 1º de agosto de 1749. Tal desarrollo de fuerzas indicaba muy bien el estado de la opinión pública y la necesidad de un hombre de acción que se pusiese al frente de ella. Ninguna oportunidad más propicia que ésta en que 9.000 voluntarios, hombres de trabajo, arrojaban el guante a un mandatario tan pusilánime como Castellanos. Con el nuevo ejército León pone sitio en La Guaira al gobernador con el objeto de rendirlo y deponerlo. Al bajar a Maiquetía el jefe de la revolución exige de nuevo la expulsión de los factores y empleados de la Compañía, y de nuevo León es víctima de promesas de Castellanos. Para evitar un rompimiento, muchos notables de Caracas, entre ellos algunos clérigos, habían bajado a La Guaira, con el propósito de intervenir en los nuevos arreglos; así que el invasor, a pesar de tener 9.000 hombres, hubo de someterse a las nuevas promesas. Entre éstas figura el simulacro que hizo el gobernador de despachar al pueblo de Macuto a todos los factores y empleados de la Compañía, que estaban en La Guaira, pretestando que debían dejar cuanto antes la costa venezolana. Las mismas comedias que en Caracas, se representaron esta vez en La Guaira, siendo los principales actores el gobernador y los comisionados, y la víctima el honrado capitán León, quien levantando el sitio, ordenó la retirada, que tuvo efecto el 7 del mismo mes, con la mayor orden. Bien dice Baralt: "León no estaba dotado de la audacia y ambición necesarias para caudillo popular; antes bien, su profundo respeto a la autoridad y el mal efecto que le causaba la violencia y el desacato a las leyes, le habían inadecuado para encabezar una conmoción; por otra parte, poseía el candor y la confianza que el hombre honrado abriga, cuando los acontecimientos no le han puesto ducho y desconfiado en las peripecias políticas".

He aquí la primera parte de este drama político, tan lleno de incidentes. Dos poderes se habían disputado hasta entonces la solución del problema: la fuerza armada que representaba la opinión, y la mala fe del gobernador, que representaba la autoridad. Si debilidad ostentó ésta en todos sus actos, debilidad y aun sencillez ostentó el cabecilla que carecía de las dotes del revolucionario.

Nueva faz va a tomar este asunto, y nuevos actores van a entrar en escena.

III

El 1º de septiembre, un mes después de la vuelta de León y de sus tropas a los campos de Caucagua, llegó a La Guaira el oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, doctor Francisco Galindo Quiñonez, que traía el encargo de pacificar a Venezuela. Aprovéchase León de esta coyuntura y obtiene que se le oiga en juicio. En el proceso que se abre, el jefe de la revolución no desperdicia incidente alguno, para probar los atentados cometidos por la Compañía Guipuzcoana, y sus abusos e iniquidades contra los habitantes de Venezuela. León apela a los informes de los Ayuntamientos de la provincia, de las comunidades religiosas y de los hombres más respetables de la república. Y al mismo tiempo que prueba por todos los medios legales de que podía disponer, la réproba conducta de la dictadura de los vascos, defendíase de los cargos que pudieran hacerle por haberse puesto al frente de la opinión armada.

Seguía su curso este célebre proceso, cuando a fines de noviembre, llega a La Guaira el sustituto del gobernador Castellanos, el jefe de escuadra don Julián de Arriaga y Rivero. Acompañaban a éste mil quinientos hombres de fuerza veterana y un piquete de caballería, con los cuales sube a la capital, creyendo que ésta estaba bajo la presión de alguna asonada. Tales habían sido los informes que diera Castellanos al Gobierno, que éste se vio en la necesidad de enviar fuerza armada.

A poco de haberse Arriaga instalado en Caracas, enero de 1750, y estudiado la situación, penetró en la verdad de las cosas y comprendió que no había tal revolución armada, y que lo único que transparentaban los sucesos, era un descontento general contra los factores de la Compañía

Guipuzcoana. Autorizado con los poderes de que venía revestido, para obrar según reclamaran las circunstancias, en beneficio de la paz y de los intereses nacionales, publica un indulto general en nombre del rey, comprendiendo en él a todos los que habían pedido la expulsión de los vascongados. Prometía además, el nuevo gobernador, contribuir al alivio de la agricultura y del comercio, con cuantas medidas estuviesen a su alcance, ofrecimiento que trajo la confianza al corazón de las poblaciones y de las familias afligidas. En tanto que Caracas descansaba bajo la benéfica administración de Arriaga, Castellanos llegaba a la Corte de Madrid donde comprometió a algunos miembros del Ayuntamiento y a muchos inocentes; mas por recompensa de tan villana conducta no alcanzó sino el desprecio del rey y de los mismos que lo habían favorecido. Tal es la suerte que tienen en política los hombres pérfidos y cobardes.

Publicado el indulto de Arriaga, acógese a él el capitán León y pide la extinción de ciertas licencias que se había abrogado la Compañía, en contradicción con los artículos del contrato. Apoyábase el acusador en los autos seguidos sobre el particular, por el juez comisionado de la Real Audiencia del Distrito, Francisco Galindo Quiñonez, en los cuales figuraban los informes de las ciudades y villas de Venezuela, respecto del procedimiento que había seguido la Compañía. En este escrito del capitán León, aparecen, por la primera vez en Venezuela, ideas avanzadas acerca del comercio libre que, veinte y ocho años más tarde, concedería Carlos III a las colonias españolas. De manera que el cabecilla del movimiento de Panaquire se había adelantado a los hábiles ministros del monarca español.

El gobierno de Arriaga supo hacer justicia a las sanas ideas de León, que no eran sino un eco de las necesidades del país, y modificaciones radicales fueron introducidas, siguiendo las cosas su curso ordinario. Pero la conducta sabia y justiciera de Arriaga, que tan buenos resultados debía traer a Venezuela, tornóse en desgracia, pues ascendido por el gobierno de Madrid, en el cual llegó a alcanzar más tarde el alto rango de ministro, muere cuando Venezuela comenzaba a cosechar las medidas oportunas de tan hábil mandatario.

Al comenzar el año de 1751 llega a La Guaira el brigadier don Felipe Ricardos, gobernador que había sido de Málaga, el cual subió a la capi-

tal acompañado de doscientos hombres de tropa veterana. Si obra de la Compañía Guipuzcoana había sido la manera hábil de sacar a Arriaga de la Gobernación de Caracas para colocarlo en el ministerio español, más hábil anduvo en la elección de Ricardos para gobernador, pues era el hombre que aquélla necesitaba. Y tanto le conocían los que lo habían solicitado para capitán general de Caracas, que de antemano le tenían ya en la capital dos asesores con los cuales iba a desarrollar las facultades con que venía revestido. Nunca combustible más rico iba a alimentar hoguera tan infernal. De la paz que había dejado afianzada el gobernador Arriaga, debía surgir una tempestad de odios. Todos los hechos perdonados por medio de una amnistía a nombre del rey, debían resucitar; y perseguidos iban a ser todos los descontentos y enemigos de la Compañía.

Una serie de tropelías y de vejaciones abre la gobernación del brigadier Ricardos, quien no se detiene en el camino de reprensión y de venganza que desde España se había trazado. Agente de la Compañía debía obrar a favor de ésta, y exterminar hasta el último de sus enemigos. Con recursos y con la persecución que es siempre fuerza, debían quedar triunfantes el monopolio y la arbitrariedad. Al grito de esta política infernal comienza la revolución armada del capitán León. Había llegado el momento en que debía defenderse, pues no había seguridad posible ni tiempo para aguardar justicia ni magistrado que la administrase. Al toque de alarma dado por Ricardos, los grupos revolucionarios, los que le habían acompañado de paz, se ponen de acuerdo, y en los valles de Barlovento, y en los de Aragua, y en diversos puntos de la costa y de los llanos se arma la gente contra los factores de la Compañía. La primera sangre corre en Caucagua, donde queda herido el teniente Oberto por las tropas de Nicolás, el hijo mayor del capitán León, en los momentos en que éste con tropas, dejaba a Panaquire, después de haber despachado emisarios en todas direcciones, fijando los puntos de reunión. Era el plan acordarse y caer sobre Caracas para acabar con el nuevo tirano que en defensa de la Compañía llenaba de espanto los pueblos indefensos.

Pero apenas prende la chispa revolucionaria, se aprestan los diversos grupos, y el capitán León se hace de pólvora y de municiones, cuando Ricardos, con actividad inusitada, pone en movimiento la tropa veterana,

levanta un escuadrón de caballería, arma las milicias de la capital y despacha órdenes en todas direcciones. Entonces redóblanse las persecuciones, llénanse las cárceles, pásase por las armas a las primeras víctimas del movimiento revolucionario, destiérrase hasta los mismos venezolanos que habían servido a España, en 1743, durante el combate de La Guaira contra los ingleses, y pónese a precio por miles de pesos la persona del capitán León y el doble por su cabeza. Por todas partes no se veían sino aprestos de guerra, retenes en los caminos, grupos de prisioneros custodiados, las cárceles llenas, y tropelías en todos los pueblos de los valles de Barlovento y de Aragua.

Cuando el capitán León es sabedor de la grande actividad que desplegaba el brigadier Ricardos, y palpa el resultado de sus primeras medidas, apela a los hombres que, en repetidas ocasiones, le habían ofrecido recursos y animado a que se pusiera al frente de la revolución redentora; mas sólo hallo el silencio de los sepulcros. Entonces, al verse circundado por tropas, sin poder comunicarse con los grupos armados de Aragua y otros lugares de Barlovento, y sabiendo que su cabeza estaba a disposición de cualquier infame, trata de escaparse de las garras de Ricardos. De Caucagua sigue León a la boca del Tuy, donde se embarca en una balandra holandesa, en unión de sus hijos Nicolás y Baltasar, dejando en la costa la gente que le acompañaba, la cual debía seguir por tierra. La balandra hace rumbo a Unare y después a Güere, donde se le unieron sus tropas. A poco se ve en la necesidad de dispersar sus soldados, porque palpaba que en cada sitio no existían los recursos con los cuales contaba. Con sus hijos y tres esclavos sigue a Ipire, donde tropieza con un mulato que le ofrece conducirle a La Quebrada del Perro, preguntándole antes cómo se llamaba, porque si era el capitán León, por ningún caso lo haría; lo que probó a éste que las pesquisas del gobernador se extendían a todos los sitios de la costa. Al llegar al fin de la Quebrada; tropieza con otro mulato quien, por caminos extraviados, le conduce a Los Dividives; pero el peón al escuchar que los compañeros nombraban a León, huye dejando a éste en compañía de su hijo Nicolás y de tres esclavos, pues el otro hijo Baltasar, se había separado por su cuenta. Perdidos y sin prácticos, los fugitivos pudieron salir al hato de Los Padres de Cabruta. Trata León de solicitar una embarcación

para remontar las aguas del Orinoco; pero en lugar de protección ve que se reunían en el pueblo para prenderle. Entonces se escapa e interna por montañas desconocidas, y busca camino, durante dos meses, sin tropezar con alma alguna. Al fin sale a Quebrada Honda y cruzando el río, llega a Guanape. Tramonta en seguida una serranía áspera y elevada y continuando por veredas ocultas llega a Uriche, después a Cúpira y últimamente a El Guapo, lugar que le era muy conocido.

Inútiles habían sido hasta entonces, los esfuerzos hechos por Ricardos para hacerse de León, vivo o muerto. Por cuantas declaraciones se habían tomado en toda la zona, al oriente y sur de Caucagua, sabíase que andaba con gente, que se había embarcado y continuado a la Guayana; pero nadie podía fijar su paradero.

Desde su escondite en el pueblo de El Guapo, manda León a su hijo Nicolás a Panaquire, con una carta que desde Cúpira tenía escrita al gobernador Ricardos, y en la cual le decía que estaba resuelto a entregarse si no se le infería daño alguno. Nicolás deja caer la carta en la puerta de la casa donde vivía el Teniente de la jurisdicción, don Bernardo de la Peña, y se oculta. Tan luego como este empleado, por orden de Ricardos, hizo llegar la respuesta a manos de León, éste se presentó acompañado de su hijo Nicolás y tres esclavos, lo único que le quedaba de las cincuenta personas con las cuales había dejado su casa, hacía seis meses. Desesperado, después de haber perdido la fe en los hombres, su intención al llegar a Cabruta había sido pasar a los pueblos caribes, para vivir o morir entre los indios; pero cuando tales propósitos iban a realizarse, tuvo que huir. Y razones le sobraban para huir de los hombres, cuando comprendió que los agentes y favorecedores de la revolución, eludían el compromiso en el momento solemne, y se delataban unos a otros o se hacían cómplices de la política atroz de Ricardos.

En los momentos en que León desea presentarse, ignorante el gobernador del paradero de éste, y en vista de los autos hasta el 5 de febrero de 1752, hizo conocer por bando público el siguiente decreto:

> En la ciudad de Caracas, a los 5 días del mes de febrero de 1752 años, el Excmo. señor don Felipe Ricardos, teniente general de los Ejércitos de Su

Majestad, su gobernador y capitán general de esta provincia, habiendo visto los autos formados sobre el último levantamiento que se cometió por Juan Francisco de León, su hijo Nicolás y demás personas infieles que le seguían, dijo: Que respecto a haberse los dichos Juan Francisco de León, su hijo Nicolás y también Francisco, reos proscriptos por el atrocísimo delito de levantados y traidores a la Real Corona, como en cumplimiento de lo mandado por auto del 13 de septiembre que corre en los generales al folio 187 vuelto, se publicó por bando por mí el presente escribano en el mismo día, mes y año sobre que tengo dado fe según parece de la nota que se halla al reverso del dicho folio, y atendiendo S.E. a que en las penas que se establecen contra semejantes traidores, es una de las que producen más ejemplo para que perpetuándose la memoria de la justicia en lo futuro, no se tenga osadía por otros de cometer tan infame crimen, la de derribar, destruir y arruinar las casas de los reos de dicho delito, sembrándolas de sal, y poner en ellas de donde de todos sea visto, rótulo sobre una columna con inscripción de la causa y justo motivo que hubo para hacer aquella justicia, y considerando lo importantísimo que será practicarla con las casas que fueron de dicho Juan Francisco de León que se hallan en esta ciudad en la plazuela que llaman de Candelaria, y que al Real servicio conviene que con semejante demostración todos los vasallos de S. M. conozcan la indignación que causa en su Real persona semejante delito de traición: *mandaría y mando que inmediatamente sean derribadas, arruinadas y destruidas las citadas casas que fueron de don Juan Francisco de León, y que todo el suelo de ellas sea regado y sembrado de sal, poniéndose en el territorio que correspondiere la pared que cae a dicha plaza, de modo que pueda de todos ser vista, una columna de piedra o de ladrillo de altura regular y en ella una tarjeta de metal con inscripción en que se diga, ser aquella justicia mandada hacer por S.E. en nombre del Rey Nuestro Señor, por haber sido el amo de aquella casa dicho Juan Francisco de León, pertinaz y rebelde traidor a la Real Corona de nuestro Soberano y que por ello se hizo reo de que se derribasen las casas, se le sembrasen de sal y pusiese este epígrafe para perpetua memoria de su infamia*; y que al tiempo y cuando se proceda a ejecutar esta justicia, sea publicándose por bando y son de cajas de guerra, primero en la plaza principal de dicha ciudad, después en la esquina del puente que llaman de Catuche y después en la dicha plaza de Candelaria por ante el presente escribano que dará fe de todo, y evacuadas las diligencias de dicha ejecución las arrimará a citados generales junto con éste el cual así lo proveyó, mandó y firmó con el asesor. Yo el escribano doy fe de ello. – *Don Felipe Ricardos.* – *Doctor Don Diego Muñoz.* – Ante mí, *Francisco Castrillo*, Escribano.

Este importante documento, que se publica por la primera vez, después de haber permanecido en los archivos ciento treinta y un años, es un retrato fiel de la sociedad de aquella época.

La tarjeta de cobre que fue colocada sobre una columna de mampostería, tiene setenta y un centímetros de largo por veinte y uno de ancho. En ella está esculpida la siguiente inscripción:

> *Esta es la justicia del Rey nuestro señor mandada hacer por el Excmo. Señor don Phe. Ricardos The. General de los exercs. de Su Majestad su Govr. y Capn. General desta prova. de Caracas con Francisco León amo de esta casa por pertinez, rebelde y traidor a La Real Corona y por ello Reo. Que se derribe y siembre de sal pa perpetua memoria de Infª.*[42]

---

42. ¿Cómo ha llegado hasta nosotros la tarjeta de cobre que, durante cincuenta y nueve años, estuvo clavada al poste de ignominia levantado en la casa del capitán León en 1752? Vamos a revelarlo. Hacía mucho tiempo que solicitábamos en diversos lugares de la parroquia de Candelaria, alguna noticia que se conexionara con el paradero de este poste de ignominia, mas en vano, pues no hubo persona que pudiese suministrarnos la más insignificante noticia. Así pasaban los años, cuando tropezamos en el archivo del Registro Público, con los diversos expedientes de la revolución que, desde 1749 hasta 1752, había capitaneado Juan Francisco de León. Conocedores del anatema que quedó esculpido en la plancha que fue clavada sobre el poste, nuevas esperanzas nos hicieron solicitarlo, pero nada pudimos adelantar.
En una mañana del año de 1881, un obrero albañil de los muchos que los favorecieron con alguna antigüedad en cerámica, de las que se encontraron en la demolición de los antiguos edificios de Caracas, nos presentó una plancha de cobre, sucia, rota, que había desenterrado en el suelo del antiguo Convento de las Mercedes, donde está la actual plaza Falcón (jardín del oeste). *Al fin lo hallamos*, fue nuestra exclamación al leer las frases que con dificultad podían interpretarse. De manera que la tarjeta de cobre después de haber permanecido al aire libre, durante cincuenta y nueve años, desde 1752 a 1811, había permanecido enterrada bajo los escombros del convento, sesenta años más, desde 1811 hasta 1881.
¿Cómo pudo pasar la tarjeta de la plaza de La Candelaria al Convento de las Mercedes? La explicación es muy sencilla. Había en el convento dos frailes de apellido Hernández, enlazados con la familia de León. Es de suponerse que uno de éstos tomase la tarjeta el día en que fue demolida la columna, y la enterrase en uno de los patios del convento, cerca de la cocina, para que así quedara sepultada para siempre. Cerca del lugar donde se encontró había huesos humanos, lo que parece indicar que allí murieron algunos de la comunidad, durante la catástrofe de 1812 que echó por tierra el hermoso convento.
Limpiada la plancha por medio del fuego, aparecieron sobre el cobre algunas escoriaciones, lo que indica la acción de la sal marina sobre la pieza. De manera que si no supiésemos por los documentos que el suelo de la casa de León fue arrasado de sal, el estado de la plancha nos lo revelaría.

En la publicación de este bando, Ricardos desplegó todo el aparato posible. La tropa, los empleados y la muchedumbre, después de recorrer las calles indicadas, llegaron a la plaza de La Candelaria donde estaba ya demolida la casa del capitán Juan Francisco de León, levantada en la puerta una columnata de mampostería sobre la cual figuraba la tarjeta que hemos hablado, y el suelo, desde el centro de la plaza hacia el fondo de la casa arrasado, y sembrado de sal. Allí leyóse el bando, por la última vez, y después de victorear al rey, retiróse la muchedumbre[43].

¡Y la casa donde en mejores días, festejóse al rey de España, destruida fue, en nombre del rey, y sobre amontonadas ruinas levantóse un poste de ignominia contra el hombre que en aquellos mismos momentos se presentaba a las autoridades para ser juzgado!

¡Cuán triste fue el destino de este espíritu honrado, que conoce la historia de Caracas con el nombre del capitán poblador don Juan Francisco de León! Hacía tres años, 19 de abril de 1749, cuando desde Panaquire salió victorioso en unión de ochocientos voluntarios que le acompañaban, y los cuales al son de cajas y con banderas desplegadas entraron a la Plaza Mayor de Caracas, el 20 de abril. Más tarde, vuelve a entrar a la capital en 1º de agosto, al frente de nueve mil hombres. Motivo de respeto y de temor fue en una y otra ocasión, y su causa, si no logró triunfo por completo, por lo menos trajo reformas saludables en beneficio de las poblaciones oprimidas. ¡Cuán diferente de esta primera entrada aquella en que vino maniatado (febrero de 1752) y acompañado de los soldados que lo custodiaban! Las mismas ventanas que en 1749 se abrieron para verle pasar al frente de sus tropas, volvieron a abrirse para verle entrar como reo de Estado en 1752; y al mismo sitio donde se acampó como jefe, llegó como prisionero[44].

El interrogatorio de León y de su hijo Nicolás comenzó el 8 de febrero de 1752, en la casa de la Gobernación y en presencia de Ricardos. Y fue tal

43. Esta casa que según parece, nunca fue reedificada, pues en ella está hoy una caballeriza que ocupa un gran solar, es la situada frente a la puerta mayor del templo de Candelaria, calle Norte 13, número 1.
44. La antigua cárcel de Caracas estuvo junto a la Gobernación, ángulo oeste de la plaza Bolívar, donde está la Casa Amarilla.

el pavor que lograron inspirarle, que al comenzar el interrogatorio pidió perdón a Dios y al rey del *enorme delito* que había cometido. Durante éste comprometió a muchos de sus favorecedores, indicando hasta la suma con que habían contribuido algunos de ellos. Si delito hubo en su obra no se lo reveló la conciencia, sino el pánico que con astucia supieron inspirarle ciertos y determinados hombres, ese pánico que perturba la razón y despoja el corazón de sus instintos generosos.

Por el estudio del voluminoso expediente que comprende todos los actos de esta revolución, se viene en cuenta de que fue general, que estuvo favorecida por la opinión pública, que tuvo elementos de guerra, dinero y soldados y que, por falta de un jefe, hubo de ser sofocada[45]. Necesitó para su desarrollo de uno de esos espíritus que saben multiplicarse después del primer fracaso, que se subliman en la desgracia y triunfan, más con el genio y la constancia que con los hombres. Un militar como el capitán León, bueno, respetuoso y justiciero, pudo salvar a Caracas de los desórdenes que trae consigo toda fuerza, cuando ésta obedece a un impulso dado por las necesidades del momento. En estos casos se necesita, más de la astucia que de la energía. Mas cuando llega el momento de obrar y de hacerse justicia, se necesita del espíritu joven y del arrojo que es siempre fuerza. León, hombre de cincuenta y nueve años, carecía del entusiasmo que, en alas de la ambición, crea los héroes. El historiador Baralt concede a León la palma del triunfo, por haber hecho, en el primer caso, un servicio a su patria de gran cuenta y estima; pero le condena en el segundo, pues si hay gloria –dice– en combatir la tiranía, en crear resistencias populares que la destruyan, en no envainar la espada, cuando una vez se ha sacado contra ella, León no la tuvo. A nuestro entender tal juicio es no sólo injusto y cruel, sino falso, pues Baralt no conoció sino los dos primeros actos de esta revolución. Si hubiera conocido el tercero y último, habría visto al jefe del movimiento armarse, tocar llamada, conseguir pertrechos de guerra, y huir, como era natural, cuando se encontró solo y desamparado. En las sociedades que

45. Es de sentirse que este proceso no haya sido publicado. No perdemos la esperanza de que algún día nuestros futuros historiadores puedan estudiar todas las piezas de aquél, reunidos en uno o más volúmenes, los cuales comprenderán toda la documentación, desde 1749 hasta 1752.

han permanecido por mucho tiempo bajo la presión de gobiernos despóticos, todas las promesas revolucionarias, de donde quiera que vengan, se desvanecen en los momentos oportunos. El miedo y el hábito las hunden, y sólo un genio puede sacarlas del marasmo en que han vivido, para emanciparlas. Mal pudo León ensangrentar a su patria, cuando en el día de la prueba encontróse sin opinión y sin hombres. El sacrificio personal hubiera sido una obra estéril.

Concluido el juicio, fueron remitidos a España el 7 de agosto de 1752, en la fragata "Santa Bárbara", de la Compañía Guipuzcoana, el capitán León, su hijo Nicolás y cuatro más, bajo partida de registro. Debían ser entregados en Cádiz por orden del gobernador Ricardos, a la Casa de Contratación. La causa de los presos había sido ya remitida por la fragata "Nuestra Señora de los Remedios". En un oficio del marqués de La Ensenada, fechado en Madrid a 27 de junio de 1752, dirigido al gobernador Ricardos, leemos: "En carta de 2 de marzo de este año (1752) expresa V.E. que sin embargo de remitir a estos reinos a Juan Francisco de León, su hijo y a diversos, para que el rey les aplicase el condigno castigo, dispuso V.E. que se derribase y sembrase de sal la casa que el primero tenía en esa ciudad; y habiéndolo puesto en noticia de Su Majestad, se ha servido aprobar este procedimiento".

No muy prolongada fue la estada de León y de su hijo Nicolás en las prisiones de España; y cuando quizás soñaban con retornar al patrio suelo en no muy lejana época, uno de tantos acontecimientos inesperados en el destino de los presos políticos vino a salvarlos. En la necesidad del monarca español de vencer ciertos incidentes políticos en sus colonias de África, ofreció la libertad a los detenidos en prisiones por motivos revolucionarios que aceptaran alistarse en el ejército que se disponía al efecto. Aceptaron tal ofrecimiento Juan Francisco de León y su hijo Nicolás, y de tan buena voluntad, que hubieron de distinguirse por su valor; pero a poco de haber regresado victoriosos, Juan Francisco, ya en edad provecta y con salud quebrantada, dejó de existir en la península. Refiere la tradición que el monarca recompensó los servicios de ambos, dándole a Nicolás el título de Señor de Capaya, quien volvió a Venezuela y tomó posesión de las tierras y haciendas que pertenecían a su padre, y que habían sido confiscadas.

No hemos tropezado con ningún documento que nos guíe en el esclarecimiento de estos últimos sucesos, sobre todo, respecto del Señorío de Capaya. Pero si es cierto como consta en los archivos que los bienes de León fueron devueltos a su hijo, es igualmente cierto que el poste de ignominia levantado por Ricardos en 1752, no fue derribado sino en 1811.

Así concluyó la revolución capitaneada desde 1749 a 1752 por el capitán León, sus hijos y compañeros. Abraza dos épocas; la una pacífica, cuando la opinión quiso imponerse de una manera tan justa como cortés; la otra, armada, cuando víctimas las poblaciones de las persecuciones oficiales hubieron de apelar a las armas y levantarse contra un gobierno que favorecía intereses personales y rechazaba toda medida de justicia y de progreso. Esta revolución que, durante tres años, motivó la importación de tropas veteranas, de persecuciones, de patíbulos, de deportaciones, tuvo nobles propósitos, ideas sanas y trascendentales: la destrucción del monopolio. Acabar con los abusos de un círculo intransigente y tiránico, patrocinado por el gobierno español, tales fueron las santas miras de este movimiento, cuna de la evolución americana. Si se busca el origen de cada una de las nacionalidades modernas, se hallará siempre como punto de partida, una necesidad social, la libertad que se abre paso contra los abusos del poder, contra los impuestos exagerados, contra la tiranía política, que amordaza la boca de los pueblos y llega a extinguir hasta el vuelo del pensamiento en sus aspiraciones ideales.

Al concluir el relato de estos hechos nos preguntamos: ¿Cómo es posible que los antecedentes y pormenores de esta revolución hayan podido pasar inadvertidos para nuestros historiadores, durante ciento treinta años? ¿Cómo se explica que una revolución que abrazó tres años de nuestra existencia política, haya sido apenas indicada en nuestra historia, como un movimiento insignificante, cuando ella puede considerarse como la causa del comercio libre en América y los orígenes de la revolución venezolana?

Puede asegurarse, sin temor de errar, que ninguno de los cronistas de Venezuela, estudió el voluminoso expediente de esta revolución que se conserva en uno de nuestros archivos públicos. Montenegro dedica a esta materia cuatro líneas. Yanes nos asegura que León fue declarado traidor y que hubiera sido ejecutado *si se le hubiera aprehendido*. Baralt, después

de condensar en tres páginas la historia de la época de León, agrega: "*si hubieran cogido a éste, le matan sin remedio; pero que afortunadamente escapó siempre a las pesquisas de sus enemigos, y sin duda proscrito y escondido, murió en una época, desconocida, que nuestra diligencia no a podido averiguar*". Baralt no conoció, como se ve, el tercer acto de la revolución de León, el interrogatorio que éste sufrió, y su conducción a España, con su hijo Nicolás y otros, bajo partida de registro. Larrazábal dice: "*que se escapó en la oscuridad de un escondrijo, sepultura anticipada, donde al fin hubo de rendir su espíritu, distante de sus deudos y amigos y comido de miseria y trabajos*".

Por la primera vez, podemos asegurar, que sale a la luz pública la narración completa de todos los incidentes de esta primera revolución que registran los anales de Caracas.

CUARENTA Y NUEVE AÑOS MÁS TARDE

Habíase ya realizado la Revolución del 19 de abril de 1810, que trajo la emancipación de Venezuela el 5 de julio de 1811, cuando en cierto día brilla la justicia humana, y a una voz se unieron miles de voces, para pedir que el poste de ignominia que hacía cincuenta y nueve años que figuraba sobre las ruinas de la casa del capitán poblador Juan Francisco de León, fuese demolido con toda solemnidad.

En la *Gaceta de Caracas* del 20 de septiembre de 1811, leemos el siguiente decreto:

> Don Rodulfo Vasallo, diputado director de obras públicas en esta capital, por representación de 2 del que rige, solicitó facultad del Poder ejecutivo para demoler con toda solemnidad el poste de ignominia que desde a mediados del siglo próximo pasado hizo levantar el sistema de opresión y tiranía en un solar que está frente al templo de Nuestra Señora de la Candelaria, y en donde tenía su casa de habitación el magnánimo Juan Francisco León, para manchar inicuamente la memoria de éste, como caudillo de los valerosos varones que en aquel entonces pretendieron sacudir el duro yugo mercantil con que la avaricia y el despotismo de los reyes de España estancaron el comercio de estas provincias, por medio de la estafadora Compañía Guipuzcoana, cuyos

privilegios exclusivos hicieron gemir a los venezolanos por más de cuarenta años; y S.A. penetrado de estos mismos sentimientos, accedió a la referida solicitud, mandando se ponga en la *Gaceta*, para noticia del público; en inteligencia de que dicho solar queda hábil para que los dignos herederos del héroe León, o la persona a quien corresponda en dominio y propiedad, usen de él a su arbitrio.

Días después los miembros del Ejecutivo, los empleados nacionales, muchos de los diputados al Constituyente, las tropas acompañadas de sus bandas marciales y gran número de ciudadanos, se presentaron frente a la demolida casa del capitán León, en la plaza de La Candelaria. A los gritos de *Viva la República*, es demolido el poste de ignominia, y sobre aquel recinto lleno de escombros hacinados y sobre toda el área de la plaza que en otros tiempos fue cubierta con sal, ondeó la bandera de la república, al concierto de las bandas marciales. El revolucionario de Panaquire fue saludado por el Gobierno de la República. Su casa había dejado de ser un recuerdo oprobioso, para convertirse en recuerdo de gloria. El 19 de abril de 1749 había tenido su eco en el 19 de abril de 1810, y el decreto y bando de Ricardos celebrado en 5 de febrero de 1752, encontraba su interpretación legítima en el éxito de la independencia de Venezuela, el 5 de julio de 1811.

IV

Concluida la revuelta de León, Venezuela quedó tranquila, y el gobernador Ricardos en capacidad de dedicarse en los años que le quedaban de mando, al ensanche de la capital, hasta la llegada de su sustituto el brigadier Ramírez Estenoz. Pacífico fue el gobierno de éste, pues no encontró en Caracas quien se opusiera al curso de los acontecimientos políticos que tenían por piloto a la Compañía Guipuzcoana. La paz de los sepulcros, la mordaza en la boca, la sumisión sin restricciones, tales fueron las condiciones en que quedó la sociedad caraqueña, después de la partida de Ricardos. Éste había aplastado la revolución y sus hombres y ensanchado el poder de la Compañía, ya en la cumbre de sus aspiraciones.

La gobernación de Ramírez Estenoz hizo contraste con la de su predecesor, por su prudencia, tolerancia y sanos propósitos. Si Ricardos había ganado una batalla, aquel iba a librar otra, no en el campo de las persecuciones, sino en el de las vanidades humanas. Había creído el gobierno español que estableciendo en Venezuela el fuero militar tendría una fuerza siempre lista al sostenimiento de la colonia, satisfaciendo al mismo tiempo las ambiciones y vanidades de cada círculo. Y a fuer que no anduvo desacertado, pues los primeros que secundaron los proyectos del gobernador, fueron los artesanos, jornaleros y hombres pobres que soñaban con el uso del uniforme y de los galones, no obstante que el monarca, al crear las milicias, estableció diferencias odiosas, respecto de los diversos círculos de la sociedad venezolana; pero como el fuero militar apareció en aquellos días como una epidemia que lentamente iba apoderándose de los espíritus, desde Caracas hasta los confines de la provincia, tocó a las compañías de obreros y artesanos ser las primeras que en 1759 abrieran la marcha. A poco siguieron las de los hombres acomodados y de los magnates de la ciudad, quienes vieron satisfechas sus más ardientes aspiraciones: la de poseer una charretera de alférez, de ayudante, de capitán, de comandante, y finalmente, de coronel de milicias, títulos que les proporcionaban la satisfacción de cargar espada, vestir uniforme militar y llevar en la mano el disputado bastón.

El gobierno de Ramírez Estenoz concluyó en 1763, época en que fue sellada la paz entre Inglaterra y España, la cual dio por resultado para la primera la adquisición de la Florida. En esta época fue cuando llegó a Caracas el gobernador general don José Solano y Bote. Era el mismo que en unión de Iturriaga acababa de pacificar las tribus indígenas del Alto Orinoco, durante la célebre expedición de límites de 1754. Ningún gobernador se había hasta entonces presentado en la capital de Venezuela con la hoja de servicios del general Solano, la cual continuó ilustrando este célebre marino con hechos brillantes hasta su muerte en 1802. Solano fue uno de esos hombres de corazón y de inteligencia, justicieros, dignos, probos, en quienes los méritos personales y políticos están a la altura de las virtudes privadas y sociales. Poseía el talento práctico de los hombres y de las cosas que, para un mandatario, es segura vía en casi todas las deliberaciones. La

política de este hábil gobernador y sus providencias tan oportunas, como felices en sus resultados, contribuyeron al desarrollo de Venezuela. Activo anduvo contra el contrabando extranjero, y a los pocos meses después de su llegada a Caracas fueron apresados por los guardacostas venezolanos hasta ciento tres embarcaciones de contrabandistas, desalojando con éxito a los ingleses que se habían apoderado de las costas de La Guaira; y a tal grado llegó la vigilancia de Solano que, al concluir su gobierno en 1770, Venezuela alcanzó a duplicar los ingresos de su erario, según leemos en una obra moderna[46]. Durante la gobernación de este hábil mandatario fue cuando la provincia de Guayana erigida en 1762 y la Comandancia del Alto Orinoco que pertenecía al Virreinato de Bogotá, quedaron bajo las órdenes del capitán general de Venezuela.

Como su predecesor Ramírez Estenoz, y quizá con más entusiasmo que éste, Solano prosiguió con actividad inusitada la creación de las milicias, el desarrollo del fuero militar que, como ya hemos dicho, quiso plantar en Venezuela el gobierno español. Si fines políticos ocultaba éste al favorecer tal medida, de estímulo para la vanidad sirvió a los moradores de Caracas: nunca una real cédula había gozado de tanta popularidad como aquella por la cual el monarca español creaba las milicias venezolanas. Y a tal punto llegó el entusiasmo por éstas que muchos de los magnates de Caracas, no encontrando plaza entre los oficiales del nuevo batallón, crearon en 1767 la compañía que se llamó de *nobles aventureros*, es decir, de vasallos que a su costa servían al rey. Esta compañía, cuyos soldados eran los hombres más notables de Caracas, en aquellos días, tenía el privilegio de que sólo la compusieron ciertas y determinadas personas. Constaba la compañía de las siguientes plazas:

COMPAÑÍA DE NOBLES AVENTUREROS

Capitán, Marqués del valle de Santiago.
Teniente, don Francisco de Ponte.

46. Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*, v. 4, p. 558.

Segundo Teniente, don Martín de Tovar y Blanco.
Primer Ayudante, don José Gabriel Solórzano.
Segundo Ayudante, don Martín Jérez de Aresteiguieta.
Alférez, don Domingo Gadler.

Brigadieres
Don José de Ibarra.
Don Gabriel de Rada.
Don Mateo de la Plaza.
Don Francisco Hermoso

Subalternos
Don José Ignacio de Ustáriz.
Don Juan Gabriel Mijares de Solórzano.
Don Domingo Monasterio.
Don Lorenzo de Ponte.
Don Domingo de Tovar.
Don Luis Blanco.
Don Antonio de Rengifo.
Don Eustaquio Galindo.

Soldados
Maestre de campo don Juan Nicolás de Ponte.
Marqués de Mijares.
Don Miguel de Aristiguieta.
Don Manuel Blanco de Villegas, *Alcalde actual* (1767).
Dr. Don Pedro Manuel Aguado, *Alcalde actual* (1767).
Don Diego de Obelmejía.
Don Miguel Blanco de Villegas.
Don Francisco Palacios y Sojo.
Don *Juan Vicente Bolívar.*
Don Feliciano Palacios.
Don Lorenzo Blanco Monasterio.
Don Pedro Blanco Monasterio.
Don Juan Antonio Blanco Monasterio.
Don Juan de Bolívar.
Don Antonio de Ponte y Mijares.
Don Santiago de Ponte y Mijares.
Don Miguel de Ponte y Mijares.

Don José Ignacio de Ponte y Mijares.
Don Juan Ignacio Ascanio.
Don Manuel Felipe de Tovar.
Don Juan José de Tovar.
Don Diego de Tovar.
Don Juan Félix Monasterio.
Don José Monasterio.
Don Francisco Barrios Berois.
Don Gabriel de Ibarra.
Don Juan Tomás de Ibarra.
Don Andrés de Ibarra.
Don José Francisco Galindo y Liendo.
Don Gabriel Bolívar.
Don José Antonio Bolívar.
Don Domingo Bolívar.
Don Pedro Berois y Rada.
Don Vicente Berois.
Don Francisco Berois.
Don Francisco Berois y Rada.
Don Nicolás Jérez Aresteiguieta.
Don Miguel Monasterio.
Don Juan Francisco Mijares de Solórzano.
Don Ignacio Mijares de Solórzano.
Don Gabriel Blanco Uribe.
Don Domingo Blanco Uribe.
Don Fernando Blanco Mijares.
Don Rafael Monserrate.
Don Félix Blanco Herrera.
Don Pedro Mijares de Solórzano.
Don Manuel Ignacio Arias.
Don Antonio Berois.
Don Fernando Suárez de Urbina.
Don Manuel Suárez de Urbina.
Don Vicente Monserrate.
Don Blas de Landaeta.
Don Francisco Antonio Cedillo.
Don José M. Blanco Mijares.

En estos días de entusiasmo marcial, de aspiraciones y vanidades que

debían engendrar emulaciones ridículas, es necesario buscar los orígenes de la gran figura que brilla en los anales de ambos mundos, durante los postreros treinta años del siglo último y los primeros quince del actual: la del general Miranda. Los incidentes que vamos a narrar conexionados con la vida de este célebre venezolano, salen de los archivos públicos para brillar por la primera vez, en las páginas de un libro. Pueden considerarse como el punto de partida, los orígenes de uno de los hombres más conspicuos del Nuevo Mundo, proclamado así por las diversas secciones del continente. Los espíritus ilustrados de América al hacer justicia al gran mártir de la libertad moderna, rinden homenaje a la gloria del varón excelso cuya figura se agiganta a proporción que el buril de la historia pone de relieve los hechos y los hombres de aquella época tempestuosa en cuyos horizontes brilló la idea de la nueva sociedad.

Para la época en que figuró la gobernación de Solano, 1764-1770, el círculo Tovar que descollaba en Caracas desde remotos tiempos, había llegado a ejercer sobre los gobernadores cierta influencia, en beneficio de sus intereses políticos. En posesión de los dos alcaldes ordinarios de la ciudad y de la mayoría de los regidores del Ayuntamiento, dueño de cuantiosas fortunas y hombres de notables condiciones, debía triunfar sobre el círculo español que estaba en minoría[47].

Desde que Ramírez Estenoz decretó la formación de las milicias, el círculo Tovar se propuso colocar a sus hombres en los principales empleos militares, y mucho consiguió; pero a poco quiso abarcar todos los puestos con detrimento de los españoles que figuraban en las milicias, lo que trajo el triste incidente de que hablaremos más adelante.

Instalado el general Solano, antes de llenar las plazas del nuevo batallón de milicias que se creó en 1764, quiso ponerse al habla con aquellos caballeros que, por sus antecedentes y valimiento, podían servirle de guía en una sociedad que visitaba por la primera vez. Entre las personas a quienes más distinguió Solano, estaba el coronel don Nicolás de Castro, de la

47. El círculo Tovar fue sustituido a fines del pasado por el círculo Toro, de igual categoría social. Cuando estalló la revolución de 1810, el primero de estos dos círculos antagonistas tenía en el gobierno uno de los alcaldes.

antigua nobleza de España, ilustrado militar que había fundado en Caracas los estudios matemáticos durante la gobernación de Ramírez Estenoz. Espíritu recto y de mucha valía, por sus notables antecedentes, la opinión de Castro fue para Solano de mucho peso, en toda ocasión en que hubo de consultarla. Así, cuando Solano, en la necesidad de crear una compañía de blancos isleños, la cual debía figurar en el nuevo batallón de milicias, preguntó al coronel Castro quién podía ser el capitán de ella. Tanto este cumplido caballero, como otros señores de Caracas fueron unánimes en recomendar al respetable comerciante don Sebastián de Miranda, nativo de las islas Canarias, que había desempeñado varios empleos en Venezuela y fundado una familia muy digna, cuyos antecedentes y buen comportamiento, los reconocía toda la sociedad de Caracas. Miranda había llegado a Venezuela muy joven, y a fuerza de constancia y economías había alcanzado una fortuna con la cual comenzaba a educar sus hijos. Entre éstos descollaba entonces, 1764, un varón que frisaba en los siete años, de talento precoz, amigo de la lectura y apasionado por la carrera militar.

En virtud de los buenos informes que obtuviera Solano respecto de la conducta y antecedentes de Miranda, hubo de nombrar a éste con fecha 17 de diciembre de 1764, capitán de la compañía de blancos isleños del batallón de Caracas.

Dice el diploma:

> Don José Solano, caballero de la orden de Santiago, capitán de navío de la real armada, teniente de la real compañía de guardias marinas, gobernador y capitán general de esa provincia. Por cuanto se halla vacante el empleo de capitán de la nueva compañía de blancos isleños, vecinos mercaderes de esta ciudad, conviene al servicio de Su Majestad, proveerle en sugeto de calidad, valor y experiencia militar. Teniendo entendido que estas circunstancias concurren en don Sebastián de Miranda, en nombre del rey nuestro señor y como gobernador y capitán general de esta provincia, he venido en elegir y nombrar por capitán de dicha Compañía nueva de isleños, vecinos mercaderes de esta ciudad, al expresado don Sebastián de Miranda, atendiendo a sus circunstancias, méritos, y suficiencia, el que usando de la insignia militar que le corresponde deberá cuidar y cuidará de tener bien disciplinada y provista de armas y municiones su tropa en prevención de los casos que puedan ofrecerse al real

> servicio, para lo cual éste le reconocerá y respetará por su capitán, acudiendo a sus llamamientos, obedeciendo y cumpliendo sus órdenes, siempre que las diere al real de S.M. y casos de guerra, pronta y puntualmente: maestre de campo, sargento mayor y capitanes de Infantería, caballería y demás oficiales, sargentos, cabos y soldados de las milicias de esta dicha ciudad, sus vecinos y moradores, estantes y habitantes y demás personas que a ella vinieren hayan y tengan al dicho don Sebastián de Miranda por capitán de Leva y recluta, y como a tal le hagan guardar y guarden todas las gracias, honras, y preeminencias que se le han guardado a sus antecesores y le doy facultades bastantes para que pueda nombrar los subalternos y sargentos de su compañía, con tal de que antes de empezar a ejercer los empleos han de acudir a mi Secretaría para la correspondiente aprobación: Para lo cual le mandé despachar el presente, firmado de mi mano, sellado con el de mis armas y refrendado de mi infraescrito secretario de Guerra. Caracas, diez y siete de diciembre de mil setecientos sesenta y cuatro. *Don José Solano. – Pedro Manrique.*

Don Sebastián de Miranda, al encontrarse revestido de un grado honroso que no había solicitado y que debía a los generosos informes de sus amigos y favorecedores, formó su compañía, púsose al frente de ella, y asistió con toda puntualidad a los ejercicios públicos, en unión de los venezolanos que, con el mismo grado u otro mayor, pertenecían al nuevo batallón de milicias. Durante los cinco primeros años que siguieron al nombramiento de Miranda, la paz y buena armonía reinaron entre los diversos oficiales del batallón, tanto peninsulares como venezolanos, y ningún motivo hubo de desunirlos, cuando en 1769, la presencia en el batallón de blancos de Caracas de don Sebastián de Miranda, hubo de despertar celos y enojos de parte del círculo Tovar, que figuraba al frente de la Compañía de nobles aventureros. Don Sebastián de Miranda, aunque probo y rico, era comerciante, y en aquellos días este oficio no cuadraba con las aspiraciones de la nobleza caraqueña. Era necesario por lo tanto lanzar a Miranda del batallón, y todas las intrigas tenían que ponerse en acción para conseguirlo. Los partidos políticos no se paran en medio para destruir a sus enemigos, y hasta del ridículo se valen para conseguir sus propósitos.

El general Solano que había llegado a Caracas acompañado de su joven esposa, dama de altas prendas sociales, recibía todas las noches, no sólo a

ciertos empleados peninsulares, sino también a los caballeros más notables de la capital. En una época en que Caracas carecía de diversiones públicas, porque no tenía teatros, ni paseos, la tertulia de personas distinguidas en la casa del gobernador, era para este personaje una distracción que le ayudaba a soportar la ausencia del suelo natal. Era la tertulia de Solano, no sólo un centro de buen tono y de fraternidad, sino también el lugar donde se tenían noticias exactas de la política europea y de cuanto se conexionaba con las necesidades y progreso de Venezuela, pues Solano fue siempre un espíritu expansivo, cuyas nobles tendencias se dejaban trasparentar, cuando departía acerca de cuestiones de interés público. En la noche del 21 de abril de 1769, habían abierto la tertulia los señores don Juan Nicolás de Ponte, y don Martín de Tovar Blanco, magnates de la sociedad caraqueña, oficiales del batallón de Caracas, quienes trataron de malquistar al capitán Miranda con el gobernador, exhibiéndole como inexperto en el desempeño del puesto que tenía en la milicia, careciendo por otra parte de ciertas condiciones sociales que debían armonizar con el grado de capitán de que estaba revestido. Alegó Solano que si tales informes eran ciertos, lo más sencillo era justificarlos por medio de algún escrito, y que sólo así podría proveerse. Ya para este momento habían llegado a la sala nuevos tertulianos, y la señora del gobernador hacía los honores de la reunión. Mas esto no fue impedimento a que continuaran la materia acerca de milicias, que en aquellos tiempos llegó a ser tema obligado. Para rematar la discusión, el general Solano, manifestó a uno de los visitantes que aquel lugar no era a propósito para tratar una cuestión semejante, porque era una tertulia de carácter privado, en la cual figuraba una dama, y había además otros caballeros que nada tenían que hacer con semejante materia.

Al siguiente día córrese por la ciudad que los señores don Juan Nicolás de Ponte y don Martín de Tovar Blanco se habían expresado con acritud, contra el capitán Miranda, en la tertulia del gobernador, presentándole como *mulato, encausado, mercader, aventurero, indigno* por muchos antecedentes de desempeñar puesto de categoría, y sobre todo, como hombre que carecía de las condiciones que exigía el grado de capitán.

Conocedor Miranda de lo que había pasado en la tertulia de Solano, y de los dichos que en las esquinas y corrillos de Caracas iban tomando

creces, a proporción que corrían las horas, eleva al capitán general una representación contra los señores Ponte y Tovar, en la cual pide que fueran interrogados acerca del hecho en cuestión, los visitantes que estaban aquella noche en la tertulia del gobernador, a saber: el capitán de granaderos Baltasar Muñoz, sub-inspector de milicias Antonio Negrette y el comandante Francisco Orozco, para que declarasen lo que sobre la persona de Sebastián de Miranda había dicho Nicolás de Ponte y Martín de Tovar Blanco. Pedía igualmente que se les siguiera el juicio que ameritaban tantas injurias contra un hombre pacífico; y manifestaba que por vindicar la honra de su nombre y de sus hijos, debía agotar hasta los últimos recursos, antes de quedar a merced de sus gratuitos enemigos.

Sabedores Ponce y Tovar Blanco de lo que pasaba, dirigieron al capitán general un escrito, en el cual manifestaban que debía seguirse el juicio pedido por Miranda, y que éste estaba en la obligación de probar cuanto acababa de aseverar.

No había necesidad de más para dar pábulo a los maldicientes y holgazanes de la capital. Nuevos dichos pusiéronse en boca de los acusados, nuevas sombras en la persona de Miranda, agregando cada uno lo que a bien tenía, ya en pro, ya en contra. Era una ola de maledicencia que iba arrastrando cuantas inmundicias encontraba en su camino: así la calumnia parece sencilla al nacer y, cuando llega a su desarrollo, está preñada de rayos.

Tomadas las declaraciones de los caballeros ya nombrados, dijeron éstos, que por lo que habían oído en la tertulia del gobernador, comprendieron que se trataba de un empleado de milicias; pero que no escucharon nada que pudiera ofenderle ni supieron a quién se referían: que recordaban que el general Solano, para concluir la cuestión, había manifestado que su sala no era el lugar a propósito para ocuparse en asunto semejante. Dadas estas declaraciones, pide Miranda que los mismos señores declarasen de nuevo acerca del hecho que conocían a ciencia cierta, y que como *caballeros de honra* no podían negar la verdad, recordándoles, al mismo tiempo, el encargo del sigilo hecho por el gobernador cuando se trató de la materia. En la misma solicitud promovía Miranda justificación sobre los hechos enunciados.

Antes de continuar, debemos opinar como narradores de este incidente. Nos parece inconsulto el procedimiento de Miranda, pues no es lícito a un caballero tratar de investigar, por medio de los tribunales, lo que ha pasado en una tertulia de carácter privado, y sobre todo, en la de la autoridad superior. No ha debido, de ninguna manera, aceptarse por juez de una causa al mismo que había recibido los informes dados contra un tercero. Cualquier otro procedimiento hubiera sido más justificado, a menos que el general Solano hubiera insistido en ello, lo que no estamos distantes de creer, por los diversos incidentes de que hablaremos más tarde. De todas maneras, los grandes sucesos parten siempre de una causa, de la cual se derivan multitud de consecuencias. Don Sebastián de Miranda, capitán de milicias desde 1764 hasta 1769, es el punto de partida de la historia de un hombre preclaro que conocen muchos pueblos del Viejo Mundo y todas las naciones del mundo americano: Don Francisco de Miranda que comienza, después de ser testigo de un ruidoso proceso, su carrera militar con el grado de capitán del ejército español, y concluye cuarenta y cinco años más tarde, con el grado de generalísimo en los calabozos de La Carraca, después de haber figurado en las tres grandes convulsiones políticas de los modernos tiempos: la Independencia de los Estados Unidos de la América del Norte, la Revolución Francesa, la emancipación de la América del Sur.

Presentada por Miranda, ante la gobernación, una extensa lista de testigos para que estos declarasen lo que en diversos círculos de la capital se decía contra él, todas las declaraciones estuvieron conformes en que en la tertulia del capitán general se habían pronunciado frases destempladas contra el buen nombre y reputación de don Sebastián de Miranda.

Después pidió éste que declarasen los señores Ponte y Tovar Blanco, los cuales lo hicieron aunque con repugnancia, según lo estampó el notario al pie de la declaración. Manifestaron éstos que nada habían dicho en contra de la persona de Miranda, que le *tenían por blanco, que le consideraban digno del empleo de Capitán que desempeñaba y adornado de todas las condiciones que se requerían para merecerlo.* Además pidieron que se previniera a Miranda a que continuara su acción, lo que decretó el gobernador. Reclamaron también de la providencia en que no se fijaba término para la

acusación, por falta de apercibimiento; a lo que contestó el gobernador: estése a lo proveído, apercibiendo al abogado de los reclamantes por falta de conocimientos jurídicos y de moderación.

Miranda pidió enseguida testimonio íntegro del proceso para acudir al rey, a lo que se proveyó dar vista a la parte contraria y que evacuase la instrucción, previo examen de todo el expediente, en cuyo acto, el abogado de la parte contraria se excusó por causa del apercibimiento anterior. El gobernador mandó dar la vista con citación de Miranda. Sigue a esto una polémica ridícula entre las partes, por la vista de autos, ante el gobernador, quien dispuso que no se recibieran más autos a aquéllas, y se les diese testimonio de decreto, y que se compulsara copia íntegra de los autos, para dar cuenta al rey, a donde ocurrirían los litigantes, si algo tenían que representar.

Reclaman de este auto Ponte y Tovar Blanco y se ordena por el gobernador guardarlo irrevocablemente. Reclaman de nuevo, y se les contesta que no había lugar.

Ganada la cuestión ante el gobernador, Miranda hace renuncia de su empleo de capitán en el batallón de Caracas, y pide su separación, alegando veinte años de servicios a la causa española en distintos empleos, a lo que accede el gobernador con fecha 22 de abril de 1769:

> Don José Solano, caballero de la Orden de Santiago, capitán de navío de la real armada. Teniente de la real compañía de guardias marinas, gobernador y capitán general de esta provincia de Venezuela, Inspector general de las tropas de ella. Por cuanto don Sebastián de Miranda, capitán del batallón de milicias de voluntarios blancos de esta ciudad, me ha suplicado le conceda su reforma, exponiéndome el servicio militar y mérito de más de veinte años en distintos empleos y otros suficientes motivos para ello; he venido en concedérsela atendiendo a su justa instancia, y mando se le guarden todas las gracias, honras y preeminencias que le corresponden. Dada en Caracas a 22 de abril de 1769. Firmada de mi mano, sellada con el sello de mis armas y refrendada del infraescrito mi secretario de Guerra. *Don José Solano. – Pedro Manrique.*

Del procedimiento seguido por Solano se desprende que éste se inclinaba al lado de Miranda y que tuvo que luchar abiertamente contra sus ter-

tulianos Ponte y Tovar Blanco. Una intriga política convertida en ruidoso proceso, tal fue el resultado de una persecución tan extemporánea como injusta.

Pero si cuanto hemos narrado hasta aquí no pasa de ser un acto injusto, si se quiere, una persecución que debía traer por resultado una defensa necesaria, la conducta seguida por el Ayuntamiento de Caracas contra el capitán Miranda, puede reputarse como un hecho tan ultrajante como indigno.

El 22 de mayo se juntan a cabildo ordinario los señores del muy ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento, con la asistencia del procurador general, y a propuesta de éste, se acuerda: "notificación a don Sebastián de Miranda, que dentro del tercer día, exhibiese los papeles y documentos, por donde se le concede traer el uniforme y bastón del nuevo batallón que usaba, sin haber servido en él, ni estar incluido con patente real, ni otro documento que le dé esta investidura". En acta del 3 de junio del mismo año, consta que no obstante la notificación hecha a don Sebastián de Miranda, del auto de 22 de mayo, no se había dado por entendido y continuaba trayendo públicamente el uniforme del nuevo batallón, sin tener no sólo real patente, del oficio y serlo, ni siquiera de los alistados en él; y acordó de nuevo estimularlo para que cumpliese lo mandado, con los apercibimientos de un mes de cárcel y el correspondiente apercibimiento de que si volvía a usar del uniforme y bastón, lo pondrían preso en la cárcel pública por dos meses, se le recogería el bastón y el uniforme que por derecho se vendería por piezas, y sus productos se aplicarían a los presos de la cárcel[48].

A ninguna de estas intimaciones contestó Miranda, y hubo por lo tanto, que acudirse al gobernador. La contestación categórica y digna del general Solano consta en la siguiente pieza del proceso:

> En Caracas, a cinco de junio de 1769 años, yo, el escribano, pasé al palacio de la habitación del señor don José Solano, caballero del hábito de Santiago, capitán de navío en la real armada, teniente de la compañía de reales guardias marinas, gobernador y capitán general de esta provincia, y precedido recado político y venia de estilo, puse en su noticia el contenido del auto inserto en

48. Actas del Ayuntamiento de Caracas de 1769.

el testimonio antecedente, y enterado S. Sª me mandó: que expresase al señor Alcalde don Francisco de Ponte y Mijares que ya S. Sª le había prevenido antecedentemente por medio del ayudante mayor don Claudio Tihay (como lo significa el señor alcalde en su auto), y que *don Sebastián de Miranda vestía legítimamente y a presencia de Su Señoría el uniforme que trae. Y que de nuevo se le advierte para que se abstenga de molestar más al citado don Sebastián de Miranda, y que en caso de continuar manifestando igual desafección a los que posean los honores militares le contendrá con el ejemplar suficiente a mantenerles el decoro que les pertenece y el respeto de S. Sª*; quien me ordenó, que así lo pusiera por diligencia y que haciéndola saber como se manda y dejando testimonio si se pidiese la devuelva a Su Sª, de todo lo que doy fe. – *Francisco Antonio de Paúl*, Escribano público y de Gobernación. Incontinenti, yo, el Escribano, puse en noticia del señor Alcalde, don Francisco de Ponte y Mijares, el contenido de la respuesta y que consta de la diligencia antecedente, el que enterado de ella me pidió testimonio, que le entregué en observancia de lo mandado. Doy fe. – *Paúl.*

Después de esto, consultó el Ayuntamiento al señor auditor mayor de la Real Audiencia, licenciado don José de la Guardia, abogado de la Real Audiencia del Distrito, y asesor general y auditor de guerra, quien se excusó por haber sido abogado de Miranda. Acordóse entontes que por ser el más oportuno y suave expediente en este negocio, dirigirlo al rey, para salvar todo perjuicio de la jurisdicción ordinaria.

No se durmió Miranda sobre sus laureles, y en 7 de junio de 1769, eleva al gobernador una exposición acerca de su calidad, limpieza de sangre y buenas costumbres. Presenta la extensa lista de testigos que habían sido ya interrogados, amigos y contemporáneos de su padre, unos, conocidos otros. Remóntase a la historia de sus progenitores, nombre de éstos, antecedentes y buenas costumbres. Era su padre hijo del puerto de Orotava, donde había nacido don Sebastián, y su madre doña María Ravelo. Había figurado su padre en la sociedad de aquel puerto, por su nobleza y distinciones. En el mismo memorial habla de su esposa doña Francisca Antonia Rodríguez Espinosa, del nacimiento de ésta, familia, antepasados, educación y buenas costumbres. En el extenso interrogatorio presentado por Miranda figuran, entre otras personas, su defensor el licenciado don José de la Guardia, don José de Cala y Vergara, don

Bartolomé Benítez de Lugo, don José del Fierro y muchos oficiales de su batallón, españoles y venezolanos. Figuraron también entre los declarantes respecto de la señora de Miranda, doña Francisca y doña Teresa de la Madrid, don José del Cocho, don Leopoldo de la Madrid, el padre don José de Aponte, don Antolín de Liendo, de la Real Audiencia y muchas personas más. *Lo que don Sebastián de Miranda quiere probar, dijo un día el abogado, no es limpieza de sangre de Caracas, ni nobleza de Caracas, sino la calidad, y limpieza, de sus ascendientes.* A estos documentos acompañó Miranda la declaración del gobernador Solano en la cual éste certificó que debidos a los buenos informes que acerca de don Sebastián de Miranda le había dado el coronel don Nicolás de Castro y a propuesta de éste, había despachado a Miranda la patente de capitán del nuevo batallón de Caracas, según consta del siguiente documento:

> Don José Solano, caballero de la Orden de Santiago, capitán de navío en la real armada, teniente de la real compañía de guardias marinas, gobernador y capitán general de esta provincia de Venezuela, inspector general de tropas de ella, etc. Certifico: que habiendo comisionado varios oficiales para el arreglo de las milicias de esta provincia y para la de esta capital y su distrito al coronel don Nicolás de Castro, comandante de las compañías veteranas en calidad de sub-inspector, a su propuesta e informe de ser sujeto de calidad y mérito don Sebastián de Miranda, vecino de esta ciudad, despaché a su favor la patente de capitán de una compañía de blancos naturales de Islas Canarias, quien en todos los actos y funciones militares que se han ofrecido, ha desempeñado este empleo con mucho celo y amor al real servicio; y a su petición y por su mérito he mandado despachar ésta. Dada en Caracas veinte ocho de junio de mil setecientos sesenta y nueve. – *Don José Solano*. Hay un sello. – *Pedro Manrique*.

Respecto de su conducta como capitán de milicias, Miranda probó, de una manera incuestionable, que siempre se le había visto al frente de su compañía, y que los soldados de ella estaban uniformados, aseados y listos al llamamiento del Gobierno. Probó que había favorecido a muchos de sus subalternos, quienes por la pobreza en que estaban no habían podido hacerse de armas y uniformes. Patentizó, finalmente, el contraste que a la

simple vista aparecía entre su compañía y otras del batallón, apelando al testimonio de sus mismos compañeros, amigos o enemigos.

Acompañado de este testimonio, de unas comunicaciones de varios españoles residentes en Caracas, de comunicaciones de Miranda y del Ayuntamiento, fueron enviadas copias del proceso al monarca Carlos III, a mediados de 1769 quien sentenció en real despacho copiado a 12 de septiembre de 1770.

El soberano después de reprobar en todos sentidos la conducta del Ayuntamiento, resolvió[49]: de no reconocer como nobles de derecho a todos los que fueron propuestos: que los españoles europeos avecinados en Caracas tuviesen iguales derechos que los españoles criollos, para el goce de los empleos públicos, y les correspondiese indispensablemente una de las dos varas de alcaldes ordinarios, sin que en ningún tiempo ni circunstancias pudiese el Ayuntamiento resolver cosa alguna sobre la materia; que la provisión de empleos militares no era de su competencia; que se abstuviese, so pena de privación perpetua de oficios u otros mayores, de inmiscuirse en modo alguno en asuntos de milicias; que se tildara y borrara del libro capitular el día 17 de abril para que no quedase ejemplar de él; que siguiera don Sebastián de Miranda en el retiro que había pedido, con el goce de todas las preeminencias, exenciones, fueros y prerrogativas militares, pudiendo llevar bastón y vestir uniforme de capitán reformado; y por último, que imponía perpetuo silencio al Cabildo sobre indagaciones relativas a Miranda, y apercibía con graves penas y privaciones de empleo a cualquier militar o individuo del Ayuntamiento que de palabras o por escrito ofendiesen a aquel sujeto.

Así acabó aquel ruidoso pleito, con el triunfo de la justicia; pero el alma de los vencidos y humillados quedó preñada de resentimientos, que transmitidos a la nueva generación vinieron más tarde a estallar en tempestad para mal de la Patria, a la cual costó sangre, miserias y lágrimas.

Es un hecho digno de admiración, cómo de un choque de intereses políticos de tan poca importancia, pueda haber surgido una de las revoluciones más sangrientas de los modernos tiempos, aquello que tuvo por

49. Véase el real despacho de Carlos III de 12 de septiembre de 1770.

punto de partida el pronunciamiento de Caracas en 19 de abril de 1810, y por remate la creación de Colombia, la emancipación del Perú, y la fundación de la República de Bolivia en 1825.

¿De dónde vinieron los diversos actores de este drama, aquellos venezolanos que durante quince años tuvieron por campo de batalla gran porción de la América española? ¿Quién es el primer zapador que, después de una labor continua, en ambos mundos, aparece en la escena y sucumbe, después de llegar a la deseada meta? ¿Quién le sigue y remata con gloria la lucha, para desaparecer en seguida, entre el torbellino de las pasiones y de los odios políticos?

Testigo mudo de los ultrajes inferidos a una familia respetable, por el Ayuntamiento de Caracas, en 1769, estaba un joven de catorce años. Espíritu recto y luminoso, carácter definido, siéntese con fuerzas para figurar el primero sobre sus coetáneos. En su pecho se despierta entonces ambición de gloria, y concibe su espíritu la emancipación política del patrio suelo, de la América española, Francisco de Mirada aspira a ser un gran hombre; y el hijo del capitán don Sebastián de Miranda abandona el patrio suelo a la edad de diez y siete años, para comenzar su carrera política en el ejército español, con el grado de capitán. La fuerza de voluntad y la inteligencia le acompañan, las riquezas le servirán para ilustrarlo, el curso de los sucesos de guía[50].

Desde aquel momento, la historia de Miranda llena de triunfos y

50. Por no haber conocido los historiadores de Venezuela los variados incidentes acerca de la familia Miranda, tema de este cuadro, se ha estado repitiendo el dicho falso de que el joven Miranda solicitó de los nobles de Caracas entrar como cadete del batallón de milicias, y que ofendido por no haberlo conseguido, abandonó a Caracas. Esta aseveración es tan incierta como ilógica. Mal podía el joven Francisco solicitar plaza en un batallón, cuyo puesto en él había renunciado su padre, después de ruidoso pleito. ¿Cómo podía el hijo acompañar a los que habían querido ofender a su progenitor? El dicho repetido por los historiadores, parece ser una invención para desvanecer cuanto dejamos relatado.
El joven Miranda, talentoso y rico, salió de Caracas por consejos del general Solano, quien le favoreció con valiosas cartas de recomendación para sus amigos de Madrid. A estas recomendaciones se agregaron las de los amigos de la familia Miranda, entre éstas, las de un vasco notable, don Íñigo de Istúriz, con cuya familia entroncó el primer marqués del Toro.
Todo cuanto dejamos escrito en estas páginas respecto de los orígenes de Miranda, es materia enteramente nueva en la historia de Venezuela.

de decepciones, abraza cuarenta años de la vida de este preclaro patricio, 1775-1816. Su nombre figura en las dos grandes revoluciones que rematan el siglo décimo-octavo y en los primeros años en que comenzó la lucha sangrienta de la América del Sur contra el Gobierno de España. Miranda pertenece por lo tanto a la historia de ambos mundos. Pero lo que da realce a este espíritu esclarecido, es que al fundar el partido demócrata en 1810, al precipitar los hechos que traen la declaración de independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811, tiene de compañeros y de admiradores a los descendientes de aquel círculo que había constituido en 1767 la Compañía de nobles aventureros. De dos partidos opuestos, de aspiraciones encontradas, nace un mismo pensamiento: la creación de la República, y los dos hombres que, en primera escala iban a figurar en las filas de la gran revolución. Del capitán de milicias don Sebastián de Miranda salió el general Francisco de Miranda; del soldado de la Compañía de nobles aventureros don Juan Vicente de Bolívar, el Libertador de Colombia. Con Bolívar estaban MartínTovar Ponte, de grata memoria, Ustáriz, víctima ilustre de la guerra a muerte, los Blanco Uribe, Ibarra, Plaza, Herrera, Palacios, Toro, Aresteiguieta y muchos otros, primeros zapadores de la revolución. Sus padres habían defendido sus títulos nobiliarios; ellos, abrazando la República, iban a sucumbir con gloria en los campos de batalla.

¡Cómo cambian las ideas con las luchas sociales! A los cuarenta años de haberse efectuado una intriga política por los nobles de Caracas contra el círculo español, los descendientes de los principales actores de 1769 departían juntos. El general Miranda y Martín Tovar Ponte, en la asamblea del 5 de julio de 1811 patrocinaban una misma idea, en unión de todos aquellos que poniendo de lado sus títulos, proclamaron el triunfo de la idea republicana y de la jerarquía social, que está basada solamente en el éxito de la virtud y de las galas del espíritu y del corazón. Aquella joven generación a cuya cabeza estaba Miranda y cuyas fuerzas intelectuales reconócense con los nombres de Bolívar, Paúl, Briceño, Álamo, Peña, Muñoz Tébar, Espejo y otros, supo echar por tierra los absurdos de pasadas épocas y proclamar la república.

La revolución social y política de 1810 es el cambio de frente de las ideas que figuraron en Caracas, en los días en que quedó fundado el fuero militar,

1760-1770. Pero lo que caracteriza todos estos sucesos, es que cuando la antigua sociedad abandona sus títulos nobiliarios y se lanza a los campos de batalla en beneficio de la idea republicana, encuentra a los pueblos de Venezuela afiliados en la causa española en defensa de la realeza. En esta lucha sangrienta que tiene por campo la dilatada región desde Paria hasta los Andes del Cuzco, Miranda, el fundador de la emancipación americana, es la primera víctima, y Bolívar, que logró el triunfo completo de la idea, después de doce años de lucha la última. Un dilatado osario donde reposa la flor de la juventud de Venezuela aparece desde entonces esta célebre región de América, en cuyos extremos descuellan los dos primeros hombres de la revolución: *Miranda*, el fundador de la emancipación americana, que después de prolongados años de labor, llega a las costas del continente, y alcanza al fin la gloriosa cima, el 5 de julio de 1811. – *Bolívar*, Libertador, que después de sangrienta lucha asciende al dorso del planeta y clava sobre las cumbres luminosas del Ande la bandera de Colombia.

ORÍGENES DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN VENEZUELA

Al señor doctor don Agustín Aveledo

ES UN HECHO que el gobierno de España no siguió una misma pauta de conducta respecto de las colonias que fundó en el Nuevo Mundo y sostuvo durante tres centurias: si liberal y aun espléndido aparece con unas, respecto de otras se muestra indiferente y hasta negado; celoso del ensanche y prosperidad de las ricas, supo enviarles gobernadores activos que tuvieran por objeto el engrandecimiento de España en América, de acuerdo con las aspiraciones de cada pueblo; dejando a las pobres entregadas al capricho de mandatarios ineptos, que más fueron las trabas que pusieron al progreso, que los beneficios que dejaran a la sociedad que les fue encomendada.

¿Qué causas influyeron para que Venezuela, así como otras secciones de la América española, estuviesen hasta la revolución de 1810 en el más completo estado de atraso científico y literario, cuando las otras colonias de América poseían academias, colegios e institutos, con hombres competentes tanto españoles como americanos?

¿Por qué la instrucción pública, y con ésta el surgimiento de hombres conspicuos en todos los ramos del saber humano, fue más fructífera en el Perú, Cundinamarca y México, que en Venezuela y otras colonias sudamericanas? ¿Y por qué el gobierno de España fue más liberal respecto a unos países, en detrimento de los demás que había fundado en el mismo continente?

Tres causas nos parece que obraron en el ánimo del gobierno español, en cuanto a las concesiones que hiciera a sus colonias en el Nuevo Mundo:

el poderío de los pueblos indígenas, que hallaron los conquistadores con gobierno civil y eclesiástico, monumentos, artes, rudimentos de ciencia, escritura simbólica, jeroglíficos, equipos, costumbres, tradiciones, historia, y cuanto puede hablar en pro de sociedades que habían sabido conservarse al través del tiempo y de las revoluciones. A esta primera causa debemos agregar la riqueza mineral del suelo, revelada por los ídolos y objetos de oro encontrados en todos los templos y en poder de los emperadores, cipas e incas, y confirmados luego por las minas; causa poderosa del incremento de las poblaciones indígenas en las altiplanicies andinas, y del aflujo a éstas de la emigración europea, más ávida de riquezas que de aventuras. La llegada a América de espíritus ilustrados, de mandatarios activos, de hombres emprendedores y de aliento, a los que se unieron las aspiraciones naturales de cada sociedad en presencia de las necesidades materiales, morales y sociales de la familia americana, fueron también causas que contribuyeron, en unos pueblos más que en otros, al incremento y desarrollo de la instrucción pública. Esto explica el por qué antes de la revolución de 1810, la instrucción pública apareció con resultados más prácticos en las colonias andinas, centros de la antigua civilización indígena, que en aquellas que estuvieron en las regiones despobladas del mismo continente.

* * *

Pobre, muy pobre, aparece la educación pública en Venezuela durante el prolongado período de la colonia. La ausencia completa de las causas que influyeron en el adelanto de una gran porción de la sociedad americana, contribuyó entre nosotros al estado incipiente de la instrucción general. Departamos.

En primer término, Venezuela no fue en su época indígena sino una reunión de tribus salvajes, ignorantes, sin centro de gobierno, sin industrias, sin monumentos, sin arte: muchedumbres incipientes, sin memoria de sus progenitores y con escasos rudimentos de la familia. Nada dieron al conquistador, que tuvo que hacerlo todo, desde el hogar y cultivo de la tierra, hasta la estabilidad y educación de la tribu. La ausencia de metales preciosos, cuya posesión fue siempre el estímulo del conquistador, contribuyó, por otra parte, a que las poblaciones venezolanas permanecieran

estancadas durante siglos. Después de la explotación de la perla en las islas de Cubagua y de Margarita, que tanto aflujo de aventureros trajo a las comarcas orientales, éstas quedaron solitarias, sin aliciente de ningún género para la inmigración europea. La explotación minera, emprendida sin fruto en varias regiones de Venezuela, contribuyó a ahuyentar los deseos de los especuladores que de todas partes acudían a América, con el único objeto de explotar la tierra. Debe agregarse a esto que, hasta mediados del siglo último, no había concluido todavía la guerra entre los castellanos y los indígenas, y que éstos, ocupando grande extensión en Venezuela, no llegaron a reducirse sino por medio de los misioneros: causas poderosas que retardaron el adelanto y ensanche de un gran número de pueblos.

El primer mandatario de la antigua provincia de Venezuela que se ocupó en plantar en ésta la instrucción primaria y elemental, fue aquel Simón de Bolívar, comisionado del Ayuntamiento de Caracas ante Felipe II, por los años de 1589 a 1590, para recabar del monarca todo cuanto redundara en beneficio de la colonia y de su capital. Entre las reales cédulas que consiguió Bolívar, figuran: la de 22 de junio de 1592, por la cual se manda establecer en Caracas un seminario, y la de 14 de septiembre del mismo año, en que se crea un preceptorado de gramática castellana. Ordenaba el soberano que, en la provisión de los colegiales, se tuviese particular cuenta y cuidado de preferir a los hijos y descendientes de los primeros descubridores[51]; pero no habiéndose podido entonces llevar a cabo el pensamiento de Felipe II, ya por falta de recursos y de población, ya por lo prematuro que hubiera sido fundar un colegio en población tan reducida como la de Caracas, la cual en aquellos días no podía dar alimento a sus necesidades materiales, el rey accedió al deseo de que se estableciera en la nueva ciudad el preceptorado de gramática castellana, de acuerdo con la real cédula de 14 de septiembre de 1592. De manera que a los veinticuatro años de haber sido fundada Caracas, comienza la instrucción primaria con una escuela, cuyo preceptor ganaba la cantidad de doscientos treinta pesos anuales[52].

---

51. Estas reales cédulas, desconocidas de los historiadores venezolanos, tienen alta importancia cronológica e histórica.
52. Véase "El primer Bolívar en Caracas", *Estudios históricos.*

* * *

Al surgir el siglo décimo séptimo aparecen en la capital de la antigua Venezuela los conventos de frailes. Los prelados y los religiosos franciscanos y dominicos fueron los primeros catedráticos del idioma latino, de moral y de rudimentos de la ciencia teológica. Sin disputa alguna, la instrucción elemental y de idiomas comienza en Caracas con los conventos y con los prelados, los que, desde 1606, abandonaron la ciudad de Coro, donde residía el cabildo eclesiástico, por la de Caracas, que les brindaba comodidades y más seguridad. La cooperación del clero, como agente de instrucción, descuella no sólo en el desarrollo del seminario, y después en la Universidad de Caracas, sino también en las escuelas de primeras letras, regentadas por los frailes en los mismos conventos, con el carácter de educación privada y gratuita. Y mientras que esto pasaba en los conventos de Caracas, los obispos, en sus visitas diocesanas, se entretenían en enseñar el castellano, la moral y los rudimentos del idioma latino, en tanto que los misioneros generalizaban la doctrina y los primeros rudimentos de gramática castellana entre los jóvenes de cada tribu. Todavía más: el primer colegio de niñas durante la Colonia, instituto que aún se conserva, fue, como veremos más adelante, obra de un clérigo, del presbítero Malpica; y los estudios matemáticos se abrieron en la Universidad de Caracas bajo el dictado de un sabio capuchino, del padre Andújar, uno de los maestros que tuvo Bolívar antes de su salida de Caracas en 1798. Las bibliotecas de los conventos y de la obispalía fueron, por otra parte, un foco de enseñanza para los jóvenes sedientos de luces, los cuales entraron en aquéllas, modelos de los clásicos latinos y españoles, y muchas obras de la patrística antigua, tan llenas de bellezas como de pensamientos consoladores.

El primer seminario conciliar de Caracas fue mandado erigir por cédula de 1592, como hemos dicho; pero el deseo del primer Bolívar, favorecido por Felipe II, no pudo llevarse a cabo sino cincuenta años más tarde, en 1641. Débese al obispo Mauro de Tovar la fundación del primer seminario, aunque de una manera incompleta, pues este plantel no llegó a erigirse sino en 1673, bajo el pontificado del obispo González de Acuña, y a ensancharse en 1682, bajo el de Diego Baños y Sotomayor.

La primera petición elevada al monarca de España, por la cual se solicitaba la creación de una universidad en el seminario conciliar, data de los años de 1696 y 1697. Por real cédula de 30 de enero de 1698, el rey da las gracias al obispo de Caracas por el aprovechamiento de los colegiales del seminario, y le encarga *que cuide y fomente el Instituto.* Por oficios de 30 de diciembre de 1697 y 14 de enero de 1700, niégase la solicitud. Un año más tarde impetra el seminario licencia para conceder grados y evitar así la ida a Santo Domingo, donde existía la primera universidad creada en América; pero fue igualmente negada, limitándose el rey a pedir informes. La Universidad de Caracas no llegó a instalarse sino bajo el reinado de Felipe V. Por real cédula de 22 de diciembre de 1721, concedióse al fin el permiso para erigir en Caracas una universidad, cuya instalación se realizó el 11 de agosto de 1725; en la capilla del seminario, acto que fue presidido por el obispo Escalona y Calatayud.

La Universidad se abrió con las siguientes clases: *Teología de prima*, *Teología de vísperas*, *Cánones*, *Instituto de leyes*, *Teología moral*, *Filosofía*, *Medianos y mayores*, *Gramática de menores* y *Música.* Después vinieron las clases de *Escritura, Filosofía escolástica de dominicos, Medicina y Mínimos de gramática*[53]. De estas doce cátedras pocas fueron favorecidas por el monarca, unas traen su origen del seminario y otras fueron creadas por la Universidad. En papeles antiguos, que remontan al año de 1785, encontramos el origen de cada una de ellas.

Las primeras letras se enseñaban en el Seminario Tridentino desde los primeros años del siglo último. Suprimida la escuela hacia mediados del mismo siglo, volvió a instalarse en 1772. Por disposición testamentaria de don Bartolomé Iturralde, de Navarra, su albacea don Fernando de Echeverría, vecino de Caracas, impuso a censo la suma de dos mil pesos, para pagar con su rédito un maestro de escuela que debía enseñar gratis cierto número de niños pobres, debiéndose preferir a los huérfanos. Abrióse de nuevo el plantel con veintiún alumnos en 1772, en la misma sala del seminario donde había estado.

53. Véase, para más pormenores, el estudio acerca de este instituto, publicado en 1876 en los *Apuntes estadísticos del Distrito Federal, Documentos*, p. 92.

Las clases de *gramática latina* que se comprendían bajo los denominados de *menores*, *medianos* y *mayores*, datan de 1592, cuando por real cédula de Felipe II, se creó la clase de gramática castellana. Esta cédula que fue ratificada por otras de 8 de noviembre de 1608, 19 de octubre de 1687, 24 de septiembre de 1692 y 18 de junio de 1698, pone de manifiesto el interés que los monarcas de España tuvieron desde los orígenes de Caracas, para que la primera materia de enseñanza pública fuese el habla castellana. Durante los primeros tiempos la clase fue pagada por los oficiales reales, quienes, por disposición regia, entregaban al profesor real doscientos pesos anuales; a esta suma, en la cual quedaron comprendidas más tarde las clases de gramática latina, se agregó desde 1750 la cantidad de ciento cincuenta pesos, lo que hacía un total de trescientos cincuenta pesos para los dos catedráticos encargados de la enseñanza de los idiomas latino y castellano. En 1773 el bachiller Moreno ofreció leer la cátedra de *Mínimos* durante tres años, con la condición de que se le concediese gratis la borla de maestro. La nueva cátedra, después de haber sido aprobada su creación por el soberano, quedó erigida en 1778; y cuando en 1783 cesó el compromiso del bachiller Moreno, se asignaron al nuevo profesor ciento cincuenta pesos.

De la primera clase de *Filosofía*, cuya dotación era de ciento cincuenta pesos anuales, correspondían al seminario treinta, y los ciento veinte restantes fueron dotación, antes de 1727, de don Pedro Laya Mujica, por capital que entregó para este objeto; pero desde 1750 la Universidad aumentó en veinticinco pesos el fondo de la cátedra. La segunda clase de *Filosofía* fue erigida en 1741, a petición del reverendo padre fray Pedro González Figuera, prior del Convento de Dominicos. Los religiosos de este convento se comprometieron a leer gratis la cátedra, con la condición de obtener dos borlas de doctor, además de las otras dos que estaban encomendadas a su religión. Tal solicitud fue aprobada por el rey en 1742; con la adición de que, al haber renta, la clase fuese dotada. En 1765 la Universidad la favoreció con cincuenta pesos.

La cátedra de *Medicina* parece haber sido creada en 1763, época en que el doctor Campins y Ballesteros se obligó a leerla durante seis años, con la única recompensa de que se le dieran gratis las borlas de maestro en artes y doctor en Medicina. Aceptada la proposición, leyóse diariamente de las

nueve a las diez de la mañana y de las cuatro a las cinco de la tarde, además de las conferencias dadas los martes y viernes de cada semana. Después se fijó una y cuarta hora diaria, y una conferencia semanal. La erección de esta cátedra fue aprobada por el monarca en 21 de octubre de 1765, con la adición de que, al concluir los seis años, se la dotase con cien pesos tomados de los fondos de la Universidad.

La ciencia del doctor Campins se reducía a nociones de anatomía y de fisiología, a la patología de aquella época y al conocimiento de la terapéutica y materia médica, que desde remotos tiempos se enseñaba en las aulas de España. Sin modelos y laminarios de anatomía, sin textos, sin bibliotecas científicas, el estudio de la medicina no podía pasar de ser rudimentario. Una capital despoblada, sin imprenta, sin comercio con el mundo, presa del contrabando y, aunque situada casi a orillas del mar, muy distante de la civilización universal, mal podía avanzar en el estudio de una ciencia que necesita, además de textos, de modelos, de laminarios y de catedráticos hábiles, comunicación con el mundo ilustrado y conocimiento de las conquistas del espíritu: en una palabra, el cambio constante de las ideas con la sociedad del Viejo Mundo.

En 1777 fue creado, por real cédula de Carlos III, el Protomedicato de Caracas, recibiendo el doctor Campins los títulos de protomédico interino, de médico de los reales hospitales de Caracas y del Colegio conciliar, y además, la propiedad de la cátedra que regentaba[54]. Desde esta época, con Francisco Molina y Felipe Tamarís, comienza la serie de médicos que figuraron en Caracas desde fines del último siglo, y continuaron después de la revolución de 1810. Como el estudio de las ciencias matemáticas, el de la medicina no podía ser creado de una manera fecunda y trascendental, sino después de Colombia y al surgir Venezuela en 1830.

La cátedra de *Moral* fue fundada y dotada por el obispo Rincón en 5 de julio de 1715, con la condición de que el profesor fuese teólogo o jurista.

La de *Instituta*, la fundó y dotó el mismo prelado en 1716, y en 1721 acrecentó la renta de esta cátedra el obispo Escalona y Calatayud, así como también la de *Cánones*.

---

54. *Boletín de la Facultad Médica de Caracas*, 1880.

La de *Teología de prima*, la dotó el doctor don Sebastián Mora en 1706, y después corrieron con ella la Universidad y el Colegio Seminario. La de *Teología de vísperas* fue regentada desde sus orígenes por los obispos, hasta que en 1707 monseñor Diego de Baños y Sotomayor la dotó de la renta de los bienes del presbítero Vilches Narváez, de la ciudad de Trujillo, corriendo con ella más tarde la Universidad y el Seminario. Su renta fue aumentada en 1755 por don Ruy Fernández.

Tales son los orígenes de las cátedras que tuvo la Universidad de Caracas durante el último tercio del siglo pasado[55]. Hasta mediados del mismo este plantel de enseñanza no era favorecido sino por un corto número de hombres espectables. El señorío de Caracas prefería para sus hijos, antes que un título científico, un grado militar, posponiendo así el estudio de las bellas letras y de las ciencias al ejercicio de la equitación y de las armas. En casi todas las colonias de la América española se nota, durante esta época, una tendencia más o menos pronunciada hacia el estudio de las ciencias, menos en Venezuela. Exceptuando las carreras del episcopado y de la jurisprudencia, las demás eran repudiadas. Hubo abundancia de teólogos y de filósofos, en tanto que los barberos desempeñaban el encargo de cirujanos y los yerbateros el de *médicos*, y pasaban como insignes arquitectos científicos los alarifes. Para tener una ligera idea de lo que fue la educación, científica y literaria en las pasadas épocas de nuestra historia, no hay sino leer lo que acerca de la instrucción pública escribió en 1810 el notable abogado doctor don Miguel José Sanz[56]. Las apreciaciones de este espíritu ilustrado hablan muy alto acerca del atraso en que estuvieron Caracas y Venezuela durante la colonia; atraso que era sostenido por los notables del país, cuyas opiniones respetaron siempre los monarcas de España. El desarrollo intelectual de toda sociedad necesita en todo tiempo del factor individual, que es, en la generalidad de los casos, la fuerza que guía, se abre paso, vence los obstáculos, crea y fecundiza. Al penetrar en los orígenes de los estudios científicos de Caracas,

55. Razón puntual de las cátedras del Seminario y Universidad de Caracas: su creación y renta. Informe inédito presentado en 1785 por el doctor don Domingo Briceño.
56. Véase Baralt, *Historia antigua de Venezuela*, París, Imp. de H. Fournier, 1841, 448 p.

ora en ciencias médicas, ora en ciencias matemáticas, no debemos omitir noticia alguna que nos ilustre y sirva de punto de partida a los futuros historiadores de Venezuela.

* * *

La fecha más remota que conocemos referente a la creación de los estudios matemáticos en Venezuela, remonta al año de 1760. Eran los días del gobernador Ramírez de Estenoz, cuando el coronel de ingenieros señor don Nicolás de Castro, deseando establecer en su casa[57] una academia de geometría y fortificación, exclusivamente para los oficiales de su mando, elevó al Gobierno de Caracas la siguiente solicitud en 24 de junio de 1760:

> Señor gobernador y capitán general.
>
> Considerando lo conveniente que será tener útilmente divertida la juventud de oficiales y cadetes del batallón de mi cargo, y lo que más es, el gran provecho que se puede seguir al rey de tener en poco tiempo abundante acopio de ingenieros en esta provincia, de que al presente totalmente carecemos, tengo resuelto, permitiéndolo US., establecer en mi casa una Academia de geometría y fortificación, con cuyo intento he estado de algunos meses a esta parte, refrescando las especies que por falta de uso tenía algo remotas en esta facultad y que perfeccionaré con el trabajo de enseñarla: por lo que suplico a US. se sirva concederme este permiso, de que resultará tanta utilidad en el posible acontecimiento de una guerra. Favor que espero de la benignidad de US.
>
> Caracas: 24 de julio de 1760.
> *Don Nicolás de Castro.*

A esta solicitud contestó el gobernador Ramírez de Estenoz con el siguiente oficio:

57. La casa solariega de la familia del señor Ramón de Castro, nieto del coronel y padre de nuestro amigo el conocido ingeniero señor José Cecilio de Castro, es la situada en la calle Oeste 2, número 1.

Caracas: 25 de julio de 1760.

Teniendo la idea del comandante por muy conveniente al servicio del rey, no sólo concedo la licencia que pide, sino que también he de dar los auxilios que necesitare, y a S.M. cuenta de esta disposición y de la aplicación de cada uno, para que sean atendidos, correspondiendo a su adelantamiento.

Ramírez.

Elevadas ambas piezas a la consideración del monarca, el gobierno de la Península comunicó al coronel Castro la siguiente resolución, con fecha 16 de julio de 1761:

Señor Don Nicolás de Castro.

Por la carta de usted de 10 de marzo de este año y el papel que incluye que le escribió el Gobernador de esa provincia don Felipe Ramírez de Estenoz, queda el Rey en inteligencia de los progresos de la Academia de geometría y fortificación que usted estableció en su casa para oficiales y cadetes del batallón de su cargo, y ha sido de la aprobación de S.M. el celo con que usted se decida a promover las dos utilidades tan propias de la mejor inteligencia de esos oficiales para practicar el servicio, de que participo a usted para el suyo. Dios guarde a usted muchos años. – Madrid: 16 de julio de 1761.

El Bailío, *Fray G. Julián de Arriaga.*

Los textos de este instituto fueron redactados por el coronel Castro. Todavía existen algunos de estos cuadernos, ilustrados con muy buenos dibujos, que llevan por título: *Fortificación de campaña*, *Fortificación regular*, *Geometría*, los cuales han podido conservarse en la misma casa donde se estableció la Academia. Ésta tuvo de existencia siete años, pues en septiembre de 1768 el coronel Castro dejó a Caracas, para trasladarse, como teniente del rey, a Panamá, donde murió en 1772.

El coronel Castro, natural de Ciudad Rodrigo y fundador en 1755 de

una de las más honrosas familias de Caracas, bajo todos conceptos fue un espíritu ilustrado, que contribuyó con sus talentos al brillo de la época en que figuró. Entre los diversos trabajos que dejó inéditos figura su obrita intitulada *Máximas de la guerra*, la cual consideró el general Miranda en 1810 como un trabajo de mérito sobresaliente, digno, como éste escribe, de su sabio autor[58].

Sin Academia y en abandono continuaron en Caracas, después de la partida del coronel Castro, los estudios matemáticos que con tanto entusiasmo se habían fundado desde 1761, cuando en 1785 el padre Andújar, capuchino aragonés de mucha erudición, propuso al capitán general interino, don Manuel González, regentar gratis una cátedra de Matemáticas, con el único objeto de aclimatar en el país este ramo de los conocimientos humanos. Por el momento accedió el gobernador, con la reserva de que fuese apoyado por el monarca de España, cuando años después llegó a Caracas la real cédula de Carlos IV negando la licencia, porque no *convenía ilustrar a los americanos*. La cátedra fue suspendida cuando ya comenzaba a dar opimos frutos[59].

Esta frase de Carlos IV no pasa de ser una solemne necedad, hija de la ineptitud de aquel monarca. Aunque con restricciones frecuentes, el gobierno de España patrocinó los estudios científicos en América como veremos más adelante.

* * *

Por cuanto acabamos de decir se comprende cuán limitados estuvieron los estudios científicos en los dos planteles de enseñanza superior que tuvo Caracas en las pasadas épocas. Ni la física, ni la química, ni las ciencias exactas, ni las naturales, ni el derecho de gentes, ni la historia, ni la ciencia

58. Esta obrita fue impresa después de la muerte del coronel Castro.

59. Cuando a principios de 1817 las flecheras españolas entraron en el pueblo de Parapara –regiones del Orinoco– el padre Andújar, establecido allí como misionero, había muerto hacía poco tiempo. Su hermosa librería y sus instrumentos de física fueron lanzados a la calle y destruidos por la soldadesca invasora, alegando ésta que aquella casa había sido visitada días antes, y con veneración por el Estado Mayor del general Piar. Véase nuestro estudio sobre los *Orígenes de la imprenta en Venezuela*.

geográfica, ni la ciencia del hombre fueron conocidas. A las poderosas causas generales que obraron en Venezuela sobre el grande atraso de instrucción pública, debemos agregar la amalgama de dos institutos en un mismo edificio; el cúmulo de controversias y de disputas que, desde sus orígenes, tuvieron los dos planteles; la lucha, en fin, de la mayoría ignorante contra la minoría ilustrada. Dos bandos esgrimieron sus armas, durante mucho tiempo y por aspiraciones individuales, en pro de intereses mezquinos y en contra del progreso de los estudios. Y a tal grado llegaron los desórdenes promovidos por los encargados de la instrucción pública en Caracas, que el monarca, en conocimiento de lo que pasaba, hubo de prohibir a los obispos que se ingiriesen en negocios de la universidad. Todo esto hubo de traer, al fin, la separación de las dos academias, lo que se efectuó durante el apostolado de Martí, en 1775. Escuchemos cómo el obispo de Trícala refiérenos uno de los más curiosos incidentes de aquellos días:

> La paz de que se gozaba en el largo pontificado del ilustrísimo señor Martí, vino a ser interrumpida por un suceso altamente desagradable. Es conveniente dar a conocer el personaje que lo ocasionó. El presbítero don Lorenzo Fernández de León, abogado, vino de España como Provisor del Ilustrísimo señor Balverde. No era más que bachiller en Derecho. Era sugeto de capacidad, de rectitud y justiciero, pero de un carácter fuerte y sostenido. Quiso graduarse de licenciado en derecho canónico, y en consideración a su categoría, se le dispensó para que practicase el examen con la reserva posible, celebrándose la Tremenda nocturna en el salón de la biblioteca del seminario. Tuvo competencia con el cabildo eclesiástico, al cual entró más tarde por una prebenda; después obtuvo por oposición la Canonjía Doctoral, y últimamente la dignidad de maestre-escuela, a la cual estaba unida la Cancelaria de la universidad conforme a una cédula real. Como Cancelario ejerció una autoridad desconocida hasta entonces: se declaró juez en las causas de los alumnos matriculados en la universidad, y tocándole presidir las Tremendas para los grados de licenciado en todas las facultades, se ingería en los argumentos, reconvenía a los doctores replicantes, etc. Llegó a hacerse tan temible, que algunos cursantes no quisieron pretender grados durante el tiempo de la Cancelaría del señor León. El rectorado de la universidad estaba unido desde su fundación al rectorado del seminario, que era de libre nombramiento del prelado. Al crearse la Cancelaría se reservó a ésta la colación de los grados

mayores de maestro, licenciado y doctor, dejándose al rector la colación de grados de bachiller, la presidencia del claustro pleno y de las fiestas religiosas de los patronos, y la visita de cátedras. Era Rector del Seminario, y por consiguiente de la Universidad, el presbítero doctor Domingo de Berroterán: por una falta que no hemos podido averiguar, fue preso en su habitación del seminario por el Cancelario señor León, y suspenso de las funciones rectorales universitarias. El vicerrector de la universidad convocó claustro pleno de maestros y doctores, para elevar queja al rey por las demasías del Cancelario. Súpolo éste, se presentó en el claustro, y con la autoridad imponente de que ya tenía dadas pruebas, trató de impedir toda resolución. El claustro, viéndose oprimido, envió a suplicar al señor obispo viniese a contener al señor León. El ilustrísimo señor Martí se dirigió por el interior del Colegio a la puerta de la sala de la universidad, avisó el bedel la llegada de Su Señoría Ilustrísima, y el cancelario dijo con voz fuerte, "si es Doctor de esta universidad, que entre". El señor obispo no lo era: iba como conciliador, y rechazado tan brusca y descortésmente, regresó a su palacio. Inmediatamente salió de la sala el Cancelario a acompañar a Su Señoría, quien esquivó con desdén la compañía. Nos es muy penoso referir los tristes y deplorables resultados del desaire hecho al venerable prelado y la arbitrariedad e injusticia de la corte de España con respecto al señor obispo. Por consecuencia de este acontecimiento, separó el rey el seminario del rectorado de la universidad.

* * *

Otro establecimiento científico del siglo último fue el *Colegio de Jesuitas*, fundado desde 1731, y a cuya creación contribuyó el cabildo eclesiástico. Este plantel, dedicado exclusivamente a la educación eclesiástica, no fue sino un nuevo seminario. Extinguido el poder de los jesuitas por real cédula de Carlos III en 1767, el Ayuntamiento de 1768 opinó porque aquel plantel fuese convertido en *Colegio de nobles*, hijos de Caracas, al cual podían venir los jóvenes distinguidos de las provincias. Creyó el Ayuntamiento que, entre los estudios que debían figurar en el nuevo instituto, debían tener preferencias las ciencias matemáticas y naturales, enseñadas por profesores hábiles. Pero los buenos deseos del Ayuntamiento, sostenidos por la aprobación del gobernador Solano, quedaron en proyecto después de la partida de este célebre mandatario.

No pudo Solano, a pesar de toda su voluntad y sus esfuerzos, ensan-

char el estudio de las ciencias matemáticas que con tan buen éxito había comenzado el coronel Castro; pero sí dejó como timbre de su Gobierno la creación del primer instituto de señoritas que entonces tuvo Caracas. Por real permiso de 30 de julio de 1768, el licenciado Simón Malpica, dignidad tesorero de la Catedral de Caracas, fundó el *colegio de niñas educandas* en una casa de su propiedad, poniendo la obra bajo la protección de la autoridad civil. El fundador tituló este colegio de *Jesús, María y José*, y lo destinó para educar en él niñas huérfanas o pobres, de edad de seis hasta quince años, para cuyo efecto recogió veinticuatro que puso bajo la dirección de dos maestras que debían enseñarles labores de mano:

> El patronato de esta casa –dice un cronista antiguo– lo reservó el señor Malpica a su propia persona y a quien él mismo la sustituyese, donando todos sus bienes a este establecimiento, los que consistían en catorce casas, fuera de la del colegio, sitas en esta ciudad, con el valor de diecinueve mil pesos, que producían entonces una renta de seiscientos diez pesos. Habiendo muerto de repente el señor Malpica en 28 de septiembre de 1776, el Capitán general, que entonces lo era don José Carlos de Agüero, de acuerdo con el ordinario eclesiástico, el provisor doctor don Gabriel José Lindo, solicitó un sacerdote que se encargase extrajudicialmente de la casa del finado, y registrase entre sus papeles si había alguna disposición acerca del destino de sus bienes, y se encontró inmediatamente un testamento cerrado en la forma debida, otorgado en 17 de diciembre de 1761; y habiéndose procedido sin pérdida de tiempo a la diligencia de su apertura, se vio que dejaba a su alma por heredera universal de sus bienes; y con este motivo la autoridad eclesiástica atrajo a su conocimiento y jurisdicción la causa mortuoria de Malpica. El capitán general y todo el público, admirados de una disposición tan extraordinaria y contradictoria con la inversión que había dado en vida a su caudal y renta, mandó se registrasen los archivos de las escribanías, para saber si en ellos se encontraba alguna otra disposición; y en efecto, se encontró la escritura de fundación y dotación de la dicha casa de enseñanza, otorgada en 27 de junio del año de 1768 ante el escribano público y de gobierno Francisco Antonio de Paúl, conteniendo cláusulas derogatorias de cualquier otra anterior disposición, acerca del destino de sus bienes, cuya circunstancia, y la de estar dicha casa bajo la protección de la autoridad civil y magistrados seculares, obligó al dicho capitán general a exhortar al expresado Provisor, para que mandase al sacerdote encargado de la casa del difunto entregar las llaves, y que por

> tanto suspendiese la autoridad eclesiástica todo conocimiento en este asunto. Empero, el discreto provisor se denegó la solicitud del capitán general, y se estableció una reñida competencia, que terminó sobreseyendo las pocas luces de la débil autoridad civil, a la ilustrada y nerviosa preeminencia que gozaba entonces la autoridad eclesiástica. Sin embargo, se dio cuenta al rey de esta ocurrencia, y la piadosa majestad de Carlos III tuvo a bien contemplar la influencia de la mitra de Caracas, conviniendo en que continuase el provisor en el conocimiento de la causa mortuoria y aseguramiento de los bienes del presbítero Malpica, como consta de las reales cédulas expedidas en 11 de mayo de 1769 y 19 de octubre de 1779.[60]

En los mismos días en que el padre Malpica solicitaba permiso para fundar un colegio de niñas, doña Josefa de Ponte impetraba igualmente del monarca licencia para fundar un colegio o convento de religiosas que se dedicaran a la educación de señoritas, donando al efecto sus bienes y caudal. Carlos IV opinó, y así lo consultó con la autoridad de Caracas, por reunir las donaciones Malpica y Ponte, y fundar un establecimiento de enseñanza lo más completo posible. A poco andar, murió aquel soberano, y la autoridad eclesiástica, en posesión de ambas donaciones, disfrutó de su renta. Después de la independencia de Venezuela, Bolívar, en 1827, destinó los fondos mencionados al incremento de la instrucción pública. Últimamente, por decreto del gobierno nacional, las antiguas donaciones han entrado en un fondo común, cuya renta se dedica a la instrucción pública, comprendiendo en ésta, escuelas, colegios, institutos y universidades.

II

Humboldt encontró a Caracas a fines del último siglo en el estado más completo de atraso respecto de estudios científicos. Los nuevos instrumentos de matemáticas que tenía el sabio llamaron la atención, no sólo de los curiosos, sino también de los ingenieros españoles. El único espíritu científico, con nociones exactas de la astronomía moderna, que halló el viajero en Caracas, fue un fraile franciscano: el padre Puerto. "Nuestros

60. *El Nacional* (Caracas), Nº 70 (1835).

instrumentos le interesaban vivamente –escribe Humboldt– y un día vimos, con grande sorpresa, llenarse nuestra casa de todos los frailes de San Francisco, que deseaban ver *una brújula de inclinación*"[61].

Para la fecha en que Humboldt visitó a Caracas, puede decirse que la Universidad se preparaba a recibir reformas provechosas, debidas a los esfuerzos de Marrero, Escalona, Montenegro y otros jóvenes ilustrados que, impelidos por las necesidades de la civilización, comenzaban la propaganda de las nuevas ideas. Los libros importados durante los últimos años de aquel siglo, la visita de viajeros ilustrados y de naturalistas que precedieron a Humboldt, el desarrollo del comercio con las naciones extranjeras, la introducción de periódicos y hasta las mismas ideas revolucionarias importadas a América, fueron otras tantas causas que contribuyeron a levantar el espíritu de una juventud que destinaba la Providencia a representar un gran papel en los destinos de la patria.

La corta estadía de Humboldt en la capital de Venezuela, si bien no dejó enseñanza, alentó por lo menos a los espíritus ilustrados. Las cartas cambiadas entre el sabio viajero y el doctor Montenegro, ponen de manifiesto los propósitos de algunos hombres y las tendencias de aquella época:

"La provincia de Caracas –escribe Humboldt a Montenegro con fecha de enero de 1800– es uno de los países más bellos y más ricos en producciones naturales que se han conocido en ambos mundos. Deséase instruir la juventud, no solamente en las matemáticas y según los principios elementales, conforme a los cuales se divide y mide un terreno, o la altura de una montaña, o se construye una máquina; sino que se pretende igualmente comunicar los conocimientos relativos a la agricultura y a las artes, al modo de beneficiar el añil, el azúcar y el café, fabricar ladrillos, etc., etc. Solicítase un profesor a quien se pueda recurrir para tomar de él la instrucción necesaria en lo relativo a la utilidad que pueda sacarse de una producción vegetal, del jugo de una raíz, y sobre el valor de un mineral que se descubre. He aquí las ideas que han conducido a los sujetos respetables que han contribuido

61. Véase *Recuerdos de Humboldt*, Puerto Cabello, Imprenta y Librería de J.A. Segrestáa, 1874, 36 p.

a dotar la nueva cátedra. Para llenar, pues, los deseos patrióticos de estos mismos señores, es necesario distinguir entre el fin que se proponen y la elección de la persona que para ello ha de solicitarse.

"Apenas habrá dos o tres hombres en Europa que puedan, a un mismo tiempo, desempeñar un curso de Química (Física-química) y de Matemáticas. El sabio que es instruido en la construcción de una máquina, no sabe discurrir sobre el añil: y tan raro es el que estas dos cosas se hallen reunidas en un solo hombre, como encontrar en un abogado un buen médico. Me parece, pues, que sería muy útil dotar, a un mismo tiempo, dos cátedras en lugar de una, constituyendo un profesor de *Matemáticas* (mecánica, arquitectura rural, fortificaciones) y otro de *Química* y de *Física Experimental*. Los miembros del Instituto Nacional de Francia no tienen sino ochocientos pesos por año. No siendo muy subido el precio de los víveres en esta ciudad, juzgo que con aumentar la cantidad en cuatrocientos pesos se conseguirían dos profesores, de los cuales, cada uno tendría la renta de mil doscientos pesos: pensión muy buena y bastante apetecible. Sin embargo, en el caso de que absolutamente no se quiera más que un solo profesor, me parece, *atendiendo a las necesidades de la provincia*, que un profesor de Química y Física aplicada a las artes y a la agricultura, es mucho más necesario que el profesor de Geometría, especialmente cuando no faltará en esta ciudad algún sujeto instruido en las Matemáticas elementales para enseñar la juventud.

"En cuanto a la elección del sujeto que ha de ser el maestro o profesor, sería una cosa muy irregular el abandonarla a la casualidad, dejando en manos de alguno que, ocupado en asuntos más importantes y separado de los sabios del país, encargase un negocio como éste a personas capaces, quizá, de obrar por intereses personales. La España tiene al presente, en Química, tres hombres de primer rango, a saber: el profesor Proust, residente en otro tiempo en Segovia y ahora en Madrid, calle del Turco, fábrica de cristales; don N. Fernández, ensayador de la moneda real, y don Juan Manuel de Areyula, en Cádiz.

"Para la elección de un profesor de Química es necesario ocurrir al profesor Proust, miembro del Instituto Nacional de París, quien goza de una particular protección del señor don N. Urquijo. Aquél es un caballe-

ro muy amigo de servir y uno de los primeros químicos de Europa. Será necesario hacerle presente la necesidad de la provincia, esto es, la *química aplicada a las artes*, y suplicarle que ejercite, durante algunos meses y en su laboratorio, a la persona que escogiere.

"Por lo que toca a las Matemáticas y a la Mecánica, se deberá consultar al caballero Betancourt, quien goza de una gran reputación en Francia y en Inglaterra (vive en el Buen Retiro), o a don José Chay, profesor del cuerpo cosmográfico, en el cual tiene ya formados excelentes discípulos.

"Pero estos sujetos serán desde luego inútiles si vienen sin instrumentos. Es indispensable que traigan un pequeño aparejo químico de los conocidos: balanzas, barómetros, termómetros, higrómetros, etc. Por seiscientos o mil pesos puede conseguirse una bella colección de ellos.

"No obstante las aspiraciones tan justas como necesarias de Montenegro y de sus amigos respecto del adelantamiento de la universidad, ésta continuó sin poder libertarse del todo de las trabas y abusos adquiridos durante su existencia. Así fue que sus *vejámenes* no desaparecieron sino poco tiempo después de la revolución de 1830, y las cátedras de griego, ciencias naturales e historia no han sido establecidas sino setenta y cinco años después de la partida de Humboldt"[62].

* * *

La instrucción primaria participó igualmente de las nuevas ideas que comenzaron a germinar al concluir el siglo último. Al frente de aquella figuraba, en primer término, un hombre de bastante erudición: el señor Simón Rodríguez, que había sido maestro de Bolívar.

En el Ayuntamiento de 1794 Rodríguez presentó los manuscritos de una obra inédita cuyo título era: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.* Después de haber sido estudiado el manuscrito por cada uno de los miembros del Ayuntamiento, éste acordó, en 20 de junio de 1795 aumentar el número de las escuelas y establecer una en cada parro-

62. Véase la interesante crítica sobre los *Antiguos vejámenes*, escrita por el doctor Álamo. Colección Blanco y Azpurúa, t. II.

quia; mas como Rodríguez quedara disgustado aun después de acogido su sistema de enseñanza y renunciara la dirección del plantel que regentaba, el Ayuntamiento limitóse entonces a darle un testimonio por escrito de lo mucho en que tenía sus méritos y buenos oficios en pro de la juventud caraqueña[63]. A pesar de esta aprobación, lleno de desengaños dejó a Caracas en 1796 el maestro de Bolívar, mentor de éste en Europa desde 1803 hasta 1807, y luego amigo venerado del discípulo que, el día en que llega al pináculo de la gloria, le reconoce y acata como al consejero de su infancia.

Después de la partida de Humboldt el estudio de las ciencias no llegó a tener en Caracas ningún representante. Desde que el proyecto de una nueva academia fue enterrado por Carlos IV, nadie se atrevió a hablar de estudios científicos. A pesar de esto, no faltaron ambiciones justificadas, jóvenes talentosos que aspiran a adquirir nociones de la ciencia del ingeniero. En Cumaná se fundó mucho antes de 1810 una pequeña escuela de carácter privado, a cargo del ingeniero español don Juan Pires, quien durante algún tiempo dio lecciones de matemáticas, entre otros venezolanos a Sucre, Avendaño, Sojo, etc.; mientras que en Caracas las recibían de otro ingeniero, José de Salcedo, Tirado, Piñango y algunos jóvenes más; y tan útiles fueron los conocimientos que adquirieron estos venezolanos, que todos figuraron más tarde como militares instruidos.

Los ingenieros españoles dejaron en Venezuela grande copia de trabajos importantes. La revolución de 1810 halló en los archivos de la antigua Capitanía planos corográficos de gran mérito. Entre los diversos autores de esos trabajos, que figuraron antes de 1810, está el señor don Pedro Donato y Carranza, primer piloto de la carrera de Cádiz, cuyas cartas náuticas y planos de diversos lugares de la antigua Capitanía, comprueban la sólida instrucción de aquel empleado del Gobierno español. El encargo del primer piloto de la carrera de Cádiz parece que lo había tenido su padre, igualmente ingeniero notable, pues en la bibliografía española del siglo último encontramos: "*Carranza. –Descripción de las cartas, puertos, etc., de las Indias españolas, particularmente de Cuba.* Publicada en 1740, en 1 vol. con mapas, y traducida al inglés en la misma época".

63. Véanse *Actas del Ayuntamiento de Caracas*, 1795, referentes a esta interesante materia.

¿Cuál fue el curso que tomaron los estudios matemáticos después de la revolución de 1810? En la *Gaceta de Caracas* de 7 de septiembre de este mismo año encontramos el siguiente decreto, sin fecha, por el cual se creó en aquella época una Academia de *Matemáticas*. Dice así:

> Al Gobernador Militar de Caracas.
>
> La Suprema Junta de Venezuela, que sólo aspira a la felicidad de sus habitantes, atendiendo a la absoluta escasez que hay en estas provincias de sujetos inteligentes en las ciencias exactas, no sólo para el mejor estado de los oficiales de su ejército, sino para proporcionar a la juventud aplicada los medios de ser útiles al Estado en cualquiera carrera que emprendan; ha dispuesto que se establezca en esta ciudad una Academia militar de Matemáticas, cuya apertura se verificará el 3 de septiembre próximo venidero, admitiéndose en ella gratuitamente, con preferencia a los militares, desde la edad de doce hasta la de treinta y dos años, y con sujeción a la misma, a todos los demás jóvenes que por su clase y circunstancias puedan asistir decentemente. En consecuencia, los militares que pudieran dedicarse a tan útil ocupación, solicitarán el permiso de S.A. por medio de sus Jefes, y los paisanos se presentarán para obtenerlo al sub-inspector de ingeniero, bajo cuyo cuidado y dirección se establece la expresada Academia. Téngase entendido y comuníquese a quienes corresponda. – *Clemente*.

Este proyecto no tuvo por el momento ningún efecto trascendental. En las épocas de convulsiones políticas la enseñanza pública desaparece: así sucedió durante la revolución desde 1810 hasta 1825.

No debe juzgarse del estado de la educación científica en las diversas colonias de la América española, por lo que pasaba en Venezuela. No mientras que en ésta no se conocían las ciencias exactas, ni las ciencias naturales, ni la química y la física tenían adeptos, en algunas de las otras se habían formado núcleos de hombres competentes, a cuyas luces el espíritu científico cosechaba abundantes frutos. Aquéllas florecían desde el siglo último, tanto en México como en Nueva Granada, Perú y Ecuador. Desde fines del reinado de Carlos III y durante el reinado de Carlos IV, el estudio de las ciencias naturales –escribe Humboldt– había hecho grandes progresos no sólo en México, sino también en todas las colonias españolas.

Las Bellas Artes existieron en México, y las rentas de su Academia llegaron a veinticuatro mil quinientos pesos, de los cuales pagaban el Gobierno doce mil; el Cuerpo de mineros mexicanos, cinco mil; y el Consulado, más de tres mil. "No puede negarse –dice Humboldt– el influjo que ha tenido este establecimiento en formar el gusto de la nación; haciéndose esto visible, más principalmente, en la regularidad de los edificios, en la perfección con que se cortan y labran las piedras, en los ornatos de los capiteles y en los relieves de estuco"[64].

Humboldt se quedó admirado al ver los edificios de México, muchos de ellos de valor de trescientos mil pesos, los cuales podrían figurar, según el mismo viajero, en las mejores calles de París, Berlín y San Petersburgo. La arquitectura y la escultura estuvieron en México a la altura de los adelantos europeos.

Respecto de los estudios botánicos en América, basta recordar las expediciones científicas patrocinadas por el gobierno español: la de Mutis en Nueva Granada, la de Ruiz y Pavón en el Perú y la de Sesé y Moziño en México, la cual costó a la nación española cerca de cuatrocientos mil pesos.

Refiriéndonos a uno de los ramos científicos, las ciencias matemáticas, es necesario hacer justicia al gobierno de la Colonia en las tres secciones del continente de que acabamos de hablar. En 1762 abrió el sabio Mutis, en Bogotá, una clase de Matemáticas y Astronomía en el colegio del Rosario. Para esta fecha existían en Bogotá siete colegios. Los virreyes de Nueva Granada supieron recabar del gobierno español los recursos necesarios para plantar en Bogotá los estudios matemáticos.

Messía de la Cerda, Caballero, Góngora, Ezpeleta y, por último, Mendinueta, dejaron en Nueva Granada recuerdos imperecederos de sus gobiernos liberales y progresistas. El Observatorio de Bogotá, uno de los más notables que figuran en la América del Sur, fue patrocinado por Mendinueta. Se comenzó en mayo de 1802 y se concluyó en agosto de 1803.

Inútil nos parece recordar los servicios de los hombres de ciencia que acompañaron a Mutis y ayudaron a Humboldt. Basta leer la *Historia*

64. Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España.*

de la literatura en Nueva Granada, por Vergara y Vergara, para comprender el adelanto que tuvieron en esta sección de América las ciencias naturales y exactas, debido en mucha parte a las luces de los profesores y escritores neogranadinos.

En el Perú, el astrónomo americano Gabriel Moreno, redactor de *El Mercurio*, fue un notable matemático; y supo calcular, para Humboldt, a principios del siglo, el paso de Mercurio por el disco del Sol. El estudio de la Cosmografía, según Paz Soldán, hubo de comenzar en Lima desde 1657, época en que fue fundado el establecimiento llamado *Cosmografiato*.

Quito llegó a tener dos universidades y muchos colegios. La célebre expedición científica de Ulloa, La Condamine y Bouguer, contribuyó en mucho a ensanchar en el Ecuador los estudios matemáticos. Y a pesar de la ignorancia en que estuvieron sumidos algunos de los pueblos del Ecuador durante la época colonial, sobresalieron como notabilidades en matemáticas, astronomía y ciencias naturales, Anagoita, José Maldonado, Guerrero, Ignacio Flores, Falconi y Pedro Maldonado, quien llegó a ser miembro de la Academia de Ciencias de París y de la Real Sociedad de Londres, según Villavicencio.

Por lo que concierne a México, los estudios matemáticos se enseñaron en esta colonia tanto en la Universidad como en la Escuela de Minas. Ninguna sección del continente ha dado a la ciencia tantos varones ilustres como el antiguo imperio de los aztecas. Baste recordar los nombres de Sigüenza y Góngora, de Velásquez y Gama, de Alzate y otros más. Sigüenza figuró no sólo como matemático sino también como un hombre de letras. Su fama, como dice Castellanos, llegó hasta Luis XIV, protector de las ciencias y las artes, quien le escribió invitándole para que pasase a París, a iluminar esta nación donde florecían tantos hombres eminentes, brindándole con honores y pensiones que el modesto filósofo mexicano no aceptó, prefiriendo el título de cosmógrafo regio que se apresuró a enviarle Carlos II de España. Llenas están de elogios a este sabio matemático muchas obras europeas. Nada más rico que la bibliografía mexicana: en ella resplandecen centenares de autores que escribieron durante la colonia sobre todos los ramos del saber humano.

Sábese que la imprenta fue introducida en México en 1546, y a poco

siguió a Lima, en 1583. Las primeras obras impresas en América fueron escritas en lenguas americanas. Esto es admirable:

> Tres sujetos distinguidos, Velásquez, Gama y Alzate, ilustraron a México a fines del último siglo –dice Humboldt–. Los tres hicieron un sinnúmero de observaciones astronómicas, especialmente de los eclipses de los satélites de Júpiter. Alzate el menos sabio de ellos, era corresponsal de la Academia de Ciencias de París. El geómetra más señalado que ha tenido la nueva España después de la época de Sigüenza –añade Humboldt–, ha sido don Joaquín Velásquez Cárdenas y León. Todas las tareas astronómicas y geodésicas de este sabio infatigable llevan el sello de la mayor exactitud.

Es necesario leer a Castellanos y a los historiadores de México para conocer el mérito de los colonos mexicanos que se dedicaron al estudio de las ciencias.

En el estudio de la bibliografía americana no figura un solo venezolano que haya escrito sobre ciencias durante la época colonial. Cuanto se publicó en España o en América pertenece a las otras secciones del continente. Todavía más: mientras que la creación de universidades en las capitales americanas remonta a los años del siglo décimo sexto, la de Caracas data del siglo último.

¡Cuánta diferencia entre el estado floreciente de los países de que acabamos de hablar y la Venezuela intelectual del siglo décimo octavo! No puede negarse que la ausencia de iniciativa por parte de nuestros antiguos gobernantes, hombres escasos de luces, y la falta de celo patriótico que caracterizó a nuestra sociedad desde los más remotos tiempos, fueron, más que nuestra pobreza, las causas que contribuyeron a nuestro atraso científico.

Un celebrado escritor de la antigua Colombia, García del Río, publicó en *El Repertorio Americano* de octubre de 1826, una interesante "Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española". En este trabajo tan rico en datos y apreciaciones generales, puede palparse el estado de atraso y de miseria a que llegó la instrucción pública en algunas de las colonias que tuvo España en el continente americano. Nos parece inútil remontarnos a las diversas causas que contribuyeron a sumergir a la mayoría de aquéllas en un estado de supina ignorancia

cuando la madre España y casi todas las naciones de Europa adolecían durante la época colonial de igual atraso. Lo que debe admirarnos es ver, cómo al empuje dado por la independencia de los países hispanoamericanos, continuó durante mucho tiempo el fatal sistema de enseñanza que heredamos de la colonia. Cuando más tarde departamos acerca del origen de los partidos políticos en Venezuela, demostraremos cómo la influencia de estos círculos sociales puede paralizar, en muchos casos, no sólo las aspiraciones naturales del individuo, la ambición individual en el camino de la instrucción, sino las mismas aspiraciones sociales, de las cuales tanto necesitan los círculos políticos y los intereses individuales en todos los países. En el antiguo atraso de nuestra instrucción pública, tuvo más influencia la presión de los magnates caraqueños que figuraron siempre al lado de la primera autoridad peninsular, que la incuria o indiferentismo de los gobiernos peninsulares. La presión individual absorbente llegó en Caracas, durante la época colonial, a ejercer un poder dictatorial, superior al del monarca español.

"Las ciencias exactas, el diseño y la pintura –dice Humboldt refiriéndose a Caracas– no tienen aquí grandes establecimientos como los que México y Santa Fe deben a la munificencia del gobierno español y *al celo patriótico de los nacionales*".

Si indolentes anduvieron las autoridades peninsulares en Venezuela, indolentes fueron los prohombres del país, más políticos que científicos. Humboldt ha dicho: "Me ha parecido que en México y en Bogotá hay una inclinación decidida por el estudio profundo de las ciencias; en Quito y en Lima, más gusto por las letras y por todo lo que puede lisonjear una imaginación ardiente y viva; en La Habana y Caracas, mayores conocimientos de las relaciones políticas de las naciones y miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis".

El ensanche de los estudios no podía comenzar en Venezuela sino con la Gran Colombia, creada por Bolívar y visitada por Boussingault, Stephenson y otros sabios. El desarrollo del comercio, el nacimiento de nuevas industrias, el movimiento de la prensa, la creación de la República, exigían el incremento y mejoría de la instrucción pública.

El estudio de las matemáticas, a pesar de tantas causas que se opusie-

ron a su desarrollo, tuvo sin embargo, en los últimos años de Colombia, un representante en Caracas, que contribuyó con su ilustración, y constancia a sembrar la semilla que debía fructificar más tarde. Nos referimos al señor Rafael Acevedo, que se dedicó durante algún tiempo a la enseñanza del primer bienio de matemáticas, y formó alumnos que le acompañaron en 1831 a establecer la Academia Militar de Matemáticas, bajo la sabia dirección del célebre don Juan Manuel de Cajigal.

Las ideas de Bolívar en 1827, cuando con aliento civilizador desarrolló el plan de estudios en Venezuela, no tuvieron una solución completa sino en los momentos de la desmembración de Colombia. Por el decreto del Constituyente de la República dado en Valencia a 14 de octubre de 1830, se creó una Academia de Matemáticas en Caracas, la cual fue instalada en 4 de noviembre de 1831 en la antigua capilla del seminario.

Con el estudio de esta ciencia surgía el de la medicina, a cuya cabeza se hallaba Vargas. A este impulso siguieron la Academia de dibujo y la creación del Colegio de la Independencia, que abrió el camino a los planteles de instrucción superior, y adelantó la corriente que desde entonces ha venido engrosándose hasta la época actual, en la cual la Universidad ha sido enriquecida con cátedras de ciencias naturales, de historia, de griego, etc., etc.

Es un hecho que el incremento y desarrollo de la instrucción pública en todos los pueblos, están en relación con las conquistas políticas y sociales, con el empuje del comercio que, abriéndose nuevos mercados, favorece toda inmigración provechosa, y acerca todas las nacionalidades. En los países estacionarios la instrucción es defectuosa; parece más bien un hábito que una necesidad.

La conquista y establecimiento de la paz armada de todos los arreos del progreso moderno, es el agente más poderoso de toda instrucción pública.

ESTUDIOS INDÍGENAS

LOS JEROGLÍFICOS VENEZOLANOS

A Antonio Goering, ornitologista y pintor
cuyos trabajos han sido muy celebrados en Alemania
y a quien debemos el obsequio de una aguada
que representa los jeroglíficos de San Esteban.

I

Un paisaje en las costas de Puerto Cabello. El jeroglífico de Campanero, en San Esteban. Los jeroglíficos de la cordillera costanera de Venezuela. Dilatada región, con jeroglíficos, del Orinoco y del Esequibo. La región del Amazonas. Humboldt, Schomburgk y Wallace. Veneración de los indios por los monumentos jeroglíficos. Opiniones de Humboldt y de Brinton.

LA CORDILLERA costanera de Venezuela, como a mil metros de distancia de la ciudad de Puerto Cabello, forma dos cintas paralelas de eterna verdura que sirven de fondo al paisaje marino. Cuando al dejar el océano se trasmonta el Portachuelo, antiguo camino de recuas que conduce a los fértiles valles del lago de Tacarigua, el viajero se halla de improviso en medio de un sitio prolongado de norte a sur, principio de hermoso valle longitudinal de este a oeste, entre los paralelos de la cordillera, el cual puede considerarse como uno de los jardines de Venezuela, por su vegetación primaveral, sus aves de rico plumaje y su delicioso clima. En este valle que limitan al norte y sur las filas de la cordillera de la costa, es donde están los pintorescos campos de San Esteban, Patanemo, Guaiguaza y Burburata, separados por estribos de montañas y bosques frondosos, bajo cuya sombra se deslizan las límpidas aguas que riegan aquel suelo tan fecundo como variado.

Un vigía de la cordillera, el pico de Hilaria a 1.388 metros de elevación sobre el nivel del mar, realza por el sur, este anfiteatro de rocas y de vegetales, y desde él, la mirada abraza, hacia el norte, todo el panorama del océano, con sus costas e islas y con sus ensenadas y cabos poblados de manglares que se pierden en lontananza; mientras al sur, están los dilatados

campos que baña el lago, y parte de las llanuras de Carabobo dibujadas en el horizonte como un mar de verdura. Entonces aparecen ante las miradas del viandante los encantadores sitios del prolongado valle, los ramales y estribos que lo cruzan, los ríos que descienden de las alturas y la capa de vegetación que como una alfombra entapiza las rocas: entonces desaparecen los relieves, el copaje de los árboles se uniforma, sobresalen los pueblos y siéntese el movimiento de la vida animal, como un intérprete de aquella naturaleza que bañan las tibias brisas del Océano y las frescas nieblas de las cimas coronadas de espigas.

Al abandonar a San Esteban, en dirección hacia las elevadas cumbres de Hilaria, teniendo a la izquierda una muralla de rocas, llégase a poco, cerca de las alturas de Campanero, a un lugar distante como dos kilómetros de aquel pueblo, donde las rocas de la cordillera, inclinadas sobre el suelo del camino, presentan una superficie plana sobre la cual se ven multitud de figuras esculpidas. Es una gran masa de mármol como de tres a cuatro metros de altura, por tres de ancho, cubierta de tierra en su base, mientras arriba la coronan grupos de vegetales arbóreos, y de arbustos y musgos que sonríen a la luz del día. Cualquiera diría que es la losa de un sepulcro engastado en la montaña. Atrás queda el Océano, invisible desde esta altura, porque la faja de montes lo esconde a los ojos del viajero; adelante el pico de Hilaria, centinela del valle; a uno y otro lado las sementeras, el camino con su curva graciosa, mientras abajo, entre cantos rodados y enormes rocas arrancadas por el tiempo a las cumbres, corren bulliciosas las aguas del San Esteban.

Detengámonos un instante en este lugar, y, después de haber contemplado a Dios en la agreste soledad del paisaje, en el bosque secular lleno de sombras, en la flor que crece escondida entre las rocas, en el pájaro que canta su libertad y en el ruido del viento que como una voz de los espacios se comunica en dulcísima confidencia con el espíritu de los bosques, estudiemos: el hombre histórico nos aguarda.

En medio de esta naturaleza salvaje, en estas alturas silenciosas, habitadas en pasados días por la raza indígena, mas después manchadas por los feroces soldados de Aguirre; sobre estas cimas donde estuvo Villegas, el fundador de Burburata y que fue mansión de indios antes que pisase

Ojeda las costas de Venezuela, pasó la mano del tiempo y acabó con la civilización antigua, y con los caciques belicosos que asaltados un día de improviso, por hombres nuevos que habían atravesado el Océano, lucharon contra el extranjero y se defendieron, y volvieron a luchar para entregarse exánimes, cuando de ellos, los dueños de la tierra venezolana, no quedó ni hogar, ni soldados, ni esperanza posible, ante la nube invasora que todo lo cubrió con su mortaja de sangre. Así pasó; pero quedaron los libros de piedra que no tienen por intérpretes sino las raíces de los árboles o los musgos y graciosas enredaderas que tienden sus sarmientos sobre la esculpida superficie, como para recibir con más libertad los voluptuosos besos del sol de ocaso.

Para el naturalista que estudia la etnografía, que desea conocer la historia primitiva de América e interpretar el significado de los jeroglíficos, esta página de San Esteban ¿es un enigma, es una realidad? Para verla es necesario arrancar las enredaderas, cortar las raíces que cubren las figuras, porque no es la mano del tiempo la que quiere borrar algunas de las primitivas historias del hombre de América, sino la vida vegetal, que en su fuerza de expansión y de conquista, trata de asimilarse cuanto encuentra, a despecho del hombre y de la historia. Apartad la yerba y el humus vegetal y los troncos y sarmientos que en su crecimiento, al aire libre, han cubierto en parte la lápida indígena, y todas las figuras aparecerán bañadas por la luz del día. El tiempo ha hendido la roca ligeramente de arriba abajo, la cual se presenta dividida en tres secciones más o menos simétricas; pero no por esto se interceptan las diversas figuras de insectos, estrellas, animales y objetos diversos que aquélla tiene esculpidas. La manera como están colocadas las figuras (en grupos); los alineamientos geométricos, los animales más o menos perfectos; lo misterioso del conjunto, algo que se manifiesta y algo que se oculta; todo ha de fijar sobre esta piedra la mirada del hombre pensador, el cual quisiera poder descifrar lo que ningún poder humano puede ya revelarle. Pero, lo que realza todavía más esta página indígena, no es tanto la parte muda, aunque elocuente del jeroglífico, como vegetal, que sucediéndose, lo acompaña desde los tiempos más remotos. Millares de generaciones vegetales se han sucedido y todavía la roca sustenta los nuevos vástagos herederos de la primitiva flora americana. Entre las ligeras grietas de la

superficie vegetan musgos imperceptibles y graciosos helechos, acompañados de otras plantas criptógamas, que se asoman con una sonrisa de curiosas en solicitud de la luz y del fresco ambiente; mientras arriba, *cecropias* de hojas plateadas, *bromelias*, helechos arbóreos, *pitcárnias* y multitud de especies arborescentes coronan la roca y se balancean a los caprichos del viento, como legítimas poseedoras de aquel túmulo, que es para el hombre un enigma, y para ellas la tierra que las nutre y las sostiene[1].

* * *

¿Qué representan estos jeroglíficos? ¿Se habla en ellos de algún episodio de los primitivos días de América, o es la relación de luchas locales en la historia de los tacariguas y araguas que poblaron las regiones del lago de Valencia y costas de Burburata? ¿Es un mito de los antiguos tamanacos y caribes, o debe tomarse, en su más sencilla expresión, como el arte naciente de tribus holgazanas que quisieron interpretar la naturaleza de una manera adecuada a la altura de sus concepciones? He aquí las preguntas que el viajero etnógrafo tiene que hacerse al contemplar esta roca muda para las actuales generaciones, pero que fue elocuente para los viejos moradores de la raza indígena, para quienes, cada símbolo representaba un hecho, un episodio, una historia, que ayudada por la relación oral, se había trasmitido de una a otra generación en el curso de los siglos.

Antes de resolver estas preguntas y de ocuparnos en los medios que tuvieron los indígenas de América para trasmitir a las generaciones futuras los episodios de su vieja historia, sus mitos y leyendas, y los rasgos más característicos de cada pueblo, fijemos la zona geográfica de los jeroglíficos venezolanos, tomando como punto de partida la roca de San Esteban.

---

1. He aquí, amigo nuestro, el asunto que ha servido de tema al paisaje que nos habéis enviado. Admiramos en él el aire, la fisonomía vegetal, la vida y la perspectiva que caracterizan cuanto habéis pintado sobre el paisaje tropical, desde las orillas del océano y los lagos de Venezuela hasta las regiones alpinas de Mérida y del Táchira. Mucho os debe ya la ciencia por vuestros trabajos sobre la ornitología venezolana, y mucho os deberá el arte por vuestros cuadros tan llenos de vida y de verdad.
En el estudio de vuestro paisaje debemos encontrar ahora, el tema de este escrito; y si en algo puede éste ilustrar la parte muda del cuadro, habremos correspondido a la inspiración del artista.

Entre las diversas figuras que tiene el jeroglífico de Campanero, sobresalen: la que imita una embarcación, varios dibujos que aparecen como fortificaciones o compartimientos y una serie de medias lunas, que por el lado derecho van elevándose hasta llegar a una imagen del sol. Una serpiente, figuras que parecen lagartos, cocodrilos y otros animales, llenan por el lado izquierdo y por el centro el cuadro, presentando un conjunto variado.

En el mismo sitio de San Esteban, se encuentran en otro lugar del camino, a la orilla derecha del río y sobre un terreno como meseta, multitud de figuras semejantes esculpidas sobre las rocas calcáreas.

La cordillera costanera de Venezuela desde su origen en el estado de Barquisimeto, donde los Andes de Mérida y Trujillo se entroncan con aquélla, está llena de rocas esculpidas, con dibujos más o menos semejantes. Cerca de Siquisique, en el estado Falcón, hemos visto rocas llenas de figuras simbólicas, recuerdos de los antiguos caiquetíos que poblaron aquellas dilatadas regiones. Jeroglíficos indígenas se hallan igualmente en el vecino estado de Yaracuy, en el río de San Pedrito, entre Yaritagua y Urachiche; y son notables los que en el mismo estado ha encontrado últimamente el señor Muñoz Tébar, en los cerritos de Padilla, en colinas de gneis aisladas en medio del valle que se extiende al este de Yaritagua. Es sorprendente ver cómo en esta pictografía no se encuentran figuras de animales ni de objetos domésticos: círculos perfectamente trazados, los cuales se hallan aislados o conexionados con líneas rectas y curvas, que semejan compartimientos en forma de cuadrados o de rectángulos, aparecen en el lado derecho; mientras en el izquierdo sobresalen líneas caprichosas rematadas por círculos que llenan los rincones del cuadro. Y en tanto que los círculos de la derecha tiene cada uno un punto en el centro, los de la izquierda son sencillos. Pero, lo que más fija la atención en este jeroglífico, son los puntos profundamente escavados que sobresalen en algunas líneas curvas, en el centro de los círculos y en uno de los ángulos de los compartimientos rectangulares.

Cerca de Guataparo en el mismo estado de Carabobo, al oeste de Valencia, se hallan también figuras, entre las cuales sobresale un ibis perfectamente ejecutado, símbolo del corazón entre los egipcios. Los jeroglíficos que están en los cerros de Vigirima son igualmente notables por las

figuras que contienen. Aseméjanse a los de Campanero, manifestando ser uno y otros de un mismo pueblo: los tacariguas.

En la Colonia Tovar, al norte de La Victoria, y sobre una meseta de la loma de Maya, se encuentran muchas rocas cubiertas de figuras que representan caras humanas, serpientes, tigres y manos, formando grupos, como también imágenes del sol y de la luna. Estas rocas esculpidas se hallan igualmente en el descenso de la fila montañosa hacia las vertientes del río Tuy y en su prolongación hacia las costas del mar. Probablemente, estas piedras esculpidas son túmulos de algún viejo cementerio de los antiguos taramainas que poblaron las regiones orientales del lago de Tacarigua; y esto parece tanto más cierto, cuanto que los *Pieles Rojas*, en Nuevo México y en otras regiones de los Estados Unidos de América, esculpieron en las tumbas de sus antepasados, caras y manos, como símbolo de la amistad. Figuras semejantes se encuentran también en el camino que conduce de Caracas a los Valles del Tuy, en varios lugares cerca de Turmerito, iguales a los que se han visto en las Antillas, y más allá, en las cercanías de Charallave, se ve impresa sobre una hermosa roca, la huella de un pie; que según la tradición de los campesinos del lugar, es la huella de San Juan[2].

En los estribos de la cordillera costanera que se pierden en la dilatada llanura del estado Guárico, en los Morros de la Galera, cerca de Camatagua, se ven dibujos hechos con almagre, que imitan círculos, manos, diferentes figuras geométricas, y lo que es más notable aún, la rana.

La región más al norte, con rocas llenas de jeroglíficos que tiene el Orinoco, está en el puerto de Caicara, al este de la desembocadura del Apure, y en San Rafael de Capuchino, frente a Cabruta, en las sabanas que se extienden desde el cerro Quiriquinoa hasta las orillas del Caura. La altura a que están esculpidas las figuras, manifiesta que éstas no han podido trazarse sino con la ayuda de grandes andamios. Cuando Humboldt

2. El Dr. Ernst, director de la Biblioteca y del Museo Nacionales y profesor de Ciencias Naturales en la Universidad de Caracas, ha publicado en el *Globus* de Brunswick de 1872, noticias sobre las antigüedades indígenas de Boconó, en el estado Trujillo, y sobre los túmulos de piedra y los quioquenmodingos de los Roques (Territorio Colón), acompañadas de figuras. El mismo profesor acaba de remitir al *Globus* una noticia ilustrada sobre las pictografías indígenas de Venezuela y antigüedades que se conservan en el Museo de Caracas.

preguntó a los indígenas de estos lugares cómo se habían podido esculpir aquellas rocas, ellos le contestaron, sonreídos, que sus antepasados llegaron en canoas a la cima de aquellas alturas, y que así pudieron grabar los diversos dibujos que las adornan.

Más al sur de Caicara y a algunas millas de los cerros de la Encaramada, aparece como aislada la roca llamada por los indios *Tepu Mereme* (roca pintada) llena de dibujos simbólicos que representan cocodrilos, boas y tigres gigantescos, utensilios domésticos, imágenes del sol y de la luna. Como la roca jeroglífica de San Esteban y las de Caicara, la roca pintada de la Encaramada parece tener un mismo origen, en cuanto al hecho o mitos que hayan querido representar en ellas.

A veinte leguas de Cabruta, en un lugar distante como veinte y cuatro kilómetros de las orillas del Orinoco, aparecen a sesenta metros sobre el suelo, en un sitio conocido con el nombre de "Las Escudillas", varias figuras esculpidas en una roca granítica, entre las cuales sobresalen la rana y una barca. La extensión de los dibujos abraza una superficie de cinco a seis metros.

Más al sur de la Encaramada, entre 2° y 4° de latitud norte y en un espacio llano poblado de selvas, entre los ríos Orinoco, Casiquiare, Negro y Atabapo se ven de nuevo los jeroglíficos indígenas –según refiere Humboldt– sobre enormes rocas de granito y de sienita. Todavía más allá de esta hermosa región, donde las rocas esculpidas yacen solitarias y como escondidas en medio de una vegetación portentosa, como a 230 metros al este, sobresalen jeroglíficos en las soledades de la Parima. Según Schomburgk, que visitó esta región del Orinoco desde 1835 a 1849, las rocas pictográficas siguen en una zona continuada desde las orillas del Rupunuri, del Esequibo y la cadena de Pacaraima hasta las orillas del Orinoco y del Yupura, en una extensión de más de ocho grados de longitud. Cuando el sabio alemán quiso arrancar un fragmento de los jeroglíficos que están a orillas del Esequibo, cerca de la cascada de Warupata, los indios, refiere Schomburgk, se llenaron de asombro y parecían dispuestos a escuchar por instantes el fuego del cielo que había de caer sobre sus cabezas. Ni súplicas, ni promesas, con nada pudo el viajero halagar a los indígenas para que le arrancasen un pedazo de la roca, que aquél no podía hacerlo por el débil estado en que se

hallaba su salud. Esto explica la alta veneración con la cual cada una de las generaciones que se han sucedido en estos lugares salvajes, conserva estos recuerdos de los tiempos míticos de América: obras del *Grande Espíritu*, según las tradiciones de los diversos pueblos del Orinoco.

Según Schomburgk la pictografía más perfecta de las regiones entre el río Branco y el Esequibo, es la que aquél encontró cerca de la catarata Corantyn a los 4° de latitud norte. Tiene dos pies de alto y representa figuras humanas con peinados muy notables que rodean la cabeza asemejándose a una aureola. Para este etnógrafo, la zona de los jeroglíficos del Orinoco se extiende desde 7° 10' hasta 1° 40' de latitud norte y desde 57° 30' hasta 66° 30', longitud occidental del meridiano de Greenwich: como doce mil millas cuadradas, espacio que comprende las hoyas del Orinoco, del Corantyn y del Esequibo.

Wallace, viajero inglés que visitó las regiones del Amazonas en 1848, tropezó con multitud de rocas jeroglíficas en las serranías de Montealegre, en la desembocadura del río Branco, en los bancos del Amazonas, en el alto río Negro y a orillas del Vaupes. Canoas, animales, constelaciones, figuras geométricas, objetos de uso doméstico y caras humanas sobresalen sobre las rocas graníticas cubiertas de líquenes y de yerbas. La misma idea que reina en las tribus del Orinoco existe entre los diversos pueblos del Amazonas, respecto del único arquitecto que han tenido estas esculturas, el *Grande Espíritu* de las soledades orientales del continente.

Por el estudio que hemos hecho de las diversas pictografías venezolanas, comprendemos que éstas representan épocas distintas de nuestra historia. Las más antiguas coinciden con la bajada de las aguas y levantamiento del fondo del antiguo océano, al este de los Andes. En este caso, están las rocas pintadas del Orinoco y sus afluentes y las de los llanos del Guárico, Cojedes, Portuguesa, etc.

Casi todos los jeroglíficos están a orillas de las aguas o cercanos a algún río, y siempre en la dilatada zona que se extiende desde las bocas del Orinoco hasta los Andes; y en la Cordillera de la Costa, desde Paria, hasta el entroncamiento de esta misma cordillera con los Andes de Barquisimeto. Puede decirse que, los jeroglíficos, ya en las llanuras y orillas de los ríos, ya en las alturas de la cordillera costanera de Venezuela, marcan el itinera-

rio del pueblo caribe y de sus diversas tribus de este a oeste. Trasmontando los Andes de Barquisimeto, Mérida, Trujillo y Táchira, desaparecen las rocas con jeroglíficos, lo que nos indica que pueblos de otro origen diferente del caribe poblaron las grandes alturas al occidente de Venezuela.

Los temas son variados según la localidad indígena que se estudie; y las piedras simbolizan sucesos diferentes. Ya son caras de caciques en conmemoración de algún hecho de armas, o de la conquista de alguna región; ya son piedras sepulcrales con manos, pies, animales, indicando algún antiguo cementerio sobre alguna meseta circundada de árboles: ya son imágenes del sol y de la luna en curvas crecientes acompañadas de alguno que otro trofeo de guerra; ya representan, finalmente, la bajada de las aguas, la época lacustre, cuando los indígenas podían atracar sus canoas en las aguas del Orinoco, a las rocas que se levantan hoy sobre el actual nivel de la corriente y que llevan en sus cimas figuras pintadas. En estos casos, sobresalen en el cuadro una o más embarcaciones y la figura de la rana.

Sábese que los chaimas, cumanagotos, tamanacos y otras naciones originarias del pueblo caribe, adoraban al sol y la luna; y que para ellos la rana fue el dios de las aguas. Refiere Ruiz Blanco que los cumanagotos nunca mataban las ranas, a la que tenían como uno de sus animales domésticos, castigándolas cuando no llovía[3]. No es pues de extrañar que figure este animal entre los jeroglíficos del Orinoco, donde los caribes del tiempo de la Conquista, conservaban la tradición del último cataclismo geológico del continente americano.

La semejanza de las figuras, hasta en sus pequeños pormenores, y la ausencia de caracteres o de escritura manifiestan que las tribus indígenas de Venezuela no pasaron en sus dibujos de la idea simbólica y que, en muchos casos, su pictografía puede considerarse como de un carácter puramente mímico o figurativo. Sin embargo, la mayor parte de ellas recuerdan un hecho, un mito, una tradición que ha pasado de padres a hijos y se ha conservado en el transcurso de los siglos, como veremos más adelante. Cualquiera que sea el sentido de estas figuras y el objeto con que

3. Matías Ruiz Blanco, *Conversión de Píritu*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1892, 228 p.

fueron esculpidas sobre las rocas graníticas, no dejan de merecer por esto el interés de aquellos que se ocupan en la historia filosófica de nuestro planeta, ha dicho Humboldt. El respeto, por otra parte, que ellas inspiran a los restos de los pueblos indígenas, la veneración, el santo recuerdo y el mismo fanatismo con que se oponen a que sean destruidas por la mano del hombre civilizado, comprueban la opinión de Brinton, cuando dice que "todos estos jeroglíficos, son los mudos y elocuentes epitafios de las pasadas generaciones".

II

Medios de que se sirvieron las naciones de América,
para conservar su historia. Sus *quipos* y *wampum*.
Pinturas e inscripciones jeroglíficas. Origen del papel en América.
Rudimentos de un alfabeto. Los pieles rojas.
Inscripciones fenicias. Antigüedad de América.

Los primeros pobladores de América no trasmitieron los episodios de su historia y los mitos que habían heredado de sus progenitores sino por dos medios: los *quipos*, o cordoncillos con nudos, y la *escritura jeroglífica* sobre lienzo, papel o pergamino, o sobre las rocas graníticas y diversos túmulos en las soledades de sus selvas y cordilleras.

Los *quipos* son cordones gruesos como un dedo, de los cuales penden multitud de cordoncillos de diversos tamaños y colores, divididos y subdivididos hasta las más insignificantes ramificaciones. Los *quipos* fueron la aritmética de que se valieron los incas para contar los tiempos y las cosas en sus calidades y cantidades. Cada color, simple o mezclado, tuvo su significación; así, el blanco significaba la guerra, el amarillo, el oro; mientras en las cosas que no tenían colores, como granos, instrumentos, etc., se colocaban los hacecillos de cordones de mayor a menor principiando por las de más mérito, y respecto a población por las personas de más edad. De esta manera se conocía al tomar un manojo, el cual nunca pasaba de la centena de millar, lo que quería averiguarse. De contado, la relación oral trasmitida por la memoria de una a otra generación, la que constituyó en-

tre los incas, el sistema de enseñanza oral, contribuía a descifrar los anales del Perú, su riqueza, su estadística y los más insignificantes episodios de su antigua historia.

Hubo almacenes de *quipos* en todas las ciudades y pueblos, con sus compartimientos para cada cosa, y empleados fieles que fueron los tenedores de libros de las oficinas nacionales. *Quipos*, que en lengua quechua significa *anudar* y *nudo*, equivale también a cuenta, y así llamaron, *Quipucamaya*, al encargado de las cuentas. De esta manera pudieron conservarse con la ayuda de la memoria, todos los sucesos de las pobladas regiones de los antiguos incas.

Los *quipos* fueron conocidos de los parahuas antes que de los incas, y usáronlos los caribes y tamanacos en las llanuras del Orinoco y los indios de Canadá y de México. Su uso primitivo viene de la China, de la India y de otras regiones del Asia. Los *wampum* o collares de porcelana que tuvieron los indios de América pueden considerarse como un sistema de contabilidad equivalente a los *quipos*, que sólo han quedado en uso entre los jefes araucanos, al sur del continente americano.

Todavía se encuentran *quipos* entre las huacas o sepulcros de los aborígenes del Perú, los cuales han podido descifrarse, con la ayuda de relaciones orales, por los descendientes de Manco-Capac. Si hay algo que se ha trasmitido en todos los pueblos de América, y que el tiempo no ha podido aún debilitar, es el relato de historias pasadas y el odio a los conquistadores.

No tuvieron los incas tanto apego a las pinturas jeroglíficas como los pueblos de la América Central y de México; acostumbrados al uso de los quipos, hubieron de servirse de éstos, exclusivamente, para trasmitir a sus descendientes los sucesos de su historia. Perteneció a las naciones del antiguo Anahuac escribir sus anales por medios pictográficos y figurativos, ya en el papel, ya en sus variados y ricos monumentos de piedra. Nada en la historia antigua de América prueba una civilización tan adelantada como las escrituras simbólicas y los monumentos de los pueblos que habitaron la elevada planicie de Bogotá y las diversas regiones de México. Con conocimientos astronómicos que heredaron de sus mayores, y bajo gobiernos establecidos que venían sucediéndose desde remotos tiempos, hubieron de dejar pruebas inequívocas de su poderío, de sus riquezas y

cultura intelectual; y a pesar de haber desaparecido en los días de la conquista, la mayor parte de los pergaminos y pinturas alegóricas, ricos anales del primer pueblo de América que la codicia castellana unida al criminal fanatismo de los sacerdotes católicos, destruyó por suponerlos de origen diabólico; a pesar de todo esto, han podido conservarse documentos preciosos que hoy se consultan para esclarecer una gran parte de la historia de los aztecas.

Los mayas de Yucatán, puede decirse, que dejaron un alfabeto, y los aztecas al estilo de los antiguos egipcios, los gérmenes de un alfabeto fonético. Es verdad que el símbolo, algunas veces, no estaba conexionado con la idea sino con la palabra, lo que hace comparar muchas de sus pictografías con los juegos jeroglíficos que los franceses llaman *Rebus*.

Existieron en la América del Sur diversos modos de escritura; así, en Quito se valieron de la escritura calculiforme, en forma de cálculo, como la usan actualmente los araucanos; mientras otros pueblos conocieron la figurativa y monosilábica. Sus escrituras no puede decirse, en la mayoría de los casos, que eran letras sino dicciones; de esta manera, con sus figuras colocadas de arriba a abajo, y sin nada que las ligara, podían entenderse.

Los panos a orillas del Ucayale (Perú) fueron muy hábiles en la pintura escrita, y sus libros o papirus fueron los objetos que más admiraron los conquistadores. El uso del papel de maíz y de agave (*maguey*) es obra exclusiva de los mexicanos, quienes conocieron el procedimiento para fabricarlo. A los chilenos se debe igualmente el papel fabricado con las hojas de banano; y cuenta Montesinos que, en una ocasión en que Ercilla no tenía papel donde continuar su inmortal poema "La Araucana", un indio vino en su ayuda mostrándole el fabricado con hojas de banano, sobre el cual pudo continuar el poeta los versos de su obra. Fuera de estas naciones tan adelantadas en la escritura simbólica, los demás pueblos de América dejaron los jeroglíficos esculpidos sobre rocas primitivas, y en la corteza de árboles vivos, como acostumbraban los pieles rojas en las vastas regiones de la América del Norte. En vista de esto, podemos creer que había en las naciones occidentales de la América, respecto a su manera de comunicar los hechos de su historia, una tendencia hacia el progreso, notaciones ideográficas; y que, indudablemente, sin los estragos de la Conquista, ellas

habrían llegado a poseer caracteres fonéticos, tan completos como los de los antiguos egipcios, de quienes puede decirse, que habían recibido los primeros gérmenes de su civilización.

Pero, si en estas naciones occidentales, tan ricas en conocimientos astronómicos como en obras de arte, los escritos simbólicos llegaron casi a la perfección, en las naciones orientales, nada de esto existió. Los aborígenes de la parte oriental de América, sin centro de civilización, sin gobiernos establecidos, sin conocimientos científicos, pueden considerarse como el germen de una civilización prestada por las naciones limítrofes, en sus grandes excursiones de sur a norte. De las dos porciones orientales del hemisferio, la del Norte, empero, fue más civilizada que la del Sur: los monumentos de piedra, las fortalezas, obras de arte, sus túmulos, sus pinturas jeroglíficas, y escultura nobiliaria, en las rocas y cortezas de sus árboles seculares, patentizan que los pieles rojas participaron en mucho del influjo de los aztecas.

Desde la Florida hasta la bahía de Hudson, los álamos blancos de los caminos y sitios salvajes están llenos de inscripciones, obra de las tribus que la civilización moderna va cada día rechazando hacia el oeste. No hay estado en la Confederación norteamericana, ya a las orillas de los lagos o en medio de las célebres praderas, desde Rhode Island hasta Nuevo México, donde los jeroglíficos y túmulos de los antiguos indígenas no inspiren un elevado interés sobre la historia de tantos pueblos, cuyo remoto origen se pierde en la noche de los tiempos; y es necesario leer algunas páginas de Schoocraf o el bello libro de Domenech sobre los *Desiertos del Nuevo Mundo*, para admirar en aquellas poblaciones, su sistema heráldico por medio de signos, con los cuales lograron establecer la división de las tribus en familias, mucho antes que lo hiciera el Viejo Mundo.

Nada de esto se encuentra en las dilatadas selvas al este del continente de la América española, a pesar de que tuvieron por limítrofes a los muyscas y a los quechuas, los dos célebres centros de la civilización andina. A pesar de esta diferencia de civilización entre una y otra sección del continente, en su parte oriental, existe una semejanza muy notable entre los jeroglíficos simbólicos de los pueblos de Venezuela y muchos del mismo género que se encuentran en las praderas y selvas de las regiones sureste y

este de la América del Norte. Todavía más; son semejantes unos y otros a los que se conocen en las altas regiones de los Andes peruanos, al norte de Arequipa. Esto prueba que sí hubo pueblos adelantados en ambas secciones de América, donde la pictografía y los gérmenes de una escritura fonética llegaron a un estado casi perfecto; pueblos salvajes y limitados a cierta localidad, en el mismo continente, no pasaron de las primeras notaciones de la escritura y del lenguaje.

¿Encuéntrase en la región oriental de los Andes algún signo alfabético que pueda guiarnos sobre el primer origen del hombre americano, anterior a todo jeroglífico y pintura indígena? Refiere Humboldt, que un misionero franciscano, habiéndose refugiado, en cierta ocasión y por casualidad, en una caverna cerca de Uruana, en la orilla occidental del Caura, tropezó de pronto con una gran roca de granito que tenía esculpidos caracteres reunidos en muchos grupos y colocados en una misma línea. Estudiado el modelo que presentó el misionero a Humboldt, éste encontró en los caracteres algo semejante al alfabeto fenicio; y aunque el sabio comprendió como un hecho muy notable el que en la parte de la inscripción copiada, ninguno de los caracteres se repetía muchas veces, hubo de dudar en presencia de un descubrimiento tan notable y al cual ya había prestado mucho interés el misionero.

Estas dudas de Humboldt se desvanecen desde el momento en que inscripciones fenicias en otros lugares, al este de los Andes, han esclarecido en parte, la interesante cuestión relativa a los primitivos pobladores de esta sección de América.

En los túmulos de Grave-Creek, Virginia Occidental, se ha encontrado una inscripción con caracteres alfabéticos de gran interés etnográfico. Según Rafn, la inscripción es rúnica; según Jomard, ibérica; lo que equivaldría a creer que los primitivos españoles fueron también los primeros pobladores de América, y que los compatriotas de Colón se encontraron con los descendientes de los iberos contemporáneos de Cartago.

Otra roca en la desembocadura del Tauton, en Massachussetts, estudiada por Mathieu, hace presumir que los atlántidas estuvieron en América cuarenta y ocho años antes de la sumersión de la Atlántida de Platón; lo que haría remontar los primeros pobladores del continente a

1.800 años antes de Jesucristo; mas, según los señores Yate y Moultin esta inscripción es de origen fenicio.

Un descubrimiento reciente viene a aclarar y a dar más fuerza a las inscripciones fenicias de la América del Norte. Nos referimos a la piedra encontrada en 1873 en el Brasil:

> La inscripción, es de una piedra conmemorativa, rudo monumento erigido por algunos fenicios de Sidonia, al parecer refugiados o desterrados de su país nativo, entre los años 9º y 10º del reinado de un rey llamado Hiram. Estos temerarios o desgraciados cananeos, patronímico que usaron para denominarse, salieron del puerto de Aziougaber (hoy Akaba), puerto del Mar Rojo, y navegaron por doce novilunios (meses lunares) a lo largo de la tierra de Egipto, esto es, África. El número de buques que tenían y el de varones y hembras que componían la expedición de aventureros, se expresa todo en un estilo conciso y al parecer elegante, hallándose estos pormenores en un lugar intermedio entre la invocación, unos al principio y otros al fin del Alonim Valonuth; esto es, dioses y diosas, o *superos superasque*, como traduce Gesenio aquellas conocidas palabras fenicias. La inscripción está en ocho renglones de hermosísimos caracteres fenicios, mas sin separación de palabras, sin puntos en las vocales ni letras mudas.
>
> Cierto avarismo, muy levemente manifiesto en la terminación enfática en *aleph* y en la femenina *than*, y más que esto las formas de las letras *nem* y *shim*, inducen a creer que en el reinado del segundo de los Hiranes fue la época de la aventura, y que el viaje por tanto se efectuó en los años 543 y 542 antes de Cristo; esto es, veintiséis años después del sitio de Tiro por Nabucodonosor y cuatro años antes que reinara Ciro.
>
> La inscripción no declara a cuál de los dos monarcas fenicios se refiere, como al Hiram de la época. El primer Hiram de los dos historiadores fue el Hiram aliado de Salomón, y reinó de 980 a 947 antes de Jesucristo, bajo la prisión de Babilonia y Egipto. Mas, sea cual fuere, esta inscripción es una de las más antiguas, evidentemente la más notable constancia descubierta hasta ahora, con relación al heroico e ilustrado pueblo a quien, según parece, fueron conocidos todos los mares.

Aquí tenemos pues a los fenicios descubriendo las regiones orientales de América, en tanto que pueblos diferentes, los esquimales por el norte, y los pueblos del Asia oriental por el occidente, se adueñaban de la región

montañosa de los Andes, para establecer en ella los tres imperios de la civilización americana; floreciente muchos siglos antes que el europeo moderno viniera, en el siglo XVI, a cambiar del todo la faz del Nuevo Mundo.

III

Origen de un jeroglífico muysca. Desagüe de los lagos andinos de Colombia.
Cataclismo geológico revelado por los indios. Desagüe de los lagos venezolanos.
Los indios alousi. El diluvio de los tamanacos. Antigüedad de los jeroglíficos venezolanos. Opiniones de Humboldt. Conclusión.

Hay en la vecina república de Colombia dos monumentos de indígenas que manifiestan la más alta cultura a que llegó la nación muysca, en los primitivos días de América. En los Andes del departamento Boyacá, cerca de la confluencia de los ríos Gámeza y Sogamoso, levántase una piedra piramidal llena de jeroglíficos tallados a cincel. Es el monumento que erigieron, cinco siglos antes de la Conquista, los aborígenes de Cundinamarca, para recordar un gran cataclismo geológico: el desagüe repentino de los dilatados y profundos lagos que poblaron las elevadas regiones de los Andes de Cundinamarca, desde Paipa hasta Topaga y desde Pasca hasta Sogamoso, la Roma de los chibchas, como la llamaron los conquistadores. Un día, sin saber por qué, los indios presenciaron aquel cataclismo que a manera de diluvio rompió los diques del lago Fuquene, precipitando sus aguas en el actual cauce del turbulento Saravita, y dejando en seco extensas y fértiles llanuras, mientras el lago Sogamoso, recibiendo las aguas de los superiores que yacían en sus cercanías, en las alturas de Tunja, se desbordaba hacia Gámeza, cual catarata infernal que no respetó ni montañas seculares, ni las grandes rocas de los Andes.

¡Cuánto no debió ser el asombro de los indígenas al presenciar un fenómeno del cual no tenían idea, ni ellos ni sus progenitores! En presencia de un cataclismo semejante que arrasó poblados y sementeras y difundió el espanto por todas partes, la tradición no podía menos que consignar en sus

páginas de piedra aquel acontecimiento geológico; y esto es lo que refieren los monolitos de Gámeza y Sogamoso.

¿De qué manera quisieron los muyscas conmemorar el desagüe de sus lagos? Por medio de figuras que representan hombres que huyen y escalan las cordilleras, y en cuyos semblantes se pinta el pánico que los precipita. Pero de nada valdrían estas figuras alegóricas si no estuvieran acompañadas por el signo hidrográfico, la rana, que en unión de otras figuras, simboliza, en el calendario de los muyscas, el principio, la abundancia y el decrecimiento de las aguas en la estación lluviosa. Refiere Codazzi que en la piedra de Saboyá, situada sobre las rocas que quedaron en seco, y orientada hacia el lugar por donde rompió el lago sus barreras, se repite la figura de la rana encogida, signo de decrecimiento y ausencia de las aguas. Por lo contrario, en la piedra de Gámeza, erigida fuera del antiguo asiento del lago de Sogamoso, en el lugar por donde se precipitaron las aguas revolcando valles y serranías y excavando el lecho del Chicamocha, se ve grabada la figura de la rana con la cola y patas abiertas, signo de las aguas abundantes; y para indicar que esas aguas vinieron repentina y violentamente, fueron grabadas también figuras de hombres en ademán de subir con los brazos extendidos hacia lo alto y en actitud de espanto.

Rocas con jeroglíficos más o menos semejantes se encuentran en otros lugares de Colombia, sobre todo, en el valle del Magdalena que debió recoger, durante aquel cataclismo, todas las aguas de las elevadas cimas. De manera que los aborígenes de Colombia, los muyscas, han dejado monumentos elocuentes que hacen conocer no sólo la historia de su progreso, sino también la de una de las convulsiones geológicas, de que fue testigo el hombre de América, en los últimos siglos que precedieron al descubrimiento del Nuevo Mundo.

¿Deberemos nosotros reconocer en los jeroglíficos de una gran parte del Orinoco, un recuerdo de los días en que se derramaron los numerosos lagos que existieron en el alto llano de Venezuela, o nos cuentan aquellos la formación del golfo de Cariaco, el hundimiento de las costas orientales o la separación del continente de la isla de Trinidad? La altura a que están esculpidas muchas de las figuras, atestigua que son contemporáneas de las grandes aguas, cuando dilatados lagos llenaban las elevadas regiones del

Orinoco y de una gran parte de los llanos; cuando las rocas aisladas, hoy en los bosques o en las planicies, y los morros de la Galera, en los llanos de Venezuela, centinelas del antiguo mar, eran los islotes de arenisca que sobresalían en medio de las tranquilas aguas que simulaban un mar interior; cuando los indígenas de la época lacustre de Venezuela podían atracar sus toscas canoas al pie de las rocas, y grabaron, en la superficie reblandecida, figuras alegóricas de los astros y de los animales terrestres. Todos estos jeroglíficos existían antes que causas internas levantaran el fondo del antiguo mar y precipitasen las aguas, hasta entonces tranquilas, de una manera violenta, al sur y al este, en solicitud de las bajas regiones atlánticas.

Pero, si ellos son contemporáneos de la época lacustre ¿qué significan, qué acontecimientos interpretan, qué historia de los antiguos pueblos, conmemoran? Para nosotros, algunos de estos dibujos simbólicos recuerdan el último cataclismo americano, otros fijan la tradición universal que ha existido en todos los pueblos de la tierra, el diluvio; y otros la entrada en las tierras americanas de los primeros hombres que comenzaron a poblarlas, muchísimos siglos antes del cristianismo. Estudiemos las antiguas leyendas de Venezuela y encontraremos la escultura simbólica, como el primer germen de una civilización en la aurora de su historia.

Refiere Schomburgk que los indios macousi, en las regiones del Esequibo, creen que el único ser racional que sobrevivió a una inundación general, volvió a poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito –añade Humboldt– fruto de la brillante imaginación de los macousi y que recuerda a Deucalion y Pirra, se reproduce todavía bajo diferentes formas entre los tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gilij que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó, en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la grande inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del Océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero a los tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los

indios le contestaron al instante, que todos los tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la Tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada (*Tepu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

Humboldt vio la gran piedra que los indios le mostraron en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca*.

La leyenda no queda, empero, reducida a esto, según refiere Humboldt, Amalivaca tuvo un hermano, *Vochi*, quien le ayudó a dar a la superficie de la Tierra su forma actual; y cuentan los tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron, desde luego, arreglar el Orinoco de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de la corriente al descender o al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar a los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas, y dar al Orinoco un doble declive; idea que no llegaron a realizar, a pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados a renunciar a semejante problema hidráulico.

Amalivaca tuvo dos hijas que tuvieron un decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarles en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos[4].

Después de haber arreglado las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó a la otra orilla, al mismo lugar de donde había venido. Los indios no habían visto desde entonces llegar a sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador sino a los misioneros, e imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los ca-

4. Filippo Salvador Gilij, *Saggio de historia americana*, Roma, Stampator Vaticano nella Sapienza, 1780.

ciques tamanacos preguntó inocentemente, al padre Gilij: "Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los tamanacos, que había cubierto las rocas de figuras simbólicas".

No fue Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico, el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones.

> Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas a la tamanaca, lo tienen sin duda de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca está extendido sobre un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los Hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones caribes, cuyo idioma no se parece al tamanaco más que el alemán y el griego, al persa y sánscrito. *Amalivaca* no es primitivamente el *Grande Espíritu* y el *Viejo del Cielo*, este ser invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad, sino más bien, un personaje de los tiempos heroicos, un hombre que viniendo de lejos, ha vivido en la tierra de los tamanacos y caribes, grabando rasgos simbólicos sobre las rocas; y desapareciendo para irse más allá del océano a países que había habitado antiguamente. El antropomorfismo de la divinidad tiene dos principios diametralmente opuestos; pero esta oposición no resulta precisamente de sus diferentes grados de ilustración, sino de las disposiciones de los pueblos inclinados, unos, a lo místico, y otros, dominados por los sentidos y las impresiones exteriores. Amalivaca fue un extranjero como Manco-Capac, Bochicla y Quetzalcohualt, estos hombres extraordinarios que, en la parte alpina o civilizada de América, sobre las llanuras del Perú, Cundinamarca y Anahuac, organizaron la sociedad civil, arreglaron el orden de los sacrificios y fundaron las congregaciones religiosas. El mexicano Quetzalcohualt, cuyos descendientes creía reconocer Montezuma en los compañeros de Cortés, ofrece una semejanza más con Amalivaca, que es el personaje mitológico de la América bárbara, o de las llanuras de la zona tórrida. Avanzando en edad,

el gran sacerdote de Tula dejó el país de Anahuac, que había llenado de milagros, para volver a un país desconocido, llamado Tlalpallan. Cuando el fraile Bernardino llegó a México, se le hicieron exactamente las mismas preguntas que doscientos años antes se habían hecho al misionero Gilij en los bosques del Orinoco, y se quiso saber si venía de *la otra orilla*, de los países a donde se había retirado Quetzalcohualt.[5]

De cuanto dejamos consignado en este estudio se desprende que, sólo algunas de las naciones que poblaron el continente americano, llegaron a un grado avanzado de cultura intelectual. Herederas de una civilización asiática, que se desarrolló de una manera lenta pero segura, hubieron de dejar los monumentos de su antigua grandeza y los rasgos más característicos de su historia. La dilatada región al este de los Andes no participó en nada del influjo que sobre ella pudieron tener las naciones limítrofes, y sorprendidos sus moradores por la Conquista, no pudieron presentar ningún monumento que los recomendase a los ojos de sus nuevos dominadores. Tribus ignorantes y belicosas, devoradas entre sí, sin conocimientos astronómicos y sin gobierno civil, opusieron, sin embargo, la gran resistencia que inspira el amor patrio, y después de luchar hasta el heroísmo, sepultáronse en las selvas con sus recuerdos, con sus tradiciones, con sus conquistas, para no dejar en pos de sí, sino sus sepulcros guardados a orillas de sus ríos majestuosos o bajo las sombras de sus selvas seculares.

5. Humboldt, *Viajes al Orinoco*, *op. cit.*

LAS RADICALES DEL AGUA EN LAS LENGUAS AMERICANAS

A José Julián Acosta,
distinguido publicista de Puerto Rico.
Homenaje del autor.

EL ESTUDIO de las radicales del agua, en el continente americano, no es para nosotros estudio de mero pasatiempo: propósitos más elevados nos estimulan. Si por una parte deseamos conocer nombres geográficos de un mismo origen etimológico, por otra queremos investigar la filiación de ciertos pueblos, el camino que ellos trazaron, la ley de sus emigraciones, sus conquistas de oeste a este o de sur a norte, y hasta los orígenes primitivos de la población americana, oriunda de los pueblos del Asia, por un lado, de las regiones de Europa y África, por otro. El estudio de una sola de las radicales del agua, va a hacernos conocer las peregrinaciones del pueblo caribe y de sus numerosas tribus, venidas de pueblos más adelantados que demoraban al sur del hemisferio americano; la manera como se pobló la extensa región acuática que constituye las hoyas del Plata, del Amazonas y del Orinoco; y las conexiones que tuvieron, en remotas épocas, naciones que hoy existen en regiones del hemisferio diametralmente opuestas.

Los orígenes quechua y guaraní de algunas radicales del agua, van a ponernos de manifiesto las conexiones que tuvo el pueblo caribe con las naciones que habitaron los Andes del Perú y de Bolivia, y con las que se establecieron en las pampas del Plata. Toda la región oriental de la América parece haber participado mucho de la civilización de los pueblos del sur. Los nombres geográficos nos indican el itinerario constante que siguió el pueblo caribe, favorecido en sus excursiones y conquistas, por la inmensa red de ríos navegables, al este de América; pudiendo de esta manera aclimatar sus costumbres, imponer su idioma y dialectos a las tribus y

naciones que conquistó, en la dilatada área de tierra que se extiende desde los Andes peruanos hasta las costas de Venezuela e islas del mar antillano.

Los quechuas, los guaraníes, los moxos, los chiquitos, y más al norte, los omaguas, los salivas y otras naciones, fueron los pobladores de las sabanas y bosques de la gran región acuática al este de los Andes. Su comercio, sus luchas y conquistas tienen que haber sido por agua, favorecidos por una naturaleza propicia a sus proyectos. Por esto abundan en esta región las radicales que pertenecieron a las naciones del sur. En el estudio de esta materia probaremos, de una manera incuestionable, que ciertos nombres, en la historia del continente, son verdaderos signos topográficos que manifiestan la corriente seguida por algunos pueblos indígenas, en su emigración de sur a norte; y que las naciones primitivas de Venezuela participaron de una influencia, cuyo origen debe buscarse, no en los pueblos que conquistó la raza caribe, sino en la cuna de la civilización peruana que la tuvo de los pueblos del Asia oriental.

De todas las radicales del agua, en los pueblos antiguos de la América del Sur, la que ha abrazado una zona geográfica más extensa, y ha impreso su sello sobre las grandes regiones acuáticas del continente, es la radical quechua-guaraní, *para*.

Para, en lengua quechua equivale a *lluvia*, y en un sentido más general, a *agua*, *y* por lo tanto, a *mar*, *gran río*, *gran lago*, etc., etc. De *para*, *parihuara* que significa *flamante*, *ibis*; *paraní*, significa *llover*; *paranayana*, *está para llover*; *paramilla*, *tiempo de aguas*, *invierno*; *parayconchuy*, *torbellino*, *tempestad*. *Paria*, es el nombre de una antigua provincia de Bolivia. En esta región hidrográfica está el lago Huayaca o de *Paria* que se comunica con el célebre de Titicaca, por medio del Desaguadero.

Parapiti, Pari son ríos del Perú y Bolivia. Pariahuanca, Pariamarca, Parianchacra, Pariarca, Pariacoto, Pariacaca, son nombres de antiguos pueblos del Perú y Bolivia.

En la lengua guaraní, la radical *para* no equivale a *lluvia*, como en el idioma quechua, sino a *mar*. De *pará*, *mar*; *paraí*, *agua del mar*; *parapó*, *lo que contiene el mar*; *paraguacu*, *mar grande*; *paraná*, *pariente del mar*, *punta del mar*.

La radical *para* (mar) se encuentra en muchos nombres geográficos de

ríos y pueblos, de las regiones del Paraguay. Paraná, Paranape, Paranay, Paraguzizu, Paraguayo son ríos de esta sección del continente americano. Paraguayos es el nombre de una villa.

Los guaraníes llaman al río de la Plata, *Paraguacu*, que quiere decir, *grande agua*, o *Paranaguacuque*, que equivale a *río como mar.* Paraguay, en documentos antiguos está escrito, *Paragua-y*, que quiere decir, *fuente del mar.* Si continuamos hacia el norte y entramos en las dilatadas hoyas del Amazonas y del Orinoco, y seguimos hasta las costas de Venezuela o islas adyacentes, veremos que las dos radicales, guaraní y quechua no pierden su acepción primitiva, y que tienen sus representantes en toda la zona hidrográfica, al este de los Andes.

Pará, Paraná, Parahiba, Parapanápanema (agua mala), Paránaguá (actual Río Janeiro), Paranápuan (actual isla del Gobernador) Paraná, Paranáuna, Paraibuna, Paramerin, Paramiri, Paranamerin, Paracatus, Paraguari, Paraguaca, Paranapone, Paranaiba, son los nombres de muchos ríos del Brasil. Paranagua, Paratinga, Paratininga, Paracuari y otros son nombres de pueblos, en la misma región. Parahiba, Paraná, Pará, Paraiba son nombres de grandes provincias. Parexis, Paracaima y Parima son nombres de cumbres o cerros (*divortia acuarum*) del Brasil.

Pernambuco es corrupción de Paranambú. El nombre antiguo del Brasil fue *Para-sil*, y el del gran Amazonas, *Paraná*, con lo que quisieron decir los indígenas, *Pariente del mar* o *gran masa de agua.* Con el nombre de Paraná conocieron los omaguas al Amazonas.

Finalmente, los paranapuras, paranos, parapecos, fueron los nombres de tribus indígenas que estuvieron en las misiones del Marañón. Vese por estos ejemplos que la radical *para*, como equivalente de grandes y pequeños ríos y sitios fértiles, es abundante en la nación brasileña, en la cual se habla hoy el idioma guaraní.

Entremos en la hoya del Orinoco y por todas partes tropezaremos con la misma radical. Paragua es el nombre de uno de los afluentes del Caroní. Paraiba, Paranaiba, Parapu, Paraulata, son nombres de ríos. Paruma es un nombre que lleva el gran peñasco de forma piramidal que está a orillas del Orinoco. Parima, Parina son los nombres del lago fabuloso en la historia de *El Dorado* de Raleigh. En esta región están el río Paraba, y el Parana-pitinga

o Yaguaparo que según Gilij, quiere decir *agua blanca*. Parima, Pararurú, Parnasi son otros tantos ríos de la Guayana. Pararuraima es el nombre de unos cerros cerca del Orinoco. Para, en el río Caura, a gran distancia del raudal de Mara, es una faja de cerros que atraviesa el río e impide el tránsito. Paratuni es el nombre de la playa del Orinoco donde sacan los indios *el aceite de tortuga*. Paraguagaire es el nombre de uno de los afluentes del Cuyuní, y Paraguacuto es el nombre de un cerro de la Guayana, al sur de la Boca del Infierno.

En la lengua general del Brasil, la *tupí*; en la caribe y en la maypure, *para* equivale a *mar*. Por esto, Pará, Paraná, como nombres de ríos, indican, *grandes masas de agua*.

El antiguo nombre del Orinoco fue *Paragua*, que lleva hoy un afluente del Caroní. Cuando Ordaz cruzó el Orinoco en 1536, el río era conocido con el nombre de *Uriaparia*, que llevaba uno de los principales caciques de la comarca. De aquí, los nombres corrompidos de *Aparia*, *Yupaparia*, *Huriaparia*, *Viaparia*, con los cuales se designó al Orinoco, en los días de la conquista castellana. Este nombre de Uriaparia no pasó de las regiones del Meta, y fue más conocido cerca del golfo de Paria. En la misma región conocieron el río con el nombre de *Urinuco*, y por corrupción, *Worenoque*, *Orinoco*. Los caribes confinantes, lo conocieron con el nombre de *Ibirinoco*, según refiere Caulín[6]. ¿De dónde se deriva este nombre? Nada sabemos; pero, por el pronto podemos decir que el Caroní, afluente del Orinoco, tiene su nacimiento en la serranía de *Kinoroto*. Por otra parte, según Humboldt, las aguas del antiguo Orinoco bañaban los peñascos *Keri* y *Oco*, que, como islas secas, aparecen hoy al este de las cataratas de Maypures[7]. Es posible que este nombre existiera desde los tiempos más remotos, y que cambiara a proporción que el lecho de las aguas se retiraba, dejando en seco las primitivas orillas e islas. Los tamanacos llaman a la *tonina americana*, *orinucna*, y si recordamos este nombre es para manifestar la semejanza que él tiene con el vocablo *Orinucú-Orinoco*.

---

6. Antonio Caulín, *Historia de la Nueva Andalucía*, (Madrid), San Juan de San Martín; impresor, 1779, 482 p.
7. A. de Humboldt, *Tableu de nature*.

Según el padre Gilij, que vivió por largo tiempo entre los otomacos, éstos llamaban al gran río Orinoco, *Joga-Apururu*, que quiere decir, *gran río*, *río grande*; mientras los cabres y guaypunabis lo llaman *Paragua*. De este vocablo se derivan los corrompidos *Bazagua*, *Parava*. Paragua, dice el misionero Caulín, es un río de muchos raudales y arrecifes de piedra, por lo que en la mucha planicie de su terreno inunda tanto el invierno, que no se conoce su verdadero cauce; y por esto le dieron el nombre de *Paragua*, que quiere decir, el *mar*. Esto dice Caulín del Paragua, afluente del Caroní.

Los maquiritares, goaibos y otras naciones del Orinoco, llaman a éste, *Maraguaca*, por la serranía de este nombre, de cuyas cimas recibe aquél muchos de sus afluentes. Los tamanacos y otras naciones llaman también al Orinoco, *Barraguan*, por un cerro de este nombre que está cerca de la Urbana. Según Humboldt, la parte del Orinoco llamada Barraguan, corrupción de Paragua, es aquélla que está comprendida entre las bocas del Arauca y del Atabapo: es un estrecho que se prolonga hacia la confluencia del río Suapure. Bajo todas las zonas, dice este sabio, los grandes ríos son llamados por los ribereños, *el río*, sin otra denominación particular. Si se agregan otros nombres, estos cambian, en cada provincia; así es que el pequeño río Turiba tiene cinco nombres en los diferentes sitios de su curso.

En la extensa hoya del Orinoco, habitaron las naciones siguientes: *paraivanas* (orillas del Pádano), *parabenas* (en el río de Aguas Blancas), *parecas* (ríos Vichada y Ventuario), *parenas* (Orinoco y otros), *paracaruscotos* (orillas del Paragua), *paraguanas* (fuentes del Esequibo), y los *paragini*, a orillas del Ventuario, según el relato de Humboldt. En todas estas naciones, la radical *para* indica que estos pueblos fueron riberanos y que estuvieron en posesión de ríos notables, en cuyas cercanías establecieron sus caseríos.

Sigamos y llegaremos a la región oriental, más al norte del Orinoco, la cual constituye la antigua Nueva Andalucía de los castellanos. Aquí encontramos a *Paria*, golfo y península que trae a nuestra memoria la provincia fértil de Paria, en el Perú. Los *parias* o *pariagotos* fueron los primeros hombres del continente que contempló Colón en 1498:

> Por ellos supo Colón que el nombre de aquel país era Paria y que más lejos, al occidente, estaba más poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guías y mediadores, navegó ocho leguas al oeste, hasta un punto que él llamó "La Aguja", donde llegó a las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embelesado contemplando la belleza de aquel país. Estaba muy cultivado, muy poblado y cubierto de una vegetación riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores y frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, y volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave y templado y se respiraba la fragancia de las flores de que estaba empapado, y mil sonoras fuentes y cristalinos arroyos conservaban la frescura y la lozanía de las plantas. Tanto agradó a Colón la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que la puso el nombre de *Los Jardines*.[8]

Paraigua es el nombre de una sierra en el estado de Barcelona que corre paralela a las aguas del Orinoco. Cerca del río Ipire, en esta región, está el antiguo pueblecito y río de Pariaguán.

Paraguachí, en la isla de Margarita, hoy Nueva Esparta, fue el antiguo nombre que llevó el actual puerto de *El Tirano*, primer lugar de la isla que pisó Aguirre en 1560.

Si continuamos del este al oeste encontraremos a Paracotos, pueblo y antigua nación, vecina de los Teques, en el estado Bolívar. Los peruanos tuvieron también sus *pariacotos*. Los paracotos de las montañas de los Teques deben de ser una reminiscencia de los pariacotos o parias, en la desembocadura del Orinoco. Parapura es el nombre de un pueblo y río en las llanuras del Guárico. En un antiguo manuscrito de propiedad territorial leemos que, *Paraima* significa, según el idioma de los tacariguas, tribu de los caribes, *territorio fértil*, *señorío fértil*. Llamóse Paraima, no sólo a un afluente del Orinoco, sino también a la dilatada y fértil zona que está al este de la laguna de Tacarigua (estado Carabobo), poblada hoy de ricas haciendas.

Continuando hacia el oeste tropezamos con el hermoso golfo de Paraguaná o golfo de Ojeda. En las costas de este golfo hubo un pueblo

8. Irving Washington, *Vida y viajes de Colón*, Valparaíso, Imp. de la Patria, 1893, 351 p.

llamado Paraguán, y en la costa a barlovento de Coro, cerca de la desembocadura del Tocuyo, estuvo el Estero de los Paraguachos o Paraguacoas. Más al oeste del golfo de Paraguaná aparece la radical *para*, de una manera aislada, en Paraute, pueblecito a orillas del lago de Maracaibo, y más al oeste, en Veragua o Beragua, que es corrupción de Paragua, y Panamá que lo es de Paramá.

Todavía más. Los caribes llamaron a los holandeses, *paramachire* que equivale a *habitantes del mar*. De aquí Paramaribo, nombre de la actual capital de la Guayana Holandesa.

Los cumanagotos, cuya lengua es una rama de la caribe, llamaron al mar, *parahua*; *parahuapona*, *a la mar*; *parahua*, *golfo*; *parahuayahuan*, *isla*. La voz *piragua*, nombre de una embarcación indiana ¿se deriva de *parahua*, o del vocablo *pira*, que en la lengua guaraní equivale a *pescado*, o de *piraquá* que equivale en el mismo idioma a *cardumen*?

El nombre que dieron los haitianos al mar fue, *bagua o vagua*, que se confunde con la radical guaraní *oabagua* o *baquá*, que significa *corriente*, *velocidad*, *fuerza*. Como los caribes de las Antillas Menores llamaron al mar, *balauna*, *balaoua*, *balawa*, tiene que deducirse que *bagua* y los demás vocablos son corrupción de *paragua* (mar). Los insulares llamaron a la isla *oubao*: de aquí, probablemente, el vocablo *Cubagua*, nombre de la isla de las Perlas; con lo que quisieron decir los indígenas de Paria a los castellanos que la tierra de donde se tenían las perlas que ellos contemplaban, era una isla.

Por lo expuesto, vemos que la gran región acuática, o la zona geográfica de la América del Sur, donde la radical *para* desempeña un papel tan importante, significando *mar*, *agua*, *río*, *lago*, *terreno fértil*, *gran masa de agua*, etc. etc., se extiende desde las pampas del Plata y declive oriental de los Andes de Bolivia, Perú y Ecuador hasta el Atlántico, en todas las costas del Brasil, Guayana y Venezuela. La ausencia de la radical, en las provincias occidentales de Venezuela, manifiesta que, la nación caribe, en sus excursiones de sur a norte, no pasó de los Andes venezolanos, y que su grande influencia la ejerció en toda la región oriental del continente, es decir, en las hoyas del Amazonas y del Orinoco, y en las costas al norte y este de Venezuela.

En los pueblos de la antigua Cundinamarca los nombres geográficos que llevan la radical *para* son muy raros: Sólo podemos mencionar a *Paratro*, nombre de una quebrada afluente del río Cauca; a *Paravare*; nombre de una isla y de un río, y *Pargua*, quebrada del estado de Boyacá. La influencia de la nación caribe sobre las regiones andinas de Cundinamarca fue del todo ignorada por los pueblos de la raza muysca.

¿En dónde se origina la célebre radical *para* de la que acabamos de hablar, y la cual abraza una región tan dilatada del continente de la América del Sur? ¿De dónde tomaron los peruanos este vocablo para significar la *lluvia*, que aceptaron los guaraníes para representar *el mar*, *las grandes masas de agua y los ríos más caudalosos* de la tierra?

Refiere García (*Origen de los indios*) que *para*, como radical de *lluvia*, *agua*, etc., se deriva de la voz hebrea *pari*, que significa *fertilizar.* Las elucubraciones modernas dan a este vocablo quechua una acepción más elevada. Su estudio nos resuelve, no sólo el problema de la emigración del pueblo caribe, de sur a norte, sino también los orígenes de las poblaciones primitivas, en las regiones occidentales de América.

En el idioma sánscrito, *purva* y *puruva* significan *la playa oriental.* De aquí deriva el orientalista Paravey los nombres de Perú, Pará, con tal o cual terminación; nombres tan frecuentes en los países al este de la India y en los pueblos americanos. En los tiempos remotos de Salomón, dice Paravey, ya las flotas de Ofir y de Tarso penetraban en la mar de Parwain, o del extremo oriental. Una de las islas Filipinas se llamó Paragoa, y en la antigua lengua de los jeroglíficos que conserva la China, la mar se llamó *yang* o *yam*[9].

Estas observaciones de Paravey, publicadas ahora cuarenta años, están confirmadas por las elucubraciones del americanista López. Hablando este autor de los orígenes asiáticos del Perú dice:

> El nombre que las tribus emigrantes dieron a esta nueva patria fue, *Perú*. Perú, en efecto, quiere decir, en sánscrito, *oriente*, *la mar*, *el sol*, *las montañas de oro*; y designa por lo tanto, *el país situado al este de la India*, con todos los caracteres indicados. Así, la misma radical se encuentra, más o menos adul-

9. Paravey, *Origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogotá*.

terada, en todas las lenguas del continente de la América del Sur: *Paraguay* o *Parahuy*, *Veragua* o *Baragua*, o *Parahua*, *Paria*, *Parima*, *Brasil* por *Para-sil*, etc., etc.[10]

De manera que el estudio de una sola de las radicales americanas del agua, basta para trasportarnos a la época de Salomón, cuando las flotas de Ofir y de Tarso penetraban en la mar de Parwain, es decir, cuando pueblos originarios del Asia oriental cruzaron las aguas del océano Pacífico y plantaron en las costas del Perú el primer árbol de la civilización americana. A través del tiempo y de las revoluciones, los orígenes asiáticos de una parte del continente, sospechados por el estudio de ciertos nombres geográficos, han podido difundirse por medio de la emigración de los pueblos, en los días fabulosos de América. Sólo así puede hoy asegurarse que los parias o pariagotos que saludaron a las naos de Colón, en las costas orientales de Venezuela, eran los representantes de las naciones asiáticas que, en la primera noche de la historia del Nuevo Mundo, pasaron de uno a otro hemisferio.

* * *

Retrocedamos ahora al punto de donde partimos, las naciones guaraní y quechua, para continuar con el estudio de nuevas radicales. En estas naciones, además de la radical *para*, como representante de *lluvia*, *mar*, *grandes masas de agua*, se conocen otros vocablos semejantes que no han pasado de las localidades mencionadas, y conservan un carácter puramente local.

En la lengua guaraní río y agua se traducen por *i*, la más sencilla expresión de las radicales americanas; *íaca*, *cántaro para sacar agua*; *íaibu*, *ruido de agua*; *íana*, *agua pesada*; *íyuqui*, *agua salada*; *íayi*, *gota de agua*. Muchos ríos del Paraguay y del Brasil tienen esta radical; así, *ípoatai* significa, *río derecho*; *ígai*, *agua mala*; *ípau*, *isla de río*; *íricabagua*, *río caudaloso*; *íroi*, *río frío* (Brasil). De *í*, *río*, se deriva *íupaba*, *laguna*.

Como se ve, la radical guaraní *í*, *agua*, *río*, no ha pasado de las regiones del Brasil, que pueden considerarse como parte de la nación guaraní.

10. López, *Les races aryennes du Perou*.

En el idioma de los peruanos, agua se traduce por *unu* y también por *yacú*, que es corrupción de *huyu.* Así, *ayengo-yacú*, significa, *río de hormigas*; *Chiriyacú*, *río frío*; *huasca-yacú*, *río de cuerda.* El vocablo *yacú*, como equivalente de agua, es usado solamente por algunas tribus, como por ejemplo, la de los chinchas. El resto de la nación acepta la voz *unu*, como veremos más adelante.

En la misma lengua quechua llámase al lago *cocha*. De aquí, *Chashuacocha*, *lago de peces*; *Cupiscocha*, *lago de palos*. Al mar lo llaman *mamacocha*, que equivale a *madre de los lagos* o *de las aguas*.

Después de la radical *para* que ha conquistado toda la América oriental, ninguna otra ha ocupado, en el continente, un área más dilatada que la radical peruana *una*, equivalente a *agua*, *río* o *agua de fuente*.

Unu, *une*, *uma, ueni*, *ini*, *uni*, *weni*, *oni*, *wini*, *wune*, *ina* son radicales de diferentes naciones; pero de un mismo origen. En la hoya del gran Amazonas, y en el territorio venezolano Amazonas, cada una de estas partículas representa al *agua*, en muchos nombres de ríos, lagos, etc.

La nación de los omaguas dice *uní*; la de los vainambocas, *uné*; los tarianos, los barres y vanivas del río Isauna, dicen *uni*; los banivas de Javita, de Torno y de Marca, dicen *weni*; los gainaros, *oni*; los marawakwa, *wune*; los aravacos, *wuni.* De aquí multitud de nombres con esta radical.

En la hoya del Orinoco, los maypures yaviteros dicen *veni* o *ueni*; los wapisianas, *wuni*; pero otras radicales más o menos semejantes se encuentran en muchos ríos afluentes del Orinoco, del río Negro, del Caroní, Atabapo, etc., etc. Así tenemos: *Yupaqueni*, afluente del Caroní; *Yumariquini*, que lo es del Pao; *Matacuni*, *Sodomi*, *Yumariquini Anaveni* (río de las piñas) *Mataveni*, *Pagüeni*, *Mariveni*, *Vataveni*, *Caraveni*, *Cupueni*, *Pargüeni*, *Emecuni*, *Ayacuni*, que lo son del Orinoco. *Pamoni*, *Curamuni*, *Scheveni*, *Pimichini*, *Naquieni*, *Iriuibini*, *Tiriquini*, tributarios del río Negro. *Chamoquinini*, *Amanaveni*, afluentes del Guaviare. *Siporiquini*, *Cosequina Juamini*, afluentes del Atabapo. *Ituribini*, *Nequeini*, *Pimichini*, del Guainía. *Amanavini* (caño del Sipapo) *Tarbeni* (isla cerca de San Borja) y el Cuyuní, que con sus tributarios *Mazaruni*, *Puruni* y *Tasconi* es uno de los ríos más célebres de la hoya del Orinoco.

Estos nombres de ríos con radicales variadas, pero que manifiestan un

mismo origen, nos muestran que las antiguas poblaciones del Orinoco y del Amazonas estuvieron en constantes relaciones y pudieron imponer sus dialectos, en sus localidades respectivas.

¿De dónde se deriva esta radical tan constante en las dilatadas comarcas del Amazonas y del Orinoco? ¿Tiene su origen como la radical *para*, al sur del continente? El estudio geográfico nos resuelve esta cuestión. Como hemos dicho, los quechuas tienen por radical del agua el vocablo *unu*, y los aymaras, nación de los Andes peruanos, dicen *uma*, mientras que los sarabecos, poiconecas y moxos dicen *une* o *uni*. Esto nos prueba que tribus desprendidas del declive oriental de los Andes peruanos, en su curso hacia el norte y en sus correrías por las llanuras del Amazonas y del Orinoco, fueron imponiendo una radical que, después de haber sufrido muchas variantes, se conserva hoy, a pesar de la acción de los siglos.

Otra de las radicales del agua, en las regiones del Orinoco, es la terminación *iquiare*. Cree Humboldt que esta partícula puede corresponder a la de *ueni* o *ueni*, y que por lo tanto, *Cassiquiare* puede significar *gran río*. A orillas del Paragua, afluente del Caroní, estuvo la nación de los cassipagotos. Cassipuna, según Humboldt, quiere decir *grande*; y *Cassipa*, *gran lago*. La terminación *iare*, en lugar de *iquiare* que indica Humboldt, nos parece más conocida. Probablemente son variantes de una misma radical. *Curicuriari*, nombre de un río de la Guayana que desemboca en el Negro, se deriva de *curucur*, *oro*; *caricuas* es oro, entre los caribes; *Curicuriari* equivaldría a *río del oro*. Como ejemplos de la radical *quiari* o *iari*, tenemos *Cassiquiare*, *Curucuriari*, *Yuruari*, *Ventuari*, *Manapiari*, *Guaviare*, *Ariari*, nombres de ríos.

Otras radicales del agua nos indican que en el Orinoco existieron naciones de diversos orígenes. Los puignabos llaman al agua *eut*; los piaroas, *ati*; los salivas, *cagua*; los otomacos *tu*, y los yaruros, *vi*. *Aguacagua* es el nombre que tiene un afluente del Caroní; *Omacagua*, lo es del Caura. La extensión limitada de estas radicales, manifiesta que las tribus o naciones que las tienen no pasaron, en remotos tiempos, de ciertas y determinadas localidades; y que si tuvieron guerras con sus vecinos, no lograron establecer sus dialectos.

Hasta aquí hemos visto, por el estudio de los nombres geográficos, que muchos pueblos de las hoyas del Amazonas y del Orinoco, oriundos de

naciones al sur del continente, lograron establecerse en los países del norte, implantando en los lugares donde se fijaron, las radicales del agua que traían desde su cuna. Esto mismo aconteció al pueblo caribe. De la misma manera que introdujo en los pueblos que conquistó la radical *para*, para representar las grandes masas pluviales y el océano, asimismo supo fijar la radical *tuna*, que en lengua caribe y sus dialectos equivale a *agua* y *río*. Los caribes del continente, y por lo tanto sus principales naciones, los chaymas, del estado Cumaná, los cumanagotos de los estados Barcelona y Bolívar, y los tamanacos, que vivieron en las regiones del Apure y del Guárico, vecinas del Orinoco, dicen *tuna*.

Entre los cumanagotos, *tunayechemar* equivale a *río*; *tunayar*, a *ribera*; *tunacuaca*, quiere decir, *al agua*.

Los caribes de las Antillas dijeron *touna*, y los de San Vicente, *douna*. Los calibis, los acawoios, los macusi, arecunas, baramuna y maiougkoug, de las Guayanas venezolana, holandesa e inglesa dicen, *tuna*.

De manera que la radical caribe ocupa hoy, después de tres y más siglos de la conquista castellana, una zona geográfica de bastante extensión, al este de Venezuela.

Los goajiros, cuyo idioma tiene mucha semejanza con el caribe, llamaron al agua *uin*. He aquí un vocablo perteneciente a la costa oeste de Venezuela, idéntico a los vocablos de origen peruano, *uni*, *ueni*, *uini*, etc., que representan el agua en muchos ríos del Amazonas y del Orinoco. Los goajiros llaman al *manantial uincua*, voz compuesta, semejante a la cumanagota *huincua*, que significa *fuente*, *manantial*.

Los arovacos, al este de la Guayana, llaman al agua *wueniyabuh*, vocablo que nos recuerda las radicales peruanas de que acabamos de hablar. Sábese que los aravacos, antes de fijarse en las regiones orientales del Orinoco, habían vivido en la costa occidental de Venezuela, cerca de los goajiros. Esto hace que los idiomas de estas dos naciones, oriundos de la raza caribe, se parezcan. El estudio de estos dos vocablos es una prueba más de la conquista de la costa occidental de Venezuela, por pueblos que pertenecieron a las regiones del Orinoco y costas de Paria.

No debe confundirse el vocablo caribe *tuna* (aguario) con *tuna*, nombre haitiano y mexicano del *nopal* o *higo chumbo*.

Los cumanagotos conocieron el árbol de tuna con los nombres de *chepereper* (higo de tuna) y *acrori* (higo de cardón). A otras variedades de este árbol dieron los nombres de *ocoyep*, *macuachapa*, etc. Los aztecas llamaron al árbol de tuna *tenuchtli.* De aquí, *Tunal*, *Tunar*, *las Tunas*, *Tunaria*, nombres de sitios y pueblos en México, las Antillas y Venezuela.

La antigua ciudad de México estuvo fundada sobre el agua, de una manera artificial. México fue el nombre que tuvo el barrio donde vivían los emperadores; pero la ciudad se llamó *Tenuchtatlan* que significa *tuna de piedra*, o árbol de tuna esculpido sobre piedra. Sábese que en el escudo nacional de México, el águila reposa sobre un árbol de tuna (nopal de algunas tribus aztecas), y que los chichimecas (una de las naciones antiguas de México) aplacaban la sed con el fruto de sus tunales, que fueron para ellos el alimento que les regalaba la tierra árida y desprovista de agua, en la cual les había fijado la Providencia.

¿De dónde viene la radical *tuna*, como representante del *agua*, en todos los dialectos de la lengua caribe? Esta radical tiene su origen en la nación *movina*, perteneciente a la familia de los *moxos*, al este de los Andes peruanos, la cual conoce el agua con el nombre de *touni*. En la conquista del norte por los pueblos del sur, unas tribus conocían el vocablo quechua *unu* (agua), cambiado después por *uni*, *ueni*, *vuni*, *wueni*, etc., etc., el cual pudo llegar hasta las costas atlánticas. Otras, conocían el vocablo de origen moxo *touni* (agua), con el cual continuaron hasta las Guayanas, costas de Venezuela y Antillas.

¿Por qué en algunos de los pueblos que habitan las altiplanicies y valles de los Andes, las radicales del agua no han pasado de sus localidades? La constitución geográfica del continente parece haber ejercido alguna influencia en las poblaciones al oeste y este de la América del Sur. La emigración de los pueblos de sur a norte pudo efectuarse de una manera más constante, en la zona acuática, al este de la cordillera andina, que en los países elevados. Las naciones andinas, sostenidas por su antigüedad y por su forma de gobierno, no ensancharon el radio de sus conquistas, sino hasta los límites en donde podían ejercer su autoridad. No así los pueblos viajeros, tribus desprendidas de las naciones del sur, que encontrando una zona llana, surcada de ríos navegables y circundada por el océano, en sus

extremos este y norte, siguieron el curso de las aguas hasta llegar a las orillas del Atlántico. Esto explica por qué en las hoyas del Amazonas y del Orinoco abunda una misma radical en muchos nombres de los ríos; lo que parece indicar la conquista y guerras de tribus o naciones, oriundas de diferentes centros americanos; mientras que en las naciones andinas las radicales del agua no llegaron a tener influencia alguna en el desarrollo de ciertos nombres geográficos.

Las radicales quechuas *huyu* (río), *cocha* (lago), *mamacocha* (mar), no han pasado de los pueblos del Perú, de Bolivia y del Ecuador. Las radicales guaraníes *í* (agua, río) *íupaba* (laguna) no han llegado sino hasta las regiones del Brasil. El vocablo muysca *sie* o *xie* (agua, río) no pasó de las provincias andinas de Venezuela que algo participaron del influjo de la nación chibcha.

En nuestros pueblos de occidente sucede lo mismo. Los motilones, pueblo nómade, inconstante y feroz, llamaron al agua *chimara.* Los timotes, en los Andes de Trujillo, emplearon el vocablo *schombeuch*, y llamaron al río *kombok*[11], voces que, en nada se asemejan a las conocidas por las naciones vecinas de los llanos.

En la misma zona del Orinoco se tropieza con anomalías inexplicables. Los guaraúnos del delta llaman al río *naba*; al mar, *nabaida*; mientras conocen el agua con el nombre de *jo* (ho). Y esto es tanto más notable, cuanto que la nación de los guaraúnos está en contacto con las antiguas tribus caribes de las Guayanas venezolana e inglesa.

Los aravacas de la Guayana, en las dilatadas tierras de Upata, llaman al agua *oniabeo*, vocablo parecido al guaraúno *naba* (río), *nabaida* (mar). Los avacues, cerca de la serranía de Pacaraima dicen *ocojá* (agua), voz que se asemeja a *o'ghcogh* (agua) de las naciones amazónicas, los cobous y los tucanos. Los otomacos, de las regiones del Soriaruco, Orinoco, Meta, dicen, *ta* (agua), nombre que recuerda la radical guaraní *í* (río), y los yaruros, en los mismos lugares mencionados, dicen *vi* (agua), indicando un mismo origen.

Comparando las diversas radicales del agua en las hoyas del Amazonas y del Orinoco, encontramos grupos, más o menos semejantes, que indican

11. Urrecheaga, *Noticias sobre la lengua de los timotes*, trabajo inédito.

no sólo afinidades de familia, sino también orígenes de una misma sección de América.

En vista de cuanto acabamos de exponer sobre las radicales americanas del agua en la América del Sur, se nos ocurre preguntar: ¿estaban pobladas o desiertas las hoyas del Amazonas y del Orinoco antes de la irrupción de los pueblos del sur? Los diversos nombres geográficos de que hemos hablado ¿fueron impuestos por los pueblos conquistadores? En el caso en que estas regiones estuvieran pobladas cuando entraron en ellas las naciones del sur ¿quiénes eran sus habitantes, cuáles los nombres geográficos de los grandes ríos? Estas cuestiones nos conducen a hablar de la radical mexicana del agua.

Los aztecas llamaron al agua *atl.* De aquí, *otlantona*, *la mujer que resplandece en el agua*; *atlacamani*, *tempestuoso*, nombre de la diosa de las aguas; *atlaccahuatl*, *febrero*, primer mes de los mexicanos; *atlatl*, el *dardo*, según Torquemada[12]. *Atl* fue una de las divinidades de los aztecas y *Hiqueatl*, una de las tres divinidades del agua. Refiere García (*Origen de los indios*) que la región por donde aguardaban los aztecas a su gran legislador Quetzalcoquatl, la situaban al oriente, región donde indicó Platón que estuvo la sumergida Atlántida. Al ver la abundancia de nombres rematados por *atl* y con las consonantes *t*, *l*, mudas o líquidas, supone el cronista español que los primitivos fundadores de México llegaron por las costas de Oriente, y que la abundancia de la sílaba *atl* indica un origen común con los pobladores de la Atlántida de Platón.

He aquí una radical célebre que da mucho en qué pensar. ¡La cuna de los antiguos mitólogos, los atlantes de las costas oeste y norte de África, náufragos de la Atlántida sumergida, al oeste del estrecho de Gibraltar, restableciendo su civilización, creando la astronomía, fundando de nuevo sus creencias sobre las alturas de Anahuac! Cuestiones son éstas que halagan más a la imaginación que a la historia, pero que, tarde o temprano, el espíritu humano, en posesión de nuevos materiales, podrá desarrollar, marcando el rumbo que tomó una parte del género humano, al pasar de las costas occidentales del Viejo Mundo a las regiones orientales de América.

---

12. Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, Madrid, Nicolás Rodríguez Franco, 1723, 3 v.

Un escritor inglés, el reverendo W.H. Brett, en su obra titulada *The Indian Tribes of Guiana*, publicada en 1868, hablando de las tribus caribes al este de las Guayanas, dice lo siguiente:

> Sería interesante, si pudiera hacerse, trazar la más antigua historia de esta tribu y de otras emparentadas con ella, y averiguar si, en una época primitiva, tuvieron comunicación con las tribus más civilizadas que residían cerca de la costa occidental del Continente.
>
> No necesitamos, por supuesto, suponer que esas tribus salvajes derivaron del pueblo de Cuzco o de Quito su afición a perforarse las orejas y usar en ellas grandes ornamentos; aunque en la corte de los Incas prevalecía una costumbre semejante, y los cartílagos grandemente extendidos eran indispensables en todos los que aspiraban a cierto grado de nobleza. Pero el uso dicho de los quipos (o quipus), entre los arecunas, en los primeros tiempos, parece indicar trato con alguna de las naciones más civilizadas. Para una tribu que residía entonces, como la de ellos, en el Río Negro, en el corazón del Continente, semejante comunicación no era, en verdad, imposible.
>
> Las razas indias se han aprovechado largo tiempo del magnífico sistema de comunicación acuática que ofrecen para el tráfico el Amazonas y sus tributarios. Las cascadas y los rápidos que se encuentran en esas corrientes de agua, no les presentan obstáculos insuperables. De este modo, los artículos producidos, manufacturados en un país, pasaban gradualmente a otros muy distantes. Hasta hay algunos que han creído que era del Perú de donde se llevaban aquellos "ídolos" y joyas de oro, que los aventureros europeos conseguían en el Orinoco y en otras partes, y aunque cortos en número, dieron fuerza a los informes respecto a las riquezas de la tierra, que cita Milton en su mejor poema, como la
>
> "aún no contaminada
Guayana, a cuya gran ciudad los hijos
de Gerïon, la llaman el Dorado".

Lo que el viajero inglés presume, sobre el origen de los pueblos oriundos de la nación caribe, basado en el uso de los quipos y joyas de oro, entre las tribus caribes, acabamos de probarlo por el estudio de los nombres geográficos y las radicales del agua. Éstas nos han servido para conocer el itinerario de las naciones indígenas, en su marcha de sur a norte. Ningún monumento más duradero y más elocuente, en la historia antigua de América,

que la red de ríos navegables, vías fluviales, que sirven de comunicación entre las tres grandes hoyas de la América del Sur. Sin conocimientos, sin arte, sin industria, estos pueblos no pudieron dejar, en sus correrías, monolitos ni obra alguna que mostrara a la generación actual la conquista de la zona acuática, al este de América; pero sí dejaron los nombres geográficos, las radicales del agua que desde niños habían aprendido de sus mayores. En la historia de los pueblos, como en la historia de la familia, los nombres que han pasado de padres a hijos, en la mayoría de los casos, prueban un origen semejante. La civilización asiática, que desde los primeros días de América penetró por la región de los Andes, ha podido conservarse en ciertos nombres que, después de muchos siglos, testigos de luchas y revoluciones, entre los pueblos de América, ignoradas hoy por completo, han cruzado el continente de uno a otro extremo.

Paria, "Los Jardines de Colón", la primera tierra de América que contempló el célebre genovés, y para nosotros, el pórtico de la historia de Venezuela en todas sus épocas, es el representante más célebre del Asia Oriental, en las tierras que fertiliza el majestuoso Orinoco.

LITERATURA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS DE VENEZUELA

Al Dr. A. Ernst,
profesor de la Universidad de Caracas
y director de la Biblioteca y Museo nacionales.
Homenaje del autor.

UNO DE LOS CARACTERES más trascendentales de la sociedad moderna es su movimiento científico, espíritu investigador que la guía en todos los ramos del saber humano. Rehacer, reconstruir, oponer un dique al tiempo que todo lo vence; continuar el trabajo de los obreros que se lleva la muerte; conocer y seguir en sus resultados las leyes del universo físico, y la historia de la sociedad, desde su origen; resucitar las tradiciones, los monumentos sepultados por los cataclismos; remover los osarios de las pasadas generaciones y sacar a luz las inscripciones antiguas; seguir a los primeros pueblos en sus peregrinaciones y mostrar los rudimentos y adelantamientos del arte primitivo; continuar finalmente, la vía trazada por la imprenta y buscar las relaciones entre todas las razas y todas las lenguas: tales son los esfuerzos que hace la inteligencia humana para levantar la obra monumental del siglo XIX.

La historia de la naturaleza y la del hombre, como ser pensante y social, van siempre mancomunadas. Sin comunicarse, los obreros del pensamiento, en cada una de estas dos grandes secciones, se identifican, trabajan en pro de una misma idea y solicitan iguales resultados: el conocimiento del mundo exterior, la filiación material, social e histórica del hombre; su progreso desde el día en que apareció sobre la haz de la tierra.

En la misma categoría están el geólogo que escudriña y estudia las capas terrestres, para conocer la edad relativa de la Tierra y los cataclismos del globo, que el arqueólogo que desentierra las reliquias de los siglos, para llegar a la cuna de los primeros pueblos. En la misma categoría el astróno-

mo que hunde la mirada en las profundidades del espacio, para sorprender los mundos, en su estado genésico, que el anticuario que remueve las cenizas de los sepulcros y solicita la obra de arcilla que creó la cerámica, la medalla que dio nacimiento a la numismática. Tan sagaz el micrógrafo que estudia los órganos de la flor, el químico que sigue las moléculas en todas sus evoluciones, como el bibliófilo que no desperdicia la más insignificante escritura, desde los más remotos tiempos de la historia del hombre. Tan constante el filólogo que penetra en los arcanos del lenguaje, como el etnógrafo que estudia las costumbres y emigraciones de los pueblos, sus lenguas, sus conquistas y sus orígenes.

Que el espíritu investigador se fije en la historia de las primeras naciones del Asia, cuna del género humano, o en la hoya del Mediterráneo, circundada de pueblos inmortales en los anales del mundo antiguo, o que visite los salvajes sitios del Asia o de la Europa del norte, por todas partes no tendrá sino un mismo horizonte: la historia del hombre. La localidad poco importa. Donde quiera que haya habido seres pensantes tiene que haber existido una civilización, una serie de conquistas, mitos y creencias, grandezas y miserias. Pasar de la barbarie a la opulencia y descender de la opulencia a la degradación, para volver a ascender, es una ley de la historia. La actual sociedad vive sobre los despojos de las pasadas; y las venideras removerán nuestros sepulcros. Pero en este desmoronamiento constante y necesario, queda siempre triunfante la ley del progreso: la obra humana, el arte, la industria, la perfectibilidad social por medio del trabajo; el conocimiento de la verdad moral por medio del cultivo de la razón; la pureza de costumbres por la emancipación de los pueblos. Por esto, la sociedad moderna llama a su centro las obras de todos los tiempos, y estudia y analiza el universo, mientras que reconstruye la historia de todos los siglos.

Cerca de cuatrocientos años hace que fue descubierto el Nuevo Mundo. Correspondía al siglo actual recoger la cosecha que sembrarían España y la Europa del siglo XVI; sacar a luz las obras de sus cronistas, los documentos inéditos, los inmortales trabajos de los misioneros. Sonó la hora, y la historia, la arqueología, la etnografía, bases de granito que levantaron los artífices castellanos, aparecen, para que sobre ellas continúen los

ingenios de ambas Américas y los maestros de la ciencia europea, la obra inmortal de nuestros padres.

No vamos a escribir un estudio sobre la literatura de las lenguas americanas, que trabajo semejante no puede elaborarse sino por partes. Contribuyendo con estas páginas a la historia bibliográfica y filológica del continente, habremos puesto una piedra del suntuoso edificio cuyo conjunto pertenece a los maestros de la ciencia. Esto basta.

La historia filológica de Venezuela que comienza con las misiones castellanas a mediados del siglo décimo sexto, permanece guardada hasta el día en que el grande Humboldt pisa nuestras playas. Puede decirse que este hombre gigante abrió las puertas del siglo y estableció la alianza fraternal que ha unido a los espíritus cultivados de ambos mundos, en beneficio de una idea fecunda: el estudio de América.

El acopio de materiales de dificilísima adquisición, sobre todo, los que pertenecen a los misioneros, es la base indispensable que necesita la ciencia moderna para el estudio de los antiguos idiomas de Venezuela. Consignaremos en estas páginas los títulos de los diversos trabajos bibliográficos conocidos hasta hoy, sobre las lenguas; venezolanas, tratando de seguir la filiación establecida por Balbi, a saber: las lenguas pertenecientes a las grandes familias *caribe-tamanaca*, *saliva*, *cavere-maypure* y *yarura-betoy*: es decir, la lengua caribe, con sus dialectos, chayma, cumanagoto, tamanaco, aravaca, guaraúno, goajiro, etc.: la *saliva*, que comprende las de los atures y piaroas; la *cavere-maypure*, que comprende las pareni, maypure, achagua, muysca, y últimamente, la lengua de los yaruros que pertenece a la familia *yarura-betoy*. Pero, antes de enumerar las obras escritas sobre estos diversos idiomas venezolanos, debemos dejar establecidas dos épocas cronológicas en la historia de América, a saber: la llegada de los misioneros castellanos y europeos al continente, y la fecha de la publicación en éste, de las primeras obras escritas en lenguas americanas.

El primer proyecto referente al establecimiento de misioneros en América data desde 1560, en tiempos de Felipe II. Fue en aquellos días, cuando se comprendió que las naciones indígenas no podían conservarse sino por medio de la persuasión y de la dulzura.

Los primeros misioneros españoles en el continente, se presentan a

orillas del Orinoco en 1576, época en que fundan los jesuitas la primera ciudad de aquella región, Angostura.

Los jesuitas aparecen en la antigua Nueva Granada en 1589, en los llanos de Casanare, de donde siguieron al Orinoco. Permanecieron en ambas comarcas hasta 1767, en que fueron expulsados.

Los misioneros franceses se establecieron en el Brasil, en 1624, y más tarde, en 1629.

Las misiones de las Antillas pertenecieron a los padres carmelitas, a los dominicos, a los jesuitas y a los capuchinos. Los carmelitas se establecieron desde 1638 a 1645. Los dominicos, desde 1635. Los jesuitas, desde 1640 a 1654, y los capuchinos, desde 1642.

Los capuchinos franceses visitaron la Guayana francesa en 1635.

Las misiones de Darién y Panamá, con religiosos de Castilla, comenzaron en 1648; y en la misma época las de Cartagena o Urabá, con religiosos de Andalucía.

El principio de las misiones de Píritu, en las costas de Barcelona, data desde 1651. Misioneros españoles habían pasado de la isla de Granada a la Margarita en 1650, de donde siguieron al continente en 1651. Un año más tarde, se presentaron en los mismos lugares los padres observantes que permanecieron hasta los momentos de consumarse la independencia de Venezuela, 1821.

En 1657 se establecen los capuchinos de Aragón en las costas y pueblos de Oriente. En 1658 los capuchinos de Caracas. En 1660 comienzan las misiones en los llanos de Venezuela. En 1680 los capuchinos catalanes dan principio a las misiones de Trinidad y Guayana.

Las misiones de Maracaibo, Río de Hacha, Santa Marta comienzan en 1694, con religiosos de Valencia, que estuvieron hasta 1821.

* * *

La primera obra, en lengua indígena, que salió de las prensas del Nuevo Mundo, fue la que se publicó en México en 1550. La imprenta fue introducida en esta sección del continente en 1535. Quince años más tarde, aparece la primera obra en lengua azteca, con el siguiente título:

Veritas domini manet in eternum.
+ *Doctrina Cristiana* en lengua española y mexicana: hecha por los religiosos de la orden de Santo Domingo. Ahora nuevamente corregida y enmendada. Año 1550.
4º, l. g. a 2 col., grabaditos en madera. 9 fojas sin numerar, luego fojas x. a clvj. A la vuelta de la última se halla lo que sigue:

COLOPHON:

Con preuilegio Jmperial. A la gloria y alabanca de nro redemptor Jesu Xpo y de su bendita madre, aqui se acaba la declaracio de la doctrina xpiana en legua Española y Mexicana: y vna coluna correspode á otra: sentecia por sentecia: d' grade vtilidad y puecho pa la salud d' las aias: y en especial pa los naturales d'sta tierra, pa q sea fundados y roborados en las cosas de nra scta fe catholica: y animados pa la guarda de los madamietos diuinos: y pa q todos sepan los grades dones y riquezas q nro clementissimo redemptor quiso comunicar mediate sus sctos sacramentos con el exercicio de las obras de mia: assi corporales como spuales: todo lo ql se cotiene en la qrenta sermoncicos aq' cotenidos. Ua sacada la legua e tata claridad como aq' parece: assi por q mejor se de todo a enteder a estos naturales, como tabie porq mejor lo tome de coro los q lo qsiere tomar. Fue impssa e esta muy leal ciudad d' mexico e casa d' jua pablos por mandado d'l reueredissimo señor do fray Jua çumarraga primer Obpo de Mexico, y porq en la congregacio q los señores obpos tuuiero se ordeno q se hiciessen dos doctrinas: vna breue y otra larga: y la breue es la q el año de. M. de. xlvj. se imprimio. Manda su señoria reueredissima q la otra grande puede ser esta: pa declaracion de la otra pequeña. Acabose de imprimir a. xij dias del mes de hebrero. Año d' M. d. l. años. La ql ha sido agora nueuamente corregida y emedada.
Soli deo honor et gloria insecula seculoru. – Amén.[13]

Treinta y siete años más tarde es introducida la imprenta en el Perú, 1583, y un año después se publica el primer libro en lengua quechua, cuyo título es el siguiente:

Doctrina || cristiana, || y catecismo para instrvc || ción de los Indios y de las demas perso || nas, que han de ser enseñadas en nuestra sancta Fe. || Con vn

13. Harisse, *Bibliotheca americana vetustísima*, p. 439.

conffesionario, y otras cosas || necessarias para los que doctrinan, que se con || tienen en la página siguiente. || Compvesto por avtoridad del Concilio || Prouincial, que se celebro en la ciudad de los Reyes, el año de 1583. || Y por la misma traduzido en las dos lenguas generales, || de este Reyno, Quichua y Aymara. (Escudo). Impresso con licencia de la Real Audiencia, en la || Ciudad de los Reyes, por Antonio Ricardo primero || impressor en estos Reinos del Pirú. || Año de M. D. LXXXIIII. Años. || Esta tassado vn Real por cada pliego, en papel.

Al fin:

Impresso en la Ciudad de los Reyes, por || Antonio Ricardo. Año de || M. D. LXXXIIII. || Años.
4º, 32 h. sign. AA A-G. –Port. –v. en b. –Tabla. Provision Real y disposiciones del Concilio provincial de Lima acerca de la impresión: Los Reyes, 12 Agosto 1584. –El Santo sínodo provincial á todos los fieles de esta su provincia. Decreto. sobre el Catecismo. –Decreto sobre la traducción. –Erratas. p. en b. –Texto.[14]

* * *

Establecidos estos antecedentes sobre las dos primeras obras indígenas publicadas en América, pasemos a ocuparnos en la literatura de las lenguas indígenas de Venezuela, comenzando por los idiomas y dialectos de la gran familia caribe-tamanaca.

LITERATURA CARIBE

En las Antillas, Cuba y Puerto Rico, únicas islas que quedaron a España, después de la sostenida guerra empeñada por Inglaterra, Francia, y Holanda contra la nación conquistadora de la América, durante el siglo XVI, no llegaron a establecerse misioneros castellanos. El aflujo de población europea por una parte y la guerra contra los pueblos indígenas por otra, contribuyeron a que la raza primitiva de aquellas localidades se fundiese con la de los conquistadores, abandonando su lengua, sus tradiciones, usos y

14. Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española etc.*, v. 1, p. 998.

costumbres. No sucedió lo mismo con las Antillas francesas, donde sus nuevos amos enviaron desde el momento en que se posesionaron de ellas, misiones francesas que sometieran por medios pacíficos y conservadores a las tribus caribes que formaban la mayoría de la población de las islas. La idea iniciada por España setenta años atrás para salvar los pueblos del continente de una ruina inevitable, fue patrocinada por Luis XIV.

Los trabajos que sobre la lengua caribe conoce hoy la ciencia no pertenecen por lo tanto a España, que nada tuvo que hacer en este respecto en el archipiélago que perdió, conservándose para seguir la obra civilizadora en el gran continente que heroicamente pudo defender.

Pertenecen los primeros trabajos filológicos sobre la lengua caribe a los religiosos franceses que se establecieron en las Antillas desde 1635, y pudieron civilizar la raza caribe, tanto en las islas, como en una porción en La Guayana. El primer misionero que publicó sus trabajos fue el célebre Raymundo Breton, cuyas obras son las siguientes:

Breton. (Le Pére Raymond) *Catéchisme ou sommaire des trois premiéres parties de la doctrine chrétienne traduit du français en la langue des Caraïbes insulaires*. Auxerre 1 vol. de 70 págs. 1664.

En este catecismo aparece traducida por la primera vez la oración dominical en lengua caribe.

Breton. *Dictionnaire caraïbe français melé de quantités de Remarques historiques pour l'eclaircissement de la langue*. Auxerre 1 vol. de 480 pages. 1665.

Breton. *Dictionnaire français caraïbe. Auxerre* 1 vol. de 415 pages. 1666.

Breton. *Grammaire de la langue des Caraïbes*. 1 vol. 1667[15].

El padre Breton de la orden de predicadores nació en Francia en 1609; apenas cumplió veinte y seis años, cuando su vocación le condujo a las Antillas francesas, en calidad de misionero, en 1638, en unión de sus compañeros, Pelican, Griffon, Nicolás y otros. Después de haber desempeñado su noble encargo, partió para Francia donde acabó de publicar las obras que había comenzado a dar a luz desde 1664.

Mucho antes de que el padre Breton diera a luz sus obras en 1664, ya

15. Jacques Charles Brunet, *Manuel du libraire*, Paris, Firmin Didot, 1860-1865, 6 v.

algunos de sus trabajos filológicos habían sido conocidos, pues el padre Du Tertre, en su *Historia general de las islas de San Cristóbal, Guadalupe, Martinica y otras*, que es un interesante resumen de la *Historia de las Antillas francesas*, publicado en 1654, había dado a conocer *la oración dominical, la salutación angélica*, *el símbolo de los apóstoles y los mandamientos de Dios*, traducidos al idioma caribe, extractos, como confiesa Du Tertre, de los trabajos del padre Breton.

En la misma época en que el padre Breton publicaba su primera obra, el *Catecismo*, en caribe, aparecía la obra siguiente de otro misionero francés, escrita diez años antes:

Pelleprat (le P. Pierre). *Relation des missions des P.P. de la Compagnie de Jésus dans les iles, et dans la terre ferme de l'Amérique méridionale. Divisée en deux parties: avec une introduction a la langue des galibis sauvages de la terre ferme de l'Amérique*. Paris, 1 vol. de 121 pages. 1655[16].

El padre Pelleprat nació en Francia, según unos en 1606, y según otros en 1608. Desde muy joven entró en un colegio de jesuitas, de donde salió a la edad de veinte y siete años, para embarcarse en dirección de las Antillas francesas, 1639. Visitó las diferentes casas que tenían los jesuitas en las Antillas, y siguió a México donde ejerció su apostolado durante once años. Murió en Puebla en 1667.

En la misma época aparecen las obras de César de Rochefort a saber:

Rochefort (César de). *Histoire naturelle et morale des iles Antilles de l'Amérique. Enrichie de plusieurs belles figures, de raretés les plus considérables qui y sont décrites. Avec un vocabulaire caraïbe*. Amsterdam 1658 1 vol.[17].

Esta obra importante tuvo cuatro ediciones en el espacio de veintisiete años.

Rochefort (César de). *Le tableau de l'ile de Tabago ou de la nouvelle Oüalchre, l'une des iles Antilles de l'Amérique*. Leyde. 1 vol. 1665.

Esta obra tiene el mérito de presentar una paráfrasis, en caribe, del salmo VIII, hecho por David de la Roche.

---

16. Carayón, *Bibliographie historique de la Compagnie de Jesús etc.*, 1864. Brunet, *Manuel du libraire*.
17. Poseemos la segunda edición de Rotterdam, 1665.

Biet (Antoine). *Dictionnaire de la langue galibi*. Paris, 1664.

Este diccionario de la lengua caribe de la Guayana Francesa, hace parte de la grande obra de Aulir *Viaje de la Francia Equinoxial en la isla de Cayena en 1652*. Biet fue uno de los misioneros de la Guayana Francesa.

Suavage (M.D.L.) *Dictionnaire galibi précédé d'un essai de Grammaire*. Paris, 1763. Obra atribuida a M. de Prefontaine.

Esta obra considerada como la más completa, respecto del caribe de Cayena, parece ser, según algunos bibliógrafos, un resumen de los trabajos inéditos de Pelleprat y de los escritos de Biet, Boyer, Barrere y demás cronistas de la Francia equinoccial.

Todos estos volúmenes se refieren al caribe de las Antillas o al galibi de la Guayana Francesa, que son el idioma caribe del continente con más o menos variantes.

Humboldt que visitó la Guayana venezolana en 1800, cita, entre los diversos memoriales que llevó de América, y con los cuales obsequió a su hermano Guillermo, y a otros etnógrafos el siguiente:

Ximenez. *Vocabulario de la lengua caribe*.

Este resumen debe haber pertenecido a alguno de los misioneros españoles del Orinoco.

En 1847 publicó Henderson un libro con el siguiente título: *Araidatiu Tumurau-seguug Madeju karabagungte lau*. Alexander Henderson, Edimburgo, 1 vol. 1847.

Este trabajo es una traducción en lengua caribe, del Evangelio según San Mateo, que es lo que indica el título precedente. Este mismo autor publicó en 1846, diálogos y extractos de la Biblia en la lengua de los mosquitos, de Guatemala.

Ric. Schomburgk, viajero alemán que visitó la Guayana hace algunos años, ha dejado algunas observaciones sobre las lenguas y dialectos de algunas tribus de esta región[18]; y Brettes, en su obra, *The Indian Tribes of Guiania*, publicada en 1868, se ocupa de los caribes del Esequibo, aravacos, guaraúnos y tribus indígenas de la sección oriental del gran Orinoco.

---

18. Schomburgk, *Reisen in Britisch-Guiana, 1840-1844*, Leipzig: J.J. Weber, 1847-1848, 3 v.

Un inteligente venezolano, el señor M. Figuera Montes de Oca, ha dedicado sus vigilias al estudio de los pueblos de raza caribe que se encuentran hoy a orillas del Orinoco. Aún no se han publicado los trabajos de este joven observador.

LITERATURA CHAYMA Y PARIA

Los capuchinos aragoneses, como hemos dicho, se establecieron en las regiones de Cumaná, antigua Nueva Andalucía de los castellanos, en 1657. Pero la primera obra en lengua chayma no salió sino en la época floreciente de las misiones de Oriente en 1680, con el siguiente título:

Tauste (El P. Francisco de). *Arte y vocabulario de la lengua, de los indios chaymas, cumanagotos, cores, parias y otros diversos de la provincia de Cumaná*. Con un tratado de la doctrina cristiana y catecismo traducido del castellano en la dicha lengua indiana. Compuesto por el P. Francisco de Tauste, predicador misionero, Madrid, 1 vol. 1680.

El P. Tauste, capuchino misionero, fue víctima de los indios cumaneses y murió envenenado en 1684. Según el P. Zaragoza, tuvo don de lenguas, y fue uno de los misioneros que más se distinguieron en este particular[19]. Más adelante, al ocuparnos del P. Caravantes, volveremos a hablar de este insigne misionero.

Otro de los misioneros de esta misma época que tuvo don de lenguas fue el P. Juan de Pono, víctima igualmente de los indios cumaneses, en 1693. Escribió una *Instrucción para los indígenas.* Según Zaragoza dejó algunos manuscritos importantes.

Morán (fray Epifanio). *Progresos de los capuchinos de la conversión de los indios de la Nueva Andalucía*.

Esta obra la encontramos indicada en el curioso libro de fray Andrés de Lisboa titulado: *Epítome historial de las grandezas de la seráfica religión de los menores capuchinos*. 1754, Madrid.

La figura más notable de los capuchinos misioneros de la Nueva

19. Fray Lorenzo de Zaragoza, *Memorial de la Misión de Capuchinos de la provincia de Cumaná y un breve resumen de las demás*, 1703.

Andalucía, es sin duda alguna, la del célebre padre José de Caravantes. Caravantes, natural de España, nació en 1628 y murió en 1694. Desde muy joven se dedicó al servicio de Dios, ejerciendo su ministerio en ambos mundos, durante cuarenta años de su vida ejemplar. De sus numerosos trabajos sólo conocemos los siguientes:

Caravantes. *Instrucción para aquellos que se dedican a las misiones en las Indi*as (en latín).

Caravantes. *Vocabulario en lenguas indígenas* (en latín).

Caravantes. *Copia de carta al marqués de Aytona, en que da cuenta de la misión en las provincias de Caracas y Cumaná*, 1 cuaderno con 12 folios, 1666[20].

Caravantes. *Oración a la Santa Congregación* de propaganda fide, *de los progresos y frutos de las misiones de los capuchinos en Nueva Andalucía*, *de sus tierras*, *frutos y gentes*, publicada en latín. Madrid, 1666.

Según Pinelo, *Epítome de la biblioteca oriental y occidental*, esta obra fue vertida al castellano por Salas de Quiroga, quien la publicó en 1698, acompañándola del *voto de obediencia* que llevó a S. Santidad, de los caciques de los indios azaques, tapies, cores, chaymas y caribes, con fecha de 10 de febrero de 1666.

Caravantes. *Práctica de las misiones.* 2 vols. Madrid, 1674 a 1678.

Caravantes. *Pláticas dominicales*. Madrid, 1687 a 1689.

Según Pinelo, Caravantes escribió el *Arte y vocabulario de la lengua de los caribes de la Nueva Andalucía*, y *Sermones* en el mismo idioma, los cuales entregó a fray Francisco de Tauste, quien los hizo imprimir en Madrid, no con el nombre del autor, sino con el suyo, como dice Quiroga en la *Vida de Caravantes* publicada en 1698.

---

20. Esta memoria desconocida a todos los bibliógrafos, la hemos visto indicada en el catálogo de Bolton Corney, Londres, 1871.
Los bibliógrafos españoles están deficientes respecto de las obras de Caravantes y otros misioneros escritores en América. Se contentaron aquellos con citar los títulos de algunas obras, sin indicar el lugar de impresión y demás pormenores necesarios que confirman la existencia de un libro. Para conocer a Caravantes, o mejor dicho, la literatura de los misioneros castellanos, necesítase poseer los trabajos de cada escritor. Sólo así podrían llenarse las lagunas bibliográficas que tienen Pinelo, Nicolás Antonio, Gallardo y demás bibliógrafos de la conquista castellana.

Esto no parece cierto, si se atiende a que, según el testimonio de Zaragoza y demás compañeros de Tauste, éste tuvo el *don de lenguas.* Puede decirse, que de los capuchinos misioneros de la Nueva Andalucía, sólo tres se ocuparon en la filología de la región oriental de Venezuela: Tauste, Pono y Caravantes. Es de presumirse que Caravantes entregara sus trabajos a su amigo y compañero Tauste para que éste elaborara una obra en vista de los materiales de ambos, y que como hombre desprendido no quisiera figurar como autor. Según el testimonio de fray Mateo Anguiano, que se ocupó en la historia de las misiones de la Nueva Andalucía, como veremos más adelante, fray Francisco de Tauste escribió *un vocabulario* en lenguas indígenas.

Anguiano (fray Mateo de). *Vida de fray Francisco de Pamplona*, en la cual trata de las misiones de los capuchinos en Darien, Cumaná y otras partes de las Indias occidentales. 1 vol. impreso en 1685, según Pinelo.

Anguiano. *De las misiones de la isla de la Trinidad y actos de los siervos de Dios fray Estevan de San Felipe y fray Marcos de Uique*, impreso en 1702-1704.

Anguiano. *De la misión apostólica Macairense, con la vida de fray Gregorio de Ibis*, impreso en 1702.

Las obras de este autor son muy citadas por los historiadores que se han ocupado en el progreso de las misiones, en las provincias orientales de Venezuela.

González de Quiroga (Diego). *Vida del nuevo apóstol de Galicia, el V.P. fray José de Caravantes.* 1698.

Debemos agregar a estas obras las siguientes citadas por Pinelo, las cuales nunca llegaron a publicarse.

Moyranolay (fray Epifanio). 1º *Historia apostólica en que se contienen las gloriosas obras de los capuchinos, en la Nueva Andalucía, en la conversión de los indios.* 2º *Reconvención de Cristo a Belial, e impiedad de los indios católicos.* 3º *De los esclavos libres o defensa de la libertad natural de los esclavos de África.*

Humboldt, en el tomo III, de su *Viaje a las regiones equinoxiales*, después de haber hablado de la nación de los chaymas, como él la encontró en 1799, agrega, al fin del volumen, un *vocabulario chayma* que contiene más de cien voces y locuciones.

La nación de los chaymas, de cuya literatura acabamos de hablar, así como sus vecinos los parias y cores, son pueblos que han desaparecido, y de los cuales apenas si se conserva uno que otro grupo, en las altas montañas o en el sitio que sirvió al antiguo convento de las misiones de Caripe. Ocuparon aquellas naciones toda la península de Paria, y tuvieron por vecinos al oeste, la célebre nación de los cumanagotos que pobló antiguamente, todo el estado actual de Barcelona y una parte del de Bolívar, extendiéndose por el sur hacia las llanuras que riega el Tuy. De los antiguos cumanagotos quedan también grupos esparcidos, en un completo estado de embrutecimiento.

El primer castellano que conoció con perfección la lengua cumanagota, fue aquel Francisco Rodríguez Leite, antiguo vecino de la ciudad de Cumanagoto, que elevó por los años de 1650 a 1651 una representación al obispo de Puerto Rico, López de Aro, en la cual mostraba la necesidad de conquistar la nación cumanagota por medio de los ministros del Evangelio. Lo primero que ofreció Leite fue, enseñar la lengua cumanagota a los frailes franciscanos que llegaran a las costas de Barcelona, comprometiéndose a ponerlos en capacidad de comenzar su encargo apostólico.

Así sucedió en efecto, y cuando llegaron los primeros misioneros en 1656 encontraron a su maestro. Ya de 1651 a 1652 habían estado dos misioneros en los dos pueblos llamados la *Concepción de Píritu* en la costa, y *San Salvador de Chacopata* en el sitio de Cocheima; pero, calumniados por los castellanos, tuvieron estos primeros apóstoles que abandonar la obra comenzada.

Como los escritores en lengua cumanagota fueron misioneros, es necesario, para no perder el orden cronológico, fijar la época en que figuraron tres de los principales escritores, a saber: el padre Manuel Yangües, que llegó a Venezuela en la segunda misión de los padres observantes de Píritu, 1660; el padre Matías Ruiz Blanco, en la tercera misión, que llegó en 1672; y el padre Diego de Tapia, de la misión sexta, que llegó en 1693.

Aunque hubo otros escritores, pertenecientes a las misiones de

Cumaná, como Caravantes, Tauste y algunos más que escribieron en lengua cumanagota, puede decirse que los tres misioneros nombrados fueron los primeros que dieron a conocer, en sus diversas obras, la lengua cumanagota.

Yangües (fray Manuel del orden de S. Francisco). *Principios y reglas de la lengua cumanagota general en varias naciones que habitan en la provincia de Cumaná…* Sacados a luz ahora nuevamente, corregidos y reducidos a mayor claridad y brevedad, junto con un diccionario que ha compuesto el P.P. Matías Blanco. Burgos, 1 vol. 1683.

El padre Yangües, hijo de la provincia de Castilla y predicador, maestro de novicios en el Convento de San Francisco, de Madrid, era aún joven, cuando, en 1660, llegó a las misiones de Píritu. Según Ruiz Blanco, (*Conversión de Píritu*), Yangües fue el primero que tradujo la doctrina cristiana a la lengua cumanagota. De vida ejemplar, apóstol de verdadera caridad, no estuvo entre los misioneros sino pocos años, pues murió en Caracas en 1676. Los despojos mortales de este santo varón fueron enterrados en la capilla de la Soledad del Templo de San Francisco, según dice Caulín[21].

Sigamos con la enumeración de las obras de Ruiz Blanco, natural de Andalucía, lector de artes y teología, que llegó a Píritu con la misión quinta, en 1672, y se dedicó, con entusiasmo, al estudio de la lengua cumanagota.

Puede decirse, que la primera obra de este distinguido misionero fue la de Yangües, de la cual volveremos a hablar. Las otras obras son las siguientes:

Ruiz Blanco (P. fray Matías, de la Observancia de San Francisco). *Conversión de Píritu, de indios cumanagotos, palenques y otros. Sus principios e incremento que hoy tiene con todas las cosas más singulares del país, política y ritos de sus naturales, práctica que se observa por su reducción y otras cosas dignas de mencionar.* Madrid, 1 vol. 1690.

De esta obra tomó Caulín, para su *Historia de la Nueva Andalucía*, multitud de noticias referentes a la llegada y vida de los misioneros de Barcelona,

21. Caulín, *op. cit.*

así como otras muchas, sobre costumbres de los indios, noticias sobre animales y vegetales, épocas de la fundación de algunos pueblos, etc., etc.

La *Conversión de Píritu* es una obra importante para la historia antigua de la sección oriental de Venezuela; y sobre todo, para la conquista espiritual de los misioneros en la provincia de Barcelona. La edición que poseemos está seguida de la siguiente obra del mismo autor.

Ruiz Blanco. *Práctica que hay en la enseñanza de los indios*, con directivo para que los religiosos puedan cómodamente instruirse en las cosas esenciales de la religión cristiana.

Comprende este tratado la doctrina cristiana, 8 páginas y algunas dudas sobre la traducción de la doctrina en 10 páginas. Siguen después, *un tratado sobre los verbos que en lengua cumanagota significan creer*, en 4 páginas y en seguida, *brevísima explicación de los artículos de la fe, preceptos del decálogo y sacramento de la Santa Iglesia*, en lengua de los indios de Píritu, 23 páginas, que finalizan con *unos versos en lengua cumanagota para celebrar el nacimiento del Señor*, 3 páginas, y 8 más que corresponden al índice.

En este volumen, el autor ha agregado como trabajo por separado, con numeración nueva, la siguiente obra:

Ruiz Blanco. *Reglas para la inteligencia de la lengua de los indios de Píritu*, o lo que es lo mismo, *Gramática de la lengua cumanagota*, 1 vol. de 46 páginas. Esta obra está continuada de la siguiente:

Ruiz Blanco. *Tesoro de nombres y verbos de la lengua cumanagota*, *con algunas frases y modos de hablar particulares*, 1 vol. de 200 páginas, incluyendo el índice de la gramática, una fe de erratas y un himno, en cumanagoto, a la Purísima Concepción de la Madre de Dios.

Estos dos últimos trabajos del célebre misionero son una nueva edición aumentada y corregida de la obra de Yangües, impresa en Burgos en 1683, de la cual hemos hablado ya.

En la Biblioteca Americana dirigida por M. Leclerc, París 1867, encontramos citadas dos obras más de Ruiz Blanco, de las cuales no teníamos noticias.

Ruiz Blanco. *Manual para catequizar y administrar los Santos Sacramentos a los indios que habitan la provincia de la Nueva Andalucía, y Nueva*

Barcelona, y San Cristóbal de los cumanagotos. Burgos. 1 vol. de 101 páginas, 1683.

Ruiz Blanco… *Señor, fray Mathías Ruiz Blanco, de la regular observancia de N.P. San Francisco, lector de Theología, ex-comisario apostólico, y padre el más antiguo de las santas conversiones de Píritu…* dice 1 vol. Madrid 1695.

Según Leclerc, esta preciosa memoria presentada al rey, contiene un compendio del descubrimiento de la Nueva Barcelona, y la relación de las misiones entre los indios cumanagotos, palenques o guaribes, tucuyos, tumuzas, cuacas y cores.

Vemos por lo expuesto que ninguno de los misioneros castellanos en Venezuela ha dejado a la ciencia filológica un acopio de materiales tan interesantes como el padre Ruiz Blanco. Y es de extrañarse que Pinelo no cite, en su *Biblioteca*, sino dos de las obras del célebre escritor y Brunet ninguna, cuando hoy, después que han pasado casi dos siglos de haber publicado sus obras aquel misionero, se encuentran todas, aunque en número tan reducido, que tropezar, con una de ellas puede considerarse como un hallazgo bibliográfico.

Ningún competidor más digno de Ruiz Blanco que el no menos célebre Diego de Tapia de quien vamos a ocuparnos. El padre Tapia llegó con la sexta misión en 1693. Antes de salir de España para América, ya el padre Tapia conocía la lengua cumanagota por los trabajos de sus predecesores. Y llegó a poseerla con tal perfección, que escribió y recitó sermones delante de sus compañeros de claustro, en Andalucía, dejando a éstos admirados al ver la facilidad con la cual había aprendido un idioma por las reglas y sin haberlo practicado.

El padre Diego de Tapia permaneció entre las tribus del oriente de Venezuela cerca de cuarenta años; y fue tal la facilidad con que se comunicaba con los indios, que éstos llegaron a decirle, que conocía la lengua cumanagota con más perfección que los naturales; lo que contribuyó a la veneración, respeto y admiración con que le distinguieron los pueblos salvajes de Barcelona y Cumaná. La primera obra de este misionero, en lengua cumanagota, es la siguiente:

Tapia (fray Diego de). *Confessonario en lengua cumanagota, y de otras*

naciones de indios de la Provincia de Cumaná, con unas advertencias previas al confessonario para los confessores. Madrid, 1 vol. de 732 páginas, 1723[22].

Esta obra célebre, de la cual existe un ejemplar incompleto en la Biblioteca Nacional de Venezuela, contiene: 18 páginas para la dedicatoria y aprobaciones; *advertencias previas* en 238 páginas: *Plática en que se enseña a los indios el modo de confesarse* (en dos lenguas: española y cumanagota) en 696 páginas y un *índice*. 1 vol. pequeño con 732 páginas y una plancha que representa la Virgen a la cual está dedicado este libro.

Tapia. *Resso cotidiano*, en el idioma cumanagoto compuesto por el R. P. fray Diego de Tapia etc., etc., que saca a luz el P. fray Pedro Cordero, religioso menor e hijo de la Observancia de la Provincia de Píritu, predicador y misionero apostólico en las conversiones de esta provincia: un cuaderno, 30 páginas.

Este cuaderno que conocemos manuscrito parece haber sido elaborado poco después de la llegada del P. Tapia a las misiones de Píritu, en 1693. Pero por las aprobaciones que tiene y el permiso concedido en 1745, se deduce que fue publicado en 1746. Es un tratado de la doctrina cristiana que complementa al confesonario del mismo autor.

Entre las obras inéditas que dejó el distinguido misionero, encontramos las siguientes:

Tapia. *Manual en lengua cumanagota para la administración de los sacramentos*.

–Un tratado sobre el arte, en lengua cumanagota.

–Un tratado de moral.

–Apuntes diversos sobre frases, alocuciones y razonamiento del idioma cumanagoto.

De todas estas obras manuscritas nada se sabe, y sólo conocemos sus

22. El primero que dio a conocer en Venezuela esta obra del P. Tapia y escribió algunas noticias sobre la lengua y bibliografía cumanagotas fue el Dr. Ernst, en un artículo publicado en *La Opinión Nacional* de 1871, con el título de: "Un libro en lengua cumanagota": extracto del interesante trabajo que publicó él mismo, en la *Zeitshrift für Ethnologie von Bastiannund Hartmann*, Berlin, 1870, con el título de "Noticias sobre la lengua de los cumanagotos, basadas sobre el *Confessonario* de fray Diego de Tapia".

títulos por el prólogo con que acompaña al *Resso cotidiano*, el P. Cordero, quien, entre otras cosas, en honra de Tapia, dice:

> Luego que llegó a estas apostólicas misiones empleó todo el caudal de su entendimiento, en adquirir términos y las mayores dificultades de dicho idioma, yendo y asistiendo con los indios a las funciones de trabajo, llevando atramento para hacer sus apuntaciones; y para más adelantarlo, hizo convenio con dos mozos españoles que sabían dicha lengua (por haber nacido y criádose entre los indios), el que S.P.R. les enseñaría a escribir, y ellos le enseñarían y explicarían dicho idioma.
> Más: que habiéndole yo alcanzado ya de avanzada edad, escuchaba y atendía al razonamiento de los indios, como si comenzase a aprender: durándole esta santa tarea hasta su muerte: de modo que con el continuado ejercicio de escribir, predicar, catequizar, enseñar y explicar la doctrina cristiana vino a saber aún más que los indios el idioma cumanagoto, como ellos mismos lo publicaban, diciendo: que, el padre Diego sabía y entendía mejor que ellos el *choto mamur*, (la lengua de los indios); por la gran destreza y acomodado modo con que les predicaba y explicaba las obligaciones de cristiano. A esto se le juntaba el continuado estudio de Santos Padres, y otros autores graves, de que se valía, para hacer sus interpretaciones de nuestro español en dicho idioma, cuando el razonamiento lo pedía; no traduciendo palabra de palabra, ni término de término, sino sentencia de sentencia; porque si el idioma de los indios lo quisiese aplicar y acomodar a nuestro modo español, quedaría áspero y bronco, para que los indios lo entendieran; y al contrario, si los términos del castellano los pusiese a la letra en los del indio, quedaría más confuso o imperceptible; siguiendo en esto a los mejores traductores, que, en nuestra Santa Madre Iglesia, hicieron las mejores traducciones…

Caulín. *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del río Orinoco*; dedicada al Rei N.S.D. Carlos III por el M.R.P. Frai Antonio Caulín, dos veces Provincial de los observantes de Granada. Dada a luz de orden y á expensas de S.M. año de 1779. Madrid.

La misma obra, reimpresión de Caracas, 1841[23].

23. Nuestro padre, en la época en que redactó *El Liberal* (1841), concibió el proyecto de dar a conocer a los pueblos de Venezuela la serie de cronistas que desde 1535 habían escrito la

El padre Caulín llegó a las misiones de Píritu, con la duodécima misión, en 1742. Su obra sobre la Nueva Andalucía, para la cual consultó, aunque no lo dice, los trabajos de fray Simón, Herrera, Ruiz Blanco y otros cronistas de la historia antigua de Venezuela, fue comenzada en 1760, época en que el autor fue nombrado corógrafo de la expedición de límites, entre España y el Brasil, bajo las órdenes de Isturriaga y Solano. En este precioso volumen se encuentran algunos vocablos cumanagotos referentes a animales, plantas y pueblos en la provincia de Barcelona. Reservamos nuestra opinión sobre esta obra la cual está consignada en otro escrito, todavía inédito[24].

Del mismo Caulín, poseemos una obra inédita que ha llegado a nuestro poder, y es la siguiente:

Caulín. *Doctrina chirstiana, traducida del castellano al cumanagoto, para el uso de las missiones, y doctrina de la Concepción de Píritu que están al cargo de los missioneros de la Regular Observancia de N.S.P.S. Francisco. Dedicado al rey N.S., en su Real y Supremo Consejo de las Indias por fray Antonio Caulín, predicador general apostólico, examinador sinodal del Obispado de Puerto Rico, y cronista que fue de dichas missiones.* Un cuaderno, 16 páginas.

Este tratado, así como el *Rezo* del padre Tapia, sobre el mismo tema, pueden reputarse como dos adquisiciones, enteramente nuevas, en la historia filológica de Venezuela.

A los trabajos mencionados de Yangües, Caravantes, Ruiz Blanco, Tapia y Caulín sobre la lengua camanagota, debemos agregar el libro de Tauste de que hemos hablado anteriormente, y que fue atribuido al padre Caravantes. Estos seis misioneros son los primeros filólogos de las lenguas que se hablaron en las provincias litorales al oriente de Venezuela.

Humboldt no menciona, entre los diversos vocabularios y gramáticas que llevó a Europa, ningún trabajo sobre la lengua cumanagota. Esto es tanto más de extrañarse, cuanto que el viajero trató en Caracas con los padres franciscanos y en Barcelona con los observantes. Su inmortal *Relación*

historia de la conquista castellana, y quiso comenzar con la obra de Caulín, la cual ha llegado a popularizarse; pero los movimientos políticos, que desde 1844, comenzaron a turbar la paz del país le impidieron continuar sus nobles propósitos.

24. *Literatura de la historia de Venezuela*, 1 v.

histórica, que abunda en datos estadísticos respecto de las misiones de Píritu, suministrados por los misioneros, y en vocablos tamanacos tomados de la célebre obra del abate Gilij, no contiene ni un solo vocablo de la lengua cumanagota; lo que indica que no pudo adquirir ninguna de las obras publicadas por los filólogos de Barcelona y Cumaná.

LITERATURA TAMANACA

La extinguida nación de los tamanacos que vivió en las regiones del Orinoco, cerca de la desembocadura del Apure, desempeñó, en pasadas épocas, un papel muy importante entre los pueblos de las llanuras de Venezuela. Nada escribieron los cronistas castellanos sobre esta nación, pero, la prolongada estadía que en ella tuvo uno de los más notables misioneros de América, el abate Gilij, ha proporcionado a la ciencia una obra inmortal que es la siguiente:

Gilij (Filippo Salvatore). *Saggio di Storia Americana ó sía Storia naturale, civile e sacra d'Regni e della provincie Spagnole di Terraferma nell'America meridionale descritta dall'abate Filippo Salvatore Gilii e consagrata alla Santittá A. N. S. Papa Pío Sesto.* 3 vols. Roma, 1780.

El abate Gilij natural de Ligones, cerca de Spoletta, en Italia, nació en 1721. A la edad de veinte años se incorporó a los jesuitas, los cuales le enviaron a América, donde permaneció por el espacio de diez y ocho años. Su inteligencia y actividad, y el interés con que visitó un gran número de naciones del Orinoco le proporcionaron extensos conocimientos sobre esta interesante sección de Venezuela. Después de haber visitado las regiones del Orinoco siguió a Bogotá, donde permaneció siete años; pero habiendo recibido en esta capital, la orden del Gobierno de España, por la cual quedaba extinguida en América la institución de los jesuitas, y expulsados sus miembros, regresó a Roma en 1767, donde murió veinte y dos años más tarde, 1789.

La obra de Gilij, que de tanto sirvió a Humboldt en su descripción del Orinoco, es el más brillante resumen que existe hoy sobre la historia geográfica, religiosa, natural y civil del antiguo Uriaparia. El autor no se limitó solamente a estas materias, pues dedica un volumen al estudio de las len-

guas del Orinoco, sobre todo el idioma tamanaco, a cuyo verbo dedica muchas páginas. En un estudio comparado, sobre las lenguas americanas, el autor complementa sus juiciosas observaciones con muchos vocabularios, entre los cuales figuran los de los tamanacos, maipures y salivas, naciones venezolanas de las cuales hablaremos más adelante.

LITERATURA DE LOS ARAVACOS, GUARAÚNOS Y OTRAS NACIONES DEL ORINOCO

Aún existen tribus nómades de los aravacos al sureste del Orinoco, a orillas del Esequibo y de Turiman y en el antiguo cantón de Upata en la Guayana venezolana; mientras que los guaraúnos no han abandonado el delta del Orinoco en el cual viven sobre los árboles, en un estado de completo embrutecimiento. Muchos guaraúnos se han fijado a orillas de los ríos que descienden de la sierra de Imataca, y otros, con tendencias más sociales, se han reunido en varios caseríos del cantón de Piacoa. Por bárbaras que hayan sido estas naciones, oriundas del pueblo caribe, no dejan de prestar su contingente al comercio extranjero que trafica en esta sección del gran río.

Schomburgk y Brettes, en sus obras sobre la Guayana, han dado noticias muy curiosas sobre estas naciones ya sometidas. De los aravacos se conocen algunos vocabularios y una edición de la *Biblia*, escrita en aravaco según dice Balbi[25].

Respecto de los guaraúnos, poseemos un vocabulario bastante extenso y las obras siguientes en las cuales se habla de las costumbres de esta nación acuática.

Level (A.E.). *Informe sobre el estado actual de los Distritos de reducción de indígenas, Alto Orinoco Central y Bajo Orinoco.* 1 vol. 1850.

En este informe sobre las antiguas misiones de Guayana, el autor se detiene sobre el estado actual de las poblaciones del delta del Orinoco, indicando los medios que deben emplearse, para sacar de su embrutecimiento actual, las poblaciones guaraúnas que viven sobre los árboles.

25. Balbi, *Atlas ethnographique du globe*, Paris, J. Renouard, 1850.

Plassard (L.). *Les Guaraunos et le Delta de l'Orenoque par le Dr. Louis Plassard*. Paris, 1868.

Esta curiosa memoria sobre la nación de los guaraúnos del delta fue publicada en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de París*. Está acompañada de un pequeño vocabulario en lenguas guaraúna y guayana.

LITERATURA GOAJIRA

Respecto de los goajiros que viven aún en la península de este nombre, al oeste del lago de Maracaibo, el conocimiento y estudio de su idioma pertenece exclusivamente al cura de Río Hacha, el entendido joven Rafael Celedón. Actualmente se imprime en París la siguiente obra sobre esta lengua.

Celedón. *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira* por Rafael Celedón, precedida de una instrucción por E. Uricoechea[26].

En 1870 el Dr. Ernst publicó en el *Zeitschrift für Ethnologie von Bastiann and Hartmann* de Berlín el siguiente estudio.

Ernst. *Los indios goajiros.* Estudio etnográfico, con una lámina que representa cráneos de estos indígenas; y un glosario de 325 palabras goajiras.

Toro. *Ensayo gramatical sobre el idioma goajiro*. Manuscrito.

Nuestro ilustre compatriota y amigo Fermín Toro se había dedicado en los últimos años de su vida al estudio de esta lengua. Nos es satisfactorio citar el trabajo inédito que dejó sobre la lengua goajira el distinguido filólogo venezolano.

Las obras más antiguas que conocemos sobre la historia de la nación goajira se publicaron en el siglo pasado, y son las siguientes:

Rosa (Nicolás de la). *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Santa Marta.* Sevilla, 1756.

Julián (Antonio). *La Perla de la América, provincia de Santa Marta*, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos. Madrid, 1787.

En estas dos obras se encuentran noticias muy remotas sobre los goajiros y naciones indígenas de Río Hacha y costas vecinas, sobre sus productos naturales, costumbres, guerras y civilización.

26. Acaba de ver la luz pública esta obra en la casa editorial de Maisonneuve, Paris.

En su *Perla de Santa Marta*, Julián informa que poseía un *Diccionario de la lengua goajira*, y que regaló a un amigo suyo, miembro de la Academia de Suecia, que no podía ser otro sino D. Celestino Mutis. Y Plaza, *Historia de la Nueva Granada*, confirma este dicho, asegurando que el manuscrito existía en la Biblioteca de la Academia de Ciencias de Stokolmo[27].

* * *

Hablemos ahora de dos pueblos situados en las sabanas del Apure y que están comprendidos por Balbi en la gran familia caribe tamanaca. Estos son los yaruros y otomacos, naciones poderosas que ayudaron mucho, durante la guerra de la Independencia, a los ejércitos patrióticos, y que vivieron en las sabanas del Meta, del Apure y regiones vecinas del Orinoco. De estas naciones ya extinguidas, sólo conocemos el *Manuscrito sobre la lengua de los yaruros*, que existe en la Biblioteca de la Propaganda en Roma, citado por Humboldt, en el tomo 3º de su *Relación histórica*. Este mismo sabio, entre los manuscritos que cita, coloca uno *sobre las lenguas del Orinoco*, en general.

Por lo que concierne a los otomacos, nos referimos al vocabulario de esta nación que inserta el abate Gilij, en el tomo 3º de su obra.

A estos trabajos pueden agregarse las noticias y vocabularios sobre las naciones de los barré, en el Casiquiare, San Carlos, Baria y sus afluentes; y sobre los vanivas, en las regiones del Guainía, publicados en *La Opinión Nacional* de Caracas, de 1875 y 1877, por el señor Montolieu, actual gobernador del territorio venezolano de Amazonas. Este observador ha publicado igualmente, vocabularios de las naciones yavitera, puignabo, piaroa, que pertenecen a las familias saliva y cahure-maypure.

Hasta aquí hemos abrazado, en las diversas obras indígenas de que hemos hablado, una extensa región al norte, este y oeste del Orinoco que comprende los estados de Bolívar, Barcelona, Cumaná, la dilatada región del Orinoco y las sabanas que se extienden al sur y oeste de este gran río.

---

27. El Dr. Ernst solicitó en 1870 este manuscrito por medio de sus corresponsales en Stokolmo y Upsala, y nada pudo obtener. Es probable que se haya perdido.

En toda esta área llegó a hablarse, en los días de la conquista castellana, el idioma caribe y sus variados dialectos.

Continuemos ahora con lo poco que ha podido salvarse de la familia *saliva*, que comprende los idiomas *saliva*, *maco* o *piaroa* y *atures*.

Por los trabajos del abate Gilij, y las recientes observaciones de Montolieu, sobre los pueblos del Territorio Amazonas, vemos que se conserva, a lo menos, algunos vocablos de estas naciones. El idioma saliva, según Vergara y Vergara, se habla hoy a orillas del Meta. En la Biblioteca Vergara, existe autógrafa, una *Gramática* escrita en 1790, en el pueblo de Macuco. Del idioma tama, que según el mismo Vergara, se habla en el pueblo de Jiramena, a orillas del Meta, no se conoce sino el vocabulario de Uricoechea escrito en 1863[28].

De la familia cavere-maypure, que comprende las naciones de los caveres, guaipunabis, pareni, maypures, achaguas y otras, poco se ha podido conservar. Montolieu entre sus diversos vocabularios señala algunas voces de estas naciones.

De los achaguas que dejaron su nombre a una isla y a un pueblo en el estado venezolano de Apure no se conserva, según Vergara y Vergara, sino un diccionario completo, trabajado por un religioso dominicano, y otro muy extenso y bien escrito, extractado de los escritos por los padres Juan Rivero y Alonso de Neyra, en el pueblo de Surmeno, en 1762. Ambos diccionarios autógrafos, existen en la Biblioteca Uricoechea, y en la nacional de Bogotá, un tomo que contiene *pláticas y sermones*. Respecto de los zeonas, cuyos restos viven a orillas del Meta, existen un diccionario y un catecismo autógrafos, que regaló el general Acosta a la Biblioteca de Bogotá[29].

Abandonemos ahora las regiones de los llanos del Meta, Apure y Orinoco, para trasmontar la cordillera de los Andes, donde nos aguarda la literatura de los muyscas.

---

28. José María Vergara y Vergara, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Echeverría Hnos., 1867, 532 p.
29. El padre Gumilla, misionero jesuita que vivió entre los achaguas y otras naciones del Meta y del Orinoco, ha dejado noticias curiosas, en su obra *El Orinoco Ilustrado* publicada en 1784; pero ninguna razón nos da sobre los idiomas indígenas de esta dilatada zona.

La poderosa nación de los muyscas o chibchas habitó la antigua Cundinamarca y conquistó todas las regiones de las altiplanicies de Bogotá y Tunja, los valles de Fusagasugá, Pacho, Cáqueza y Tensa, y desde Santa Rosa y Sogamoso hasta los llanos del Meta, es decir, seiscientas leguas cuadradas de superficie, según el historiador Acosta[30].

Esta nación extendió su influjo hasta las provincias elevadas de los Andes de Venezuela, las de Táchira y Mérida, cuyas tribus indígenas llegaron a hablar la lengua muysca.

Los primeros trabajos sobre este idioma pertenecen al padre González Bermúdez, y al jesuita José Dadoi, quienes llegaron a fundar en Bogotá, al comenzar el siglo décimo séptimo, una clase de idioma muysca. La primera gramática, con vocabulario y confesonario, en lengua muysca, salió más tarde, en 1619, con el siguiente título:

Lugo (fray Bernardo de). *Gramática en la lengua general del Nuevo Reino, llamada mosca.* Madrid, 1619.

Según Nicolás Antonio, este mismo autor publicó un *Confesonario en Lengua Muysca*[31].

En las diversas bibliotecas de Bogotá se conservan manuscritos anónimos sobre esta lengua, y Nicolás Antonio cita el siguiente, que no ha sido indicado por Vergara ni por Uricoechea:

Medrano. *Carta en la lengua del Nuevo Reino de Granada* (manuscrito).

Posteriormente a estos autores se presenta en Nueva Granada el célebre Duquesne, intérprete del calendario muysca, quien al sentir Vergara, fue el más hábil traductor de aquella lengua. Desgraciadamente sus trabajos se perdieron.

Correspondía al distinguido colombiano Dr. Ezequiel Uricoechea, estudiar los trabajos de que acabamos de hablar, y presentar a la ciencia moderna una obra de un mérito sobresaliente. Nos referimos a la siguiente gramática publicada en 1871 por este filólogo.

---

30. Acosta, *Historia del descubrimiento y conquista de la Nueva Granada*.
31. Nicolás Antonio, *Bibliotheca vetustísima*.

Uricoechea (E.). *Gramática, vocabulario, catecismo y confesonario de la lengua chibcha*, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados y corregidos por E. Uricoechea. París, 1871.

Esta elucubración del citado escritor colombiano puede reputarse como nueva, en la historia de la filología americana. La brillante introducción que abre las páginas de este libro, sobre la historia de la nación chibcha, las notas ilustrativas y observaciones que acompañan a los trabajos de sus predecesores, los aumentos hechos al vocabulario, todo contribuye a dar una alta novedad al trabajo de Uricoechea; y ninguna obra más digna de la *Colección Lingüística Americana*, que se ha propuesto llevar a término este filólogo, que el brillante resumen de la lengua que hablaron los antiguos pueblos de la célebre Cundinamarca.

De los idiomas que tuvieron los pueblos de los Andes de Venezuela, poco o nada se conoce. De los motilones, nación feroz, nómade, que guerreó contra los castellanos a orillas del lago de Maracaibo y en los Andes de Mérida y Trujillo, no conocemos sino el siguiente manuscrito original:

Cartarroya (fray Francisco de). *Vocabulario de algunas voces de la lengua de los indios motilones que habitaron los montes de las provincias de Santa Marta y Maracaibo, con su explicación en nuestro idioma castellano*, 1738. Un cuaderno, 15 páginas.

El padre Cartarroya fue uno de los misioneros de Navarra que se establecieron en las costas de Maracaibo en el siglo pasado.

De la lengua de los timotes, que habitaron los Andes de Trujillo, ha escrito el venezolano R.M. Urrecheaga unas *Observaciones* que comprenden algunas reglas gramaticales y un vocabulario, trabajo interesante que debemos a la amabilidad del autor y que publicaremos más tarde.

He aquí cuanto podemos decir sobre la historia bibliográfica de las lenguas y dialectos que se hablaron en Venezuela, en la época de la conquista castellana. Por de contado, que el caudal que hoy aprovecha la ciencia se debe principalmente a la constancia de los misioneros que levantaron la base de la lingüística americana. Sin el trabajo de estos hombres ejemplares, nada podría haberse hecho, cuando algunas de las naciones que éstos conquistaron han desaparecido por completo.

El espíritu que se ha desarrollado en Europa por el estudio de las len-

guas indígenas, realza en mucho el trabajo de los misioneros y el de todos aquellos que contando con esta base necesaria, contribuyan con sus elucubraciones y méritos.

Después de la inmortal obra que con el título de *Mitridates* han publicado dos sabios europeos, y en la cual hay páginas dedicadas a las lenguas americanas, se hacía indispensable el estudio de cada una de éstas teniendo a la vista los trabajos precedentes. Por una de esas coincidencias felices que caracterizan esta época intelectual, mientras que España saca a luz las obras de sus cronistas americanos, ya agotadas, obreros de diferentes países se ocupan en presentar los trabajos de los misioneros, estudios sobre las lenguas y sus observaciones elaboradas en cada localidad. Siguiendo este empuje se han reimpreso a un mismo tiempo, en Londres y Leipzig, las obras del misionero Ruiz Montoya sobre la lengua guaraní: Uricoechea ha comenzado con las lenguas de la antigua Cundinamarca su *Galería Lingüística Americana*: Tschudi, Markham, Anchoronea, Nodal y otros se han ocupado en los progresos del idioma quechua; López ha escrito sobre los orígenes asiáticos de la lengua de los incas; Buschman sobre las lenguas aztecas; los mexicanos Pimentel y Orozo, Berra y otros más dedican sus vigilias a los idiomas y dialectos del célebre Anahuac; trabajos que se unen a los de los hermanos Humboldt, Hervas, Vater, etc., y contribuyen, por una parte, a ensanchar el campo de la historia de América, y por otra, al conocimiento de los diversos idiomas que hablaron las numerosas tribus del Nuevo Mundo.

CRÓNICA DE CARACAS

LA CARACAS DE ANTAÑO

NADA MÁS CURIOSO en las pasadas épocas de esta capital, *Santiago de León de Caracas*, que las numerosas fiestas religiosas que, durante el año, tenían divertidos a sus moradores. Con fiestas y octavarios comenzaba enero, y con fiestas y aguinaldos remataba diciembre, sin que hubiera tiempo al descanso; que la sociedad caraqueña, en su totalidad, no tenía en mientes otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles, con el objeto de celebrar el día de alguna Virgen, o el de algún patrono de la capital.

Quince templos tenía Caracas a mediados del último siglo, a los cuales pertenecían algunas capillas contiguas, y cerca de cuarenta cofradías y hermandades religiosas que entre otras llevaron los nombres de *Dolores*, *San Pedro*, *Las Ánimas*, *San Juan Nepomuceno*, *Los Trinitarios*, *Los Remedios*, *San Juan Evangelista*, *Jesús Nazareno*, *Santísimo Sacramento*, *Las Mercedes*, *El Carmen*, *Santa Rosalía*, *La Guía*, *La Caridad*, *El Socorro* y *Candelaria*, todas compuestas de libres y de esclavos; a manera de sociedades religiosas encargadas del culto de alguna imagen o de la fábrica de algún templo, y dedicadas al servicio de las cosas divinas. Y como cada una de ellas, según su reglamento, vestía de una manera igual en la forma, aunque distinta en los colores, sucedía que, reunidas todas en días solemnes, daban a la población un aspecto carnavalesco, aunque se presentaban silenciosas y recatadas. Aceptaron unas el color azul, el blanco otras; y las había también con hábitos color de púrpura, morados, negros y marrones. Ya llevaban al cuello cintas de colores, ya escapularios bordados sobre el pecho, ya

finalmente, escuditos de plata u oro en las mangas; pues era de necesidad que cada una cargase un distintivo, desde luego que todos los hermanos tenían de común el andar con la cabeza descubierta y con una bujía de cera en la mano.

Si a la pluralidad de las cofradías y hermandades, se agregan los frailes de los conventos, con hábitos de color azul, blanco, y blanco y negro, se comprenderá que una fiesta religiosa de los pasados tiempos de Caracas, acompañada de las cruces y guiones de cada hermandad, y de las cruces de la Metropolitana y de las parroquias, debía aparecer como un mosaico de múltiples colores. En los días solemnes, como los de Corpus Cristi, Jueves Santo, Santiago, etc., etc., y también en el entierro de algún magnate español o caraqueño, veíanse reunidas todas estas corporaciones, haciendo séquito al Ayuntamiento, Gobernación y Audiencia, pues en tales casos hacía gala cada cuerpo e individuo del rango que representaba en la esfera política o religiosa; de su riqueza y posición social; o, finalmente, de la vanidad con que quería aparecer inflado, hueco o sólido, según los méritos que suponía tener o los que le concedieran sus semejantes.

Sólo una de las hermandades tenía el privilegio exclusivo de pedir limosna el día en que la justicia humana decretaba la muerte de algún criminal: era la de *Dolores*, la cual, horas antes de la ejecución, recorría las calles llevando un crucifijo y un plato, e iba de casa en casa recitando el siguiente estribillo*: Hagan bien para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar.* A poco se escuchan cuatro o más tiros de fusil en la plaza de la Metropolitana o en la de San Jacinto, y los dobles de las campanas de los templos. Con el producto de la limosna conseguida se pagaban los gastos del entierro, las misas que por el alma del ajusticiado debían rezarse, el regalillo a la pobre familia del reo y algo para los hermanos de la cofradía, pues la justicia entra siempre por casa.

Las cofradías y hermandades vivían por lo general, de las economías que cada una guardaba, y también de la limosna pública, la cual se solicitaba de varios modos. Por lo común, en los días solemnes, a la puerta de los templos, donde cada hermandad tenía mesa cubierta de riquísima carpeta en la cual sobresalía una bandeja de plata, de plomo o de latón. Era esta operación una especie de peaje forzado, donde la concurrencia que

entraba y salía del templo se veía asediada por la tropa de pedigüeños y limosneros. Y ocasiones hubo en que las diversas cofradías se disputaron la limosna de algún personaje extranjero que, atolondrado por una lluvia de gritos donde se percibían: *para el Santísimo*, *para las ánimas benditas*, *para la cofradía de los Dolores*, *para la fábrica del templo*, *etc.*, *etc.*: no sabiendo qué hacer, procuraba salvarse de aquel ataque inusitado.

La costumbre de pedir limosna tenía sus días clásicos y era siempre de carácter doméstico, puesto que no podía pasar de las puertas de cada templo; mientras que había otra, de carácter público, que se extendía hasta las últimas chozas del poblado. Queremos hablar de la compañía de sanitarios, delegados de las comunidades y cofradías. Eran aquellos, por lo general, hombres ancianos, cuyo encargo se limitaba a recoger limosna, para lo cual llevaban, como divisa de su oficio, una imagen en pintura o escultura, exornada de flores naturales; o una cesta o *macuto* que pendía del brazo, y algunos rosarios, reliquias, escapularios, novenas y otros objetos religiosos que vendían a los fieles.

Con tal industria ganaban los santeros su vida, pues además de la limosna en dinero efectivo, llenábase el *macuto* a cada instante de efectos comestibles. La visita diaria de estos comerciantes religiosos al mercado público, era un hecho curioso: si por una parte los compradores depositaban en manos del santero el centavo de la limosna, después de arrodillarse y de besar la imagen, por la otra, los vendedores depositaban en el prolongado cestillo huevos y verduras, pan y fritadas que pagaba el santerío con sonrisas, y también con el permiso de besar la imagen del santo o virgen que le servía de pasaporte para llamar a todas las puertas y recibir limosnas de todos los fieles.

Desde el día de la Circuncisión de Jesucristo, al comenzar el año, hasta el de la Natividad, que lo remataba; y desde el Viernes de las Llagas, primero que anunciaba la Cuaresma en el Templo de San Francisco, hasta el del Concilio, en que, por la tarde subía el Nazareno de San Jacinto, en peregrinación, a la colina del Calvario, y por la noche la Dolorosa de Altagracia, hasta el Domingo de Resurrección en que remataba la pasión, Caracas vivía en estado de vértigo. Aderezábanse las señoras de pie a cabeza, ostentando las más ricas joyas; llevaban las matronas su cola de es-

clavas; acompañaban las autoridades las principales procesiones, y gala hacían los batallones de sus limpias armas y bellos uniformes, en tanto que la primera autoridad de la colonia, repleta de vanidades y de ignorancia, atraía la mirada contemplativa de los necios, que en una sonrisa o en un saludo, encontraban la suprema dicha.

Una de las fiestas que más entretenía a los caraqueños, durante la época colonial, era, la dedicada a la *Venta de las bulas*, la cual se efectuaba cada dos años, en la Metropolitana.

Lo que en los días de las Cruzadas llamóse *Bula de la Santa Cruzada*, fue cierta indulgencia o gracia concedida por el Sumo Pontífice a los que se aprestaban en la conquista de la Tierra Santa. Con el producto de la venta, se contribuía a los gastos de la conquista, patrocinada no sólo por los que en ella figuraban, sino igualmente por toda la cristiandad. Pero tan luego como cesó el espíritu de conquistas y remató la guerra de las Cruzadas, el Gobierno de España, después de emprender la destrucción de los moros y la civilización de los indios, hubo de obtener del Gobierno de Roma el permiso de continuar con la venta de las bulas de la *Santa Cruzada* contra los nuevos infieles, a la cual se agregaron las de los *vivos*, la de *composición*, la de *lacticinios* y la de los *muertos*, que proporcionaron al Gobierno de España durante tres siglos cuantiosa renta. Cambió así la primitiva idea, con mayor beneficio, pues en la venta de las bulas había jerarquía de precios, desde dos reales hasta veinte pesos; y como las concesiones que dispensaba cada una de aquéllas debían de estar de acuerdo con la renta y posición social del comprador, sucedía que había orgullo en los ricos y pudientes en adquirir las más costosas; que en ellos obraba la vanidad como el principal aliciente.

Por la bula de la *Santa Cruzada* llamada de *vivos* que compraba todo el mundo, se conseguían admirables gracias, entre otras la de ser absuelto de toda especie de crímenes; y por la de *lacticinios* obtenían los clérigos licencia para comer cada uno a sus anchas, durante los días de ayuno. Por la llamada de *composición* quedaban favorecidos aquellos que poseían bienes pertenecientes a la iglesia, por obras pías, o dueños ignorados. Si las bulas de *vivos* y *muertos* favorecían a los necios y pobres de espíritu, la de *composición* era el triunfo de los ladrones, usurpadores y avaros.

De todas estas supercherías, de cuya renta disfrutaba el gobierno español, la bula de los *muertos* nos llama la atención. Un viajero francés que visitó a Caracas, al comenzar el siglo, después de hablarnos de las diversas bulas que se vendían en la capital, nos dice, respecto de la de los *muertos* lo siguiente:

> Es una especie de boleta de entrada al paraíso, pues haciéndonos salvar el fuego devorador del purgatorio, nos conduce directamente a la mansión de los escogidos; pero es necesario advertir que una de ellas no puede servir sino para una alma. Así, desde el instante en que un español espira, sus parientes ocurren a la casa del Tesorero por una bula de *muertos*, sobre la cual se inscribe el nombre del difunto. Si la familia de éste no puede obtenerla por carecer de recursos, entonces dos o más miembros de ella solicitan en la ciudad limosna con qué comprarla, y en el caso de no poder obtenerla, lloran públicamente y dan gritos escandalosos, con los cuales manifiestan, si poco la pena que les causa la partida del pariente, mucho el que éste no haya ido provisto de un pasaporte tan esencial.
> La virtud de esta bula no se limita a salvar el alma del purgatorio: tiene el poder de emanciparla de las llamas, donde se blanqueaba, a semejanza del amianto en el fuego; más aún, puede designar el alma que quiere salvar. Basta inscribir sobre la bula el nombre de la persona cuyo cuerpo abandonó el alma, para que al instante las puertas del paraíso se abran para éste. Por de contado, que es de necesidad una bula para cada alma, pudiendo obtenerse de cuantas bulas se necesiten, con tal que sean pagadas. Con piedad y riqueza es, por lo tanto, muy fácil vaciar el purgatorio, que no permanecerá por mucho tiempo solitario, porque la muerte incansable, remueve a cada instante los habitantes.[1]

La fiesta de las bulas tenía efecto en algunas ciudades de la América española en el día de San Juan, y en otras, en el día de San Miguel. Caracas pertenecía al primer grupo. Desde el amanecer todos los caraqueños se aprestaban a celebrar la solemne procesión, que comenzaba en el templo de las monjas concepciones y remataba en la Metropolitana. Al sonar las nueve de la mañana, las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas del pueblo, salían de la Plaza Mayor y se dirigían a la capilla de las concep-

1. François Raymond Depons, *Voyage a la parte orientale de la Terre-Ferme*, Paris, Chez Colnet, 1806, 3 v.

ciones, donde se tomaban los paquetes de bulas que procesionalmente eran conducidos a la nave central de la Metropolitana, donde los colocaban sobre mesa ricamente vestida. Por razones de conveniencia no asistía a estas fiestas el prelado, pues hubiera estorbado al canónigo, comisario de la *Santa Cruzada*, que ocupaba el puesto de honor y presidía la ceremonia, que consistía en gran misa acompañada de sermón. Concluida ésta, comenzaba la venta de las bulas, tomando cada comprador la que cuadrara a su riqueza, posición social y nombradía, teniendo todas ellas, se entiende, después de pagadas, la misma virtud.

Pero, no se crea por esto que en la Caracas llena de procesiones, durante el año, la humildad estaba a la altura de la devoción. No, que las autoridades civil y eclesiástica vivían como perros y gatos, queriendo cada una aplastar a la otra, pues en cuestiones de autoridad, fueros, prerrogativas y el *yo*, primero que todo, ninguna familia humana es más recalcitrante que la española y sus nietecitos de ambos mundos. Las autoridades civil y eclesiástica de Caracas, después de bombardearse con metrallas de insultos y de cometer sandeces y tonterías, acudían al rey acusándose como pupilos de escuela. Por esto dijo un monarca de allende los mares, al ocuparse en cierto día en la resolución de una de tantas necedades, que: "*no tenía ya tiempo ni paciencia para resolver las tonterías y disputas entre las autoridades de Caracas*".

La vanidad religiosa, que consistía en favorecer la fábrica de los templos, en asistir a las procesiones, tenía su complemento en los entierros y en el recibimiento del viático en la casa de los ricos. En una capital donde no existían las carreras de la industria, que no comenzaron sino en 1778, donde no figuró el teatro, que no surgió sino en 1784; donde no había alumbrado público, el cual apareció casi al rematar el siglo, 1797; y donde las únicas diversiones consistían en los juegos de toros y cañas y en el de pelota, en los templos y procesiones, en los entierros y bautizos, debía buscarse solaz el espíritu y entretenimiento social.

Notables aparecieron siempre los entierros de los magnates de Caracas, no sólo por las cosas que hacían en cada cuadra, sino igualmente, por la asistencia de todas las cofradías, cruces de las parroquias y los empleados y corporaciones, desde el último alguacil hasta el capitán general

gobernador. El espíritu venezolano no podía desarrollarse sin el aliciente de las procesiones.

No existía en Caracas, para aquel entonces, ninguna agencia funeraria, siendo peculiar de las cofradías correr con los entierros, alquilando cada una lo que tenía; y como no había coches mortuorios, los cadáveres se cargaban sobre andas. Cada cofradía tenía ataúdes para ricos y pobres consistiendo los primeros en urnas abiertas, de graciosa forma, con esculturas doradas, semejantes a las que sirven hoy para el entierro de los canónigos y obispos. El cadáver iba descubierto o velado con ligera gasa, y tan luego como concluían los oficios religiosos, la familia lo sacaba de la urna elegante, lo encerraba en un ataúd nuevo y era enterrado en algún sitio del templo.

Al celebrarse, en honra del difunto, los funerales de costumbre, días más tarde, se colocaba al pie del túmulo una media barrica de vino, una cesta llena de pan, y un carnero, como ofrenda a los manes de aquél, según costumbres de las épocas más remotas. Al regresar el acompañamiento a la casa mortuoria, tropezaba con dos filas de pobres de solemnidad que llenaban las aceras de la calle; y como era tanto el número de exequias fúnebres que se verificaban en Caracas, en pasados días, los mendigos más retirados del poblado, tenían que saberlo, por el hábito de solicitar la limosna, que se había hecho una necesidad.

Los muertos gozaban también, como los santos y vírgenes de los templos, de su octavario, consistiendo éste en reunión general de toda la parentela del difunto, con el fin de almorzar y comer, charlar, departir acerca de los asuntos del día, y convertir el triste suceso en tema de parranda. Era de costumbre y de lujo el que toda la parentela contribuyese a estos días del octavario con obsequios culinarios y tan mona era la rigidez del duelo, que hasta los pavos y jamones aparecían sobre la suculenta mesa con las patas y el mango llenos de lazos negros. Cubríanse las paredes de las salas con género oscuro, y se cerraban éstas después del octavario. Todos los esclavos participaban del duelo, no en el corazón, sino en los vestidos, y con éstos los retratos de los antepasados, los cuadros al óleo, las arañas colgantes, las mesas y cuanto objeto figuraba en las principales salas de la familia. ¡Cuántos contrastes se veían en estos días! Recogidos y llorosos

estaban los allegados del difunto, mientras que la parentela, compuesta en casi su totalidad de epicuristas, se aprovechaba del octavario fúnebre.

En aquellos tiempos los entierros se efectuaban casi siempre de noche, y el duelo se despedía en la casa. Desde lejos se conocía un entierro en las solitarias calles de Caracas, por las dos filas de acompañantes, vestidos de duelo, por el hacha fúnebre que cada uno llevaba y los farolitos blancos de papel que resguardaban la llama del viento. Pero hay un signo distintivo que ha caracterizado en toda época los entierros de Caracas, y es la conversación, que se anima a proporción que el acompañamiento se acerca al templo de la parroquia. El murmullo de la concurrencia es tal, que una persona situada en el dormitorio más retirado de la calle, puede asegurar, por el ruido que produce la conversación, que un entierro pasa.

Los cadáveres de los pobres de solemnidad no pasaban de la puerta del templo, adonde venía el cura a rezar los oficios religiosos. Les estaba cerrada la entrada a la casa de Dios, por carecer de medios monetarios. Esta infame jerarquía entre el pobre y el rico, sostenida por los curas de parroquia, en una gran porción de la América, trajo el más repelente escándalo que presenciaran las pasadas generaciones. La pobrecía, las madres, al verse desamparadas por los sostenedores del culto católico, rechazaron las oraciones religiosas y colocaron sus parvulitos en cestitas llenas de flores, en las puertas de los templos, en los nichos de la fachada de la Metropolitana, en la destruida escalinata al este de San Francisco. No hubo día en remotas épocas en que no se vieran dos y más cadáveres de expósitos en los sitios indicados.

Los entierros de los párvulos pudientes se efectuaban siempre de tarde, y sólo eran acompañados de niños. Desde remotos tiempos eran conducidos en mesitas bellamente exornadas con flores y cintas; después por medio de cordones. Al regreso del cementerio aguardaba a los niños acompañantes suculenta mesa llena de confituras. Siempre Epicúreo en las casas mortuorias; tal fue la costumbre de pasados tiempos.

En la Caracas de antaño no había comparsas de llorones en los entierros; pero como el llanto, y tras éste el grito, que son indicios del dolor, en muchos casos, sucedía que ciertas familias escogían, como hora propicia para manifestar el sentimiento, aquélla en que salía el cadáver de la casa.

Apenas se levantaban las andas, cuando comenzaba la gritería. Y como el llanto, así como la risa, tienen poder contagioso, sucedía que las familias que estaban ya en la casa y las que llegaban en el solemne momento, comenzaban también a llorar, a gritar, y a participar de tan ridícula como escandalosa costumbre.

La vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos que eran conjugados en todos sus tiempos; a saber: comer, dormir, rezar y pasear. El almuerzo se verificaba de ocho a nueve de la mañana; la comida de medio día a la una de la tarde; la siesta hasta las tres, y tras ésta la merienda: a los negocios se le concedían dos o más horas de la tarde, y según los paseos, visitas, etc., hasta las once o doce de la noche. A las siete de la noche casi todas las familias rezaban el rosario dirigido por el jefe de la familia, pues otras lo hacían a las tres de la tarde.

A la hora de la siesta, desde que comenzaba el almuerzo hasta la hora de la merienda, se cerraban todas las puertas de la población, quedando solitarias las calles y plazas. Y tanta rigidez hubo en el cumplimiento de esta costumbre, que por haber llamado un desgraciado a la puerta de la casa de cierto intendente general, el ayudante de éste, abrió la puerta y disparó su pistola sobre el pecho del inconsciente importuno. A la hora de siesta, ni se cobraba, ni se pagaba, ni se vendía.

La vida social no carecía de cierta elegancia, sobre todo, por la variedad del vestido de los hombres, que consistía en casaca redonda de varios colores, chaleco bajo, pantalones cortos, zapatos cortos con hebilla y sombrero tricornio, desde la confección más barata hasta la más rica por la abundancia de bordados y piedras preciosas que brillaban en las hebillas. Respecto de las damas, lo que en éstas sobresalía eran las ricas mantillas españolas y los camisones de brocado, con adorno de oro y plata, de seda los más.

Era curiosa la sociedad caraqueña respecto de las visitas de etiqueta, las cuales se hacían por la tarde. En primer término era necesaria la venia de la familia obsequiada, con horas más o menos de anticipación, con lo cual se recordaba que debían prepararse a recibir a la familia obsequiante, con confituras y bebidas, que se servían en platos y platillos de China o del Japón y vasos dorados. Al llegar al zaguán la visita, que se componía,

por lo menos, de dos o tres señoras y señoritas, éstas se despojaban de la saya y mantilla que traían, y las entregaban a la criada que las acompañaba. Entonces sobresalía el rico vestido bordado de pies a cabeza, y erguidas entraban, sin que ningún curioso viandante se hubiera detenido en la puerta de la casa, cono observador de costumbre tan incomprensible. A la hora señalada por las visitantes tornaba la criada que había conducido en un cesto las sayas y mantillas, trayendo los sombreros, mantos y abrigos correspondientes.

En las clases acomodadas, el uso de la capa fue siempre un distintivo social, y aunque la temperatura no exigiera el abrigo, la vanidad lo necesitaba. Entonces comenzaron los pobres industriales a hacer uso de los capotes de variados colores, los cuales duraron hasta ahora cuarenta años. En los días de la Colonia las capas triunfaron siempre; después de creada la República imperaron los capotes. Capas y capotes desaparecieron por completo de las calles de Caracas.

A falta de teatros, la noche en Caracas tenía sus diversiones, de acuerdo con la índole de los habitantes. Eran las procesiones del Rosario acompañadas de mala música y de peores cantantes. Apenas se sentía en cada cuadra, cuando las puertas de las casas se llenaban de niños y de criados, y las ventanas de rostro marchito y juvenil. De todas partes pedían una Salve, un Ave María, y el canto, música y rezo iba de cuadra en cuadra haciendo estaciones. Cuando la procesión se recogía cerca de las once de la noche, se habían cantado cien Salves y doscientas Ave Marías, lo que equivalía a veinte y cinco o más pesos que se distribuían los cantores, los músicos, el lego recolector, los muchachos cargadores de faroles, y el conductor del retablo que representaba la Virgen del Rosario.

Y tan partidaria era la población de estas diversiones de carácter religioso, que lo mismo sucedía al sentirse la esquila del viático que se llevaba a los enfermos y moribundos. Como movidos por resorte secreto, se lanzaban a la calle las beatas de la parroquia, los niños, los criados; abríanse las ventanas y salían a brillar las luminarias de sebo o de cera, pues la esperma no llegó a conocerse sino mucho tiempo después. ¿Qué solicitaban éstos curiosos? Días de perdón, según acompañaran al cura con luces, faros o llevaran el paraguas encarnado de pesado varillaje. El sonido de una sola

esquila anunciaba el viático para los pobres o modestos; mas cuando la esquila era doble, se aprestaba el vecindario de la parroquia como para asistir a una procesión de Corpus. Acudían los amigos y parientes del difunto, movíase la muchedumbre, llenábase el templo, barríanse las calles y de flores se esmaltaban para que pasara el viático bajo palio conducido por magnates, al son de la música y seguido de grande acompañamiento. Cuando esta procesión se efectuaba en las silenciosas horas de la noche o de la madrugada, revestía cierto carácter imponente, pues a las armonías de la música acompañaba el repique de las campanas, que despertaba a los fieles y les hacía lanzarse a la calle en busca de novelerías.

Un mismo alimento nutría a los moradores de la Caracas de antaño, y ricos y pobres, solicitaban la misma comida en el mercado general. No había médicos, ni boticas, ni la química, la química del engaño y de la falsificación, no había penetrado en la ciudad de Losada: ni las conservas alimenticias habían turbado la salud de la familia caraqueña. La mayoría de nuestros antepasados, longevos y jóvenes, no llegó a pronunciar el vocablo *dispepsia*, que sintetiza la nutrición perdida, la digestión bajo cero, la salud triturada por este peso de las vanidades, de las mentiras y patrañas, del desbordamiento de las pasiones humanas que se llama CIVILIZACIÓN MODERNA.

LOS ANTIGUOS PATRONES DE CARACAS

CARACAS, así como las demás ciudades de la América española, tuvo también sus patronos y santos tutelares, y sus vírgenes milagrosas. Antes de ser fundada y desde que se pensó en conquistar la belicosa nación indígena de los Caracas, ya en la mente del conquistador Losada bullía la idea de ofrecer una ermita a San Sebastián, si le libraba de las flechas envenenadas en la empresa que iba a cometer. Y así sucedió en efecto, pues en 1567 se fundó a Santiago de León de Caracas y se colocó la primera piedra de San Sebastián en el lugar que ocupa hoy la Santa Capilla. Pero al mismo tiempo que se levantaba esta ermita, se daba comienzo al templo que debía servir más tarde de catedral, nombrado por patrón de la ciudad al apóstol Santiago. ¿Y qué patrón más noble podía ambicionarse invocado siempre por el pueblo español, que le reconoció como mensajero de Dios en todos sus aprietos, conquistas y batallas? Desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, jamás santo alguno llegó a alcanzar culto más grande ni proporcionó frutos más copiosos al hombre. La primera fiesta dedicada al patrón de Caracas fue celebrada el 25 de julio de 1568, poco antes de perder Losada la conquista adquirida.

Los conquistadores continuaban con feliz éxito, y vencidas eran las tribus enemigas, cuando en 1574 visitó la langosta los primeros campos cultivados de la triste ciudad. Nueva ermita es entonces construida al norte de la de San Sebastián, dedicada a San Mauricio, nombrado al efecto abogado de la langosta. Esta desaparece, pero el pajizo templo es a poco devorado por las llamas, logrando el patrón salvarse del incendio y encontrar refugio en la ermita de San Sebastián.

Tras de Santiago, Sebastián y Mauricio, viene Pablo el Ermitaño, como abogado contra la peste de viruela que azota a Caracas en 1580. El Ayuntamiento de la ciudad dispone levantarle un templo, y antes de que éste comenzara, se ordena que el nuevo patrón fuera festejado con fiesta anual en la Iglesia Mayor, con asistencia de los dos cabildos. A pesar de esto las viruelas volvieron, y en el cementerio que se construyó contiguo a San Pablo fueron enterradas las numerosas víctimas. San Pablo ha dejado su puesta a Talía.

Tras de San Pablo debía asomarse la primera Virgen de origen indiano: la Copacabana, de la cual hablaremos más adelante.

No debía rematar el siglo décimo sexto sin que Caracas enriqueciera con un santo más la lista de sus patrones. Tristes y llorosos andaban los habitantes de la ciudad por los robos que en la costa hacían los piratas, cuando de repente las sementeras de trigo aparecen, en cierta mañana, cubiertas de gusanos que en pocas horas devoran las espigas y despojan a los árboles de sus hojas. Al verse arruinados aquellos pobres moradores, elevan sus oraciones a Dios, y le piden con lágrimas y promesas les salve de aquel ataque destructor. Reúnese el Ayuntamiento, y resuelve que, antes de abrirse la siguiente sesión, escuchen los pobladores una misa dedicada al Espíritu Santo, de quien esperaban les inspirase la manera de salir de tan comprometido trance. En efecto, el Ayuntamiento abre la sesión después de rezada la misa y dispone que se inscriban en tarjetas los nombres de cien santos, y que el favorecido por la suerte sea el patriarca y abogado de las sementeras de trigo. Sale el nombre de San Jorge, y el Ayuntamiento decreta al instante que la fiesta anual de este santo pertenezca exclusivamente a dicho cuerpo, no pudiendo ingerirse en ella ni el gobernador ni el prelado. Desde entonces San Jorge fue celebrado anualmente en la Capilla Metropolitana que lleva su nombre.

Al comenzar el siglo decimoséptimo aparecen en Caracas dos santos varones de mérito relevante: San Francisco de Asís y San Jacinto: y en 1636, la Virgen de la Concepción. Eran tres templos más, con sus comunidades que venían a aumentar el cortejo religioso de la ciudad de Losada. Y no contenta todavía la población con tres templos, levanta otro en 1656, que dedica a la Virgen de Altagracia, y recibe una Santa americana, Rosa de

Lima, que se pone a la cabeza del primer instituto de educación que tenía la ciudad: el Seminario Tridentino, en 1673.

En una ocasión, por los años de 1636 a 1637, los agricultores de cacao vieron desaparecer sus arboledas, devoradas por un parásito llamado entonces *candelilla*, el cual destruía la corteza de los árboles. Deseosos los caraqueños de tener una patrona que protegiera las hermosas siembras del rico fruto en las costas y valles cercanos a la capital, fijan sus miradas en la Virgen de las Mercedes, a la cual levantan un templo en 1638 y le ofrecen una fiesta anual. Rumbosa era ésta y con constancia celebrábase todos los años a la Virgen protectora del cacao, al mismo tiempo nombrada abogada de Caracas, y más tarde en 1766 abogada de los terremotos.

Al rematar aquel siglo, en 1696, Caracas es víctima de la fiebre amarilla, que llega a diezmar la población. En medio de la más triste orfandad, una inspiración se apodera de los pocos que había dejado la epidemia. Piensan en Rosalía de Palermo, a la cual llaman con súplicas y esperanzas. La santa acude a la llamada de los desgraciados, y éstos le levantan un templo. Era una nueva patrona que venía a sentarse en la asamblea caraqueña, donde figuraban Santiago, Santa Ana, Mauricio, Pablo el Ermitaño, Jorge, Jacinto, Francisco, varias vírgenes y Rosa de Lima, que aceptaba la capital donde era venerada su compatriota, la Virgencita de Copacabana.

Durante el siglo décimooctavo, una nueva Virgen, la del Carmelo, visita a Caracas en 1732 y se hace dedicar un convento. Casi en los mismos días, aparece en Caracas una Virgen más; la de la Pastora, que se hace construir un templo en los extremos de la capital, y en la misma época, al norte de la ciudad, se levanta el de la Santísima Trinidad rematado en 1783, después de cuarenta y dos años de trabajo. En 1759 llega San Lázaro a socorrer a los leprosos. Últimamente llegaron los neristas y capuchinos, en 1774 y 1783 para levantar dos templos más, a San Felipe y San Juan, y entrar en competencia religiosa con los franciscanos, dominicos, mercedarios, y la colonia isleña que había levantado a la Virgen de Candelaria un templo en 1708.

Hasta la época del obispo Diez Madroñero, 1757-1769, no se conocía en Caracas una patrona que llevase el nombre indígena de la capital. Ya veremos cuanto hizo el prelado al bautizar a ésta con el nombre de *Ciudad Mariana* y ponerla bajo el patrocinio de Nuestra Señora Mariana

de Caracas. Otra Virgen protectora debía surgir igualmente en esta época, la de las Mercedes que llegó a figurar como abogada de los terremotos. Y tanto fue el entusiasmo del obispo por la creación de vírgenes protectoras de la ciudad, que llegó a pensar en *Nuestra Señora de Venezuela*, bautizando con este nombre la calle que está entre la Metropolitana y la Obispalía, dando el nombre de Nuestra Señora Mariana de Caracas a la que corre de la Metropolitana a la Casa Amarilla.

Pero el culto al cual se decidió el obispo con todas sus fuerzas, fue el del rosario. No hubo durante su apostolado, semana en que no se rezara públicamente, ni casa de Caracas y de los vecinos campos, donde las familias no cumpliesen diariamente, a las tres de la tarde o a las siete de la noche, con aquel deseo y mandato del obispo.

NUESTRA SEÑORA DE CARACAS

DESDE EL DÍA en que fue demolido el antiguo Templo de San Pablo, de 1876 a 1877, y con éste la capilla contigua de la Caridad, cesó el culto que desde remotos tiempos rindieran los habitantes de la capital a *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, tan festejada durante los postreros años del siglo último. En uno de los altares de la capilla sobresalía cierto cuadro en grande escala, que representaba a la Virgen, la cual recibía con frecuencia la visita de los fieles; mientras que en la esquina de la Metropolitana, un retablo de la misma imagen, fijado allí desde 1766, servía de consuelo y de esperanza a los devotos de la nueva Virgen. Desde el toque de oraciones hasta las diez y doce de la noche, multitud de personas se arrodillaban y oraban delante del retablo, para ganar de esta manera las indulgencias que desde 1773 concediera el obispo Martí a todos aquellos que comunicaran a la Soberana de los Cielos sus miserias y necesidades.

Durante ciento doce años permaneció el retablo de *Nuestra Señora de Mariana*, ya en la esquina de la Metropolitana, en la casa del municipio, frente a la puerta mayor del templo; ya en la opuesta, diagonal con la torre, donde los vecinos anduvieron constantes en iluminarlo durante la noche. Al dar las siete el reloj de la ciudad, la concurrencia se presentaba numerosa; comenzaba a declinar a las nueve, y desaparecía a las diez; aunque hubo repetidos casos en que corazones penitentes vieron brillar sobre el rostro de la Virgen los reflejos de la aurora.

¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, en que fue colocado el retablo en la esquina de la Metropolitana, hasta el de 1870,

en que fue quitado de su antiguo sitio para ser colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas noches borrascosas, con su hora de angustias, llegaron, en la misma época, a turbar la paz de la familia caraqueña, en tanto que la luminaria de la Virgen, cual estrella de los náufragos, atraía siempre a todos aquellos que con el pensamiento la buscaban en la soledad del desamparo! Ciento doce años de luchas sociales, de cataclismos, de sol y de agua, han pasado por el añejo retablo, que pudo al fin salvarse de la intemperie, para recordarnos la historia de pasadas épocas!

El retablo es un cuadro de 68 centímetros de largo por 49 de ancho, colocado en un viejo marco, cuyo dorado se ha desvanecido. En su parte inferior figura la ciudad de Caracas de 1766, con tres torres de las que entonces tenía: la de la Metropolitana, la de San Mauricio, y más al norte, la de las Mercedes, derribada por el fuerte sacudimiento terrestre de 1766. En la porción superior descuella, como suspensa en los aires, María, coronada por dos ángeles. Con noble actitud, la Soberana de los Cielos extiende sus brazos hacia la ciudad, como signo de protección. A la derecha de la Virgen figuran una santa y un apóstol, y a la izquierda, dos santas. Grupos de ángeles que llevan en las manos guirnaldas y lemas con frases de las letanías, llenan el conjunto y parece que celebran a María, en tanto que un arcángel aparece frente a Nuestra Señora y le presentan un objeto. Ya veremos más adelante quiénes son los diversos actores que figuran en esta pintura, y cómo el artista sintetizó en ella la historia de Caracas durante los dos primeros siglos de su fundación: desde 1567, en que fue levantada, hasta 1763, en que surgió la Virgen con el nuevo nombre de *Mariana de Caracas*.

En los días del obispo Diez Madroñero, contaba Caracas una abogada de la peste, otra de las lluvias, y otra de las arboledas de cacao y de los terremotos. Reconocía, además, un abogado de la langosta, otro de las viruelas, y a San Jorge como protector de las siembras de trigo. Contaba, igualmente, la capital, con su patrón Santiago; la catedral, con Santa Ana; y el Seminario Tridentino, con Santa Rosa de Lima; pero la ciudad necesitaba de una virgen que, sin figurar en el martirologio romano, fuese, por excelencia, grande abogada y protectora de la ciudad, cuyo nombre debía llevar.

Tales sentimientos abrigaba la población de Caracas: eran ellos el norte de los fieles corazones, motivo por el cual los estimulaba el prelado, que aguardaba el momento propicio en que apareciera sin ruido y sin milagros la Soberana de los Cielos, amparando a la ciudad de *Santiago de León de Caracas*; nombre éste que debía desaparecer ante el de *Mariana de Caracas*.

Los primeros hechos referentes al nacimiento de la Virgen a que nos concretamos, datan del 25 de agosto de 1658, época en que el cabildo eclesiástico, sede vacante, por sí, y a nombre del clero, decretó defender la pureza de la Virgen María, guardar como festivo su día y no comer carne en su correspondiente vigilia. Era un voto hijo de la gratitud, pues por la intervención de María, Caracas se había salvado de la cruel epidemia que en aquellos días comenzó a destruir la población. Caracas, protegida por María, debía traer a la capital el calificativo de *Mariana*, es decir, que rinde culto a María.

Tan noble propósito continuaba en la mente de los miembros del cabildo eclesiástico, cuando, en 11 de abril de 1763, el Ayuntamiento de Caracas elevó a la consideración del monarca una petición, que abrazaba los términos siguientes: 1º que todos los empleados públicos de la Capitanía General de Venezuela, jurasen defender la pureza de la Inmaculada Concepción; 2º que el escudo de armas de la ciudad fuese orlado con la confesión de este misterio; y 3º que en las casas capitulares se edificara un oratorio, en el cual figurara la imagen de la Santa venerada, como Madre Santísima de la Luz.

Feliz coincidencia de fechas obraba en el ánimo del Ayuntamiento, al pedir cuanto dejamos escrito; y era que Santa Rosalía abogada de la peste, venerada en Caracas desde 1696, en que se le dedicó un templo por haber salvado la población de la capital, era celebrada por la Iglesia católica el 4 de septiembre. En 4 de septiembre de 1591 fue concedido un sello de armas, por Felipe II, a la ciudad de Caracas; y, últimamente, en 4 de septiembre de 1759, Carlos III se ciñó por primera vez la corona de España. Estas y otras razones influyeron poderosamente en el ánimo del Ayuntamiento, para suplicar al monarca que le concediera la orla mencionada, con el lema siguiente: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado concebida*.

El nombre de *Mariana*, dado a la ciudad de Caracas antes de 1763, épo-

ca en la cual lo decretaron ambos cabildos, data desde la llegada a Caracas del obispo Diez Madroñero, acaecida a mediados de 1757. Partidario decidido y entusiasta por el culto a María se mostró desde el principio aquel virtuoso prelado, que desde 1760 fechaba sus comunicaciones en la *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*, según consta de documentos que hemos visto y estudiado detenidamente.

Por real cédula de Carlos III fechada en San Lorenzo a 5 de noviembre de 1763, y que encontramos en las actas del Ayuntamiento de 1764: "Su Majestad se digna manifestar a la ciudad de Caracas, haber diferido a sus instancias sobre que juren, los que ejerzan empleos públicos, la pureza original de María Santísima; que puede poner la orla que se expresa en su escudo, y erigir oratorio en las casas capitulares, sacándose del caudal de propios el que se necesite para su fábrica, aseo y permanencia".

Los señores del Ayuntamiento dijeron, en sesión de 22 de enero de 1764:

> Que celebrando, como celebran, la nueva honra que debe a S.M. esta ciudad, y principalmente el que, para gloria del culto y veneración de la Inmaculada y Santísima Madre de la Luz, pues, desde aquí en adelante, con nuevo título, ser y llamarse *Mariana* esta misma ciudad, tan obligada a su piedad, y tan reconocida a sus inmensas misericordias, a la que confiesa deber cuantos progresos ha logrado y de la que los espera en adelante mucho mayores, constituida con nueva, honrosa y distinguida marca, y el más ilustre blasón por su virtuoso pueblo…
> Desde hoy en adelante –agrega el Ayuntamiento– deberá la ciudad titularse, y se titulará así: *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*.

Ya en diciembre de 1763, el mismo Ayuntamiento, al acusar recibo de la real cédula de 6 de noviembre del mismo año, había dicho: "La amantísima ciudad de Caracas tiene ya, con razón, nuevo título, y con orgullo se llama *Ciudad Mariana*, por haberla dedicado con tamaña honra V.M…". Y a tal grado llegaron el entusiasmo, la humildad y la adulación de los miembros del Ayuntamiento, que en uno de tantos oficios dirigidos por ésta al monarca, llegaron a decirle, que S.M. poseía un *mariano corazón*.

Después de dar a Carlos III las más expresivas gracias con frases más o

menos parecidas a las últimas copiadas, el Ayuntamiento pidió al gobernador y capitán general de la provincia, en vista de la real cédula y de las actas del cuerpo, se sirviera dictar las providencias que tuviese por convenientes, para la más devota publicidad de las nuevas obligaciones, que, para con la gran Madre de Dios, contraía esta su Mariana ciudad.

En 27 de enero de 1764, el Ayuntamiento presenta al cabildo eclesiástico la real cédula de Carlos III, que fue acogida con señales de satisfacción. Ofrecieron los señores del capítulo el sacrificio de sus personas a la Majestad divina, "por la continuación del augusto patrocinio de la Madre Santísima de la Luz sobre esta su *Mariana ciudad*". Y a nombre del rector y Claustro del Real Colegio Seminario y de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa, de esta *ciudad Mariana de Caracas*, "ofrece celebrar las nuevas honras que ha recibido esta misma *Mariana ciudad*". En los propios términos se expresaron al siguiente día todas las comunidades religiosas existentes en Caracas[2].

Nunca concesión alguna llegó a Caracas en época más propicia que en los días de Diez Madroñero. El espíritu religioso dominaba los ánimos; quería el obispo ensanchar la obra que había comenzado, y todo llegaba a medida de sus deseos. Una virgen que llevara el nombre indígena de la capital de Venezuela, iba a colmar la ambición de los moradores de ésta, acostumbrados a reverenciar a María bajo todas sus advocaciones.

Levantóse el oratorio, y colocaron en él a María Santísima de la Luz; comenzaron el lema que debía brillar en los pendones de la ciudad, y, después de conciliarse las opiniones, quedó por lema, no el que propuso el Ayuntamiento, sino el que indicó el monarca; es, a saber: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado original concebida en el primer instante de su Ser Natural.*

Desde esta época aparece, ya en las actas de ambos cabildos y de las comunidades religiosas, ya en los documentos públicos de otro orden, el nombre de *Ciudad Mariana de Caracas*; en otros, *Ciudad Mariana de Santiago León de Caracas.*

He aquí una nueva Virgen, la que iba a figurar en el sello de la ciudad,

2. Véanse las *Actas del Ayuntamiento y del Cabildo Eclesiástico*, 1763 y 1764.

la que iba a dar su nombre al pueblo fundado por Losada. He aquí a la patrona por excelencia, a la Virgen de nacionalidad caraqueña, que venía a sentarse en la asamblea de los patronos y patronas de Caracas, y también en todos los templos, en todas las oficinas públicas, eclesiásticas y políticas.

Creada la Virgen, ¿cómo figurarla en el lienzo o en la escultura, para que fuese reverenciada de los fieles y reconocida de las generaciones? Desde luego era necesario que descollaran al lado de la Virgen algunos de los patronos venerados en la ciudad, y que aquella sintetizara a Caracas en sus diversas épocas. ¿Cómo hacer esto? Opinaban unos por colocar en el retablo que representara a la Nuestra Señora, a San Sebastián, o San Mauricio, o San Pablo y a San Jorge, como primitivos abogados de Caracas en sus primeras necesidades: opinaban otros por darle cabida solamente a las santas y sabios doctores de la Iglesia. En esta situación estaban las cosas, cuando el obispo invita a los devotos y devotas de Caracas, y presentándoles la cuestión en la sala de su palacio, les obliga a escoger el cortejo que debía acompañar a la Virgen bajo la nueva advocación de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Debían figurar en el cuadro la ciudad de Caracas, el escudo de armas concedido por Felipe II, y reformado por Carlos III, y los patronos y patronas que en diversas épocas la habían favorecido.

Después de una discreta y prolongada discusión, hubieron de triunfar al fin las mujeres sobre los hombres, haciendo que el obispo aceptara, entre los cuatro personajes que debían acompañar a la Virgen, a tres santas de las protectoras de Caracas, y el asunto del retablo quedó decretado de la siguiente manera: arriba, en las nubes, descollaría la Virgen coronada por dos ángeles; a la derecha de María, Santa Ana, su madre, patrona de la Metropolitana de Caracas; y después, el apóstol Santiago, patrono de la ciudad. A la izquierda de la Virgen estarían Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía; la primera, como representante de los estudios eclesiásticos, al fundarse, bajo su advocación, el Seminario de Santa Rosa en 1673; y la segunda, como abogada contra la peste, por haber salvado de ella a la capital en 1696. En derredor de este grupo se colocarían los ángeles de la corte celestial que celebran a María, debiendo llevar en las manos cintas en que estuvieran los diversos versículos de las letanías. Y para representar a la antigua Caracas, en medio de los ángeles debía aparecer un querubín que

presentase a la Reina de los Cielos el escudo de armas concedido por Felipe II a la Caracas de 1591. Consistía éste, como hemos dicho alguna vez, en una venera que sostenía un león rapante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago.

Arriba de todas las figuras colocaría el lema que dice: *Ave María Santísima*, para recordar la concesión hecha por Carlos III a la ciudad en 1763, mientras que abajo estaría Caracas con la fisonomía que ostentaba en esta época.

Diversos pintores dieron a luz sus obras, y fueron aceptadas. El primer retablo, cuyo destino ignoramos, estuvo en la capilla de la Caridad, contigua al derribado Templo de San Pablo. El segundo fue colocado en la esquina de la Metropolitana, y está hoy en el museo.

Así continuó el entusiasmo religioso, con más o menos intermitencias, hasta que, para fines de siglo, casi había desaparecido el nuevo título de la ciudad. La muerte del obispo Diez Madroñero, acaecida en 1769, adormeció el entusiasmo por el culto de Nuestra Señora Mariana de Caracas. El obispo Martí quiso levantarlo y restituirlo a su prístino esplendor, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y algún tiempo después el referido culto había desaparecido por completo.

El nombre de *Ciudad Mariana de Caracas* no ha quedado sino en los documentos públicos y en las actas de los cabildos y comunidades religiosas. Igualmente ha desaparecido el de *Santiago de León de Caracas*, que durante tres siglos llevara la capital de Venezuela. Pero si Nuestra Señora Mariana de Caracas no puede ya salir de los archivos, Santiago tiene aún, por lo menos, su día: aquél en que lo celebra la Iglesia Metropolitana de Caracas.

En los tratados públicos, en las leyes, en todos los documentos de Venezuela independiente, la capital de la República no figura sino con su nombre indígena, el de Caracas, nombre que llevó aquel pueblo heroico que supo sucumbir ante sus conquistadores.

CARACAS FUE UN CONVENTO

NOS LLAMA LA ATENCIÓN la diversidad de caracteres que distinguieron a los prelados de Venezuela desde los más remotos tiempos, desde Bastidas en 1536, hasta nuestros días. Entre ellos figuran varones eximios por sus virtudes, caracteres intolerantes y díscolos, espíritus progresistas y benévolos, corazones nacidos para el amor y la caridad, verdaderos apóstoles del Evangelio en la tierra venezolana; cada uno en obedecimiento a la educación que había recibido, a la índole de su naturaleza, y al influjo de la época en que figuró. Si Bastidas, joven inexperto, lleno de nobles sentimientos respecto de la Iglesia venezolana, se deja arrastrar por las influencias contagiosas de los conquistadores, y favorece la esclavitud del indígena, sus sucesores, fray Pedro de Agresa y fray Antonio de Alcega, representan las más empinadas cumbres del ministerio apostólico. Tan santos varones abrieron, así puede asegurarse, el camino fructífero de la enseñanza y de la práctica de la virtud en los primeros pueblos que fundara entre nosotros el conquistador castellano. Fray Juan de Boherquez fue el iniciador de aquella lucha secular que conoce la historia de Venezuela con el nombre de *Competencias*; y hombre indigno del sublime encargo de que había sido revestido. Había nacido no para llevar el báculo del apóstol y sí la alfange de los conquistadores. Mauro de Tovar, fue un espíritu intransigente, voluntarioso y aun déspota, pero sumiso ante sus deberes religiosos y hasta humilde en su asistencia a los necesitados. Contagiado por la epidemia de su época, las *Competencias*, e imbuido de las máximas de Hildebrando, según asienta el historiador Yanes, quiso dar a su autoridad tal preemi-

nencia y extensión que exigía que el poder civil le estuviese subordinado, propasándose a conocer y juzgar de la conducta y hechos domésticos de las familias, so pretexto de pecaminosos. Eran estos errores hijos de su carácter y de su tiempo, antes que de su corazón. En las épocas de lucha social, de conquistas armadas, los caracteres más humildes se convierten en solemnes tiranuelos.

Fray Antonio González de Acuña y don Diego de Baños y Sotomayor fueron apóstoles de progreso, y con ellos don Juan José de Escalona y Calatayud, corazón caritativo y espíritu ilustrado. Celosos defensores de la disciplina eclesiástica, creadores, reformadores, siempre dispuestos al ensanche de cuanto redundara en beneficio de la instrucción eclesiástica; éstos y otros varones del apostolado venezolano de las pasadas épocas, sembraron buena semilla e hicieron cuanto estuvo al alcance de sus facultades.

Mas al llegar a los días en que figuraron los últimos prelados de quienes acabamos de hablar, un carácter, que parece que desconocieron nuestros historiadores modernos, nos llama la atención: nos referimos al obispo don Diego Antonio Diez Madroñero, que figuró desde 1757 hasta 1769. Los cronistas venezolanos nos lo presentan como protector de las fábricas del seminario, y del templo de los lázaros, y creador de los ejercicios espirituales llamados de San Ignacio, que practican los escolares de la actual Escuela Episcopal; pero esto es nada ante la constancia de este reformador de costumbres, de este innovador religioso, monomaníaco pacífico, que supo transformar a Caracas, durante los doce años de su apostolado en un convento, en el cual sólo faltó que los moradores de la capital vistieran todos el hábito talar.

Ninguno de los obispos y arzobispos de Venezuela ha dejado en nuestra historia eclesiástica, una estela más prolongada; y todavía, después de ciento veinte y dos años que han pasado, desde el día de su fallecimiento, todavía perdura algo de sus obras, a pesar de las revoluciones que han conmovido la sociedad caraqueña. Con su voluntad inquebrantable, con sus edictos, con su constancia supo imponerse y cortar de raíz hábitos inveterados por la acción del tiempo. ¡Y coincidencia admirable! La época de este prelado que hizo de Caracas un convento, es la misma en que figuró, como gobernador, el general Solano, espíritu recto, liberal, que puso a raya

a los nobles y mantuanos de Caracas, sabiendo, desde su llegada, emanciparse de toda influencia española o americana, pues obraba con conciencia propia, ayudado de un criterio tan justo como ilustrado: así y sólo así, pudo acabar con el contrabando, ensanchar la ciudad y vencer a los caciques tenaces del Alto Orinoco, y dejar su nombre bien puesto en los anales de la patria venezolana.

Quiso el obispo salvarse del influjo pernicioso de las *Competencias*, y aliándose con el gobernador, salvó el escollo como pudo, y obró con su leal saber y entender en la educación del rebaño caraqueño. A los pocos días de su llegada a la capital, conoció la índole de sus moradores, y puso por obra cuando le sugirió su pensamiento. ¿Qué hizo durante su pontificado? Comprendió que la ciudad necesitaba de una patrona que llevase nombre indígena y creó a Nuestra Señora Mariana de Caracas; y desde entonces llamóse a Caracas, la *ciudad Mariana*; vio que las calles y esquinas no tenían sino nombres de referencia; y bautizó calles y esquinas con nombres del martirologio, e hizo excavar nichos en algunas paredes, para colocar imágenes, e impuso a todas las familias del poblado, a que fijaran sobre la puerta interior del zaguán, la imagen del patrón o la patrona de la casa. Encontró que el pueblo de Caracas, era partidario de bailes antiguos, conocidos con los nombres de la zapa, el zambito, la murranga, el dengue, etc., etc., y con un edicto los enterró. Quiso el prelado levantar el censo de la capital, y sin necesidad de poder civil, y con sus curas y monigotes, formó el padrón de la capital, sabiendo a poco el número de habitantes de cada casa, edades, condiciones, nacionalidad, y sobre todo, los que se habían confesado y comulgado. Un incidente inesperado, el fuerte sacudimiento de la tierra, en octubre de 1766, lo pone en la vía de exaltar el culto a la Virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad y de las arboledas de cacao, y la hacen conocer también, como abogada de los terremotos. En conocimiento de que la mayor parte de las propiedades agrícolas, vecinas de Caracas, carecían de oratorios, concede la licencia necesaria, y a poco, se rezaba la misa en todas estas capillas privadas. Excita a la población, tanto de la capital como de los campos, a que rezara la oración del rosario, diariamente, y no quedó familia ni repartimiento que no lo hiciera en congregación antes de acostarse. Quiso que la imagen de la Virgen del Rosario

se viera con frecuencia en las calles de Caracas, y estableció que la procesión saliese de cada parroquia cada siete días. Y para sostener la fe, hizo que se representara en los teatricos ambulantes, loas y autos de fe en gloria de la Virgen celestial, con preferencia a sainetes necios y ridículos. Por supuesto, que los sexos debían estar separados en estas reuniones de carácter popular. Protegió las cofradías, las procesiones, el culto a la Copacabana y se recreó en la contemplación de su obra. Finalmente, quiso acabar con el juego del carnaval, y lo sustituyó con el rezo del rosario, en procesiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca.

¿Qué consiguió el prelado con todo esto? Fundó la estadística, que no se conocía; levantó los cimientos del alumbrado público, costeado por los dueños de casas, favorecedores del culto católico, y sin que las rentas gastaran un centavo; acabó con el zambito, la zapa y bailes livianos; enterró, durante once años, el juego del carnaval; impuso a toda familia el rezo diario del rosario; acostumbró a los niños y criados a que gastaran sus economías favoreciendo las procesiones nocturnas de cada parroquia, y puso, finalmente, nombre a todas las calles y esquinas de la Caracas de antaño.

La capital fundada por Losada se había convertido en un hermoso convento, como vamos a probarlo.

LA PRIMERA TAZA DE CAFÉ EN EL VALLE DE CARACAS

CON EL PATRONÍMICO francés de Blandain o Blandín, se conocen en las cercanías de Caracas dos sitios; el uno es la quebrada y puente de este nombre, en la antigua carretera de Catia, lugar que atraviesa la locomotora de La Guaira; el otro, la bella plantación de café, al pie de la silla del Ávila, vecina del pueblo de Chacao. Recuerdan estos lugares a la antigua y culta familia francovenezolana que figuró en esta ciudad, desde mediados del último siglo, ya en el desarrollo del arte musical, ya en el cultivo del café, en el valle de Caracas, y la cual dio a la Iglesia venezolana un sacerdote ejemplar, un patricio a la revolución de 1810 y dos bellas y distinguidas señoritas, dechados de virtudes domésticas y sociales, origen de las conocidas familias de Argain, Echenique, Báez-Blandín, Aguerrevere, González-Alzualde, Rodríguez-Supervie, etc., etc.

Don Pedro Blandain, joven de bellas prendas, después de haber cursado en su país la profesión de farmacéutico, quiso visitar a Venezuela, y al llegar a Caracas, por los años de 1740 a 1741, juzgó que en ésta podía fundarse un buen establecimiento de farmacia, que ninguno tenía la capital en aquel entonces. La primera botica en Caracas databa de cien años atrás, 1649, cuando por intervención del Ayuntamiento, formóse un bolso entre los vecinos pudientes, para llevar a remate el pensamiento de tener una botica, la cual fue abierta al público, y puesta bajo la inspección de un señor Marcos Portero. Pero esta botica, sin estímulo, sin población que la favoreciera, sin médicos que la frecuentaran, pues era cosa muy rara, en aquella época ver a un discípulo de Esculapio por las solitarias calles

de Caracas, hubo de desaparecer, continuando el expendio de drogas en las tiendas y ventorrillos de la ciudad, como es de uso todavía en nuestros campos. El estudio de las ciencias médicas no comenzó en la Universidad de Caracas sino en 1763.

La primera botica francesa que tuvo Caracas, fundada por don Pedro Blandain, figuró cerca de la esquina del Cují, en la actual avenida Este, número 54, casa que hasta ahora pocos años, tuvo sobre el portón un balconcete[3].

A poco de haberse don Pedro instalado en Caracas, unióse en matrimonio con la graciosa caraqueña doña Mariana Blanco de Valois, de la cual tuvo varios hijos: y como era hombre a quien gustaba vivir con holgura, hízose de nueva y hermosa casa que habitó, y fue ésta la solariega de la familia Blandain[4]. En los días de 1776 a 1778, la familia Blandain había perdido cuatro hijos, pero conservaba otros cuatro: don Domingo que acababa de recibir la tonsura y el grado de doctor en Teología, y figuró más tarde como doctoral en el Cabildo eclesiástico; don Bartolomé, que después de viajar por Europa, tornaba a su patria para dedicarse a la agricultura y al cultivo del arte musical, que era su encanto; y las señoritas María de Jesús y Manuela, ornato de la sociedad caraqueña en aquella época. A poco esta familia, con sus entroncamientos de Argain, Echenique, Báez, constituyó por varios respectos, uno de los centros distinguidos de la sociedad caraqueña.

A estas familias, como a las de Aresteigueta, Machillanda, Uztáriz y otras más que figuraron en los mismos días, se refieren las siguientes frases del conde de Segur, cuando en 1784, hubo de conocer el estado social de la capital de Venezuela. "El gobernador –escribe– me presentó a las familias más distinguidas de la ciudad, donde tropezamos con hombres algo taciturnos y serios; pero en revancha, conocimos gran número de señoritas, tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de

---

3. Ya sea porque los límites al este de Caracas, llegaban, en la época a que nos referimos a la esquina del Cují, ya porque los sucesores de don Pedro quisieron vivir en un mismo vecindario, es lo cierto que las hermosas casas de la familia Blandain y de sus sucesores Blandain y Echenique-Blandain-Báez-Blandain, Aguerrevere, Alzualde, etc., etc., figuran en esta área de Caracas, conservándose aún las que resistieron el terremoto de 1812.

4. Esta casa destruida por el terremoto de 1812, bellamente reconstruida hace como cuarenta y cinco años, es la marcada con el número 47 de la misma avenida.

sus modales y por su amor al baile y a la música, como también por la vivacidad de cierta coquetería que sabía unir muy bien la alegría a la decencia". Y a estas mismas familias se refieren los conceptos de Humboldt que visitó a Caracas en 1799: "He encontrado en las familias de Caracas –escribe– decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana y notable predilección por la música que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad". Todavía, treinta años más tarde, después de concluida la revolución que dio origen a la República de Venezuela, entre los diversos conceptos expresados por viajeros europeos, respecto de la sociedad de Caracas, en la época de Colombia, encontramos los siguientes del americano Duane, que visitó las arboledas de Blandain en 1823, y fue obsequiado por esta familia. Después de significar lo conocido que era de los viajeros el nombre de Blandain, así como era proverbial la hospitalidad de ella, agrega: "el orden y felicidad de esta familia son envidiables, no porque ella sea inferior a sus méritos, sino porque sería de desearse que toda la humanidad participara de semejante dicha"[5].

En la época en que el conde de Segur visitó esta ciudad, el vecino y pintoresco pueblo de Chacao, en la región oriental de la Silla del Ávila, era sitio de recreo de algunas familias de la capital, que, dueñas de estancias frutales y de fértiles terrenos cultivados, pasaban en el campo cierta temporada del año. Podemos llamar a tal época, época primaveral, porque fue, durante ella, cuando se despertó el amor a la agricultura y al comercio, visitaron la capital los herborizadores alemanes que debían preceder a Humboldt, y se ejecutaron bajo las arboledas al pie del Ávila, los primeros cuartetos de música clásica que iban a dar ensanche al arte musical en la ciudad de Losada. En estos días finalmente, veían en Caracas la primera luz dos ingenios destinados a llenar páginas inmortales en la historia de América: Bello, el cantor de la "Zona Tórrida"; Bolívar, el genio de la guerra, que debía conducir en triunfo sus legiones desde Caracas hasta las nevadas cumbres que circundan al dilatado Titicaca.

---

5. Conde de Segur, *Memoires, Souvenirs et Anecdotes*, 3 v., citado por Humboldt, *Viajes*. Duane, *A Visit to Colombia*, 1827, 1 v.

¿Cómo surgió el cultivo del café en el valle de Caracas? Desde 1728, época en que se estableció en esta capital la Compañía Guipuzcoana, no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fue poco a poco abandonado a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en todo Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni en el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo, cuyo cultivo está limitado a los pueblos de la cordillera, ni en el algodón, que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se cultiva en una gran parte de la República.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fue traído de París a Guadalupe por Desclieux, en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725, y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron esta planta entre nosotros fueron los misioneros castellanos, por los años de 1730 a 1732, y el primer terreno donde prosperó fue a orillas del Orinoco. El padre Gumilla nos dice, que él mismo lo sembró en sus misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero italiano Gilij lo encontró frutal en tierra de los tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares, a mediados del último siglo. En el Brasil, la planta data de 1771, probablemente llevada de las misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, remonta a los años de 1783 a 1784. En las estancias de Chacao, llamadas “Blandín”, “San Felipe” y “La Floresta”, que pertenecieron a don Bartolomé Blandín y a los presbíteros Sojo y Mohedano, cura este último del pueblo de Chacao, crecía el célebre arbusto, más como planta exótica de adorno que como planta productiva. Los granos y arbustitos recibidos de las Antillas francesas, habían sido distribuidos entre estos agricultores que se apresuraron a cuidarlos. Pero andando el tiempo, el padre Mohedano concibe en 1784 el proyecto de fundar un establecimiento formal, recoge los pies que puede, de las diversas huertas de Chacao, planta seis mil arbolillos, los cuales sucumben casi en totalidad. Reunidos enton-

ces los tres agricultores mencionados, forman semilleros, según el método practicado en las Antillas, y lograron cincuenta mil arbustos que rindieron copiosa cosecha.

Al hablar de la introducción del café en el valle de Caracas, viene a la memoria el del arte musical, durante una época en la cual los señores Blandín y Sojo desempeñaban importante papel en la filarmonía de la capital. Los recuerdos del arte musical y del cultivo del café son para el campo de Chacao, lo que para los viejos castillos feudales las leyendas de los trovadores: cada boscaje, cada roca, la choza derruida, el árbol secular, por donde quiera, la memoria evoca recuerdos placenteros de generaciones que desaparecieron.

Cuando se visitan las arboledas y jardines de "Blandín", de "La Floresta" y "San Felipe", haciendas cercanas, como lo estuvieron sus primitivos dueños, unidos por la amistad, el sentimiento y la patria; cuando se contemplan los chorros de Tócome, la cascada de Sebucán, las aguas abundosas que serpean por las pendientes del Ávila; cuando el viajero posa sus miradas sobre las ruinas de Bello Monte, o solicita bajo las arboledas de los bucares floridos, cubiertos con manto de escarlata, las arboledas de café coronadas de albos jazmines que embalsaman el aire: el pensamiento se trasporta a los días apacibles en que figuraban Mohedano, Sojo y Blandín; época en que comenzaba a levantarse en el Viejo Mundo la gran figura de Miranda, y a orillas del Anauco y del Guaire, las de Bello y Bolívar.

El padre Sojo y don Bartolomé Blandín acompañado éste de sus hermanas María de Jesús y Manuela, llenas de talento musical, reunían en sus haciendas de Chacao a los aficionados de Caracas; y este lazo de unión que fortalecía el amor al arte, llegó a ser en la capital el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado a España y a Italia, y en ésta muy especialmente a Roma, en los días de Clemente XIV, regresó a Caracas con el objeto de concluir el Convento de Neristas, que a sus esfuerzos levantara, y del cual fue prepósito. El convento fue abierto en 1771[6].

---

6. En el área que ocupó el Convento y Templo de Neristas, figura hoy el parque de Washington, en cuyo centro descuella la estatua de este gran patricio. Nuevos árboles han sus-

Las primeras reuniones musicales de Caracas se verificaron en el local de esta institución, y en Chacao, bajo las arboledas de "Blandín" y de "La Floresta". El primer cuarteto fue ejecutado a la sombra de los naranjeros, en los días en que sonreían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos del café. A estas tertulias musicales asistían igualmente muchos señores de la capital.

En 1786 llegaron a Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredemeyer y Schultz, quienes comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Ávila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo, y la intimidad que entre todos llegó a formarse, fue de brillantes resultados para el adelantamiento del arte musical, pues agradecidos los viajeros, a su regreso a Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de Mozart y de Haydn. Esta fue la primera música clásica que vino a Caracas, y sirvió de modelo a los aficionados, que muy pronto comprendieron las bellezas de aquellos autores.

Planteado el cultivo del café, como empresa industrial, los dueños de las haciendas mencionadas acordaron celebrar aquel triunfo de la civilización, es decir, el beneficio del arbusto sabeo en el valle de Caracas; y para llevar a término el pensamiento, señalaron en la huerta de Blandín los arbustos que debían proporcionar los granos necesarios para saborear la primera taza de café, en unión de algunas familias y caballeros de la capital aficionados al arte musical.

A proporción que las plantaciones crecían a la sombra paternal de los bucares, con frecuencia eran visitadas por todos aquellos que, en pos de una esperanza, veían deslizarse los días y aguardaban la solución de una promesa. Por dos ocasiones, antes de florecer el café, los bucares perdieron sus hojas, y aparecieron sobre las peladas copas macetas de flores color de escarlata que hacían aparecer las arboledas, como un mar de fuego. ¡Cuánta alegría se apoderó de los agricultores, cuando en cierta mañana, al

tituido a los añejos cipreses del antiguo patio, pero aún se conserva el nombre de esquina de los Cipreses, a la que lo lleva hace más de un siglo.

cabo de dos años, brotaron los capullos que en las jóvenes ramas de los cafetales anunciaban la deseada flor! A poco, todos los árboles aparecieron materialmente cubiertos de jazmines blancos que embalsamaban el aire. El europeo que por la vez primera contempla una arboleda de café en flor, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores que le invita a penetrar en el boscaje, tocar con sus manos los jazmines, llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción. No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flora, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va a dar vida a los campos y pan a la familia. Pero todavía es más profunda la emoción, cuando, al caer las flores, asoman los frutos, que al madurarse aparecen como macetitas de corales rojos que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos.

De antemano se había convenido, en que la primera taza de café sería tomada a la sombra de las arboledas frutales de Blandín, en día festivo, con asistencia de aficionados a la música y de familias y personajes de Caracas. Esto pasaba a fines de 1786. Cuando llegó el día fijado, desde muy temprano, la familia Blandín y sus entroncamientos de Echenique, Argain y Báez, aguardaban a la selecta concurrencia, la cual fue llegando por grupos, unos en cabalgaduras, otros en carretas de bueyes, pues la calesa no había, para aquel entonces, hecho surco en las calles de la capital ni el camino de Chacao. Por otra parte, era de lujo, tanto para caballeros, como para damas, manejar con gracia las riendas del fogoso corcel, que se presentaba ricamente enjaezado, según uso de la época.

La casa de Blandín y sus contornos ostentaban graciosos adornos campestres, sobre todo, la sala improvisada bajo la arboleda, en cuyos extremos figuraban los sellos de armas de España y de Francia. En esta área estaba la mesa del almuerzo, en la cual sobresalían tres arbustos de café artísticamente colocados en floreros de porcelana. Por la primera vez, iba a verificarse, al pie de la Silla del Ávila, inmortalizada por Humboldt, una fiesta tan llena de novedad y de atractivos, pues que celebraba el cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, fiesta a la cual contribuía lo más distinguido de la capital con sus personas, y los aficionados al arte musical, con las armonías

de Mozart y de Beethoven. La música, el canto, la sonrisa de las gracias y el entusiasmo juvenil, iban a ser el alma de aquella tenida campestre.

Espléndido apareció a los convidados el poético recinto, donde las damas y caballeros de la familia Blandín hacían los honores de la fiesta, favorecidas de la gracia y gentileza que caracteriza a personas cultas, acostumbradas al trato social. Por todas partes sobresalían ricos muebles dorados o de caoba, forrados de damasco encarnado, espejos venecianos, cortinas de seda, y cuanto era del gusto de aquellos días, en los cuales el dorado y la seda tenían que sobresalir.

La fiesta da comienzo con un paseo por los cafetales, que estaban cargados de frutos rojos. Al regreso de la concurrencia, rompe la música de baile, y el entusiasmo se apodera de la juventud. Después de prolongadas horas de danza, comienzan los cuartetos musicales y el canto de las damas, el cual encontró quizás eco entre las aves no acostumbradas a las dulces melodías del canto y a los acordes del clavecino.

A las doce del día comienza el almuerzo, y concluido éste, toma el recinto otro aspecto. Todas las mesas desaparecieron menos una, la central, que tenía los arbustos de café, de que hemos hablado, y la cual fue al instante exornada de flores y cubierta de bandejas y platos del Japón y de China, llenos de confituras, y de salvillas de plata con preciosas tacitas de China. Y por ser tan numerosa la concurrencia, la familia Blandín se vio en la necesidad de conseguir las vajillas de sus relacionados, que de tono y buen gusto era en aquella época, dar fiestas en que figurasen los ricos platos de las familias notables de Caracas.

Cuando llega el momento de servir el café, cuya fragancia se derrama por el poético recinto, vese un grupo de tres sacerdotes, que precedidos del anfitrión de la fiesta, don Bartolomé Blandín, se acercaron a la mesa: eran estos, Mohedano, el padre Sojo y el padre doctor Domingo Blandín, que, desde 1775, había comenzado a figurar en el clero de Caracas[7]. Llegan a la mesa en el momento en que la primera cafetera vacía su contenido en

---

7. El doctor don Domingo Blandín, racionero de la Catedral de Cuenca, en el Ecuador, tomó posesión de la misma dignidad, en la Catedral de Caracas, en 1807. El 25 de junio de este año, ascendió a la de Doctoral, y el 6 de noviembre de 1814, a la de *Chantre*.

la transparente taza de porcelana, la cual es presentada inmediatamente al virtuoso cura de Chacao. Un aplauso de entusiasmo acompaña a este incidente, al cual sucede momento de silencio. Allí no había nada preparado, en materia de discurso, porque todo era espontáneo, como era generoso el corazón de la concurrencia. Nadie había soñado con la oratoria ni con frases estudiadas; pero al fijarse todas las miradas sobre el padre Mohedano, que tenía en sus manos la taza de café que se le había presentado, algo esperaba la concurrencia. Mohedano conmovido, lo comprende así, y dirigiendo sus miradas al grupo más numeroso, dice:

> Bendiga Dios al hombre de los campos sostenido por la constancia y por la fe. Bendiga Dios el fruto fecundo, don de la sabia Naturaleza a los hombres de buena voluntad. Dice San Agustín que cuando el agricultor, al conducir el arado, confía la semilla al campo, no teme, ni la lluvia que cae, ni el cierzo que sopla, porque los rigores de la estación desaparecen ante las esperanzas de la cosecha. Así nosotros, a pesar del invierno de esta vida mortal, debemos sembrar, acompañada de lágrimas, la semilla que Dios ama: la de nuestra buena voluntad y de nuestras obras, y pensar en las dichas que nos proporcionará abundante cosecha.

Aplausos prolongados contestaron estas bellas frases del cura de Chacao, las cuales fueron continuadas por las siguientes del padre Sojo:

"Bendiga Dios el arte, rico don de la Providencia, siempre generosa y propicia al amor de los seres, cuando está sostenido por la fe, embellecido por la esperanza y fortalecido por la caridad"[8].

El padre don Domingo Blandín quiso igualmente hablar, y comenzando con la primera frase de sus predecesores, dijo:

"Bendiga Dios la familia que sabe conducir a sus hijos por la vía del deber y del amor a lo grande y a lo justo. Es así como el noble ejemplo se

---

8. Hace más de cuarenta años que tuvimos el placer de escuchar a la señora Dolores Báez de Supervie, una gran parte de los pormenores que dejamos narrados. Todavía, después de cien años, se conservan muchos de estos, entre los numerosos descendientes de la familia Blandín. En las frases pronunciadas por el padre Sojo, falta el último párrafo que no hemos podido descifrar en el apagado manuscrito con que fuimos favorecidos, lo mismo que las palabras de don Bartolomé Blandín, borradas por completo.

trasmite de padres a hijos y continúa como legado inagotable. Bendiga Dios esta concurrencia que ha venido a festejar con las armonías del arte musical y las gracias y virtudes del hogar, esta fiesta campestre, comienzo de una época que se inaugura, bajo los auspicios de la fraternidad social". Al terminar, el joven sacerdote tomó una rosa de uno de los ramilletes que figuraban en la mesa, y se dirigió al grupo en que estaba su madre, a la cual le presentó la flor, después de haberla besado con efusión. La concurrencia celebró tan bello incidente del amor íntimo, delicado, al cual sucedieron las expansiones sociales y la franqueza y libertad que proporciona el campo a las familias cultas.

Desde aquel momento la juventud se entregó a la danza, y el resto de la concurrencia se dividió en grupos. Mientras que aquella respiraba solamente el placer fugaz, los hombres serios se habían retirado al boscaje que está a orillas del torrente que baña la plantación. Allí se departió acerca de los sucesos de la América del Norte y de los temores que anunciaban en Francia algún cambio de cosas. Y como en una reunión de tal carácter, cuyo tema obligado tenía que ser el cultivo del café y el porvenir agrícola que aguardaba a Venezuela, los anfitriones Mohedano, Sojo y Blandín, los primeros cultivadores del café en el valle de Caracas, hubieron de ser agasajados, no sólo por sus méritos sociales y virtudes eximias sino también por el espíritu civilizador, que fue siempre el norte de estos preclaros varones.

Ya hemos hablado anteriormente del padre Sojo y de don Bartolomé Blandín, aficionados al arte musical, que después de haber visitado el Viejo Mundo, trajeron a su patria gran contingente de progreso, del cual supo aprovecharse la sociedad caraqueña. En cuanto al padre Mohedano, cura de Chacao, nacido en la villa de Talarrubias (Extremadura), había pisado a Caracas en 1759, como familiar del obispo Diez Madroñero. A poco recibe las sagradas órdenes y asciende a secretario del Obispado. En 1769, al crearse la parroquia de Chacao, Mohedano se opone al curato y lo obtiene. En 1798, Carlos IV le elige obispo de Guayana, nombramiento confirmado por Pío VII en 1800. Monseñor Ibarra le consagra en 1801, pero su apostolado fue de corta duración, pues murió en 1803. Según ha escrito uno de sus sabios apologistas, el obispo de Trícala, Mohedano fue uno de los mejores oradores sagrados de Caracas. "Su elocuencia –dice– era toda de

sentimiento religioso, realzado por la modestia de su virtud. La sencillez y austeridad que se trasparentaban en su semblante, daban a su voz debilitada dulce influencia sobre los corazones".

Hablábase del porvenir del café, cuando Mohedano manifestó a sus amigos con quienes departía, que esperaba en lo sucesivo, buenas cosechas, pues su producto lo tenía destinado para concluir el templo de Chacao, blanco de todas sus esperanzas. Morir después de haber levantado un templo y de haber sido útil a mis semejantes, será, dijo, mi más dulce recompensa.

Entonces alguien aseguró a Mohedano, que por sus virtudes excelsas, era digno del pontificado y que este sería el fin más glorioso de su vida.

—No, no, –replicó el virtuoso pastor. Jamás he ambicionado tanta honra. Mi único deseo, mi anhelo es ver feliz a mi grey, para lo que aspiro continuar siendo médico del alma y médico del cuerpo[9]. Rematar el templo de Chacao, ver desarrollado el cultivo del café y después morir en el seno de Dios y con el cariño de mi grey, he aquí mi única ambición.

Catorce años más tarde de aquél en que se había efectuado tan bella fiesta en el campo de Chacao, dos de estos hombres habían desaparecido: el padre Sojo que murió a fines del siglo, después de haber extendido el cultivo del café por los campos de los Mariches y lugares limítrofes; y Mohedano que después de ejercer el episcopado a orillas del Orinoco, dejó la tierra en 1803. Solo a Blandín vino a solicitarle la revolución de 1810. Abraza desde un principio el movimiento del 19 de abril del mismo año, y su nombre figura con los de Roscio y Tovar en los bonos de la revolución venezolana. Asiste después, como suplente, al Constituyente de Venezuela de 1811, y cuando todo turbio corre, abandona el patrio suelo, para regresar con el triunfo de Bolívar en 1821.

Siete años después desapareció Bolívar, y cinco más tarde, en 1835, se extinguió a la edad de noventa años, el único que quedaba de los tres fundadores del cultivo del café en el valle de Caracas. Con su muerte quedaba extinguido el patronímico Blandain.

9. Aludía con estas frases a la asistencia y medicinas que facilitaba a los enfermos de Chacao y de sus alrededores.

Blandín es el sitio de Venezuela que ha sido más visitado por nacionales y extranjeros durante un siglo; y no hay celebridad europea o nacional que no le haya dedicado algunas líneas, durante este lapso de tiempo. Segur, Humboldt, Bonpland, Boussingault, Sthephenson, y con estos Miranda, Bolívar y los magnates de la revolución de 1810, todos estos hombres preclaros, visitaron el pintoresco sitio, dejando en el corazón de la distinguida familia que allí figuró, frases placenteras que son aplausos de diferentes nacionalidades a la virtud modesta coronada con los atributos del arte.

Un siglo ha pasado con sus conquistas, cataclismos, virtudes y crímenes, desde el día en que fueron sembrados en el campo de Chacao los primeros granos del arbusto sabeo; y aún no ha muerto en la memoria de los hombres el recuerdo de los tres varones insignes, orgullo del patrio suelo: Mohedano, Sojo y Blandín. Chacao fue destruido por el terremoto de 1812, pero nuevo templo surgió de las ruinas para bendecir la memoria de Mohedano, mientras que las arboledas de "San Felipe", y las palmeras del Orinoco, cantan hosanna al pastor que rindió la vida al peso de sus virtudes. Del padre Sojo hablan los anales del arte musical en Venezuela, las campiñas de "La Floresta" hoy propiedad de sus deudos, los cimientos graníticos de la fachada de Santa Teresa y los árboles frescos y lozanos que en el área del extinguido Convento de Neristas circundan la estatua de Washington. El nombre de Blandín no ha muerto: lo llevan, el sitio al oeste de Caracas, por donde pasa después de vencer alturas la locomotora de La Guaira y la famosa posesión de café, que con orgullo conserva uno de los deudos de aquella notable familia. En este sitio célebre, siempre visitado, la memoria evoca cada día el recuerdo de sucesos inmortales, el nombre de varones ilustres y las virtudes de generaciones ya extinguidas, que supieron legar a lo presente lo que habían recibido de sus antepasados: el buen ejemplo. El patronímico Blandín ha desaparecido; pero quedan los de sus sucesores Echenique, Báez, Aguerrevere, Rodríguez Supervie, etc., etc., que guardan las virtudes y galas sociales de sus progenitores.

Desapareció el primer clavecino que figuró entonces por los años de 1772 a 1773, y aún se conserva el primer piano clavecino que llegó más tarde, y las arpas francesas, instrumentos que figuraron en los conciertos de Chacao. Sobresalgan en el museo de algún anticuario las pocas bande-

jas y platos del Japón y de China que han sobrevivido a ciento treinta años de peripecias, así como los curiosos muebles abandonados como inútiles y restaurados hoy por el arte.

Los viejos árboles del Ávila aún viven, para recordar las voces argentinas de María de Jesús y de Manuela, en tanto que el torrente que se desprende de las altas cumbres, después de bañar con sus aguas murmurantes los troncos añosos y los jóvenes bucares, va a perderse en la corriente del lejano Guaire.

EL CUADRILÁTERO HISTÓRICO

LA CIUDADELA, o mejor dicho, el cuadrilátero comprendido entre la plaza de Altagracia y la esquina de Maturín y las de Traposos y la Bolsa es el lugar de la ciudad de Caracas donde se han verificado los más notables acontecimientos de nuestra historia, en los días de la Colonia y de la Independencia. Doce manzanas comprende este recinto, y en ellas están las ruinas de la primera casa que edificó Losada: el primer templo que levantó éste, San Sebastián, llamado después de San Mauricio; los dos más antiguos conventos de monjas; el palacio de los capitanes generales; la Audiencia; la Intendencia; la Cárcel Real; el Ayuntamiento o casa Municipal; la Universidad; el Seminario Tridentino; la catedral con su cementerio y prisión para eclesiásticos; la Tesorería Real; los almacenes y oficinas de la Compañía Guipuzcoana; la Tercena o venta del tabaco; la casa de los jesuitas; la casa donde se instaló el congreso constituyente de 1811; el primer teatro real; las oficinas de la primera imprenta en Caracas; el Arzobispado; la casa donde se instaló Humboldt; y últimamente la casa donde nació Bolívar: su casa patrimonial, a la cual llegó en 1827; y el templo en que están sus restos y la plaza en que se verificó su apoteosis.

Dos conventos de frailes con sus respectivas plazuelas limitan este hermoso cuadrilátero al sureste y al sur: el de San Jacinto y el de San Francisco. En el uno aparece en 1812, en los momentos de la gran catástrofe que derribó las dos terceras partes de la ciudad, aquel Bolívar, carácter impetuoso, voluntad de hierro, hombre de acción, quien, después de socorrer las víctimas y salvarlas de la muerte, se presenta en la plaza

del templo y hace que descienda de la cátedra sagrada el eclesiástico que pintaba a la muchedumbre, toda aquella catástrofe, como un castigo del cielo. "En el mismo día y a la misma hora en que hace dos años, con sacrílega mano quitasteis el bastón al representante del rey, dijo Dios, 'no quiero templos', y la tierra conmoviéndose arruina vuestros hogares, sacrifica vuestras familias, sepulta vuestros tesoros y os sumerge en la orfandad, para castigar vuestra desobediencia y vuestra infidelidad el más generoso y bueno de los Reyes". Así principiaba el padre Sosa, espíritu realista, en la cátedra improvisada en medio de la desolación y del pavor, cuando Bolívar le interrumpe y le impone silencio. ¡Qué contraste entre estas frases del orador sagrado, al pintar la cólera de Dios, y estas otras del fogoso mancebo! "Si la naturaleza se opone a nuestra independencia, la venceremos y haremos que nos obedezca".

Dos años después, este mismo pueblo por medio de sus delegados, discernía a Bolívar en el Templo de San Francisco el título de LIBERTADOR; y veintiocho años más tarde, en este mismo recinto era recibido Bolívar, ya muerto, con los honores del triunfo. Había fundado la Independencia de la América del Sur después de sacrificios y de luchas heroicas; había vencido a la naturaleza y a los hombres.

Frente al derribado Templo de San Jacinto está la casa que habita actualmente la familia Madriz: en esta casa nació Bolívar en 1783. Al lado, hacia el norte, está la que sirvió de Audiencia a principios del siglo. Había en la puerta de ésta una campana de la cual pendía una cadena de hierro; el culpable que al ser perseguido tiraba de la cadena quedaba bajo el amparo de la Audiencia, y nadie podía tocarle. Sólo dos templos tuvieron este privilegio; la Catedral y Altagracia, y hubo ejemplos en que la justicia quedó en las puertas, mientras los culpables fueron a arrodillarse delante del santo de su devoción. Mas, hubo todavía una casa particular a la cual se le dispensó esta gracia concedida por los monarcas de España, y fue la de la familia Arguinzones, ya extinguida, que vivió en la esquina del mismo nombre, hoy llamada esquina de Maturín.

Esta esquina de Arguinzones o de Maturín tiene todavía más celebridad: en ella construyó el fundador de Caracas, Diego de Losada, su primera casa circundada de hermosos corrales. De manera que el lado oriental

del cuadrilátero histórico está limitado en sus extremos norte y sur por dos casas célebres: la que fundó Losada, hoy en escombros, y aquella en que nació Bolívar.

En esta misma esquina y en parte del templo masónico estuvo la casa del regidor Valentín Ribas, hermano del general Ribas, ambos de la conjuración del 19 de Abril. En esta casa se reúnen por la última vez en la noche del miércoles santo, los conjurados, y de allí salen para desempeñar cada uno su cometido. ¡Cuán adversa se ostentó la fortuna para muchos de aquellos hombres tan llenos de esperanzas! Sin ocuparnos de los más, recordamos la suerte de los hermanos Ribas. Aquella mansión honorable desaparece en el terremoto de 1812, y dos años después, en 1814, los soldados de Boves cortan al general José Félix Ribas la cabeza, en el valle de la Pascua, que conducida por los vencedores como un trofeo de guerra, la colocan en una jaula en el caminó de La Guaira. Mas después en 1815, el capitán general Moxó ofrece cinco mil pesos por la cabeza de Valentín Ribas: uno de sus asistentes, fiel hasta entonces, lo sabe, y ansioso de recibir el premio ofrecido asesina inicuamente a su amo en el hato de Camatagua, córtale la cabeza y se presenta con ella a recibir el galardón. Comprobada la identidad, Moxó mandó entregarle la suma ofrecida. No fueron estas desgracias las únicas que en aquellos días de sangre tuvo esta familia: en la misma época en que al golpe de la cuchilla realista caían los pescuezos de José Félix y Valentín Ribas, sucumbían a lanzazos sus hermanos Juan Nepomuceno y Antonio José, víctimas igualmente de las pasiones políticas y de la onda vertiginosa que debía sepultar en sus antros, familias enteras, propiedades y pueblos.

En los actuales edificios del Ministerio de Guerra y del Parque estuvieron las oficinas de la célebre Compañía Guipuzcoana; y en el actual Ministerio de Hacienda la Tesorería Real: mientras la factoría del tabaco, llamada la Tercena se encontraba en el actual jardín del Casino.

La casa de la Tesorería real nos recuerda una aventura grotesca que pasó a un intendente español que en ella vivía a fines del pasado siglo. Hombre de cultos modales y de fina conversación, era el intendente, a la par que muchacho de aventuras y de escalamientos nocturnos. Vivía a la sazón en la esquina de la casa limítrofe con la Tesorería, la respetable ma-

trona señora Mercedes Pacheco de Galindo, mujer de espíritu cultivado, y de gracia y donaire en su conversación. El intendente visitaba esta casa, en la cual era siempre recibido con los honores debidos a la posición oficial que representaba; pero una vez, desde su ventana llegó a divisar una de esas caras simpáticas para quienes la luz del sol no llega nunca directamente sino velada por la sombra de los jardines interiores. El intendente estudiando la topografía de sus vecinas había sorprendido esta beldad, allá en el *boulevard* de la casa de la señora, y no titubeó en llamarla y ponerse al habla con ella.

Declararse y ser correspondido todo fue obra de muy pocos días: mas imposibilitada María para salir, tuvo al fin el intendente que aceptar el papel de escalador. Todo continuaba sin que nadie se apercibiese de aquella aventura, hasta que avisada la señora Galindo de que por el fondo del jardín se desprendía con frecuencia una sombra, y sabedora la matrona de quien era el nuevo Romeo, se decidió a sorprenderle. Preparóse al efecto, y reuniendo algunos hachones y faroles que debían llevar sus sirvientes, aguardó. Cuando uno de sus espías le notificó, en una noche, que ya la sombra había descendido, hizo al instante, encender los hachones y faroles, iluminó sus salas y corredores, y con toda la astucia de una mujer resuelta a dar una lección a su visitante, se presentó de repente en la puerta del jardín, sin dar tiempo al intendente para huir.

—¿Vos por aquí, señor intendente?; parece que habéis olvidado la puerta de esta casa –dijo la señora llena de sonrisa.

—Señora, por Dios, os suplico… –contestó el intendente todo turbado.

—Calmaos, señor, pues no vengo en son de guerra. He hecho iluminar toda mi casa para recibiros, y como el jardín está oscuro, vengo acompañada de mi servicio para conduciros a mi sala.

—Señora, os suplico por lo más santo…

—No, intendente; nada de extraño tiene esto; ¡es tan fácil equivocarse y trocar el jardín por el zaguán! La juventud sufre con frecuencia estos estrabismos voluntarios, y por eso nos pertenece a nosotras las ancianas guiarla en estos trances difíciles. Venid, tened la bondad de ofrecerme vuestro brazo y yo os guiaré. El deber de una señora como yo es rendir homenaje a vuestro rango y a vuestra respetabilidad. Y a ningún caballero

le será permitido al entrar a mi casa salir de ella por tras corrales. ¿Qué diría el rey?

El intendente confuso, sin poder hablar y lleno de despecho bajó sus ojos, y ofreciendo maquinalmente el brazo a la señora, pasó por en medio de dos alas de sirvientes, quienes con sus hachones y faroles simulaban un entierro nocturno en el interior de una familia.

Cuando el intendente llegó a la puerta del zaguán, sin perder sus modales distinguidos, inclinóse con reverencia delante de la señora, quien con serenidad y sonrisa le dijo: "Hasta mañana, señor intendente, buenas noches".

Frente a la Tercena está la casa que fundaron los jesuitas en el siglo pasado, única casa que tiene Caracas construida a prueba de terremotos. Esta casa sirvió a principios del siglo como plantel de educandas y más tarde de cuño y de teatro, pues había desaparecido en 1812 el único que tenía Caracas en la esquina del Conde[10].

La hermosa casa que habitaron oficialmente los antiguos capitanes generales está en la calle de Carabobo (almacén actual de Sola y Cª). De los tres últimos representantes del rey de España en Venezuela, dos de ellos nos dejaron sus huesos y el tercero su memoria; el mariscal Carbonel que murió en 1804 y fue enterrado en el templo de las monjas carmelitas, y el mariscal Guevara y Vasconcelos que murió en 1807 y está enterrado en el Templo de San Francisco. Por lo que toca al mariscal Emparan, los revolucionarios del 19 de Abril tuvieron a bien embarcarle para los Estados Unidos de América. Ignoramos cuál fue la suerte de este triste mandatario.

Al sur de la casa de los capitanes generales, en la esquina de Sociedad, casa actual del almacén de F. Payer, se instaló la Sociedad Patriótica en 1811. De aquí el nombre dado a esta esquina.

Más al norte de la casa de los capitanes generales estuvo la Intendencia, no la casa patrimonial de Bolívar: esta casa la habitó el Libertador la última vez en que visitó a Caracas (1827), y más después en 1830 sirvió de casa oficial al Gobierno de Venezuela. Al frente y hacia el sur de la casa episcopal está la casa que sirvió de imprenta en 1810 bajo la dirección de Baillio

10. Véase "Recuerdos de Humboldt", *Un libro en prosa*, Caracas, Rojas Hermanos, editores, 1876, 566 p.

& Cª. La primera casa de imprenta estuvo en la plazuela de Altagracia y más después frente a la puerta norte de Catedral. Quizá nada queda hoy de las prensas introducidas en Caracas en 1808[11].

En la actual esquina del Palacio de Gobierno había dos casas contiguas: la Cárcel Real que ocupaba el ángulo y tenía rejas de prisión a uno y otro lado, y la casa del Ayuntamiento (hoy Ministerio de Relaciones Exteriores) que estaba hacia el sur con un balcón corrido y dos de tribuna. De la una salían los patriotas prisioneros que debían ser fusilados en la actual plaza Bolívar durante la guerra a muerte: la otra nos recuerda la revolución de 1810 con todos sus pormenores, y sobre todo a Madariaga presentando a Emparan en el balcón del centro ante la muchedumbre apiñada en la calle. Fue Emparan el *ECCE-HOMO* de aquel solemne día.

Como hemos dicho, la *Sociedad Patriótica* tuvo sus sesiones en la esquina de la Sociedad, mientras el Congreso constituyente de 1811 se instaló en la casa del conde de San Javier, esquina del Conde. Esquina de los Condes debía llamarse este lugar, pues frente al de San Javier vivía el de la Granja y más al norte del primero, el de Tovar. No fue la Caracas colonial tan rica en condes y marqueses como en generales y doctores la Caracas republicana. Para tres condes hubo cuatro marqueses y muchos caballeros de distintas órdenes.

En la casa de alto del conde de Tovar celebróse la jura de Carlos IV, a fines del siglo pasado. En el banquete que dieron los notables de Caracas, el mantel de la mesa consistía en vidrios de espejos unidos. ¡Qué antítesis entre esta abundancia de luz por dentro, mientras afuera no había ni instrucción pública, ni imprenta, ni bibliotecas![12].

11. Véase "La imprenta en Venezuela", *La Opinión Nacional* (1873).

12. Los condes eran: el de Tovar (Martín de Tovar y Blanco) esquina de las Carmelitas: el de la Granja (Fernando Ascanio) casa actual del Sr. Boulton: el de San Javier (Antonio Pacheco) casa de los Solórzanos. Los marqueses los siguientes: el del Toro (F. Rodríguez del Toro) nueva casa del señor general Minchin: el de Mijares (J.B. Mijares) casa actual del señor H. Valentiner: el de Casa León (Antonio Fernández León) establecimiento del "Indio": el del Valle (José Miguel Berroterán) establecimiento de Astengo y Cª. De estos siete titulados sólo dos se incorporaron a la causa de los patriotas: el marqués del Toro y el conde de Tovar. El resto permaneció en las filas realistas. Todas estas casas tenían en la puerta el sello de sus armas lo mismo que muchas de las de los caballeros pertenecientes a órdenes españolas. Todavía se ven algunos blasones en las casas antiguas, como en el colegio

¡Puede considerarse la plaza Bolívar como el centro del cuadrilátero histórico! y en ningún lugar de Caracas se aglomeran los hechos como en este recinto, en que cada uno de los edificios que lo circundan trae a la memoria escenas de júbilo y de dolor, episodios lúgubres, gritos de vida o de muerte.

Cuando sentados en algunos de los bancos de este jardín, en cuyo centro descuella la estatua ecuestre del Libertador, se detiene nuestra mirada en los edificios del contorno, ¡cuántos recuerdos se agolpan entonces a nuestra memoria! Asistimos a las escenas del 19 de Abril de 1810, a los días indefinidos de 1811, a la desgracia de Miranda en 1812: escuchamos los gritos de la población y vemos los edificios que se desmoronan, cuando al sacudimiento violento de la tierra acompañado de ruidos pavorosos, se lanzan a la calle las familias, y los ayes de los moribundos se mezclan con los alaridos de los que huyen, y el aire se puebla de ecos lastimeros, de revelaciones lanzadas a la luz pública, y también de imprecaciones y blasfemias contra los revolucionarios de 1810.

¡Cuántos recuerdos no despierta ese templo que destruido por un terremoto en 1641, se levanta para resistir un segundo choque en 1812! Su torre rebajada no dirá a las futuras generaciones que los habitantes de Caracas quisieron ser cautos sino que el arte arquitectónico de entonces era un enigma.

En ese templo se ha festejado el advenimiento de los reyes y el nacimiento de los príncipes, y se ha llorado (al menos en apariencia) la muerte de los unos y de los otros: en ese templo festejó la revolución de 1810; en 27 de abril, sus triunfos, y celebraron más después los suyos los gobiernos de 1811 y de 1812. A este templo llegaron Monteverde, y después Bolívar y después Boves, Morillo, Moxó, etc., etc. Realistas y republicanos, amigos

---

de Chaves, en la esquina de Llaguno, en la casa frente al parque, en la Imprenta Nacional, en el almacén de la "Realidad", &. &. &.
Por lo que toca al escudo de armas de la antigua ciudad de Santiago de León de Caracas, el cual estaba en todas las casas municipales, sólo se encuentra hoy sobre dos fuentes públicas: la de San Juan y la extinguida de la esquina de Muñoz. Consistía el escudo en un león pardo rampante en campo de plata y entre sus brazos una venera de oro con la Cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro.

y enemigos, todos los bandos políticos han celebrado en él sus triunfos. Afortunadamente el Dios de los ejércitos a quien van dirigidas todas las preces humanas, no tiene colores políticos, y escucha a todos para ser justiciero e inexorable.

Ha desaparecido ya en su exterior la antigua casa del Ayuntamiento, en cuyo lugar ostenta hoy su fachada elegante al estilo moderno, el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tras de esas blancas paredes se siente el murmullo de la discusión en la mañana del 19 de Abril, mientras en la plaza y en las calles los conjurados aguardan, entre la duda y la esperanza. ¡Cuántos pormenores aún ignorados en la historia de este día!

¡Cuántos episodios verificados en esta plaza Bolívar! El ángulo donde está la estatua del estío era el lugar designado para la horca y para el fusilamiento de los reos políticos. Por muchos años en el tiempo de la Colonia, existió en este lugar de la plaza un botalón pintado de verde, con una argolla de la cual ataban las manos de los delincuentes condenados al castigo de azotes. Había azotes con dolor que se aplicaban como castigo, y azotes sin dolor (como un juego) que se infligían a los condenados a la vergüenza pública.

Los patriotas principiaron los fusilamientos políticos en la plaza de la Trinidad en 1811 y después continuaron patriotas y realistas en la plaza Bolívar, durante los días de la revolución.

En el lugar donde está la estatua se quemó en 1806, por mano del verdugo, el retrato del general Miranda, sus proclamas y el hermoso pabellón tricolor que había traído al frente de su expedición. Cinco años más tarde, en el mismo lugar, se reunía Miranda acompañado de todos los ciudadanos de Caracas para festejar el primer aniversario del 19 de Abril de 1810. Al lado del viejo girondino se destacaba la bandera tricolor que conducían tres jóvenes distinguidos de aquella época: Lorenzo Buroz, José Vargas y Pedro P. Díaz. El primero debía ser en ese mismo año una víctima gloriosa de la revolución, los otros dos debían figurar en los últimos días de Colombia.

¡Qué júbilo en esta plaza en los días de 1813, y sobre todo, aquél en que la procesión ordenada por Bolívar conducía a la Catedral de Caracas el corazón de Girardot! Tan luego como la comitiva se divisa en las cercanías de la capital, los templos echan a vuelo sus campanas, la muchedumbre llena

las calles y las casas se visten de duelo y de gala. Fue una verdadera ovación con los honores de funerales, un Viernes Santo con vestido de pascua, una farsa política que todos aceptaron a lo serio, menos Bolívar, único autor de esta procesión singular, desde Valencia hasta Caracas.

¿Quién salvará este pobre corazón que viaja como el de los antiguos cruzados, muertos en el combate, cuando todos los patriotas huyan y quede Caracas a merced de las hordas salvajes de Boves?

Cuando lleguen los días lúgubres de 1814; cuando a Bolívar, perdido por todas partes y estrechado por los realistas, no le quede sino Caracas para defenderse ¿quién nos describirá esos primeros días de julio, cuando aquel hombre templado por el infortunio apele a las medidas extremas y domine con única tabla de salvación en medio del naufragio general? Una noche, en ese mismo lugar donde está su estatua, habla a los padres de familia congregados en torno suyo y les pinta la situación con todos sus horrores, y les promete defenderla con todas sus fuerzas. Había perdido en los campos de batalla la flor de la juventud caraqueña que había sacado de los claustros universitarios: había visto desaparecer todo su prestigio de 1813, como los resplandores de un incendio: encontrábase sin recursos, sin soldados, sin caballos, solo, solo; y sin embargo, quería todavía combatir y defenderse. Desde esa plaza ordena abrir los fosos de la ciudadela que le servirán de última trinchera. Las obras principian; mas una inspiración parece que lo detiene, y en lugar de la defensa imprudente que hará de Caracas una necrópolis, ordena la huída. Triste mañana aquella en que el cañón anuncia a la ciudad la hora de la fuga. En esa plaza se reúnen las familias que debían partir y también aquellas que debían quedarse, para hundirse ambas en torrentes de lágrimas, en presencia de los primeros albores del crepúsculo bello como siempre y como siempre indiferente a las desgracias humanas.

Previsivo anduvo el prelado Coll y Prat después de la salida de Bolívar, al sacar el corazón de Girardot del pie del altar mayor donde estaba enterrado para depositarlo al lado del cementerio de la misma iglesia. Vio a lo lejos la tempestad que debía desatarse y tomó posiciones. A los pocos días una avanzada de Boves, al mando del comandante González, hombre de buena índole, aparece por el camino del Valle. Insubordinados

aquellos hombres feroces y sin que su jefe pudiera contenerlos del todo, asesinan inicuamente en el camino al conde de la Granja y al señor Joaquín Marcano que iban en comisión por el real servicio. A poco se presentan en el palacio arzobispal dos de los oficiales de aquel cuerpo de vanguardia, y manifiestan al prelado el proyecto de pasar a cuchillo las familias de la capital, excepto a aquéllas que se refugiasen en el palacio. Coll y Prat se indigna al escuchar tan horroroso proyecto, y sin perder la calma, trata en medio de la reunión que le acompaña, de domar aquellas fieras salvajes. En esto aparece en palacio el infame Rosete, de las tropas de Boves, y reclama del prelado el corazón de Girardot. Por una causa que ignoramos, una polémica se establece entre los oficiales de González y Rosete; tírase de las espadas en presencia del prelado, y ya Rosete iba a ser víctima de sus compañeros, ya su cabeza iba a rodar en la alfombra de la sala, cuando Coll y Prat logra arrancar la víctima de la mano de sus asesinos y la oculta en uno de los dormitorios del palacio, mientras los oficiales feroces de Boves continúan en sus propósitos en medio de la concurrencia que ha llenado las salas del Arzobispado. De nada sirven las observaciones de los hombres de orden que acompañaban al prelado, de nada los consejos y súplicas de éste, cuando Coll y Prat lleno de noble dignidad y armado con esa fuerza interior que sostiene la conciencia y da la justicia, apostrofa a aquellos bárbaros, les domina, y hace que le obedezcan. La tempestad cesó.

En estos instantes fue cuando Coll y Prat envió un emisario a Boves para que apresurase su entrada a la capital, expuesta a los horrores de su vanguardia, insubordinada y desobediente a las órdenes del jefe González.

Boves llega a Caracas el 6 de julio y el arzobispo le recibe con todos los honores. Su primera exigencia es reclamar del prelado el corazón de Girardot; pero tan luego como Coll y Prat se explica, Boves desiste de su propósito.

Pocos días después, Juan Nepomuceno Quero, implacable enemigo de los patriotas, es nombrado por Boves gobernador de Caracas. Al instalarse, el 1º de agosto, su primer deseo es reclamar el corazón de Girardot. Nuevo trance para Coll y Prat, del cual debía salir airoso. Escribe Quero al arzobispo, con fecha 2 de agosto:

> Mañana a las 10, entregará U.S.I. el corazón del traidor Girardot en la puerta mayor de la Santísima Iglesia Metropolitana, donde impíamente se halla colocado, al verdugo y acompañamiento que tengo dispuesto para recibirlo y darle el destino que merece.
> Para satisfacción del público conviene que en el acto de la entrega se sirva U.S.I. manifestar a los espectadores, con aquella influencia y energía que le son características y el caso exige, lo escandaloso de aquel hecho incompatible con la inmunidad del santuario y que sólo podía haber permitido U.S.I. a la fuerza y tenacidad del monstruo Bolívar. *Juan Nepomuceno Quero*.

No se hizo aguardar Coll y Prat, y al siguiente día contestó a Quero de una manera terminante que no dio ocasión a nuevos reclamos. El corazón de Girardot no estaba ya al pie del santuario sino al lado del cementerio. La previsión de Coll y Prat había salvado a Caracas de un hecho ignominioso que al realizarse, habría manchado el carácter nacional, pues era Quero venezolano al servicio de los realistas. Estaba escrito, por otra parte, que un realista, el prelado, enemigo constante de la revolución a la cual hostilizó con todas sus fuerzas, con toda su conciencia, con todas sus más puras convicciones, fuera el hombre que salvara a Caracas en los días críticos de Boves, sin rebajar su dignidad caballerosa, sin mancharse como varón justo, sin faltar a la noble misión de su apostolado. Coll y Prat fue un enemigo noble y definido que, ni patrocinó los ultrajes, ni alimentó las venganzas, ni acrecentó los odios que hacen del enemigo político una víctima y de cada verdugo una hiena.

A la izquierda del Palacio Arzobispal está el Seminario Tridentino. En la capilla de este instituto se firmó en 1811 el acta de nuestra independencia, y se celebraron himnos a Bolívar en 1842.

He aquí los episodios ignorados que nos recuerda cada uno de los edificios que circundan la plaza Bolívar, centro del cuadrilátero histórico. Esta plaza, hoy jardín y paseo público, fue una charca de sangre, un lugar de patíbulos y de escarnio y también de júbilo y de alabanzas. Por ella han pasado las generaciones de tres siglos, los magnates de lo pasado, los adalides de la guerra magna, los defensores del realismo. En ella ha flameado la bandera de Castilla y la de Colombia y la de Venezuela. Desde Losada hasta Osorio, desde Ricardos hasta Vasconcelos, como representantes de

los reyes de España hasta Carlos IV; y después, desde Emparan, la Junta de 1810, Monteverde, Miyares, Cajigal, y Moxó hasta Morillo como representantes de Fernando VII; desde el Constituyente de 1811 hasta Miranda y Bolívar con todos sus tenientes, representantes de la emancipación venezolana, todos han pisado este recinto célebre, y todos han dado páginas a la historia de América; mas sólo a uno estaba reservado llegar a la más brillante eminencia, a las regiones del genio… ¿Quién es, dónde está?… Allá… en el templo; de pie sobre sus despojos humanos: acá… en la plaza, sobre el caballo que él conduce en dirección de esta América que pregona su gloria inmortal.

LA PRIMERA NODRIZA DE BOLÍVAR

A FINES DEL ÚLTIMO SIGLO, por los años de 1770 a 1780, figuraba entre los altos empleados de Caracas un distinguido e ilustrado oficial, don Fernando de Miyares, de antigua nobleza española e hijo de Cuba. De ascenso en ascenso, Miyares llegó al grado de general, siendo para comienzos del siglo, gobernador de Maracaibo, y aún más tarde en 1812, gobernador y capitán general de Venezuela, aunque por causas independientes de su voluntad, no pudo tomar posesión de tan elevado empleo, muriendo poco después, antes de la emancipación de Venezuela, en la isla de Puerto Rico. Don Fernando había llegado a Caracas trayendo a su joven esposa, doña Inés Mancebo de Miyares, de noble familia de Cuba, muchacha espléndida, poseedora de un carácter tan recto y lleno de gracia que, al tratarla, cautivaba, no sólo por los encantos de su persona sino también por las relevantes prendas morales y sociales que constituían en ella tesoro inagotable. No menos meritorio era su marido, caballero pundonoroso, apuesto oficial, de modales insinuantes y de un talento cultivado; bellas dotes que hacían de Miyares el tipo del militar distinguido. Don Fernando poseía, como su señora, un carácter recto, incapaz de engaño, no conociendo en su trato y en el cumplimiento de sus deberes, sino la línea recta, pudiendo decirse de esta bella pareja que caminaban juntos en la vía del deber, sin que les fuera permitido desviarse. Y en prueba de esta aseveración refieren las antiguas crónicas el percance que a don Fernando pasó, en dos ocasiones, por la rectitud de su esposa.

Fue el caso que Miyares, en la época a que nos referimos, después de

haber fijado la hora de las diez de la noche, para cerrar su casa, regresó a ella en cierta ocasión después de las once; ya la puerta estaba cerrada. Al instante llama, y como nadie le responde, vuelve a golpear con el puño de su bastón.

—¿Quién llama? –pregunta una persona desde la sala.

—Inés; ábreme, es Miyares –responde don Fernando.

—¿Quién es el insolente que se atreve a nombrarme y tutearme, y a tomar en su boca el nombre de mi esposo? Fernando de Miyares duerme tranquilo, y nunca se recoge a deshora. Y retirándose a su dormitorio, Inés de Miyares, tranquila y digna, se acostaba, sin darse cuenta de los repetidos golpes que sobre el portón diera su marido.

Después de haber dormido en la casa de algún militar, Miyares tornaba al siguiente día a su hogar. Al encontrarse con Inés, el saludo cordial era una necesidad de aquellos dos corazones que se amaban y respetaban.

—¿Cómo estás, mi Inés? –preguntaba don Fernando.

—¿Cómo estás, Fernando? –contestaba aquella. Y ambos, dándose el ósculo de la paz doméstica, continuaban, sin darse por entendidos, sin hacerse cargos de ningún género, y como si hubieran estado juntos toda la noche.

Doce o quince días más tarde, pues que los buenos maridos son como los niños de dulce índole, que no reinciden, después de la primera nalgada que les afloja la madre, sino algunos días más tarde, don Fernando quiso tornar a las andadas.

Don Fernando había dicho en cierta ocasión, delante de su servicio, lo siguiente: mi esposa doña Inés Mancebo de Miyares es el alma de esta casa y sus órdenes tienen que ser obedecidas como las mías. Olvidándose de esto, don Fernando, en cierta tarde, ordena a su esclavo Valentín que le aguardara en la puerta de la calle, pues tendría quizá que recogerse tarde.

A las diez y media de la noche, Inés manda cerrar la puerta de la calle, cuando se le presenta el esclavo Valentín y le dice la orden que había recibido de su amo. Por toda contestación Inés le ordena, cerrar inmediatamente la puerta de la casa.

Al llegar don Fernando, tropieza con la puerta cerrada, y creyendo que el esclavo estaba en el zaguán, comienza a golpearla.

—Valentín, Valentín, ábreme –grita don Fernando.

—¿Quién es el insolente que da golpes en el portón? –pregunta Inés desde la sala.

—Ábreme, Inés, ábreme, no seas tonta. Es tu marido Fernando de Miyares.

—Mi marido duerme, insolente –responde Inés– y retirándose a su dormitorio se entrega al sueño, cerrando los oídos a toda llamada. Don Fernando partió.

Al siguiente día, se repite la misma escena precedente, y todo continúa sin novedad. Así pasaban las semanas cuando don Fernando le dice a su esposa cierta mañana:

—Inés, eres una esposa admirable, el método que te guía en todas las cosas domésticas, el orden que observas, la atención que prestas a nuestros intereses, la maestría con que cultivas las relaciones sociales, éstas y otras virtudes hacen de ti una esposa ejemplar. Debo confesarte que estoy orgulloso y contento.

Y variando de conversación, añade don Fernando:

—¿Sabes que mañana estoy invitado por el intendente Ávalos a un desafío de malilla? El intendente creyéndome hábil en este juego desea que luchemos. Como llegaré tarde de la noche tengo el gusto de advertírtelo para que sepas que estaré fuera.

—Bien –responde Inés–. Quedará la puerta abierta y el esclavo Valentín en el corredor para que atienda a tu llamado. Celebraré siempre que me adviertas cuando tengas que recogerte tarde de la noche, pues ya en dos ocasiones no sé qué tunante atrevido ha osado llamar a la puerta, tomando tu nombre. Todavía más, tomando el mío y tuteándome. Estaba resuelta si esto continuaba a quejarme al capitán gobernador para hacer castigar tanto desparpajo.

—Cosas de los hombres, hija –contesta don Fernando– y besando la frente de su señora salió a sus quehaceres.

La familia Miyares vivía, cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa hoy Nº 15 de la calle Este 2. A la vuelta y en la calle Sur 1 vivía el coronel don Juan Vicente de Bolívar casado con la señora Concepción Sojo y Palacios. Amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre ellas existían

atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía. Inés criaba uno de sus hijos, cuando Concepción en vísperas de tener su tercero, pidió a su amiga que la acompañara y le hiciera las entrañas al párvulo que viniera al mundo.

Hacer las entrañas a alguno es frase familiar antigua que equivale a nutrir a un recién nacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres, como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar no sólo a su hijo sino también al del vecino, del amigo, o del pariente.

Concepción quiso que su amiga Inés, hiciera las entrañas al hijo que esperaba, y este nació el 24 de julio de 1783. Apenas vio la luz, cuando Inés le llevó a su seno y comenzó a amamantarle, sirviéndole de nodriza por muchos meses, hasta que el niño pudo ser entregado a la esclava Matea. Días después del nacimiento, el párvulo fue bautizado con los siguientes nombres: Simón de la Santísima Trinidad Bolívar.

En el curso de los años, el niño Simón, familiarizado con la amiga de su madre, hubo de tomarle cariño, cuando supo que ella había sido su primera nodriza, lo que contribuyó a que la llamara madre. El coronel Bolívar murió en 1786 y su señora en 1792, dejando a Simón de nueve años de edad. El niño, aunque travieso y desobediente, continuó, no obstante, llamando madre y tratando con veneración y respeto a la que con tan buena voluntad le había alimentado durante los primeros meses de la vida. Fue por lo tanto, doña Inés Mancebo de Miyares, la primera nodriza de Bolívar, a la que sucedió la negra Matea que obtuvo cierta celebridad y alcanzó larga vida, pues murió en 1886, habiendo el Gobierno de Venezuela costeado su entierro[13].

Ascendido Miyares a gobernador de Maracaibo, dejó a Caracas y se instaló con su familia en aquella capital, con regocijo de sus compañeros[14].

---

13. Una de mis leyendas inéditas lleva el titulo de "La Negra Matea".
14. No puede hablarse del general Miyares sin recordar su gobierno de Maracaibo, tan patriarcal, tan justo, tan progresista. Han pasado cerca de noventa años, y todavía el nombre de este mandatario español lo recuerdan los hijos de Maracaibo con placer y orgullo. ¡Noble destino el de hacer el bien y dejar tras sí bendiciones que se perpetúan! El buen

Amado de los habitantes de esta región por su gobierno paternal y justo, estaba Miyares en posesión de su empleo, cuando reventó en Caracas la revolución del 19 de abril de 1810. Empleado español, opúsose al torrente de las nuevas ideas, sabiendo sostenerse en la provincia de su mando, la cual no entró en el movimiento revolucionario de Caracas. Nombrado más tarde Capitán General de Venezuela, a causa de la deportación del mariscal Emparan, una serie de obstáculos se opusieron a que llegara a tomar posesión de tan elevado encargo, sobre todo, la invasión inoportuna del oficial español Monteverde en 1812. Estaba destinado Miyares a ser víctima de este triste mandatario, que de otra manera, otros habrían sido los resultados al figurar en Caracas un militar de los quilates de Miyares.

Inútiles fueron los esfuerzos que hiciera este legítimo mandatario español de Venezuela en 1812, para traer a buen camino a Monteverde, que prefirió perderse a ser justo y amante de su patria.

En la correspondencia oficial que medió entre estos hombres públicos, se establece el paralelo: Miyares aparece como un militar pundonoroso, cabal y digno, Monteverde como un hombre voluntario, cruel y cobarde.

El triunfo de la revolución de Venezuela contra Monteverde en 1813, encontró a Miyares en Maracaibo. La guerra a muerte comenzaba entonces y con ella las confiscaciones y secuestros de las propiedades pertenecientes a los peninsulares. Entre las haciendas confiscadas en la provincia de Barinas, estaba la que pertenecía a la familia Miyares. Doña Inés juzgó que era llegado el momento en que pudiera recordar a Bolívar la amistad que le había unido a su madre y la aprovechó para pedirle que le devolviesen la hacienda de Boconó, que estaba secuestrada. No se hizo aguardar la contestación de Bolívar, y en carta escrita al coronel J.A. Pulido, gobernador de Barinas, entre otras cosas le dice: "Cuanto U. haga en favor de esta señora, corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fue ella la que en mis primeros meses

nombre del general Miyares, que respetaron los hombres notables de las pasadas generaciones, sin distinción de partidos, brillará siempre a orillas del dilatado Coquibacoa. Mora aquí un pueblo inteligente, amante de lo grande y de lo bello, que al hacer justicia a sus grandes hombres, rinde igualmente veneración a los mandatarios españoles que contribuyeron a su grandeza y a su dicha.

me arrulló en su seno. ¡Qué más recomienda que ésta para el que sabe amar y agradecer como yo! Bolívar".

Al acto fue libertada la propiedad de Barinas, y hasta patrocinada, pues la orden de Bolívar tenía tal carácter, que para un hombre como el coronel Pulido era gala complementarla.

Perdida de nuevo la revolución, tuvo Bolívar que huir de Caracas, en agosto de 1814, para que de nuevo la ocuparan las huestes españolas, a las órdenes de Boves. Entre tanto el general Miyares, después de haber estado en Maracaibo, Coro y Puerto Cabello, partió para Puerto Rico, donde feneció por los años de 1816 a 1817, después de haber celebrado sus bodas de oro. No pudo este militar tan distinguido llegar a la Gobernación de Venezuela, pero sí la obtuvo su hijo político el brigadier Correa, militar recto y caballeroso, que si como español supo cumplir con sus deberes, supo igualmente dejar un nombre respetado y recuerdos gratos de su gobernación, que han reconocido sus enemigos políticos.

Era la tertulia del brigadier Correa, en la cual figuraba la incomparable viuda doña Inés Mancebo de Miyares al lado de sus hijas y sobrinas, centro de muy buena sociedad. Esto pasaba en los días en que la guerra a muerte parecía extinguirse, y los ánimos menos candentes dejaban lugar a la reflexión. Una solución final se acercaba, y Morillo, victorioso, era llamado de España. La parte distinguida de la oficialidad española, Morillo y La Torre a la cabeza, frecuentaba la amena tertulia del brigadier, donde era venerada la viuda de Miyares[15].

---

15. Esta casa es la de alto situada en la esquina de Camejo, donde estuvieron primero los patriotas en 1813, después los españoles, y finalmente el Gobierno de Venezuela desde 1834 hasta 1841.

Vive en Caracas una anciana muy respetable que revela en sus modales, conversación variada y ameno trato, lo que ella fue en los días de su juventud, cuando ahora setenta y cinco años, conoció a Miranda y a los hombres de la revolución de 1810, y trató más tarde a Morillo, La Torre, Correa, y después a Bolívar y las celebridades de Colombia y de Venezuela. Es doña Inés Arévalo, descendiente de aquel Luis Antonio Sánchez Arévalo, de antigua familia española, que se enlazó en Caracas a mediados del último siglo, con la expectable familia Hernández Sanavria. Fue el padre de Inés el Dr. don Juan Vicente Sánchez Arévalo, oidor honorario de la Audiencia de Caracas y caballero que respetaron los partidos políticos de su época.

Cuando queremos refrescar algunas fechas, aclarar algunos nombres, buscar la verdad

No había noche de tertulia, y sobre todo, cuando la *Gaceta de Caracas* publicaba alguna derrota de Bolívar o de sus tenientes, en que no fuera la política militante tema de conversación. El haber doña Inés amamantado a Bolívar o haberle hecho las entrañas, como se dice vulgarmente, era motivo de burla o de sorpresa.

—¿Cómo es posible, señora, que una mujer de tantos quilates no le diera a ese monstruo una sola virtud?

Sedicioso, cobarde, ruin, ambicioso, insurgente; he aquí la lista de dicterios que tenía que escuchar doña Inés con frecuencia.

Pero como era mujer de espíritu elevado, a todos contestaba.

—Para obras el tiempo –decía a unos–. Hay méritos que vienen con la vejez –contestaba a otros.

—¿Y si las cosas cambian? –preguntaba en cierta noche a Morillo.

—En las revoluciones nada puede preverse de antemano –añadía.

—El fiel de la balanza se cambia con frecuencia en la guerra.

—El éxito corona el triunfo.

De repente llega a Caracas el correo de España con órdenes terminantes a Morillo, marqués de la Puerta, conde de Cartagena, para que propusiera a Bolívar un armisticio, y regresara a España, dejando en su lugar al general La Torre. Tal noticia cayó en la tertulia del brigadier como una bomba, pues sabíase que Bolívar acababa de llegar a Angostura, después de haber vencido a Barreiro y libertado del yugo español a Nueva Granada.

---

de hechos dudosos, durante la época de 1812 a 1824, visitamos a esta distinguida compatriota y amiga nuestra, la cual nos deleita con el relato de hechos curiosos, de dichos notables, y nos habla de aquella sociedad española y venezolana en la cual figuró en primera escala. Inés conserva la memoria, a pesar de haber ya pasado de ochenta y seis años.

Retirada del mundo social, y dedicada solamente al amor de sus sobrinos, después de haber visto desaparecer cinco generaciones, Inés ha perdido esa vanidad que alimenta o entretiene los primeros cincuenta años de la existencia, y ama el aislamiento, aspiración de los espíritus que se acercan a la tumba. Pero como nosotros hablamos en este cuadro de la tertulia del brigadier Correa donde figuró doña Inés Mancebo de Miyares, y con ella, la amiga que la ha sobrevivido, nos es satisfactorio decir a nuestros lectores que todavía existe una de las distinguidas venezolanas de aquella época: venerable anciana que es honra de su familia y modelo de virtudes sociales y domésticas.

Reciba nuestra amiga públicamente los sentimientos de nuestra gratitud.

El aspecto de los acontecimientos iba a cambiar de frente y nueva época se vislumbraba para Venezuela.

En la noche en que se supo esta noticia en la tertulia del brigadier, las conversaciones tomaron otro rumbo. Bolívar no apareció con los epítetos de costumbre, sino como un militar afortunado con quien iba a departir el jefe de la expedición de 1815. Días después Bolívar y Morillo hablaban amigablemente en el pueblecito de Santana. Bolívar se presenta acompañado de pocos, mientras que Morillo lo estaba de lucido Estado mayor. Cuando se acercaron, ambos echaron pie a tierra.

—"El cielo es testigo de la buena fe con la cual abrazo al general Morillo" –dijo Bolívar al encontrarse frente de su temido adversario.

—"Dios se lo pague" –contestó secamente el español, dejándose abrazar. A poco comenzaron las presentaciones por ambas partes, reinando la intimidad y buena fe que caracteriza entre hombres cultos, un acontecimiento de este género.

Entre los diversos temas de conversación que tuvieron Bolívar y Morillo, éste hubo de traer al primero recuerdos gratos.

—En Caracas tuve el gusto de conocer y tratar a vuestra bondadosa madre en la casa del brigadier Correa –le dice.

—Mi madre –exclamó Bolívar–, como sorprendido de semejante recuerdo, y llevando la mano a la frente añadió:

—Sí, sí, mi madre Inés ¿no es verdad? ¡Qué mujer! ¡Qué matrona tan digna y noble! ¡Cuánto talento y cuánta gracia! –añadió el Libertador.

—¿No os parece una de las más elevadas matronas de Caracas?

—Sí, sí –contestó Bolívar–. Más que elevada es un ángel –añadió–. Ella me nutrió en los primeros meses de mi existencia.

—Sí es cierto –dijo Morillo– que las madres al nutrir a sus hijos, les comunican algo de su carácter, en el vuestro debe haber obrado el de tan digna matrona.

—No sé qué contestaros –replicó Bolívar–. En medio de estas agitaciones de mi vida, ignoro lo que me aguarda; pero creo que el hombre debe más al medio en que se desarrolla, al curso de los acontecimientos y a la índole del carácter, que a la nutrición de la madre. Estas influyen mucho en los primeros años de nuestra vida. Después, pierden el poderío y la influencia, conservando el amor modificado.

Doce años más tarde, en 1821, Bolívar entraba triunfante en Caracas, después de Carabobo. Hacía ocho años que no la veía. Entre sus necesidades morales figuraba la de hacer una visita a Inés de Miyares que había dejado la casa de su yerno, en la esquina de Camejo, por una casita modesta y pobre situada en la actual avenida Este. Allí fue Bolívar a visitarla.

—¡Simón! ¡Eres tú!... –exclamó Inés al ver a Bolívar en la puerta interior del zaguán.

—Madre querida, vengan esos brazos donde tantas veces dormí –exclamó Bolívar.

Y aquellos dos seres en estrecho abrazo, permanecieron juntos prolongado rato.

—Siéntate –dijo Inés enternecida– ¡cuán quemado te encuentro! –añadió.

—Este es el resultado de la vida de los campamentos y de la lucha contra la naturaleza y los hombres –contestó Bolívar.

—Y ¿qué te importa –replicó Inés– si tú has sabido sacar partido de todo?

—Sí, parece que la gloria quiere sonreírme.

Bolívar había comenzado a hablar de los últimos sucesos de su vida militar, cuando de repente, toma las manos de la señora, las estrecha y le dice:

—Os he recordado mucho, buena madre. Morillo me hizo vuestro elogio en términos que me cautivaron. ¿En qué puedo seros útil?

—¡Los bienes de Correa están secuestrados!

—Serán devueltos hoy mismo –dijo Bolívar–. Vuestro yerno es un oficial que honra las armas españolas. Nos ha combatido como militar pundonoroso. Os ofrezco un pasaporte para todos vuestros hijos –agregó Bolívar–. Es necesario que ellos figuren con nosotros.

—Eso no, hijo, eso no –exclamó doña Inés como herida–. Todo te lo acepto menos eso. Ellos pertenecen a una causa por la cual deben aceptar hasta el sacrificio. Mucho te agradezco este rasgo de tu bondad, pero creo que cada hombre tiene una causa, la causa de la patria. Ellos son españoles y su puesto está en España.

—Muy bien, muy bien –contestó Bolívar–. Así habla la mujer de inteligencia y de corazón.

Al siguiente día Bolívar libraba del secuestro los bienes del brigadier Correa.

Ignoramos si cuando Bolívar estuvo por la última vez en Caracas, en 1827, visitó a su madre doña Inés. Es muy natural suponer que así lo hiciera, pues ya en la edad avanzada en que estaba ésta, con sus hijos ausentes y sin fortuna, las atenciones y la gratitud son como rocío del cielo en el hogar silencioso y digno de la pobreza.

Doña Inés, no sobrevivió a Bolívar sino en tres años, pues murió en 1833.

Cuando alguno de los descendientes del general don Fernando de Miyares, escucha a alguien que hace gala de poseer algún recuerdo del Libertador o de agradecer algún servicio hecho por éste, hay siempre una frase que ahoga toda pretensión, y es la siguiente: "*Quite usted, que en mi familia fue donde se le hicieron a Bolívar las entrañas*", queriendo decir con esto, que la primera nodriza de Bolívar fue la esposa de aquel notable militar, doña Inés Mancebo de Miyares, noble hija de Cuba.

EL PRIMER TUTOR DE BOLÍVAR

EN LA CALLE SUD 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construida en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un sólo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arco de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, a primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel o guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornadas de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está a la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco a seis años, cuando su madre cansada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad litem* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel licenciado don José Miguel Sanz, amigo de Miranda, víctima de la guerra a muerte, en las sabanas de Urica, en agosto de 1814. En esta casa fue instalada la Academia de Matemáticas en 1831; y el Colegio de Santa

María en 1859, bajo la dirección de los señores doctor Agustín Aveledo y doctor Ribas Bawldinn.

Refieren las crónicas de ahora ciento veinte años, que en la Universidad de Caracas cursaba el estudio de ciencias jurídicas un mancebo de suaves modales, de carácter concentrado, pobremente vestido, dedicado en alto grado al estudio. Ya porque fuese tuerto de un ojo, ya porque careciera de la cháchara y atrevimiento que caracterizan en el claustro a ciertas medianías que llegan alcanzar entre sus colegas séquito y amistades, es lo cierto, que el más aprovechado de los estudiantes, en la época a que nos referimos, servía constantemente de tema de burla a sus compañeros, por su carácter retraído y silencioso. Llamábase el estudiante José Miguel Sanz.

Armado de paciencia, escudo en los espíritus superiores, supo José Miguel despreciar las bromas pesadas y repetidas de sus compañeros, no viendo en ellas sino puerilidades, hijas del poco mérito y de la ausencia de buena educación. Sin embargo, cuando José Miguel se veía acosado, abandonando el carácter silencioso, se iba sobre sus adversarios, los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes a su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas. Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facilidad con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios a que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado a vencer a sus colegas con el desdén, llegó a imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron a tornarse en admiración. Sanz fue proclamado por sus condiscípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en los momentos en que desaparecía de la escena política la Compañía Guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz intendente Ávalos, y surgía

con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Símón, hijo del coronel don Juan Vicente de Bolívar y de su esposa doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fue más, cuando a los pocos días, el presbítero don José Félix Jérez Aresteigueta le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador. Dos años más tarde, muere el coronel Bolívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo la tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la persona del ya célebre abogado de Caracas, don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zénit de la gloria y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley a ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su más tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía a sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho a quien le han celebrado sus necedades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas

ideas que pudiera salvarle a su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño a su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.

Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman a los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse a un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el padre Andújar, capuchino muy instruido de aquella época, a enseñar al niño los rudimentos de religión, moral e historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Pertenecían al tutor las advertencias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, a nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero a proporción que este método fue quedando en desuso, el tutor fue acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó a mandar con carácter paternal e imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca –le decía con frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo o comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no come usted? –preguntaba el licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de estas chuscadas, el tutor había de reírse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora –le dice el tutor, en cierta ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo –contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige a la señora de Sanz y le dice:

—Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted –le dice el licenciado, en una ocasión en que

el pupilo estaba inaguantable. Yo no puedo domar potros –agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta –responde Bolívar, con impasibilidad admirable. Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampa que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el licenciado tenía que asistir con frecuencia a los tribunales, dejaba casi siempre a Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración a las madres, sucedía que la esposa del licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera, la comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía a la señora era la siguiente:

—¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo –contestaba la señora.

En seguida subía el tutor a la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad a Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia –decía el licenciado al pupilo. Saldremos, por lo tanto, a pasear esta tarde.

—¿A qué debo esto? –pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, don José Miguel –replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente –replicó el licenciado.

—Ja, ja, ja –contesta el pilluelo, riéndose a sus anchas.

—¿De qué te ríes, tunante? –pregunta el tutor.

—De nada, señor de nada. Me río porque lo apetezco.

El muchacho no quiso comprometer a la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba a Simón en la sala alta de la casa.

Simón y el tutor salían casi todas las tardes a caballo, y retornaban después de horas de paseo. El licenciado montaba su caballo zaino y el

pupilo un burro negro algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle una lección.

—Usted no será jamás hombre de a caballo –dice el licenciado a Simón, que no tenía compasión del asno.

—¿Qué quiere decir hombre de a caballo? –preguntó el niño. El licenciado da una explicación satisfactoria, a la cual responde Simón:

—¿Y cómo podré yo ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña?

—Así se comienza –responde el tutor que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo[16].

Y fue tan hombre de a caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y siete años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra, desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y a orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad provecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se comprende que el jefe de una familia sea incansable, tenaz y hasta cruel en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no se comprende que un hombre de la seriedad e ideas de Sanz pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho, reacio a

16. Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, en ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón de Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fue para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, trasmitió a su hija doña María de Jesús Sanz, después la esposa de don Cástor Martínez, cuanto conservaba de caro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, relatan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien años. Nos es placentero dedicar hoy en esta leyenda algunas líneas a la memoria del célebre tutor, jefe de la tan conocida familia Martínez Sanz; y nos será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde a la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra a muerte, en los días sangrientos de 1814.

todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación hacerse verdugo de nadie. Así fue que antes de cumplirse dos años, don José Miguel llevó a Simón a la casa de la madre y allí lo dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los profesores Andújar, Pelgrón, Vide, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Nos inclinamos a creer que éste sustituyó al tutor *ad litem* en el manejo de la fortuna que fue donada a Bolívar por el padre Jérez Aresteigueta. Muerta la señora Concepción Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, don Feliciano Palacios, continuó como tutor natural de Simón y después, por muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta, que el mozo Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Europa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el ánimo y educación de éste? Ninguna, porque Bolívar pertenecía a ese grupo de hombres que se forman por sí, debido a cierta idiosincrasia que tiende a emanciparlos de sus semejantes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en acatamiento a aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empinan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obedecimiento a leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre a estos hombres luminosos, como locos dignos de conmiseración. Son como el albatros que necesita del huracán para extender el ala poderosa y cernerse sobre la tempestad que les sirve de peana. La ola enfurecida, el rugido de los vientos desencadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del albatros para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos albatros de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja iris en todos los horizontes, es para sucumbir… El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; inflexibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el albatros, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba…

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Veíanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El *tutor* y el pupilo estaban juntos. Sanz le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde[17].

En las campañas de 1813, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más a los años que a la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ajeno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun turbulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del don de gentes concedido por la providencia a determinados caracteres.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar a Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar a Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz

17. Pedro Gual, *Testimonios del ciudadano don Pedro Gual, sobre los verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812*, Bogotá, 1843, cuaderno I.

conocía, como el primero. Conciso y terminante se presenta el *tutor*, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes". Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales". Con tales respuestas manifestó el *tutor* la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos. Contestaciones como éstas acompañadas de disputas acaloradas, en las variadas conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron a amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas, Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue a la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el general José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

> Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos e ilustrados hijos, aquel Licenciado José Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia, le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró a Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz las disensiones de los jefes militares le llamó a su lado, haciendo valer a sus ojos el bien que de ellos se seguía a la República. La víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron a manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos.[18]

18. *La Bandera Nacional*, Caracas, 1838.

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela a este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

DE CÓMO LOS FRANCESES HUYERON DE CARACAS SIN SAQUEARLA

DICE LA TRADICIÓN y confirman los geógrafos e historiadores de Venezuela, que Caracas fue saqueada en 1679 por piratas franceses. El jesuita Coleti así lo asegura, en su *Dizionario Storico-Geográfico dell'America Meridionale-1771*, y también Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, que fue publicado años más tarde, 1789. A estos siguen, Yanes en su *Compendio de la historia de Venezula* publicado en 1840, y Baralt en su *Resumen de la historia de Venezuela*, que vio la luz pública en 1841. Y si los primeros citan el hecho, Baralt agrega a la aseveración de sus predecesores, "que los piratas se llevaron gran botín a bordo".

Pues bien, nada de esto es exacto, aunque lo hayan escrito cronistas, historiadores y geógrafos de ahora cien años, y confirmado Yanes y Baralt, y se repita en *Manuales y compendios de la historia de Venezuela*. Todo esto es un mito, pues Caracas nunca fue saqueada por filibusteros franceses.

He aquí una cuestión, al parecer, embrollada, y sin embargo muy sencilla. Caracas nunca fue saqueada por los franceses, y no obstante, los franceses huyeron de Caracas: Caracas no fue saqueada por filibusteros franceses, y sin embargo, estos se llevaron a bordo un rico botín. Y lo más curioso de todo esto es, que los únicos perjudicados con motivo de la entrada de los franceses en Caracas, fueron los miembros del venerable Cabildo eclesiástico, a quienes costó el percance la suma de seis mil pesos.

Ahora parece la noticia más intrincada, pues entra un nuevo factor,

el Cabildo eclesiástico. De manera que Caracas fue y no fue saqueada en 1679; y los franceses entraron y salieron, llevándose hasta las gallinas; y además, los capitulares de nuestra catedral, fueron los únicos que tuvieron que pagar rescate a los invasores.

Referían nuestros antepasados y lo sabían sin duda alguna de sus padres y abuelos, que un tal don Jaime Urrieta, hombre muy acaudalado, que figuró allá por los años de 1608 a 1610, tuvo el capricho de llamar a sus hijos varones con un solo nombre y a las hembras con otro. Hubo dos hembras y estas se conocieron con los nombres de Francisca y de Paquita. Hasta aquí todo va en orden; pero como don Jaime llegó a tener seis varones, al primero le llamaron Pablo, a los dos que siguieron se les bautizó con los derivados Pablito y Pablote. Al llegar al tercero, don Jaime, sin querer contrariar su resolución, limitóse a estudiar los defectos físicos de sus nuevos hijos, antes de bautizarlos, para darles un distintivo que pudiera acentuar el nombre que todos debían llevar. Así se le puso al cuarto el nombre de Pablo el tuerto; y al quinto Pablo el zurdo; pero el último, por haber salido algo zote, obtuvo el nombre de *El gallo pelón*.

He aquí en qué paran las manías de dar un mismo nombre a una serie de hermanos. Y esto mismo puede decirse respecto de los nombres geográficos. La Caracas saqueada por los filibusteros franceses en 1679 ¿fue la Caracas de Pablito y de Pablote, la de Pablo el zurdo, la de Pablo el tuerto, o finalmente, la Caracas de *El gallo pelón*?

Caracas es el nombre que lleva, no sólo la capital de Venezuela, sino también un riachuelo en la costa, a barlovento de Naiguatá, que se desprende de la cordillera y desagua en el mar. La *ensenada de los Caracas* figura en estos lugares, y *los Caracas* es el nombre que tienen, igualmente, las ricas haciendas en la misma costa. El valle en que está construida la capital de Venezuela se llama *valle de Caracas*, y *Caracas* dicen también del grupo de islas de la costa, a sotavento de Cumaná. En los primeros años de la conquista castellana, no se conoció con el nombre de *Provincia de los Caracas* o *de Caracas*, sino la porción de costa vecina a las cimas del Ávila, y tierras interiores despobladas.

Por los años de 1678 a 1680, el conocido filibustero francés Francisco Gramont, después de haber saqueado varios lugares de la costa venezo-

lana, se apoderó en 1680, del puerto de La Guaira, del cual tomó lo que quiso y se llevó prisioneros al jefe y a la guarnición del puerto que alcanzaba a 150 hombres. Y no se limitó a pillar este lugar, sino que arrasó con los animales y objetos que hubo en la costa de los *Caracas* y haciendas de este nombre, para las cuales fue terrible azote. Este es el hecho que confirman las frases del historiador Baralt, cuando, al repetir lo que habían dicho sus predecesores, respecto del saqueo de la capital de Venezuela por filibusteros franceses, agrega: "llevaron a sus bajeles gran botín". Este botín no salió de la capital Caracas, ni menos fue conducido por el camino y veredas que comunican a esta con el puerto de La Guaira; sino tomado en las costas *Caracas* y haciendas ricas de esta comarca, que fueron saqueadas en 1680, por el célebre pirata Francisco Gramont[19].

Esta es la *Caracas del gallo pelón*, teatro de las fechorías de los franceses, y no la capital Santiago de León de Caracas que no ha sido saqueada sino en una sola vez, cuando en 1595 estuvo en ella, durante ocho días, el filibustero inglés Amyas Preston, aunque los mismos cronistas e historiadores como Oviedo, Alcedo, Baralt y otros, hayan asegurado que fue Francisco Drake.

En los días de que hablamos, los moradores de Caracas eran víctimas a cada momento, de alarmas que infundían el pánico en las familias. Era la época del filibusterismo, cuando Inglaterra, Holanda y Francia, armadas contra España, trataban de arrancarle a ésta su conquista de América. Y aunque Caracas, por su pobreza, no despertaba la codicia de los aventureros extranjeros, sus habitantes temblaban, cuando se anunciaba en la costa alguno de tantos buitres rapaces, conocidos entonces con el nombre de filibusteros.

Por uno de estos sustitos pasaron los moradores de Santiago, en los días en que Gramont se llevó hasta las gallinas, de las costas de los *Caracas*. Figuraba como gobernador de Venezuela en ese entonces, don Diego Melo Maldonado, hombre activo, que en presencia del peligro que podía correr la capital, hizo abrir fosos en las cuadras cercanas a la Plaza Mayor, donde pensó atrincherarse y defenderse. A la realización de esta idea contribu-

19. Thomas Southey, *Chronological History of the West Indies*, London, Longman, Rees, Orme, Brown and Green, 1827, 3 v.

yeron los pobres con su trabajo personal y los ricos con sus caudales. En la lista de magnates de la capital se inscribió el Cabildo eclesiástico, voluntariamente y sin ninguna coacción, con la cantidad de seis mil pesos. Grande se despierta el entusiasmo en el momento del peligro, y menguado aparece cuando cesa el temor. Al partir los piratas, después de pillajes repetidos, Caracas respira, huye el pavor, y los moradores se entregan al regocijo religioso, pues la providencia los había libertado de la miseria. Creía el Cabildo, que, por no haber Gramont bajado a Caracas, se libertaba de la suma que había suscrito, cuando el gobernador, después de recoger la suscripción en totalidad, recuerda a los capitulares, la obligación a que se habían comprometido. Es curiosa la correspondencia que se entabla entre el gobernador que apremia y ellos que tratan de escaparse por la tangente, como con frecuencia se dice. Después de idas y venidas, de vueltas y revueltas, el Cabildo, en fin, de buena o de mala gana, con sonrisa o con lágrimas, entrega los seis mil pesos[20].

Y tan escarmentados quedaron los canónigos después de este chasco, que cuando más tarde, el monarca quiso comprometerlos, en caso semejante, es decir con contribución espontánea, pero forzosa, por la manera de pedirla, el Cabildo logró, en esta ocasión, irse de veras por la tangente.

Está probado que Caracas jamás fue saqueado por los franceses; pero como es cierto que los franceses tuvieron que huir de Caracas, departamos acerca de este hecho, para que así desaparezcan los mitos y triunfe por completo la verdad histórica.

En los días de la segunda expedición de Miranda y arribo de éste a las costas de Coro, 1806, fue tal el espanto que este suceso infundió en el ánimo de los caraqueños que, el gobernador Guevara Vasconcelos, a pesar de haber desplegado grande actividad, juzgó que era oportuno pedir un auxilio a la isla francesa de la Guadalupe, de donde enviaron a Caracas, en el término de la distancia, doscientos soldados al mando de un oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar. Es lo cierto, que los doscientos franceses fueron instalados en el Cuartel de San Carlos, y que en éste permanecieron hasta fines de 1808.

---

20. Archivo del Cabildo eclesiástico.

Muy lejos estaba de la mente de Vasconcelos, suponer que aquellas tropas iban a salir de Caracas, dos años más tarde, empujadas por un motín popular, contra los franceses, y más lejos aún, prever su muerte que acaeció en 1807.

Muerto el capitán general, sucedióle en el mando el segundo designado por la ley, el coronel teniente de rey don Juan de Casas, español de buena índole, aunque de carácter débil para afrontar las difíciles circunstancias que iba a atravesar su gobierno. Sabía don Juan los sucesos de Bayona, en mayo de 1808, cuando a mediados de julio, fueron aquellos conocidos de la población de Caracas, de una manera inesperada. En aquellos días, dos comisiones habían sido enviadas al gobierno de Venezuela, con encargos diametralmente opuestos: la una era francesa, inglesa la otra. El gobierno de Napoleón encargaba a su representante que entregara al gobernador y capitán general de Caracas, los documentos referentes al cambio político que acababa de verificarse en España, e invitar a la colonia a hacer parte de la nueva monarquía. El gobierno inglés encargaba al suyo que alertara al mismo gobierno de Caracas, para que no fuera víctima de las perfidias de Napoleón, y le ofreciera todo género de protección, como aliado que era de España. Ambos delegados, que llegaron a Caracas casi a un tiempo, fueron recibidos por el gobierno y pueblo de la capital de diferente manera, pues estaban diametralmente opuestos.

El 15 de julio se sabe en Caracas que había llegado a La Guaira el bergantín francés "Le Serpent", que tenía a bordo al comisario francés, el que en el término de la distancia se presentó ante el coronel Casas, y le entregó los pliegos de que era portador. No habían corrido breves instantes, cuando se trasparenta en el público la comisión que traía el emisario francés, y grupos de curiosos llenan las calles principales. En esto, uno de los oficiales de la comisión, Mr. Lemanois, que estaba alojado en la posada del Ángel, se pone a leer las noticias que acerca de los sucesos de Bayona, contenían las *Gacetas* francesas. Escuchábanle algunos curiosos y entre éstos el oficial ingeniero Diego Jalón, que, indignado con procedimientos tan bajos como los empleados por Napoleón contra España, prorrumpe en dicterios contra el gobierno francés. Comienza la polémica, exáltase el patriotismo, es secundado Jalón por oficiales venezolanos, y la posada se convierte en cam-

po de Agramante, cuando se escuchan los gritos de: "¡Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos sus franceses!". Por instantes la concurrencia se hace más numerosa, más entusiasta, y, en menos de una hora, como diez mil personas, escribe un testigo presencial, se hallaban al frente del palacio de gobierno y gritaban con furia:

—"Viva Fernando VII y muera Napoleón"[21].

En esto se reúne el Ayuntamiento en la sala capitular, y envía una comisión de su gremio al capitán general, con el objeto de que se reconociera a Fernando como rey, y se le jurara públicamente la obediencia debida. Por tres ocasiones el gobierno quiere evadir el deseo popular, y por otras tres se presentan los diputados del Ayuntamiento, el cual triunfa por completo. Momentos más tarde, el gobierno, acompañado de todos los cuerpos oficiales y de numeroso concurso, proclamaba a Fernando VII.

Entre tanto, los comisionados de Napoleón que almorzaban tranquilamente en la casa del comerciante Joaquín García Jove, para quien habían traído cartas de recomendación, llegan a alarmarse, al conocer las proporciones que tomaba la asonada contra los franceses. Así lo participan al gobernador Casas y éste les envía a su secretario, el joven don Andrés Bello, quien al ponerse al habla con el principal, oye la siguiente bravata del bonapartista:

"Sírvase usted decir a su Excelencia que ponga a mi disposición media docena de hombres, y no tenga cuidado por lo que pueda hacerme la turba que está vociferando en la calle"[22]. A pesar de esta fanfarria, los comisionados franceses hubieron de salir de Caracas en aquella misma noche, protegidos por el gobernador, que les facilitó una escolta de seguridad.

En la misma tarde en que se verificaba en Caracas el suceso que acabamos de narrar, llegaba a La Guaira la fragata inglesa, "Acasta", a cuyo bordo estaba el capitán Beaver, comisionado del gobierno inglés para manifestar a los venezolanos, que los pueblos de la península se habían levantado contra los invasores. Y mientras que los franceses bajaban a La

---

21. La posada del Ángel, destruida por el terremoto de 1812, estuvo en el sitio que ocupa la actual casa de dos pisos, número 9, en la avenida Norte, cerca de la Metropolitana.
22. Amunátegui, *Vida de Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1882, v. 1 en 4º.

Guaira, muy bien escoltados, el capitán inglés subía a Caracas, donde fue recibido con frialdad por el gobierno, y con entusiasmo por las familias, lo contrario de lo que había pasado con los franceses. Esto contribuía a que la situación se definiera y el horizonte se despejara. De todos modos, estos sucesos de 1808, fueron los precursores de la revolución de 1810.

Antes de dejar a Caracas, el capitán Beaver quiere apoderarse del bergantín francés, en aguas del puerto, pero el gobernador Casas le amenaza con hacerle fuego, si intenta tal proyecto. Sin poder contar, por lo tanto, con una protección decidida de parte del gobierno de Caracas, Beaver baja a La Guaira, se reembarca y parte. Días después, el gobernador Casas mandaba salir, en dos porciones, a los soldados franceses, que desde 1806 estaban en Caracas, con el objeto de que permanecieran en Puerto Cabello y en La Guaira, de donde debían seguir a Guadalupe, en la primera ocasión. Mientras que esto pasaba con los franceses de 1806, ya los comisionados de Bonaparte y el bergantín "Le Serpent" habían sido buena presa del capitán inglés Beaver.

Así fue como los franceses que, en remotos tiempos, según los cronistas e historiadores de Venezuela, saquearon a Caracas, huían de ésta, dos siglos más tarde, sin haberla saqueado.

RETOZOS CARAQUEÑOS

LA CAPITAL de la provincia de Venezuela, dice el historiador español don Mariano Torrente, que escribió su historia el año de 1829, ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia[23].

He aquí un retrato de cuerpo entero hecho del hombre caraqueño; y no es de extrañarse que, desde el momento en que a Bolívar lo calificaron los escritores españoles de la época de la revolución –1810 a 1825–, con los epítetos de ambicioso, aturdido, bárbaro, cobarde, déspota, feroz, ignorante, imprudente, insensato, impío, inepto, malvado, monstruo, miserable, perjuro, pérfido, presumido, sedicioso, sacrílego, usurpador, etc., etc.; no es de extrañarse que si tan injuriosos epítetos sirvieron para calificar el genio que supo emancipar tantos pueblos de la servidumbre de España; que, si esto se escribió en los días de la magna guerra, otra cosa debía suceder al llegar el iris de la paz. Gracias sean dadas al historiador Torrente que nos concede, siquiera, algo bueno, en medio de tanto malo.

23. Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de León Amarita 1829, v. 3 gruesos en 8º.

Es lo cierto, que por naturaleza, por inclinación y hábito somos retozones, sobre todo, en asuntos democráticos, en cositas de partidos, en percances de intereses políticos, y por éstos hemos podido pasar de una esclavitud tranquila a los contratiempos de una libertad peligrosa. La historia de nuestros partidos políticos es una serie de travesuras, casi siempre, con tendencias a la comedia, a la tragedia, y en determinadas ocasiones, al sainete. Y no se crea que nuestros retozos vienen desde 1810, que ya durante los siglos que precedieron a la revolución del 19 de abril, los caraqueños se metían en el bolsillo a los gobernadores que de España nos enviaban, salvo en una o dos ocasiones en que éstos hicieron tascar el freno a los miembros del Ayuntamiento de Caracas. En las disputas acaloradas que tuvieron los cabildos político y eclesiástico, desde remotas épocas, hasta mediados del último siglo, fueron más culpables los caraqueños del Ayuntamiento con el gobernador a la cabeza, que los españoles del cabildo eclesiástico, sostenido por el obispo. Si Bohorques, Mauro de Tovar y otros prelados supieron lanzar excomuniones a sus contrarios, insultarlos y acusarlos ante el monarca, el general Solano, espíritu liberal, inteligente y justiciero, supo poner a raya a los retozones del Ayuntamiento de Caracas, desde 1763 hasta 1770, cuando éstos quisieron armarse con el santo y la limosna, como lo tenían de costumbre. Y todavía más atrás, los retozos caraqueños venían repitiéndose, pues todo databa desde que por intervención de los agentes de la colonia en la Corte de Felipe II, recabaron de éste, con diplomacia y astucia, el que los dos jueces de la ciudad y el Ayuntamiento, por muerte de los gobernadores, entraran a mandar la provincia.

Departamos acerca de uno de estos retozos caraqueños, en los días en que esta capital, por disposición del monarca, quedó, en lo civil, dependiente del virreinato de Bogotá. En dos ocasiones ha estado la capital, Caracas, bajo el gobierno de Bogotá; la una, cuando fue creado el virreinato de ésta en 1717, y la otra, cuando fue fundada la República de Colombia, un siglo más tarde, en 1819. La historia conoce cuanto precedió a la disolución de la República en 1830. Entre las causas principales figuran los retozos republicanos de 1826, con sus corolarios de actas y pronunciamientos a favor y en contra de Bolívar en 1828 y 1829. Narremos ahora, lo que trajeron los retozos caraqueños de 1720 a 1726.

En 1716, se encarga de la gobernación de Caracas, don Marcos Francisco de Betancourt y Castro, el cual duró muy poco tiempo en sus funciones. Para comprender cuanto vamos a narrar, conviene saber que, por uno de tantos caprichos que tuvieron siempre los reyes de España, respecto de los límites entre las diversas secciones de América, desde 1717; Caracas y las secciones de la colonia venezolana, Guayana y Maracaibo, quedaron anexadas al virreinato de Bogotá, que acaba de erigirse, pero sólo en lo político, pues en lo religioso dependían aquellas secciones del Obispado de Puerto Rico. Por esta disposición quedaba Caracas despojada de su carácter de capital, e igualmente quedaba bajo el mando no de un gobernador que en nombre del monarca se establecía en aquélla, sino como un pueblo secundario, dependiente del gobierno de Bogotá. Los notables de Caracas no vieron con buenos ojos tal cambio; pero como el obedecimiento y fidelidad al monarca era virtud no desmentida en todo buen vasallo, inclináronse sin murmurar. Una medida tan inesperada respecto de una capital que estaba más cerca de las costas de España que de la ciudad de Bogotá, debía causar disgustos, fomentar intrigas y hasta desacatos, como veremos más adelante.

Por causas que ignoramos quiso el virrey de Bogotá don Jorge de Villalonga, separar del mando al gobernador Betancourt, para cuyo efecto, vino a Caracas, como interino, a principios de 1720, don Antonio de Abreu; mas como aquel resistiese entregar la gobernación, por estar próxima su salida hubo de quedarse hasta que cumplió su tiempo. En esta situación, no queriendo el Ayuntamiento recibir a Abreu, por la mala voluntad que éste había sabido captarse de la población de Caracas, nombraron a los alcaldes don Alejandro Blanco y don Manuel Ignacio Gedler en 1720, y en 1721 a don Alejandro Blanco Villegas y don Juan Bolívar Villegas, nombramientos que fueron comunicados al rey. A poco llega a Caracas el sustituto de Betancourt, don Diego Portales y Meneses, que se encargó de la gobernación de la provincia. Tranquilo andaba todo cuando en 1723 se presentan en Caracas dos comisionados del virrey de Bogotá, Pedro Beato y Pedro Olavarriaga, que habían agenciado más antes la pretendida deposición del gobernador Betancourt.

Traían el propósito de hacer la propaganda entre los magnates ricos

de la colonia, acerca de la creación de una compañía de comerciantes de Guipúzcoa, la cual afrontaría grandes capitales en beneficio de la agricultura y del desarrollo de las poblaciones. Lo seductor de esta noticia, las utilidades exageradas que prometían sus autores, las franquicias que debía obtener en el porvenir una compañía tan respetable, la protección que se prometía del monarca, la riqueza incipiente de Venezuela llamada a grandes destinos, la destrucción, en fin, del contrabando extranjero; éstas y otras ideas fue el tema obligado de los criados o enviados del virrey Villalonga, en su paseo por los pueblos y ciudades de Venezuela. Bien comprendieron el gobernador Portales y el obispo Escalona y Calatayud, que desde 1717 se había encargado de este Obispado por ausencia de monseñor Rincón y que había sido destinado para el de Bogotá, todo lo grave y trascendental de semejante propaganda, la cual comenzó, desde sus orígenes, a producir los resultados de todo negocio imaginario: el deseo de lucro, desarrollo de la codicia, en una palabra, el monopolio, fuerza que destruye todas las aspiraciones de los necesitados y da vuelo a la ambición de los poderosos. Advertidos los agentes del virrey por el gobernador Portales, para que suspendieran el encargo que tan bien desempeñaban, ningún caso le hicieron, lo que obligó a éste a aprehenderlos; disposición que inmediatamente comunicó a la Audiencia de Santo Domingo y al virrey de Bogotá. Y como por la cesión de Caracas al gobierno de Nueva Granada, habían ya surgido ciertas competencias entre las autoridades de allá con las de acá, de esperarse era un rompimiento entre ellas, después de la prisión de los criados del virrey, sobre todo, cuando ya muchos magnates de la capital, víctimas de las intrigas y exageraciones de Beato y Olavarriaga, no pensaban sino en las imaginarias ganancias de la proyectada compañía.

No anduvo Portales menos activo que los intrigantes, y lleno de astucia hubo de participar al rey la conducta que había seguido, así como los temores que por el cumplimiento del deber le asaltaban, respecto de las tropelías que contra él podía ejercer el señor de Villalonga; medida en que obró con pleno conocimiento de los hombres y de las cosas de América. La dependencia de Caracas del gobierno de Bogotá comenzaba a producir lo que era de esperarse: el choque entre dos gobiernos que no tenían por apelación sino la persona del monarca, no quedando por resultado de

toda divergencia sino desgracias para la sociedad de Caracas, que debía presenciar un prolongado conflicto de intereses bastardos, y del triunfo de la codicia y del monopolio sobre el bienestar de la población trabajadora y sufrida.

En 1721 el virrey Villalonga pide al Ayuntamiento de Caracas testimonio del acta en que constaba la fianza dada por el gobernador Portales, medida que indicaba el comienzo de las hostilidades que iba a desplegar aquel mandatario; mas dio la casualidad que en el mismo año el rey ordenó al obispo de Caracas, por real cédula, que en el caso en que el virrey de Bogotá intentase algo hostil contra el gobernador Portales, lo impidiese; y que si llegaba a reducirlo a prisión, le tornase a la libertad y le volviese a su empleo. No comprendemos semejante política seguida por el monarca; tan despojada aparece de convicciones y de virilidad, que más bien puede considerarse como un juego de contradicciones, que como el desarrollo de un plan gubernativo. Si la gobernación de Caracas estaba subordinada a la de Bogotá, el rey no debía intervenir en hechos que no se habían consumado: si el virrey no obraba, por otra parte, con justicia, el monarca no debía desautorizarle, interpolando entre ambos gobernadores la persona del obispo, que obedeciendo el mandato real, desautorizaba al superior y favorecía al subalterno. Tal será siempre el resultado de toda política personal en la cual impera, no la fuerza de la ley, sino la conveniencia del momento.

Nunca había llegado a Caracas una real cédula con más oportunidad que aquélla en que el monarca ordenaba al obispo favorecer al gobernador Portales contra las tropelías del virrey Villalonga, pues poco tiempo después, recibió el Ayuntamiento de Caracas la orden de aprehender al gobernador, confiscar sus bienes y remitirlo a Bogotá. Apoyábase aquél para emplear un procedimiento tan duro en variados hechos que manifestaban la ninguna obediencia del gobernador Portales a las órdenes del virrey, en su falta de respeto a la autoridad superior, y en la altivez con la cual parecía desdeñar las órdenes que se le comunicaban desde Bogotá. Reunido parte del cabildo de una manera sigilosa; y acompañado de un escribano, del maestro de campo, vecinos y guardias, pasa a la casa real en solicitud del gobernador Portales. Comunícale a éste la orden del virrey, a nombre del monarca, a lo que contesta Portales, ya indignado: “No obe-

dezco a tal despacho, pues V.E. nada tiene que hacer con los actos de mi gobierno".

Por segunda vez requiere el cabildo al gobernador la orden recibida, a lo que contesta Portales: "Presentadme esos despachos, que deseo ver, pues yo he recibido otros reales que aún no he abierto". Y fuera de sí al verse intimado, se desata en frases destempladas contra el cabildo y los que le acompañaban.

Este desciende entonces a los bajos de la casa real, invoca el nombre del rey; acuden al instante los vecinos y transeúntes y todos juntos suben de nuevo y entran en la sala del gobernador Portales, quien al verlos, lleno de dignidad y de moderación dirige al cabildo frases amargas en que le echa en cara un tratamiento tan inusitado. Por la tercera vez amonesta el cabildo al gobernador en nombre del rey, y Portales se somete para ser conducido a la casa capitular, donde permanece custodiado. En seguida se apodera el cabildo de los papeles del gobernador, se toma nota por inventario y confíscanse los bienes. Desde aquel momento aparecían en la escena política dos partidos. Por una parte figuraban el pesquisador Abreu, confidente del virrey, y siempre en asechanza para conseguir sus propósitos los agentes Beato y Olavarriaga, que habían sido puestos en libertad, y el Ayuntamiento, que debía apoderarse del mando. Por la otra, el gobernador Portales, sus amigos y el obispo Escalona y Calatayud, que tenía órdenes del rey para restablecer al gobernador en su empleo, en el caso de llegar a ser depuesto. Entretanto los magnates de Caracas, unos, los más ilusos, se afiliaban en el bando del pesquisador y agente del virrey, mientras que otros acompañaban al obispo y al gobernador.

Sin detenernos en la justicia y conveniencia que asistieran a uno y otro bando, hasta cierto punto esta lucha era necesaria. El progreso y adelantamiento de toda sociedad exige el choque de intereses, de aspiraciones, de ideas y propósitos, que se disputan las diversas secciones de la comunidad; y hasta el exacerbamiento de las pasiones puede tolerarse, con tal que no pasen a las vías de hecho. De la lucha pacífica, bajo todas sus faces sale la luz, porque el estímulo desarrolla las fuerzas, y del combate de las ideas, surgen medios de ataque o de defensa. Alertados los enemigos de Portales, acusaron a éste ante la Audiencia de Santo Domingo, y le expu-

sieron todo lo sucedido, como un desacato inferido a la majestad de la ley, en tanto que por su parte el gobernador escribía al rey la historia de los sucesos y la poca libertad de que gozaba, bajo la autoridad de mandatarios tan apasionados.

Aprobóse todo lo acontecido por el cabildo de Caracas, y quedaron los alcaldes ordinarios a la cabeza del gobierno de la provincia; en obedecimiento a reales órdenes.

Ante el cabildo, el obispo Escalona y Calatayud reclama la persona del gobernador, pero los alcaldes se niegan a entregarlo. A poco la Audiencia de Santo Domingo amenaza al prelado con multarlo, si lleva a cabo su pensamiento lo mismo que a los alcaldes si no continuaban al frente de la gobernación civil. El 25 de mayo de 1724 logra el gobernador Portales escaparse de la prisión y se refugia en el Templo de San Mauricio. En fuerza de los poderes reales que tenía el obispo por Real Cédula de 5 de mayo de 1724, quedaba el prelado plenamente autorizado por segunda vez, a favorecer al gobernador. Mientras que esto pasaba llega a Caracas la Real Cédula de 13 de junio, en la cual mandaba el monarca al cabildo que obedeciera al gobernador. Trata el obispo de imponerse en sus justas pretensiones y es rechazado. Alborótase el partido de los gobiernistas, y no lo esquiva el contrario. El gobernador es conducido de nuevo a estrecha prisión, donde le cargan de cadenas. Logra evadirse de nuevo, y en esta ocasión refúgiase en el Seminario Tridentino. Ya para este entonces los dos bandos políticos se habían insultado y sus disputas tomaban el carácter de una revolución. Desprestigiado el gobernador, desatendido el obispo que, con mansedumbre y tacto pudo moderar en algo estos asuntos, el grito de las pasiones llegó a imperar por todas partes, y los partidarios del gobernador, abrigando temores, lograron hacerlo escapar por tercera vez y sacarlo fuera de Caracas. Al saberlo los alcaldes despachan tropas en todas direcciones, como 800 hombres salen para Valencia, y participan a todas las autoridades subalternas de la provincia, que ninguna debía obedecer al tal gobernador, y que todas y cada una estaban en el sagrado deber de aprehenderlo.

Las cosas iban de mal en peor; cuando llega a Caracas la Real Cédula de julio de 1725, en la cual el monarca, instruido por Portales de cuanto había pasado, ordena al obispo la inmediata reposición del gobernador y

la deposición de los alcaldes, que fueron unas de las víctimas de este escándalo, precursor de la instalación, poco después, de la célebre Compañía Guipuzcoana, de la cual el tal Olavarriaga, fue su primer director. Por Real Cédula de enero de 1726, la conducta de la Audiencia de Santo Domingo fue desaprobada, y sus miembros condenados cada uno a pagar doscientos pesos de multa; y a remitir al obispo Escalona y Calatayud, el proceso seguido a Portales. Los alcaldes y regidores de Caracas que se opusieron a restablecer la persona del gobernador, fueron condenados a pagar cada uno mil pesos de multa y a ser remitidos a España, bajo partida de registro[24].

¿Cuál fue el resultado inmediato de estos retozos políticos? La pérdida de la gracia que los caraqueños desde remotos tiempos habían obtenido del monarca español, por medio de comisionados tan diplomáticos, tan hábiles: la de que los dos alcaldes de la capital pudiesen reemplazar la autoridad del gobernador cuando éste muriera o fuese derrocado. Diez años más tarde de estos sucesos, el gobierno español anuló lo que habían hecho sus predecesores, y nombró agentes peninsulares que en todo caso pudieran reemplazar la persona del gobernador. Todavía, años más tarde, en la época del gobernador Solano, el Ayuntamiento, por retozos más o menos apremiantes, perdió uno de los alcaldes de la ciudad. Hasta aquella fecha ambos eran venezolanos; desde entonces, fue uno de ellos español el otro venezolano[25]. Los retozos republicanos de 1826, trajeron la caída de Bolívar y disolución de Colombia; los retozos de 1725, la pérdida de una gracia concedida hacía siglos por el monarca de España, al Ayuntamiento de Caracas.

Los retozos caraqueños de que hemos hablado, así como todos los retozos de las muchas capitales de ambos mundos, son inherentes a los pueblos de la raza latina. Están en la índole de las aspiraciones, de las condiciones

---

24. El viajero Depons, comisionado del gobierno francés cerca de la Capitanía General de Caracas, a comienzos del siglo, trae un ligero extracto de estos hechos. De este autor tomó Baralt, lo que figura en el volumen de su *Historia antigua de Venezuela*. Nosotros hemos sacado todos los pormenores de este curioso incidente de las *Actas del antiguo Ayuntamiento*, correspondientes a los años corridos del 1720 al 1726.
25. Ya hablaremos de todo esto cuando publiquemos nuestro estudio inédito, titulado *Orígenes de los partidos políticos de Venezuela*.

sociales, de la lucha constante que trae casi siempre resultados armónicos en el desarrollo general. Lo que está en las necesidades del cuerpo y del espíritu, hace parte de los puntos o decepciones, de las conquistas o perecimientos del ser pensante y libre. Los pueblos que han pasado largas épocas bajo el peso de alguna tiranía, patrocinan estos retozos como expansiones necesarias de la libertad social reconquistada; y los gobiernos que sostienen la verdadera libertad, ni los persiguen ni los protegen. La tolerancia política por una parte, y la completa libertad de la prensa por la otra, contribuyen siempre a disipar estos gritos del entusiasmo político, religioso o social, que no pasan de cierta efervescencia transitoria; obra del entusiasmo, de la juventud y de las tendencias civilizadoras de cada época.

PASQUINADAS DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA

PASQUINO FUE EL NOMBRE que llevó un sastre *remendón* de la antigua Roma, cuya tienda estuvo cerca del palacio de los Ursinos. Y como Pasquino era un hombre epigramático, siempre chistoso, satírico contra el gobierno y los magnates de Roma, su tienda hubo de ser el punto de reunión de los charlatanes y conversadores de la capital, y también de ciertos espíritus ilustrados, partidarios de los epigramas, con los cuales fotografiaba el poeta a ciertos personajes de su época (siglo décimo sexto). A poco de la muerte de Pasquino, apareció en el mismo sitio un torso de mármol que juzgaron los artistas de Roma representaba a Menelao conduciendo el cadáver de Patroclo. Sobre este torso figuraban constantemente sátiras y epigramas contra los personajes de la época, y de aquí el haberse dado igualmente a la estatua el nombre de Pasquino, en recuerdo del célebre sastre que satirizó a gobiernos, a cardenales y a reyes.

Hoy, en casi todas las lenguas modernas, existen los vocablos pasquín y pasquinada, con los cuales se significa escrito anónimo satírico, dicho agudo que se fija en lugares públicos contra alguien, sobre todo, contra gobiernos y hombres políticos.

Cuando Meczofanti fue ordenado cardenal, escribe Parisio, Pasquino declaró que era un nombramiento admirable, porque no había duda de que la *Torre de Babel* necesitaba un intérprete. Sábese que Meczofanti era un insigne políglota. Durante la visita del emperador Francisco a Roma, apareció el siguiente pasquín: *Gaudium urbis, Fletus provinciarum, Risus mundi.* Y cuando fue electo el papa León X, en 1440, figuró

este acróstico satírico que fija la fecha MCCCCXL: *Multii caeci cardinales creaverunt caecum decim (X) Leonem.* El dístico de Pasquino sobre el nombramiento de Holstenius y sus dos sucesores, como bibliotecarios del Vaticano, es de notable interés histórico. Holstenius había abjurado del protestantismo, y fue reemplazado por Leo Allarius, natural de Escio, quien a su turno tuvo por sucesor al sirio Evode Assemani, en vista de lo cual Pasquino dijo:

¡Preafuit hereticus. Post, hunc, schismaticus. At nunc.
Turca praeest, Petri Biblotheca vale!

Y cuando Urbano VII publicó su célebre decreto excomulgando a todas las personas que usaran rapé en las iglesias de Sevilla, Pasquino citó de Job los siguientes conceptos: *¿A la hoja arrebatada del aire, has de quebrantar? ¿Y a una arista seca has de perseguir?*[26].

Las pasquinadas de la revolución venezolana comienzan con los sucesos de 1808. Tan luego como en la madrugada del 15 de junio de este año se tuvo noticia en el puerto de La Guaira del encargo que traían los comisionados franceses, enviados por Murat, cierto sentimiento de reprobación se apoderó de los ánimos. Al siguiente día apareció en algunas esquinas del poblado, la siguiente octava:

La entereza, el valor y la constancia
en arrostrar peligros inminentes
ha sido, como sabe bien la Francia
el distintivo de españoles gentes:
los hijos de Sagunto y de Nurmancia
fieles siempre a su rey, siempre obedientes,
primero sufrirán verse abrasados
que de un extraño imperio subyugados.[27]

26. Wells, *Things not Generally Known etc. etc.*, v. 1.
27. I. Urquinaona, *Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela hasta la exoneración del capitán general don Domingo de Monteverde*, Madrid, 1820, v. 1.

La historia nos relata los sucesos de Caracas que motivaron la jura de Fernando VII y la salida precipitada de los emisarios franceses, en los días que siguieron a la llegada de los emisarios ingleses. En medio del entusiasmo de la capital contra los franceses la musa de Andrés Bello, a la sazón secretario de la Gobernación, improvisó el siguiente soneto cuando llegó la noticia del triunfo de Bailén contra Napoleón:

Rompe el león soberbio, la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena,
y a los rugidos que indignado envía
el tigre tiembla en la caverna umbría,
y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó, ¡temblad traidores!
lo que vejez creísteis, fue descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
a la tímida liebre, al cuervo manso:
¡No insultéis al monarca de las fieras!

La imprenta no surgió en Caracas sino tres meses después de estos sucesos, pues la primera *Gaceta de Caracas* vio la luz pública el 24 de octubre de 1808. El primer grito contra el usurpador lo dio por lo tanto en Caracas el predilecto de las musas, aquel Andrés Bello que debía cantar después las glorias del patrio suelo, los hombres de la magna revolución y los variados dones de la fecunda zona.

Cuando más tarde, en 1809, llegó a Caracas la noticia del movimiento revolucionario en Quito que proclamaba la independencia de España, no faltó en la capital quien se anticipara al movimiento venezolano del 19 de abril de 1810. En la pared de la casa del superintendente de Real Hacienda

don Vicente Basadre, que vivió frente a la casa del capitán general Vicente Emparan, apareció el siguiente pasquín:

Todo está listo
Porque ya Quito dio el grito
Y este Vicente
Es lo mismo que el del frente.[28]

No hemos tropezado con ningún pasquín español contra la revolución de 1810, pero esto se explica porque americanos y españoles fraternizaron con el movimiento; mas desde el instante en que se divide la opinión y comienzan las persecuciones contra los peninsulares, la sátira aparece en el campo de la política. A consecuencia de la expedición contra la provincia de Coro, al mando del marqués del Toro, en 1811, y la que proyectó más tarde contra los descontentos de las provincias orientales, los realistas fijaron por todas partes el siguiente pasquín:

Ha dado un fuerte bramido,
Ese Toro de Caracas
Y en él nos ha prometido
Que debe acabar con Coro.

Ya prevenidos tenemos
Toreador; jinete y silla
Garrochas y banderillas
Para que el Toro esperemos.

Y así bien puede pintar
Ese Toro cuando quiera,
Que ya está listo el corral
Y prontas las talanqueras.

28. La antigua casa del intendente Basadre ha sido completamente reconstruida: es la hermosa que ocupa hoy la Compagnie Française. La casa de los antiguos gobernadores, frente a ésta, conserva el mismo zaguán y una porción del vetusto enhuesado al estilo de añejas costumbres.

Y cada cual desespera
De pelear con ese Toro;
La lengua y los cuernos de oro
Se los hemos de arrancar

Para que no vuelva hablar
El que ha de acabar con Coro.

En una carta del doctor Peña al general Miranda, fechada en La Guaira a 26 de junio de 1812, aquél incluye al Generalísimo, algunos de los pasquines puestos en Cumaná por causa del marqués del Toro y sus aliados.

He aquí uno de ellos, intitulado *Profecía de un cumanés sobre la venida del marqués del Toro*:

Que el Dios del cielo me valga
Si aqueste Toro no anda
Escapándole la nalga
A su general Miranda
Esto dice un cumanés
Que al tiempo da por testigo,
Llévatelo Maíz contigo;
Que los dos y otro son tres.
Y adivina quién te dio:
Si el negro o la carabina.

¿Conque ha salido en carrera
Un *Toro* que es tan atroz?
Si es así salga veloz
De esta nuestra incauta tierra
A todos tres les destierra

Nuestro pueblo incorporado,
Y jura por lo sagrado
Si tenaz sigue puntillo
Que el *Toro* saldrá novillo,
¿Un *Toro* que es tan atroz?
Novillo destoconado.

Ya este pueblo se ve ahíto
De marqueses y pelucas
Y por momentos, don Lucas,
Se pondrá un solideíto
Aunque de sarga maluca

Después del terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, a los dos años de haberse efectuado, en el mismo Jueves Santo, la deposición del gobernador Emparan, mientras que los poetas de Caracas se ocuparon de cantar a las ruinas de la ciudad desolada, los realistas se contentaron con pegar en las esquinas los siguientes versos:

Jueves Santo la hicieron
Jueves Santo la pagaron.

Nunca los enemigos de una causa política pudieron encontrar razones más poderosas, para destruir a sus contrarios, que los realistas de Venezuela, cuando supieron influir sobre la muchedumbre ignorante y los espíritus débiles exagerando la conciencia de la caída del gobierno colonial con la destrucción de centenares de pueblos sepultados por el cataclismo de 1812, dos fechas clásicas: Jueves Santo de 1810 - Jueves Santo de 1812.

Después de la caída de Miranda y triunfo de Monteverde en agosto de 1812, los soldados realistas de Barquisimeto, Coro, etc., cantaban en los ventorrillos de la ciudad el siguiente corrido contra Miranda y los principales factores de la revolución:

Miranda debe morir,
Roscio ser decapitado,
Arévalo consumido
Espejo descuartizado.

A Venezuela intimó
Miranda con imprudencia
A imponer la independencia
Que contra España juró;

A muchos también mandó
Al cadalso conducir:
Hizo la muerte sufrir
A dos sacerdotes santos,
Cometiendo excesos tantos
Miranda debe morir.

Deben Castillo y Rondón
Ser en cuatro potros puestos,
Y los Ribas ser expuestos,
A la mayor aflicción.
Contra el rey y su nación,
Fue Roscio el más declarado,
A la Corte se ha negado
Como el traidor más aleve,
Por cuyo motivo debe
Roscio ser decapitado.

Los Salias deben sufrir
El castigo más severo,
Y de los Toros infiero
Que todos deben morir.
Trimiño debe existir
En Humoa sumergido,
Navas en Orán metido
Para un ejemplar futuro;
En el tormento más duro
Arévalo consumido.

Los Pelgrones deben ser
En el cañón azotados,
Lo mismo los diputados
De aquel supremo poder:
Asimismo deben ser
Los que a la Corte han negado;
Para siempre desterrado
Todo traidor caraqueño,
Asesinado Briceño,
Espejo descuartizado.

Las bóvedas de La Guaira y los castillos de Puerto Cabello y Maracaibo fueron las principales prisiones que tuvieron tanto los patriotas como los realistas desde 1810. Presenciaron estas mazmorras la muerte de millares de víctimas de uno y otro bando político durante la revolución, y después sirvieron para el mismo objeto en nuestras reyertas civiles.

Cuando las bóvedas en La Guaira fueron refaccionadas para ser más tarde demolidas, todas las paredes estaban llenas de letreros políticos, de versos, de sentencias, sátiras e imprecaciones de todo género. Cada preso, según la importancia que se daba, creía que debía escribir en las paredes algún pensamiento alusivo a su permanencia en aquel lugar. Patriotas y realistas se disputaban el placer de dejar algo en los envejecidos muros. Entre los presos políticos de 1812, figuraba el joven Tomás Montilla, más tarde general de Colombia, espíritu epigramático, carácter alegre y sufrido que supo siempre sacar partido de las más difíciles situaciones. Al salir de la prisión dejó escrito el siguiente soneto que ha podido conservarse:

Bóveda pestilente y pavorosa,
Mansión del crimen, de maldad morada,
A sepulcro de vivos destinada,
Más que la tumba, fría y silenciosa.

Como el averno, ardiente y calurosa,
De insectos y reptiles habitada,
Por el temblor a ruina amenazada,
Y a imitación del caos, tenebrosa.

Tú fuiste habitación del inocente
Al odio y al furor sacrificado,
Víctima de venganza e injusticia.

No guardaste al malvado y delincuente,
Sino al que del contrato más sagrado
Fio sin temor, engaño ni malicia.

Y en el castillo de San Carlos (Maracaibo) un patriota, víctima del poder español en 1813, dejó escritos en los muros los siguientes versos:

El tigre cruel, sanguinario,
Su propia especie perdona.
Ni por favor se abandona
A capricho imaginario.
Pero el hombre, de ordinario,
Siendo hermano al parecer,
Demuestra siempre placer
En ser loco, caprichoso,
Porque no juzga dichoso
En destruir su propio ser.[29]

Refieren las crónicas de Caracas que, cuando en los días de la guerra a muerte eran conducidos los isleños realistas a los banquillos situados en la plaza de la Metropolitana, el populacho gritaba:

Bárbaros isleños,
Brutos criminales
Haced testamento
De vuestros caudales.[30]

Y cuando, a poco, fines del 1814, entraron a Caracas las tropas de Boves, se cantaban en los ventorrillos galerones donde figuraban las siguientes cuartetas:

¿Dónde están las tres personas
Del colegio electoral
Que firmaban papeletas:
Roscio, Blandín y Tovar?

¿Dónde están las tres personas
del Poder Ejecutivo
Que se volvieron palomas
Huyendo del enemigo?

29. Esta composición y el soneto de Montilla fueron publicados en *El Nacional* (Caracas), Nº 11, (1º de abril de 1834).
30. Juan Vicente González, *Biografía del general Ribas.*

—Bolívar, ¿dó están tus tropas?
—No preguntes zoquetadas.
Mis tropas son de mujeres
Y andan hoy en retirada.

De la época de Boves han llegado a nuestras manos las siguientes coplas patriotas y españolas, las cuales ponen de manifiesto el espíritu epigramático de aquellos días.

HE AQUÍ LAS PATRIOTAS

Boves se huyó del Cantón
Del pueblo de Guasdalito,
Y se vino a Palmarito
Si son flores o no son.
Y en tan fuerte retirada
Doscientos mató el canario.

Dicen que los chapetones
Desde que Boves murió,
Le dicen a sus canillas,
—¿Para qué te quiero yo?

A la lanza de un llanero
Le echó Dios la bendición
Y le dice: mata godo
Leal a la revolución.

Mientras vivan Arismendi
Muñoz y el bravo Rondón
Dormirá viendo visiones
En el llano el español.

Que aondequiera hizo un osario
Su siempre temida espada.
Yo me quedo cavilando
Este asesinato viendo.

Si doscientos mató huyendo,
¡Cuántos mataría atacando!

En la batalla de Urica
Boves torció y levantó,
Y apenas llegó al infierno
El diablo lo condenó.

En la pelea 'e las Queseras
Al godo en la retirá
Los lancean por las nalgas,
Que no tienen que quebrá.

Con las balas que tiran
Los chapetones
los patriotas se peinan
Los canelones.

LÉANSE LAS REALISTAS

Está del valiente Boves
La victoria enamorá,
Siempre le lleva la lanza
Aondequiera que va.

En la batalla lo libra
De las manos de la muerte,
De velo matá patriota
Llena de amor se divierte.

Victoria en su campamento
Los patriotas cantarán
Cuando remuevan sus manos
El Peñón de Gibraltá.

Y cuando Bolívar fue contra Bogotá a fines de 1814, circularon tantos dichos con los cuales se le hacía aparecer como un Nerón que sacrificaba sacerdotes, que profanaba templos, etc., que al fin todo el mundo le juzgó

como espíritu del mal. El siguiente pasquín, atribuido al clérigo doctor Juan Manuel García Tejada, circuló por todas partes, como nos dice Groot:

Bolívar el cruel Nerón.
Este Herodes sin segundo,
Quiere arruinar este mundo
Y también la religión;
Salga todo chapetón,
Salga todo ciudadano,
Salga, en fin, el buen cristiano
A cumplir con su deber,
Hasta que logremos ver
La muerte de este tirano.

El general Morillo triunfa por completo en Nueva Granada, en 1815; al siguiente día del sacrificio de los mártires políticos Caldas, Torres, Gutiérrez, Villavicencio, Camacho, etc., uno de sus aduladores le obsequió con la siguiente décima:

Maldigamos la vil ley
Que a independencia convida
Defendamos cetro y vida,
De Fernando, nuestro rey,
Que viva nuestro virrey.
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales,
Y toda su invicta tropa,
Que vinieron desde Europa
A remediar nuestros males.

Pero a la siguiente mañana amanecieron refutados esos versos con este pasquín:

Bendigamos la gran ley
Que a independencia convida,
Destruyamos cetro y vida

De Fernando, intruso rey,
¿Qué quiere decir virrey,
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales
Y toda *su* indigna tropa
Que duplicaron nuestros males?[31]

En los campos de Barinas y de otros lugares de la pampa venezolana, cantaban los llaneros un corrido que data de 1818 en obsequio de Morillo. No conocemos sino la siguiente estrofa:

Mézclese el cacao
Bata el molinillo
Rico chocolate
Para el gran Morillo.

Y cuando el ejército de éste, pasaba cruentos trabajos en la misma pampa durante las campañas de 1817 y 1818, los llaneros de Páez, al saber de las miserias que sufrían los realistas, les hacían llegar coplitas burlescas. De éstas han llegado a nuestras manos las siguientes:

En Cádiz nos embarcaron
En una famosa nave
Para venir a las Indias
A comer pan de casabe.

Si la ración de galleta
No la dan como en Europa
Me he de pasar al patriota
Al punto, con mi maleta.

31. *Correo del Orinoco*, (Caracas), Nº 35, (31 de julio de 1819).

El siguiente corrido patriota apareció contra los realistas en las calles de Cumaná en 1817, después del triunfo de Margarita y aproximación del general Zaraza.

Regina se está muriendo
Patricia se está casando:
Margarita es la madrina
Zaraza viene bailando.[32]

Después de restablecida
De un accidente fatal,
Le sobrevino otro mal
Y se halla desfallecida:
El habla casi perdida,
Su testamento está haciendo,
Sus hijos están huyendo,
Por ser un mal contagioso:
De unos cólicos biliosos
Regina, se está muriendo.[33]
…………………………….
Cuanto gusto nos dará
Ver a Regina casada,
Con Bolívar desposada;
De gozo nos llenará:
Un vestido se le hará.

De la *Zaraza* más fina,
De la que nunca Regina.
Pudo vestir un momento;
Y en tan feliz casamiento
Margarita es la madrina.

En tan solemne función
¿Qué música habrá por fin?
Si Margarita el violín,

32. Regina es España y Patricia la patria venezolana.
33. Falta la 2ª décima que debe terminar con este verso: *Patricia se está casando.*

Cedeño toca el violón:
Rojas el flautín sonando,

Y la trompa en conclusión
Mariño la está tocando;
Páez los valses pondrá,
Bermúdez que cantará.
Zaraza viene bailando.

En los pueblos al oriente de Venezuela, donde el espíritu revolucionario fue incansable, la musa popular, epigramática, no perdió oportunidad de burlarse de los realistas. Como muestra del espíritu que animaba a estos pueblos, insertamos las siguientes endechas:

Por la calle van cantando
Los indios americanos:
Ya se acabó la Regencia,
¡Nos alegramos, nos alegramos!

Muchacho, dile a Fernando
Que ya la América, es libre,
Que si piensa dominarnos
Que se estire, que se estire…

Patriota, alegres cantemos,
Ya la España se voló,
Y mueran los españoles:
¡Viva la unión! ¡Viva la unión!
Y ya, los pueblos son libres
De la nación de la nación.

Por la, calle van cantando
Los indios cumanagotos:
Ya se acabó la Regencia,
Pues no habrá, pues no habrá otra…

Los catalanes vendrán
En clase de comerciantes,

Pero a gobernar como antes,
Eso sí no lo verán, no lo verán.

¿Cuáles fueron las ventajas
que el español nos dejó,
después que mató y robó
de México las alhajas?

Y al son de sus roncas cajas
Reunía nuestra nación,
Y con dañada intención
Y maléficos estilos
Nos disparan con los filos
¿Del ciego y dorado arpón?
Quien niega el conocimiento
Del ciego y dorado arpón,
O no es capaz de razón
O no tiene entendimiento.

Con este motivo de la ocupación del castillo de San Antonio de Cumaná por los catalanes antes de Carabobo, los patriotas lanzaron al público el siguiente pasquín:

El día cinco de marzo
Por intento del demonio.
Cogieron los catalanes
El castillo San Antonio.
El día cinco de marzo
Este caso sucedió,
Que el castillo San Antonio
Un mal patriota vendió.

En el Cerro Colorado
Pusimos una trinchera,
Para moler el castillo
Y fijar nuestra bandera
Y el Cerro de Agua Santa
El castillo dominó

¡Alón, alón, caminó!
¡Alón, alón, alón!

En el Cerro Colorado
Arreglamos un cañón;
Y en la plaza del puente
Pusimos el Cantón.

A lo que contestaron los realistas con canciones de este género:

¡Muera la maraña
De viles traidores,
Y los seductores
Contra el rey de España!

Fernando Séptimo aclama
El Consejo de Castilla
Para que felice viva
Por rey de toda la España.

Fernando estaba tirado
Debajo de una escalera
Y ahora le hemos sacado
Para fijar la bandera.

Las canciones bailadas que más boga tenían en los pueblos de oriente eran *La Juana Bautista*, *La conga* y *La Cachupina*:

La conga, se viste
Toda de amarillo
¡Que viva, la Patria!
Y muera Morillo.
Qué conga,
Qué conga,
Que dale niña a la conga.
Qué conga, señó.

En las filas patriotas, desde el principio de la revolución, se habían alistado en el ejército franceses europeos y franceses de Martinica y otras Antillas. Esto motivó el que el pueblo de Venezuela llamara franceses a los extranjeros que militaron a favor de la causa republicana. De esta unión fraternal de franceses y venezolanos nació cierta promiscuidad graciosa en las canciones de los campamentos; sobre todo en los orientales. Así, esta canción de *La conga* nos trae a la memoria la siguiente cuarteta de la época de Miranda en los valles de Aragua.

Veinte y cinco franceses
Cargaban un cañón
Alón, alón, caminá
Alón, mozos, alón.

Y cuando vino el fracaso, el abordaje que trabaron en Punta Gorda (costa cumanesa) el comandante español Guerrero y el comandante patriota Gutiérrez, en el cual perecieron ambos, quedando el triunfo a los españoles, los pasquinistas realistas dijeron:

De la Margarita
Gutiérrez salió
Buscando el chinchorro
Pero se amoló.

Qué conga, qué conga,
Qué conga, señó.
Se amoló Gutiérrez
Por ser un traidor.

Fue tanto el machete
Que aterrorizaba
Y dijo Gutiérrez:
Muchachos, al agua.

En donde pensaban
Encontrar socorro,

Les llegó el Guerrero,
Les echó el chinchorro.

Apenas hemos podido conseguir de *La Cachupina* la siguiente cuarteta:

Cachupín de mi vida,
¿Por qué estás triste?
Porque la Cachupina
Ya no me asiste.

Todavía, como una reminiscencia de gloriosos días, se repite, entre los ancianos que han sobrevivido a la época luctuosa y prolongada de la guerra a muerte, una que otra letrilla en conmemoración de la desaparición de algún asesino. Así, cuando murió el feroz Ñáñez, en la defensa de Ospino en 1814, decían los llaneros:

Si el general Bolívar
Fuera adivino
Ya supiera que Ñáñez…
Murió en Ospino.[34]

Y cuando en Margarita murió el famoso Calvetón, la poesía y la música lo celebraron a un tiempo en la siguiente cuarteta:

Calvetón, murió saltando
La *palizá* 'e Juan Segundo
Ya se acabó en este mundo
Un oficial de Fernando.[35]

Hay una cuartetita más que sintetiza la muerte de tres malvados, factores sobresalientes en los días de la guerra a muerte; es la siguiente:

34. Lisandro Alvarado, "Combate de Ospino".
35. Lorient Rojas, *Episodio de la guerra de Independencia*.

En Urica murió Boves,
En el Alacrán Quijada,
Y en el sitio del Juncal
Rosete y sus camaradas.

Entre los pasquines picarescos de los patriotas contra los realistas, sobresale el que figuró en algunas esquinas de Caracas en 1818. Había llegado a la capital la noticia, que sólo conocían los patriotas, de que el bergantín "Arrogante Guayanés" había apresado al bergantín "Conejo" que pertenecía a la escuadra realista. Se había recibido un número del *Correo del Orinoco* y, como nada decía sobre el particular, las autoridades españolas ignoraban por completo el suceso. En aquellos días el pueblo de Caracas hacía mucho caso de una frase vulgar que decía: *Ave María Crispulera*, con lo cual celebraban cualquier suceso inesperado, etc., etc. La noticia vino a hacerse pública por el siguiente pasquín que fue colocado, entre otros lugares, frente al Templo de San Pablo:

Ave María Crispulera
Que en un deleite profano,
A los godos le han cogido
El *Conejo* con las manos.

Los gobernantes españoles, al publicar en Caracas la Constitución de 1820, lo hicieron con gran aparato, creyendo embaucar así a los necios. Al siguiente día apareció en algunas esquinas la siguiente coplilla:

Se cambió el real en dos medios,
Ya no seré más virote;
Siempre es la misma jeringa.
Con diferentes palotes.

Y cuando después de creada Colombia comenzaron a descomponerse los partidos, en las mismas esquinas aparecieron estos versos:

Bolívar tumbó a los godos
Y desde ese aciago día,
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

En el año de 1826, cuando tuvo efecto en Caracas el movimiento que se conoció con el nombre de *La Cosiata*, apareció en cierta mañana, en el portón de la casa de doña María Antonia Bolívar, hermana del Libertador, que vivía entonces en la esquina de la Sociedad, la siguiente cuarteta:

María Antonia no seas tonta,
Y si lo eres, no seas tanto:
Si quieres ver a Bolívar
Anda vete al camposanto.

En la misma época en la cual el espíritu era hostil al Libertador, a quien calificaba de tirano y usurpador, apareció en cierta mañana la siguiente sextilla:

Si de Bolívar la letra con que empieza
Y aquella con que acaba las quitamos,
Oliva de la paz símbolo, hagamos
Esto quiere decir que del tirano
La cabeza y los pies cortar debemos
Si es que una paz durable apetecemos.

Este es, sin duda alguna, el pasquín más terrible lanzado contra Bolívar. Refieren los historiadores Restrepo y Groot que, durante la permanencia del Libertador en el Perú, tanto en Lima como en las otras ciudades se cantaban estos versos en las misas de acción de gracias, en elogio de Bolívar, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio:

De ti viene todo
Lo bueno, señor:

Nos diste a Bolívar,
Gloria a ti gran Dios.

¿Qué hombre es éste, cielos,
Que con tal primor
De tan altos dones
Tu mano adornó?

Lo futuro anuncia
Con tal precisión
Que parece el tiempo
Ceñido a su voz.

De ti viene todo, etc.

Qué abismo entre los versos de la precedente sextilla a estos cuartetos que recitaban coros religiosos en algunos templos americanos.

ESTUDIOS SOBRE FOLKLORE VENEZOLANO

CONTRIBUCIONES AL *FOLK-LORE* VENEZOLANO

ANTES DE COMENZAR

LA LITERATURA popular, la ciencia popular; cuanto se refiere a la historia íntima de la familia, de la localidad, y versa sobre costumbres, usos, creencias, supersticiones, tradiciones, fenómenos de la naturaleza, dichos, relatos, cantos populares, adivinanzas, refranes, el porqué popular de todas las cosas, juegos, augurios, etc., trasmitidos de una manera oral de padres a hijos, de generación en generación, es lo que constituye el ramo de los conocimientos humanos que se llama hoy *folk-lore*.

La traducción literal de estas voces equivale a gente o la humanidad (*folk*), y a lección, enseñanza (*lore*); frase que sintetiza la historia oral de un pueblo, su saber, es decir, cuanto se han ido trasmitiendo las generaciones, desde el principio de la sociedad humana. Este título de *folk-lore*, ha sido aceptado, de pocos años a hoy, por todos los tradicionistas, lo que acerca las nacionalidades y trae, por lo tanto, el estudio comparado de los diversos pueblos, tan fecundo en resultados científicos e históricos. Así, cada nación tiene hoy su *folk-lore*, y decimos, el *folk-lore* inglés, el *folk-lore* español, el *folk-lore venezolano*, etc., etc. De aquí los nuevos vocablos en castellano, *folk-lore*, *folklorista*, *sociedad de folkloristas*. Y es tan grande el número de publicaciones que brotan por todas partes y sirven de tema a varias sociedades, que, sin preverlo, y como atraídos por una necesidad del espíritu, hombres y pueblos se acercan para departir sobre tema tan favorito: el *folk-lore*.

Una distinguida escritora española, doña Emilia Pardo Bazán, presidenta de la Sociedad *Folk-lore* Gallego, dijo, no hace mucho:

Todas cuantas personas se hallan congregadas en ese recinto, han oído quejarse, o se han quejado alguna vez, de que desaparecen las antiguas costumbres, de que los pueblos pierden su fisonomía, su carácter, su tipo propio, igualándose bajo la mano niveladora de la civilización, que borra todo lo tradicional. Pues bien, el Folk-lore quiere recoger esas tradiciones que se pierden, esas costumbres que se olvidan y esos vestigios de remotas edades que corren peligro de desaparecer para siempre. Quiere recogerlos, no con el fin de poner otra vez en uso lo que cayó en desuso, que sería empresa insensata, y superior casi a las fuerzas humanas, sino con el de archivarlos, evitar su total desaparición, conservar su memoria y formar con ellos, por decirlo así, un museo universal, donde puedan estudiar los doctos la historia completa del pasado.

....

La división del Folk-lore en variadas secciones, que cada una de ellas corresponde a una rama diferente del pensamiento o del conocimiento, legitima la asociación de personas, de aptitudes y profesiones muy diversas, y que todas son indispensables para la constitución y éxito del Folk-lore. El médico puede estudiar y recoger lo que sería difícil para el sacerdote, y éste, a su vez, investigará cosas que aquél no podría acaso profundizar; el músico recogerá las tonadas regionales, los aires que canta y toca el pueblo, la forma de los instrumentos rústicos, hasta las notas de nuestros gritos de guerra o de alegría; el pintor reproducirá tipos, escenas, monumentos; el literato coleccionará las formas métricas y las joyas de la poesía popular; el profesor, que se halla en tan inmediato contacto con la niñez, descubrirá un tesoro de cuentos, y, en fin, la dama estudiará con interés los juegos, acertijos y trabalenguas infantiles, la formación del gracioso lenguaje de sus hijos, las supersticiones y costumbres domésticas…

* * *

Hace cerca de cincuenta años, en 1846, que por la primera vez escribimos acerca de esta materia, en las columnas de *El Liberal*, que redactaba nuestro padre, de grato recuerdo. Nuestros escritos versaron sobre las oraciones religiosas impresas que cargan al cuello ciertos bandoleros de profesión, oraciones dirigidas a ciertos santos protectores de enfermedades, peligros, etc., y sobre todo, la dirigida al *Justo Juez* que es la que más sostiene la superstición de los espíritus ignorantes de los campos y poblados. Más tarde, disertamos acerca de los amuletos venezolanos en las columnas

de una hojita semanal titulada: *Ecos del Ávila*, en 1848. Estas fueron nuestras primeras contribuciones al *folk-lore* venezolano, sin que entonces nos fuese conocido el nombre genérico que sintetiza hoy, en todas las naciones civilizadas, el estudio oral de un pueblo.

Pero fue más tarde, desde 1852, cuando al entrar en el ejercicio de la profesión médica, hubimos de fijarnos de manera más acuciosa en el estudio de los diversos materiales del *folk-lore* venezolano. Si desde la infancia conocíamos ya ciertos usos y costumbres del pueblo caraqueño y sabíamos de coro cuanto nos habían referido los mayores, en la práctica médica teníamos que tropezar a cada paso con creencias y supersticiones inveteradas, con errores de apreciación, con temores infundados que se habían trasmitido desde remotos días, al mismo tiempo que la musa popular, siempre contenta y dispuesta, alegraba el hogar pobre, los caminos, las fiestas populares, con sus cantares tan llenos de novedad y de gracia.

* * *

Con los primeros explotadores de la creencia popular con quienes tropezamos, fueron los curadores de mordeduras de serpiente, herederos legítimos de los antiguos piaches aborígenes, todos ellos embaucadores de primera fuerza. Nos llamó la atención la supercherÍa de que se valen, para hacerse aguardar, remitiendo al enfermo el sombrero que debe colocarse sobre la herida y que tiene el mágico poder de obrar mientras que llega el médico hierbatero. ¡Cómo está arraigada esta creencia en nuestros pueblos campesinos! Con atención sostenida escuchamos cuantos relatos de tristes historias, nos hicieron en ciertos poblados de la antigua Nueva Segovia, acerca del Tirano Aguirre, y de su alma errante que, en copos de luz, se presentaba de noche en los caminos, en las ruinas, en los pantanos y cementerios, siempre asustando a los campesinos y transeúntes. ¡Cuántas procesiones religiosas y ceremonias, durante la mañana, practicadas por el cura de aldea en remotos tiempos, para huir durante la noche del *alma del tirano*! En las llanuras calaboceñas llaman a los fuegos fatuos *Bola de fuego*, y en las de Barinas, *el farol del Capuchino*. Triste es el relato que lleva este título y que conservamos inédito. Y como el cantor llanero celebra

cuanto existe en su hermosa pampa, no se ha olvidado de cantar sus aventuras con la *Bola de fuego*, en uno de sus graciosos *corridos*.

Las fiestas de San Juan nos habían cautivado en Caracas, pero fuera de ésta, tuvimos que detenernos ante la fiesta del Precursor, en pueblos de la costa caraqueña. No nos sorprendía tanto el inicuo trato dado a la efigie del patrono, siempre insultado y apaleado, como el estado febril de ciertos pueblos que viven durante veinticuatro horas, en el agua, al influjo del sol abrasador. Después de apurar la vida durante un día, no había un solo enfermo en el poblado. Refieren las crónicas populares que en el día de San Juan no muerden los caimanes, ni las serpientes y otros animales venenosos, y agregan, que todo el mundo está exento de fiebre, lo que es una calamidad para el médico del pueblo. En Venezuela el carácter dominante de la fiesta de San Juan es el agua, el baño por todas partes. En Europa domina el elemento fuego. *Los fuegos de San Juan*, así se llaman las fogatas que por todas partes, encienden los campesinos de origen latino, en los montes y colinas del Viejo Mundo. Humboldt, después de bajar el volcán del Teyde en las islas Canarias, en 1799, se encuentra sorprendido al ver los fuegos y hogueras que brillan al anochecer, en las faldas del volcán que acababa de visitar. Eran los fuegos de San Juan que elevaban sus torbellinos de humo, en contraste con los verdes montes de las cuestas volcánicas. Eran los pastores del Teyde que llenaban los aires con sus alegrías festejando al patrón de sus antepasados.

Las fiestas de mayo que, en los pueblos europeos revisten un carácter bellísimo, el de sembrar en el hogar el *árbol de mayo*, fiesta que celebra la musa del amor y acerca los corazones infantiles, tiene en Venezuela un carácter puramente religioso, el de celebrar las fiestas de la Cruz y al mismo tiempo, a María. Aún continúan, no ya en las ciudades, pero sí en el campo, los *velorios* de Cruz y los cantos a la Virgen. Estas fiestas en los pueblos de la Zona Tórrida poseen un encanto de que carecen las de los pueblos europeos y asiáticos, la presencia de la constelación de la Cruz del Sur sobre el horizonte, el sublime crucero, como lo llama el habitante de las pampas venezolanas, que se ha asomado horizontal en los últimos días de febrero y está vertical para los primeros de mayo. De manera que en los campos, cuando el *velorio* de Cruz se celebra en la naturaleza libre, bajo el fulgor de las estrellas, al frente de la cruz de la familia exornada de flores y de luces,

se levanta en el horizonte opuesto, cual celeste y espléndida visión, la Cruz del Sur. Poco a poco va inclinándose hacia el oeste hasta que se oculta. ¿Volverá? Sí, porque ella es como promesa celeste al hogar virtuoso.

El espíritu supersticioso que domina en casi todas las fiestas populares de Venezuela, se ostenta siempre en las variadas escenas del hogar, y sobre todo, en los postreros lances de la vida. Las plantas medicinales cogidas en los pueblos de las llanuras durante la noche del Viernes Santo, las considera el vulgo más eficaces. Los colmillos de caimanes cazados en los grandes ríos de la pampa venezolana, en los días Jueves y Viernes Santo, son los que solicita y carga el habitante de las dehesas. La palma del Domingo de Ramos es la que se quema en el hogar pobre durante la tempestad acompañada de truenos. La manzanilla, que en potes de loza, cubre las gradas del sagrario el Jueves Santo, y que se cultiva para este acto, es siempre solicitada por las familias caraqueñas. Las oraciones religiosas que se recitan en todas las desgracias de la vida, la guarda no sólo el campesino, que tras las puertas interiores de muchas casas las conservan las familias. Innumerables figurillas de cobre, de plata y de oro, cubren el cuerpo de la efigie de San José, y otros abogados de la familia, en los diversos templos de Venezuela, desde la Metropolitana de Caracas, hasta el último templo pajizo de recluida aldea.

En ciertas casas los moribundos están acompañados, en sus últimos días, de imágenes diversas, consideradas como milagrosas, y también figuran en el concurso manos de ciertas vírgenes, potencias de algún Cristo, cuadros religiosos, escapularios, etc., etc. En los días en que se aguardaba el alumbramiento de la reina viuda de España, todos los pueblos de esta gran nación enviaron al palacio Real de Madrid, sus Cristos, sus vírgenes, sus santos; de manera que hubo necesidad de preparar las salas en que estuvieron alojados centenares de tan deseados huéspedes.

Al ocuparnos en la historia de estos relatos, entraremos igualmente en la de las promesas y de los amuletos que representan cada uno un deseo, una necesidad imperiosa. ¿Quién podrá penetrar en los abismos insondables del corazón humano?

La sección de las supersticiones en el *folk-lore* venezolano es abundante, pero hay una parte que es admirable; la intervención de los Cristos,

de las vírgenes y de los santos en nuestras reyertas políticas, durante la guerra de la independencia. Sábese que los castellanos tuvieron siempre como director en jefe a Santiago, y que en Lepanto triunfó la Virgen del Rosario. No fue esta virgen sino la del Carmen la que acabó con Miranda, desde 1806 hasta 1816. Ceballos al frente de los corianos, opuso el Nazareno de Coro a las tropas patriotas, y éstas hubieron de huir en 1810. La Virgen de la Chiquinquirá en Colombia fue el juguete de patriotas y de peninsulares; todos la querían de pantalla. El general Ribas aseguró en parte oficial, sobre la defensa de La Victoria en 1814, que la Purísima Concepción le había salvado en tan horrible trance, y Páez se agarró de la Virgen del Carmen en sus aprietos de Payara. Cuando el motín de los canarios de Caracas, contra la República en 1811, estos, armados de pies a cabeza, se presentaron en el Teque llevando bandera donde estaban pintados la Virgen del Rosario y Fernando VII. Y cuando Puy, contra los patriotas, amenazó a Niquitao en 1813, el P. Gamboa con todos los santos del templo, en procesión en torno de la plaza, logró poner en fuga al terrible jefe realista.

Aseguran los moradores del estado Zamora que el que lleve consigo la pequeña efigie de la Virgen de Coromoto, abogada de muchos pueblos de occidente, desde que apareció ahora dos siglos, no le entra bala en su cuerpo, y esto lo confirma el haber sido víctima en nuestras reyertas civiles, muchos que no la cargaban. Los que celebran la fiesta de San Juan aseguran igualmente, que en este día, ni los que no saben nadar se ahogan, lo que quizás puede ser cierto.

¿Qué nos refieren ciertos vegetales y animales? ¿Qué nos cuentan los pájaros? La meteorología popular ha precedido a la meteorología científica. Cuando no existía la ciencia, la rana anunciaba el tiempo; en posesión de aquélla, la mariposa negra no infunde hoy espanto a los caraqueños. Desde el momento en que el vegetal crece y se desarrolla junto al dormitorio, la larva al romperse, da salida a la mariposa nocturna, siempre de colores oscuros. Atraída por la luz artificial penetra en los dormitorios donde encuentra dulce hospedaje. No es insecto de fatídico augurio sino la pobre crisálida que al transformarse en mariposa desplegó las alas, y se fue en pos de su amada la luz del hogar. Pero la *pavita* no ha perdido todavía su encargo mortuorio, pues donde esté, casa o cabaña, allí anunciará una y más

desgracias. Sería necesario destruir este pajarillo inofensivo, para desterrar de la mente de los campesinos las desgracias que aquélla augura.

San Isidro no ha abandonado todavía a los agricultores venezolanos; pero estos no han aprendido del patrono lo que la ciencia ha confirmado, aquella célebre frase *castígalo y apadrínalo*, al hablar de un árbol que se convierte en hojas y no da frutos. Tal frase quiere decir: *azótalo, apaléalo, y cuando lo vieres bien estropeado, déjalo*. Este axioma popular es hermano de aquel otro que pertenece a la enseñanza primaria y dice: *la letra con sangre entra*.

¡Cómo han cambiado en Venezuela las costumbres mortuorias! Desaparecieron los lutos en las salas, los lazos negros en las comidas, y la cesta de pan, la caja de vino y el carnero al pie del túmulo, en las honras fúnebres, uso que venía de los más remotos tiempos. Pero el día de difuntos conserva aún su carácter carnavalesco.

Las supersticiones van desapareciendo, los ruidos de la montaña son conocidos, las almas timoratas han entrado en el comercio de la civilización. Los ferrocarriles han despojado a las selvas y a los sitios solitarios de fantásticas visiones, engendro de la ignorancia. El silbido de la locomotora es el más elocuente de los alertas. No hay ya almas en pena, que la muerte se ha civilizado. Las visiones de la noche van desapareciendo poco a poco; y cuando la luna no riela, las estrellas centellean y guían al caminante de las campiñas. Ya no es temible el diablo suelto el día de San Miguel, como asegura la tradición. Peor que este diablo es la voz interior de la conciencia, torcedor que llevamos a cuesta.

La historia oral de nuestros aborígenes, de nuestros conquistadores, desaparece, y otra civilización se levanta sobre las ruinas del pasado. Narremos cuanto sepamos acerca de los variados incidentes de épocas ya hundidas en el polvo del olvido. Vamos a salvar los materiales del *folk-lore* venezolano. Publicaremos numerosas muestras para entretener a nuestros lectores, y será más tarde. *Deo volente*, cuando daremos a la estampa uno o dos volúmenes, obedeciendo un plan metódico, en pos de nuestros orígenes históricos.

EL CANCIONERO POPULAR DE VENEZUELA

Al doctor Adolfo Ernst

EN EL NÚMERO 27 de *El Cojo Ilustrado*, correspondiente al 1º de febrero, el doctor Ernst nos dedica un trabajo que se refiere al *Cancionero popular de Venezuela*. Con frases tan verídicas como elocuentes saluda el sabio profesor a los heraldos de la poesía española allende y aquende el Atlántico, y compara la musa popular, en una y otra región, con esas flores silvestres de la gaya naturaleza, bellas, olorosas, risueñas y casi siempre ocultas, cual si quisieran vivir aisladas de las miradas indiscretas del mundo civilizado. Pero al estudiar las cincuenta y nueve coplas que el autor nos ofrece, como contribución a los numerosos materiales que poseemos para el *folk-lore venezolano*, en cuyas páginas brillarán nuestros cantos populares, encontramos que sólo veinte coplas pertenecen al Cancionero nacional, correspondiendo el mayor número de aquéllas al Cancionero español.

Disertaremos acerca de este tema, aunque sea muy brevemente, que ya podremos explanarnos cuando demos a la estampa la obra, en la cual nada dejaremos en el tintero al relatar la historia del pueblo venezolano, es decir; la historia de sus orígenes, creencias, mitología, supersticiones, costumbres, cuentos, dichos, ciencia popular, refranes, sentencias, etc., etc., y su Cancionero, ora en lo que tiene de original, debido a múltiples causas, ya en lo que hereda de los conquistadores, esto es; la belleza y gracia que en toda época ha caracterizado a los bardos del suelo ibero, donde cada aldea, cada ruina, cada valle, ríos, praderas, costas y montañas, todo nos refiere la historia de este pueblo sorprendente que vive, se nutre, prospera, se agiganta con la savia heredada de sus predecesores, desde los orígenes de la

sociedad humana. El conjunto de tales materiales, después de purgarlo de cuanto pertenezca al pueblo español o a otros pueblos, es lo que constituye el *folk-lore venezolano.*

Nada más bello que el Cancionero español. La copla poética, siempre espontánea, sencilla, llena de gracia y de fuego; la glosa siempre hermoseada con los celajes cambiantes del sol, bajo un cielo dilatado que tiene por límite occidental las siluetas agigantadas del mundo colombino; la imaginación popular que en el extremo sur de la Europa canta a la mujer y al amor, a la familia y a la patria, participa de las claridades del Mediterráneo, de las tibias y perfumadas brisas del África, y aun del murmullo de la ola que besa las costas andaluzas y las islas Afortunadas; ola que envía al Viejo Mundo la corriente cálida del golfo mexicano. Tal poesía, decimos, es obra que se regenera y hermosea siempre por la labor de los siglos y la savia bullente del ingenio castellano. Así, el Cancionero popular de España está sostenido, en todo tiempo, por las bellezas del suelo íbero, por los astros de un cielo azul, constantes pregoneros de la grandeza nacional, desde los días en que sucumbió el romano en tierras cantábricas hasta la titánica lucha que hundió para siempre al Coloso de los modernos tiempos.

En el Cancionero español la mujer querida es el tema ideal de todos los corazones, el amor es la fuerza que sostiene el numen poético, la única luminaria que vivifica, si así puede decirse, los astros del firmamento y las flores de la tierra. ¿De dónde viene este sentimiento siempre joven, siempre poético, que celebra al amor, al hogar, a la patria? Es herencia de los antiguos días de la edad media, cuando dominaban las cortes de amor, y bardos y guerreros cobraban aliento en presencia de la serrana y de la morisca o de la esbelta castellana, que sabía atraer con sus miradas al bardo que, en dulces endechas, le revelaba su pasión al pie del feudal castillo. Es el eco de dichas y desgracias pasadas, de las épocas de lucha, cuando familias y pueblos supieron armarse en defensa de la honra nacional.

* * *

Pero el castellano, al conquistar el Nuevo Mundo (de Venezuela hablamos), al entroncarse con los pueblos indígenas y más tarde con individualidades de familias y razas de allende el Atlántico, si pudo im-

plantar la familia con todas sus virtudes, el sentimiento poético, las costumbres, la religión, el habla, no pudo dejar por completo el Cancionero de sus antepasados con toda la pureza de su origen. Nuevos medios en los cuales iba a prosperar por un lado, y por el otro la mezcla de razas, la lucha que debía emprender contra una naturaleza espléndida, rica y atractiva, pero también llena de peligros, que constituye la verdadera escuela de los héroes populares, debían obrar en el espíritu de los futuros bardos del *Cancionero venezolano*. El cantor amoroso, sentimental de los pueblos andaluces y de los valles de Granada, de las costas malagueñas y de las islas Afortunadas, debía ser modificado ante la majestad de los bosques y ríos colombinos, de las dilatadas pampas, altiplanicies y de los nevados y volcanes de los colosos Andes.

En el Cancionero castellano imperan la mujer y el amor ideal que ella inspira, amor que acerca las almas a los dulces sones de la música espontánea, pura como los sollozos del niño y misteriosa como el suspiro íntimo de la joven, víctima de su propia ternura. Mas, si en el Cancionero español la mujer con todas sus virtudes es el tema de la poesía popular, en una gran parte del *Cancionero venezolano*, en la que se conexiona con la dilatada pampa y regiones vecinas, imperan el valor, la destreza, la agilidad, la voluntad que vence, forma a los héroes, y domeña la naturaleza agreste y terrible; la astucia que se impone a la muchedumbre, el talento natural que crea la epopeya. El domador del caballo y del toro, el vencedor del jaguar y del caimán, del hombre en fin, en lucha personal o al frente de la falange guerrera armada de la lanza de Aquiles, son también un ideal para la mujer venezolana. Si el héroe de la pampa es digno de ser cantado, el corazón de la mujer sabe también recompensar la gloria. Los antiguos vencedores del circo romano no han desaparecido. En el *Cancionero venezolano* los héroes de la pampa son aquellos que han sabido conquistarla, y bien merecen ellos ser cantados por la musa popular al son de los discantes y de las maracas indígenas.

Los antiguos aborígenes que en ella vivieron, no supieron aprovecharla. Carecieron del caballo, alma del llanero y del gaucho. Si en el Cancionero español el amor es imán, en el *Cancionero venezolano* el imán es el valor. El llanero es más belicoso que amoroso, más retraído que sociable.

El corazón de la mujer sabe también soñar con esas exhalaciones de la llanura en que jinete y caballo parece que se rinden ante la beldad querida, y desaparecen en el ardor de la pelea, para tornar sonreídos y agraciados después de haber sido fiel imagen de los antiguos hypántropos, descaladores del Olimpo. El caballo está siempre en primer término, el caballo que es para el llanero el escudo de Marte. Conocida es aquella estrofa que dice:

Mi caballo y mi mujer
Se me murieron a un tiempo;
Qué mujer ni qué demonio,
Mi caballo es lo que siento.[1]

¿Quién no conoce aquella singular proclama de Páez a sus centauros, cuando al caer su caballo muerto en una de tantas refriegas sangrientas contra el español, exige de sus soldados terrible venganza?

Y en uno de tantos cantares llaneros se dice de la mujer:

Del toro la vuelta al cacho,
Del caballo la carrera.
De las muchachas bonitas
La cincha y la gurupera.

Un bardo popular castellano hubiera dicho a la niña de sus amores:

Tienes una cinturita
Que parece contrabando;
Yo, como contrabandista,
Por ella vengo penando.

Y de una manera más metafórica:

---

1. Esta copla es española, pero el cantor llanero la ha aceptado por encontrarla de acuerdo con sus ideas.

Dos columnas de alabastro
Hechas con arquitectura,
Están sosteniendo el garbo
De su pulida cintura.

La Fuente y Alcántara
(Cancionero)

Entre los antiguos araucanos la mujer se decidía por el amante que había alcanzado el mando, después de haber soportado sobre sus hombros pesos enormes. Las beldades cumanagotas aceptaban al más sufrido; aquél que, después de bailar y cantar durante muchas horas delante de la beldad indígena, caía rendido de cansancio y de dolor ocasionados por la mordedura de insectos venenosos, en las manos cubiertas con guantes de género, atados a las muñecas. La fuerza, el dolor, he aquí las condiciones que exigía el amor de las beldades indígenas, antes de la llegada de los castellanos. La serrana, la morisca del pueblo, la dulce castellana del castillo feudal eran menos exigentes. Para éstas, antes que el dolor y la fuerza, el amor, el amor en la música y en la suave poesía melíflua, retozona, sabrosa, como diría alguna de nuestras beldades.

Al hablar Vergara y Vergara de la poesía popular en las llanuras de Colombia contiguas a las de Apure, dice:

> No ha habido ningún poeta culto de los llanos; el pueblo compone lo que canta y canta lo que compone. No acepta coplas de otras tierras. Sus composiciones favoritas son romances aconsonantados, que llaman galerones, y que cantan en una especie de recitado con inflexiones de canto en el cuarto verso. Es el mismo romance popular de España, y contiene siempre la relación de alguna grande hazaña, en que el valor y no el amor es el protagonista: el amor es personaje de segundo orden en los dramas del desierto. Indudablemente tomaron la forma del metro y la idea de los romances españoles; pero desecharon luego todos los originales y compusieron romances suyos para celebrar sus propias proezas.[2]

---

2. Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de Nueva Granada, etc., etc.* Bogotá, Echeverría Hnos., 1867, 1 v.

Esto es cierto, como lo es también que en las regiones occidental y oriental de Venezuela, el Cancionero popular ostenta otro carácter pues tiene mucho del Cancionero español, sobre todo en las costas de Coquibacoa y de Cumaná. Las canciones, romances, coplas y glosas del poeta popular en estas localidades, tiene sabor andaluz. Ya nos ocuparemos más tarde en esta materia, que trataremos con más extensión, al incluir, en nuestros volúmenes del *folk-lore venezolano*, el *Cancionero venezolano* acompañado de apreciaciones que servirán para la historia de nuestra poesía popular.

Para rematar estos ligeros apuntamientos insertamos a continuación muestras del Cancionero popular de Venezuela, del llanero, tipo único, original en su género, y una glosa del maracaibero de bastante mérito. En las primeras figura el llanero jaquetón, valeroso, cuya única gloria consiste en domar potros y sacarle lances al toro: Este tipo valeroso canta sus méritos en presencia de la concurrencia o damas que le escuchan. Son las siguientes:

En el hato de Setenta
Donde se colea el ganao,
Me dieron para mi silla
Un caballito melao;
Me lo dieron por maluco,
Y me salió retemplao.

Más acá de si sé donde,
Juntico de la quebrada
Iba yo, ya nochecita,
Y halle la tigra cebada;
No sé qué estaba pensando
El dianche de condenada,
Que así que me vido encima
Me tiró una manotada.

"Huiste!" le dije á la indina,
No sea busté tan malcriada,

Que pa saludar a un hombre
No se le tira a la cara.

¿No ve que el morcillo es potro
Y que se asusta de nada?

Por lados del llano abajo
Donde llaman Parapara,
Me encontré con un becerro
Con los ojos en la cara;
El rabo lo tenía atrás,
Tenía pelos en el cuero,
Los cachos en la cabeza
Y las patas en el suelo;
Abajo tenía los dientes
Y arriba no tenía nada,
Y en medio de las quijadas
Tenía la lengua enredada.

Me llaman el "tantas muelas"
Aunque no las he mostrado,
Y si las llego a mostrar
Se ha de ver el sol clipsao,
La luna teñida en sangre,
Los elementos trocaos,
Las estrellas apagadas
Y al mesmo Dios admirao.

Para saltos, el conejo,
Para carrera, el venao;
Yo me parezco a los tigres
Y al león en lo colorao.
Yo no soy de por aquí,
Yo soy de Barquisimeto:
Nadie se meta conmigo,
Que yo con naide me meto.

Yo soy nacido en Aroa
Y bautizado en el Pao,

No hay zambo que
me la haya hecho
Que no me la haya pagao;
Que anoche comí culebra
Y esta mañana pescao;
Que los dedos tengo romos
De pegarle a los malcriao.

De los hijos de mi mama
Solo yo salí malcriao;
Los brazos los tengo blancos
De vivir enchaquetao;
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao.

El que cantare conmigo
Ha de ser muy estudiao,
Por que lo tengo é dejar
Como feltriquera á un lao.

Conmigo y la rana, es gana
Que se metan á cantar,
Que no me gana á moler
Ni la piedra de amolar,
Porque tengo más quintillas
Que letras tiene un misal.

Yo fui el que le dio la muerte
Al plátano verde asao;
Cuando me lo dan, lo como,
Cuando no, aguanto callao.

Por si acaso me mataren
No me entierren en sagrao,
Entiérrenme en un llanito
Donde no pise el ganao;
Un brazo déjenme afuera
Y un letrero colorao

Pa que digan las muchachas:
"Aquí murió un desdichao;

No murió de tabardillo
Ni de dolor de costao,
Que murió de mal de amores
Que es un mal desesperao".

Mi mujer está muy brava
Porque otra me agasajó…
¡Si yo tengo mi modito
Y me quieren, qué haré yo?

A ninguno le aconsejo
Que ensille sin gurupera;
Que en muchos caballos mansos
Los jinetes van a tierra.[3]

Yo te di mi medio real
Porque me hicieras cariños;
Sólo me hiciste una vez,
Me estás debiendo un cuartillo.

Mi mama me dio un consejo,
Que no fuera enamorao,
Y cuando veo una bonita
Me le voy de medio lao,
Como el gallo a la gallina,
Como la garza al pescao,
Como la tórtola al trigo,
Como la vieja al cacao.

Yo no soy de por aquí,
Yo vengo del otro lao,
Y me trajo un capuchino
En las barbas enredao.

---

3. El habernos decidido a insertar este corrido, lo motiva el ver figurar esta copla entre los llaneros de que nos habla el doctor Ernst.

Si hubiere alguno en la rueda
Que con yo esté incomodao,
Sálgaseme para fuera,
Lo pondré patiaribiao
Con este brazo invencible
Que Jesucristo me ha dao,
Que en esos llanos de Achuagua
Yo soy el zambo mentao;
Yo fui el que le di la muerte
Al plátano verde asao,
Con un cabito de vela
Y un padre nuestro gloriao.[4]

El otro corrido es el que sigue, de la misma época que el precedente. Según vemos, los dos cantores son de la misma fuerza.

Estando enamoriscao
De una zamba en la piragua,
Me dijo que la llevara
Para los valles de Aragua.
La zamba como era güena
Nunca se sintió aflegía
Y el caballo con los cascos
Hasta la tierra partía.

Una hoja de cinco cuartas
De la vaina se salía.
Yo cogí ese llano abajo,
Lo cogí por travesía
Y en el hato de Antón Pérez
Hice la primer dormía.
Los peones en el caney

4. Este "corrido" como lo llama el llanero, se remonta a los primeros años del siglo. Publicólo Vergara y Vergara por la primera vez en el volumen mencionado; pero como nosotros poseemos una copia que data del año de 1824, la insertamos íntegra, aunque exista cierta discrepancia con la copia publicada.

Ya se estaban convoyando;
Entre los peones había
Un blanquito muy nombrao;
Lo nombraban Hinojosa:
—Amigo, ¿é dónde es la mosa?
—Yo le dije: blanco viejo,
Eso es mucho preguntá,
Jale por una silleta
Y póngase una sotana
Y véngame a confesá.
El blanco era e pocas pulgas
Y allí me empezó a tirá,
Con asadores calientes
Me daban con carne asaa.

La otra muestra última, es glosa de una cuarteta que figura en el cancionero de La Fuente y Alcántara y dice:

Llorad, llorad, ojos míos,
Llorad, que tenéis porqué;
Que no es vergüenza en un hombre
Llorar por una mujer.

El bardo popular de Maracaibo la modificó y dijo:

Llorá, corazón, llorá,
Llorá si tenéis porqué;
Pues no es afrenta ninguna
Llorá por una mujer.

Y en seguida la glosó de esta manera:

¿No llora una flor constante
Si el viento sus hojas hiere?

¿No llora el sol cuando muere
En túmulo de diamante?
¿No llora el monte arrogante
Si el viento furioso da?
¿No llora el mar cuando está
De su centro dividido?
Pues si amor habéis perdido
"Llorá, corazón, llorá".

¿No llora la fértil planta
Por muy frondosa que sea
Cuando el viento la estropea
Y el verano la quebranta?
Llora una fiera y se espanta
Cuando á su contraria ve;
Pues si los brutos sin fe
Lloran sin terminación,
Entonces con más razón
"Llora si tenéis por que".

Una estrella refulgente
Llora al perder su arrebol,
Y entre las llamas, el sol
Cuando sale del Oriente.
Llora en menguante y creciente
Cuando está opaca, la luna,
Como también en la cuna,
Cuando no se satisface,
Llora el hombre cuando nace.
"Pues no es afrenta ninguna".

¿No llora una simple ave
Cuando está sola en su nido
Y que cuenta haber perdido
Su dulce emético suave?
Pues si en los pájaros cabe
Llorar su destruido ser,
En el hombre es un deber
De más fuerte obligación,

Y puede, cuando hay razón,
"Llorá por una mujer".

En estos cantos vemos reflejado en parte el estro español. La idea es culta y bien se ve que el poeta obedece a una inspiración más elevada.

Por el estudio cotejado que hemos hecho de las dos porciones del cancionero popular de Venezuela, vemos que el llanero nos ha proporcionado más datos históricos en las producciones de la pampa, que el amatorio con sus cantos variados del occidente y oriente de Venezuela, desde Coquibacoa a Cumaná, Margarita y Araya, estas tierras donde los andaluces de la conquista celebraron la espléndida naturaleza de la Andalucía española y contemplaron el bello cielo austral coronado por la Cruz del Sur. Sabido es que ellos bautizaron las costas y tierras de Cumaná, de Cariaco, etc., con el nombre de Nueva Andalucía. El cantor llanero de todas las épocas, nos ha narrado siempre en diversos *corridos* la vida política o turbulenta de ciertos personajes, sobre todo desde los días de la revolución de 1810. Él cantó a Bolívar, a Páez, etc., etc., y también a Boves, Morillo, etc., etc. Y esto es tan cierto, que a los dos meses de haber triunfado la Revolución Legalista, llegaron a nuestra colección los cantos titulados *El clarín del Totumo* y *La Guariconga*, donde están fotografiados por el poeta popular los principales tipos de Caracas y otros lugares. Así, cada reyerta, desde la guerra entre españoles y patriotas, de 1810 a 1824, hasta las revoluciones llamadas Azul, Reivindicadora y Legalista, cada una ha dejado esbozos curiosos que sabrá apreciar el futuro examinador de las tradiciones populares de Venezuela.

Pero no son el tipo llanero de la pampa, y el amatorio de las costas orientales y occidentales de la república, los únicos que constituyen el Cancionero popular de Venezuela; existe otro tipo, el africano, de los negros de los valles de Aragua, del Tuy, de una parte de los llanos y de otra de la costa venezolana, que tiene sus cantos especiales, característicos. Este cantor de origen africano que ostenta su gala en las fiestas dedicadas a San Juan Bautista, en los lugares mencionados, merece un estudio detenido, porque todos sus actos llevan la estampa de una civilización mixta: la africana mezclada con la venezolana.

EL ALMA DEL TIRANO AGUIRRE

REFIEREN LOS ANTIGUOS cronistas de la conquista castellana que, cuando murió Acoya, príncipe del hermoso Valle de Jauja, en el Perú, con aquél fueron enterradas sus mujeres predilectas, servidores y criados domésticos, y también sus vestidos, plumajes, armas y tesoros. Y agregan, que muchos de sus familiares, por no tener lugar en la tumba, cavaron la tierra en sitios amados del monarca, y allí se enterraron, habiendo mujeres que, antes de estar abierta la fosa, se colgaron de los cabellos y se sacrificaron para anticiparse a la dicha que ambicionaban, la de unirse al servicio del soberano. En cada aniversario, abundantes vestidos, comidas y bebidas, eran depositados en las tumbas, porque los muertos, según la creencia de los quichuas, continuaban en la vida invisible. Todo esto mostraba que los aborígenes de América, aceptaban la inmortalidad del alma, y que ésta vagaba y sufría por el hambre, la sed y el frío. Esta alma errante del Príncipe, de valle en valle, tenía que tropezar con otras también errantes, lo que traía la fraternidad de los seres que se habían amado en la vida. Y como todo el mundo, ricos y pobres, en la América prehistórica, eran enterrados con sus tesoros, surgió la creencia, entre los conquistadores, de que las almas errantes o en otros términos, las almas en pena, los fuegos fatuos, indicaban a los mortales los entierros de oro que con tanto éxito supieron explotar los castellanos.

Por los años de 1557 a 1560, antes de la fundación de Caracas, apareció por las costas de Margarita y de Borburata y en tierras de Carabobo y de Barquisimeto, un hombre estrafalario, perseguido por la monomanía

de matar a sus semejantes. Lope de Aguirre, que tal fue su nombre, simbolizaba el crimen inconsciente, y por lo tanto, insaciable. Despréndese de las alturas del Perú, llega a orillas del Amazonas, sigue rumbo al Océano, cambia al norte y llega al puerto de la Margarita, que se conoce hoy con el nombre de *Puerto del Tirano.* Los expedicionarios de Orsúa, de quienes era subalterno, habían, para entonces, desaparecido. Alzado y reconocido como jefe de la gavilla infernal, Aguirre había sacrificado, unos tras otros, a los hombres más notables, y dueño del campo seguía, sin timón y sin brújula, a merced de la fortuna. Quema sus naves, penetra en el interior de Venezuela, el crimen le acompaña, la audacia le guía. Es el huracán que devasta, es la sombra pavorosa de la tierra, en el eclipse solar, que infunde espanto aun a los animales. Casi todos los expedicionarios de El Dorado de Orsúa han desaparecido, y el drama, comenzando con sangre va a terminar con sangre. Hay en medio de la gavilla de asesino una mujer, la hija del Tirano, testigo de innumerables crímenes. La locura de Aguirre aparece de súbito con nuevos síntomas, y para evitar a su hija un título de oprobio, la sacrifica; pero este sacrificio inesperado alienta el corazón de los primeros conquistadores que han llegado a la presencia del Tirano. Éste no titubea, aparece impasible, casi ordena su muerte, que simula un ejercicio militar. El Tirano ha caído por tierra: la sombra pavorosa del eclipse ha pasado y un sol radiante asciende por todas partes.

El cuerpo del Tirano es descuartizado y su cabeza, sus brazos, sus piernas y sus cuartos son colocados en los caminos. Al terror infundido por sus crímenes en todo el occidente de Venezuela, sucede el temor que infunden su muerte, los fragmentos de su cuerpo, el cadáver de la hija sacrificada por el padre, el número de las víctimas. La paz ha vuelto al corazón de las ciudades, pero la imaginación de los campesinos y aldeanos ha quedado turbada. La imaginación plácida es un don de Dios, pero la imaginación enferma, timorata, perturba la razón. Hasta el día en que muere el Tirano, el habitante de los campos no había huido de los fuegos fatuos, que *el alma en pena* inspiraba, más compasión que terror. Pero desde el momento en que los crímenes y fin desastroso de Aguirre son el tema forzado de todas las familias, el hombre de los campos, al tropezar con la primera luz nocturna, *el alma en pena*, no ve en esta llama apacible

al desgraciado, sino al criminal, al monstruo. Y la imaginación enferma fue lentamente contagiando a los espíritus despreocupados; y el *alma del Tirano* pobló todos los sitios, engendrando, al anochecer, sustos, temores, pavor y aun la pérdida de la razón. Hasta la más insignificante lucecilla del insecto tímido, o las emanaciones luminosas de ciertos árboles secos, infundían espanto. *El alma del Tirano Aguirre*, partiendo de las regiones de la antigua Nueva Segovia, ganaba terreno por todas partes, y penetró en los pueblos de oriente y en la dilatada pampa venezolana, donde se la llama también *bola de fuego*.

En los primeros tiempos que siguieron a este episodio, procesiones religiosas de algún patrón, en derredor de los campos, aspersiones de agua bendita en los caminos, reunión del pueblo en la plazuela del templo para asistir al sacrificio de la misa, fueron los medios de que se valieron los curas de aldea para calmar el espanto de las poblaciones. Pero nada de esto surtía efecto, porque el *alma del Tirano* se presentaba por todas partes. Ya aparecía en la cruz del campanario, ya en el corral de alguna casa derruida, ya en la quebrada cercana al pueblo, ya a orillas del río. Ya estaba solitaria, ya acompañada de otras llamas fosfóricas que, en fila caminaban unas tras otras, o apiñadas, parecían agitarse. Ya se detenía, ya corría a impulsos del viento que la empujaba.

Apariciones de muertos en caminos reales, motivaron que se abrieran ciertos procesos criminales, cuando las víctimas sólo tenían que quejarse del alma del Tirano Aguirre. Y fue el caso cerca del Tocuyo, viose en cierta mañana, una mujer sumida en letargo, que tenía a su lado un niño muerto. Vuelta en razón, la infeliz declaró cómo se había encontrado faz a faz con el alma del Tirano Aguirre, y que al correr en dirección de la ciudad, sintió que el Tirano se le introdujo en la camisa y le retorció el pescuezo. La mujer confesaba que había salido acompañada de su hijo, pero no podía darse cuenta de la muerte de éste. En la carrera se supone que arrastró al niño, que estaba asfixiado. En otro caso, en la llanura de Monay (Trujillo) se refiere, que dos guapetones de a caballo, quisieron perseguir, la siniestra luz, y que corriendo tras ella, hubieron de caer en un barranco. Ambos caballos murieron, quedó alocado uno de los jinetes y el otro confesó que dirigía su oración al Crucificado, cuando vio, como bola de fuego, al alma del Tirano

que tranquila, apacible le contemplaba desde la cima de un viejo corozo que había en el fondo de una quebrada[5].

Contaban los antiguos cronistas de Caracas que, en muy remotos días, un jefe de ladrones, después de haber vivido del robo, se ocultó con la mujer que le acompañaba, entre las breñas de la colina del Calvario. Como la mujer que salía de noche, tenía que alumbrarse el camino para solicitar el alimento del bandido, con frecuencia divisaban los moradores de la ciudad la luz a la cual bautizó el pueblo con el nombre de la *luz del Tirano Aguirre*. Ésta fue la que indicó a la autoridad la guarida del ladrón, que fue capturado y arcabuceado[6].

El carácter distintivo de estos copos luminosos es la estabilidad. Son engendrados por la combustión de emanaciones animales; así es que el *alma del Tirano Aguirre* durará mientras que existan pantanos, putrefacciones animales, cementerios, etc., etc.; es decir, acompañarán, a la humanidad hasta el fin de los siglos. Si en otros días espantó a los mortales, ya hoy ha perdido su poderío, desde el momento en que la ciencia enseña que es un copo de gas que se enciende y se apaga a merced del viento que lo agita.

La masa del canto poco o nada nos dice acerca de estas almas en pena, siempre vacilantes; de estas luces apacibles que avivan en nuestra memoria siluetas de seres amados que se alejan cada día más y más. Pero, la idea de los quichuas de que el alma errante sufre a consecuencia del hambre, del frío, del calor, la encontramos en Dante que figuró antes del descubrimiento de América. Cuando en "El Infierno", Carón ve a las almas que aguardan a orillas del Aqueronte, les dice: "No esperéis más ver el cielo; vengo para conduciros a la opuesta orilla", y concluye:

Nelle tenebre eterne, in caldo e in gelo.

Y cuando Dante, en "El Purgatorio", reconoce en estas sombras errantes a uno de sus amigos predilectos, le habla y se avanza para estrecharle en

5. Estos y otros relatos referentes al alma del Tirano Aguirre nos fueron referidos en Tocuyo y Trujillo en 1855.
6. Teófilo Rodríguez, *Tradiciones populares*, Caracas, Imprenta Editorial, 1885, v. 1, 340 p.

sus brazos, mas la sombra se desvanece. Entonces Virgilio le recuerda que todas aquellas almas estaban condenadas.

A sofferir tormenti, e caldi é geli.

Pausanias, viajero griego que existió dos siglos después de Jesucristo, al hablarnos de las bellezas de Atenas y de sus monumentos, nos dice que en el campo de Maratón, que guarda los despojos mortales de los atenienses muertos en la batalla de este nombre, se oyen todas las noches relinchos de caballos y algazara de combatientes. Hugo Fóscolo, ampliando, en sus *Sepulcros*, el relato del viajero griego, nos cautiva con nuevas y bellas frases: "El navegante –dice– que recorre las costas de la mar Eubea, cree divisar, en la profunda oscuridad de la noche, las chispas que se levantan al choque de los yelmos y de las espadas, el centelleo de las armas aceradas, las hogueras humeantes que despiden vapores ígneos, y los fantasmas de guerreros que animan la batalla"[7].

En la balada de Goethe, *El Rey de los Alizos*, el padre que lleva en los brazos a su niño, huye a galope para evitar ser cogido por el fantasma luminoso. El niño grita, desespera, cree ya ser presa del fantasma; pero el padre, por quererlo salvar, lo comprime contra el pecho amoroso, lo asfixia. Al pisar el hogar, el niño estaba muerto. Esta balada y los recuerdos de Pausanias y los versos de Dante y de Fóscolo, al hablar de las almas errantes y de las luces nocturnas, ¿no serán un homenaje de la musa del canto a las bellas supersticiones populares?

En su tosco lenguaje, el cantor popular de la pampa venezolana ha contribuido igualmente con un *corrido* popular que tiende a inmortalizar *el alma del Tirano Aguirre*, en sus correrías nocturnas. Es el siguiente:

LA BOLA É FUEGO

En las sabanas de Apure

7. Esta cita de Hugo Fóscolo, tan oportuna en estas páginas, la debemos a la cortesía de nuestro distinguido amigo D. Francisco Davegno, que ha contribuido con éxito al *folk-lore* italiano y al estudio de nuestras antigüedades históricas.

Cuando está la noche obscura
En forma de bola é fuego
Sale ardiendo una criatura.
Aquella es un alma en pena
Y su estado lastimoso,
Le causa mucha tristeza
Al corazón que es piadoso.
Ya se estira, ya se encoge;
Se hace larga y es redonda,
Y se mete en una mata
Y entra y sale muy oronda,
Es el alma de un tirano
Que nació cuando la guerra
Le quitó a los pobres indios
Sus mujeres y su tierra.
En castigo de sus culpas
Anda por esas sabanas
Con las costillas ardiendo
Y doblando una campana.
Persigue a los caminantes,
Vence a la espada al más diestro,
Pero huye del que le reza
Su salve y su padre nuestro.
Con la señal de la cruz
Se retira del camino,
Huye si uno la maldice
Y prosigue su destino.
Mucho sufre la alma en pena
Y aparece si es llamada,
En los viernes de cuaresma
Y un martes de madrugada.
El que muy cerca la mira,
De la bestia cae privado,
Y se le encarama en la anca
Si es un hombre condenado.
Dicen que mató su hija
Ese tirano maldito,
Y le dio candela a un pueblo
Y maldijo a Jesucristo.

Que no dejó descendencia
Pues de toda la familia,
Que era mucha en aquel tiempo,
No quedó ni la semilla.
Dejó un tesoro enterrado,
Nadie sabe dónde está,
El que le hable al alma en pena
El tesoro encontrará.
Que salga un hombre valiente

Esta noche a la sabana,
Que le hable a la bola é fuego
Y será rico mañana.

Dominan dos verdades en esta tonada llanera, y son: que con recitar un Padre Nuestro y un Avemaría huye *el alma del Tirano Aguirre*; y que el viajero que llegue a ponerse al habla con esta *alma en pena*, conocerá el yacimiento de algún tesoro, de los muchos que guarda la corteza terrestre.

POR LOS CAMINOS DE HUMBOLDT

LA CASA DE HUMBOLDT EN CARACAS

¡HUMBOLDT, y siempre Humboldt!… He aquí el tema espontáneo, fecundo, inagotable que inspira nuestra pluma por una vez más. ¿Qué tiene este nombre siempre propicio, siempre elocuente en toda ocasión en que la memoria lo evoca para dedicarle algunas líneas? Para nosotros, venezolanos, Humboldt, es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también, el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestras desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria; es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando ella no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o del artista que interpretara sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, en aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que la presencia del hombre europeo era un acontecimiento para nuestros pueblos, en aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto sin más testigos que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba vestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo, en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las

necesidades de los pueblos, sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la humanidad. Llegaba como el legítimo intérprete de una naturaleza fecunda que hasta entonces ningún viajero había explorado.

A su encuentro le salió el rústico labriego y presentóle, bajo la techumbre de sus cocales de oriente, leche de sus rebaños, que el viajero bebió en jícaras indianas; y el misionero, patriarca de las selvas, le ofreció, en seguida, bajo las verdes enramadas del monasterio, la fruta sabrosa de la fértil zona; en tanto que el viejo hidalgo, con la caballerosidad de sus progenitores, espontánea, franca, dadivosa, sin desmentir la nobleza de su raza, descubierta la cabeza, tendióle mano amiga y le introdujo en el salón de la familia venezolana, en la cual, la gracia sobrepuja la cultura del espíritu, e impera el corazón sobre la inteligencia. Humboldt quedó, desde entonces, instalado. Todo le pertenecía; el cariño de la familia, la admiración de los pueblos, el agasajo de las autoridades españolas: le pertenecían también la naturaleza, cielo y tierra que le habían aguardado durante siglos. Desde entonces data la veneración que se conserva como un talismán en la historia de nuestro hogar. Fue su voz, voz de aliento; en sus obras nos dejó enseñanza provechosa; con su amistad, honra; gratitud en sus recuerdos, siempre rejuvenecidos, aun en sus días de ocaso. Ni la infidelidad, ni la inconstancia, ni el olvido en toda ocasión en que se ocupó de Venezuela, porque al estampar en sus inmortales cuadros el nombre de ésta, fue siempre para honrarla, pagando así tributo de justicia y de admiración al primer pueblo que visitó y cuya imagen fue inseparable de su memoria. He aquí porqué le amamos.

Hace ya setenta y siete años que Humboldt visitó a Caracas. Esta ciudad era la segunda del continente que conocía, pues antes había estado en la de Cumaná. En otro escrito (*Recuerdos de Humboldt*) hemos dicho que el corazón del joven explorador se llenó de sombría tristeza al atravesar las calles silenciosas de la Caracas de 1800; pero que aquella impresión se desvaneció cuando dejando la casa del conde de Tovar, donde estuvo por algunos instantes, se instaló en la que le había conseguido el capitán general Vasconcelos, en la plaza de la Trinidad.

En el ángulo donde la calle Oeste 9 corta la avenida Norte, frente al

Panteón Nacional, hay unos escombros que sirven de azotea a la vecina casa número 91 de la avenida Norte. La antigua puerta, que es hoy el número 1 de la calle Oeste 9, está tapiada hasta la mitad, pero se conserva el friso de vetusta arquitectura. Las ventanas han desaparecido en ambos lados de las ruinas, y sólo muros de piedras, ennegrecidos por el tiempo y cubiertos de paja, indican las antiguas paredes de un edificio. Las salas están al aire libre, y en el suelo de ellas se levantan bosquecillos llenos de arbustos conocidos que se han desarrollado al acaso, o sembrados quizá por mano amiga. Algodoneros cubiertos de rosas de oro, granados con flores color de escarlata, papayos y cañas de bello porte levantan sus copas y se mezclan con otros arbustos, mientras que en la parte terrosa de los muros, gramíneas y *tillandsias* crecen entre las grietas abiertas por la acción del tiempo. Todo ese conjunto forma un gracioso paisaje cuyos únicos habitantes son, el pájaro viajero, que todas las mañanas desciende de la vecina montaña, el insecto nómade que liba la miel de las flores, el lagarto que fabrica su cueva al pie de los muros. ¡Sabia naturaleza! se desarrolla, espontánea, sobre las ruinas de las ciudades, sobre los despojos humanos, sin cuidarse de la historia, que es la obra de un día; pero que le deja osarios, abono preparado por el arte para nutrición de los nuevos seres que aquella tiene en ciernes. Lo que ella necesita es un terrón de tierra donde depositar el germen fructífero, una rama donde pueda el ave fabricar su nido, una grieta segura donde el ofidiano guarde sus huevos, una hoja donde pueda la crisálida aguardar la hora de la emancipación.

Para el viandante que pasa todos los días por estos escombros ellos no tienen significación alguna: son una de tantas casas en ruinas, recuerdos de la catástrofe de 1812. Pero para el hombre que conoce los pormenores de la estadía de Humboldt en Caracas, aquellos representan una época, un nombre preclaro, porque hace setenta y siete años que en esta casa hubo una constante recepción, porque en ella moró durante dos meses, el hombre más extraordinario del siglo, Alejandro de Humboldt.

¡Cuántos sucesos verificados en Caracas, después que la visitó Humboldt en 1800! A los seis años bajó al sepulcro Vasconcelos, el amigo oficial del sabio, el cual honró a España honrando al recomendado por el monarca castellano. Dos años más tarde, comienza a prender la chispa re-

volucionaria que produjo el incendio de 1810. En 1812 viene al suelo la ciudad de Losada, y un montón de ruinas la convierte en osario. Cayeron los principales templos, entre estos, el que estaba frente a la casa de Humboldt, no quedando sino las paredes, la columna que sostenía las armas de España y también la horca que estaba en la plaza. Todo fue desolación en torno a la casa del sabio: sepultadas quedaron las tropas en el cuartel de San Carlos, en la calle Oeste 9, y las que estaban al sur de la misma casa en el parque de artillería. La ciudad de 1800 había desaparecido casi en su totalidad.

Sesenta y cinco años han corrido, y ya Caracas está otra vez en pie; pero la casa de Humboldt permanece aún en ruinas. Éstas recuerdan no sólo días de llanto y de tribulación, sino también la historia de nuestras guerras, la acción del tiempo sobre la naturaleza, el cambio de nuestra civilización, el renacimiento de la antigua ciudad, la mano benefactora del hombre. No es la Caracas de 1877 la Caracas de 1800. Todo ha cambiado. El Ávila ha visto desaparecer sus bosques y agotar sus aguas. Talado fue el bosquecillo que a espaldas de la casa de Humboldt, sirvió a éste en sus horas de meditación, y de los viejos árboles del Catuche sólo se conserva el *Samán del Buen Pastor*. La famosa calle de cinco leguas que, desde la casa de Humboldt, unía a Caracas con el mar, según el parte del gobernador Osorio al monarca de España en 1595, está destruida, conservando aún sus desagües y algunos pedazos. Obra admirable fue esta calle sólidamente empedrada, que conducida al través de una cordillera, ha resistido a la acción del tiempo. El Castillejo de la Cruz, al comenzar la subida a La Guaira, está en ruinas y en ruinas las fortalezas del camino que dejaron pasar, en su retirada, a los filibusteros de Preston en 1595. La antigua torre de 1800, fue rebajada en 1812. El Convento de San Francisco, donde reposan los restos de Vasconcelos fue convertido en universidad y museo, y en mercado público, el de San Jacinto. Desaparecieron los antiguos monasterios de monjas y fueron substituidos por edificios modernos, ornato de la ciudad. El Templo de la Trinidad se ha transformado en Panteón Nacional, y al osario de 1812, descubierto durante muchos años, sucedió el osario histórico, oculto bajo el pavimento.

Allá al noreste están las ruinas de San Lázaro, donde Humboldt fue obsequiado en repetidas ocasiones. Con el pretexto de fundar un lazareto,

levantaron los españoles un palacio, que a veces fue lugar de orgías; pero el tiempo que es el reparador de todas las faltas, ha dejado en escombros el Lazareto del deleite, mientras Guzmán Blanco ha levantado al pie de las ennegrecidas ruinas el Lazareto de los desamparados. La escabrosa colina del Calvario, lugar histórico donde defendieron con heroico valor su nacionalidad, Terepaima, Caricuao, Conocoima y demás tenientes de Guaicaipuro, contra el invasor castellano, se ha convertido en jardines, con juegos de agua surtidos por el río Macarao, nombre de aquel cacique que en este mismo lugar detuvo las huestes de Losada; y sobre la roca solitaria donde Paramaconi desafió al jefe de sus contrarios a un combate personal, se levanta hoy la estatua de Guzmán Blanco. Ya todos los templos derribados por el terremoto de 1812 están reconstruidos, salvadas las antiguas zanjas de la ciudad por nuevos puentes, reedificadas las casas, abiertos los caminos. Talado fue el cedro de Fajardo, a orillas del Guaire, visitado por Humboldt; pero aún existen los cipreses seculares de la vecina Basílica de Santa Teresa. Refieren que cuando Humboldt salía de Caracas, le preguntaron sus amigos, cuándo regresaría; y que el gran sabio contestó, con calma: "Cuando esté concluido el templo de San Felipe". Hace pocos meses que fue concluida esta obra y ya Humboldt tiene diez y siete años en el sepulcro. Así pasa el tiempo, que resuelve todos los enigmas. Al pie del Ávila yacen los huesos de dos generaciones, y donde sucumbieron los patriotas al hacha sanguinaria en las noches pavorosas de 1814 a 1817, se levantan cruces y obeliscos circundados de árboles. De los amigos de Humboldt, todos desaparecieron unos en los campos de batalla, otros en el ostracismo, otros en la miseria, y sólo uno se ha conservado en la historia: Bolívar y que está de pie en el Panteón, y a caballo en la plaza donde fue levantada sobre una picota la ensangrentada cabeza del vencedor de Niquitao.

Como hemos dicho, desde la plaza del Panteón hasta La Guaira construyeron los castellanos en 1595 una calle de cinco leguas. Esta entrada a la ciudad fue la única que quedó después del terremoto de 1812, por hallarse toda la parte alta de la población reducida a escombros hacinados. Las ruinas de la casa de Humboldt fueron por lo tanto testigos de cuanto por ella pasó y ha pasado durante setenta y cinco años. Por esos escombros

pasó Bolívar después de su derrota en 1812; y por ellos pasaron también Miranda y Bolívar, cuando en la misma época salieron fugitivos. Por esos escombros pasó Morillo en 1815 y pasaron Morales, Moxó, Cagigal. Por esas ruinas pasó Bolívar en 1821, cuando llevaba en mientes la libertad del continente, y por esas ruinas salía en 1827, después de haber realizado su obra inmortal. Le aguardaban los sucesos de 1828 y 1829 y el ostracismo de 1830. Pero le estaba reservado que por las mismas ruinas pasarían sus restos doce años más tarde, conducidos en hombros de sus compañeros y veteranos de quince años de infortunio y de gloria.

Fue una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en occidente se reflejaban sobre la Silla del Ávila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el Templo de La Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del Templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompañado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?… Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música

marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vio desfilar y acompañó a Bolívar muerto.

* * *

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó en la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituido al antiguo Templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

En tanto la casa de Humboldt permanece en escombros, y las especies vegetales y animales se suceden, cambiándose el paisaje.

Esas ruinas ¿qué aguardan?… ¿Quién abrirá esa puerta por donde entró Alejandro de Humboldt? ¿Quién renovará la tierra de esas paredes, tostadas por el tiempo? ¿Quién techará esas salas donde estuvo la generación de 1800? ¿Cuántos sucesos importantes se sucederán antes que ellas vuelvan a lo que fueron? Aguardemos; entre tanto el pájaro viajero continúa sus visitas matutinas buscando los granados floridos, el lagarto está en sus grietas calentando sus huevecillos y la crisálida, en su hoja, aguardando la hora de la emancipación.

LA CATÁSTROFE DE 1812

EN LA HISTORIA de los cataclismos de la naturaleza que de cuando en cuando azotan a la sociedad humana, pocas veces se ha visto uno que haya sido precedido y seguido de hechos y coincidencias tan trascendentales como el terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812. Verificarse en Jueves Santo, día solemne de la cristiandad, y precisamente a la hora en que la población henchía los templos, tanto en Caracas como en los pueblos y ciudades que fueron víctimas de la calamidad; a los dos años en que, en el mismo día, fueron depuestas las autoridades españolas por la Revolución del 19 de abril de 1810 que trajo, un año más tarde, en 5 de julio de 1811, la declaración de la Independencia de Venezuela; y en una época de dudas y zozobras, cuando dos partidos beligerantes se disputaban la Colonia y la República, origen de la guerra civil que, bajo fatales auspicios, había abierto la campaña de 1812: todo esto da a la catástrofe del 26 de marzo un carácter único en la historia natural y política del continente americano. Agréguese a esto el fanatismo político y religioso, arma terrible que supieron explotar los partidarios de la causa realista, desde el momento de la desgracia, y el espanto que, unido al desaliento y a la falta de recursos, sumieron a los republicanos en la más completa inacción; y tendremos las causas generales que produjeron la pérdida de Venezuela, el infortunio de Miranda y de sus compañeros y el triunfo completo de la causa realista.

La historia de esta época de agitaciones naturales y políticas tiene que ser inmortal en los anales americanos. Sintetiza un año lleno de infortunios, de persecuciones inauditas, de miserias sin número, y también de

lecciones provechosas. No fue bajo escombros que desapareció la flor de la juventud caraqueña y venezolana; fue también al fuego de los combates, de las persecuciones, del ostracismo, de la desesperación y del abandono que sucumbieron caracteres nobles, espíritus de la gran causa que, desesperada y terrible, lucha más tarde, para ser, el día del triunfo, magnánima y sublime.

La causa republicana en Venezuela, después de la declaración de 1811, vacilaba por carencia de opinión que la sostuviera y por falta de iniciativa que la patrocinara. El partido realista contrario a toda reforma, con núcleos en oriente y occidente, en el sur y en el centro, obraba con actividad, mientras que ejércitos patriotas hacían frente a las tropas españolas que invadían por diversos puntos. Todo auguraba un triunfo indeciso para ambos contendientes cuando se verificó el terrífico acontecimiento que trajo a Venezuela días de llanto y a la República su muerte. Necesítase impulso y hállase rémora, necesítase unión y hay desobediencia, apélase a la fuerza y cunde el desaliento. En tal estado de cosas un suceso extraordinario e inesperado bastó para echar por tierra una situación política que carecía de base sólida y que era más que real, teórica.

* * *

Era Jueves Santo, 26 de marzo de 1812. Despejada estaba la mañana, y aunque a eso de las diez una llovizna imperceptible parecía interrumpir la serenidad de la atmósfera, al instante cesa y el sol continúa radiante en medio de un cielo puro y transparente. Como de costumbre, los santos oficios de la mañana fueron celebrados con pompa, y la población, después de haber asistido a ellos, regresó a sus hogares, para salir después al comenzar la tarde. Las cuatro suenan en el reloj de la Metropolitana, única campana que se oye en el solemne día: nada anuncia próxima catástrofe y nadie la presiente, pues la muchedumbre llenaba ya los templos, y en las calles nueva concurrencia iba y venía visitando los monumentos de las iglesias y rezando las estaciones. Gruesas gotas de agua caían después de las cuatro sin que apareciera en el cielo aparato de lluvia. Siete minutos pasan, cuando de súbito se estremece la tierra, suenan las campanas de los templos, crujen los edificios y un grito de terror se levanta de la ciudad conturbada.

A este sacudimiento que dura cuatro segundos sucede otro más violento y prolongado que aumenta el pánico. Todo es confusión, cuando se escucha espantoso trueno, como si una tempestad volcánica hubiera estallado bajo el suelo de Caracas. En menos de un minuto vese la tierra que se mueve de norte a sur y de oriente a occidente, con sacudimientos verticales que simulan un mar agitado por olas encontradas. Siéntense crujir y desmoronarse los edificios, caer los muros, de los que salen alaridos y gritos lastimeros que parecen prolongar el trueno del abismo. Como si los corazones se hubieran fundido en uno y las inteligencias hubieran sido tocadas por una misma idea, de todos los labios se escapa una frase que llena los espacios: *Misericordia, Señor, misericordia*, a la cual se mezclan los gritos de las víctimas, la desesperación de los que huyen, el ruido estruendoso de los edificios que caen y el llanto de los que elevan al cielo sus plegarias; mientras que la muchedumbre de los templos y los moradores del caserío, se apiñan, se confunden y ruedan, y se levantan y caen, para volver a levantarse y caer de nuevo, como autómatas que corren impulsados por el pánico y sostenidos por la esperanza. Lo que no es derribado al primer sacudimiento cae al segundo; pero cuando el trueno del abismo repercute en las montañas, la desesperación llega a su colmo y nadie se conoce. Hay en aquella tarde un instante en que se paralizan los nobles atributos del corazón humano; mas luego que todo pasa y recobra la razón su libertad, escenas conmovedoras vuelven al corazón el sentimiento perdido. Escúchase entonces el llanto de las madres que llaman a sus hijos y el de los niños que solicitan a sus madres y se agarran del primero con quien tropiezan buscando amparo a su orfandad. Cada familia corre a su hogar en busca de los suyos y otras se lanzan a la calle dominadas por la misma idea: buscan los hermanos a sus padres y éstos a sus hijas y esposas. De todos los escombros se levantan alaridos, por todas partes claman auxilio, se confiesan los pecados, se perdonan las injurias, se reconcilian los enemigos; en tanto que columnas de polvo, tranquilas e imponentes se levantan y nublan el sol. ¿Cómo describir las escenas que han comenzado con el toque violento de las campanas, anticipado tañido ante la tumba que recibe millares de víctimas? ¿Cómo pintar el dolor de las madres y la ansiedad de los niños, y el quejido de los moribundos que sostienen la misericordia divina, y las súplicas que se elevan

al cielo, último tributo de la criatura al autor del Universo? En todos los semblantes se retrata el pavor, de todos los ojos brotan lágrimas, pende el perdón de todos los labios. ¡Dios sólo impera sobre las desgracias humanas y sólo su misericordia es el refugio de los que sufren!

Todavía, cuando se pasa por las actuales ruinas del antiguo Convento de las Mercedes, se cree oír los alaridos de aquel monje que durante ocho días permaneció vivo bajo los escombros sin que fuera posible salvarle. Todavía, se cree ver tendidas en el suelo siete niñas que han sido enterradas por los escombros. Allí pasan toda la noche del 26; al principio se hablan, lentamente cesa la conversación y cada una conoce por el mutismo y por la frialdad de las manos que su hermana ha muerto. Cuando a la siguiente mañana son socorridas, habían perecido cuatro[1]. Pero, no es en éstas y otras escenas en las cuales descuella augusta la fraternidad del dolor y se confunden las clases sociales y la caridad nivela todos los seres, donde debemos detenernos; no, en estas escenas está Dios: es en el fanatismo religioso y político que, cual hidra de mil cabezas, se apodera de la conciencia pública y la sofoca. Desde el momento en que queda consumada la desgracia, sacerdotes realistas interpretando a su modo los designios divinos, comienzan su propaganda y asientan que todo aquello era castigo de Dios.

A veces pequeñas causas producen grandes efectos: el haberse verificado la catástrofe el mismo día en que dos años antes fueron depuestas las autoridades españolas; el haber quedado de pie, entre los escombros de la plaza de la Trinidad, la columna en que estaba pintado el escudo de España, y la horca que en la misma plaza había servido para ajusticiar en 1811 a los primeros revolucionarios peninsulares, fue lo suficiente para despertar el fanatismo de los moradores de Caracas. A las puertas de los templos, en las plazas, dondequiera que se agrupa la multitud, se grita por los partidarios de la causa realista, "venganza del cielo, castigo, por haber ultrajado la majestad del rey"; y se exagera la calamidad, y se exige reparación y arrepentimiento. Entonces comienzan las apostasías, y se pide perdón al monarca y a Dios, y se promete, se acusa, se condena y… se olvida. ¿Quién podrá detener el torrente invasor que en lugar de mitigar la pena infunde nuevo

1. La familia Lacumber y Berrío.

espanto en el alma desesperada de las víctimas? Cuando el Convento de San Jacinto bambolea y el gentío que lo llena clama socorro, vese a joven en mangas de camisa que, con una actividad extraordinaria, socorre a las víctimas que sobre sus hombros, conduce a la plaza del convento. Hacía rato que continuaba en esta labor cuando ya un sacerdote fanático, en la plaza, delante de la muchedumbre llorosa, fulminaba anatemas contra la ciudad dolorida por su desobediencia al rey y a Dios, e infundía en la multitud pavor. El joven le ve, se acerca, le escucha, y al instante le hace descender de la mesa que le sirve de púlpito y le impone silencio. En seguida vuelve al templo, pero al entrar tropieza con uno de los defensores de la causa realista y así le increpa: "Si se opone la naturaleza lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca". ¿Quién es ese mancebo que, después de salvar muchas víctimas exponiendo su vida, impone silencio al sacerdote de la multitud y lanza aquella profecía, fruto de un espíritu delirante? Ese mancebo lo conoce la historia con el título de *El Libertador de América*. Era Bolívar.

Cuando el gobierno, que había prestado a la población todos los recursos imaginables, sabe lo que pasaba, manda derribar la columna de la plaza de la Trinidad, y a pasar por las armas a los religiosos que en las plazas de San Jacinto y San Felipe habían predicado en favor de la causa española, infundiendo el espanto en la multitud; orden firmada por Miranda, que al decir de un historiador español, no se llevó a efecto, porque no encontró ejecutores.

A poco llega la noche y aparece velada sobre la cima del Ávila la luna llena de marzo: no venía, como siempre, a anunciar la resurrección del Salvador de los hombres sino como testigo de un campo de desolación. La ciudad de Losada había desaparecido en sus dos terceras partes y bajo sus escombros yacían diez mil víctimas. Prolongada noche de dolor, no interrumpida sino por el quejido de los heridos y por el sollozo de las familias. Hubiérase dicho que la ciudad se había convertido en cementerio, en un día de difuntos. Por todas partes se divisaban luces, se removían las ruinas, se sacaban cadáveres: era la piedad socorriendo a los desamparados, y la autoridad civil persiguiendo a los rapaces que buscan siempre su botín en medio de las desgracias humanas. Pavorosa noche iluminada solamente por los resplandores de una hoguera siniestra, aquella que a las faldas del

Ávila consumía los cuerpos de millares de seres que horas antes vivían para la patria, para el hogar y para Dios.

Dejemos a esta ciudad desolada en las plazas, en los campos, bajo los árboles y también sobre los escombros, porque es en ellos donde se comunica el espíritu de los sobrevivientes con los que descansan ya en la paz del Señor. Transportémonos a lugares más distantes donde se han consumado iguales desgracias, donde han desaparecido ciudades florecientes, y llanto y dolor han sido también el patrimonio de los que sufren.

* * *

¿Qué pasaba en los otros pueblos de Venezuela en el instante en que Caracas se reducía a escombros? La onda de movimiento, al tocar la cordillera de la Costa, sigue al sur, conmueve los Andes venezolanos, y va a perderse a doscientas leguas de distancia, más allá de la cordillera oriental de Cundinamarca, mientras que por el este agita la cordillera del Ávila y va a perderse en el golfo de Paria y aguas del Atlántico. Pero al recorrer los Andes, se irradia el movimiento hacia las llanuras venezolanas y estremece las dehesas del Guárico, del Portuguesa, del Apure y del Orinoco, y sigue hasta las costas orientales de las Guayanas. Esto pasaba en la región al este de los Andes venezolanos, en tanto que conmovido el nudo de Pamplona, el movimiento se ramificaba hacia el oeste y agitaba las regiones de Maracaibo, Río Hacha, Santa Marta y las ciudades del Magdalena. ¡Cuántas poblaciones destruidas, cuántas calamidades y cuánto llanto y orfandad en ese espacio de segundos! Caen los pueblos al norte de Caracas, desmorónanse las ciudades en el entroncamiento de la cordillera de la Costa con los Andes, y queda reducida a escombros la ciudad de Mérida en el extremo de la cordillera andina. ¡Cuántas escenas! En Carayaca acababa de salir la procesión cuando cae el templo: en San Antonio de los Altos se cantaban maitines en el instante del sacudimiento: en Villa de Cura se verificaba la ceremonia de las tinieblas, cuando se estremece el templo. La muchedumbre huye, pero al acto regresa para continuar la ceremonia y acompañar después a la procesión, mientras que en muchos pueblos sácase el sagrario de los escombros hacinados. Barquisimeto es un montón de ruinas, San Felipe es víctima del terremoto, del incendio y de la inundación. Tocuyo, Quíbor

y otros lugares quedan casi arruinados; en tanto que Mérida sepulta a sus hijos, entre los cuales descuella el justo prelado, primera víctima del aciago día. Casi todas las poblaciones de las llanuras sufren y de todas se saca el sagrario. Como cuarenta mil víctimas llenan el área de la catástrofe que ha conmovido más de trescientos pueblos y sepultado veinte.

¿Qué sucedía durante este tiempo a las tropas republicanas que, en diversos lugares, se aprestaban para combatir a los realistas? Sálvanse las españolas en Maracaibo, Coro y Carora, y triunfan en Guayana en el mismo día de la ruina, y sucumben las patriotas en Caracas y La Guaira, en Barquisimeto, San Felipe, Tocuyo, Quíbor y Mérida, y quedan estas ciudades a merced del invasor. "Castigo de Dios" es la frase que se repite también en los lugares desolados, y las poblaciones invocan de nuevo el nombre del monarca español y piden perdón.

* * *

Al amanecer del 27, sin que se hubiese experimentado ningún temblor después del 26, Caracas concibe esperanzas de reposo, cuando al llegar la noche comienzan los sacudimientos de la tierra acompañados de bramidos subterráneos. Así continuaban los días, cuando el 4 de abril a las tres y media de la tarde un estremecimiento más violento que los precedentes, acompañado de horrísono trueno, echa por tierra los escombros, derrumba porciones de las montañas e infunde nuevo pánico en los afligidos habitantes de la ciudad. La torre de la Metropolitana inclinada hacia el este por los temblores del 26, vuelve a su aplomo con el choque del 4. La tierra en constante agitación parece anunciar la última hora de Caracas: todo es desolación y llanto. Una escena imponente acompaña a esta convulsión memorable. El arzobispo Coll y Prat, vestido de pontifical, acababa de sacar de las ruinas de la Trinidad el Santísimo que, con grande acompañamiento, conducía en procesión al sitio de Ñaraulí. No había acabado de llegar a este lugar, cuando se estremece la tierra y comienza la agitación que duró siete horas. El prelado se detiene, ve bambolear las montañas, los edificios que han resistido, caer los escombros que quedaban en pie; y escucha el grito de la ciudad desolada que llega a sus oídos, como si voces de agonía se levantaran de los sepulcros. Lleno de caridad y de mansedumbre, bendice,

y absuelve desde lejos, a la ciudad; por tres veces hace la señal de la cruz con la custodia que tiene en sus manos, en tanto que la muchedumbre que le acompaña besa el manto del prelado, y de rodillas recibe la absolución. El pastor permanece largo tiempo con la vista fija sobre aquel campo de dolor, y elevando las manos y los ojos al cielo pide a Dios misericordia para su pueblo. En aquellas horas que se prolongan hasta avanzada la noche, en que cesa el movimiento, la multitud que llena los campos se confiesa y recibe la absolución de los sacerdotes, los cuales, reunidos bajo las arboledas de Chacao, se confiesan unos con otros, y se absuelven, y se abrazan llorando y se despiden. Al siguiente día comienza de nuevo la emigración de la ciudad. El 16 abandonan las madres concepciones sus conventos, y vese aquella procesión de doscientas mujeres que, con las cabezas cubiertas, atraviesan a pie las calles de la capital para seguir al pueblo de El Valle. A poco salen las carmelitas descalzas que van a refugiarse a orillas del Caroata. Poco a poco va quedando la ciudad sin habitantes.

En la madrugada del 30 de abril tronada subterránea, como si se dispararan cañonazos de grueso calibre, se escucha en toda la extensión de Venezuela. Por un momento se cree que la escuadra enemiga bombardeaba las costas, y por todas partes se aprestan para combatir las débiles fuerzas de la República. Era el volcán de San Vicente, en las pequeñas Antillas que, desde el 27, vomitaba ceniza y humo y arrojaba el 30 su lava incandescente. La tempestad subterránea encontraba al fin su respiradero, y después de agitar una región de cuatrocientas leguas al norte y sur de Caracas; desde las orillas del Mississippi hasta la cordillera oriental de Cundinamarca y llanuras del Meta; después de haber sepultado cuarenta mil víctimas, dejaba tranquila a Venezuela. Desde aquel día los temblores comenzaron a menguar hasta que desaparecieron años más tarde.

Veinte y ocho años después de aquella mañana, en la misma fecha, 30 de abril de 1840, el Congreso de Venezuela decretaba honores inmortales a la memoria de aquel mancebo que en la plaza de San Jacinto había dicho: *Si la naturaleza se opone la venceremos y haremos que nos obedezca.* Y en realidad se opuso una y más veces y otras tantas lo venció… pero al fin fue vencida. No fue el terremoto de 1812 un castigo de Dios para los que derribaron la realeza en 1810 y crearon la República en 1811.

Al saber Humboldt, en París, la desgracia de Caracas comunicada por los diarios, exclama: "Nuestros amigos han muerto, la casa que habitamos es un montón de escombros, la ciudad que describimos no existe". A poco recibe cartas de sus amigos que sobrevivieron a la catástrofe, entre ellos el señor Delpech, jefe de una de las familias distinguidas de Caracas, que le envió una descripción del terremoto. Cuando ocho años más tarde, Humboldt publica la narración de su memorable viaje, después de haber hablado de la desgracia de Venezuela, concluye con las siguientes frases:

> Después de haber hecho relación de tantas calamidades conviene dar reposo a la imaginación con recuerdos más consoladores. Cuando se supo en los Estados Unidos la gran catástrofe de Caracas, el Congreso reunido en Washington unánimemente decretó el envío de cinco navíos cargados de harina a las costas de Venezuela, para distribuirla entre los habitantes más indigentes. Un socorro tan generoso fue admitido con la más viva gratitud; y este acto solemne de un pueblo libre, esta señal del interés nacional de que ofrece pocos ejemplos recientes la civilización de nuestra vieja Europa, pareció precioso testimonio de la mutua benevolencia que para siempre debe unir a los pueblos de las dos Américas.

Poco a poco después del 30 de abril comenzaron las familias a trasladarse a los escombros de la capital, mientras que el gobierno de Valencia; ciudad que casi nada sufrió con el terremoto, atendía a las necesidades de la guerra que tomaba proporciones amenazantes para la causa republicana. La opinión se había ya decidido por España, en virtud de la influencia del clero y del desaliento general. Bien comprendió el gobierno tan escabrosa situación, cuando quiso valerse del prelado para calmar la superstición pública e inculcar en la multitud ideas contrarias a las que habían propalado desde la tarde del 26 de marzo. Todo lo aguardaba el gobierno del pastor de la Iglesia venezolana, pero la opinión de éste era adversa. El mismo día en que Caracas se estremecía de una manera inesperada, 4 de abril, escribía el secretario de Estado, Muñoz Tébar, al prelado, pidiéndole una pastoral consoladora. El 5, el mismo secretario reitera la orden. En 10 de abril contesta Coll y Prat al gobierno, en sentido poco satisfactorio para éste. El 13 el Dr. Roscio trascribe al prelado nueva orden de la Cámara de

Representantes. El 26 contesta Coll y Prat prometiendo la pastoral. El 10 de mayo, en Caracas, reitera el Dr. Paúl al prelado los deseos del gobierno. El 12 contesta el arzobispo prometiendo de nuevo la pastoral que envía al fin en 8 de junio.

Como una bomba cae este documento en el gobierno venezolano. Es una violenta acusación de las costumbres de Caracas, en aquella época, de su liviandad, desobediencia y corrupción. "Corríais sin freno y sin temor por el camino de la iniquidad, dice; vuestra gloria estaba en añadir delitos a delitos, escándalo a la imprudencia y la irreligión al sacrilegio. ¿Cuál otra sino la presente debía ser vuestra suerte?". Así continúa esta pieza histórica que no ha sido todavía publicada por completo. Su lectura hizo comprender que el prelado era hostil a la causa republicana, y que si no azuzaba a su clero, a lo menos lo toleraba. Tratóse en el gobierno de expulsarle y aun se llegaron a tomar medidas; pero espíritus rectos comprendieron que semejante paso era inconducente y lo estorbaron.

El 13 de junio, toque de generala despierta, a medianoche, a los habitantes de la arruinada ciudad. El 30 sublévase el castillo de Puerto Cabello. Un mes más tarde, 30 de julio, entraba Monteverde en Caracas, y salían presos y cargados de cadenas Miranda y sus compañeros, víctimas de la más negra perfidia que registran los fastos de aquella época tenebrosa.

Había triunfado por completo la causa realista.

Una tarde del mes de octubre, la población de Caracas asistía a una procesión solemne, cual nunca se había visto en los días de la Colonia. Después de haberse entregado los moradores de la ciudad, durante los últimos quince días del mes de octubre, a públicas preces, al ayuno, al sacramento de la penitencia, a escuchar en las plazas públicas y templos la palabra del Evangelio, y de haber recibido del prelado la comunión, se reunieron para acompañar en la tarde del 30 la imagen del Crucificado. El Ayuntamiento, el deán y Cabildo, las comunidades religiosas, las parroquias, el clero y un gentío inmenso, cruzaba las calles escombradas de la afligida ciudad. El prelado vestido de pontifical llevaba en las manos un gran crucifijo, y a su lado iban las autoridades militares de riguroso uniforme. Rezaban los clérigos a coro, y después de cada estación en la cual se leía una consideración sobre la pasión de Jesucristo, la concurrencia respon-

día: "Misericordia Señor", "Misericordia Señor". El recogimiento de la muchedumbre, el aspecto sombrío de las ruinas, la imagen del Dios-hombre enclavada en la cruz, el sollozo de las familias, la tristeza de la tarde, todo trasportaba el alma al tremendo día de la catástrofe del 26 de marzo. Poco a poco fue debilitándose el rezo, y cuando se recogió la procesión a la entrada de la noche, resonaban por largo rato en los aires las últimas frases del concurso: "Misericordia Señor, misericordia".

* * *

¿Qué resta hoy de aquella ciudad bajo cuyos escombros desaparecieron diez mil víctimas? Casi toda ha sido reconstruida en el transcurso de setenta y siete años; pero todavía una que otra ruina acá y allá recuerda el tremendo día. En la avenida Norte descuellan parte del antiguo Convento de las Mercedes y la casa de Humboldt, en tanto que al este de la capital existen las de la Casa de Misericordia que recuerda a los revolucionarios de 1810. Pero hay otros escombros todavía más célebres y que serán recuerdo perpetuo de aquella época luctuosa: los de San Lázaro, recostados al pie del Ávila, palacio de recreo y de gala de los mandarines de la Colonia, donde festejaban a los huéspedes ilustres que visitaban Caracas. Allí estuvieron Humboldt, Vasconcelos, Emparan, Miranda y Bolívar, y los patricios de 1810, después que proclamaron la independencia de Venezuela en 1811[2].

¿Qué mano se atreverá a desmoronar esos escombros? ¿No sintetizan ellos épocas de lágrimas y de persecuciones? Una ciudad antigua sin ruinas es un libro de historia con páginas en blanco. En los muros ennegrecidos de esas paredes está escrita la historia de los últimos años de la Colonia, de la Revolución y de la República; nuestras conquistas y errores. En ella han escrito con sangre todos los partidos políticos y las generaciones que se han sucedido durante un siglo. Esas ruinas no son escombros, sino tumba que guarda los despojos de las víctimas y victimarios de la más tremenda época de América. Sobre esa tumba descuella la Musa de la historia, serena,

---

2. Esta casa ha sido totalmente reconstruida y hoy es sede de la Escuela Técnica Industrial del Ministerio de Educación Nacional. Nota de 1942.

inexorable, augusta; voz de la conciencia humana que ha fallado después de mil desgracias, escollos éstos que, en el camino de las nobles causas, pone la Providencia, no como castigo, sino como estímulo para la realización de sus inescrutables designios.

EL MITO DE "EL DORADO"

ES PRIVILEGIO de la imaginación forjarse un bello ideal, siempre en armonía con las creencias de los pueblos, con sus necesidades físicas y morales, con las aspiraciones de toda sociedad hacia el conocimiento del mundo exterior. Poética en sus concepciones, tenaz en sus propósitos, la imaginación ha sido siempre fecunda en todos los tiempos y lugares: jamás envejece. Como la naturaleza, cambia de atractivos, se reviste de nuevas formas, según la latitud, la altura, la índole y tendencias de cada sociedad, conservando siempre cierta influencia sobre los destinos sociales.

La figura ideal, el símbolo, el mito son siempre los accidentes de todo cuadro fantástico. La historia comienza con la fábula, con la leyenda, con la tradición, preámbulos de toda narración verídica. La poesía, la intervención divina, lo sobrenatural preceden siempre a lo verdadero. La fábula es el pórtico de la historia. Magnífica con sus creaciones, encanta, seduce, guía al espíritu antes de ser éste subyugado por la razón, y trae por resultado final la conquista física o moral que es la síntesis de las grandes lucubraciones. En todo mito existe algo verdadero que perdura, después que se desvanecen las ficciones alegóricas fundidas en el molde de la poesía imaginativa. Al principio, aparece la idea a imagen de las nebulosas, materia aglomerada, en su estado rudimentario: fórmase después un núcleo que toma formas múltiples. Al continuar la labor, reálzase la idea estética y aparece la verdad en el arte, en la ciencia, en la historia. En su desenvolvimiento la idea ha ido gradualmente de lo misterioso a lo visible hasta producir un resultado armónico que representa vigilias prolongadas, luchas sostenidas,

derrotas y triunfos. En lo físico como en lo moral toda conquista supone una escala que es necesario ascender.

La antigüedad griega creó un mito que ha tenido su símil en los tiempos modernos. El Vellocino de Oro que fue el punto de partida de las expediciones geográficas, en el mundo pagano, es la imagen de "El Dorado" famoso que, después del descubrimiento de América, trajo las expediciones inmortales que enriquecieron la ciencia con la adquisición de nuevas tierras, de nuevas razas; con la colonización de nuevos pueblos y la conquista geográfica de un Mundo. La fábula es una misma, embellecida en ambas épocas, con la idea de lo maravilloso, y sostenida con el deseo ardiente, impulso que guía a la idea hasta su completa realización. El origen de la expedición de los argonautas tiene por causa la adquisición de los valiosos tesoros del rey Aetes. Comienza con la construcción de la nave "Argos", a las faldas del Pelión. En ella se embarcan los valientes de Esparta y de Etiotida. Tifis es el piloto, el médico Esculapio, Orfeo el cantor, y los héroes de la ventura, Jason, Teseo, Hércules, Antólico y otros descendientes de los dioses. Salen de Tesalia, visitan a Lemmos y Samotracia, entran en el Helesponto, y costean el Asia Menor. Unos se detienen y fundan colonias, prosiguen otros y conquistan nuevas tierras. Sea que la expedición siga el curso que acabamos de indicar; sea el Adriático el teatro de sus conquistas, o las orillas del Volga y del Tanais; sea el norte y oeste de Europa, hasta Gades y Gibraltar, de donde sigue al Mediterráneo; que en el regreso a su patria, después del triunfo, sigan los argonautas itinerarios fantásticos que varían de Hesiodo a Píndaro, de Píndaro a Apolonio, y se modifiquen sucesivamente, en el mismo tiempo en que se ensanchaban los conocimientos geográficos de los griegos, como dice Ducharme[3], hay una verdad, y es, que este mito es el móvil de las expediciones griegas; que cada país se lo apropia, y que aquel desempeña un gran papel en la conquista científica del mundo pagano. ¿Qué importa la nacionalidad del mito si los resultados son satisfactorios? El conocimiento de la tierra, el cambio de ideas, el ensanche del comercio y de la navegación, ¿no reconocen un mismo fin, el progreso de la humanidad?

---

3. Paul Ducharme, *Mythologie de la Gréce antique*, Paris, Garnier Fréres, 1886.

Como en el mito griego, los orígenes de la conquista castellana aparecen en los principios, como quimeras. Háblase de un mundo ignorado, lleno de riquezas que es necesario adquirir. Un visionario acaricia la idea, y, después de andar de puerta en puerta, como Pedro el Ermitaño, buscando protección; pónese al frente de los expedicionarios, y lánzase a la ventura. No son mares conocidos los que debe arrostrar sino el Océano ignoto, poblado de escollos y tempestades, sin retirada posible. Salen de las costas andaluzas y siguen rumbo hacia el oeste. Un día llega en que los expedicionarios creyéndose perdidos se sublevan contra el jefe; pide éste un plazo, y a poco se divisa tierra, cuyos moradores los reciben con júbilo, como recibieron a los argonautas los pobladores de Lemnos.

Habían descubierto el Nuevo Mundo.

¿Quiénes van en aquellas pobres carabelas que recuerdan a la nave "Argos"? ¿Quién es el jefe, sin rival, de esos aventureros que cruzan por la primera vez las olas del agitado Atlas? ¿Qué solicitan, qué hallan? En el transcurso de un siglo vese a estos expedicionarios que se suceden, se renuevan hasta posesionarse de su conquista. Durante un siglo recorren las costas y las islas, y abarcando por ambos Océanos el Nuevo Mundo, proclaman, desde las orillas del mar hasta las cimas inaccesibles, cubiertas de fuego y de nieve, la gloria de Castilla. ¡Qué hombres! Atraviesan las costas y las llanuras y los lagos y ríos caudalosos, y trasmontan las cordilleras, y soportan el hambre, y luchan contra pueblos numerosos y contra la naturaleza salvaje e inclemente, y explotan las riquezas y fundan colonias y ciudades, y exterminan los pueblos que los reciben, y levantan finalmente las bases de la civilización americana.

He aquí un hecho inmortal: el descubrimiento y conquista de un mundo por los argonautas modernos. Colón es el piloto Tifis; Ercilla y Castellanos los Orfeos de la epopeya; Ojeda, Vespucio, Ordaz, Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, Balboa, Quesada y otros más los héroes de la lucha sangrienta, y los escaladores del Ande. No acaban de descubrir la primera isla, y sed de oro los atormenta. ¿Dónde estaban los espléndidos tesoros de Aetes, dónde el Vellocino de Oro? Ellos mismos hermosean la fábula que les sirve de estímulo, y adornándola con los atavíos de la imaginación, y sin saber dónde existen los tesoros, los buscan, y piensan en los

jardines encantados de las Hespérides que han dejado atrás, y en el templo del sol que los llama adelante, y en la ciudad dorada de Manoa; y en los bosques de canelos, y en los santuarios, donde el dios de los incas, cubierto de oro y piedras preciosas, se comunica cada día, en orgía de rayos, con el sol del Universo. La conquista es un hecho, pero se necesita lo maravilloso para que no desfallezcan los guerreros; es necesario escalar el cielo, pelear con los dioses, para alentar en los hipántropos el amor a la gloria.

Nace entonces el mito de "El Dorado".

* * *

Refiere Humboldt que en la época en que visitaba las ruinas de Cajamarca (1802), un joven indio de diez y siete años, que le acompañaba, hijo del cacique Astorpilco, le entretenía en términos muy poéticos y con imágenes seductoras acerca de las riquezas de sus antepasados, los incas. Figurábase una grandiosa magnificencia y tesoros acumulados bajo los escombros que pisaban. Decía cómo uno de sus progenitores había vendado los ojos a su mujer, y después de hacerla andar mil rodeos, por caminos labrados en la peña, la había conducido a los jardines subterráneos del inca. Allí ve árboles cubiertos de follaje y frutos, y pájaros posados sobre sus ramas; todo ello hecho de oro purísimo y primorosamente trabajado; allí ve también *una de las andas de oro* de Atahualpa, objeto que tantas veces se buscó en vano. El marido prohíbe a su mujer, el tocar a nada, porque el tiempo en que debía renacer el imperio, anunciado de muy atrás, no había llegado aún, y cualquiera que se apropiase alguna de aquellas abras maravillosas, debía morir en la misma noche[4].

Era esto un recuerdo de los jardines de oro, situados en el Cuzco, bajo el Templo del Sol, y en el valle de Yuncai, sitio predilecto de los incas. Refiere la tradición que en estos jardines que no estaban bajo tierra, crecían plantas vivas al lado de plantas artificiales, señalándose entre las últimas, elevados tallos y espigas de maíz, como lo mejor imitado de la naturaleza:

La seguridad con que afirmaba el joven Astorpilco, agrega Humboldt, que

4. Humboldt, *Tableau de la nature*, Paris, Chez F. Schoell, Libraire, 1808, 240 p.

bajo sus pies y en el sitio en que estábamos, la tumba del inca extendía sus ramas un árbol de Yongué, con sus grandes flores hechas de hilos y láminas de oro, me producía triste y honda emoción. Allí, como dondequiera, son las ilusiones y los ensueños un consuelo felizmente imaginado para endulzar la desnudez y las miserias presentes. "Puesto que tú y tus parientes creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez, preguntaba Humboldt al joven Astorpilco, buscar, desenterrando tesoros que tan próximos tenéis un remedio a vuestra pobreza?". "No nos da tal antojo, responde el indio; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con sus frutos auríferos, nos aborrecerían los blancos, nuestros vecinos, y nos harían mal. Tenemos tierras y buen trigo".

Hay en esta narración un mito y las Hespérides, con sus manzanas de oro, una realidad. Es la fábula del jardín que existió en las costas gaditanas o a orillas del Atlas, transportado a las altas regiones de los Andes, en una época que ignoramos. Y es en la narración verídica de los cronistas castellanos que conocieron las riquezas del Perú y admiraron en los templos quichuas la imagen del sol hecha en oro y exornada con piedras preciosas, colocada al oeste para que recibiera los rayos del sol naciente. Dicen los cronistas que el interior del templo del Cuzco era materialmente una mina de oro.

Caricancha, "lugar del oro", llamaron los quichuas al templo del sol, en Cuzco. *Lágrimas que el sol lloraba*, dicen los cronistas que suponían los incas, ser el oro. *Dios de los castellanos*, llamó al oro, el cacique cubano Huatey. Temiendo que algún día regresaran a Cuba los castellanos, tenía sus espías que le decían cuanto pasaba en la Española. Cuando sabe que vuelven los conquistadores, reúne su pueblo, le recuerda las persecuciones hechas a su raza por los castellanos, y asegura que todo lo hacían para satisfacer a un poderoso señor a quien adoraban, el cual quería mostrárselo. Y sacando un cestillo de palma lleno de oro, les dice: "*He aquí, el Dios de los castellanos; éste el poderoso Señor a quien sirven y tras el cual andan. Y como habéis oído que quieren volver por acá, en solicitud de su Dios, hagámosles fiestas y bailemos, para que cuando lleguen, les diga que no nos hagan mal*". Y bailaron y se divirtieron hasta rendirse[5].

5. Esto pasaba en 1511, Herrera, *Historia de los hechos de los castellanos, etc. etc.* Década I.

Las primeras noticias referentes a "El Dorado", nacieron, antes que en Venezuela, en las costas de Cundinamarca. *Castilla de oro, Río del oro* llamaron los conquistadores las regiones de Urabá y del Magdalena. Ningún otro lugar más propicio para despertar la codicia que aquellas costas donde tropezaron con el rico metal, desde el momento en que las pisaron. Piedrahita, Gumilla y el padre Julián[6] están de acuerdo en que fueron las costas de Santa Marta, la primera tierra donde nació el mito de "El Dorado". De allí hubo de peregrinar, a semejanza del caudaloso río, que, después de haberse ramificado y bañado dilatadas regiones, cae al Océano. De Santa Marta sigue el mito a Vélez, a Bogotá, a Tunja, a Popayán, y penetra en las comarcas del Chimborazo, y continúa al imperio de los incas, para de allí retroceder y establecerse a orillas del Amazonas y del Orinoco. Jamás una epidemia se había extendido con más prontitud. La existencia de tan inmenso tesoro fue lo suficiente para enloquecer los espíritus más rectos y adiestrar a los hombres más timoratos. De esta manera lo que al principio aparecía como conjetural toma después visos de verdad. Poco a poco reviste el mito múltiples formas, hasta que se magnifica, acompañado de gran cortejo de maravillas y exageraciones. Ya es una montaña bañada por ríos cuyas arenas son de oro; ya un jardín de cuyos árboles penden áureas frutas, con pájaros que cantan, con fuentes que murmuran; ya una ciudad imperial donde los edificios resplandecen y se miran en las aguas de un lago misterioso; acá es una comarca donde los habitantes cargan armas de oro; allá un soberano cuyos vestidos están cubiertos de polvo aurífero; allí un templo lleno de ídolos del rico metal; aquí un santuario donde brilla la imagen del sol adornada con piedras preciosas. Ya lo fijan en las costas de Cundinamarca, ya en las dilatadas regiones del Meta y del Guaviare, ya en el país de los omaguas, al sur del Orinoco. Para unos, está al este del volcán Tunguragua, en tierras del Ecuador; para otros, en las altas regiones de los lagos. Ya finalmente, se lo supone en la Guayana, en las comarcas ignoradas del fabuloso lago Parima. Y explotando esta idea, salen del norte y del sur y del este y oeste, expediciones por tierra y por agua, en solicitud del famoso Vellocino de Oro.

6. Piedrahita, *Conquista de Nueva Granada*; Gumilla, *El Orinoco ilustrado*; Julián, *La perla de Santa Marta*.

Todas las fábulas, ha dicho un escritor, tienen algún fundamento real y la de "El Dorado" se parece a aquellos mitos de la antigüedad que viajando de país en país han sido adoptados sucesivamente por diferentes localidades. Así fue en efecto. La hermosa llanura entre el Orinoco, el Meta y el Guaviare, que llamó Humboldt, la Mesopotamia de América, fue el Dorado de Ordaz, de Herrera, de Ortal, de Spira, de Féderman y de Jiménez de Quesada. Alfínger busca el suyo por las tierras de Upar y de Pamplona. Ursúa lo fija en el país de los Taironas, en las cercanías de Santa Marta. El imperio de los Omaguas fue el Dorado de Orellana y de Hutten (Utre o Urre de los cronistas). Para Benalcázar, su Dorado estuvo al este del Tunguragua, donde refiere el cronista Herrera, que andaban los hombres en medio de los bosques de canelos, llevando el cuerpo cubierto de joyas de oro. El país de los muiscas, con sus ricos santuarios, fue el Dorado de Jiménez de Quesada, y también de Benalcázar y de Féderman que lo descubren por tres rumbos diferentes; y la ciudad imperial de Manoa y el lago de Parima, el Dorado de Berrío y de Raleigh.

El mito de "El Dorado" fue la figura poética con la cual representaron los castellanos los ricos depósitos de oro, que tres siglos más tarde se descubren en las vastas regiones de Upata, del Yuruari, del Meta, de Antioquia y de otros lugares del continente. Han sostenido algunos historiadores que "El Dorado" fue un pretexto que adoptaron los indios para internar a los conquistadores y perderlos. Esto no es exacto. La invasión castellana, ya por la fuerza de las circunstancias, ya por la topografía del continente tuvo que ser de norte a sur. El oro no se hallaba sino en limitados lugares, y los indios conocedores de esto, indicaban siempre el rumbo, para satisfacer la curiosidad de los castellanos. Cuando Colón, al ver las sartas de perlas de las mujeres de Paria, pregunta a los caciques por el lugar donde se producían, éstos le señalan el norte, es decir, las islas de Margarita, de Coche y de Cubagua. Cuando Ordaz pregunta a los caciques del Orinoco dónde se encontraba el oro que usaban en sus chaguales, aquellos le indican el oeste, es decir, las corrientes del río hasta tropezar con las regiones del Meta y del Guaviare. A esta dilatada comarca conducen a Spira, a Féderman y a Hutten los informes de los caiquetíos de Coro[7]. Si Alfínger hubiera segui-

7. En la Humboldtiana titulada: "El elemento germánico en la conquista de Venezuela",

do las indicaciones de los indios del Magdalena no habría fracasado. A la mitad del camino deja el rumbo sur y tuerce al este, trasmonta el páramo de Cachiri, y es víctima al caer a Pamplona. Más afortunado Jiménez de Quesada sigue el camino abandonado por Alfínger y descubre el rico país de los muiscas. Cuando Féderman, impaciente de no hallar oro en las comarcas del Guaviare y del Meta, trata de retirarse a Coro, los indios le dicen que si trasmonta la cordillera de Cundinamarca cae en un país riquísimo; y el alemán valeroso la trasmonta, y comparte con Benalcázar y Quesada el descubrimiento de la célebre meseta de Bogotá.

* * *

¿Dónde estuvo la verdadera patria de "El Dorado"? ¿Fue a orillas del Magdalena o en la Castilla del oro, al oeste del continente? ¿Fue en el imperio de los omaguas al sur del Orinoco, o en el santuario de los chibchuas; en los Andes de Cundinamarca? ¿Estuvo en la Mesopotamia americana o en las elevadas cumbres coronadas por el lago Guatavita? ¿Fue su cuna el jardín encantado de los incas, o el país de los quijos, en las orillas auríferas del Napo? ¿Estuvo, finalmente, en las fuentes del Caura, del Esequibo y río Blanco, o en la ciudad de Manoa, en las regiones fabulosas del lago Parima? Asegura el padre Julián que fue la cuna de "El Dorado", el país de los taironas, palabra que en la lengua de sus indios significa *fragua*, y que en estas comarcas se hallaron hornillos y fundiciones del rico metal. De aquí nació, según aquel historiador, el origen del mito. Nos parece más cónsono decir que la fábula tuvo su cuna en el pueblo quichua, donde fue el oro, no sólo elemento de riqueza sino también de poderío. Nada pudo rivalizar en la época de la conquista el fastuoso brillo de los incas. Los pueblos de origen peruano que emigraron de sur a norte, en épocas muy remotas, antes de la conquista castellana, fueron los introductores de la fábula, en las regiones amazónicas y en el Orinoco. La capital de los omaguas, Macatoa, con edificios y calles de oro, y la ciudad de Manoa con todas sus riquezas que tanto exaltaron la imaginación de

hallaremos los pormenores de las expediciones alemanas de Alfínger, de Spira, de Hutten y Féderman, en busca de El Dorado, desde 1527 hasta 1537.

Berrío y de Raleigh, a fines del siglo décimo sexto, no pueden considerarse sino como variantes del jardín de los incas. Como el Vellocino de Oro, "El Dorado" pertenece, no a una localidad, sino a un continente. Durante un siglo es el origen de millares de aventuras de descubrimientos y de crímenes. Desaparecen los santuarios americanos, con sus famosos ídolos, entregan los incas sus tesoros, amásanse las prendas de los indios cautivos, por oro se rescata la vida, y el oro desaparece. Así pasan los años hasta que la moderna civilización descubre los verdaderos yacimientos del buscado metal, en Cundinamarca, en Perú y en las dilatadas regiones de la Guayana venezolana. Cualquiera que sea la forma poética del mito, éste pertenece a la dilatada región situada al este de los Andes, donde parece haber existido, primero que en las cordilleras, el culto del sol. Todas las expediciones de oriente, de occidente, del norte, del sur se dirigieron siempre en solicitud de las comarcas bañadas por el Orinoco, donde la imaginación de los pueblos americanos supuso la existencia de la capital de los omaguas, que llegó a descubrir el intrépido Hutten, y la de Manoa que trajo las expediciones de Raleigh. El Orinoco con sus terrenos auríferos, con su exuberancia de vida, con sus montañas graníticas, con sus tributarios agigantados, ha resuelto el problema del mito de "El Dorado". Por esto decía a los castellanos, Arimuicaipi, Cacique del Caroní, señalándoles las constelaciones del cielo austral, que las nubes de Magallanes con su blanquecina luz eran el reflejo de las rocas argentíferas situadas en medio de la laguna Parima. Cuando Humboldt escribía, ahora setenta y ocho años: "no puede negarse la existencia de un terreno aurífero en la extensión de ochenta y dos mil leguas cuadradas, entre el Orinoco, el Amazonas, al este de los Andes de Quito y Nueva Granada", parecía augurar la riqueza prodigiosa de la Guayana venezolana. A los tres siglos de haber desaparecido los argonautas modernos, se halla el Vellocino de Oro, que guardaba la tierra en sus entrañas.

* * *

¿Qué ha dado a la civilización moderna el mito de "El Dorado"? El conocimiento geográfico de Venezuela, de Cundinamarca, del Perú y de las vastas regiones del Orinoco. Sin la sed de oro no habrían recorrido las

aguas de este majestuoso río, Ordaz, Herrera, Ortal, y después Berrío y Raleigh. Sin la sed de oro no habrían los germanos descubierto el occidente de Venezuela y cruzado sus sabanas y caudalosos ríos. Sin la sed de oro no se habrían precipitado en las aguas del Amazonas, Hernando Pizarro, Orellana y Aguirre, ni descubierto a Cundinamarca, Quesada, Benalcázar y Féderman. Sin la sed de oro no habría caído el imperio de los incas. Los buscadores de "El Dorado" fueron los primeros geógrafos del continente, y, sus tenientes, los fundadores de los primeros pueblos.

¡Cómo hermosean los mitos la historia de todas las naciones! Sin la expedición de los argonautas, las regiones de Grecia y del Asia Menor carecerían de tantos recuerdos conexionados con la historia de las primeras expediciones geográficas, llenas de ficciones y de episodios maravillosos, cantados por todos los poetas. No puede separarse de la conquista de América el mito de "El Dorado". Cuzco y Cajamarca, hablarán siempre de sus jardines de oro; Guatavita de sus tesoros; Tunja, de sus ídolos; Sogamuxi de sus santuarios, mientras que el Orinoco nos referirá la conquista de los omaguas, nos hablará de la expedición de Ordaz, el primero que cruza sus aguas, y nos trasportará a la ciudad de Manoa y a orillas del lago Parima, para contemplar en las nubes de Magallanes, en el cielo austral, el reflejo de las rocas argentíferas de la Guayana.

La majestad de los Andes, lo grandioso del continente, sus ríos, sus llanuras, sus bosques donde se contemplan los astros de la Vía Láctea, necesitaban del portentoso mito que fue el origen de tantas aventuras, de tantos sacrificios, del exterminio de la civilización indígena y de la fundación de las ciudades castellanas que, a través de los siglos, perduran con sus ruinas y recuerdos inmortales. Estas reminiscencias de la época mitológica tienen todavía influjo en las nuevas exploraciones geográficas del continente. Son luz que guía en el estudio de los orígenes americanos, cuando se estudian las ruinas prehistóricas, y las tumbas, en las altas regiones de los Andes, nos regalan los recuerdos de épocas remotas, en la noche de los tiempos. En la naturaleza americana, no son las formas exteriores, la extensión, la riqueza de los tres reinos, la magnificencia del escenario, lo único que cautiva; el hombre americano aparece también en su cuna, a la altura del hombre asiático y europeo, en su desarrollo, en sus concep-

ciones, en su poesía, en sus creencias, en sus aspiraciones, como probando que la humanidad ha tenido un mismo origen, en ambos mundos.

LOS PRECURSORES DE COLÓN

TODO SE ARMONIZA en el sublime organismo de la Tierra: océanos, continentes, atmósfera, temperatura, roca, mineral, vegetal y animal, todos contribuyen al sostén de la vida que no puede existir sin movimiento, cambio, desarrollo, acciones y, reacciones regidas por leyes fisiológicas, desde el más pequeño de los organismos hasta las moles rocallosas que constituyen la armazón del mundo terráqueo. No hay sección de esta maquinaria admirable que no funcione ni fenómeno que no sea resultado de leyes constantes e inmutables. La isla más insignificante está en continua comunicación con el continente o archipiélago más próximo, con los vientos que la bañan, con el sol que la nutre, con el vegetal y animal que la pueblan. No hay cordillera que no comercie con el Océano al cual envía sus ríos, cargados de materiales terrestres, ni mar que no evapore sus aguas y las entregue a los vientos. Los mediterráneos no son obra del acaso sino centros de calor y de vida; los golfos, no caprichos de la línea curva sino remansos necesarios para la circulación general, en tanto que los volcanes representan válvulas de seguridad. Las corrientes aéreas y pelágicas son agentes de nutrición, fuente frigorífica las cimas nevadas y polos de la Tierra, y focos de calor los desiertos y la Zona Tórrida. Los ríos buscan las costas de los continentes porque representan la circulación venosa que necesita del pulmón oceánico para retornar pura a las montañas, y las nubes solicitan las alturas y los valles para descargar el agua pura elaborada en las elevadas regiones de la atmósfera. Las articulaciones de los continentes, la dirección de las montañas, sabanas, desiertos y altiplanicies son otros tantos órganos que

desempeñan funciones fisiológicas. La porción sólida del planeta tiene que estar fija para poder elaborar materiales; la líquida tiene que ser movible para nutrir los organismos; la atmósfera tiene que ser gaseosa para abrazar el planeta y penetrar hasta sus sitios más recónditos.

¿Qué fuerza guía la ola que en ríos caudalosos forman las corrientes y contracorrientes pelágicas? ¿Qué fuerza conduce la onda aérea que engendra las corrientes y contracorrientes atmosféricas? Una sola, el sol, piloto eterno de las aguas y de los vientos al través de los continentes y de los mares.

Pero, en el sostén de la vida terrestre, no todos los órganos funcionan de igual manera. Existe una región privilegiada que desempeña un gran papel en el desarrollo de la vida. De las diversas secciones de la tierra, América es el centro primordial, el *opus magnum* del sublime organismo. Aparece como aislada en medio de las grandes porciones del océano que la circundan; pero a proporción que se ensancha de sur a norte, se incorpora con los continentes que, aglomerados en el polo ártico, forman el núcleo sólido de la costra terrestre. La extensión de América, sus articulaciones, su altura, sus montañas, ríos, lagos y dehesas, todo la caracteriza como la porción privilegiada del planeta. En América está el dorso de la Tierra, los Andes que se dilatan de uno a otro polo con sus cimas coronadas de hielo y fuego; en América, el corazón del océano con sus arterias de agua caliente que se bifurcan en la región de Atlante y llevan vida y calor a las costas del Viejo Mundo: en América el seno de la Tierra, su ecuador, inflado, con pezones de nieve y grana que tiemblan a impulso del fuego planetario. Todos los continentes envían a la América las emanaciones de sus florestas que, conducidas por los vientos alíseos, depositan en los Andes el agua de todos los mares. Por esto dijo Maury, que nosotros respiramos el aroma de los canelos de Ceylan y de las magnolias del Teschadama y de las selvas de Australia, de Asia y del Mediterráneo; por esto nada tan majestuoso y sublime como los ríos americanos, Mississippi, Orinoco, Amazonas, Plata, hijos de los Andes, que regalan al Océano sus aguas y los dones de la riqueza americana. A la América se dirige la corriente del norte del Pacífico que, transformada en contracorriente, baña por el oeste la costa americana, y a la América se dirigen las aguas polares y los vientos del oeste que derraman

sobre ellas las emanaciones del grande Océano. Sin esta América situada en medio de las antiguas y modernas civilizaciones y en la cual prosperan los pueblos más elevados de la tierra; sin esta América, emporio de Flora, patria de los lagos y de los ríos, cuna del diamante y del oro, cuyas dehesas forman horizonte, cuyos volcanes escalan las nubes, cuyo suelo guarda todas las formaciones geológicas del planeta; sin esta América coronada de miriadas de estrellas que llenan el firmamento, la vida sería imposible; porque en América es donde está el corazón que late y derrama torrentes de vida, y la espina dorsal que sostiene el organismo, y brilla el trono del sol, alma fecundadora de los mundos planetarios.

* * *

En cierto día del año de 1757 una embarcación inglesa que salía de La Guaira encontró a poca distancia del puerto un buque desmantelado que, sin rumbo y dirección, iba a ser lanzado a la costa. Tenía por tripulación hombres-espectros en cuyos semblantes se pintaban el hambre, la desesperación y la muerte; los que socorridos al instante pudieron ser conducidos a La Guaira, donde la compasión pública hubo de prestarles todo género de auxilios. ¿Quiénes eran estos náufragos y de dónde venían? Era una pequeña goleta cargada de trigo que, saliendo de Lanzarote para Santa Cruz, en las islas Canarias, fue combatida por una tempestad, la cual la precipitó al oeste. Arrastrada entonces por la corriente equinoccial y los vientos alíseos, no pudo remontar y, ya sin víveres y sin agua; hubo de entregarse a merced de la ola que la condujo a costas desconocidas[8]. En 1731, otro bajel cargado de vino, yendo de Tenerife a La Gomera, en el mismo grupo de las Canarias, después de haber luchado contra los vientos contrarios y sufrido la misma suerte de la embarcación de Lanzarote, llegó con seis marineros a las costas de la isla de Trinidad, donde fue favorecida por la población, según nos lo refiere el padre Gumilla[9]. De doce esclavos escapados de un buque negrero que salió de las costas de África en 1797, sólo tres que sobrevivieron al furor de las olas, pudieron llegar salvos a la isla de

8. Viera, *Historia de las islas Canarias*.
9. Gumilla, *El Orinoco ilustrado*, trad. M. Eidous, Avignon, J. Mossy, 1758, 3 v.

Barbada, en las Antillas Menores. Un hecho todavía más sorprendente que los anteriores, es el que se refiere el naufragio de la rica efigie de la Soledad que posee el Templo de San Francisco, en Caracas. Los bultos que la contenían aparecen en 1651, en las costas de Naiguatá, donde residía el señor del Corro, para quien venía aquella efigie, muchos días antes que el buque conductor. Y fue que habiendo salido la embarcación del puerto de Vigo, en las costas españolas, la azotó el mal tiempo, y, para salvarse, arrojó al agua gran parte del cargamento. Algunos de los efectos, llevados entonces por la corriente y los vientos, llegaron primero a las costas venezolanas, como nuncios de un suceso cuyos pormenores se conocieron más tarde[10].

¿Qué fuerzas impulsaron estas diversas embarcaciones desde las costas europeas a las americanas, desde las Canarias y mares de España hasta las Antillas y costas de Venezuela? La corriente equinoccial que sigue su curso de este a oeste en todo el océano, en dirección contraria al movimiento de la Tierra, y los vientos alíseos que siguiendo el mismo rumbo favorecen la comunicación entre Europa y América. Es la misma corriente marina que descubrió Colón en su tercer viaje y la cual le condujo en triunfo a las costas de Paria. Tal es el camino trazado por la naturaleza para comunicar por el Atlántico los dos mundos; por él pasaron las generaciones de los tiempos primitivos de América; por él han continuado los sucesores de Colón, desde el día en que el pabellón de Castilla flameó en las costas de Guanahaní, y el cañón retumbó por la primera vez en las soledades del Atlántico.

* * *

Trasladémonos ahora a las costas opuestas para trazar la vía que, desde los mares del Nuevo Mundo, comunica al hombre americano con el continente europeo.

En 1508 una embarcación francesa encuentra cerca de las costas de Inglaterra una canoa llena de indígenas americanos. Es un hecho que en las costas de las Hébridas, de Noruega, de Laponia y hasta el Báltico el mar

---

10. Este hecho está consignado en un libro manuscrito de los frailes franciscanos que posee la Universidad de Caracas.

arroja constantemente frutos de los trópicos, y que en algunos de estos sitios se han encontrado restos de naufragios acaecidos en las Antillas. Los habitantes de las islas Azores referían que cuando soplaba el viento de oeste, el mar traía a las costas troncos de pinos de especies diferentes de las conocidas en aquel lugar, sobre todo en las islas de Fayal y la Graciosa. En las playas de la isla de Flores se encontraron antes de Colón, según refiere el cronista Herrera, dos cadáveres de razas diferentes a cuantas hasta entonces se habían conocido, y a la misma época se refiere la aparición de dos canoas con hombres extranjeros que pasaron de una a otra isla. Maderas esculpidas se vieron, antes de Colón, a cuatrocientas leguas de distancia del cabo San Vicente, en Portugal, y en la isla de Madera se cogieron cañas que podían contener, de uno a otro nudo, nueve garrafas de vino, según refieren los antiguos cronistas. Los habitantes de Flores, en las Azores, hablaban de armadillas que habían visto en sus costas. En las islas de Hierro y la Gomera, del grupo de las Canarias, cuenta el historiador Viera, que se habían visto frutos y árboles de las Antillas, que los habitantes del Archipiélago suponían venir de la isla Balandran, situada al oeste. Troncos de cedro y cañas de bambú han sido arrojados por el mar a las playas de Tenerife. Y hubo un caso, finalmente, en que los despojos de un naufragio en las costas al N.O. de África fueron recogidos en las de Escocia, después de haber atravesado dos veces el Atlántico, una de este a oeste, conducidos por la corriente equinoccial, y otra de oeste a este por los ricos pelágicos del Atlántico, como refiere Humboldt[11]. Estos y mil hechos más están confirmados por el relato de los cronistas antiguos y por el testimonio de viajeros modernos.

¿Qué fuerza es la que conduce a los mares del norte, a las costas de Escocia, de las Hébridas, de Noruega y del Báltico frutos tropicales y restos de naufragios en el mar antillano, y en las costas de África y de Portugal; que deposita en las islas Canarias y Azores árboles, frutos y maderas de América, y armadías y cadáveres de los pobladores del Nuevo Mundo? Tal fuerza es el río pelágico, el corazón de Atlante que al ensancharse desde el golfo mexicano envía sus arterias hacia el norte y noroeste y este y baña el

11. Humboldt, *Histoire de la geographie du nouveau monde.*

polo ártico, y las costas occidentales de Europa, llevando al Viejo Mundo calor y vida.

He aquí a la América comunicándose por el este con las naciones occidentales de los antiguos continentes. ¿Qué camino le ha trazado la naturaleza por el oeste para comunicarse con las naciones del Asia oriental? Veámoslo.

En toda época se han encontrado en las costas de California embarcaciones del Japón que han sido arrastradas por la corriente, y según dice el célebre Maury, marinos japoneses han sido en muchas ocasiones, arrojados sobre las costas americanas. No hace mucho que un junco del Japón perdido a cien millas de distancia de las costas americanas, fue conducido a San Francisco, y ya en el siglo XVI, según el cronista Gomara, se hablaba de haberse encontrado en las costas de Quivira y Cíbora (el Dorado de México) los restos de una embarcación de Cathay.

¿Qué corriente conduce a la costa de California los hombres y productos del Asia oriental? La corriente del norte del océano Pacífico que después de bañar la China, el Japón y sus numerosas islas, sigue a lo largo de las costas occidentales de la América del norte y de México para reunirse con la corriente equinoccial que, como hemos dicho, corre de este a oeste.

* * *

Una pregunta se ocurre después de lo que dejamos expuesto: ¿cómo se pobló la América, por dónde entró el primer hombre y a qué nacionalidad perteneció? He aquí una cuestión compleja, descifrable en parte y que tiene el interés de cuanto se conexiona con los orígenes históricos del continente americano. Investigar por dónde entró el primer poblador del Nuevo Mundo, y si fue africano, europeo o asiático es remontarse a la noche de los tiempos para resolver a tientas la solución de un enigma. Seguir al hombre extranjero en sus peregrinaciones de este a oeste, de norte a sur o de oeste a este, en su lucha con el Océano, con la naturaleza americana, con las necesidades y miserias al través de dilatadas regiones, abrasadoras unas, frígidas e inaccesibles otras, sin más luz que nos guíe que el estudio de la etnografía y de la anatomía comparada, de las tradiciones, de la cerámica y los monumentos históricos, únicas fuentes que pueden consultarse cuan-

do se trata de resolver una historia que remonta a las primeras épocas del mundo. Como el geólogo que para conocer la historia de la Tierra estudia los terrenos y los fósiles, representantes de la Flora y Fauna de las épocas pasadas, así el historiador que quiera penetrar en el conocimiento de los orígenes del Nuevo Mundo tiene que estudiar los jeroglíficos, los monumentos, las tradiciones, la cerámica y las diversas lenguas, para deducir por analogía y aproximadamente, la época de la cuna americana, y poder a lo menos, en defecto de toda cronología y de toda historia anterior a la era cristiana, reconocer las diversas nacionalidades que trasladaron sus creencias y costumbres a las comarcas del Nuevo Mundo.

Hay ya hechos reconocidos por la sociedad moderna y sancionados por la crítica histórica: tales son, la entrada de los escandinavos por el norte, durante el siglo XI, los cuales fundaron colonias en el vasto territorio que se extiende desde la América insular hasta las Carolinas: la introducción del cristianismo en América por los irlandeses, quinientos años antes de Colón: la corriente de emigración establecida por los chinos, japoneses y otros pueblos del Asia oriental con las costas americanas. Por lo que respecta al resto del continente, la ciencia no puede fijar una data segura aunque reconoce que el hombre americano se remonta a muchos siglos antes del cristianismo, y que en el proceso de su historia tomaron parte, caldeos, egipcios y fenicios, cartagineses, iberos, vascos y normandos por el este, malayos, tártaros, tibetanos, chinos y japoneses por el oeste.

Numerosos estudios atestiguan estos diversos orígenes. En la isla de Piedra en Río Negro, afluente del Amazonas, yace una roca en la cual está esculpida la figura de una galera antigua. Los cronistas castellanos refieren que los primeros pobladores de México vinieron de la Florida, y según las tradiciones indígenas de Yucatán, probadas por los documentos y libros sagrados de los quichuas, los fundadores del imperio de los aztecas pasaron de Haití a Cuba, después de haber salido de las Canarias[12]. Según las tradiciones de los aztecas, de los chibchas y de los incas, el hombre blanco, el fundador primitivo de la civilización en cada uno de los tres centros

12. Brasseur de Bourbours, *Le livre sacré ou les mithes de l'antiquité americaine*, Paris, Aug. Durand, 367 p.

del continente, México, Cundinamarca y Perú, apareció por el este. Tres lagos sintetizan en estas regiones el primer culto del hombre americano: Tezcuco, Guatavita, Titicaca; y tres figuras representan la primera sociedad: Quetsalcoalt, o Votan, Bochica o Suha, Viracocha o Manco-Capac. Costumbres, creencias, mitología, gobierno civil, nociones astronómicas, arquitectura, cerámica y obras de arte recuerdan en las diversas secciones de América a los antiguos pueblos de Asia y del norte de África.

Pero si numerosas observaciones prueban la corriente de civilización de este a oeste, es decir, desde los pueblos occidentales de Europa y norte de África, hechos numerosos prueban igualmente que América fue también poblada por el oeste, ya por medio de la corriente pelágica de que hemos hablado, ya por los archipiélagos de las Kuriles y Aleutianas que se comunican con la península de Alaska. Según sabias investigaciones, los chinos conocieron la América desde el siglo V de nuestra era y sus embarcaciones salían de los archipiélagos mencionados para llegar a las costas de América que ellos llamaron Fou-sang. Según los estudios de Humboldt, Siebot y Paravey, el gobierno civil y religioso de los chibchas que poblaron la llanura de Bogotá, así como su calendario y su lengua, tienen mucha semejanza con las instituciones y lengua del Japón; y los numerosos escritos acerca de México y del Perú, prueban que los pueblos del oeste de América participaron, más que los del este, de la influencia de las naciones asiáticas que están al norte del Gran Océano. Así, cuando se dice que los pobladores de América vinieron del este, es necesario comprender, no sólo la influencia asiática por el oeste, sino también la corriente de civilización que partiendo del Asia siguió a las costas del Mediterráneo y avanzó hasta las Columnas de Hércules, para seguir después al Atlántico y continuar en el continente opuesto la obra de siglos.

* * *

El descubrimiento y colonización de América en los días remotos de la historia del hombre, no defraudan en nada la gloria de Colón. Todo lo había sepultado el tiempo en la noche del olvido, y sociedades y pueblos habían desaparecido sin dejar huellas de sus peregrinaciones. Durante los últimos veinte años del siglo XV los mitos geográficos llamando la atención

pública en Europa, exageraron la existencia del Asia al oeste del Atlántico, como lo había asegurado Marco-Polo, Toscanelli, los poetas de aquel tiempo y el mismo Colón, hombre versado en los estudios científicos de su época. A esto se unían las señales del Atlántico que depositaba en las islas vecinas a las costas españolas, objetos que revelaban la existencia de tierras al oeste de las Columnas de Hércules, cuando en medio de un eclipse de siglos aparece el genio inspirado que se atreve a desgarrar el velo de la sombra y a presentar el astro refulgente de la verdad en toda la plenitud de su belleza. Antes de Colón, la duda, los errores científicos, los mitos geográficos: después de Colón, la luz, los descubrimientos, el conocimiento de la Tierra, el ensanche de la sociedad. Su principal gloria consiste en haber completado el organismo terrestre y haberlo entregado a las "especulaciones" del espíritu científico, he aquí su obra. Venciendo el Océano, ensanchando el horizonte del mundo físico, despertando la ambición de las conquistas intelectuales y morales, completando el círculo de los fenómenos de la naturaleza, Colón lanza la Tierra y las naciones que la pueblan a la altura de grandes y fecundos destinos. Colón es no sólo el descubridor de América, es la revelación de los tiempos modernos; su obra se sintetiza por las conquistas de tres siglos y el porvenir del mundo.

* * *

¿Quiénes fueron los precursores de Colón? ¿Fueron los japoneses y chinos del siglo V que penetraron por el mar Bermejo y las costas de Alaska, o los malayos, tártaros, tibetanos, antes de la era cristiana? No. ¿Fueron los escandinavos del siglo XI que descendieron por el norte y fundaron en la América inglesa las primeras colonias del continente, o los irlandeses que introdujeron en éste el cristianismo quinientos años antes de Colón? No. ¿Fueron los caldeos, egipcios, cartagineses, fenicios, iberos, vascos y normandos que, siguiendo el impulso de la civilización asiática, pasaron la última Tule y penetraron con sus galeras en el mar antillano antes de Jesucristo? No. Es necesario remontarse todavía más allá. ¿Fueron los árboles y frutos de América, los bambúes, los cedros, los pinos, lanzados por el corazón de Atlante a las costas de las Azores y de las Canarias, de las Hébridas y de Escocia, de Noruega y del Báltico? No; que todavía exis-

te algo más remoto. ¿Dónde hallar entonces el precursor misterioso que antes del hombre había ya comenzado a comunicar los dos mundos? Tal precursor es la ola que desde el día en que se consolidaron los continentes actuales nos refiere la historia de los siglos geológicos y las peregrinaciones de la sociedad humana; la ola que llamando constantemente a las costas occidentales de Europa y de África ha revelado la existencia de un mundo al oeste del Atlántico; la ola, libro abierto de todas las épocas al través del tiempo y de los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad. La ola fue el primer presente que se hicieron los continentes y la primera manifestación de lo desconocido. Conduciendo al Viejo Mundo los frutos de América habló al hombre primitivo y éste se dejó llevar por la corriente propicia que le condujo a la tierra de promisión.

Pero hay algo todavía más elocuente que la ola conductora de vegetales, despojos de naufragios y de cadáveres mutilados; y algo más expresivo que los caldeos, egipcios, fenicios, iberos, vascos y normandos, primeros navegantes del Atlántico: ese algo es el cantor de la naturaleza que cautiva el alma porque posee el lenguaje divino. Colón al lanzarse a lo desconocido necesitó de un guía y este guía no podía ser sino el ave que debía traerle, en sus horas de angustia y de duda, recuerdos de la familia y señalarle el camino de la nueva patria y mostrarle el cielo como único refugio de todos los que aguardan. La travesía de Colón por las aguas de Atlante es el triunfo del ave. El 7 de septiembre de 1492 deja las costas de Gomera y Tenerife y a poco ve desaparecer bajo el horizonte los perfiles del Viejo Continente. El 14 los marinos de la carabela "Niña" ven una golondrina de mar y un faetón (rabo de junco) que vienen a encontrar el convoy. El 18 se divisan por el poniente multitud de aves marinas, y a ellas se dirigen todas las miradas hasta que desaparecen en lontananza: eran los primeros nuncios de la tierra americana. El 19 visitan la nave almirante dos sulas (alcatraces) que Colón contempla con amor. Se habían ya caminado cuatrocientas leguas. El 20 la visitan de nuevo tres sulas y una gaviota. Desde el amanecer la carabela de Colón se llena de pajarillos que trinan durante el día y parten al caer el sol, después de haber cautivado a la tripulación. ¿Adónde iban? Regresaban al hogar, cuando de pronto vióse una cuarta sula en la dirección del N.O. al S.E.: era un nuevo nuncio que señalaba el

rumbo de la tierra americana. El 22 se ven diversas aves y entre éstas un petral (pardela). Una tórtola acompañada de una sula visitan a Colón, el 23, y el 24 recibe dos sulas y una pardela. El 27 vuelve de nuevo el faetón. Aparece por la primera vez el 29 la fragata que altanera cruza el espacio, lanza a los aires su grito penetrante y desaparece: era el primer alerta de la tropa alada que señalaba la costa en lontananza. Se habían ya caminado seiscientas leguas. Para el 2 de octubre vuelve la gaviota, y pardelas el siguiente día. El 4 una bandada de petrales cruza los aires y con ella, dos faetones, una fragata y la gaviota: eran los terceros nuncios de la tropa alada que en concierto comunicaban a las costas americanas la llegada de los descubridores. El 5 vuelven los petrales en tanto que peces voladores visitan la carabela del almirante.

El 7, día domingo, era el fijado por el ave para señalar el puerto deseado. Desde la carabela "Niña", Alonso Pinzón divisa una bandada de papagayos hacia el S.O.; al instante se comunica con Colón, le suplica cambie el rumbo a lo que accede el almirante. "Jamás vuelo de ave, ha dicho Humboldt, tuvo consecuencias más graves en los tiempos modernos. El cambio de rumbo efectuado el 7 de octubre decidió de la suerte que tuvieron los primeros establecimientos castellanos en América"[13]. ¿Qué hubiera sucedido si Colón no se dirige al S.O.? Arrastrado por la corriente cálida de la Florida había descubierto las islas de Bahamas y la América del norte. El 8, las aves terrestres volaban hacia el sur; cornejas, ánades y un faetón, y en la noche de 9 se sienten pasar muchas aves. Para el 11 una escena imponente cautiva las miradas de los navegantes: aparecen un petrel y con él "una rama de ojiacanto en flor y un nido de pájaros suspendido de una rama rota por el viento, lleno de huevecillos a los cuales cubría la madre todavía al dulce arrullo de las olas", y objetos de arte, entre otros, un bastón artísticamente cincelado: eran el artista, cantor de la naturaleza, que enviaba a Colón su obra y la madre de sus hijos, éstos todavía ignorantes de la luz; y el hombre americano que le enviaba también sus obras, como para anunciarle que debía recibirle al siguiente día. "El ave, ha dicho Lamartine, fue el piloto celeste que la Providencia parecía

13. Humboldt, *op. cit.*

enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecía". Sí, el ave que tiene del cielo el canto, las alas del ángel y de la luz los colores, que es el meteorologista por excelencia y figura en todas las cosmogonías de la tierra americana debía ser el piloto y el clarín de la victoria del descubridor del Nuevo Mundo.

LA PRIMOGÉNITA DEL CONTINENTE

¿QUIÉN PUDIERA trasportarnos a las aguas azules del golfo de Cariaco, en cuyas orillas reposa Cumaná, primogénita de las ciudades del continente americano? Evocar en sus ruinas los recuerdos de tres siglos ¿no es remontarnos a los orígenes de la familia venezolana, cuando a orillas del Manzanares se establecieron los primeros colonos castellanos? Al pisar la tierra clásica que, en todos los tiempos, ha sobresalido por las proezas y virtudes de sus hijos, por los atavíos de su naturaleza, por los recuerdos que despiertan sus costas y ríos y montañas, el corazón del filósofo se conmueve y llora sobre los despojos de generaciones que duermen el sueño de la tumba.

Nacer adornada de la belleza física que atrae, y poseer la belleza moral que detiene; llevar un nombre glorioso, ilustrado por el tiempo; ser la primera en el deber, en el sacrificio heroica, sublime en la desgracia; ser generosa, culta, noble: eso eres tú, Cumaná, reina del Golfo.

¿Quién pudiera negarte tu primogenitura, quién tus glorias? Dadivosa y espontánea recibes en tus aguas la carabela de Colón, y colmas a los castellanos con frutos de tus huertos, con perlas de tus mares. Noble y generosa ofreces tus hogares a los hombres-dioses ante los cuales prostérnanse tus pueblos. No presumías que la codicia armaría el brazo de tus huéspedes y que con sangre de tus hijos pagarías tu hidalguía. Abnegada, truecas la venganza en perdón, y amparas más tarde a los apóstoles del Evangelio, quienes llenos de fe cristiana, traen a tus costas el lábaro de Jesucristo. Con júbilo recibes, en tres ocasiones, a los fundadores del cristianismo en

América; tus hijos son los que clavan en la fértil costa el madero sagrado y edifican la primera casa de Dios y asisten al primer sacrificio y oyen la primera campanada cuyo eco se pierde en las soledades del continente, anuncio de que la religión del Gólgota había penetrado en las regiones del Nuevo Mundo.

Bajo las sombras de las acacias y de las palmeras, en la capilla del monasterio, o en la huerta donde los misioneros cultivaban la tierra, recibían los neófitos cumanagotos las primeras lecciones de lectura y aprendían de coro la oración dominical que, en la infancia de las sociedades cristianas, es el alimento espiritual de la joven familia. La paz del Señor reinaba en torno al nuevo rebaño que, de rodillas en el templo, elevaba sus manos al cielo, antes de comenzar el trabajo. ¡Cuán bella en aquellos sitios la mañana saludada por el canto de los pájaros y la campana del monasterio! Al caer la tarde, cuando la grey regresaba al convento, después de haber cultivado la tierra, el sol parecía despedirse con pena de aquellas escenas que recordaban la época de los patriarcas y la cuna del cristianismo. La bendición de los misioneros seguía al postrer rayo del crepúsculo; entonces la campana que anunciaba al rebaño la hora de la meditación y del descanso parecía repercutirse en las islas de la costa y en el horizonte lejano por donde se asomaban las constelaciones del norte. Nada interrumpía después la callada noche: dormía el rebaño, mientras que los insectos lucíferos, como don providencial, revoloteaban en torno a las rústicas paredes del monasterio.

Veloces corrieron aquellos días de ventura en que los misioneros vivían solitarios, aunque acompañados de muchedumbres salvajes. Sosteníalos la confianza en los decretos del Señor; porque ellos y sus neófitos eran un reflejo de la sociedad primitiva, cuando la paz sostenida por la tranquilidad de la conciencia y la bondad del corazón, acercaba a los hombres por medio de la caridad y de la mansedumbre.

Durante tres épocas, desde 1513 hasta 1520, misioneros franciscanos y dominicos se establecen en las costas de Cumaná y todos son víctimas. ¿De quién? De la codicia castellana que en carabelas piratas roba las familias indígenas y funda en América el tráfico de esclavos. La última escena del drama sangriento que precede a la fundación de Cumaná en 1520, es

una reminiscencia de la época gloriosa de los mártires. Nada faltó para darle un carácter augusto: el incendio, la matanza, la destrucción de los monasterios y de las huertas y hasta la mutilación de las efigies y de las víctimas, todo aparece como un grito de maldición que clama venganza. Sobre tanto estrago el americano promete sostener la honra de su hogar y la libertad de su pueblo. ¡Noble propósito, vana esperanza! Poco después de la última escena vuelven a las aguas del golfo los castellanos, en son de guerra: eran los días de las expediciones de Ocampo y Castellón, los primeros que comenzaron en América la guerra de exterminio. Sin fuerzas que se le opongan, el castellano se apodera de los pueblos indígenas, degüella a los defensores de la familia cumanesa, recolecta nuevos esclavos que bautiza con el nombre de prisioneros y llena sus carabelas que repletas regresan al gobierno de la Española; en tanto que las madres transidas de dolor, no debían volver a ver a sus hijos, y de la sangre de los mártires nacería la paz.

¡He aquí tu cuna, Cumaná! Regados con sangre fueron tus pañales, pero sobre tus ruinas lloró el varón justo a quien el mundo llama Bartolomé de las Casas. Naciste de tus cenizas como el fénix, y Córdoba te llamaron. No era para recordar la ciudad de las murallas y de los torreones moriscos, sino el cielo trasparente de Andalucía, sus flores y sus campos perfumados, bañados los tuyos, no por el Guadalquivir, pero sí por el risueño Manzanares.

No el de ondas pobre y de verdura exhausto
Que de la regia corte sufre el fausto,
Y de su servidumbre está orgulloso;
Mas el que de aguas bellas abundoso,
Como su gente lo es de bellas almas,
Del cielo, en su cristal sereno, pinta
El puro azul, corriendo entre las palmas
De este y aquella deliciosa quinta.

Bello

Córdoba, como una sombra desaparece para dar lugar a Cumaná que debía perdurar. Al nombre castellano debía suceder el nombre indígena; pero la dilatada región que, desde Paria se extiende hasta el Unare, conser-

va todavía el nombre de Andalucía, recuerdo de la Andalucía castellana, pórtico del mundo tropical, como la llamó Humboldt.

Andalucía de América, Cumaná, ¡yo te saludo! Pródiga Naturaleza concedió encanto a tus praderas, trasparencia a tu cielo, vida a tus aguas y a tus bosques luz; pero España te dio, después de la tormenta, vida y honra; y apareciste generosa, fecunda, amante de la libertad y de la gloria. Erguida con los timbres de tus progenitores, no los piratas de baja estirpe, escoria de todas las conquistas, sino los hidalgos fundadores de las familias de Cumaná y de Araya, de Margarita y de Cubagua, cantados por Castellanos, recibes después al misionero que civiliza tus tribus indígenas, y al labriego europeo que introduce el primer arado que surca la tierra americana.

Así pasaron los días de tu niñez; asistes en tu pubertad a la defensa de tu suelo, contra el ataque repetido de filibusteros feroces; te adiestras en el combate, y con fe en lo porvenir y el corazón libre, ves llegar tu juventud. Cuando suena en tus costas el grito revolucionario de 1810, concibes la idea de la emancipación, y te apercibes al triunfo. Desde este momento nada te detiene. Asistes a la primera asamblea de la Patria en 1811. Cuando llegan las desgracias de 1812, eres tú la última legión que abandona el campo de batalla; pero unida a Margarita eres la primera que en 1813 invades las costas orientales y te anticipas a las legiones de Bolívar que entraban por occidente. Heroica y desesperada luchas en los días de la guerra a muerte; el hado te es adverso, pero en tierra oriental está la tumba de Boves. En 1815, uno de tus atletas pasa por en medio de la poderosa escuadra de Morillo, y lanza reto de muerte a los expedicionarios que pasmados le ven cruzar las aguas en débil esquife. Muchos de los tuyos acompañan a Teseo en sus expediciones de los Argonautas, en 1816. Victoriosa luchas en 1817 y 1818. No asistes a Boyacá en 1819; pero tu hijo predilecto firma el armisticio de Santa Ana, en 1820. No te encuentras en Carabobo en 1821; pero Bermúdez ocupa a Caracas que pierde al instante; fue una diversión para entretener el jefe español y dar tiempo al triunfo de Carabobo. Desde entonces con Bolívar sigue Aníbal, el vencedor de Bomboná y Pichincha, el gallardo mancebo que corona en Ayacucho la paz del continente.

El nombre de Aníbal te basta para tu gloria, porque condujo los ejérci-

tos de Colombia a las cumbres de Potosí y de Cuzco. Si a Margarita le cupo el sobrenombre de Esparta, a tí te pertenece el de Cartago.

Perdona Niobe americana, si al verte hoy en ruinas, pobre, desgraciada, con tus familias errantes, víctimas de las convulsiones terráqueas y de las pasiones de los hombres, recordamos tus pasadas glorias. Sean estas la lápida funeraria de tu perdida grandeza.

* * *

No siempre, en la realización de los grandes proyectos humanos, todo se presenta bonancible: contrariedades repetidas que aparecen al principio como poderosos obstáculos, son más bien corolarios que facilitan los medios y producen resultados satisfactorios para llevar a feliz término la idea primordial. Tal sucedió a Humboldt, desde que en 1798, alimentó el deseo de ejecutar un viaje científico. Su primer pensamiento se limita a visitar el Perú, Filipinas y México. Obstáculos insuperables le hacen después pensar en Egipto y en Arabia. Nuevas contrariedades le obligan a ir a España y allí acaricia de nuevo la idea de visitar a México, aprovechando la corbeta "Pizarro" que por vía de Cumaná, debía seguir a Veracruz. No estaba en su itinerario visitar a Venezuela, ni internarse en las regiones de las llanuras y del Orinoco; pero un nuevo incidente le hace desistir de sus proyectos. Declárase a bordo de la "Pizarro" una epidemia, antes de llegar a Cumaná, y el joven sabio se ve en la forzosa necesidad de permanecer en las costas orientales de Venezuela y de estudiar esta hermosa sección del continente. Estaba escrito que el piloto del espíritu pisaría las mismas regiones del piloto descubridor, y que a la época de la conquista americana precedida por Colón y sus compañeros seguiría la época de Humboldt que precedió a la emancipación del continente.

¿Qué playa más célebre podía recibir al que destinaba la Providencia para ser el Homero de los Andes, que la costa cumanesa, peristilo de la historia americana? La primogénita de América parecía aguardarlo: le reservaba su cielo transparente, sus brisas de Andalucía perfumadas por las acacias del Manzanares: le reservaba sus aguas cristalinas pobladas de aves y de peces, y en sus sabanas le invitaba a contemplar la luz zodiacal, y en las cumbres de sus montañas, el rayo eléctrico, y en los bosques el insecto

lucífero, y fosforescencia en las aguas del golfo, y en el cielo la mirada de Dios en el piélago de los mundos rutilantes.

Hay una historia, que refiere la tradición de los pueblos orientales de Venezuela. Es el hundimiento de las cordilleras paralelas a las costas venezolanas: la irrupción pelágica que de este a oeste rompió Antillas, excavó los golfos de México y de Honduras, de Paria y de Cariaco, y dejó como florones de islas las cimas de las montañas sumergidas. Emanaciones de petróleo y de asfalto, fuentes termales, constantes conmociones terráqueas, emanaciones ígneas en las costas de Cumaná, son todavía como los últimos indicios del cataclismo cuya tradición revelaron a Colón los indios de Paria. Faltaba el intérprete que descifrara tantos enigmas y trazara en cuadro maestro la historia de las revoluciones geológicas del Nuevo Mundo: y Humboldt pisó a Cumaná.

Unamos a tantos fenómenos la historia de las costas cumanesas, las primeras que visitan los oficiales de Colón, cunas aquellas del cristianismo en América, teatro de los primeros episodios sangrientos, y nos formaremos idea de la costa célebre donde debía comenzar sus trabajos inmortales, acerca de la física del mundo, el explorador de la naturaleza americana.

Un día, fue el 15 de julio de 1799, Humboldt a bordo de la "Pizarro", en las vecinas islas de Cumaná, acepta un indio guayquerie que se le ofrece de piloto, para conducirle a las aguas del golfo.

¿Quién con más derecho debía acompañarle en su entrada a Cumaná que uno de los descendientes de aquella raza que, en la época del descubrimiento, sucumbe de hambre, víctima del insomnio y del látigo en los ostrales de Cubagua?

¿Quién hubiera dicho a Humboldt que en aquella misma fecha, cincuenta y dos años más tarde, 15 de julio de 1853, la primera ciudad del continente que había visitado, sería derribada por una convulsión terráquea, y que los descendientes de las familias que le distinguieron llorarían, como Israel, la patria perdida?

El 16 a las 9 de la mañana, Humboldt cruza las aguas del Manzanares:

> Nuestras miradas, escribe, se fijan sobre los grupos de cocoteros que bordan las orillas del río. La pureza del cielo no se interrumpe por vestigio alguno de

vapores y el sol asciende rápidamente al zenit. Deslumbrante claridad se espacía en el aire, en las colinas blanquecinas salpicadas de cactus cilíndricos y en aquel mar siempre bonancible, cuyas riberas están pobladas de alcatraces, de garzas y de flamencos. El brillo del día, el vigor de los colores vegetales, la forma de las plantas, el variado plumaje de los pájaros, todo atestigua la fisonomía de la naturaleza en las regiones equinocciales.

Después de haber sido muy bien recibido por las autoridades españolas, Humboldt se instala en la casa que se le destina. Pero, impaciente, quiere de nuevo contemplar el paisaje matutino y exclama: "¡Qué cielo, qué claridad; parece que se ve a Dios!". Frases que conserva la tradición cumanesa como un elogio del sabio.

¿Por dónde debía comenzar? El primer vestal que encuentra en su camino es el arbusto que lleva el nombre de aquel filósofo persa que floreció en el siglo X y fue considerado como el Aristóteles de los árabes[14]. Al llegar la noche visita las orillas del río y queda absorto: arriba le fascina la bóveda estrellada, abajo los insectos lucíferos que pueblan los aires, y la verde alfombra. Sigue después a las orillas del golfo y ve chispear sus aguas, y sigue con la mirada la tranquila ola que lame las arenas y deja en éstas puntos fosforescentes. Embárcase para visitar las ruinas de Araya, y grupos de marsoplas siguen la embarcación dejando estelas de luz.

El 26 de septiembre el sabio observa la inmersión del primer satélite de Júpiter, y el planeta agradecido, se le presenta a la simple vista, minutos después de haberse levantado sobre el horizonte el disco del sol. El 28 de octubre estudia un eclipse solar, visible en Cumaná. El 4 de noviembre experimenta el primer sacudimiento de tierra, y en su memoria queda grabada la sensación que lo domina, al ver bambolear los objetos que lo rodeaban. Fue este fenómeno el punto de partida de sus sabias lucubraciones, acerca del vulcanismo. El 8 de noviembre, en fin, estudia inmersión del segundo satélite de Júpiter.

El aire, las aguas, los bosques, el animal, el cielo, el estudio de los fenómenos de la naturaleza y también la etnografía, la geografía, la historia del hombre, todo lo abraza su inteligencia, y todo lo estudia.

14. *Avicennia tomentosa* (mangle blanco).

Nada quedó, ni mar, ni bosques o río,
Ni tenebroso abismo ni alta cumbre,
Que de su genio el alto poderío
No virtiese en la ciencia clara lumbre;
Sin que nunca doblara su albedrío
De tan rudo afanar la pesadumbre,
Y sin tener jamás otra mudanza
Que el no tocar el fin de su esperanza!

Guardia

Pero algo más sublime tenemos todavía que recordar: es la historia de una noche imponente, la del 12 al 13 de noviembre. Humboldt dormía profundamente, cuando por una casualidad su compañero Bonpland, que se había levantado en las primeras horas de la mañana y salido al patio de la casa, se encontró de pronto maravillado: el cielo radiante apareció a sus ojos lleno de fuegos mágicos; torbellinos de estrellas caían sobre el Océano y sobre los bosques dejando estelas fosforescentes, mientras que globos de fuego se rompían en los aires. Todo simulaba una cúpula de fuego que descendía a la tierra. Al instante Bonpland retrocede, se precipita en el dormitorio de Humboldt y le despierta. El sabio, después de escucharle, se levanta apresurado, sale al campo, y un grito de entusiasmo y de admiración se escapa de su pecho, al presenciar una de las más imponentes escenas de la naturaleza. En actitud contemplativa ve llegar la luz del día, y acompaña con sus miradas las últimas estrellas cadentes. Pocos meses después supo que en la misma mañana, Europa, Asia, África, las aguas del Atlántico, todas las cordilleras y llanuras de la América ecuatorial habían presenciado la majestuosa iluminación. Desde Groenlandia, en el polo norte hasta los confines del Ecuador, en una gran zona de la tierra, los meteoros habían sido observados a grande altura.

Un año más tarde de esta noche memorable, en la del 16 de noviembre de 1800, Humboldt después de haber estudiado las regiones del Orinoco y visitado a Cumaná por la última vez, se despedía de sus amigos y admiradores. "La noche estaba fresca y hermosa, escribe; y no sin bastante emoción,

vimos por la postrera vez el disco de la luna que alumbraba la cima de los cocoteros que rodean las orillas del Manzanares. La vista quedó largo tiempo fija sobre la blanquecina costa, en que sólo en una ocasión, tuvimos que quejarnos de los hombres".

Horas más tarde, en la rada de Barcelona, Humboldt dejaba las costas de Venezuela para no volverlas a ver más.

A los treinta y tres años de haber dejado Humboldt nuestras costas, la gran lluvia periódica de estrellas cadentes se repite, en las noches del 12 al 13 de noviembre de 1833, majestuosa, sublime, magnífica. ¿La contempló el sabio? Lo ignoramos; pero cuando se presenta la tercera lluvia, en la noche del 12 al 13 de noviembre de 1867, ya hacía ocho años que Humboldt dormía en la tumba de sus antepasados. Había desaparecido como hombre, quedaba como espíritu pensador, como maestro de la ciencia, en sus inspiradas obras. Cuatro años después, 14 de septiembre de 1869, las grandes capitales del mundo científico celebran el centenario del Homero de los Andes. Caracas también lo festeja: la cuna de Bolívar única ciudad de la América del Sur que le dedicó recuerdos a su memoria, no podía faltar en el cumplimiento de un deber tan honroso.

Desde entonces el sabio se aleja más y más de la generación actual. ¿Cuándo volverá? De aquí a noventa años, época de su segundo centenario; porque Humboldt como Dante, Shakespeare, Schiller; como Cervantes, Washington, Bolívar tiene su día que le dedica la humanidad. Todos ellos son como los cometas de largo período que aparecen de siglo en siglo, para continuar después en sus prolongadas elipses. De esta manera, el hombre es obra de un día, mientras que sus hechos, sus obras, su genio tienen el privilegio de recibir los homenajes de la humanidad cada cien años. ¡Sólo lo eterno es la imagen de Dios! Las generaciones se sucederán, y con ellas la idea, en progreso o en decadencia, y las sociedades siempre agitadas por las pasiones humanas, y la muerte siempre insaciable; pero la Naturaleza, trono de Dios, se conservará inmutable. Ahí están los Andes con su vida de siglos, y el Amazonas en su lucha titánica contra Atlante, mientras que el Niágara, trueno del abismo,

Ciego, profundo, infatigable corre
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!…

Heredia

LA CUEVA DEL GUÁCHARO

HE AQUÍ un tema inagotable; la descripción de esta maravilla de Venezuela, célebre desde el día en que, ahora ochenta años, la visitó aquel Humboldt que ha dejado su nombre en ambos mundos, por dondequiera que su genio interpretó los fenómenos de la Creación. He aquí un tema para el naturalista, y para el viajero, y para el geólogo, y para el pintor, y para el hombre de la naturaleza, y para el hombre de la historia, porque en la Cueva del Guácharo no es sólo la armonía plástica lo que cautiva, sino también la vida en su múltiple belleza, la tradición en sus orígenes, el mito que hermosea con sus luces indecisas el recuerdo de lo pasado.

Al incorporar a nuestra *Humboldtiana* la más bella y completa descripción que hasta hoy se ha publicado de la célebre caverna, rindamos un homenaje al geógrafo de Venezuela que la exploró de una manera notable en 1835, y saludemos al mismo tiempo la memoria del primer explorador que dio a conocer al mundo de las ciencias esta maravilla del continente americano, situada en la región oriental de Venezuela. Unas líneas, por lo tanto, sobre el gran Humboldt, ligeras reminiscencias históricas que sirvan de introducción al trabajo de Codazzi, ¿no serían para el lector que desea conocer la gruta, como esos tenues rayos de la luz del día que acompañan al viajero hasta la distancia en que armado con la tea encendida penetra con seguridad en las salas mágicas del palacio subterráneo?

Cuentan que en los primitivos días de la conquista castellana, los primeros misioneros que se establecieron en las cercanías de la Cueva del Guácharo, tuvieron que refugiarse en ésta, huyendo de los caciques chai-

mas que les perseguían; y que allí en medio de las tinieblas, celebraron los misterios de la religión de Cristo, hasta que triunfantes las armas castellanas, se entregaron libres y contentos al desempeño de su encargo evangélico. Y refiérese también que, en la mitología de los chaimas, la Cueva del Guácharo era la mansión de las almas y que los indios respetaban aquel recinto en cuyo suelo reposaban sus antepasados. Por esto en la lengua de los chaimas, "bajar al Guácharo", quería decir: "morir, descender a la eterna noche".

Estas tradiciones, unidas a relatos fantásticos, y a leyendas extraordinarias conexionadas con la historia de la caverna, exaltaron la curiosidad de Humboldt, quien, a los pocos días de su llegada a Cumaná en 1799, emprendió viaje de exploración en las regiones occidentales de la provincia, con el principal objeto de estudiar la cueva, tema constante de tantos relatos.

¿Seguiremos las huellas del sabio en sus variadas excursiones? ¿Nos detendremos en cada uno de los sitios que deleitaron su mirada y cautivaron su espíritu lleno de emociones al hallarse en medio de una naturaleza selvática siempre renovada? No; nos detendremos solamente cuando después de haberle visto recorrer las alturas de Cuchivano y de Cumanacoa, se pose en la meseta de Cocollar, para contemplar el paisaje nocturno. Leamos lo que escribe en su diario:

> Nada hay comparable a la impresión de la calma majestuosa que deja el aspecto del firmamento en aquel lugar solitario. Al anochecer, fijando la mirada en aquellas praderas que ciñen el horizonte, y en las llanuras cubiertas de yerbas, ligeramente onduladas, creíamos divisar la superficie del Océano que sostenía la bóveda estrellada del cielo. El árbol, bajo el cual estábamos sentados; los insectos luminosos que vagaban en torno de nosotros; las constelaciones que brillaban hacia el sur: todo parecía indicarnos que estábamos lejos de nuestro suelo natal. Si entonces, en medio de aquella naturaleza exótica, se oía en el fondo del valle, el sonido de un cencerro o el mugido de una vaca, venía al instante el recuerdo de nuestra patria: eran como voces lejanas que resonaban al otro lado de los mares y cuyo mágico poder nos trasportaba de uno a otro hemisferio. ¡Admirable celeridad de la imaginación del hombre, origen eterno de sus placeres y de sus penas!

Poco después de la noche en que contempló este paisaje tropical, Humboldt se hallaba frente a la gran maravilla que iba a estudiar, en el pintoresco valle de Caripe. Nuevo panorama el que debía presentarse a sus ojos, cuando acompañado de los misioneros capuchinos del convento de Caripe, y de algunos indios chaimas, quiso visitar en cierto día la espaciosa gruta del Guácharo. La maravilla parecía aguardarlo, pues la mañana amaneció risueña, y dispuesto estuvo el ánimo de los viajeros. Afuera se ostentaba la vegetación espléndida, espontánea, rica en formas y en especies que coronaba la gruta con sus penachos de plantas: adentro, la vegetación subterránea, pobre, pero como un fenómeno de las fuerzas fisiológicas: afuera el ave libre y la luz del día: adentro los propietarios feudales de la cueva, el guácharo y su prole entre tinieblas, y el río subterráneo y las prolongadas galerías trabajadas por la gota de agua, que debían en breve retumbar a los gritos de las aves nocturnas en su choque contra hachones de luz y contra el hombre, intruso en aquellos antros de la muerte. El recuerdo de los mitos y supersticiones locales, lo sagrado del recinto sostenido por la tradición indígena y por la celebración de los misterios cristianos, cuando los apóstoles de la selva huyendo de las belicosas tribus chaimas se refugiaron en la gruta, como los primitivos mártires en las catacumbas de Roma, todo contribuía a hacer célebre la estada del hombre de la ciencia en aquel templo de la naturaleza subterránea. El hombre primitivo de América y el pastor del Evangelio, he aquí el cortejo del explorador ansioso que, armado de instrumentos, debía herir la roca calcárea, sorprender la edad de la caverna, fijar la temperatura del ambiente y de las aguas, estudiar la anatomía del guácharo, y recrearse a la vista de las cristalizaciones caprichosas que, cual obeliscos, se levantan en el Tártaro de los Chaimas.

¡Cuán diversas las ideas que agitaban a cada una de las personas que componían el séquito de Humboldt! El indio supersticioso creía profanar la tumba de sus antepasados, al hollar con su planta el suelo de la caverna; mientras que el pastor del Evangelio caminaba inspirado por la caridad, su escudo en todas las situaciones de la vida. Sólo Humboldt, remontándose a los días primitivos de la historia del planeta, evocaba los recuerdos geológicos, el levantamiento de las montañas, la formación de los continentes: sólo

él asistía a la época en que los Andes, en sus últimas evoluciones, levantaron el territorio de Paria, término oriental de la gran cordillera americana, y asistía a los tiempos en que las olas del mar cretáceo depositaron en el fondo de las aguas el calcáreo que cubre las actuales cimas del Bergantín, de Cumanacoa y de Cocollar: sólo él recordaba la época en que moluscos marinos cuyos esqueletos pisaba, vivieron y gozaron en el libre elemento que les sirvió de patria, y asistía al surgimiento de la cordillera cretácea que desde Paria hasta los confines de América corre al este de los Andes; y se preparaba finalmente, para deleitarse ante las galerías subterráneas formadas por las filtraciones del agua, desde el día en que los antiguos antros del Océano aparecieron a flor de tierra, para revestirse de espléndida y lozana vegetación tropical.

Evocando estos recuerdos de épocas remotas, antes de la aparición del hombre, e inspirado por la idea de lo desconocido, Humboldt penetra en la gruta. Sus miradas se fijan por todas partes, y con la curiosidad del niño se detiene a cada instante: la roca, la planta, el insecto, todo lo cautiva y en todo se ocupa, mientras que el silencioso cortejo sigue sus pasos. A poco andar se oyen los gritos lastimeros de las aves nocturnas que han divisado a los nuevos huéspedes de la caverna. Humboldt sigue, y a proporción que avanza, la gritería de las aves se aumenta, la luz del día escasea y el claro-oscuro de la cueva se ostenta con sus primeras sombras. Enciéndense las teas, y un estremecimiento involuntario se apodera de los indios chaimas, al tener que caminar en aquel recinto sagrado por la tradición y respetado por sus progenitores. La comitiva, impelida ya por Humboldt, continúa en medio de aquella espantosa algazara en que las aves se defienden del hombre y de la luz artificial. A los resplandores de ésta, aparecen en la bóveda las numerosas estalactitas, y el hombre, el ave, y las rocas, todos participan de aquella naturaleza terrible envuelta por las sombras del misterio. ¡Adelante! dice Humboldt. ¡Adelante! repiten los misioneros: uno y otros en pos de la verdad; pero el chaima se obstina. Mientras que en aquéllos domina el ardor del entusiasmo, en éstos se pinta el espanto: son dos civilizaciones que se chocan. A pesar de todo, los indios son vencidos y la caravana continúa; mas llega un momento en que los chaimas dominados por el terror, se niegan firmemente a seguir: habíase llegado a aquel

límite en que la fuerza es impotente ante la superstición religiosa. Ni las súplicas de los misioneros, ni las promesas del sabio, pudieron desvanecer las creencias de los indígenas; y cuando Humboldt había alcanzado apenas la distancia de 570 varas, hubo de retroceder. Un obispo de Guayana había sido más afortunado, en remotos tiempos, pues había podido llegar hasta la distancia de 960 varas.

Bastábale al sabio lo que había visto: había examinado la estructura de las capas calcáreas, y conocía la edad geológica de la montaña: estaba en posesión del ave nocturna, nuevo tipo de la serie animal, con el cual debía enriquecer la ciencia ornitológica: había sorprendido las fuerzas vitales en sus antros, y la temperatura interior en sus cambiantes a la sombra; había en fin, clavado su planta en aquel Aqueronte de los chaimas que, a semejanza del de los griegos, tenía sus aguas y aves estigias, su Cocito y sus sombras, como para mostrar que la humanidad ha tenido en toda parte un origen mítico, que ha hermoseado con lo maravilloso la cuna de todos los pueblos. ¿Qué más podía desear? Había dejado su nombre, que debía ser para los futuros exploradores del continente americano, lo que las estrellas para el navegante.

Correspondía al geógrafo de Venezuela, treinta y seis años más tarde, descubrir por completo aquella maravilla de la naturaleza, cruzar sus aguas subterráneas, sobreponerse a las preocupaciones indígenas, fijar las alturas geográficas interiores, descubrir las dilatadas galerías tachonadas de estalactitas, vencer la sublevación de los guácharos armados en defensa de su prole, pasar de la algazara al silencio eterno, y seguir hasta grabar en la última roca de aquel dilatado recinto, allá, a la distancia de 1.285 varas el *non plus ultra*. ¡Cuánta gloria, seguir las huellas de Humboldt y complementar la obra del sabio!

“Aquí estuvo Humboldt”, es la primera frase con la cual saluda el viajero explorador la Cueva del Guácharo; y todos siguen las huellas de Humboldt y de Codazzi, no ya en solicitud del ave nocturna que ha dado su nombre a la gruta, y la cual se encuentra en muchos lugares de Venezuela; no en solicitud de nuevas leyes y de nuevos fenómenos naturales, sino en solicitud del arte geológico, de las salas mágicas, trabajo inmortal de la gota de agua, que no tomó de la paleta de la naturaleza sino

el calcáreo para formar los obeliscos y las cristalizaciones del infierno chaima. Dos nombres sobresalen en el vestíbulo de esta obra del arte divino: HUMBOLDT… CODAZZI.

EL SAMÁN DE GÜERE[15]

¡AHÍ ESTÁS TODAVÍA, patriarca de la selva venezolana, monumento de nuestra naturaleza, testigo de nuestra historia! ¡No ha pasado un siglo desde que bajo tu sombra se hospedó el más ilustre de los sabios, y todavía tu follaje es imagen de eterna juventud; porque guarda tu vida la historia de diez siglos, desde el día en que en tus comarcas apareció el primer hombre americano y tomó posesión de una tierra que debía ser abonada, mucho más tarde, con sangre de sus hijos! ¿Quién como tú podría descifrarnos esa historia y relatarnos los episodios de tantas generaciones? ¿Quién como

15. Samán es el nombre indígena que llevan algunos árboles de la familia de las leguminosas, en el grupo de las *acacias*, *desmanthas* y *mimosas*. Así, al lado del samán se colocan los árboles que tienen los nombres indígenas de *uvero* y *mosaguaro*. Hay especies vegetales que llevan distintos nombres indígenas, según la nación o la tribu donde se encuentran; así, la acacia *nupa* (de los maipures), por corrupción *niopo* o *ñopo*, es el mismo árbol llamado por los otomacos, *curuba*, y por los tamanacos, *aculpa*. La sílaba final de estos tres nombres, *upa*, *uba*, *ulpa*, indica un origen semejante. La *Acacia farnesiana*, conocida con el nombre indígena de *cují*, se asemeja a otro árbol llamado por los indígenas *yaque*, de género diferente, aunque de la misma familia de las Leguminosas. Con los nombres indígenas de *orore*, *yacure*, *tiamo*, *vetui*, etc., etc., se conocen otros árboles y arbustos pertenecientes al grupo de que hemos hablado.
Respecto al nombre *Güere*, es una contracción de la voz caribe *Hüere hüere* que significa *mosca* o *gusano de mosca*. La única localidad que conocemos que lleve aquel nombre completo es un sitio cultivado, cerca de Petare, que se conoce con el nombre de *Güeregüere*. Los caribes aceptaron para nombres patronímicos y geográficos los que llevaban sus plantas y animales. Así, *Güere* es el nombre de un cacique cumanagoto, aliado de los castellanos, en los días de la Conquista. *Güere* es el nombre de un río en el estado Cumaná. *Güere* es el nombre de otro cacique de los tacariguas, y el de un lugar en los valles de Aragua. De aquí el nombre de *Samán de Güere* dado al famoso árbol cerca de Turmero.

tú trasportarnos a los primitivos días de América, cuando el hombre asiático plantó en el Nuevo Mundo los gérmenes de la civilización moderna? ¿Asistió algún pueblo a tu nacimiento o eres acaso, hijo de esas selvas primitivas que aguardaron, durante siglos, al conquistador europeo, cuando los tacariguas y araguas, poseedores de la dilatada laguna que lamió tus pies, fueron vencidos en sangrienta lid por el invasor castellano? Dínoslo y háblanos de esa lucha heroica llena de sublimes peripecias en que los tuyos, después de haber defendido sus ríos, sus montañas, sus hogares, fueron a morir de abatimiento y de hambre en las islas de la pintoresca laguna. Y refiérenos después, la historia de nuestra emancipación política, tú, testigo impasible de la guerra a muerte, cuando fueron tus raíces regadas con sangre y de tus armas pendieron cadáveres de españoles y americanos, pasto de los buitres, en tanto que a tus pies eran inmolados los fugitivos que creyendo encontrar amparo bajo tu sombra, sufrieron la muerte.

Todo así pasa: el hombre primitivo de América, conquistadores, pobladores, castellanos, y tudescos, misioneros, victimarios y víctimas, colonos y libertadores. Todo pasó; pero quedaste tú, patriarca del valle y recuerdo imperecedero no sólo, de la raza valerosa compañera de tu infancia, que te escogió como árbol sagrado, altar de sus ritos y ceremonias, sino también como imagen de *Aquél* que bajo tu copa, como una exhalación cruzó sobre su corcel de guerra, en los días de la derrota, o se detuvo inspirado para comunicarte sus emociones, en los días del triunfo. Por esto dijo el cantor de la Zona Tórrida:

Pues como aquel *Samán* que siglos cuenta
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno a su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa, de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano,
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano.

Cuentan que en las cercanías del Etna hay un árbol gigantesco, que ahora siglos, le brindó hospedaje a una reina de Navarra que pasaba con su comitiva, y que aquélla con sus cien caballeros se resguardaron de la lluvia, en la concavidad del tronco. Desde entonces el célebre árbol del Etna se conoce con el nombre de la *encina de los cien caballeros*. No tuviste tú la dicha o la honra de hospedar a una reina, que es siempre satisfactorio proteger a la mujer; pero sí la de escuchar las confidencias de aquellos dos visionarios, más célebres que los monarcas de la tierra, cuando en dos ocasiones se sentaron a tu lado para pedirte inspiración. ¿Te acuerdas?

Eran dos jóvenes animados de un deseo vehemente de gloria, que los hacía aparecer como alucinados. Sin conocerse, eligieron el mismo teatro para sus aventuras: el Nuevo Mundo. Ambos recorren las dilatadas llanuras del continente, atraviesan sus ríos, trepan las cordilleras, y sin comunicarse, eligen la misma mole, por pedestal de sus estatuas: el Chimborazo. A los treinta años de edad, quiere el uno recorrer el mundo, hace esfuerzos por lograrlo y fracasa: impaciente, entonces se lanza a las costas de América, en solicitud del golfo que saludó Colón. Y desde Paria al Ávila, al Guárico, al Orinoco, al Casiquiare, al Amazonas, y a los Andes de Cundinamarca, de Quito, de Perú, de México: pampas, ríos, cordilleras, páramos y volcanes, nada lo detiene, porque en su amor a la ciencia y a la gloria, con las alas del genio, quiso escalar el cielo.

Cuentan que al comenzar su carrera tan brillante se inspiró bajo las ramas del árbol sagrado, y ufano continuó su carrera. Esto pasaba desde 1799 a 1804.

El otro joven, impaciente, impetuoso, inquieto, comienza también su carrera a los treinta años. Después de haber visitado el antiguo mundo se propone emancipar al nuevo y arrojar de su suelo a los dominadores de tres siglos. Cuando bullía en su mente tan atrevida idea, tropieza con su compañero que había ya realizado la primera parte de su anhelo, y ambos se contemplan. Pero al comunicarse sus proyectos fantásticos, el que acababa de conocer al Nuevo Mundo y las dificultades que se oponían a su emancipación, retrocede, espantado de semejante audacia; y creyendo hallarse delante del más loco de los hombres finaliza la conferencia. Esto pasaba en 1804. Aquel loco entonces, buscando apoyo a sus ideas

regresa a América, y solicita prosélitos; pero todos lo rechazan, juzgándole alucinado.

No estaba loco, no; e inspirándose bajo el árbol sagrado comienza su carrera de triunfos. Y desde el Ávila a las llanuras, al Magdalena, a Paria, al Orinoco, a Boyacá, a Pasto, a Pichincha, a Bomboná, al Chimborazo, a Junín, a Titicaca, y a Cuzco, Potosí, Oruro, La Paz, éstas, las ciudades más elevadas del globo: pampas, ríos, mesetas, escollos, páramos y volcanes, nada lo detiene en su amor a la libertad y a la gloria, porque con las alas del genio quiso escalar el cielo.

Y el loco se transforma en profeta; coronado de luz asciende al Chimborazo en seguimiento de su rival en gloria. En la cumbre nevada tropieza con la Fama que le proclama Libertador de América, y le conduce después en la difícil y escabrosa pendiente a la playa solitaria por donde había comenzado su carrera. Allí muere. Esto pasaba desde 1810 hasta 1830.

¿Qué hizo en tanto, el compañero sobreviviente? Poseído de nuevo entusiasmo, y luego de haber rendido tributo de admiración a la gloria de su rival desgraciado, lánzase al mundo asiático; recorre sus desiertos, sus ríos, sus montañas, escala el Thibet, y en la altura de esta meseta clásica, cuna del género humano, recibe luz de lo Alto para lanzar al mundo de las ciencias las más elocuentes lucubraciones de su espíritu. En su descenso, la Fama se le presenta, y después de proclamarle monarca de la ciencia, le acompaña hasta los días de la vejez para conducirle en triunfo a la tumba.

El uno muere solitario, como está la costa árida adonde le arrojó el vendaval. Allí evoca la imagen del árbol sagrado, y sólo encuentra el tamarindo compasivo a cuya sombra llora su desventura[16]. El otro, dos años antes de morir, contempla la imagen del venerado samán que le presenta uno de sus admiradores, y se echa a llorar. Encontraba el árbol de sus recuerdos, lozano, frondoso, lleno de vida, después de una ausencia de sesenta años;

16. Alude al tamarindo que aún existe en la estancia de San Pedro Alejandrino, donde murió Bolívar. En los cortos días que estuvo en este sitio, ya moribundo, acostumbraba sentarse bajo la sombra del tamarindo que fue testigo de sus lágrimas. El tamarindo pertenece a la misma familia del samán.

mientras que él, encorvado, canoso y con el andar cavilante llamaba a las puertas del sepulcro. Esto pasaba en 1858.

He aquí la historia de estos dos alucinados que bebieron inspiración bajo la sombra del Samán de Güere. "Treparon las más altas cimas de la gloria, de la misma manera que habían trepado las más altas cimas de la tierra". Fueron los fundadores de una época inmortal y ambos eligieron el Chimborazo para pedestal de sus estatuas. El uno comienza en 1810 y concluye en 1830; el otro en 1800 y concluye en 1859.

¿Cómo se llaman estos alucinados, pilotos de la causa americana, primogénitos de la gloria, monarcas de la idea que bajan a la tumba por gradas de luz? El más joven es Teseo, el mayor Aristóteles. El mundo los conoce con los nombres de Bolívar y de Humboldt.

¿Dónde está el Samán de Güere, cuál es su historia?

Al dejar el pueblo de Turmero, en los célebres valles de Aragua, el viandante que sigue el camino real hacia la pintoresca Maracay, tropieza a poco andar, con un dombo de verdura, que a manera de túmulo cubierto de vegetación sobresale en medio del camino. De lejos parece una montaña; pero a proporción que nos acercamos y las formas descuellan, vemos que es un árbol de ancho y dilatado ramaje, que nos detiene para que contemplemos su inmensa cúpula de verdura. "La verdadera belleza del Samán de Güere, dice Humboldt, consiste en la forma general de la copa. Las ramas se extienden como un vasto parasol y se inclinan por todas partes hacia la tierra, de la que están separadas de 3 a 4 metros". Cuando Humboldt estudió este árbol, por un lado estaba del todo desnudo de hojas, efecto de la sequedad; por el otro vestido de hojas y de flores.

Ya antes de Humboldt, era célebre el Samán de Güere, no sólo por lo frondoso de su ramaje, sino también por la tradición indígena, trasmitida de una a otra generación que había venerado al árbol testigo de los ritos y creencias de las antiguas tribus caribes, pobladoras de los valles del Aragua y de la laguna de Tacarigua. Las autoridades españolas rindiendo homenaje a las creencias populares prestaron su apoyo oficial para la conservación del precioso monumento; así fue, que al trazar el nuevo camino que de la Encrucijada conduce a Maracay, obra que se remonta a los últimos años del siglo pasado, dejaron en medio del camino al patriarca de

la selva, para que en todo tiempo, recordase a las naciones que poblaron aquellas comarcas[17].

Un viajero inglés, Sullivan, que visitó al Samán de Güere, cuarenta y cinco años después de Humboldt, encontró al árbol lleno de frescura y juventud, y describe de la siguiente manera, las impresiones que experimentó al hallarse frente a esta maravilla vegetal: "No es la notable dimensión del Samán lo que constituye su mayor atractivo, sino la admirable extensión de sus magníficas ramas y la forma perfecta de su copa, tan exacta como regular, que podría asegurarse que alguna raza extinguida de gigantes había ejercido su arte topiárico sobre ella".

Por el examen que hizo Humboldt, concedió al Samán una edad igual a la del dragonero de Orotava, es decir, mil años; lo que haría remontar la cuna del hermoso árbol de los valles de Aragua a los días de Carlomagno, cuando nadie pensaba que pudiese existir el mundo occidental[18].

El Samán de Güere, comparado con los gigantes del reino vegetal, en América, es un pigmeo, puesto que los cedros y pinos de California pasan muchos de ellos de cien metros de altura. No así el ramaje de aquél que es

17. En los valles de Aragua el árbol samán se encuentra en abundancia. Casi todos son célebres por su ramaje. El antiguo camino de la Encrucijada a Maracay pasa por delante de otro samán, tan notable como el de Güere. Este camino se llama *Güere viejo.*

18. Según los datos de Humboldt, el Samán tenía en 1800, una altura de 17 metros para una circunferencia de 161 metros; y tan regular aparecía su periferia que sus diámetros apenas diferían entre sí un metro, pues medían 52 y 53. El tronco tenía entonces un espesor de 2½ metros. Codazzi en 1835 encontró que el diámetro mayor del ramaje tenía 60 metros y 9 metros, 19 centímetros la circunferencia del tronco. Juzgó que a la sombra del árbol podía reposar un batallón en columna. Sullivan encontró, después de Codazzi, las mismas cantidades que Humboldt. Las nuevas medidas hechas en 1876 dan: altura del tronco desde la tierra hasta el destacamento de las ramas, 8 metros, por 12 metros, 80 centímetros de circunferencia en la parte superior. En la parte central de la misma tiene 9 metros, 60 centímetros, y 12 metros, 80 centímetros en la parte inferior sobre la superficie de la tierra. El diámetro mayor descrito por las ramas alcanza a 62 metros. Resulta en vista de estos datos antiguos y modernos, que el árbol, después de haber sido despojado de más de 2.800 kilogramos de vegetales parásitos y de haber perdido parte de sus brazos está casi lo mismo que ahora ochenta años. Esto indica un crecimiento lentísimo, lo que hace presumir que podrá aún vivir mil años y más. Este árbol, según los estudios de Aveledo, está a 471 metros sobre el nivel del mar. Si desde la Silla del Ávila fuese posible contemplarlo, veríamos que está en un valle 451 metros más bajo que el suelo de Caracas.

único, propiedad de su especie, que forma cúpulas gigantescas que contrastan con los débiles troncos que las soportan.

Una de las singularidades que hasta ahora poco llamaba en este árbol la admiración de los viajeros, era la abundancia de plantas parásitas que sostenían sus ramas. ¡Admirable paisaje! Sobre los robustos brazos y coyunturas del coloso se veían prosperar *tillandsias*, *bromelias*, y *caladiums*, *loranthus*, *orquídeas*, y *cactus*, yerbas, arbustos y árboles. Era una selva aérea, rica en especies, que vegetaba sobre el cuerpo del atleta. Suponed la acción de los siglos aglomerando gérmenes y polvo de tierra; y la lluvia abriendo surcos; y la abeja fabricando colmenas; y el pájaro poseedor feudal del árbol, abonando el ramaje, y tendréis una idea de esta labor secular y de los esfuerzos que haría el gigante para soportar tan poderosa carga. Lo que al principio parecía un adorno de la naturaleza, flores y yerbas contorneando como anillos los robustos brazos del anciano rey, se convirtió después en alud, en plaga, en invasión terrible. Era algo peor que el pólipo formando los escollos, que el grano de arena creando el médano, que la langosta destruyendo en una hora sementeras abundantes.

Así continuaba el árbol, casi sofocado cuando Pablo de Rosti, sacó su imagen fotográfica que dedicó a Humboldt. Ya hemos dicho en otro escrito que cuando en 1858, el anciano contempló la imagen del árbol se echó a llorar y enternecido exclamó: "Ved lo que es de mí hoy, y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví ahora sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado, él está exactamente como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios"[19]. Un año más tarde desapareció el anciano que así hablaba.

Corría el tiempo y el Samán invadido cada año más y más, soportando la acción de diez siglos, iba a quedar asfixiado, cuando en cierto día se anunció que había muerto. Si las campanas de su pueblo no tañeron al divulgarse la triste nueva, la prensa le dedicó algunas líneas. Esto pasaba después del centenario de Humboldt, desde 1869.

¿Era ésta una voz de alarma o en efecto el árbol sucumbía? No; el Sa-

19. Véanse *Recuerdos de Humboldt*, primer cuadro de las "Humboldtianas".

mán no había muerto, sufría sí y reclamaba una mano generosa que lo aliviara. Este monumento de la naturaleza, más meritorio que los monumentos del arte, necesitaba lo que no habían querido concederle los gobiernos que se habían sucedido en Venezuela desde 1810; protección, culto, homenaje a la naturaleza y a la historia. Correspondía tal satisfacción al vigoroso Gobierno de aquella época, a Guzmán Blanco[20]. Así sucedió en efecto, y en los mismos días en que se cumplían setenta y seis años de la llegada de Humboldt a Caracas, el Samán de Güere saluda de nuevo la vida, después de haber sido aliviado del enorme peso que su cuerpo soportaba[21].

Un diario de Caracas, *La Opinión Nacional*, relata de la siguiente manera la vuelta a la vida del árbol de Humboldt y de Bolívar:

> Más de medio siglo hace que el magnífico gigante permanecía sin recibir una sola caricia, ningún cuidado de los gobiernos; hasta que el Caudillo de esta época de Regeneración nacional ha ordenado su conservación, como que es una grandiosa reliquia de la Patria y una muestra colosal de nuestra poderosa naturaleza.
> ¿Qué mucho que ese monumento admirable estuviese solitario, abandonado, viendo caer una a una sus ramas inmensas, agobiado por los años, insultado por los parásitos, muriendo de olvido, con tan gloriosa hoja de servicios colmada en los días de la independencia continental? ¿No estaban también olvidados los huesos venerandos de aquellos héroes que bajo su follaje generoso descansaron de crudas fatigas y se aprestaron a otras nuevas hasta sellarlas con la sublime obra que deslumbró los tronos y admiró a los pueblos?
> Hoy tienen todos ellos su cúpula de inmortalidad que les da sombra y veneración. Hoy tienes también ¡oh anciano de los días gloriosos! tu solio de verdura, tu cerco de hierro, tu grata cercanía, como altivo monumento de una

20. En 1851, en la Diputación provincial de Caracas, el señor A.E. Level presentó un proyecto sobre la adquisición y conservación del Samán de Güere, como un monumento a la memoria de Bolívar. La Diputación acogió con gusto el proyecto; pero éste quedó olvidado por circunstancias que no son del caso exponer aquí.
21. Según los informes que tenemos del inteligente joven Temístocles Zárraga, a quien encargó Guzmán Blanco de la conservación del árbol histórico, éste fue libertado de más de 2.800 kilogramos de yerba y arbustos que sobre él crecían. Cuanto desde aquella fecha se ha hecho en beneficio del árbol sagrado es obra de Guzmán Blanco, cuyo pensamiento fue hábilmente interpretado por el señor Zárraga. Hoy el árbol, con los colores de la primavera, ostenta su lujosa vegetación y comienza una nueva época en su prolongada existencia.

edad que revive hoy con todas sus ilustraciones, con todos sus hechos, con todos sus emblemas y recuerdos.

El invierno vendrá a visitar tu copa majestuosa y la hará reverdecer como en los primeros tiempos de tu lozanía; tu sombra volverá a dar plácido solaz al viajero, y tu corpulenta masa seguirá atrayendo la mirada del explorador que te anotará como una maravilla de la vegetación americana.

Gracias a los cuidados del Padre de nuestra Regeneración, estás salvado de una muerte ignominiosa que hubiera deplorado la ciencia y la historia. Tú no eres como el gigante de la selva a quien sólo visitan las fieras y las aves. Ni eres tampoco como el altivo cedro del Líbano, heredero de una gloria de antepasados. Tú sólo eres propietario de tu nombre; a ti te bendijo el Libertador de un mundo, te admiró el mayor de los sabios que ha tenido delante de sí la naturaleza, y tienes en la historia de la independencia de este suelo un capítulo escrito para excitar la gratitud de los siglos.

Vive, árbol generoso, y sirvan tus colosales formas para medir la talla de aquellos hombres que cobijaste bajo tu ramaje, y que ahora duermen en el suelo sagrado del Panteón. Sé el gigantesco ciprés de esa tumba de héroes.[22]

* * *

Centenares de generaciones pasarán todavía y tú continuarás siendo el árbol de los grandes recuerdos. No eres tú como esos atletas de California, imagen de los antiguos hipántropos escaladores del Olimpo. Como Anteo que recuperaba sus fuerzas tocando la tierra, así tú, con tus ramas que se inclinan para besar el suelo que las sustenta. Para hacerte sucumbir sería necesario levantarte en los aires y ahogarte como ahoga la boa a su víctima. Tu poderío está en tu cabellera siempre perfumada, siempre florida. Como aquel juez de Israel que tenía la fuerza en sus cabellos, así tú que nada tienes que temer de la traición de Dalila. Sería necesario un cataclismo, el hundimiento de tu valle, la desaparición de los pueblos que te rodean, para que sucumbieras, nuevo Sansón de los tiempos venideros.

Tú tienes que ser eterno, como es eterna la gloria de los grandes benefactores de la humanidad: tú tienes que vivir como vivirán en la historia los nombres de Humboldt y de Bolívar.

---

22. *La Opinión Nacional* (Caracas), (10 de noviembre de 1876).

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA

Vida y obra de Arístides Rojas

1826 El 5 de noviembre nace en Caracas Arístides Belisario Rojas Espaillat, hijo de don José María de Rojas y doña Dolores Espaillat. Ambos eran dominicanos, y arribaron a Venezuela por el puerto de La Guaira en 1821. Venían en busca de refugio pues Santo Domingo se hallaba acosado por el gobierno del general haitiano Jean-Pierre Boyer (1776-1850). Es el año que inicia en Venezuela la "Cosiata", movimiento liderado por José Antonio Páez, que era de carácter antibolivariano y anticolombiano, el cual culminó con la disolución de la Gran Colombia en 1830.

1828 Don José María de Rojas, quien se había nacionalizado venezolano en 1822, publica un opúsculo titulado *Proyecto para el establecimiento de la circulación de vales, conciliando el provecho del erario y del público con la justicia de los acreedores*. Esta publicación fue dedicada al Libertador. El padre del futuro historiador participó activamente en la política nacional; fue miembro del Concejo Municipal de Caracas y colaboró con juntas y comisiones para el fomento y el ornato público. También ejerció actividades periodísticas y aparece como redactor de *El Liberal* y *El Economista*.

1838 Cuando Arístides tiene seis años de edad su padre funda en la calle del Comercio, número 106 el Almacén Rojas, el cual devino en importante librería y casa editorial, de mucha influencia en la Caracas de la época. Allí "llegan las últimas novedades editoriales y donde van a hacer tertulia algunos de los hombres más distinguidos de la ciudad. Allí seguramente oirá hablar por primera vez de Humboldt" (Arturo Uslar Pietri, *Arístides Rojas 1826-1894*, Caracas, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953, p. 17).

1839 Conoce a Rafael María Baralt, autor del *Resumen de la historia de Venezuela*.

1842 Rojas presencia las ceremonias oficiales con motivo del traslado de los restos mortales del Libertador Simón Bolívar desde Santa Marta. Tenía dieciséis años y era alumno del Colegio de la Independencia, fundado por Feliciano Montenegro y Colón, quien a su vez tenía excelente reputación por sus condiciones de maestro. En sus estudios preuniversitarios cursó asignaturas como Álgebra, Literatura, Sintaxis Latina, Gramática Castellana. Entre sus profesores estuvieron el mismo Feliciano Montenegro y Colón, y Fermín Toro. Allí fue condiscípulo de Antonio Guzmán Blanco y de Agustín Aveledo. "Montenegro había sido realista durante la independencia. Era hombre de vasta cultura y de sincera vocación pedagógica. En 1834 fundó su colegio. El general Páez estuvo entre quienes más lo estimularon y ayudaron. En el amplio patio de recreo se reúnen los hijos de los antiguos realistas y de los antiguos patriotas para aprender a convivir en la nueva patria" (Arturo Uslar Pietri, *ibid.*, p. 17).

1844 Comenzó a publicar artículos sobre temas literarios en *El Liberal* de Caracas.

1845 Ingresa a la Universidad de Caracas. Toma cursos de Filosofía durante dos años con el maestro Alejandro Ibarra. Utiliza los seudónimos *Camilo de la Tour*, *Bibliophilus* y *Provincial*. Aparece una recopilación de textos variados, traducidos del francés, que lleva por título *El lenguaje de las flores*, en el cual inserta un poema de Abigaíl Lozano, titulado "La flor de mayo". Algunos historiadores atribuyen la compilación a Rojas, pero su nombre no aparece en la autoría sino en la autorización para la publicación.

1846 En septiembre comienza sus estudios de Medicina, carrera que sigue de manera continua hasta 1852, destacándose por su interés y alto rendimiento. Allí se cuenta entre los discípulos preferidos del sabio doctor José María Vargas.

1849-1851 Hace sus prácticas quirúrgicas en hospitales de Caracas. En este período sufrió quebrantos de salud ocasionados por reumatismo crónico.

1852 Entre el 18 y el 31 de octubre obtiene sucesivamente los títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor en Medicina y Cirugía. Este último grado lo recibió

en la Capilla del Seminario de la Universidad de Caracas, de manos de su rector, el Dr. José María García.

1853 Inicia sus labores como médico rural, alentado por su maestro, el Dr. José María Vargas. Se instala en el estado Trujillo; ejerce la medicina en Escuque y Betijoque. Simultáneamente recoge testimonios, anécdotas y relatos populares que anota junto a sus observaciones del paisaje andino.

1855 Retorna a Caracas. El 9 de octubre fallece su padre don José María de Rojas, víctima del cólera, epidemia que había cundido por todo el país. Arístides le proporcionó atención médica y sus cuidados, pero no logró salvarlo del fatal desenlace. Los hermanos asumen directamente el control del Almacén Rojas Hermanos, y a Arístides le encargan la responsabilidad administrativa. Sin embargo, prefiere juntar el ahorro de sus honorarios y planificar un viaje de estudios a Estados Unidos y Europa. Deseaba también conocer otras realidades, motivado por su afán investigativo y su sed de conocimientos.

1856 Publica, junto a su hermano Marco Aurelio el volumen titulado *Estudios científicos*, compuesto por una serie de artículos que había publicado el año anterior en el *Diario de Avisos*.

1857 Emprende su viaje por Estados Unidos, Francia y Puerto Rico. En París sigue cursos de Clínica Médica y Quirúrgica, y de manera paralela, de Geogenia, Geognosia e Historia Natural. Entra en contacto con Alexis Perrey, profesor de matemáticas de la Universidad de Dijón, especialista en sismología. Perrey se convertiría en un eficiente interlocutor de Rojas respecto de esta disciplina, la cual llegó a interesarle de manera intensa.

1858 La Sociedad Zoológica de Francia lo incorpora como miembro de la institución. En Francia profundiza sus estudios en el idioma francés cuyo dominio le permite disfrutar de nuevas lecturas, sobre todo de textos literarios e históricos.

1859 Muere en Alemania el barón Alejandro de Humboldt. En París, Rojas había seguido leyendo y estudiando la obra del viajero alemán, quien había visitado París en 1798. Rojas recorrió cada uno de esos lugares como parte de su culto por el sabio, lo cual haría también en los lugares que Humboldt visitó en Venezuela. Estalla la Guerra Federal (1859-1863), y en el ambiente se polarizaban las opiniones sobre los godos, los federales y los caudi-

llos en pugna. Es admitido como miembro de la Sociedad de Geología de Francia.

1860 Viaja a Puerto Rico y permanece hasta el fin de la Guerra Federal. Dedica estos años al ejercicio de su profesión de médico y a escribir.

1864 Decide regresar a Caracas. Se incorpora a las tertulias en la editorial Rojas Hermanos. Las pláticas tenían un amplio repertorio: literatura, historia, ciencias, artes. La política era un tema inevitable. Arístides, discretamente, mantenía un equilibrio en sus opiniones. La suma de nuevos intereses y el contacto con una tradición que vivía entre los objetos rescatados de su entorno, lo fueron alejando de su profesión de médico. Ahora lo ocupaban las colecciones de objetos históricos, documentos, libros, pinturas, cerámicas, autógrafos, muebles, lo que él mismo denominaría su "Colección de cacharros", los cuales fueron atesorándose en su recinto vital. En esta época comienza la etapa más fecunda de su producción intelectual. En ese espacio de objetos y recuerdos comienza a escribir sus monografías sobre historia, ciencias e historia; heráldica y numismática, sus crónicas y leyendas, geología y folklore.

1865 Profundiza sus estudios de sismología y da a conocer sus investigaciones sobre el terremoto de Caracas, en 1812. Su monografía se titula *Un fragmento de un estudio geológico sobre terremotos y temblores de tierra en Venezuela.* El mismo fue publicado en *El Federalista*, el 27 de mayo. Rojas "renuncia a su profesión de médico para mejor cumplir su misión de escritor. Va coleccionando una hermosa biblioteca, objetos de cerámica, cacharros, documentos, pinturas, objetos indígenas, curiosidades modernas, muebles antiguos, tapicerías, autógrafos y otros enseres preciosos que poco a poco serán un número entre su nutrido y variado gabinete de estudio, que él mismo llamó el 'Desván de un anticuario' y donde fueron naciendo progresivamente sus trabajos de geología, de botánica, ciencia y poesía, historia, leyendas, folklore, numismática, heráldica, que hicieron de nuestro autor una ilustre personalidad en las letras de la Venezuela del siglo XIX" (Juan Saturno Canelón, *Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia*, Caracas, Litografía del Comercio, 1944, p. 28).

1866 Publica en colaboración con Manuel V. Díaz sus *Apuntes para el repertorio de plantas útiles de Venezuela*, donde precisa de manera detallada lo que sería el aprovechamiento químico e industrial de las plantas de América,

cuyo esbozo ya había dado a conocer en sus *Estudios científicos* de 1856. Comienza a publicar *Pasatiempos de un bibliófilo*, con el cual da inicio a la divulgación de artículos de tema científico en *El Federalista*, de Caracas, donde combina su sensibilidad literaria y su pasión científica. Ambas formas de comprender el mundo convergen en el estilo cuidadoso de su prosa, en su amenidad y gracia. En estos textos Rojas hace coincidir el ideal de instruir y recrear. De esta naturaleza son sus textos "La gota de agua", muy celebrados entonces por su colega y amigo Alexis Perrey; igualmente "El grano de arena", "Las arpas eolias", "El esquife de las perlas", "Fantasías geológicas", "El rayo azul en la naturaleza y en la historia", todos integrantes de la serie *Ciencia y poesía* (Caracas, Tip. de los Estados Unidos de Venezuela, 1868). Este volumen fue refundido luego en *Un libro en prosa. Miscelánea de literatura, ciencia e historia*, Caracas, Rojas Hermanos, 1876.

1867 Publica *Sobre la tempestad sísmica de las Antillas*, trabajo que tiene una acogida positiva por parte del *Smithsonian Institute Report*, de Washington y *El Globo*, periódico científico de Berlín. Es recibido como miembro honorífico por la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de La Habana.

1868 Se organiza la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Como presidente fue nombrado Adolfo Ernst y Arístides Rojas como segundo vicepresidente. Comienza a editarse la revista *Vargasia*, órgano de difusión y espacio para el debate doctrinario de sus promotores de la mencionada Sociedad. En ella Rojas publica varias cartas firmadas por Humboldt. En el seno de la Sociedad se discuten y difunden las orientaciones del pensamiento positivista. Se debaten las teorías de Charles Darwin sobre la transformación y evolución de las especies. Entre los activos participantes de esta Sociedad figuran hombres prominentes de las ciencias en Venezuela, tales como Adolfo Frydensberg, Francisco de Paula Acosta, Agustín Aveledo, Jerónimo Blanco, Lino Revenga, Elías y Teófilo Rodríguez, Fermín Toro y Manuel V. Díaz, entre otros.

1869 Publica *Ecos de una tempestad*, este estudio se insertó en *Comptes Rendues*, del Instituto de Francia, específicamente en la sección dedicada a la Academia de Ciencias. Publica en la Imprenta de Gustavo Córser *El lago de asfalto de la Trinidad*, que reconoce la formación de asfalto en esta isla, el flujo marino y los sedimentos depositados por las desembocaduras del río Orinoco en lo que muy antiguamente correspondía a los territorios compactos de Paria, Cumaná y Trinidad. Participa en los actos conmemorati-

vos de Humboldt en el centenario de su nacimiento. La relación de Rojas con Adolfo Ernst era intensa y respetuosa. Aunque Rojas discrepara de la posición materialista del sabio alemán, coincidían ambos en la admiración y el culto a la obra de Humboldt. El 13 de septiembre de este año, tiene lugar la velada en honor del sabio berlinés, en el cual Ernst pronuncia un discurso en alemán. El acto fue organizado por la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales y se llevó a cabo en las ruinas de la casa de Bello Monte que Humboldt habitó cuando pasó por Caracas, desde noviembre de 1799 hasta febrero de 1800.

1870 En abril, las tropas de Antonio Guzmán Blanco entran en Caracas. Rojas se cuenta entre los fundadores de la Sociedad de Bibliografía Americana. Continúa sus investigaciones sobre los fenómenos volcánicos. Publica *Estudio sobre los mitos volcánicos de ambos mundos.* Parte de sus investigaciones sobre los volcanes de Java y Sandwich, de Centroamérica y México se dan a conocer en las páginas de *La Opinión Nacional*, *El Federalista* y *Vargasia.*

1872 Es nombrado en la comisión que preparará la exposición de reliquias del Libertador.

1873 Comienza a publicar en *La Opinión Nacional* sus *Estudios históricos sobre Venezuela.* Recibe un diploma como miembro honorífico (Académico honorario) de la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile. El 9 de octubre celebra su matrimonio con Emilia Ugarte.

1874 Atiende a la consulta sobre la autenticidad de la gualdrapa y cañonera de Simón Bolívar, a petición del Concejo Municipal del Distrito Federal. Ese mismo año Rojas recomienda al gobierno nacional la adquisición del archivo perteneciente al señor Pedro Montbrun, el cual tenía el prestigio de ser el más completo del país. También, en carta publicada en *La Opinión Nacional* (8 de julio de 1874) le recomienda al Dr. Adolfo Ernst una serie de detalles en torno a los mamíferos fósiles, de manera particular sobre el mastodonte cuyos restos habían sido encontrados por su maestro José María Vargas en San Juan de los Morros. En noviembre fallece Emilia Ugarte y con ella su primogénita recién nacida. Publica *Recuerdos de Humboldt*, con el cual inicia una serie de artículos de divulgación sobre la obra de Humboldt y su paso por Venezuela.

1875 El 29 de junio recibe una medalla de oro de parte de la Universidad Central de Venezuela para reconocer los méritos de su estudio *El elemento vasco en la historia de Venezuela*. Al acto asistieron destacadas personalidades de las ciencias, las letras y la política nacional, entre quienes se encontraban Rafael Villavicencio y Antonio Guzmán Blanco. Aparece en París la Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos de José María Rojas, su hermano, a quien Arístides había auxiliado en la investigación. Publica en el periódico caraqueño *La Tertulia*, su artículo "La Cueva del Guácharo". Es una excelente pieza descriptiva de lo que significó el descubrimiento de esta cueva. Sus enfoques e intuiciones bien pudieran sumarse a los orígenes de la espeleología como una ciencia nueva. Rojas destaca el interés de Humboldt en la cueva, quien "armado con la tea encendida penetra con seguridad en las salas mágicas del palacio subterráneo".

1876 En febrero redacta un extenso ensayo donde reivindica y limpia el honor de Andrés Bello a quien sus detractores habían acusado de delatar el movimiento del 19 de abril de 1810. Esta acusación había incidido en la decisión de Bello de no retornar nunca a Venezuela. Aparece su primer libro orgánico, *Un libro en prosa*, volumen de 566 páginas, que se edita bajo el sello de Rojas Hermanos. Sobre los valores de este libro escribió su prologuista: "Diremos solamente, que por bien que le sea dado a un ingenio el cultivar diversos géneros, hay siempre uno que, a manera de limpio espejo, refleja mejor que todos la índole propia del talento, las galas de la fantasía, los sentimientos, las aspiraciones y fuerzas intelectuales de un autor; y que en opinión nuestra es, en este libro, el que tiene por objeto difundir los conocimientos científicos, y cantar, digámoslo así, los portentos de la naturaleza" (José Antonio Calcaño, "Introducción", *Un libro en prosa*, p. II).

1877 La Academia de Ciencias Sociales convoca un certamen literario, en el cual resultó ganador Arístides Rojas. El trabajo galardonado se titula *Estudios indígenas: contribución a la historia antigua de Venezuela*.

1878 En las páginas de *La Opinión Nacional* comienza a publicar "Anales patrios". "Documentos históricos". Colección Rojas. Apareció *Estudios indígenas: contribución a la historia antigua de Venezuela*, lo publica la Imprenta Nacional, por disposición del presidente Francisco Linares Alcántara.

1879 El 26 de febrero fallece su madre, doña María Dolores Espaillat de Rojas.

1881 En enero arribó a Caracas José Martí. Su fecunda labor como maestro, periodista y escritor se cristalizó con la publicación de su *Revista Venezolana*. Rojas fue uno de sus notables amigos. En el número uno de la mencionada revista (1º de julio) apareció un comentario de Martí sobre el *Ensayo de un diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela*. Aparece *Perfiles venezolanos* de Felipe Tejera. Allí se inserta una descripción del escritor: "Rojas es de carácter jovial y ameno: bajo la gravedad de su porte alto y desembarazado, bajo los quevedos que denuncian su miopía, descubre el trato su natural juguetón, alegre y expansivo, con sus ribetes de donoso y picaresco. Cuando departe entre amigos, su conversación va salpimentada de interjecciones rotundas y desgranados apóstrofes […] Rojas no se inquieta nunca por nada; toma las cosas con estoicismo, y lo fía todo de la providencia" (Felipe Tejera, *Perfiles venezolanos*, Caracas, Presidencia de la República, 1973, p. 212).

1882 Se publica su *Estudio histórico-geográfico. Cien vocablos indígenas*.

1883 Se celebra en Caracas el centenario del nacimiento de Simón Bolívar. El 23 de julio se devela la estatua de Francisco de Miranda en la plaza del Panteón. Pronuncia el discurso de orden Luis María Castillo. En el mismo se refiere a Rojas, y lo llama "Anticuario del Nuevo Mundo", definición que utiliza Enrique Bernardo Núñez como título de su célebre semblanza, editada en 1944. Publica *Washington en el centenario de Bolívar*.

1885 Publica en *La Opinión Nacional* una serie de seis artículos bajo el título común de "Historia de una colección de cacharros". Estos se reunieron y editaron como libro en 1940, con el mismo título.

1889 El 23 de noviembre se inaugura la Academia Nacional de la Historia. En el acto el presidente de la República, Juan Pablo Rojas Paúl, hace una semblanza sobre los aportes de Arístides Rojas a la historia patria, a su literatura y a sus tradiciones populares. Igualmente destaca sus estudios sobre las lenguas indígenas. No obstante el elogio y la invitación formal para que se incorporara a dicha Academia, Rojas declinó el honor. "Pero si no acepta el sillón de la Academia, porque tal vez sabe que muchos lo desean para sí, y desea hallarse a cubierto de tales emulaciones, tiene en cambio que ofrecer como herencia esa obra realizada sin desmayo, a fuerza de amor y constancia" (Enrique Bernardo Núñez, *Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo*, Caracas, Ediciones de *El Universal*, 1944, p. 33). Publica *Miranda*

en la Revolución Francesa, colección de documentos sobre el Precursor de la Independencia, como ofrenda del Gobierno de Venezuela al celebrarse el primer centenario de la Revolución Francesa.

1890 Se establece el contrato con el gobierno nacional para la publicación de toda su obra en 17 volúmenes. Los cambios políticos que sobrevinieron hicieron imposible ese plan. Estalla la Revolución Legalista encabezada por el general Joaquín Crespo, quien da al traste con las pretensiones continuistas de Raimundo Andueza Palacio. Rojas había escrito en ese tiempo: "Después de haber dado a conocer en la prensa venezolana, durante veinte y cinco años, muchas de nuestras lucubraciones en folletos, revistas, diarios, libros, etc., de haber visto reproducidas y con elogios muchas de aquellas por la prensa de ambos mundos, y recibido honores y distinciones de los cuales no se hace gala a nuestra edad, juzgamos que había llegado el momento de ofrendar nuestras labores a la patria que nos vio nacer, objetivo brillante de nuestras más nobles aspiraciones" (*Leyendas históricas*, segunda serie, 1890).

1891 Aparece la primera serie de sus *Estudios históricos. Orígenes venezolanos*.

1892 Comienza a editarse en Caracas *El Cojo Ilustrado*, donde Rojas publicó más de treinta colaboraciones. La Unión Americana se dispone a celebrar el IV Centenario del Descubrimiento de América. Para tal fin se organiza la Exposición Mundial de Chicago. El Ejecutivo Nacional nombra una junta para organizar los detalles sobre la participación de Venezuela. Rojas tiene la encomienda principal de encabezar dicha junta. Venezuela envía una muestra de frutos, producción agrícola e industrial, minerales, objetos históricos. Entre ellos figura un facsímil del sello de armas de Carlos V, el gonfalón de guerra de Francisco Pizarro, la espada de Bolívar. Le corresponde a Rojas preparar el catálogo de la muestra venezolana. "Había por entonces en Venezuela un grupo de hombres, no muy extendido, a los cuales se les confiaba por justicia y por conveniencia pública ciertas funciones, reservados a la buena voluntad, a la actividad, a la experiencia y a la constancia de colaboradores desinteresados de los aprovechamientos mezquinos. Se apelaba a ese grupo selecto para la preparación y organización de materiales destinados a exhibir en exposiciones internacionales los recursos naturales e industriales de Venezuela. Adolfo Ernst, Vicente Marcano, Arístides Rojas eran, puede decirse, miembros natos de las juntas que corrían con los menesteres de la concurrencia a tales certámenes. Eran las mejores manos para confiarles la suerte del prestigio así del gobierno como de los intere-

ses nacionales" (Santiago Key-Ayala "Adolfo Ernst", *Obras completas*, t. I, Botánica, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1986, p. XLVI). Este fue el último de sus servicios intelectuales a Venezuela. Joaquín Crespo entra a Caracas bajo la bandera de la Revolución Legalista. Culmina el breve período de gobierno civilista y comienza a escribirse una nueva página en la historia del caudillismo.

1894 El 4 de marzo Arístides Rojas fallece en Caracas. Era domingo. Pocos días antes había caído en su lecho de enfermo, en su desván, rodeado de documentos, libros y las colecciones que él mismo denominaba "cacharros". Tenía 67 años de edad. Sus amigos, discípulos y diversas personalidades del mundo intelectual y político le tributaron discretos honores.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

DIRECTA

Algunas leyendas históricas. Caracas: Ediciones Culturales INCE, 1968, 89 p.

Biografía de Eulalia Sánchez de Chamberlain. Caracas: Tip. Boston, 36 p.

Campos de nardos. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1926, 23 p.

"El cancionero popular de Venezuela", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), (15 de marzo de 1893), pp. 100-102.

Capítulos de la historia colonial de Venezuela. Madrid: Editorial América, 1919, 237 p.

"Cartas y escritos científicos sobre Venezuela y viajes publicados sobre esta sección del continente", *Vargasia* (Caracas), Nos 1-3 (1868), pp. 19-21.

"La casa de Humboldt en Caracas", *La Opinión Nacional* (Caracas), (31 de mayo de 1879).

El castillo y la salina de Araya. Cumaná: Imprenta Universitaria, 1964, 35 p.

Cien vocablos indígenas de sitios, ríos, alturas, vecindarios, pueblos, ciudades y naciones, en los valles de Caracas, del Tui y de la costa venezolana. Caracas: Imprenta Bolívar, 1882, 30 p.

Ciencia y poesía. Caracas: Tip. de los Estados Unidos de Venezuela, 1868, 43 p.

El Constituyente de Venezuela y el cuadro de Martín Tovar y Tovar que representa el 5 de julio de 1811. Caracas: Tipografía de vapor de El Cojo, 1884, 64 p.

Contribuciones al folklore venezolano. Prólogo de José Eustaquio Machado. Caracas: Fundación Shell Fondo de Publicaciones, 1967, 267 p.

El corazón de Girardot, 1813-1814. Un corazón que clama por sepultura. Caracas: Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional, 1891, 31 p.

Crónica de Caracas. Caracas: Edic. del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura (Biblioteca Popular Venezolana, 16), 1946, 191 p.

Diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela. Caracas: Imprenta Bolívar, 1882, 30 p.

Ensayo de un diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela. Caracas: Imprenta de vapor de La Opinión Nacional, 1881, 52 p.

El estandarte de Pizarro. Caracas: Impr. de la Patria, 1892, 22 p.

Estudios históricos. Orígenes venezolanos. Caracas: Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional, 1891, XIV-283 p.

Estudios históricos. Caracas: Litografía y Tipografía del Comercio, 1926-1927, 3 v.

Estudios históricos. José Eustaquio Machado; comp. Caracas: Lit y Tip. del Comercio, (Serie primera) 1926.

Estudios históricos. José Eustaquio Machado; comp. Caracas: Lit y Tip. del Comercio, (Serie segunda) 1927.

Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, XI-217 p.

Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela. Prólogo de Antonio Reyes. Caracas: Editorial Cecilio Acosta, Impresores Unidos (Biblioteca de Escritores Venezolanos, VIII), 1941, 219 p.

"Estudio sobre los mitos volcánicos en ambos mundos", *La Opinión Nacional* (Caracas), (I: 3-12-1870; II: 6-12-1870; III: 9-12-1870; IV: 13-12-1870; V: 15-12-1879; V: 17-12-1870).

Fragmento de un estudio geológico sobre los terremotos y temblores de tierra en Venezuela. Caracas: Imprenta Bolívar, 1865, 26 p.

"Fragmento de un estudio titulado *Bibliografía de Andrés Bello*", *La Opinión Nacional* (Caracas), (28 de noviembre de 1881).

Geografía de niños para uso de las escuelas primarias de ambos sexos. Caracas: s/ed., 1875.

Heráldica y numismática general. Valencia (Venezuela): Tipografía Artística de Hurtado hermanos, 1902, 18 p.

Historia de una colección de cacharros. Caracas: Litografía del Comercio, 1940, 60 p.

Los hombres de la revolución. 1810-1826. Caracas: Imprenta de vapor de La Opinión Nacional, 1878, 53 p.

Humboldtianas. Eduardo Röhl, editor. Caracas: Tipografía Vargas, 1924, pp. VIII-231.

"Los jeroglíficos venezolanos", *La Opinión Nacional* (Caracas), (I: 3-2-1874; II: 4-2-1874; III: 5-2-1874).

Lecturas históricas. José Eustaquio Machado; comp. Caracas: Lit y Tip. del Comercio (Serie tercera), 1927.

Leyendas históricas de Venezuela. Caracas: Imprenta de La Patria, 1890-1891, 2 v.

Un libro en prosa. Miscelánea de literatura e historia. Introducción José Antonio Calcaño. Caracas: Rojas Hermanos editores, 1876, VIII-566 p.

Miranda dans Revolution Française. Caracas: Imprimerie et Lithographie du Gouverment National, 1889, 391 p.
"Miranda en la Revolución Francesa", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) Nos 78-79 (1950), pp. 104-114.
Los mitos volcánicos en ambos mundos. Estudio geológico-histórico. Caracas: Imprenta de La Opinión Nacional, 1870, 39 p.
El Negro I. Caracas: Tip. de la Opinión Nacional, 1891, 33 p.
"Notas para la historia de la fundación de los establecimientos científicos en Caracas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), Nº 19 (1967), pp. 417-442.
Notice sur les Objects Historiques que Possede Caracas. Trad.: William Warnes, publ., Hortense Vasqueznée Antommarchi. Paris: Imprenta de E. Martinet, 1873, 47 p.
Objetos históricos de Venezuela en la Exposición de Chicago. Caracas: Imprenta y Litografía Nacional, 1893, 70 p.
Obras escogidas. París: Garnier Hermanos, 1907, 787 p.
"Origen de los estudios matemáticos en Venezuela", *La Opinión Nacional* (Caracas), (29 de marzo de 1879).
"Orígenes de la Biblioteca Nacional", *La Opinión Nacional* (Caracas), (31 de marzo de 1876).
"Orígenes del cultivo de la tierra en el valle de Caracas y desarrollo de la capital", *La Opinión Nacional* (Caracas), (24 de diciembre de 1880).
"*Orígenes históricos.* La nación caribe", *La Tertulia* (Caracas), (8 de octubre de 1875), pp. 319-323.
"Orígenes de la imprenta en Venezuela", *La Opinión Nacional* (Caracas), (28 de agosto de 1876).
Orígenes de la imprenta en Venezuela y primicias editoriales de Caracas. Pedro Grases; comp. Caracas: El Nacional, 1958, 129 p.
"Orígenes de la instrucción pública en Venezuela", *Anuario del comercio, de la industria…*, Caracas: Rojas Hermanos, 1885, pp. 378-404.
Orígenes de la revolución venezolana. Caracas: Imprenta al vapor de La Opinión Nacional, 1883, 93 p.
"Orígenes del teatro en Caracas", *Crónica de Caracas* (Caracas), Nº 19 (1954), pp. 575-587.
Orígenes del teatro en Caracas. Caracas: Casa Editora de La Opinión Nacional, 1890, 14 p.
Pasatiempos de un bibliófilo. Caracas: Imprenta de El Federalista, 1866, 12 p.
Primer libro de geografía de Smith o sea geografía elemental dispuesta para niños

según el sistema de Smith, escrita bajo un nuevo plan y a la altura de los conocimientos actuales. Caracas: Santana, 1911, 159 p.
Primer libro de geografía de Venezuela, según Codazzi. Caracas: Rojas Hermanos libreros-editores, 1883, 182 p.
La primera taza de café en el valle de Caracas. Caracas: Tipografía El Globo, 1957, 21 p.
Primeras páginas de un libro de leyendas históricas de Venezuela. Caracas: Tipografía El Cojo, 1888,144 p.
"El pirata Francisco Drake y los historiadores de Venezuela", *La América ilustrada y pintoresca* (Caracas), (17 de agosto de 1890), pp. 211-215.
Recuerdos de Cajigal. Caracas: Tip. Santander, 1958, 20 p.
Recuerdos de Humboldt. Puerto Cabello: Imprenta y librería de J. A. Segrestáa, 1874, 36 p.
El rey de los volcanes. Caracas: Imprenta de El Federalista, 1869, 42 p.
"La semilla colombiana", *El Tiempo* (Caracas), (25 de noviembre de 1893).
Siete estudios de Arístides Rojas. Prólogo de José Eustaquio Machado. Caracas: Litografía del Comercio, 1924, 74 p.
"Sobre la tempestad sísmica de las Antillas de 1867 a 1868. Con un mapa", *Vargasia* (Caracas), s/n (1868), pp. 39-48.
Vindicación de algunos hechos científicos en Sur-América. Carta al profesor Perrey sobre los fenómenos sísmicos de América. Caracas: Imprenta de El Federalista, 1867, 18 p.
Washington en el centenario de Bolívar. Caracas: Imprenta al vapor de La Opinión Nacional, 1883, pp. 5-22

INDIRECTA

Academia Nacional de la Historia. "Acuerdo de la Academia Nacional de la Historia con motivo de los 50 años de la muerte de don Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), v. 27 Nº 105 (1944), p. 102.
Academia Nacional de la Historia, "Centenario del Dr. Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), v. 10 Nº 38 (1926), p. 118.
ÁLAMO, Ángel María. "Las Humboldtianas", *La Opinión Nacional* (Caracas), (12 de octubre de 1880).
_______. "Las Humboldtianas", *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1895, p.7.
_______. "Prólogo a las Humboldtianas". Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1942, 2 v.
Almanaque anuario de Rojas Hermanos; almanaque eclesiástico, astronómico,

mercantil, literario, de variedades y avisos para el año 1884. Caracas: Rojas Hermanos, libreros-editores, 1884, 425 p.

ALVARADO, Lisandro. "Neurosis de hombres célebres de Venezuela", *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1895, pp. 8-9.

AÑORGA, Joaquín. "Arístides Rojas". *Composición, lecciones graduadas de lenguaje, gramática, trabajos de redacción, correspondencia comercial.* Caracas: Editorial Las Novedades, 1943, pp. 316-319.

ARCILA FARÍAS, Eduardo. "La naturaleza en Arístides Rojas", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nos 11 y 12 (1939), pp. 163-173.

ARMAS, Juan Ignacio de. "Los estudios indígenas del Dr. Arístides Rojas", *La Opinión Nacional* (Caracas), (18 de junio de 1878).

"Arístides Rojas", *Diccionario general de la literatura venezolana (autores).* Mérida: Universidad de Los Andes, Centro de Investigaciones Literarias, 1974, pp. 661-664.

"Arístides Rojas". *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana.* Barcelona (España): 1905, v. 60, pp. 1393-1394.

ASOCIACIÓN VENEZOLANA DE LITERATURA Y BELLAS ARTES. *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes.* Caracas: Tip. El Cojo, 1895.

AVELEDO URBANEJA, Agustín. "Una figura patriarcal: Don Arístides Rojas", *Élite* (Caracas), Nº 11 (1926).

AYALA DUARTE, Crispín. *Resumen histórico de la literatura hispanoamericana.* Caracas: Editorial Sur América, 1927, p. 148.

BACHILLER Y MORALES, Antonio. "Lenguas indígenas americanas", *El Siglo* (Caracas), (7 de febrero de 1882).

BARNOLA, Pedro Pablo. "Bibliografía de Arístides Rojas", *Sic* (Caracas) Nº 7 (1944), pp. 521-524.

BARRIOS MORA, José Ramón. *Compendio histórico de la literatura venezolana.* Caracas: Tip. La Nación, 1948, pp. 15-18.

BIBLIOGRAFÍA DE DON ARÍSTIDES ROJAS. Caracas: Tip. Americana, 1944, XV-142 p.

BIBLIOGRAFÍA DE DON ARÍSTIDES ROJAS, 1826-1894. Caracas: Biblioteca Nacional, 1944, 142 p.

BOLET PERAZA, Nicanor. "Arístides Rojas", *Las Tres Américas* (Nueva York), v. 2 Nº 17 (1894), pp. 433-434.

_______. "El estandarte de Pizarro", *Las Tres Américas* (Nueva York), v. 2 Nº 17 (1894), pp. 439-440.

BRICEÑO IRAGORRY, Mario; comp. *Lecturas venezolanas.* Caracas: Editorial América, 1926, pp. 148-153.

BRUN, Alberto. "Arístides Rojas humanista venezolano", *Sábado* (Bogotá), (18 de marzo de 1944), p. 14.

CALCAÑO, José Antonio. *La ciudad y su música.* Caracas: Tip. Vargas, 1958, 518 p.

CANELÓN, Juan Saturno. *Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia.* Caracas: Litografía del Comercio, 1944, 79 p.

CARBONELL, Diego. "Arístides Rojas", *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales* (Caracas), Nº 31 (1937), pp. 203-221.

CARDOZO, Lubio y Juan Pinto. "Arístides Rojas". *Diccionario general de la literatura venezolana (autores).* Mérida: Universidad de Los Andes. Centro de Investigaciones Literarias, 1974, pp. 661-664.

CARMONA, Miguel. "Consideraciones históricas sobre 1810 con motivo de un estudio publicado por el Dr. Arístides Rojas sobre los sucesos de la misma época". *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.* Caracas: José Félix Blanco; editor. 1875-1877, v. 4, pp. 486-495.

CARREÑO, Eduardo. *Vida anecdótica de venezolanos*. Prólogo de Santiago Key-Ayala. Caracas: Talleres Tipográficos de Crisol, 1948, 229 p.

CORREA, Luis. *La estatua de don Andrés Bello en la ciudad de Caracas.* Caracas: 1930, pp. 50-51.

CORTÉS, José Domingo. *Diccionario biográfico americano.* París: Tipografía Lahure, 1876, pp. 436-437.

COVA, Jesús Antonio. *Geografía física y política de Venezuela.* Caracas: Editorial *Élite*, Lit. y Tip. Vargas, 1932.

CHURIÓN, Juan José. "El centenario de Arístides Rojas", *Billiken* (Caracas), (7 de noviembre de 1926).

DÁVILA, Vicente. "Palabras del Dr. Vicente Dávila al inaugurar el retrato de don Arístides Rojas en el salón de juntas de este instituto", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), v. 10 Nº 36, p. 23.

DÍAZ SEIJAS, Pedro. *La antigua y la moderna literatura venezolana.* Caracas: Armitano, 1966.

DOLGE, Rudolf. "Artículos de don Arístides Rojas, y publicaciones referentes a él, que aparecieron en *El Cojo Ilustrado* durante los años de 1892 a 1894", *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales* (Caracas), Nº 31, (1937), pp. 222-224.

DOMINICI, Pedro César. "Centenario de don Arístides Rojas. Su celebración en Caracas", *Élite* (Caracas), (6 de noviembre de 1926).

_______. "Un libro en prosa de Arístides Rojas", *Libro apolíneo, discurriendo y soñando*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1909, pp. 260-270.

FEBRES CORDERO, Julio. *Historia de la imprenta y el periodismo en Venezuela, 1800-1830.* Caracas: Banco Central de Venezuela, 1974.
FEBRES CORDERO, Tulio. "Arístides Rojas", *El Lápiz* (Mérida), v. 2 Nº 91, pp. 171-172.
_______. "Leyendas históricas de Venezuela", *El Lápiz* (Mérida), v. 2 Nº 84, pp. 144.
FRYDENSBERG, Adolfo. "Materiales para la bibliografía nacional", *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1895, pp. CCCIII-CCCXXXVI.
GARCÍA MACKLE, Miguel. "Don Arístides Rojas, pensador y poeta". *El Nacional* (Caracas), (22 de noviembre de 1948), p. 10.
GIL FORTOUL, José. "Un libro de Arístides Rojas", *La Opinión Nacional* (Caracas), (16 de febrero de 1889).
_______. "Una colección de cacharros", *La Opinión Nacional* (Caracas), (22 de mayo de 1886).
GONZÁLEZ, Eloy Guillermo. "Elogio de don Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), v. 9 Nº 36 (1926), pp. 27-31.
_______. *En la tribuna y en la cátedra.* Caracas: Tip. Garrido, 1955, pp. 120-125.
_______. "Historia patria", *La Opinión Nacional* (Caracas), (3 de agosto de 1892).
GRASES, Pedro. "Arístides Rojas, maestro y ejemplo de venezolanidad". *Bitácora* (Caracas), Nos 11-12 (1944), pp. 33-39.
_______. *Bibliografía de don Arístides Rojas, 1826-1894, Valentín Espinal 1803-1866 y Estudios bibliográficos I.* Barcelona (Esp.): Seix-Barral, 1983, pp. 211-459.
_______. *Cuatro varones venezolanos (Valentín Espinal, Arístides Rojas, Manuel Segundo Sánchez, Vicente Lecuna).* Caracas: Tipografía La Nación, 1953, 80 p.
_______. *Historia de la imprenta en Venezuela hasta el fin de la Primera República (1812).* Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1967, 247 p.
GÜELL Y MERCADER, José. "Arístides Rojas. Los hombres de la revolución", *Literatura venezolana.* Caracas: Imprenta de La Opinión Nacional, 1883, v. 2, pp.139-143.
_______. "Arístides Rojas. Un libro en prosa, miscelánea de literatura, ciencia e historia", *Literatura venezolana.* Caracas: Imprenta de La Opinión Nacional, 1883, v. 2, pp. 21-35.
_______. "Dr. Arístides Rojas. La Humboldtiana", *Literatura venezolana.* Caracas: Imprenta de La Opinión Nacional, 1883, v. 2, pp. 321-330.
GUERRERO, Luis Beltrán. "Introducción al positivismo venezolano", *Prosa crítica.* Caracas: Monte Ávila Editores, 1983 (413 p.), pp. 65-94.

HERRERA IRIGOYEN, Jesús María. "Retrato al lápiz de Arístides Rojas", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), (15 de mayo de 1892), p. 147.

KEY-AYALA, Santiago. "Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, v. 9 Nº 36, pp. 6-9.

_______. "Arístides Rojas, institución", *Bajo el signo del Ávila.* Caracas: Editorial Ávila Gráfica, 1949, 262 p.

LAGOMAGGIORE, Francisco; ed. *América literaria. Producciones selectas en prosa y verso*. Buenos Aires: 1883, 606 p.

LISCANO, Juan. "Ciento cincuenta años de cultura venezolana", *Venezuela independiente 1810-1960.* Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1962, pp. 421-655.

LUCIANI DE PÉREZ DÍAZ, Lucila. "Ensayo sobre la historia de la literatura venezolana", *Educación* (Caracas), Nº 28 (diciembre de 1943 - enero de 1944), pp. 19-22.

MACHADO, José Eustaquio. "Apuntaciones sobre una biblioteca. Dos libros curiosos", *El Nuevo Diario* (Caracas), (5 de noviembre de 1926), p. 1.

MACHADO, José Eustaquio. "Arístides Rojas, Biografía", *Composición, lecciones graduadas de lenguaje-gramática, trabajos de redacción, correspondencia comercial.* Caracas: Editorial "Las Novedades", 1943, pp. 316-319.

_______. "Arístides Rojas", *Siete estudios de Arístides Rojas*. Caracas: Litografía del Comercio, 1924, pp. 3-8.

_______. Dos palabras, Arístides Rojas, 1826-1894, *Estudios históricos*. Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1927, v. 2, pp. I-II.

_______. *El día histórico.* Caracas: Oficina Central de Información, 1970, pp. 235-238.

MARTÍ, José. *Venezuela y sus hombres*. Prólogo de Félix Lisazo y epílogo de Lisandro Alvarado. Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1942, pp. 111-112.

MARTÍNEZ PACANINS, Gustavo. *Ofrenda de la Universidad Central de Venezuela en el primer centenario de Arístides Rojas.* Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1926, 9 p.

MILIANI, Domingo. *Vida intelectual de Venezuela. Dos esquemas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello-Ministerio de Educación, 1971, 159 p.

MUÑOZ, Pedro José. "A propósito de Arístides Rojas", *El Universal* (Caracas), (12 de marzo de 1944), p. 4.

NUCETE SARDI, José. "Arístides Rojas y su época, evocación creadora", *El Universal* (Caracas), (2 de mayo de 1944), p. 4.

_______. "Estudios indígenas". *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 26 (1941), pp. 138-139.

NÚÑEZ, Enrique Bernardo. "Arístides Rojas", *El Heraldo* (Caracas), (5 de noviembre de 1926).

_______. *Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo.* Caracas: Ediciones *El Universal*, 1944, 35 p.
_______. "Arístides Rojas". *Ensayos biográficos.* Caracas: Editorial Élite, 1931, pp. 85-94.
_______. "Don Arístides Rojas y la poesía de la tradición". *El Nacional* (Caracas), (8 de agosto de 1969), p. 24.
PAZ CASTILLO, Fernando. "Arístides Rojas", *Reflexiones de atardecer.* Caracas: Ministerio de Educación, 1964, v. 1, pp. 265-280.
PÉREZ DÍAZ, Lucila Luciani de. "Ensayo sobre la historia de la literatura venezolana", *Educación* (Caracas), Nº 28 (diciembre de 1943-enero de 1944), pp. 19-22.
PICÓN FEBRES, Gonzalo. "Alma franciscana", *El Universal* (Caracas), (5 de marzo de 1944).
_______. *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve.* Caracas: Empresa El Cojo, 1906, 429 p.
_______. *Nacimiento de Venezuela intelectual.* Caracas: Editorial Cooperativa de Artes Gráficas, 1939, 2 v.
PICÓN-SALAS, Mariano. *Estudios de literatura venezolana.* Caracas: Edime, 1961, pp. 102-104.
_______. *Formación y proceso de la literatura venezolana.* Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1940, pp. 133-134.
PLANCHART, Enrique. "Bello, Arístides Rojas y la familia Loynaz". *Bitácora* (Caracas), Nos 11-12 (1944), pp. 10-26.
RATCLIFF, Dillwyn F. *La prosa de ficción en Venezuela.* Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la UCV, 1966, pp. 28-31.
RATTO CIARLO, José. *Historia caraqueña del periodismo venezolano. 1800-1830.* Caracas, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.
REYES, Antonio. "Arístides Rojas", *Estudios indígenas.* Caracas, 1941, pp. 7-10.
RIVAS DUGARTE, Rafael Ángel y Gladys García Riera. "Arístides Rojas", *Quiénes escriben en Venezuela.* Caracas: Impresos Minipres, 2006, pp. 702-703.
RODRÍGUEZ, Ramón Armando. *Diccionario biográfico, geográfico e histórico de Venezuela.* Madrid: 1957, pp. 687-688.
RODRÍGUEZ, Teófilo; comp. *Tradiciones populares.* Caracas: Imprenta Editorial, 1885, pp. 237-241.
_______. "Al lector", Rojas, Arístides. *Humboldtianas.* Caracas: Tipografía Vargas, 1924, pp. I-VIII.
_______. *La Virgen de la familia Tovar; glosa a un estudio de Arístides Rojas.* Caracas: Taller Gráfico Raúl Santana, 1944.

ROJAS, José María. "Arístides Rojas", *Biblioteca de autores venezolanos contemporáneos.* Caracas: Rojas Hermanos, editores, 1875, pp. XVIII-XIX, 764-781.

RONDÓN MÁRQUEZ, Rafael Ángel. "Arístides Rojas y su aporte a nuestra cultura". *Bitácora* (Caracas), Nos 11-12 (1944), pp. 40-44.

_______. "Cincuentenario de la muerte de Arístides Rojas", *El Universal* (Caracas), (4 de marzo de 1944).

_______. "Algo inédito de don Arístides Rojas", *Cultura Venezolana* (Caracas), v. 5 Nº 15, (1920), pp. 263-270.

RUIZ CHATAING, David. *Prólogo, Crónica de Caracas.* Caracas: Los Libros de *El Nacional*, 1999, pp. 3-6.

_______. Prólogo, *Leyendas históricas de Venezuela.* Caracas: Los Libros de El Nacional, 2006, pp. 5-8.

SALAS, Carlos. *Historia del teatro en Caracas.* Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.

SALUZZO, Marco Antonio. *Discurso de orden del señor Marco Antonio Saluzzo en el acto de la inauguración del busto del doctor Arístides Rojas que se verificó en la noche del día 9 de mayo de 1897.* Caracas: Tip. El Cojo, 1897, 17 p.

SÁNCHEZ, Manuel Segundo. "Algo inédito de don Arístides Rojas", *Siete estudios de Arístides Rojas.* José Eustaquio Machado; editor. Caracas: Litografía del Comercio, 1924, pp. 67-74.

SATURNO CANELÓN, Juan. *Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia.* Caracas: Lit. del Comercio, 1944, 79 p.

SEIJAS, Rafael. "Historiadores de Venezuela", *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1895, pp. I-XII.

SOTILLO, Pedro. "Comentarios bibliográficos. Arístides Rojas. *Estudios históricos*", *El Universal* (Caracas), (6 de noviembre de 1926), p. 1.

TAGLIAFERRO, José A. "Don Arístides Rojas", *Cultura Venezolana* (Caracas), v. 30 Nº 77 (1926), pp. 267-269.

TEJERA, Felipe. "Un día en el desván". *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 100 (1953), pp. 55-61.

_______. "Grandes escritores de todos los tiempos: Arístides Rojas". *El Farol* (Caracas), Nº 9 (1940), p. 10.

_______. *Perfiles venezolanos o galería de hombres célebres de Venezuela en las letras, ciencias y artes.* Caracas: Imprenta Lanz, 1881, pp. 225-232.

USLAR PIETRI, Arturo. *Arístides Rojas.* Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1953, 62 p.

_______. "La escondida senda de Arístides Rojas", *Letras y hombres de Venezuela.* Madrid: Edime, 1978, pp. 192-223.

VALLARINO, Carlos. "Arístides Rojas". *El Tiempo* (Caracas), (10 de marzo de 1894).

VALLENILLA LANZ, Laureano. "Palabras del señor Laureano Vallenilla Lanz al declarar abierta la sesión solemne celebrada por este Instituto en el paraninfo de la Universidad Central, con motivo del centenario de Arístides Rojas", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* Caracas, v. 9 Nº 36 (1926), pp. 24-26.

VILLAVICENCIO, Rafael. "Las ciencias naturales en Venezuela", *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes.* Caracas: Tipografía El Cojo, 1895, pp. CCXXXI-CCXXXVIII.

VITIER, Cintio. "Una fuente venezolana de José Martí", *La Nueva Revista Venezolana* (Caracas), Nº 1 (2006), pp. 25-46.

WAXMAN, Samuel Montefiore. *A Bibliografy of the Belles-Lettres of Venezuela.* Cambridge (Massachussetts): Harvard University Press, 1935, pp. 124-125.

ZAMBRANO, Gregory. "Arístides Rojas", *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina.* Caracas: Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila, 1998, v. 3, pp. 4180-4182.

ÍNDICE

ORÍGENES VENEZOLANOS
(HISTORIA, TRADICIONES, CRÓNICAS Y LEYENDAS)

ESTUDIOS HISTÓRICOS (Selección)

ORÍGENES VENEZOLANOS (Selección)

ESTUDIOS INDÍGENAS (Selección) (1878)

CRÓNICA DE CARACAS (1946)

ESTUDIOS SOBRE FOLKLORE VENEZOLANO

POR LOS CAMINOS DE HUMBOLDT

TÍTULOS PUBLICADOS DE ENSAYISTAS VENEZOLANOS

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

101
MARIANO PICÓN SALAS
Viejos y nuevos mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre
Bibliografía:
Rafael Ángel Rivas Dugarte

124
ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ
Novelas y ensayos
Selección y prólogo:
Osvaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera De-Sola

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin destino y otros ensayos
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht de Vera
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

144
PEDRO GRASES
Escritos selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

153
ISAAC J. PARDO
Fuegos bajo el agua
Prólogo: Juan David García Bacca
Cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

164
LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo democrático y otros textos
Prólogo, notas, cronología
y bibliografía:
Nikita Harwich Vallenilla

166
JUAN LISCANO
Fundaciones, vencimientos y contiendas
Selección, prólogo, cronología, bibliografía y notas:
Oscar Rodríguez Ortiz

183
CARACCIOLO PARRA-PÉREZ
Historia de la Primera República de Venezuela
Estudio preliminar: Cristóbal L. Mendoza. Cronología y bibliografía:
Rafael Ángel Rivas Dugarte

192
LUIS BELTRÁN GUERRERO
Ensayos y poesías
Selección, prólogo y cronología:
Juandemaro Querales.
Bibliografía: Juandemaro Querales y Horacio Jorge Becco

211
GUILLERMO MORÓN
Obra escogida
Selección y prólogo:
José Ramón Medina.
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera De-Sola

220
ARTURO USLAR PIETRI
Nuevo Mundo mundo nuevo
Selección y prólogo:
José Ramón Medina
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

Este volumen, el CCXLIV de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de septiembre de 2008, en los talleres
de Fundación Imprenta Cultural, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia Simoncini Garamond,
tamaños 9, 10, 11, 12.
La edición consta de 3.000 ejemplares

revoluciónde la**conciencia**


Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

